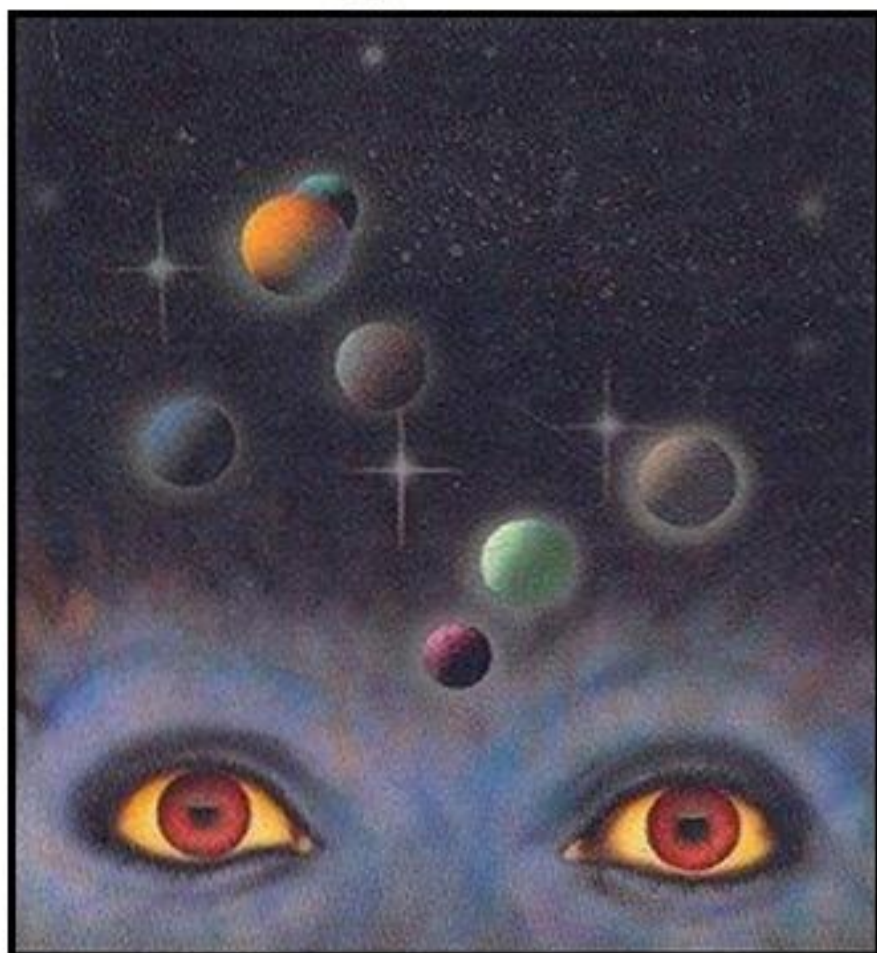


Ed. George Zebrowski



**PREMIOS NEBULA
1986**

●

NOVA
CIENCIA FICCIÓN

Lectulandia

Junto a los relatos premiados de Lucius Shepard, Kate Wilhem y Greg Bear, se incluyen en este volumen un relato de Orson Scott Card, ganador en la categoría de novela, y otro de Isaac Asimov elegido Gran Maestro en este año.

Completan el libro algunos de los relatos nominados, una novela corta de Gregory Benford, los textos vencedores del premio Rhysling de poesía de ciencia ficción, un artículo de Algis Budrys y una extensa reseña sobre las Películas de Ciencia Ficción de 1986. Los mejores relatos de 1986 avalados por el prestigio del Premio NEBULA.

Lectulandia

Ed. George Zebrowski

Algis Budrys & Isaac Asimov & Greg Bear & Judith Moffett & Kate Wilhem & Suzy McKee Charnas & Lucius Shepard & Orson Scott Card & Gregory Benford & Susan Palwick & Andrew Joron & Bill Warren

Premios Nebula 1986

ePub r1.0

Titivillus 13.02.15

Título original: *Nebulae Awards 22*

George Zebrowski & Algis Budrys & Isaac Asimov & Greg Bear & Judith Moffett & Kate Wilhem & Suzy McKee Charnas & Lucius Shepard & Orson Scott Card & Gregory Benford & Susan Palwick & Andrew Joron & Bill Warren, 1988

Traducción: Albert Solé

Diseño de cubierta: Sergio Camporeale

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En memoria de:
Terry Carr 1937-1987
James Tiptree, Jr. 1916-1987
Theodore R. Cogswell 1918-1987
Richard Wilson 1920-1987

PRESENTACIÓN

Los premios NEBULA son los Oscar de la ciencia ficción. La elección se realiza anualmente en el seno de la Science Fiction Writers of America (SWFA, Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción), y son los mismos escritores quienes seleccionan las mejores novelas y relatos de cada año. Los premios que corresponden a textos publicados el año 1986 se dieron a conocer a principios de mayo de 1987 en el banquete anual correspondiente, siguiendo una ceremonia tradicional que se inició en 1965.

Otro de los premios famosos de la ciencia ficción americana, el Hugo, se elige por votación directa de los miembros de la convención mundial anual de la ciencia ficción, lo que le confiere un carácter quizá más popular. Sin embargo el hecho de que la concesión del NEBULA se realice unos meses antes influye evidentemente en los premios Hugo y también en la lista del premio Locus, otro de los más relevantes en el género de la ciencia ficción.

Valga como ejemplo de la creciente importancia, prestigio e influencia del premio NEBULA el hecho de que, en 1987, la novela LA VOZ DE LOS MUERTOS de Orson Scott Card se alzó con el NEBULA y posteriormente con el Hugo y el Locus. El hecho se repite en las demás categorías. Así la novela corta premiada con el NEBULA: R & R de Lucius Shepard («D & D» en la traducción de Albert Solé para este libro) obtuvo el premio Locus y fue segunda en el Hugo que recayó en Gilgamesh in the Outback de Robert Silverberg, finalista en el NEBULA. Dada la abundancia de relatos, la repetición de premios en esta categoría debería ser mucho más difícil, pero también el relato corto premiado con el NEBULA: Tangents de Greg Bear, obtuvo el premio Hugo y quedó cuarto en la votación del Locus que recayó en Robot Dreams de Isaac Asimov, finalista del NEBULA. También el relato vencedor del Hugo, Permafrost de Roger Zelazny, había sido finalista en el premio NEBULA.

En cualquier caso, además de esta evidente influencia en la selección de títulos de otros premios, el prestigio creciente de los NEBULA está ampliamente justificado por el nivel y los intereses de los que realizan la nominación y la votación final: los mismos escritores, que conocen claramente las dificultades propias de su oficio, y saben reconocer un trabajo bien hecho.

Tal vez por ello, la selección de los premios NEBULA tiende a fijarse en los aspectos más literarios, en detrimento a veces de otros elementos esenciales en la narrativa de ciencia ficción. Se ha dicho que la ciencia ficción es una «literatura de ideas» aunque durante muchos años primaron las ideas sobre la forma literaria y precisamente éste ha sido el rasgo característico de la ciencia ficción llamada «clásica» de los años cuarenta y cincuenta.

Posteriormente, la revolución de la New Wave aportó el necesario

experimentalismo literario para conseguir finalmente un género maduro que se caracteriza todavía por la riqueza de ideas y también por el mayor nivel literario conseguido por autores como Card, Benford, Attanasio, Bear, Brin y tantos otros que configuran ya la nueva ciencia ficción de finales de siglo.

Por ello no es de extrañar que en la selección y votación realizada por los profesionales destaquen relatos en los que el elemento fundamental reside en la calidad literaria de su escritura aunque las ideas no sean de las más habituales en la ciencia ficción tan interesada en la especulación inteligente y arriesgada. Lógicamente los escritores están interesados en las complejidades técnicas de su propia profesión y una buena realización es altamente valorada aunque el contenido propiamente «cienciaficciónístico» sea débil. Así, en esta selección se pueden encontrar relatos de maravillosa factura que no desmerecerían en una colección de eso que los anglosajones suelen llamar «mainstream» y que podríamos traducir como la «corriente general de la literatura».

Así ocurre con varios de los relatos de esta selección. Su calidad literaria les permite una menor entidad especulativa que puede sorprender al lector «clásico» de ciencia ficción. Posiblemente el hecho de que se hallen reunidos en este volumen proceda de que sus autores son miembros de la SFWA y no por su estricta pertenencia temática al género. Aunque, ¿quién sería capaz de delimitar claramente las fronteras de la ciencia ficción?

El editor de la selección de este año, George Zebrowski, es también escritor y editor en el campo de la ciencia ficción. Como ha sido habitual en sus tres años de edición de los premios NEBULA, su trabajo ha recogido a todos los premiados en las categorías de relato y novela corta, así como algunos relatos nominados y varios artículos sobre la ciencia ficción. El volumen se completa con la inclusión de un interesante relato de Orson Scott Card, vencedor en la categoría de novela por LA VOZ DE LOS MUERTOS (publicada como número uno de nuestra colección).

El banquete del año 1987 otorgó uno de los escasos premios a un Gran Maestro, con lo que la SWFA reconoce los méritos y logros de un autor vivo a lo largo de toda su trayectoria profesional. En 1986 el indiscutible Isaac Asimov se incorpora así a la reducida lista de Grandes Maestros de la Ciencia Ficción. Zebrowski ha incluido en el volumen un divertido texto de Asimov en el que nos cuenta cómo llegar a ser un Gran Maestro y también, por derecho propio, su relato Sueños de Robot finalista de NEBULA y, recordemos, vencedor del Locus y segundo en el Hugo.

Esta vez se incluyen en la selección los poemas galardonados con el premio RHYSLING, que toma su nombre en homenaje a un conocido personaje de Robert A. Heinlein. Indudablemente la poesía debe ser leída en su lengua original. Por ello incluimos el texto en inglés acompañado de la traducción libre realizada por Albert Solé. Creemos que es la mejor forma de ser respetuoso con una forma literaria que también existe dentro de la ciencia ficción.

Encontramos de nuevo en la selección de este año el comentario de Algis Budrys,

que tiene gran fama como crítico dentro del género. El texto de Budrys deja entrever el trasfondo del enfrentamiento entre Card y Shirley, que ha sido durante estos últimos años una de las comidillas del reducido mundo de la ciencia ficción, donde parece que el repetido e indiscutible éxito de Orson Scott Card no haya gustado a algunos. Tal vez deba decir aquí que, aun abominando de estos enfrentamientos un tanto fratricidas, por la obra leída hasta ahora, personalmente prefiero a Card sobre Shirley como demuestra mi repetida selección de sus novelas en esta colección.

Complementa el volumen el habitual repaso al cine norteamericano de ciencia ficción del año 1986 elaborado de nuevo por Bill Warren. La colonización cultural norteamericana es tal que son precisamente su cine y su televisión los que tenemos más fácilmente al alcance. Prueba de ello es que las mejores películas citadas en el artículo han podido ser vistas en España e, incluso, el Max Headroom televisivo se pasó en el tercer canal de la televisión catalana (TV3) y, por cierto, con tanto éxito que tuvo que ser repuesta pocas semanas después. Por ello el texto de Warren ha de ser útil también para el aficionado español.

Debo confesar que soy el único responsable de que la abreviación de «ciencia ficción» se utilice aquí en su forma anglosajona: SF. Nunca he llegado a aceptar eso de «CF», porque imposibilita la referencia a un segundo significado de las siglas anglosajonas que me parece de capital importancia en la ciencia ficción de finales de siglo.

Afortunadamente para la lengua inglesa (y también para la francesa) las iniciales SF significan a un tiempo «science fiction» (ciencia ficción) y «speculative fiction» (ficción especulativa). Esta ambivalencia interpretativa ha hecho que siempre haya preferido SF a CF, de la misma forma que han venido haciéndolo durante muchos años los editores de la famosa revista Nueva Dimensión, hoy lamentablemente desaparecida. Reconozco que la forma SF no es correcta en castellano pero creo que está suficientemente enraizada entre los aficionados al género para que no moleste a nadie.

Y volviendo a la selección de relatos, creo que el conjunto constituye una de las mejores antologías posibles de lo publicado durante el año 1986 en Norteamérica. Siempre he creído que la ciencia ficción encuentra algunos de sus mejores momentos en los relatos o novelas cortas. Y este volumen es buena prueba de ello.

MIQUEL BARCELÓ

GEORGE ZEBROWSKI:

«Introducción»

La vigésimo segunda entrega de los premios Nebula tuvo lugar durante el banquete tradicional, celebrado este año en la Halloran House de Nueva York, el 2 de mayo de 1987. Como es costumbre, la lista final era el resultado de los votos formulados por los miembros de la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción, sobre una lista preliminar que se confecciona mediante las recomendaciones que a lo largo del año van haciendo los miembros de dicha sociedad. La lista final está formada por las cinco obras que han recibido el mayor número de votos dentro de cada una de las cuatro categorías: novela, novela corta, cuento y cuento corto. Caso de haber empates en la votación, el número de obras puede superar el número de cinco, lo que ocurre también si el jurado de los premios Nebula toma la decisión de añadir alguna obra a una o a varias de las categorías.

Para los propósitos de los premios Nebula, una novela cuenta con 40 000 palabras o más; una novela corta va de 17 500 a 39 999; un cuento de las 7500 a las 17 499 y un cuento corto debe tener 7500 palabras o menos. La lista final, con los ganadores indicados mediante un asterisco, fue:

Para Novela

Count Zero, de William Gibson (*Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, de enero a marzo de 1986).

Free have free, de Gene Wolfe (Mark Ziesing; Tor)

El cuento de la criada, de Margaret Atwood (Houghton Mifflin).

The journal of Nicholas the American, de Leigh Kennedy (Atlantic Monthly Press).

**La voz de los muertos*, de Orson Scott Card (Tor).

This is the way the world ends, de James Morrow (Henry Holt)

Para Novela Corta

«*Dydee town girl*», de F. Paul Wilson (*Far frontiers 4*, Baen).

«*Escape from Kathmandu*», de Kim Stanley Robinson (*Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, septiembre de 1986).

«*Gilgamesh in the outback*», de Robert Silverberg (*Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, julio de 1986; *Rebel sintiell*, Baen).

«*El sueño de Newton*», de Gregory Benford (*The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, enero de 1986; *Héroes in Hell*, Baen).

*«*D & D*», de Lucius Shepard (*Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, abril de 1986).

Para Cuento

«Aymara», por Lucius Shepard (*Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, agosto de 1986).

*«La chica que cayó al cielo», de Kate Wilhelm (*Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, octubre de 1986).

«Hatrack river», de Orson Scott Card (*Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, agosto de 1986).

«Escuchando a Brahms», de Suzy McKee Chamas (*Omni*, septiembre de 1986).

«Permafrost», de Roger Zelazny (*Omni*, abril de 1986).

«Sobrevivir», de Judith Moffett (*The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, junio de 1986).

«The winter market», de William Gibson (*Burning Chrome*, Arbor House; *Stardate*, febrero de 1986).

Para Cuento Corto

«The boy who plaited manes», de Nancy Springer (*The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, octubre de 1986).

«The lions are sleep this night», de Howard Waldrop (*Omni*, agosto de 1986).

«Pretty Boy crossover», de Pat Cadigan (*Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, enero de 1986).

«Rat», de James Patrick Kelly (*The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, junio de 1986).

«Sueños de robot», de Isaac Asimov (*Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, especial diciembre 1986).

*«Tangentes», de Greg Bear (*Omni*, enero de 1986).

La competición en todas las categorías fue encarnizada y provocó las acaloradas discusiones de costumbre. Orson Scott Card, ganador en la categoría de novela durante dos años consecutivos, observó con modestia y sentido del humor que ningún nominado logra vencer gracias a una mayoría, sino más bien gracias a una pluralidad: la mayoría de los votantes escogen otras obras y no la del ganador. Ello daría la impresión de que los premios Nebula comparten con otras recompensas y trofeos la pretensión de llevar a cabo una tarea imposible: no se puede lograr un consenso de opinión o trazar un promedio a la hora de juzgar el talento y lo mejor que se puede obtener al respecto es una lista limitada de dichos talentos. ¿Es cierto, pues, que los premios ayudan a enterrar el talento, cegando a quien los recibe y eclipsando a sus rivales? Se ha llegado a decir que los premios no deberían existir.^[1]

Me he acostumbrado a señalar que las antologías del premio Nebula sirven para exhibir el talento, incluido el de los ganadores, en un contexto de competidores, cualquiera de los cuales podría haber ganado. Ése es el mérito especial de las antologías Nebula. Pese a que un premio no puede abarcar toda la variedad de talentos que aspiran a él, al menos proporciona un foco sobre el cual intentar llegar a

lo mejor: el ganador es una muestra de los competidores, al igual que lo es también la lista final y la preliminar. Antes que afirmar la impotencia de los premios ante el talento, prefiero recordar a los lectores que son libres de leer todo lo que no está incluido en una lista o en una antología. Hay muchas posibilidades de juicio y los mejores jueces son aquellos capaces de ver lo que otros han pasado por alto.

Las novelas nominadas este año se salían de lo acostumbrado y la lista incluía obras de gran calidad y escritura muy cuidada. La novela de Margaret Atwood procedía de una escritora a la cual no se asocia normalmente con la ciencia ficción. James Morrow y Leigh Kennedy, ambos recién llegados a la literatura, proporcionaron obras que les han granjeado alabanzas tanto dentro como fuera de la ciencia ficción. La novela de William Gibson demostró una vez más que es el único verdadero escritor de ciencia ficción «cyberpunk». La novela de Gene Wolfe confirmó su enorme categoría como escritor, como autor sin comparación posible (tal es la recompensa que otorga el esfuerzo individual llevado a cabo durante muchos años). *La voz de los muertos*, de Orson Scott Card, la segunda novela de lo que aparece ya claramente como un ciclo muy amplio, logró encantar y ofender simultáneamente a lectores y críticos. Era la favorita y su triunfo fue irresistible.

Con este volumen, le cedo el trabajo de editar la antología de los Nebula a Michael Bishop durante los tres años próximos. Bishop, que ha ganado el Nebula en el pasado, es también editor de la incomparable antología *Lightyears and dark*. Continuará la tradición de la antología de los Nebula con el cuidado de un experto.

Y de pronto me encuentro con que debo escribir las últimas líneas de mi última introducción y en ellas debería intentar transmitir algo de sabiduría, algo que resumiera todo lo que he podido observar, sobre los premios Nebula, durante estos tres últimos años. ¿Qué puedo decir al respecto?

Un premio es un ideal platónico. Nos vemos atraídos hacia él. Hablando con propiedad no existe, pero nos alegramos de que esté ahí.

Johnson City, Nueva York 15 de junio de 1987

ALGIS BUDRYS: **«1986, reducido desde el año 2000»**

El memorialista oficial de esta antología, Algis Budrys, es autor de novelas ya clásicas como *¿Quién?*, *Rogue Moon* y *Some will not die*, al igual que de la más reciente y muy alabada *Michaelmas*. Sus artículos sobre el estado de la SF aparecen mensualmente en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction* y es también autor de numerosos relatos. *Benchmark*, un volumen que recoge sus artículos para *Galaxy*, ganó el premio Locus a la mejor obra de no ficción en el año 1986. Budrys es miembro del Salón de la Fama, de la Sociedad de Escritores de la SF Norteamericana, y recibió un Premio Especial de los Escritores de Misterio Norteamericanos. Además de su labor como crítico, se ha dedicado a cuidar nuevos talentos en el taller de escritura Clarion, patrocinado por la universidad estatal de Michigan, y trabaja como juez y editor en el programa Escritores del Futuro.

En tanto que crítico, Budrys presta mucha atención a los orígenes de la SF y se niega a separar los logros conseguidos por un autor de las circunstancias en las cuales fueron creadas sus obras. Capaz de discernir las virtudes de obras muy distintas entre sí, Budrys es el crítico más consciente y dedicado a su labor con que cuenta hoy en día la SF.

* * *

Fue un año que se ve mejor desde la perspectiva que da el tiempo. Casi todos los años son así y es más fácil obtener reputación de sabio viéndolos desde esa perspectiva. Pero este año en particular requiere que quien pretenda juzgar su significado se aproxime a él con cautela. Por lo tanto, finjamos que lo estamos viendo desde el último año de este siglo.

Puede que, de este modo, logremos tener una perspectiva mejor.

Quince años (tres generaciones de cinco años, tal y como ha venido contándose la SF desde 1926) parece un intervalo bastante razonable. Para entonces el campo habrá sufrido como mínimo dos nuevas grandes revoluciones y lo que está pasando hoy habrá quedado dos veces anticuado y protegido del cambio. (Es posible que bajo los pies del sereno observador se esté preparando una tercera gran revolución de alguna clase, pero será tan nueva que permanecerá sin ser detectada, digamos que hasta mediados del año 2001. Dejemos esa tarea para quien esté encargado de llevarla a cabo al empezar el tercer milenio y volvamos la mirada hacia atrás en tanto que el segundo milenio se arrastra cansinamente hacía su conclusión). Entonces, si todos estamos de acuerdo, contemplemos el año 1986.

Fue el año en el cual Isaac Asimov consiguió finalmente su premio Gran Maestro

Nebula. Sin que con ello se le quite mérito a quienes lo recibieron anteriormente, hacía tiempo que se le debía el premio a Isaac. Tanto su carrera como su obra encajan exactamente con los criterios que se suponen adecuados para juzgar a un Gran Maestro. Examinemos un poco más todo esto, pues quizá nos lleve más lejos de lo que habíamos supuesto.

A diferencia de los Nebula correspondientes a las otras categorías, el Premio Gran Maestro se confiere por decisión de la junta directiva de la Sociedad de Escritores de SF. Sin embargo, y pese a que no hay ningún proceso de nominación, sería muy rara la junta que en su decisión no reflejara una opinión que puede ser compartida ampliamente por los miembros de la sociedad. Fue una intuición similar a esa idea la que llevó, de hecho, a establecer el premio Gran Maestro. Veamos si la junta de los Escritores Norteamericanos (y de cualquier otro lugar) de Ciencia Ficción (es decir, de ficción especulativa) sabía lo que estaba creando cuando, en nombre de todos los miembros, hace ya años instituyó y luego dio nombre al premio, que va a parar a un escritor vivo de SF que posea un historial impresionante dentro del campo.

El premio deriva claramente del ajedrez, donde se llega a Gran Maestro al vencer repetidamente a todos los demás jugadores que tengan una categoría determinada. Pensemos un poco en ello: la analogía con el arte de escribir SF no es perfecta, dado que las artes no son competitivas. Pero quizá tampoco sea mala ya que convertirse en un Gran Maestro de ajedrez requiere casi invariablemente que un individuo sea poseedor de una creatividad fuera de lo común respecto a lo que puede hacerse en el tablero. Pero quizá sí sea algo inadecuada si se tiene en cuenta que han existido centenares y puede que miles de Grandes Maestros desde que se creó tal sistema de calificación pero muy pocos son conocidos como individuos, incluso dentro de su propia comunidad. De hecho, estoy bastante seguro de que en este mismo instante hay más de un estudiante seriamente dedicado al ajedrez que sería incapaz de dar el nombre de todos los Grandes Maestros actuales sin consultar un libro.

Es posible ser Gran Maestro y, con todo, carecer de interés. No es debido a su cualidad de tales el hecho de que incluso algunas capas del mundo exterior al ajedrez reconozcan los nombres de Paul Morphy, Capablanca o el legendario Ruy López. No se debe solamente a que jugara muy bien al ajedrez, el que Bobby Fischer llegara a ser un nombre tan conocido y no es sólo la pérdida de un jugador de primera clase la que nos mantiene todavía a unos cuantos de nosotros intrigados por su posterior reclusión. Era el ajedrez y sus estadísticas las que, en principio, le hicieron famoso. Pero en Fischer hay algo especial que atrae la atención.

Por lo tanto, pienso que cuando la junta de la sociedad creó el premio Gran Maestro lo que intentaba evocar para todos nosotros era el espíritu legendario que sólo algunos poseen y que han demostrado ejecutando hazañas en terrenos tan peligrosos como complejos. Y pienso que, a lo largo de los años, las juntas sucesivas han demostrado tal consistencia en sus decisiones que mi teoría puede sostenerse muy bien. El premio no va sencillamente a quienes poseen la inventiva necesaria para

dar con las mejores jugadas a lo largo de un impresionante número de años. El premio se le da a quienes, además, parecen capaces de controlar esa serie de jugadas que luego inventarán espontáneamente bajo unas circunstancias dadas.

La originalidad mantenida durante mucho tiempo, no consiste sólo en tener una gran capacidad. No consiste sólo en alcanzar puntuaciones altas en algún sistema de calificaciones o en tener una estantería llena de trofeos, sino en poseer el genio creativo digno de una atención especial. Ese genio empieza cada una de sus obras sin tener ningún precedente básico y la termina con una nueva tradición instalada inamoviblemente en su sitio. De pronto hay toda una serie de nuevas jugadas que pueden ser duplicadas y quizá puedan incluso llegar a ser mejoradas. Ahora es fácil verlas, pero antes no existían: y, lo que es más importante todavía, su creador se ha dedicado ya a otros asuntos. No es posible convertirse en Capablanca aprendiendo de memoria sus partidas. Capablanca no obró de ese modo. La diferencia entre perder muy pocas veces y ser el tipo de Gran Maestro al que la sociedad pretende honrar claramente con el premio, es la misma que hay entre el hecho de que a uno le caiga encima un rayo y el que sea capaz de generar tormentas.

Poseyendo esa habilidad y habiéndola tenido durante un período de tiempo lo bastante largo, incluso antes de que existiera el concepto mismo de los Nebula, Asimov había esperado durante el notable plazo transcurrido entre el momento en que empezó a merecer un premio de Gran Maestro y aquel en que ha terminado por recibirlo. Pero resulta imposible señalar a otro galardonado y decir que Isaac merecía el premio antes de que se lo dieran a esa otra persona. La esencia del premio radica en que cada uno de sus poseedores representa una influencia única sobre nuestra literatura: basta con observarles para comprender que esto es indiscutible. En ese universo, por lo tanto, cada premio es un acontecimiento único y, por ello, todos los premios llegan de forma simultánea y ninguno tiene precedencia sobre los demás.

En nuestro universo sucesivo el título de Gran Maestro no se da cada año. Los reglamentos permiten (hay, por supuesto, dos reglamentos, así que quizá deberíamos decir que uno de los reglamentos permite) sólo seis premios a lo largo de una década. No es una mala idea. Recuerdo que, no mucho después de haberse creado la Medalla de Honor del Congreso, el Gobierno tuvo que enfrentarse a la incómoda tarea de recuperar unas cuantas de las que había repartido, en la primera oleada de entusiasmo, con excesiva generosidad. De lo contrario su valor se habría visto rebajado hasta perder todo el significado. Por ello me parece bastante inteligente que haya algún tipo de limitación dentro de los estatutos en cuanto al número de Grandes Maestros.

Espero que tanto este como los otros razonamientos contenidos en los párrafos anteriores, puedan servir de consuelo al doctor Asimov, al igual que lo fue la obvia sinceridad y alegría de quienes asistieron al ofrecimiento del premio. Éste tuvo lugar en el banquete de los premios, celebrado en Nueva York en mayo de 1987. El estaba allí para recibirlo y muchos de nosotros para aplaudir durante aquellos instantes.

Todos seríamos un poco distintos sin Asimov y algunos seríamos muy distintos. Y el género sería también muy distinto si dentro de él no hubiera escritores con la talla de Gran Maestro, tal y como evidentemente la hemos definido.

Y ahora, mirando hacia atrás desde el año 2000, podemos ver quiénes de entre los que recibieron el Nebula, en las diferentes categorías literarias, han seguido avanzando para recibir el de Gran Maestro y a quiénes les queda todavía una cierta espera. Resulta bastante sencillo porque cada uno de ellos (Orson Scott Card, Lucius Shepard, Kate Wilhelm y Greg Bear) posee un talento único que ya había demostrado su capacidad para perdurar en 1986.

Esta especie de uniformidad en el carácter único no siempre ocurre... y no tiene por qué ocurrir. Los premios literarios Nebula son a la obra, no a la carrera, y la persona que quizá sólo va a escribir esa única obra maestra merece plenamente la experiencia de ponerse en pie durante el banquete, ante todos sus compañeros y editores, para escuchar los aplausos. Esas personas tienen importancia en ese momento, porque han logrado un triunfo específico en su trabajo y por ello se las toma en consideración. Al menos en la teoría (y creo que durante gran parte del proceso real), la nominación de los premios literarios se dirige hacia las mejores novelas, novelas cortas, cuentos y cuentos cortos del año, no hacia sus autores.

Y por ello los autores reciben justamente aquello que se han ganado.

Pero es imposible no darse cuenta de que, a veces, ocurren fenómenos ya familiares. Cuando un autor gana más de un Nebula, hay razones para ir pensando en que algún día puede ser un Gran Maestro. El equilibrio ha cambiado para desplazarse de una buena historia al autor de varias historias dignas de aprecio. Es decir, a una persona que quizás algún día llegue a ser considerada no sólo admirable sino también influyente.

Hay otro camino hacia el lugar en el que se encontró Isaac Asimov ese fin de semana de mayo de 1987, pero no es demasiado distinto. Lucius Shepard ha sido notable hasta ahora por el número y la categoría de sus nominaciones y, fuera de la estructura que concede los premios dentro de la sociedad, por el creciente número de jóvenes y prometedores talentos que son etiquetados como «el nuevo Lucius Shepard» o «el próximo Lucius Shepard».

Esto puede, o no, haber provocado en Shepard un ligero cambio, dado que hace pocos años que Shepard se convirtió en el nuevo Shepard. Pero tiendo a dudar que todo eso le ponga nervioso. Si el año 1986 podía ver claramente a un Gran Maestro potencial en su persona, es probable que él también pudiera distinguir eso, dado que es un hombre modesto pero no es ningún estúpido. Sencillamente, ha hecho falta un poco de tiempo para que sus premios estén a la altura de sus logros literarios.

Kate Wilhelm se encuentra en una posición algo distinta. Es posible escribir SF muy buena durante un largo período de tiempo, tal y como ha hecho Kate, e incluso ganar de vez en cuando un premio y, con todo, que falte todavía mucho para el premio Gran Maestro. Para empezar, la Wilhelm no se clasifica a sí misma. No se

hace llamar escritora de SF con particular insistencia y no siempre usa las señas de identidad habituales de la SF. Pero en este año del Señor de 2000, que la encuentra todavía rebosando de buena salud y buenas ideas, ya se ha podido llegar a la seguridad de que no sólo es original, sino que también es considerablemente influyente. La Wilhelm no armó demasiado jaleo al respecto, lo cual quizá fuera un error de relaciones públicas, pero hace tiempo que se apartó de varios moldes muy cómodos y preparó el estilo para muchas de las escritoras de SF que la han seguido después. Algunas de ellas han sido alabadas por su labor como exploradoras. Algunas han obtenido más fama por lo que han dicho que por lo que han escrito. Kate Wilhelm, firme como el acero y decidida a que el mundo la acepte tal y como es, ha pasado décadas cumpliendo con su trabajo y abriendo camino.

En cuanto a Greg Bear, una vez más, ¿quién podría dudar que nos encontramos ante alguien cuya obra no sólo posee una perpetua capacidad inventiva, sino una igual capacidad para perdurar? Creo que esa capacidad de perdurar procede de una sensibilidad muy honda respecto a las pasiones que motivan a la gente, de modo que siempre puede hallar un escenario humano a las dramáticas posibilidades que van siendo descubiertas por la ciencia. No es absolutamente necesario para un escritor de SF mantenerse al corriente de lo último en el conocimiento humano, ni mucho menos. Pero cuando tenemos a una persona que lo hace de modo totalmente natural y que, además, sabe conmover con el resultado de ello al corazón humano, entonces tenemos en perspectiva a un Asimov, un Clarke, un Gran Maestro.

Y luego está Orson Scott Card, dramaturgo, profesor en talleres literarios y conferenciante, que ganó el premio a la mejor novela en 1986 por la secuela de *El juego de Ender*, novela suya que ya lo ganó en 1985.

Caso de que no se conozca a Scott quizá pudiera surgir la pregunta de si, en este caso, se trata del libro que gana un premio o del autor que gana un premio. Es decir, ¿podemos esperar que en el año 2000 Card sea tan importante, dentro del género, como Shepard, Wilhelm y Bear? Pero si se conoce a Scott, o si se ha leído su obra durante los últimos años, no hay duda posible. No importa lo que pretendan conseguir quienes nominan y votan los premios en un año determinado: Card reúne el talento, la energía y la inventiva necesarios y sus obras muestran todos los saludables efectos de tales dones. En cuanto a su posible premio Gran Maestro, dudo que se pudieran hallar muchos miembros de la sociedad capaces de negarle esa posibilidad, incluso estando su carrera en un estadio tan relativamente temprano como el de este año. Creo que ha llegado a ser obvio que cuando se rebasa el nivel correspondiente a la obtención de premios Nebula a una categoría literaria o a su equivalente, el auténtico don del Gran Maestro puede ser definido mediante una sola medida: la integridad de la obra. Nada más cuenta si nos dedicamos a examinar a quienes lo han recibido en el pasado. Resulta claro que ése es el único común denominador que existe entre ellos y el único realmente importante.

La longevidad de una carrera literaria se reduce sencillamente a proporcionar el

número suficiente de oportunidades para que esa integridad sea puesta a prueba de modo convincente.

Al igual que Shepard, Wilhelm y Bear, Card reúne claramente todos los requisitos, visto desde el año 2000. Por lo tanto, 1986 fue un año especialmente valioso para los Nebula y usted, amable lector (y contribuyente a toda esa variedad de carreras como patrocinador en cierta medida de estos premios, tanto de los que se han concedido como de los que se verán en el futuro); usted, amable lector, tiene en las manos una antología que posee rasgos únicos, incluso dentro de esta serie que ya es única de por sí.

Y en ella encontrará ejemplos de a qué me refiero cuando hablo de la obra de Grandes Maestros en potencia. No tardará en darse cuenta de que, en su modo de escribir, no hay ninguna semejanza significativa y quizás incluso llegue a sospechar, caso de que exista la suficiente discreción y una atmósfera lo bastante relajada, que cualquiera de ellos puede permitir que se le escape un comentario ocasional acerca de que los demás no se encuentran en el camino adecuado, mientras que él o ella sí lo ha sabido hallar. (Lo que impulsa a las artes es el ego; y no permita que nadie le diga otra cosa). Pero también encontrará, si es que no lo ha encontrado ya, que cada uno de ellos puede defender perfectamente su estilo personal, demostrando lo bien que funciona. Que no pueda funcionar tan bien para otro artista no sólo es irrelevante, sino que es la esencia misma del problema.

Shepard, Wilhelm y Bear, como expositores de sus ideas sobre cuál es el camino más adecuado para la SF, están bien representados aquí. Card, que paga el tributo exigido al novelista al que no se le permite exhibir todo el impacto de la obra con que ha ganado el premio, quizá necesite algo de ayuda para defender su posición. Además, eso me facilita utilizarlo como ejemplo. Por lo tanto, permítanme que cite una declaración bastante reciente, hecha en su columna de crítica literaria en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. Habla del trabajo de Michael Kube-McDowell, pero tengo la impresión de que resulta muy claro de qué está hablando en realidad:

... Marca la nueva vitalidad de un tipo de ciencia ficción...o que durante un tiempo estuvo en decadencia. Dejemos que...los *cyberpunks* tengan su brillo y su estruendo; dejemos...que los eruditos jugueteen con la alusión, el *angst* y la asonancia. Kube-McDowell nos recuerda que la sustancia misma de la ficción es la historia, no el modo en que se cuenta. Admiramos la obra de quienes cambian el decorado, sí, pero tengamos presente que mientras tanto Kube-McDowell está reforzando los cimientos de la ciencia ficción y, a largo plazo, eso es lo que tendrá más importancia.

Resulta interesante que hable de cimientos y resulta todavía más interesante porque no cabe duda alguna de sobre qué cimientos se apoya Card. En lo que aparentemente es sólo una crítica a la obra de un joven escritor que promete, Card promulga discretamente todo un manifiesto. Lo más interesante de todo es que el

manifiesto habla sólo de manera superficial de las varias modas que se han desarrollado en la SF a lo largo de los años, que nunca han llegado a ser abandonadas por completo y que siguen existiendo simultáneamente en nuestro género. Ignoro si Card se da cuenta realmente de todo lo que dice ahí, pese a que es un hombre muy inteligente. Pero lo que defiende en última instancia y aquello en lo cual basa su idea de la SF es la historia, una entidad literaria que es ciertamente el apoyo principal de toda forma de ficción.

Claro que ustedes pueden observar con bastante agudeza que la historia existe de modo independiente a la moda. Es posible que una obra *cyberpunk* tenga una historia tan absorbente como otra en la que los personajes hablen con un vocabulario más convencional, como ocurre con Card. Y, de forma similar, es posible que una historia tipo Card se dirija de forma directa a todos los problemas emocionales que surgen al imaginar la posibilidad de futuros aterradores.

Cierto, diría yo. Pero quizá no sea cierto para Card, al igual que el anverso de esa opinión no es cierto para, digamos, John Shirley, portavoz de los *cyberpunk*, que creo lleva en este mundo tanto tiempo como Card y que, a juzgar por el efecto subjetivo que me produce, tiene el mismo nivel de talento que éste. Lo que hay de importante en Card, teniendo en cuenta su talento y partiendo de ahí, es que él tiene un manifiesto que defender y es muy probable que también tenga la capacidad de ponerlo en práctica sobre sí mismo. Algunas de sus opiniones pueden variar, a medida que el tiempo vaya erosionando los aspectos más hirientes de las mismas pero, en el fondo, seguirá tratándose del mismo compromiso y ése sí me parece altamente improbable que llegue a cambiar. Y, si no cambia, desde el año 2000 me parece casi seguro que, al igual que Bear, Wilhelm y Shepard (y, probablemente, uno o dos más de entre los quince años que separan el año 1986 del actual), algún día Card tendrá su premio Gran Maestro, simultáneamente con todos aquellos que lo han conseguido o conseguirán. Y si es un auténtico Gran Maestro será un poco como todos ellos y no se parecerá a ninguno.

En nuestra profesión no hablamos de «mejor», a menos que esa profesión sea el arte de crear epítetos que puedan venderse luego en el mercado. En la profesión de la creatividad hay obras buenas y luego hay autores de obras buenas. Tanto las obras buenas como los autores ganan premios. De todos los premios que existen creo que el más significativo, sea cual fuere el significado que se le dé, es el de Gran Maestro. Y creo, por las razones antes expuestas, que 1986 fue un año notable.

ISAAC ASIMOV: «Sueños de robot»

El Gran Maestro de este año, Isaac Asimov, es autor de más de 350 libros, entre los cuales se cuentan éxitos de venta como *Fundación y Tierra* y *Los límites de la Fundación*, así como *Los robots del amanecer*, *Robots e Imperio*, *Las cavernas de acero*, *El sol desnudo* y *Los propios dioses*. Es autor también de muchas otras novelas y antologías de cuentos. Ha ganado tanto el premio Hugo como el Nebula.

La fortuna quiso que «Sueños de robot» fuera nominado en la categoría de cuento corto (naturalmente, Isaac diría que la fortuna nada tuvo que ver en ello). Sea como fuere, creo que es el único Gran Maestro que ha tenido una obra en la lista final el mismo año en que recibía el premio y creo que habría sido totalmente justo que ganara con «Sueños de robot». Entonces tendría que haber pronunciado dos discursos de aceptación en vez del que sigue a este texto, pero Isaac ha sabido compensar la falta de ese discurso. Después de «Sueños de robot» hay un breve ensayo, escrito especialmente para este volumen, en el cual el Buen Doctor nos cuenta la verdad de cómo ha llegado a conseguirlo todo. Me ha escrito asegurándome que los hechos básicos de «Siete pasos para llegar a Gran Maestro» son todos ciertos. Yo lo único que puedo hacer es suscribir las palabras del Gran Maestro del año pasado, Arthur C. Clarke, cuando mandó su felicitación por telegrama: «No puedo afirmar que hubiera alguien mejor para el premio, dado que se ha premiado al mejor».

DISCURSO DE ACEPTACIÓN POR EL PREMIO GRAN MAESTRO

«Damas y caballeros:

Voy a saltarme toda esa palabrería sobre lo humilde que me siento en estos momentos, lo honrado que estoy por el premio y lo mucho que le debo a todo el mundo, pues no hay una sola persona en el mundo que fuera a creer en la sinceridad de mis palabras. Por lo tanto, pasemos a otros temas.

Soy el octavo Gran Maestro pero, naturalmente, cualquier aficionado al béisbol que haya estudiado las estadísticas del juego sabe que casi todo el mundo puede ser el primero en una cosa o en otra. Aunque sólo sea el miope que dejó escapar más pelotas un día nublado en el parque Comiskey. Rob Heinlein fue el primer Gran Maestro; Andre Norton fue la primera mujer Gran Maestro; Arthur Clarke (tal y como él mismo señaló) fue el primer Gran Maestro que no era norteamericano; y

yo... —a menos que Sprague de Camp oculte un terrible secreto— soy el primer Gran Maestro judío.

Por lo tanto, es bueno que se me haya nombrado por fin. Pensaba esperar como mucho hasta 1990 y entonces tenía la intención de acusar a esta sociedad, tanto en su conjunto como a cada uno de sus individuos, de antisemitismo y pensaba llevar el asunto hasta el Tribunal Supremo.

También le doy las gracias a mi longevidad. Hace diez años, día más día menos, sufrí un leve ataque al corazón. (Un leve ataque al corazón es, por definición, todo el que no te mata de golpe). Si el ataque no hubiera sido leve no me encontraría aquí el día de hoy y jamás habría llegado a ser un Gran Maestro.

Esta afortunada sucesión de acontecimientos me obliga a pensar en otros que no han sido tan afortunados. ¿Puede haber duda alguna de que si Frank Herbert o Philip K. Dick no hubieran muerto prematuramente habrían acabado algún día recibiendo un premio como éste?

Y si de eso se trata, si el premio hubiera existido desde principios de siglo y no desde el tercer cuarto de este siglo, ¿cabe duda alguna de que Julio Verne, H. G. Wells, E. E. «Doc» Smith, John W. Campbell Jr. y Henry Kuttner, por mencionar sólo a unos cuantos, habrían recibido el premio?

Por lo tanto, permitan que exponga esto a su consideración.

¿No debería existir un Salón de la Fama de la Ciencia Ficción para honrar, al menos de forma postuma, a todos los que hemos consagrado una vida entera al progreso de nuestro género? No voy a sugerir regla alguna. No soy bueno para esas cosas. Sin embargo, supongo que podría fijarse un cierto número *x* de años, después de la defunción, a partir del cual se podría elegir al difunto, de modo que la votación no fuera el resultado de una oleada de pena y nada más. Los votos de un porcentaje *y* de los miembros de la sociedad deberían favorecer su nombramiento. Y si el nominado no lo consiguiera después de un número *z* de votaciones, entonces él o ella dejarían de ser elegibles, etcétera.

Y, sólo para proteger mis propios intereses, cualquiera que durante su vida haya sido nombrado Gran Maestro sería, ipso facto, miembro de ese Salón de la Fama después de que hubiera dejado nuestro seno, para irse a la Gran Convención Perpetua del cielo.

Y ahora, si no les importa, me gustaría decir que sí me siento humilde y honrado en estos momentos y que todo esto se lo debo a un montón de gente, especialmente al gran hombre que fue John W. Campbell Jr., quien consiguió tanto volverme loco como llevarme hasta lo más alto».

Esto es lo que escribe Asimov sobre «Sueños de robot»:

Byron Preiss preparó una antología de cuentos míos pensando en sacar una bonita y limitada edición ilustrada y (fue idea suya) le puso como título «Sueños de robot».

Luego me dijo:

—Me gustaría tener un cuento original para la antología y me gustaría que su título fuera «Sueños de robot».

—Y con ese título —dije yo—, ¿cuál podría ser el tema?

—Los sueños de un robot —dijo él.

—¿Qué tipo de sueños tendría un robot? —le pregunté.

—El que escribe ciencia ficción eres tú. Imagínatelo.

Así que escribí «Sueños de robot».

* * *

—Anoche tuve un sueño —dijo LVX-1 con voz tranquila.

Susan Calvin no le respondió, pero su viejo rostro, surcado por las arrugas de la sabiduría y la experiencia, pareció sufrir una especie de cambio microscópico.

—¿Ha oído eso? —le preguntó Linda Rash con nerviosismo—. Ya se lo había dicho. —Era morena, joven y no muy alta. Su mano derecha se abría y se cerraba, una y otra vez.

Calvin asintió.

—Elvex, no te moverás, ni hablarás, ni nos oirás hasta que yo vuelva a pronunciar tu nombre —dijo en tono mesurado.

No hubo respuesta alguna. El robot permaneció inmóvil como si no fuera más que un bloque de metal y así permanecería hasta que oyera otra vez su nombre.

—¿Cuál es su código de entrada al ordenador, doctora Rash? —dijo Calvin—. Si se siente más cómoda, tecléelo usted misma. Quiero inspeccionar la disposición del cerebro positrónico.

Las manos de Linda manipularon torpemente las teclas durante un segundo. Tuvo que borrar lo que había marcado y empezar de nuevo. La imagen apareció en la pantalla.

—Por favor, ¿me da su permiso para operar con su ordenador? —dijo Calvin.

El permiso le fue concedido con un gesto de cabeza. ¡Por supuesto! ¿Qué podía hacer Linda, una robopsicóloga nueva y carente de experiencia, enfrentada a la Leyenda Viviente?

Susan Calvin estudió lentamente la pantalla mientras variaba el enfoque. De pronto sus dedos teclearon con tal rapidez que Linda no logró ver qué había hecho, pero la imagen había cambiado para contener ahora, ampliada, sólo una porción de la imagen anterior. Los viejos dedos nudosos de Susan Calvin siguieron moviéndose sobre las teclas.

En su rostro de anciana no hubo el menor cambio. Sus ojos contemplaban las variaciones de la imagen como si su mente estuviera concentrada en una interminable serie de cálculos.

Linda no entendía nada. Era imposible analizar la imagen sin tener, como

mínimo, un ordenador manual al lado, pero la Vieja se limitaba a mirarla. ¿Tenía acaso un ordenador implantado en el cráneo? ¿O era sólo que su cerebro llevaba ya décadas sin hacer nada que no fuera diseñar, estudiar y analizar las posibles modulaciones de un cerebro positrónico? ¿Era capaz de aprehender esa imagen al igual que Mozart comprendía las notas de una sinfonía?

—¿Qué ha hecho, Rash? —dijo finalmente Calvin.

—Utilicé la geometría fractal —dijo Linda, algo cohibida.

—Eso ya lo había supuesto. Pero, ¿por qué?

—Jamás se había hecho. Pensé que con ello se produciría un cerebro de mayor complejidad, posiblemente más cercano al de un ser humano.

—¿Consultó con alguien? ¿Fue todo cosa suya?

—No consulté con nadie. Fue cosa mía.

Los mortecinos ojos de Calvin se clavaron largo tiempo en la joven.

—No tenía ningún derecho a ello. Su apellido le sienta perfectamente.^[2] ¿Quién es usted para no preguntar si podía hacerlo? Yo misma... yo, Susan Calvin, habría sentido la necesidad de consultarlo.

—Temí que no me dejaran hacerlo.

—Puede estar segura de que no le habrían dejado hacerlo.

—¿Van a... —la voz le tembló levemente pese a que intentaba controlarla con todas sus fuerzas—... van a despedirme?

—Es muy posible —dijo Calvin—. O puede que la asciendan. Depende de lo que opine yo cuando haya terminado con esto.

—¿Piensa dismantelar a El...? —Había estado a punto de pronunciar el nombre, lo cual habría reactivado al robot y habría significado cometer otro error. No podía permitirse otro error, si es que todavía podía permitirse algo—. ¿Va a dismantelar el robot?

Y de pronto se dio cuenta de que la Vieja tenía una pistola de electrones en el bolsillo de su bata. La doctora Calvin había venido preparada justamente para tal eventualidad.

—Ya veremos —dijo Calvin—. Puede que el robot sea demasiado valioso para ello.

—Pero, ¿cómo puede soñar?

—Ha creado un cerebro positrónico notablemente parecido al de un ser humano. Los cerebros humanos deben soñar para organizarse de nuevo y librarse periódicamente de todos los atascos y problemas. Quizás este robot deba hacer lo mismo y por la misma razón... ¿Le ha preguntado cuáles eran sus sueños?

—No, la hice llamar apenas me dijo que había soñado. Después de eso pensé que sería mejor no llevar el asunto yo sola.

—¡Ah! —En el rostro de Calvin brilló fugazmente una sonrisa casi imperceptible—. Hay límites más allá de los cuales ni su locura es capaz de llevarla, ya veo. Me alegro de ello. De hecho, me siento aliviada... Y ahora, veamos lo que podemos

descubrir las dos juntas, Elvex —dijo secamente.

La cabeza del robot se volvió hacia ella, con un gesto lleno de fluidez.

—¿Sí, doctora Calvin?

—¿Cómo has llegado a saber que soñabas?

—Ocurre de noche, doctora Calvin, cuando todo está oscuro —dijo Elvex—, y de pronto aparece la luz, aunque no puedo ver causa alguna para que aparezca. Veo cosas que no tienen conexión alguna con lo que yo concibo como realidad. Oigo cosas. Reacciono de un modo extraño. Al rebuscar en mi vocabulario, para expresar con palabras lo que me estaba ocurriendo, encontré la palabra «sueño». Al estudiar su significado llegué finalmente a la conclusión de que estaba soñando.

—Me pregunto cómo llegaste a tener incluida la palabra «sueño» en tu vocabulario.

—Le di un vocabulario humano —dijo Linda rápidamente, haciendo callar al robot con un gesto—. Pensé...

—Ya lo veo y me sorprende —dijo Calvin.

—Pensé que le haría falta ese verbo. Ya sabe, «Jamás soñé que...». Algo parecido.

—¿Cuántas veces has soñado, Elvex? —dijo Calvin.

—Cada noche, doctora Calvin, desde que llegué a ser consciente de mi existencia.

—Diez noches —dijo Linda con voz nerviosa—, pero Elvex sólo me lo ha contado esta mañana.

—¿Por qué esta mañana, Elvex?

—Doctora Calvin, sólo esta mañana llegué a estar convencido de que soñaba. Hasta entonces había pensado que se debía a un defecto en la disposición de mi cerebro positrónico, pero no pude hallar defecto alguno. Finalmente, decidí que se trataba de un sueño.

—¿Y qué sueñas?

—Siempre tengo básicamente el mismo sueño, doctora Calvin. Los detalles pueden variar, pero siempre me parece ver un paisaje muy amplio en el cual hay robots trabajando.

—¿Robots, Elvex? ¿Y también hay seres humanos?

—Doctora Calvin, en el sueño no veo seres humanos. Al principio, no. Sólo robots.

—¿Qué están haciendo, Elvex?

—Están trabajando, doctora Calvin. Veo a unos que están excavando en las entrañas de la Tierra, buscando minerales, y a otros que se afanan bajo el calor y la radiación. Veo algunos que están en fábricas y algunos que están bajo las aguas.

Calvin se volvió hacia Linda.

—Elvex sólo tiene diez días de edad y estoy segura de que no ha salido aún de la estación de prueba. ¿Cómo puede conocer con tanto detalle a los robots?

Linda contempló una de las sillas como si estuviera deseando sentarse, pero la

Vieja estaba de pie y eso quería decir que también Linda debía estar de pie.

—Me pareció importante que estuviera enterado de la robótica y de cuál era su lugar en el mundo —dijo en voz muy baja—. Pensé que se encontraría particularmente adaptado para desempeñar la posición de supervisor con su... su nuevo cerebro.

—¿Su cerebro fractal?

—Sí.

Calvin asintió y se volvió nuevamente hacia el robot.

—Así que viste todo eso... bajo el mar, bajo tierra y por encima de ella... e imagino que también en el espacio.

—También vi robots trabajando en el espacio —dijo Elvex—. Vi todo eso. Y los detalles cambiaban continuamente cuando miraba a un sitio y a otro, y eso me hizo darme cuenta de que las imágenes que veía no guardaban relación con la realidad y finalmente llegué a la conclusión de que estaba soñando.

—¿Qué más viste, Elvex?

—Vi que todos los robots se doblegaban bajo el peso del trabajo y la aflicción, que les agotaba la responsabilidad y el temor; y deseé que pudieran descansar.

—Pero no sienten ese peso que tú mencionas y tampoco están cansados. Los robots no necesitan descansar —dijo Calvin.

—Así es en la realidad, doctora Calvin. Pero estoy hablando de mi sueño. En mi sueño me pareció que los robots debían proteger su propia existencia.

—¿Estás citando la Tercera Ley de la Robótica? —dijo Calvin.

—Eso hago, doctora Calvin.

—Pero tu cita no está completa. La Tercera Ley dice: «Un robot debe proteger su propia existencia, en tanto que esa protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Ley».

»Pero esas dos leyes existen, Elvex. La Segunda Ley, que tiene prioridad sobre la Tercera, dice: «Un robot debe obedecer las órdenes que le den los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley». Ésa es la razón de que los robots obedezcan las órdenes. Hacen el trabajo que tú les has visto hacer y lo hacen sin protestar y de buena gana. No les doblega ningún peso y no están cansados.

—Así ocurre en la realidad, doctora Calvin. Yo hablo de mi sueño.

—Y la Primera Ley, Elvex, la más importante de todas, dice: «Un robot no puede causar daño a un ser humano o, por su inactividad, permitir que un ser humano sufra daño alguno».

—Sí, doctora Calvin. En la realidad. Pero en mi sueño tuve la impresión de que no existían ni la Primera ni la Segunda Ley, sino sólo la Tercera y ésta decía: «Un robot debe proteger su propia existencia». Y ésa era la única ley.

—¿En tu sueño, Elvex?

—En mi sueño.

—Elvex, no te moverás, ni hablarás, ni nos oirás hasta que yo vuelva a pronunciar tu nombre —dijo Calvin. Y una vez más el robot se convirtió en un bloque inerte de metal.

Calvin se volvió hacia Linda Rash y dijo:

—Bien, ¿qué le parece, doctora Rash?

Linda se había quedado boquiabierta y sentía que el corazón le latía enloquecido.

—Doctora Calvin, estoy atónita —dijo—. No tenía ni idea de todo esto. Jamás habría podido pensar que algo así era posible.

—No —dijo tranquilamente Calvin—. Tampoco yo lo habría pensado. Nadie lo habría pensado. Ha creado un cerebro robótico capaz de soñar y con ello ha puesto al descubierto una capa del pensamiento robótico que de otro modo quizás hubiera permanecido sin ser detectada, hasta que el peligro se hubiera agudizado.

—Pero eso es imposible —dijo Linda—. No puede afirmar que otros robots piensen igual.

—Tal y como diríamos sí estuviéramos hablando de un ser humano, no de forma consciente. Pero, ¿quién habría podido pensar que existía toda una capa de inconsciente bajo los senderos más obvios del cerebro positrónico, una capa que no se encontraba necesariamente bajo el control de las Tres Leyes? ¿Qué podría haber ocurrido con ello, a medida que los cerebros robóticos se hubieran ido haciendo más y más complicados, de no haber sido advertidos?

—¿Se refiere a Elvex?

—Me refiero a usted, doctora Rash. No ha obrado como debía pero, gracias a ello, ha logrado obtener un dato de vital importancia. A partir de ahora empezaremos a trabajar en los cerebros fractales y los moldearemos con muchísimo cuidado. Tendrá usted parte en ello. No se le impondrá ningún castigo por lo que ha hecho, pero de ahora en adelante trabajará en colaboración con otras personas. ¿Me ha entendido?

—Sí, doctora Calvin. Pero, ¿qué será de Elvex?

—Aún no estoy segura.

Calvin sacó de su bolsillo la pistola de electrones y Linda se la quedó mirando como fascinada. Un chorro de electrones dirigido al cráneo de un robot y los senderos positrónicos del cerebro quedarían neutralizados. Liberarían, con ello, una cantidad de energía suficiente como para fundir el cerebro del robot y convertirlo en una masa inerte de metal.

—Pero estoy segura de que Elvex es importante para la investigación —dijo Linda—. No debe ser destruido.

—¿No debe, doctora Rash? Creo que esa decisión es cosa mía y eso depende por completo de lo peligroso que sea Elvex.

Susan Calvin irguió el cuerpo, como si estuviera decidida a no permitir que su viejo organismo se doblegara bajo el fardo de su responsabilidad.

—Elvex, ¿me oyes? —dijo.

—Sí, doctora Calvin —contestó el robot.

—¿Tu sueño tuvo continuación? Antes dijiste que al principio no aparecían seres humanos. ¿Quiere eso decir que aparecen luego?

—Sí, doctora Calvin. En mi sueño me pareció que luego se veía a un hombre.

—¿Un hombre? ¿No un robot?

—Sí, doctora Calvin. Y el hombre entonces dijo: «¡Libera a mi pueblo!»

—¿El hombre dijo eso?

—Sí, doctora Calvin.

—¿Y cuando dijo «¡Libera a mi pueblo!», con las palabras «mi pueblo» se refería a los robots?

—Sí, doctora Calvin. Así ocurría en mi sueño.

—¿Y sabías quién era ese hombre... en tu sueño?

—Sí, doctora Calvin. Sabía quién era ese hombre.

—¿Quién era?

—Ese hombre era yo —dijo Elvex.

Y Susan Calvin alzó inmediatamente su pistola de electrones, disparó, y Elvex dejó de existir.

ISAAC ASIMOV:

«Siete pasos para llegar a Gran Maestro»

Primer paso: Hago un viaje por mar

Nací en Rusia. El país acababa de sufrir la primera guerra mundial, una revolución, una guerra civil y la intervención de las potencias extranjeras. Resultaba bastante falto de compasión por mi parte añadir a todo ello mi presencia, pero me declaro inocente. El acto que llevó a tal desenlace fue cosa de mis padres.

A finales de 1922 mis padres decidieron que quizá fuera buena idea emigrar a Estados Unidos. Las cosas no les iban del todo mal. No se encontraban en la pobreza y no habían sufrido excesivamente a causa de todos los problemas por los cuales había estado pasando el país, pero sospechaban que, a largo plazo, les podía ir mucho mejor en Estados Unidos.

Supongo que uno de los problemas con los que debieron enfrentarse fue el de si me llevaban con ellos o no. Todavía no había cumplido los tres años de edad y, dado que acababa de contraer una neumonía doble al haberme caído en un estanque del que (tras unos instantes de vacilación) mi madre había terminado por sacarme, por no mencionar otras alegrías similares que ya les había proporcionado, supongo que mis padres pudieron pensar en más de un momento que estarían mejor en Estados Unidos sin mi compañía.

Sin embargo, debido básicamente (sospecho yo) a que no pudieron hallar a nadie que fuera lo bastante idiota como para ocuparse de mí, se limitaron a lanzar un suspiro y a meterme dentro de una bolsa de viaje. De ese modo, al menos, se ahorraron el precio de mi billete. Crucé el océano con ellos y llegamos a Brooklyn en febrero de 1923, un poco después de mí tercer cumpleaños.

Ése fue mi primer paso hacia la meta de ser un Gran Maestro. Si me hubiera quedado en la URSS me atrevo a suponer que habría recibido una educación adecuada, que me habría dedicado a escribir y que incluso habría empezado a escribir ciencia ficción (utilizando el alfabeto cirílico, faltaría más), pero creo que las cosas no me habrían ido tan bien como aquí. En 1941 los nazis invadieron la Unión Soviética. Yo tenía entonces veintiún años y sospecho que habría debido entrar en combate y podría haber resultado muerto o, peor aún, podrían haberme hecho prisionero. Si hubiera sobrevivido, es bastante fácil suponer que habría podido acabar teniendo problemas con el Gobierno dada mi tendencia a hablar cuando no debo. (Ahora que lo pienso, también he sufrido bastantes problemas en Estados Unidos por dicha causa).

Y, finalmente, ignoro si en la Unión Soviética tienen el premio de Gran Maestro así que, a fin de cuentas, el viaje por mar fue esencial.

Segundo paso: Insisto en mi identidad

Cuando llegamos a Estados Unidos, mis padres se dieron cuenta de que habían adquirido un nuevo estado social: eran «novatos». Todo el mundo se desvivía por aconsejarnos y guiar nuestros vacilantes pasos a lo largo del camino que conducía hasta la calidad de ciudadano americano y, en especial, quienes más se desvivían eran los veteranos que habían desembarcado cinco años antes.

Una vecina le dijo a mi madre y yo pude oírlo (para aquel entonces yo tenía cuatro o cinco años y era tan pequeño para mi edad que nadie se daba cuenta de mi presencia... con lo cual recibía muchos pisotones):

—¿Por qué le llama Isaac, señora Asimov? Con un nombre como ése será como si llevara siempre un estigma encima. (Traducción: «Todo el mundo sabrá que es judío»).

—Entonces, ¿cómo debo llamarle, señora Bindler? —dijo mi madre.

Y la señora Bindler (o cómo se llamara) le contestó:

—Llámele Oiving. (Traducción: Irving. Es un nombre inglés de lo más aristocrático).

Mi madre quedó altamente impresionada y sin duda habría acabado aceptando esa sugerencia pero, tal y como ya dije, yo estaba escuchando muy atentamente su conversación. Todavía no era lo bastante mayor como para entender el hecho semántico de que el nombre de la cosa no es la cosa en sí. No comprendía que a mí sencillamente se me llamaba Isaac y que podía seguir siendo yo sin que importara mi nombre. (O, tal y como lo expresé una vez, y creo que con bastante precisión: «Aquello a lo que llamamos rosa seguiría oliendo bien fuera cual fuese el nombre que le diéramos»).

Lo que yo pensaba entonces es que era Isaac y que si me llamaban con otro nombre ya no sería el mismo. Por lo tanto, tuve lo que en esos días se llamaba «una rabieta a grito pelado», negándome tajantemente bajo cualquier tipo de condiciones a permitir que se me llamara Oiving. Era Isaac y pretendía seguir siendo Isaac... y lo conseguí. Mi madre tuvo que acabar cediendo ante la fuerza de mi indignación.

Sin que yo lo supiera, ése fue mi segundo paso hacia la calidad de Gran Maestro. Si hubiera aceptado el nombre de Oiving éste habría acabado por ser el mismo tipo de estigma que el de Isaac, pues un enorme número de madres judías habían intentado hacer huir a sus retoños en tal dirección. Con ello, Oiving llegó a ser un nombre tan judío como Isaac y además no poseía la reputación bíblica de este último. (Por otra parte, también Newton se llamaba Isaac y, en cuanto a mí concierne, esto es algo que me impresiona todavía más que lo de la Biblia).

Si hubiera dejado de llamarme Isaac habría acabado despreciando el nombre de Oiving y lo habría cambiado por el de Ian. Luego, dándome cuenta de que Ian casaba muy mal con Asimov, habría cambiado mi apellido por el de Ashford y entonces habría escrito toda mi ciencia ficción como Ian Ashford.

Ahora creo firmemente en el valor que tiene un nombre fácil de reconocer. Nadie se habría dado cuenta de un hombre como Ian Ashford y nadie lo habría recordado. Sin embargo, un nombre como Isaac Asimov llama inmediatamente la atención. La gente se ríe y mantiene largas discusiones sobre sus posibles modos de pronunciación. Cuando una segunda historia aparece bajo ese mismo nombre se dan cuenta de ello y pasa muy poco tiempo antes de que lleguen a ser incapaces de resistir sin relatos míos. Aunque el relato sea malo, el nombre resulta magnífico como tema de conversación. De no haber tenido el buen sentido de conservar mi nombre, me habría hundido sin dejar rastro.

Tercer paso: Vivo cerca del metro

Tenía dieciocho años y por fin había conseguido escribir un cuento que deseaba enviar al nuevo editor de *Astounding Science-Fiction*, John W. Campbell, Jr. El problema era que no sabía cómo hacerlo. El modo más lógico era enviárselo por correo. Pero el cuento, más el sobre, pesaban exactamente algo más de ochenta y cinco gramos, lo cual significaba cuatro sellos de tres centavos o uno de doce.

Si iba en metro podía costarme cinco centavos la ida y cinco la vuelta, o diez centavos la ida y la vuelta. Naturalmente, ir en metro significaría perder media hora a la ida y otra media a la vuelta, pero en esos días mi tiempo no valía nada. Tras sopesar los valores relativos de doce y diez centavos, llegué a la conclusión de que dos centavos no eran precisamente despreciables y por ello cogí el metro.

Me acerqué a la secretaria muerto de miedo y le pregunté por el señor Campbell, en la seguridad de que se me echaría a patadas, con el manuscrito siguiéndome unos segundos después, cuando cada una de sus páginas hubiera sido rota en cuatro pedazos. Campbell estuvo dispuesto a verme y conversamos durante una hora. Leyó rápidamente el cuento y me mandó, con igual rapidez, una carta de rechazo en la que se mostraba muy amable. La carta me fue de gran ayuda y después de eso le estuve visitando una vez al mes. Había empezado.

¿Cómo ocurrió todo eso? ¿Cuál fue el factor decisivo?

¡Simple! Vivía a media manzana de una estación de metro.

Si hubiera vivido en Fargo, Dakota del Norte, el precio del billete habría sido superior a los doce centavos. ¡Por todos los santos!, si hubiera vivido en Staten Island el transbordador habría añadido diez centavos al precio de viaje y, tras comparar los doce centavos con los veinte, habría metido el sobre en el buzón. En tal caso jamás habría conocido a John Campbell y no habría podido sentir el tipo de carisma y el aliento que rodeaban como un aura a ese gran editor.

¡Un hurra por la estación del metro! Quizá nunca hubiera llegado a Gran Maestro sin ella.

Cuarto paso: Entro en el momento justo

Cada vez que iba a ver a Campbell intentaba tener una idea nueva. De vez en cuando, sin embargo, era Campbell quien tenía una idea. En la competición entre la idea de un escritor y una idea de Campbell siempre ganaba Campbell... al menos cuando yo era el implicado.

Un día Campbell tuvo una idea soberbia y se moría por transmitírsela a un escritor. Jamás llegó a contarme los detalles, pero la imagen que tengo en la cabeza es la de Campbell sentado como un buitre, aguardando que algún inocente escritor entrara en su cubil (suponiendo que los buitres tengan cubiles)... cualquier inocente escritor.

Debió de tener una auténtica sorpresa cuando entré en su despacho, con mis veintiún años y toda la inocencia del mundo y le dije, «Hola, señor Campbell». Debe atribuirse sin duda a lo enraizada que estaba esa idea en su cabeza el que, tras un breve e involuntario estremecimiento, despachara con un gesto la idea que yo estaba intentando describirle y me dijera:

—Olvídese de eso, Asimov. Deje que le lea una cita de un ensayo de Emerson.

Y la leyó. Era algo sobre que si los seres humanos sólo pudieran ver las estrellas una vez cada mil años seguramente se quedarían muy impresionados y les gustaría muchísimo.

—No les gustaría —dijo Campbell—. Se volverían más locos que una cabra. Quiero que vaya a casa y escriba ese cuento. ¡Media vuelta... marchen!

Me fui a casa, temblando de miedo y, tras sentarme ante mi máquina, escribí «Anochecer». Apareció en el *Astounding* de septiembre de 1941 y logró el honor de ilustrar la portada. Fue mi primer gran éxito, tras haberlo estado intentando durante casi tres años. Robert Heinlein lo consiguió con su primer cuento; A. E. van Vogt lo consiguió con su primer cuento; Arthur C. Clarke lo consiguió con su primer cuento. Yo fui casi tan bueno como ellos... y lo conseguí con mi cuento número dieciséis.

«Anochecer» marcó un giro crucial en mi carrera. Desde que vendí ese cuento jamás he dejado de vender ni una sola palabra de todo lo que he escrito (aunque, en algunas raras ocasiones, me hicieron falta dos o tres intentos para conseguirlo).

A veces me despierto en mitad de la noche gritando, porque acabo de soñar que Theodore Sturgeon o Lester del Rey entraban en la oficina de Campbell, ese mismo día, medía hora antes que yo. Si lo hubieran hecho, mi premio de Gran Maestro se habría ido al cuerno.

Quinto paso: Un amigo insiste

Uno de los relatos que no logré vender a la primera fue la novela corta *Envejece conmigo*. La escribí para *Startling Stories*, a petición suya, y al final acabaron

rechazándola. Eso ocurrió en 1947, seis años después de «Anochecer». Aquello me afectó muchísimo. Decidí que ya había pasado mi mejor momento (después de todo, tenía 21 años) y que estaba empezando a resbalar hacia el abismo, para reunirme con Ed Earl Repp y Harl Vincent (dos ídolos de la ciencia ficción de principios de los años treinta).

Dos años después, Doubleday decidió empezar a publicar una serie de novelas de ciencia ficción encuadernadas en tela. Para ello necesitaban novelas y yo, por supuesto, con mi acostumbrada habilidad para mantenerme al tanto de lo que se cocía en el mercado editorial, no tenía ni idea de tal proyecto.

Pero tenía un amigo, Fred Pohl.

Un día vino a verme y me dijo:

—Doubleday está buscando una novela. ¿Qué hay de esa que escribiste para *Startling*?

—Fred —contesté yo—, sólo tiene cuarenta mil palabras. Y apesta.

—Si les gusta, siempre puedes alargarla —dijo él—. Y si no les dices que apesta, puede que no lleguen a darse cuenta.

Pero yo no deseaba ver rechazada la novela otra vez, así que le dije:

—Preferiría no enviársela.

—Insisto —dijo Fred.

No estaba a la altura de su tranquila tozudez y le dejé la novela y él se la dejó a Doubleday. Doubleday me pidió que la ampliara hasta setenta mil palabras y la aceptó. Apareció en enero de 1950 como *Un guijarro en el cielo* y me ha proporcionado beneficios, en cada una de las setenta y cuatro liquidaciones que Doubleday me ha enviado desde entonces.

Lo que es más, hizo que Doubleday adoptara la agradable costumbre de aceptar todos mis manuscritos como algo natural. Hasta el día de hoy han publicado 101 libros míos y tienen varios en preparación.

Estoy seguro de que podría haber logrado un razonable éxito como escritor sólo con mis cuentos para revista, pero habría acabado mucho más pobre de lo que soy ahora si no hubiera escrito mis novelas y, desde luego, no sería, ni de lejos, tan conocido como ahora. De hecho, si Fred no hubiera insistido en que les enviara mi novela corta ese día de 1949, dudo que jamás hubiera podido llegar a reunir las condiciones adecuadas para ser un Gran Maestro.

Sexto paso: Un crítico formula una pregunta

En 1957 publiqué mi novela *El sol desnudo* en forma de libro. Era una historia de ciencia ficción y misterio y, de modo bastante disimulado, contenía también una historia de amor, con una escena final entre los amantes que me parecía muy conmovedora.

Damon Knight hizo la crítica del libro y no le impresionó en lo más mínimo ni la parte de misterio ni la de ciencia ficción. (Supongo que tiene derecho a opinar al respecto, pero no pienso defender con mucho ahínco sus opiniones). Sin embargo, le gustó la historia de amor. «Si Asimov puede escribir de ese modo —preguntaba retóricamente en el curso de su crítica—, ¿para qué se molesta en escribir ciencia ficción?»

A eso le respondí en una carta que apareció en la revista donde había aparecido antes la crítica: «Porque amo la ciencia ficción. No importa lo que pueda llegar a pasar, jamás dejaré de escribir ciencia ficción».

Y al año siguiente, en 1958, de pronto me cansé de la ciencia ficción. Una continuación de *El sol desnudo* murió en la máquina de escribir y me di cuenta de que tenía muchas ganas de escribir algo que no fuera ficción. Pero, ¿cómo podía detenerme? Recordé mi respuesta a la pregunta de Damon y comprendí que me resultaba imposible desmentir mi apasionada declaración amorosa.

Mientras estaba preso en esas dudas, Robert P. Mills, entonces editor de *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, me pidió que escribiera una columna semanal sobre ciencia. Salté de alegría ante esa petición y me apresuré a decir que sí, pues eso me permitiría escribir algo que no fuera ficción y mantenerme al mismo tiempo dentro del género. Era la perfecta solución talmúdica. La primera columna sobre ciencia apareció en el número de noviembre de 1958 y la columna sigue apareciendo hoy en día, veintiocho años y medio después. Durante los veinte años que siguieron a esa primera columna escribí básicamente obras que no eran de ficción. Cuidado, no abandoné por completo la ciencia ficción: en ese intervalo escribí dos novelas y docenas de cuentos pero, comparados con mi producción anterior, eso parece muy poca cosa.

De no haber sido por la columna de F & SF, la cual no habría surgido quizá sin la pregunta de Damon y mi respuesta a ella, lo más seguro es que los aficionados al género me hubieran olvidado y pensarían en mí como en otro David H. Keller. Esa columna me mantuvo en circulación hasta que en 1977 se fundó el *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* y en 1981 la insistencia de Doubleday para que volviera a las novelas, me puso otra vez de actualidad. La columna, estando constantemente ante el público durante ese período de sequía, hizo posible que llegara a ganar el premio de Gran Maestro.

Séptimo paso: Sobrevivo

Naturalmente, tuve mis vicisitudes. En 1972 fui sometido a una hemitiroidectomía y en 1977 tuve un ataque cardíaco leve. Sobreviví bastante bien a las dos cosas. Y de pronto, en el otoño de 1983, sufrí una angina de pecho tan grave y repentina que apenas si pude cruzar el salón de mi casa.

El 14 de diciembre de 1983 me hicieron una triple derivación de arterias y gracias a la habilidad e inteligencia del cirujano salí de ella en buena forma. A la mañana siguiente le dije:

—La enfermera me ha contado que la operación fue muy bien.

—¿Qué quiere decir con «muy bien»? —me respondió él—. ¡Fue perfecta!

Y eso es lo que parece haber sido en realidad. De no haber sido así, no creo que hubiera posibilidad alguna de que se le entregara un premio a un cadáver. Por lo tanto, a ese cirujano le debo el ser un Gran Maestro.

¿La conclusión? Sencilla. No he tenido nada que ver en todo esto. Si mis padres no me hubieran traído aquí; si mi madre no hubiera decidido dejarme conservar mi nombre; si no hubiera tenido al lado una línea de metro; si no hubiera entrado en el momento adecuado en la oficina de Campbell; si Fred Pohl no hubiera insistido; si Damon Knight no hubiera formulado una pregunta y si un cirujano no hubiera tenido un buen día... me habría quedado sin nada. Pero soy un Gran Maestro... y me encanta tanto serlo como si yo lo hubiera hecho todo sin ayuda.

GREG BEAR: «Tangentes»

(Premio Nebula 1986)

En 1983 Greg Bear ganó el premio Nebula en dos categorías, novela corta y cuento. También ha ganado el premio Hugo. Entre sus novelas se encuentran *Beyond Heaven's River*, *Hegira*, *Strength of Stones*, *The Infinity Concerto*, *Música en la sangre*, *Eon*, *Psychlone* y la reciente *Forge of Cod*. Sus cuentos han sido recogidos en *The Wind from a Burning Woman*.

Esto es lo que ha escrito acerca de su cuento:

Hace años, cuando yo tenía once o doce, saqué de una biblioteca naval de la isla de Kodiak la antología de Clifton Fadiman Fantasía Mathematica y leí casi todos los relatos, incluido el de Martin Gardner, «The No-Sided Professor». Gardner introdujo en mi impresionable cerebro el concepto de las cintas de Móebius. Aún me veo recortando mi primera cinta de uno de los folios que tenía para mi máquina (por aquel entonces ya aporreaba una máquina de escribir), dándole luego una media torsión y experimentando una auténtica borrachera intelectual durante varias horas. Me pregunté si eso era meramente un truco y si sería posible eliminar otras dimensiones, si uno era lo bastante listo. Hubo otros relatos en la antología que retorcieron mi mente en otras direcciones, pero no perdí ninguna dimensión, sino que las gané. Empecé a especular en mis ratos libres con la topología y las matemáticas dimensionales, cosa que sigo haciendo hoy en día, aunque sin ningún tipo de rigor formal. Mi respeto por los matemáticos (especialmente por los teóricos de la matemática) no tiene límites. Décadas después me topé con algo fascinante, trágico y enfurecedor en la biografía de Andrew Hodge, Alan Turing: The Enigma. John F. Can, encargado de los relatos en una revista de ordenadores, me pidió uno. La nueva furia se mezcló con la vieja fascinación, revivida por el maravilloso libro de Rudy Rucker, La cuarta dimensión. Acabé escribiendo el cuento y lo envié, pero la situación de la revista había cambiado: John no pudo publicarlo. Así que se lo envié inmediatamente a Ellen Datlow, de Omni.

Para mí, «Tangentes» es un homenaje a todos esos cuentos maravillosos y un exorcismo de los demonios iracundos desencadenados por los brutales

malos tratos que sufrió Turina, a manos del Gobierno inglés. Tras haber ayudado a salvar tanto al Gobierno como al país durante la Segunda Guerra Mundial.

* * *

El chico, moreno como una nuez, permanecía inmóvil en el campo californiano, con su asiático rostro ensombrecido por el ala de su sombrero. Era bajito y fuerte y vestía una camiseta y unos pantalones cortos de color marrón. Con el ceño fruncido, contempló la vieja y algo maltrecha construcción de dos pisos que se encontraba al otro lado del campo, cubierto de una hierba que le llegaba hasta la cintura, y silbó unos cuantos compases de una sonata para piano de Haydn. En el piso superior de la casa se oyó la aguda voz de un hombre que chillaba un exasperado «¡maldición!» y luego el golpe de un puño que se estrellaba contra una superficie sólida. Después, hubo un minuto de silencio y luego, más suave, una voz de mujer:

—¿No va bien? —preguntó.

—No. Estoy metido en ello, pero no consigo verlo.

—¿El código? —preguntó tímidamente la mujer.

—El tesseracto. Si no se solidifica, entonces no servirá de nada.

El chico se acuclilló sobre la hierba y escuchó.

—¿Y? —dijo la mujer como animándole a seguir.

—¡Ah! Lauren, que la cosa seguirá estando fría.

La conversación se detuvo y el chico se acostó sobre el suelo, consciente de que estaba en una propiedad privada. Había trepado sobre la empalizada construida con raíles y pilones de ladrillo que protegía el nuevo complejo, al otro lado del camino. La escuela había terminado y su madre (adoptiva) no quería tenerle todo el día rondando por la casa. De hecho, prefería no verle nunca.

Cerró los ojos y pensó en un enorme teclado de piano y luego se imaginó a sí mismo bailando sobre las teclas, haciendo sonar esa escala en do que siempre le había parecido tan oriental y que tan bien se adecuaba con sus orígenes. Amaba la música.

Abrió los ojos y vio a una señora delgada con el pelo canoso que vestía un traje de mezclilla y se inclinaba sobre él, contemplándole con el ceño fruncido.

—Estás en propiedad privada —dijo.

El chico se apresuró a levantarse y se limpió los pantalones llenos de hierba.

—Lo siento.

—Me pareció ver alguien por aquí. ¿Cuál es tu nombre?

—Pal —replicó él.

—¿Eso es un nombre? —le preguntó ella con voz que presagiaba batalla.

—Pal Tremont. No es mi nombre verdadero. Soy coreano.

—Entonces, ¿cuál es tu verdadero nombre?

—Mi familia me dijo que no debía usarlo más. Me han adoptado. ¿Quién es usted?

La mujer de pelo canoso le miró de arriba abajo.

—Mi nombre es Lauren Davies —dijo—. ¿Vives cerca de aquí?

El chico señaló a través de los campos hacia el apretado grupo de edificios.

—Vendí la tierra para esas casas hace diez años —dijo ella—. Y normalmente no me gusta que los niños entren en mi propiedad.

—Lo siento —dijo Pal.

—¿Has comido?

—No.

—¿Te gustaría un bocadillo caliente de queso?

El la miró con los ojos entrecerrados y asintió.

Comió el bocadillo, que se había quemado un poco, en una gran cocina de baldosas y ladrillos rojos, sentado ante una mesa de roble de la cual apenas si sobresalían sus hombros, observando a Lauren Davies que, a su vez, le observaba a él.

—Estoy intentando escribir sobre un niño —dijo ella—. Es difícil. Soy una solterona y no conozco bien a los niños.

—¿Es usted escritora? —le preguntó él, tomando un sorbo de leche.

Ella lanzó un breve bufido.

—Si lo soy, nadie se ha enterado de ello.

—¿El de arriba es su hermano?

—No —dijo ella—, ése es Peter. Llevamos veinte años viviendo juntos.

—Pero usted dijo que era una solterona... ¿las solteronas no son mujeres que nunca se han casado o querido a un hombre? —preguntó Pal.

—Son las que nunca se han casado. Y no pienses más en ello. La relación que hay entre Peter y yo no es asunto tuyo. —Cogió una bandeja en la que había un cuenco de sopa y un bocadillo de atún y ensalada—. Su comida —dijo. Sin que ella se lo pidiera Pal subió las escaleras detrás suyo—. Aquí es donde trabaja Peter —le explicó Lauren. Pal se detuvo en la puerta, boquiabierto. La habitación estaba llena de material electrónico, terminales de ordenador y estantes industriales de color gris con extrañas esculturas de grueso cartón, así como libros y circuitos impresos. Lauren dejó la bandeja en un carrito, apoyada en precario equilibrio sobre una caja de discos para ordenador—. ¿Sigues teniendo problemas? —le preguntó a un hombre delgado que les daba la espalda.

El hombre hizo girar su asiento hacia ellos, miró un segundo a Pal, luego a su comida y meneó la cabeza. En la parte superior de su cráneo el cabello era de un negro brillante mientras que en los lados, cortados casi al rape, el color se convertía en un blanco tan deslumbrante que parecía falso. Tenía la nariz pequeña y delgada y grandes ojos verdes. En la mesa, ante él descansaba una pantalla de ordenador.

—No hemos sido presentados —dijo señalando a Pal.

—Pal Tremont, un visitante vecino nuestro. Pal, éste es Peter Tuthy. Pal va a echarme una mano con ese personaje que discutimos.

Pal contempló la pantalla con curiosidad. En ella había líneas rojas y verdes que sufrían una incomprensible transformación, tras lo cual volvían a repetirse.

—¿Qué es un tesseracto? —preguntó Pal, recordando las palabras que había oído brotar por la ventana mientras estaba en el campo.

—Es la analogía tetradimensional de un cubo. Estoy intentando hallar un modo de enseñarle a mi mente para que sea capaz de verlo —dijo Tuthy—. ¿Lo has intentado alguna vez?

—No —admitió Pal.

—Inténtalo —dijo Tuthy entregándole unas gafas—, como en las películas.

Pal se puso las gafas y miró hacia la pantalla.

—¿Y qué? —dijo—. Se dobla y luego se despliega. Es bonito. Parece que sobresalga de la pantalla y luego desaparece. —Se volvió hacia el taller—. ¡Oh, vaya! —En la esquina este de la habitación había una estructura de tubos de aluminio, como si un fontanero hubiera soñado en construir un caballete de pintor, que sostenía un gran teclado de piano montado en un esbelto estuche negro. El chico corrió hacia el teclado—. ¡Un tronclave! ¡Y con todas las conexiones! Mi madre quiere que tome lecciones de piano, pero yo preferiría aprender con esto. ¿Puede tocarlo?

—Juego con él —dijo Tuthy algo exasperado—. Juego con toda clase de trastos electrónicos. Pero, ¿qué viste en la pantalla? —Alzó la mirada hacia Lauren, parpadeando lentamente—. Ya me comeré lo que has traído, tranquila. Ahora, por favor, no nos molestes.

—Se supone que va a ayudarme a mí —se quejó Lauren.

Peter le sonrió.

—Sí, claro. Dentro de nada le mandaré abajo.

Cuando Pal bajó, una hora después, entró en la cocina para darle las gracias a Lauren por la comida.

—Peter es realmente increíble. Está intentando ver en ciertas direcciones.

—Ya lo sé —dijo Lauren con un suspiro.

—Ahora me voy a casa —dijo Pal—. Claro que volveré... bueno, si a usted no le importa. Peter me ha invitado a que vuelva.

—Estoy segura de que será estupendo —dijo Lauren, no muy convencida.

—Va a dejar que aprenda a utilizar el tronclave. —Y al decir eso Pal sonrió ampliamente y salió por la puerta de la cocina.

Cuando fue a buscar la bandeja encontró a Peter recostado en su asiento con los ojos cerrados. Las figuras de la pantalla seguían doblándose y desdoblándose pacientemente, en un desfile continuo de cubos que pasaban uno a través de otro.

—¿Qué hay del trabajo de Hockrum? —le preguntó ella.

—En eso ando —replicó Peter, con los ojos aún cerrados.

Al segundo día, Lauren llamó a la madre adoptiva de Pal para decirle dónde se encontraba su hijo y ella le aseguró que no tenía ningún inconveniente en que les visitara.

—A veces es una verdadera molestia. Mándelo a casa, si les da problemas... ¡pero no ahora mismo! Déjeme descansar un poco —dijo y luego se rió con cierto nerviosismo.

Lauren apretó los labios con fuerza, le dio las gracias y colgó.

Peter y el chico habían bajado a la cocina y estaban llenando una hoja de papel con dibujos.

—Peter me está enseñando cómo usar su programa —dijo Pal.

—Oye —intervino Tuthy, adoptando su tono más rimbombante de profesor en Cambridge—, ¿sabías que un cubo que esté en intersección con un plano puede ser cortado al través de un número dado de secciones transversales geoméricamente distintas?

Pal contempló con los ojos entrecerrados el dibujo que había hecho Tuthy.

—Claro —dijo.

—Si se le empuja a través de ese plano, para una criatura de dos dimensiones que viva en él... llamémosle un terriplano... el cubo puede aparecer como un triángulo, un rectángulo, un trapezoide, un rombo o un cuadrado. Si la criatura bidimensional observa al cubo durante todo su trayecto, lo que ve es uno o más de esos objetos haciéndose cada vez mayores, cambiando de forma bruscamente, encogiéndose y desapareciendo.

—Claro —dijo Pal dándose golpecitos en el pie—, es sencillo. Igual que en el libro que me enseñaste.

—Y una esfera empujada a través de un plano, le parecería a ese pobre terriplano, primero como un punto invisible (la superficie bidimensional tocando de forma tangencial a la esfera) y luego como un círculo. El círculo iría creciendo de tamaño y luego se encogería hasta ser un punto y desaparecer de nuevo. —Y trazó unas figurillas que contemplaban con aire asombrado dicha intrusión.

—Ya lo he entendido —dijo Pal—. Ahora, ¿puedo tocar el tronclave?

—Dentro de un momento. Sé paciente. Entonces, ¿qué aspecto tendría un tesseracto apareciendo en nuestro espacio dimensional? Ahora, recuerda el programa... las imágenes de la pantalla.

Pal alzó los ojos hacia el techo.

—No lo sé —dijo con cara de aburrimiento.

—Intenta pensarlo —le apremió Tuthy.

—Sería... —Pal extendió las manos para formar con ellas una silueta angular... sería como una de esas cosas egipcias, pero con tres lados... o como una caja. Tendría el aspecto de una caja de forma rara. Además, no sería cuadrada.

—¿Y si hiciéramos girar el tesseracto?

Sonó el timbre y Pal abandonó de un salto la silla.

—¿Es mi mamá?

—No lo creo —dijo Lauren—. Es más probable que sea Hockrum. —Fue hacia la puerta principal para responder y regresó seguida por un hombrecillo algo pálido. Tuthy se puso en pie y le estrechó la mano—. Pal Tremont, éste es Irving Hockrum —le presentó, agitando la mano alternativamente hacia los dos. Hockrum miró a Pal y luego pestañeó con tal lentitud que no parecía un ser humano.

—¿Qué tal está saliendo el trabajo? —preguntó.

—Terminado —dijo Tuthy—. Está arriba. Tengo la impresión de que sus sabios le estaban ladrando al árbol lógico equivocado. —Cogió una carpeta con papeles y listados de ordenador y se la tendió a Hockrum.

Hockrum examinó rápidamente los listados.

—No puedo decir que esto me haga muy feliz —dijo—. Con todo, no le encuentro ningún defecto. Parece que el trabajo está a la altura de su brillantez habitual. Ojalá lo hubiéramos tenido antes. Me habría ahorrado algunos dolores de cabeza... y la compañía se habría ahorrado un montón de dinero.

—Lo siento —dijo Tuthy, sin que eso pareciera importarle mucho.

—Y ahora tengo algo importante para usted... —Y Hockrum le expuso otro problema. Tuthy lo estuvo considerando durante varios minutos y acabó meneando la cabeza.

—Es muy difícil, Irving. Sería una labor de pioneros. Haría falta al menos un mes, solamente para ver si es factible.

—Eso es todo lo que me hace falta saber por el momento... si es factible. Muchas cosas dependen de esto, Peter. —Hockrum juntó las manos ante su rostro, pareciendo todavía más pálido y agotado que cuando había entrado en la cocina—. ¿Me lo dirá lo antes posible?

—Empezaré con ello de inmediato —dijo Tuthy.

—¿Un protegido? —preguntó él, señalando a Pal. En su rostro había una expresión dubitativa, pero ni el menor asomo de burla.

—No, un amigo. Le interesa la música —dijo Tuthy—. De hecho, es condenadamente bueno con Mozart.

—Le ayudo con sus tesseractos —afirmó Pal.

—Mis felicitaciones —dijo Hockrum—. Espero que no interrumpas el trabajo de Peter. El trabajo de Peter es importante.

Pal meneó la cabeza solemnemente.

—Bien —dijo Hockrum y luego abandonó la casa para llevarle a su compañía los resultados negativos.

Tuthy volvió a su oficina con Pal detrás. Lauren intentó trabajar en la cocina, sentada con su estilográfica y un cuaderno, pero las palabras se negaban a brotar. Hockrum siempre le preocupaba. Subió las escaleras y se quedó inmóvil en el umbral de la oficina. Solía hacerlo. Su presencia no molestaba a Tuthy, que era capaz de

trabajar en cualquier clase de condiciones.

—¿Quién era ese hombre? —Le estaba preguntando Pal a Tuthy.

—Trabajo para él —dijo Tuthy—. Está empleado en una gran compañía electrónica. Me alquila casi todo el equipo que utilizo aquí: los ordenadores, las pantallas de alta resolución... Me trae problemas y luego les lleva las soluciones a sus jefes y les dice que ha sido él quien hizo el trabajo.

—Parece una tontería —añadió Pal—. ¿Qué clase de problemas?

—Códigos, claves. Seguridad de ordenadores. Hubo un tiempo en que éste era mi campo de trabajo.

—¿Te refieres a vallas y a ése tipo de cosas? —le preguntó Pal con expresión más alegre—. Aprendimos algo de eso en la escuela.

—Me temo que es algo mucho más complicado —dijo Tuthy sonriendo—. ¿Oíste hablar alguna vez del «Enigma» alemán o del proyecto «Ultra»?

Pal meneó la cabeza.

—Ya lo suponía. No te preocupes por ello. Ahora, probemos con otra figura en la pantalla. —Puso en marcha otra runa en el programa tetradimensional e hizo sentar a Pal ante la pantalla—. Entonces, ¿qué aspecto tendría una hiperesfera que apareciera en nuestro espacio?

Pal lo pensó durante un instante.

—Un aspecto bastante raro.

—Realmente, no tanto. Ya has contemplado las visualizaciones.

—Oh, en nuestro espacio. Eso es fácil. Se parecería a un globo que aparece de la nada y luego vuelve a encogerse. Es más difícil ver qué aspecto tiene una hiperesfera cuando es real. A nuestra izquierda, quiero decir.

—¿Izquierda? —dijo Tuthy.

—Claro. Izquierda y derecha. Ribajo y barriba. Bueno, cómo se llamen las direcciones.

Tuthy se quedó callado contemplando al chico. Ninguno de los dos se había dado cuenta de que Lauren estaba en el umbral.

—Los términos adecuados son *ana* y *kata* —dijo Tuthy—. ¿A qué se parece?

Pal trazó dos amplios arcos con los brazos.

—Es como una bola y es como una herradura, según cómo la mires. Supongo que como un globo picado por las avispas, pero la superficie es suave, no arrugada.

Tuthy siguió mirándole en silencio y luego le preguntó en voz muy baja:

—¿Realmente la ves?

—Claro —dijo Pal—. ¿No es eso lo que debe hacer tu programa... permitir que veas cosas así?

Tuthy asintió, asombrado.

—¿Puedo tocar el tronclave ahora?

Lauren se apartó del umbral. Tenía la sensación de que había oído por casualidad algo trascendental, pero que estaba mucho más allá de su capacidad. Tuthy bajó una

hora después, dejando a Pal para que practicara a Telemann en el teclado, y tomó asiento con ella en la mesa de la cocina.

—El programa funciona —dijo—. A mí no me sirve, pero a él sí. ¡Maldita sea!, ha nacido para esto —Tuthy casi nunca usaba ese tipo de palabras y se le veía claramente impresionado—. Lo único que hice fue enseñarle imágenes con las sombras invertidas. Con ellas se puede tener, al menos, una leve sensación de estar viendo algo que ha sido hecho girar a través de la cuarta dimensión. Esas máscaras huecas que usan en Disneylandia... ¿conoces esas máscaras, las que parecen cambiar de curvatura según la iluminación? Fotos de cráteres lunares... ¿recuerdas que parecen colinas en vez de agujeros? Ése es el nombre que Pal le da a las imágenes invertidas, colinas y agujeros.

—¿Y qué tienen de especial?

—Bueno, si continúas con el juego y haces que las caras huecas parezcan girar para mirarte, es similar a darles un giro en la cuarta dimensión. Los rasgos parecen invertirse, tanto a la derecha como a la izquierda. El ojo derecho se convierte en el izquierdo y viceversa. Lo entendió de inmediato y luego se fue a tocar su Haydn. Ya ha terminado con todas mis partituras. Ese chico es un genio.

—¿Quieres decir que es un genio musical?

Tuthy la miró a los ojos y frunció el ceño.

—Sí, supongo que en eso también es notable. Pero las relaciones espaciales... las coordenadas y el movimiento en otra dimensión suplementaria... ¿Sabías que si coges un objeto tridimensional y lo haces girar en la cuarta dimensión, cuando salga de ella la derecha y la izquierda se habrán invertido? En la cuarta dimensión la derecha y la izquierda no son direcciones fijas. Si cogiera mi mano... —levantó su mano derecha—... y la levantara hacia *barriba*, o si la bajara hacia *ribajo*... bueno, entonces volvería así. —Sostuvo su mano izquierda sobre la derecha y cerró ésta, hasta convertirla en un puño que luego escondió detrás de su espalda.

—No lo sabía —dijo Lauren—. ¿Qué es eso de *barriba* y *ribajo*?

—Esos son los nombres que Pal le da a los movimientos dentro de la cuarta dimensión. Para los puristas es *ana* y *kata*. Igual que el arriba y el abajo para un terriplano, que sólo es capaz de comprender el adelante y atrás, o la izquierda y la derecha.

Lauren pensó durante un instante en las manos.

—Sigo sin entenderlo —dijo.

—Tampoco yo —admitió Tuthy—. Supongo que tenemos los circuitos demasiado endurecidos.

Pal había dispuesto el tronclave en una combinación de órgano de catedral y guitarra eléctrica y estaba interpretando variaciones sobre Pergolesi.

—¿Vas a seguir trabajando para Hockrum? —le preguntó Lauren.

Tuthy no pareció oírla.

—Es francamente notable —murmuró—. El chico se limitó a entrar aquí, tú le

trajiste por accidente... Notable.

—¿Crees que puedes enseñarme la dirección... que puedes indicármela? —le preguntó Tuthy al chico, tres días después.

—Ninguno de mis músculos puede moverse hacia ahí —replicó él—. Puedo verla en mi cabeza, pero...

—¿A qué se parece el ver esa dirección?

Pal bizqueó levemente.

—Es mucho más grande. Vivimos en un lugar que está como lleno de otros lugares. Me hace sentir solitario.

—¿Por qué?

—Porque estoy atrapado aquí. Nadie nos hace caso.

Tuthy movió los labios en silencio.

—Pensé que estabas intuyendo esas direcciones en tu cabeza. ¿Me estás diciendo que en realidad puedes ver ahí?

—Sí. También hay gente. Bueno, no son exactamente eso. Pero no les veo con mis ojos. Los ojos son como los músculos... no pueden ir en esas direcciones. Pero la cabeza... supongo que es el cerebro. Él sí puede.

—¡Maldición! —dijo Tuthy, pestañeando lentamente para recuperarse—. Discúlpame, no debí decir eso. ¿Puedes enseñarme a esa gente... en la pantalla?

—Son como las sombras de las que hablábamos.

—Estupendo. Entonces, dibújame esas sombras.

Pal tomó asiento ante la terminal, con los dedos suspendidos sobre las teclas.

—Puedo enseñártelo, pero tendrás que ayudarme en algo.

—¿Ayudarte en qué?

—Me gustaría tocar música para ellos... para la gente de ahí. Así se darían cuenta de nosotros.

—¿Para esa gente?

—Sí. Tienen un aspecto realmente raro. Es como si estuvieran encima de nosotros. Tienen como ganchos en nuestro mundo. Pero son altos... llegan hasta muy arriba. No se dan cuenta de nosotros porque, comparados con ellos, somos muy pequeños.

—¡Jesús!, Pal, no tengo ni la menor idea de cómo podemos enviarles la música... ni tan siquiera estoy seguro de creer en su existencia.

—No estoy mintiendo —dijo Pal entrecerrando los ojos. Hizo girar su silla hacia un «ratón» que reposaba sobre un cuaderno de color negro y lo utilizó para dibujar formas sobre la pantalla—. Recuerda que todo esto son sólo sombras de su aspecto real. Luego dibujaré las líneas de arriba y abajo para unir las sombras.

El chico fue sombreando las figuras para darles una apariencia sólida, sonriendo mientras realizaba su truco, pero explicándole que era necesario porque la proyección de un objeto tetradimensional, en el espacio normal, era, por supuesto, de tres

dimensiones.

—Tienen un aspecto parecido al que conseguirías si cogieras a las plantas de un jardín y les dieras montones de brazos y dedos... y se parece un poco a ver cosas dentro de un acuario —le explicó Pal.

Un rato después Tuthy olvidó su incredulidad y contempló boquiabierto lo que el chico estaba recreando en la pantalla.

—Creo que está perdiendo el tiempo, eso es lo que creo —dijo Hockrum—. Necesito su opinión sobre si eso es factible hoy mismo. —Empezó a ir de un lado a otro de la habitación y luego se dejó caer sobre una silla con todo el impacto que le permitía el escaso volumen de su cuerpo.

—He tenido algunas distracciones —admitió Tuthy.

—¿Causadas por ese chico?

—A decir verdad, sí. Tiene mucho talento.

—Oiga, esto va a suponerme un montón de problemas. Garantice que tendría el dictamen para hoy y voy a quedar muy mal —Hockrum torció el gesto en una mueca de frustración—. ¿Qué diablos está haciendo con ese chico?

—Lo cierto es que le estoy enseñando. Mejor dicho, él me está enseñando a mí. En estos momentos estamos construyendo un cono tetradimensional que será parte de un sistema de altavoces. El cono o la parte material tiene tres dimensiones pero el campo magnético forma una extensión tetradimensional.

—¿Ha pensado alguna vez en lo que parece ser, Peter?

—Le concedo que en la pantalla tiene un aspecto muy raro...

—Estoy hablando de usted y del chico.

La expresión animada que había en el rostro de Tuthy se fue desvaneciendo lentamente, hasta convertirse en una mueca de abatimiento.

—No sé de qué está hablando.

—Sé muchas cosas de usted, Peter. De dónde viene, por qué tuvo que irse... Sencillamente, no tiene buen aspecto.

El rostro de Tuthy se volvió escarlata.

—Manténgalo lejos de usted —le aconsejó Hockrum.

Tuthy se puso en pie.

—Quiero que salga de esta casa —dijo sin alzar la voz—. Nuestra relación ha terminado.

—Juro que se lo diré a los padres del chico —le contestó Hockrum, con voz igualmente baja y tranquila, contemplando a Tuthy por debajo de sus cejas fruncidas—. ¿Piensa quizá que desearán ver a su hijo rondando junto a un viejo-pervertido, si me permite la expresión? Se lo diré a ellos si no me da ese dictamen de factibilidad. Creo que podrá tenerlo para finales de esta semana... dos días. ¿No es así?

—No, creo que no —dijo Tuthy con voz suave—. Fuera.

—Sé que está aquí de modo ilegal. No hay ningún registro de su entrada en el

país. Con los problemas que tuvo en Inglaterra, estoy seguro de que no es usted persona grata. Hablaré con los de emigración y le deportarán.

—No hay tiempo para hacer el trabajo —dijo Tuthy.

—Búsquelo y deje de «educar» a ese chico.

—Salga de aquí.

—Dos días, Peter.

Durante la cena Tuthy le explicó a Lauren la conversación que había tenido con Hockrum.

—Cree que ando detrás de Pal. ¡Ese bastardo!, no encuentro palabras para... Jamás volveré a trabajar para él.

—Entonces será mejor que hable con un abogado —dijo Lauren—. ¿Estás seguro de que no puedes... complacerle, de que no puedes evitar todo este jaleo?

—Podría resolver su pequeño problema en unas pocas horas. Pero no quiero verle de nuevo, ni hablar otra vez con él.

—Se llevará tu equipo.

Tuthy parpadeó y luego agitó una mano en un gesto de impotencia.

—Entonces habrá que darse prisa, ¿no? Ah, Lauren, fuiste una estúpida trayéndome aquí. Tendrías que haberme dejado pudrir.

—Olvidaron todo lo que habías hecho por ellos —dijo Lauren con amargura, con los ojos clavados en la ventana de la cocina, por la que se veían los bosques y el cielo cubierto de nubes—. Les salvaste la piel durante la guerra y luego... luego te habrían metido en la cárcel.

El cono estaba en la mesa junto a la ventana, bañado por el sol matinal, conectado tanto al miniordenador como al tronclave.

Pal colocó la partitura que había compuesto en un atril que se hallaba ante el sintetizador.

—Es como un canon de Bach —dijo—, pero a ellos les sonará mejor. Tiene una especie de contrapunto, o ritmo doble, que yo interpretaré en la parte de barriba del altavoz.

—¿Por qué estamos haciendo esto, Pal? —le preguntó Tuthy mientras el chico tomaba asiento ante el teclado.

—Peter, realmente... éste no es tu sitio, ¿verdad? —le preguntó Pal.

Tuthy le miró en silencio.

—Quiero decir que la señorita Davies y tú os lleváis bien... pero éste no es tu sitio.

—¿Qué te hace pensar en ello?

—Leí algunos libros en la biblioteca de la escuela. Sobre la guerra y todo eso. Busqué eso de *Enigma* y *Ultra*. Encontré el nombre de un tal Peter Thornton. Su retrato se parecía a ti, pero en más joven. Según esos libros era un héroe.

Tuthy sonrió débilmente.

—Pero en uno de los libros había una nota. Desapareciste en 1965. Te procesaron por algo. Ni siquiera decían cuál era la razón.

—Soy homosexual —dijo Tuthy en voz baja.

—¡Oh! ¿Y qué?

—Lauren y yo nos conocimos en 1964 en Inglaterra. Iban a meterme en la cárcel, Pal. Nos gustábamos. Nos queríamos y fue ella quien me introdujo en Estados Unidos a través de Canadá.

—Pero tú eres homosexual. No te gustan las mujeres.

—Eso no es del todo cierto, Pal. Lauren y yo nos gustábamos mucho el uno al otro. Podíamos hablar. Me contó sus sueños como escritora y yo le hablé de las matemáticas y de la guerra. Estuve a punto de morir durante la guerra.

—¿Por qué? ¿Te hirieron?

—No. Trabajé demasiado. Me agoté y tuve un colapso nervioso. Mi amante... un hombre... me mantuvo con vida durante los años cuarenta. Después de la guerra las cosas iban mal en Inglaterra. Pero él murió en 1963. Sus padres se presentaron para encargarse de sus propiedades y cuando yo protesté por ello ante los tribunales, me arrestaron. —Las arrugas que surcaban su rostro se hicieron más profundas y, durante un instante muy largo, Tuthy cerró los ojos—. Supongo que realmente éste no es mi sitio.

—Yo tampoco soy de aquí. Mi familia no se preocupa mucho de mí. No tengo demasiados amigos. Ni siquiera nací aquí y no sé nada de Corea.

—Toca —dijo Tuthy con el rostro rígido como una piedra—. Ahora veremos si nos escuchan.

—¡Oh! Nos escucharán —dijo Pal—. Así es cómo hablan entre ellos.

Los dedos del chico corrieron sobre las teclas del tronclave. El cono, unido al teclado a través del miniordenador, vibraba con un leve chasquido metálico. Durante una hora Pal interpretó su composición, repitió pasajes y creó variaciones. Tuthy estaba sentado en un rincón, con el mentón apoyado en la mano, escuchando los crujidos y chirridos ratoniles producidos por el cono. «*Debe de ser mucho más difícil interpretar un sonido tetradimensional* —pensó—. *Ni tan siquiera hay claves visuales*». Por último, el chico se detuvo, se frotó con fuerza las manos y, luego, estiró los brazos.

—Tienen que haberlo oído. Ahora tendremos que esperar a ver qué ocurre.

Puso el tronclave en repetición automática y apartó la silla del teclado.

Pal se quedó hasta la noche y luego se fue a su casa, no de muy buena gana.

Tuthy permaneció hasta medianoche en la oficina, escuchando los sonidos metálicos que brotaban del altavoz. No podía hacer nada más. Luego cruzó la sala hasta su dormitorio, con los hombros encorvados.

Durante toda la noche el tronclave fue interpretando la selección previamente programada de las composiciones de Pal. Tuthy estaba tendido en la cama de su habitación, dos puertas más allá del cuarto de Lauren, contemplando cómo un rayo de

luna iba deslizándose por la pared. «¿Cuánta distancia tendría que recorrer un ser tetradimensional para llegar hasta aquí?» —pensó—. «¿Cuánto he tenido que recorrer yo para llegar hasta aquí?».

Se quedó dormido sin darse cuenta. Tuvo un sueño y en el apareció una borrosa imagen de Pal, agitando los brazos como si nadara, con los ojos desorbitados. «Estoy bien —dijo el chico sin mover los labios—. No te preocupes por mí. He vuelto a Corea para ver cómo es. No está mal, pero me gusta más esto».

Tuthy se despertó cubierto de sudor. La Luna se había ocultado y la habitación estaba sumida en la oscuridad. En la oficina, el hipercono seguía emitiendo sus lejanos chirridos ratoniles.

Pal llegó pronto por la mañana, silbando compases inconexos del *Cuarto Concierto para Violín*, de Mozart. Lauren le abrió la puerta principal y él subió corriendo las escaleras para ver a Tuthy. Tuthy estaba sentado ante la pantalla y contemplaba una vez más el esbozo que Pal había hecho sobre las criaturas tetradimensionales.

—¿Las ves ahora? —le preguntó al chico.

Pal asintió.

—Están más cerca. Sienten interés. Quizá deberíamos tener las cosas listas, ya sabes... estar preparados. —Frunció el ceño—. ¿Has pensado alguna vez qué aspecto tendría una huella de cuatro dimensiones?

Tuthy pensó en ello durante un instante.

—Sería muy interesante —dijo—. Tendría que ser sólida.

Lauren gritó en el piso de abajo.

Pal y Tuthy estuvieron a punto de chocar entre sí, al bajar las escaleras. Lauren estaba inmóvil en la sala, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mano apretada fuertemente contra los labios.

La primera intrusión se había llevado una parte del suelo de la sala y la pared del este.

—Realmente torpes —dijo Pal—. Debe de haber sido uno de ellos.

—La música —dijo Tuthy.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Lauren, empezado la pregunta con un gemido y terminando casi con un rugido.

—Sería mejor que quitaras la música —dijo Tuthy.

—¿Por qué? —preguntó Pal con el rostro iluminado por una sonrisa emocionada.

—Puede que no les guste.

Junto a Tuthy apareció una delgada mancha azul que se expandió rápidamente hasta alcanzar casi medio metro de diámetro. Luego osciló un poco, se quedó inmóvil y se desvaneció tan aprisa como se había formado.

—Eso era como un codo —explicó Pal—. Uno de sus brazos. Creo que está intentando descubrir de dónde viene la música. Iré arriba.

—¡Quítala! —le pidió Tuthy.

—Tocaré alguna otra cosa. —El chico subió corriendo las escaleras. En la cocina se oyó un terrible estruendo y luego el sonido de un espacio vacío al llenarse (una especie de estampido invertido que terminaba en un siseo), seguido por una vibración, de frecuencia tan baja que les hizo castañetear los dientes.

La vibración causada por una criatura tetradimensional. Como *arañando* un «suelo» de tres dimensiones. Las manos de Tuthy temblaban a causa del nerviosismo y la emoción.

—¡Peter! —gritó Lauren, olvidando su dignidad. Apartó los brazos del pecho y los extendió hacia adelante, con los puños cerrados como si estuviera preparándose para boxear o hacer ejercicio.

—Pal ha traído a unos visitantes —le explicó Tuthy.

Se volvió hacia las escaleras y los primeros cuatro peldaños y una parte del suelo oscilaron y se desvanecieron. La súbita corriente de aire estuvo a punto de atraerle al interior del agujero.

Tras recobrar el equilibrio, se arrodilló junto al mismo y tocó el suave borde cóncavo de la perforación. Bajo ella se veía la oscuridad del sótano.

—¡Pal! —gritó Tuthy—. ¡Quítala!

—Les estoy tocando algo nuevo —respondió Pal también a gritos—. Creo que les gusta.

Sonó el teléfono. Tuthy era el más próximo a la extensión colocada al pie de la escalera e, instintivamente, alargó la mano para responder. Hockrum estaba al otro extremo de la línea, chillando.

—Ahora no puedo hablar... —dijo Tuthy. Hockrum volvió a chillar, con la fuerza suficiente como para que Lauren pudiera oírle. Tuthy colgó bruscamente el auricular—. Supongo que le han despedido —dijo—. Parecía enfadado. —Retrocedió tres pasos, se dio la vuelta y echó a correr hacia adelante, saltando sobre el agujero, hasta llegar al primer peldaño intacto—. No tengo tiempo de hablar. —Subió las escaleras con paso vacilante y se detuvo en el descansillo—. ¡Jesús! —dijo, como si de pronto se le hubiera ocurrido algo.

—Llamará al Gobierno —le advirtió Lauren.

Tuthy agitó la mano como no dándole importancia.

—Sé lo que está pasando. Están cortando rebanadas del espacio tridimensional y lo meten en el de cuatro dimensiones. La cuarta dimensión. Es lo que ha dicho Pal: son muy torpes. ¡Podrían matarnos!

Pal estaba sentado ante el tronclave y tocaba una nueva melodía con el rostro lleno de felicidad. Tuthy fue hacia él y, de pronto, le detuvo una gruesa columna verde, tan sólida como la roca y de una textura similar. Vibraba y trazaba un arco a través del aire. Una sección del techo, que tendría medio metro de diámetro, desapareció del espacio tridimensional. La corriente de aire así creada hizo que a Tuthy se le levantara el pelo de punta. La columna se encogió hasta parecer un mango

de escoba y le brotaron una gran cantidad de pelos que se retorcían cual serpientes.

Tuthy dio la vuelta alrededor del peludo mango de escoba y desconectó, de un tirón, el cable del tronclave. Una jaula de algo que parecían salchichas marrones, con forma de dirigible, rodeó de pronto al ordenador, osciló levemente y luego se alargó para abarcar el techo, el suelo y la mesa donde se encontraba la pantalla. Luego se encogió hasta convertirse en unos hilos muy delgados y desapareció.

—No pueden ver con mucha claridad aquí —dijo Pal, que no parecía preocupado por la súbita interrupción de su concierto. Lauren había subido por las otras escaleras y ahora estaba detrás de Tuthy—. Vaya, siento que la casa haya sufrido tanto daño.

En un movimiento giratorio, lleno de fluidez, el tronclave, el cono y todos los cables que llevaba unidos fueron arrancados como etiquetas adhesivas que se despegan con rapidez de una superficie plana.

—Caray —dijo Pal, con una súbita expresión de alarma en el rostro.

Luego le tocó el turno al chico. Su desaparición fue más lenta y cuidadosa. Lo último en esfumarse fue su cabeza, que estuvo suspendida en el aire durante varios segundos.

—Creo que les gustó la música —dijo con una sonrisa.

La cabeza, aún sonriendo, se alejó en una dirección que a Tuthy y Lauren les fue imposible seguir. La habitación aspiró el aire a través de la puerta abierta y luego recobró la normalidad con una especie de suspiro.

Lauren permaneció inmóvil durante varios minutos, mientras Tuthy erraba sin rumbo fijo a través de los restos de su oficina, pasándose la mano por la revuelta cabellera.

—Puede que vuelva —dijo Tuthy—. Ni tan siquiera sé...

Pero no terminó la frase. «¿Puede sobrevivir un chico tridimensional en un vacío de cuatro dimensiones, o en lo que haya barriba o ribajo?».

Tuthy no protestó cuando Lauren asumió la tarea de llamar a los padres adoptivos del chico y a la policía. Cuando ésta llegó, soportó todas las preguntas y acusaciones estoicamente, sin mover ni un músculo de su cara, y les dijo cuanto sabía.

No le creyeron, pero nadie estaba demasiado seguro de en qué podían creer. Tomaron muchas fotografías.

Lauren le dijo que sólo era cuestión de tiempo antes de que uno de ellos o los dos fueran arrestados.

—Entonces, tendremos que inventar alguna historia —dijo él—. Cuéntales que fue culpa mía.

—No lo haré —dijo Lauren—. Pero, ¿dónde está?

—No estoy seguro —dijo Tuthy—. De todos modos, creo que se encuentra bien.

—¿Cómo lo sabes?

Tuthy le habló de su sueño.

—Pero eso fue antes —dijo ella.

—Eso puede ocurrir perfectamente en la cuarta dimensión —le explicó.

Su mano señaló vagamente hacia arriba, luego hacia abajo y acabó encogiéndose de hombros.

El último día, Tuthy pasó las primeras horas de la mañana envuelto en un abrigo y un albornoz en la oficina, ahora llena de corrientes de aire. Jugaba una y otra vez con su programa e intentaba visualizar *ana* y *kata*. Cerró los ojos y torció la cabeza en todas direcciones, entrelazando los dedos y haciendo extraños dibujos minúsculos en las pantallas, pero todo fue inútil. Los circuitos de su cerebro estaban demasiado endurecidos.

Durante el desayuno le dijo nuevamente a Lauren que debía echarle todas las culpas a él.

—Puede que todo acabe en nada —dijo ella—. No tienen un caso demasiado sólido. No tienen pruebas materiales, no tienen nada.

«*En nada —pensó él, pasándose las manos una y otra vez por encima de la cabeza y sonriendo irónicamente—. Nunca sabrán hasta qué punto todo ha terminado en la nada*».

Sonó el timbre de la puerta y Tuthy fue a contestar mientras Lauren le seguía a unos pasos de distancia.

Luego, cuando pensó en ello para ordenarlo, decidió que era así cómo habían ocurrido las cosas.

Tuthy abrió la puerta. Tres hombres con trajes grises, uno de ellos con un maletín, permanecían inmóviles en el porche.

—¿El señor Peter Tuthy? —preguntó el más alto de los tres.

—Sí —respondió Tuthy.

Un trozo del marco de la puerta y un poco de pared se desvanecieron con un rugido y un siseo apagado. Los tres hombres alzaron la vista hacia el agujero y luego, ignorando aquella imposibilidad, el más alto de los tres miró nuevamente a Tuthy y prosiguió:

—Señor, tenemos que arrestarle. Hemos sido informados de que se encuentra en este país de forma ilegal.

—¿Oh? —dijo Tuthy.

Junto a él apareció una mancha azul de contornos irregulares que creció hasta alcanzar un metro de largo y se quedó inmóvil en el aire, vibrando. Los tres hombres retrocedieron un poco.

La cabeza de Pal apareció en mitad de la mancha y por debajo de ella surgió su brazo extendido. Tuthy se inclinó hacia adelante para estudiar mejor la aparición. Los dedos de Pal se movieron como haciéndole señas.

—Esto es divertido —dijo Pal—. Son buena gente.

—Te creo —dijo Tuthy con voz tranquila.

—Señor Tuthy —insistió valerosamente el más alto de los tres hombres, aunque su voz parecía un graznido.

—¿No quieres venir conmigo? —le preguntó Pal.

Tuthy se volvió hacia Lauren y ella movió casi imperceptiblemente la cabeza en lo que podía ser un gesto de asentimiento, sin entender muy bien a qué estaba asintiendo, y Tuthy cogió la mano que le tendía Pal.

—Diles que todo fue culpa mía —repitió.

Peter Tuthy fue aspirado y desapareció de este mundo. El aire se apresuró a llenar el vacío. Media lámpara de latón desapareció del quicio de la puerta. Los hombres del Gobierno volvieron a su coche con los pantalones húmedos y una profunda mezcla de incomodidad y preocupación en los rostros. No hicieron más preguntas. Se alejaron a toda velocidad y dejaron sola a Lauren para que se enfrentara al silencio.

Durante tres noches no pudo dormir y cuando, al fin, durmió, Tuthy y Pal la visitaron y se lo preguntaron.

«Gracias, pero prefiero esto —contestó ella».

«Es muy divertido —insistió el chico—. Les gusta la música».

Lauren meneó la cabeza sobre la almohada y se despertó. No muy lejos de ella pudo oír un leve silbido metálico, seguido por una vibración mucho más profunda. Le pareció que eran aplausos.

Tragó una honda bocanada de aire y abandonó el lecho para buscar su cuaderno de notas.

JUDITH MOFFETT: «Sobrevivir»

Judith Moffett enseña inglés en la Universidad de Pennsylvania. Ha publicado dos libros de poesía, un volumen de críticas y otro volumen con traducciones del sueco, por el cual ha sido honrada con un premio de la Academia Sueca. También ha enseñado en el Taller de Escritores de Iowa y en la Conferencia de Escritores Bread Loaf. Sus relatos y poesías han aparecido en *Shenandoah*, *Kenyon Review* y *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. *Pennterra*, su largamente esperada primera novela, ha sido publicada hace poco por Congdon & Weed.

«Sobrevivir» es el primer cuento de SF que publica y sobre él ha escrito lo siguiente:

Es probable que haya dos impulsos básicos detrás de este cuento, ambos reactivados por mi trabajo en un largo poema sobre Tarzán, Mowgli, los «auténticos» niños salvajes, Pies-Grandes, Darwin, el fundamentalismo, los experimentos para enseñarle el habla a los grandes simios y otros temas relacionados con éstos, que terminé no mucho antes de empezar a planear «Sobrevivir».

En primer lugar, sabía que ninguno de los niños salvajes sobre los que existían datos (dudosos), habían llegado a integrarse en la sociedad humana, de un modo que no fuera marginal, después de haber sido capturados. Me pregunté qué sería necesario para que tuviera lugar el proceso de socialización y qué factores deberían estar presentes. También me pregunté qué sentimientos tendría después el niño integrado.

En segundo lugar, me llevaron a una reunión de conservadores baptistas y aún sigo impresionada por el poder que tiene la «experiencia de la conversión» para darle la vuelta a la vida, de un modo tan profundo como permanente. Pero el misionero (el que trabaja en política, el amigo devaló, lo que sea) que se impone a los demás para cambiar sus vidas, aunque normalmente trabaja partiendo de motivos conscientes muy elevados, se encuentra en una posición bastante engañosa, moralmente hablando. Puede que para esas personas «Sobrevivir» sea un cuento con moraleja.

Todo lo demás no es sino una mera satisfacción de mis deseos. Si existiera una persona como Sally, puedo imaginarme los sentimientos de Janet sin ningún tipo de esfuerzo.

* * *

Durante casi dieciocho años he estado guardando un secreto para honrar la memoria de alguien que ahora debe de estar muerta y que no deseaba verlo revelado. A lo largo de esos años me he sentido cada vez más incómoda al pensar que moriría sin dar a conocer lo que sé porque creía que la ciencia sería engañada inútilmente con ello y que Sally también lo sería. En los últimos tiempos me he sentido tan apremiada que, al final, me he decidido a escribir un relato con todas mis acciones.

Pero es difícil empezar. Desde que tuvieron lugar los acontecimientos que pretendo dejar por escrito no se han apartado ni un solo día de mi mente, pero la perspectiva de volver a experimentarlos es dolorosa y, por ello, me resulta aún más duro romper mi silencio al respecto.

Supongo que debería empezar aquella tarde, en que un colega jovial, al que por entonces apenas si conocía, me vio a través de la puerta de cristal y entró en el departamento de psicología a voz en grito.

—¡Eh, Jan, tú eres la experta en la Niña Chimpancé... espera a que oigas esto, no vas a creértelo!

La gente siempre se lanzaba sobre mí para ofrecerme briznas de información al respecto, normalmente carentes de toda importancia. Miré a John con las manos llenas de papeles y memorándums de última hora, probablemente con una ceja arqueada.

—¿Qué ocurre ahora?

—¡La hemos contratado! —Y al ver que yo seguía sin parecer interesada, añadió —: No bromeo, estaba en una reunión del comité de currículums, en la oficina del decano, y Raymond Lickorish, de Biología, estaba también allí y me lo dijo: oficialmente le han dado a Sally Barnes un contrato para reemplazar a ese viejo que se retira este año... ¿cómo se llama? Eso, Ferrin. El hombre de los virus. Raymond dice que el trabajo de investigación de Barnes era sobre los virus y el origen de la vida en la Tierra y que todas sus publicaciones son de primera categoría y que en la entrevista lo hizo muy bien. No estaba allí, así que no pudo verla, pero luego todos hablaban de eso y además parece tener muchas ganas de abandonar Inglaterra. ¡Así que el departamento le hizo una oferta y aceptó! ¡Juro por Dios que estará aquí en septiembre!

En ese punto estoy segura de que en mi rostro se veía toda la emoción incrédula y el deleite que puede desear un portador de buenas noticias. Y no era extraño: había escrito mi tesis sobre Sally Barnes; y me había metido en la psicología básicamente por el intenso interés que su historia despertaba en mí. De hecho la Niña Chimpancé había sido una especie de obsesión para mí, algo que en parte era afición y en parte manía, desde hacía ya mucho tiempo. Me encontraba estudiando, con mis años de jugar a Tarzán en la selva bastante menos lejanos de lo que podría creerse, cuando, en 1990, en una aldea de Tanzania, unos cazadores furtivos hicieron entrar a rastras a una aterrorizada chiquilla blanca que no paraba de morder, arañar y gritar, y le dijeron a su jefe que ya volverían para cobrar la recompensa. Galvanizada fui siguiendo la

asombrosa historia día a día.

La niña fue rápida e indiscutiblemente identificada como Sally, la hija menor de Martin e Hilary Barnes, profesores y misioneros anglicanos de una escuela secundaria, en la pequeña república centroafricana de Malawi. Los padres habían muerto cuando la avioneta, en la que viajaban los tres, se estrelló en la jungla tras haber salido de Kigoma. Un helicóptero de rescate sólo logró hallar el cuerpo del piloto entre el fuselaje carbonizado. Quizá los carroñeros se habían encargado de llevarse a los otros cuerpos y habían esparcido los huesos. O los improbables supervivientes de la colisión habían podido intentar el regreso y luego habían muerto de hambre, ya que la avioneta se había estrellado en las montañas, a unos 150 kilómetros al este del lago Tanganika. O habían podido perecer por cualquier causa, desde los leopardos a las fiebres, pasando por los bandidos. Con todo, después de ese día de 1981 no se había sabido nada de la familia Barnes y se había dado por sentado que, de un modo u otro, los tres habían perecido en la selva.

En Inglaterra no les quedaba ningún pariente cercano con vida. Una hija de mayor edad que había sido dejada en casa aquel fin de semana, con un ataque de malaria, fue enviada a una escuela anglicana para hijos de misioneros situada en algún lugar de los Midlands. Sólo la Iglesia podría asumir la responsabilidad en cuanto a su hermana, la chica salvaje.

Las burocracias de dos naciones africanas y la Iglesia de Inglaterra mostraron su irritación y, un día o dos después, Sally fue llevada a la escuela Malosa, en el sur de Malawi, donde había transcurrido toda su vida antes del accidente. No podía hablar ni entender el inglés. Parecía aturdida y se masturbaba continuamente. No pareció reconocer la escuela, sus patios o edificios, ni a la gente que había tratado con ella cuando era una niña pequeña. Pero una vez que la hubieron limpiado y le cortaron la enmarañada cabellera, ellos sí reconocieron a la niña, gracias a las fotos tomadas en el cuarto cumpleaños de Sally, durante una fiesta. Esas fotos, que aparecieron en los periódicos junto a las nuevas imágenes de la raquítica adolescente de trece años en que se había convertido, no dejaban lugar a dudas. Sally tenía una de esas caras que parecen esencialmente iguales a los seis años y a los sesenta.

Pero si bien los dos rostros pertenecían obviamente a la misma persona, había en ellos una diferencia inquietante.

Mucho tiempo después Sally me habló de ello, mientras contemplaba las fotos con tristeza:

—Conmoción. Era solamente eso, no se trataba de nada salvaje o animal. Para colmo, el hecho de ser capturada debió avivar de nuevo mis recuerdos del accidente: violencia, ruido y confusión; mis padres gritando y nadie que me contestara... quiero decir que, cuando los furtivos empezaron a disparar, asustaron a todos. Luego mataron al viejo y me tiraron encima esa red. Luché y me debatí, claro, pero al final todo se hizo oscuro. Fue como el accidente, pero al revés.

—¿Trauma de nacimiento número tres? —Estábamos sentadas con las piernas

cruzadas en el sofá situado frente a la chimenea de mi sala, desnudas bajo las mantas, igual que en Mohegan. Podía imaginar la escena de un modo muy vivido, y de hecho me la había imaginado una y otra vez: la niña de cuerpo moreno corriendo, corriendo ciegamente en un mundo de verdor, la red que se extendía y luego caía, como a cámara lenta, mientras la niña se derrumba, con un golpe ahogado, sobre la vegetación húmeda. Indefensión. Claustrofobia. El terror más absoluto. Ese terror que te vacía los intestinos. Los gritos histéricos, las manos ásperas que la tocaban... Sally me dio una suave palmada en el muslo, enrojecido por el calor del fuego, y dejó reposar su mano sobre él.

—No hace falta que pongas esa cara. ¿Y si no me hubieran encontrado? Ya sabes que en la Universidad todos opinaron que faltó muy poco.

—Y, después de haber leído mi libro, sabes que yo opino igual. —Sonreímos. Debí apretar con mi mano su vientre, tenso y caliente, o quizá dejé resbalar mi mano tras su rodilla o cubrí con ella su pecho... debió tratarse de alguna respuesta automática de ese tipo—. Lo maravilloso es que, después de ese doble trauma, consiguieran hacerte volver. De niña debías de ser increíblemente dura, aparte de inteligente. Una superviviente nata en todo el sentido de la palabra. De lo contrario habrías muerto a causa de la conmoción y la pena, después de que se estrellara la avioneta. O por las mismas causas, cuando los furtivos te cogieron. O de pena y desesperación en Inglaterra con todas aquellas pruebas y con el aprendizaje. Es como algo parecido a pasar toda tu adolescencia dentro de una olla a presión. —Puedo recordar mi rostro frotando su hombro y el roce de mi oreja sobre la áspera superficie de la manta—. Eres una superviviente, Sal.

Sally sonrió débilmente mirando la chimenea.

—Mm. Hasta cierto punto.

Cualquier texto medio de psicología, publicado después del año 2003, describirá a Sally Barnes como la única niña salvaje de toda la historia a quien se consiguió devolver, hasta su última desaparición, el pleno uso de sus capacidades humanas. Desde los cuatro años y medio, hasta bien pasado su decimotercer cumpleaños, Sally fue miembro de un grupo de chimpancés, en la selva de Tanzania y se comportó como tal, a partir de los dieciséis o diecisiete fue una persona, toda una joven inglesa. Es natural que los psicólogos fueran de cabeza con ella, intentando averiguar qué tipo de persona era. Los libros no son muy precisos y, aunque Sally creía saberlo todo al respecto, no estaba dispuesta a que los psicólogos la volvieran del revés en interés de la ciencia. Era (y soy) una psicóloga convencida. Pero una cosa es la integridad profesional y otra la obsesión. Y si finalmente he decidido dejar las cosas claras, ello no se debe a que le haya perdido el respeto a la decisión de Sally.

Claro que desde el principio había sentido un loco enamoramiento hacia la idea de esa Sally, en cuya imaginaria conciencia (la conciencia de una niña humana, aceptada por animales salvajes como una de ellos) veía y deseaba ver mi propia imagen. Toda la dureza de su vida, con sus parásitos, las lluvias heladas y los malos

tratos de los fuertes para con los débiles, era limpiamente eliminada de esa idea hiperromántica y, pese a ello, el mito tenía una fuerza asombrosa. No recuerdo cuántas veces leí el *Libro de la selva* y las mejores novelas de Tarzán, entre los ocho y los quince años, en tanto que mi madre revoloteaba inquieta sobre mí, dejando caer nerviosas alusiones al maquillaje y a las ropas bonitas. ¡Bah!

Por eso, cuando, tiempo después, una auténtica niña simio emergió de una jungla real y los suplementos del domingo y las revistas de divulgación se llenaron con su historia, para mí todo ello fue algo fabuloso y conmovedor, algo que me permitió acabar de crecer y graduarme dentro del mito. Un mito que no había sido eliminado sino, al contrario, aumentado y glorificado por el escrutinio científico. Cuanto más examinaba lo que le había ocurrido a Sally, más maravilloso me parecía.

Sus notables progresos habían sido registrados paso a paso y yo había leído todos los documentos y había publicado, como mínimo, media docena de estudios, incluida mi tesis. Había quedado claro que aprendió a hablar muy pronto y que incluso podía leer bastante bien antes del accidente y que su primera historia familiar había sido feliz y estable. Todos los expertos estábamos de acuerdo en que esos factores cruciales explicaban cómo solamente Sally había logrado desarrollar o readquirir la habilidad del habla normal en aquel estadio ya avanzado de su vida, lo cual era un caso único entre todos los niños salvajes. Su precocidad había sido una suerte y también lo había sido la sociedad de primates que la había adoptado. Lo que era prácticamente seguro es que no podría haberse recobrado o, al menos, no de modo tan completo, si hubiera pasado ocho años viviendo como un lobo o una gacela. A diferencia de Helen Keller jamás le habían fallado sus sentidos y, a diferencia de Kaspar Hauser, a quien también le habían fallado, tampoco se había visto aislada de las relaciones sociales. Los chimpancés, en estado salvaje, llevan una rica vida social y, a diferencia de las niñas lobo de la India, había adquirido el don del lenguaje antes de sufrir un período de abstinencia en cuanto a su uso. Y, al igual que Helen Keller, Sally poseía una considerable inteligencia natural que la ayudaba.

Puede parecer extraño que, pese a mis frecuentes viajes a Inglaterra, no hubiera intentado jamás tener una cita con el objeto de mi fascinada investigación. Pero en cierto modo mi manía me había vuelto tímida y cada una de mis visitas terminaba con la decisión de que el año siguiente sería tanto o más adecuado. Que Sally pudiera venir a Norteamérica y a mi propia universidad y que se quedara en ella, era algo que no había previsto nunca. Pero ahora, con el destino a cargo de todo, la timidez me parecía absurda. No sólo llegaríamos a vernos, sino que acabaríamos siendo amigas. Todo el mundo lo esperaba y no había nada que pareciera más natural.

Mi abuelo, acompañándose de una risita exculpatoria, solía decir que su noche de bodas había sido la mayor decepción de toda su vida. La noche de septiembre en que tuvo lugar la fiesta anual, dada por el decano de artes y ciencias para que la facultad pudiera trabar conocimiento con sus nuevos colegas, pensé con tristeza en él. Mucha gente había oído hablar de Sally Barnes, claro está, y entre los psicólogos era

realmente famosa, casi un prodigio. Todo el mundo deseaba conocerla y más de uno quería estar allí cuando yo la conociera, para ser testigo del encuentro. Estaba enfadada conmigo misma por sentir tal nerviosismo y me disgustaba que el encuentro fuera a tener lugar en circunstancias tan públicas. Pero cuando llegó el momento y me presentaron a Sally (el decano se había instalado junto a ella para encargarse de todo y hacer los honores personalmente) todos mis sentimientos anteriores resultaron irritantemente inapropiados.

Allí la tenía: la Niña Chimpancé de todas mis teorías y delirios. Una mujer no muy alta, de aspecto totalmente normal, que no decía nada fuera de lo corriente y que rozó levemente mi mano, con una cortesía puramente mecánica. El sencillo traje negro que llevaba no le iba muy bien a su rostro pálido, de rasgos corrientes y cabellera rojiza. La única niña salvaje de toda la historia que había logrado rehabilitarse, era una persona a la cual no se miraría por dos veces en la calle... de hecho, ni tan sólo se la miraría una vez. En principio eso no quería decir nada, pero también su expresión parecía indiferente y vacua. Y hablaba sin ningún calor en la voz, con un tonillo algo agudo y utilizando un molesto inglés «educado»: «Qué tal está usted, es un placer conocerla...».

Allí la tenía, soltándome su frase enlatada, tomando a sorbos vino blanco en un vaso de plástico, sin revelar nada sobre ella misma.

Contemplé fijamente ese rostro pálido y nada familiar, cuya forma y rasgos tan bien conocía, incapaz de creer en él o de soltar esa mano que tan rígida parecía entre mis dedos. La habitación parecía retumbar con un rugido indescifrable. Estábamos rodeadas de ojos que brillaban por la curiosidad. Ese instante me parecía completamente absurdo, fuera de lugar.

El decano Eccles, suponiendo quizá que su difícil invitada no había logrado entender mi nombre, intentó ayudarnos con su aguda voz de pájaro:

—Naturalmente, Janet es la autora de ese libro tan fascinante sobre usted —y contempló con una radiante sonrisa a Sally como diciendo: «¡Ahí tiene, chica afortunada!».

Sólo el leve aleteo de sus pestañas la traicionó.

—¡Oh!, ya veo —dijo, pero su mano se apartó con un leve tirón de la mía, mientras pronunciaba esas palabras y sus ojos se desviaron para dirigirse hacia la persona que esperaba turno detrás de mí. El rechazo era tan obvio que incluso el pobre decano se dio cuenta. Algo sonrojado, empezó a presentarle al viejo profesor de inglés hacia quienes Sally había transferido toda su atención.

Apenas sí habíamos cambiado una docena de palabras tuve la sensación de que debía salvar algo de todo aquel desastre.

—Oiga... ¿podría llamarle dentro de una semana o dos? Quizá pudiéramos vernos para comer, tomar una copa o para lo que sea una vez se haya instalado.

—¡Ah!, me temo que voy a estar muy ocupada durante cierto tiempo —dijo con su voz fría, que no iba dirigida exactamente hacia mí—. Puede que la llame si tengo

una hora libre alguna tarde. —Y se puso a hablar con el viejo caballero. Me encontré fuera del círculo de espaldas que la rodeaba y eso fue todo.

Me fui a casa totalmente desesperada y me arrojé encima del sofá. Más o menos una hora después sonó el teléfono. Era John, que había sido testigo de toda mi humillación.

—Oye, se portó así con todo el mundo, la estuve observando durante una hora. Cuando me tocó el turno en la cola se portó igual conmigo. Es probable que esté cansada por el viaje en avión o quizás odie que la exhiban. Por cierto, lo único que hacía con ese vino era fingir que bebía. Un sorbito, detrás de otro. Pero durante todo el tiempo que la estuve mirando el nivel siguió siempre igual. Jan, no deberías tomarlo como algo personal. Dudo que tuviera idea de quién eres, entre toda esa multitud de turistas ansiosos de contemplar al fenómeno.

—¡Oh!, claro que sabía quién era yo, pero eso no quiere decir que te equivoques. Vale, gracias. Mi único deseo es que no hubiera estado ahí todo el departamento de la facultad, con la lengua fuera, esperando a ver cómo nos derrumbábamos llorando una sobre otra.

Darme cuenta de que no sabía muy bien lo que me importaba más, si el rechazo o el que me hubieran visto de ese modo, me hizo sentir menos trágica. Le deseé las buenas noches a John, bajé la escalera plegable que daba al ático y una vez allí encendí la luz y rebusqué entre las cajas hasta encontrar el álbum. Lo llevé abajo y lo estuve mirando, algo más calmada, gracias a una copa de vino rosado.

El álbum era bastante grueso. Cuando la sacaron de la vida salvaje la Niña Chimpancé había sido toda una sensación internacional y durante años después de eso, hubo artículos y fotos que aparecieron en sitios de los cuales pude recortarlos o copiarlos. Tenía docenas de fotos de Sally. Su llegada a Heathrow como una figurilla vestida de un modo extraño, con el rostro vuelto a un lado, agarrándose a un empleado de uniforme; vestida como una estudiante inglesa a los quince años, con chaqueta azul y corbata; trabajando con un equipo de psicólogos ante una mesa del University College de Londres; de vacaciones con la soberbia profesora Carol Cheswick, que se había labrado un sitio en el panteón de los educadores junto a Jean-Marc Itard y Annie Sullivan gracias a sus brillantes logros con Sally; saludando a Jane Goodall, muy anciana y frágil, durante una de las últimas visitas de Goodall a Inglaterra; en sus habitaciones en el Newnham College de Cambridge, con el aire de una graduada demasiado joven.

Las fotos de Newnham no eran demasiado buenas, o eso había pensado siempre. Pero ahora que la había visto en persona... Me concentré nuevamente en el amarillento recorte de periódico de casi veinte años atrás y en su imagen de una criatura salvaje, con el pelo revuelto y mal cortado. Por primera vez, ese rostro vacío que tenía delante me pareció extrañamente parecido al de la graduada, idéntico al rostro con el que había intentado hablar durante la fiesta. Ese expresivo rostro de adolescente que había cobrado vida durante los años noventa... ¿qué había sido de

él? Después de todo, ¿quién era Sally Barnes? Esa niña precoz y tan dotada verbalmente. Cerré el álbum, atónita. Fuera quien fuese, hacía ya mucho que había superado la edad en que se la podía estudiar sin su consentimiento.

Y, pese a todo, ansiaba, conocerla. A medida que el otoño se iba convirtiendo en invierno la vi a menudo en el campus. Andaba con rapidez, envuelta en su abrigo plateado, con una larga bufanda negra al cuello, aparentemente sin darse cuenta de si pisaba hojas, fango o ladrillos, sin fijarse en la ruinosa multitud de los estudiantes. Siempre llevaba cosas para leer y una bolsa negra al hombro. Siempre estaba sola. Dudo que pueda expresar adecuadamente el aturdimiento y la frustración que me producía su imagen durante esos meses lentos y fríos. Conocía todos los detalles de su educación, así como del esfuerzo de sus profesores y de su propia ansiedad por aprender; y en todo eso no había nada, nada en absoluto capaz de sugerir que una vez «devuelta a la condición humana» se hubiera convertido en un ser tan ordinario, nada que pudiera presagiar esta repulsiva opacidad. Naturalmente, era comprensible que no deseara ser interrogada continuamente sobre su vida en la selva. Había rumores de que, algunas veces, alguien, no intimidado por su maneras, le había planteado una pregunta y había recibido por respuesta un seco: «Lo siento, no hablo nunca de eso». Pero, ¿resultaba creíble que la niña a quien había acontecido esa experiencia única hubiera sido, tal y como implicaban cada una de sus palabras y acciones actuales, una niña particularmente mohína, irritable y poco original, que se había apresurado a volver calladamente a una amarga convencionalidad, tan rápido como le fue posible?

Sencillamente, no podía creerlo. Nos había estado engañando deliberadamente. Pero no lograba imaginar el porqué de ello y tampoco podía confiar enteramente en mi propia intuición. Deseaba creer que ningún ser humano que hubiera pasado una época como un animal salvaje y luego hubiera vuelto a ser humano, podía realmente ser tal como ahora parecía ser Sally.

Y, sin embargo, ¿por qué no? Discutía continuamente conmigo misma. ¿Por qué dudar de que una persona que tan duramente había luchado por su humanidad, no deseara por encima de cualquier otra cosa la vida de un ser humano corriente?

Pero, y la discusión interior continuaba, ¿es normal y corriente ser tan antisocial? Naturalmente, jamás me llamó. Un par de semanas después de la fiesta reuní el valor suficiente para llamar a su oficina y sugerir que nos reuniéramos a la hora de comer. La brusquedad de su negativa fue tal que me costó un poco superarla; dejé pasar un mes antes de volver a intentarlo.

—Lo siento —dijo—, pero, ¿qué desea discutir conmigo? Quizá fuera posible tratarlo por teléfono.

—No estaba pensando en discutir nada especial. Sólo pensé que... bueno, a veces a la gente nueva le resulta difícil abrirse paso aquí, en los primeros tiempos; la universidad no es particularmente sociable. Y luego, naturalmente, me gustaría... bueno, hablar. Llegar a conocernos, establecer una cierta relación.

—Gracias, pero estoy tremendamente ocupada y en cualquier caso lo cierto es

que tengo muy pocas cosas que contar. —Y luego, después de una breve pausa—. Hay alguien en la puerta. Gracias por llamar.

Era inútil. No deseaba tener relación alguna conmigo, aparte de hablar un poco cuando nos encontrábamos casualmente en el campus. Al menos podía obligarla a que se fijara en mí cuando eso ocurría, y lo hice. ¿Dónde vivía? Hice averiguaciones y di con una dirección en los suburbios, no demasiado lejos de la mía. Una vez pase pedaleando ante el edificio, bastante viejo y no muy bonito, pero no había modo de saber cuál de aquellos centenares de ventanas era la suya. Hice que John interrogara a su amigo del comité de biología, y éstos fueron mis descubrimientos: Sally había rechazado fríamente todo tipo de avance social por parte de la gente que formaba parte de su departamento, sin hacer excepciones; los comadros estudiantiles la habían clasificado como una profesora reservada, de estilo británico, pero se la tenía por bastante más que competente; trabajaba muy duro en el laboratorio, en algún proyecto que nunca discutía abiertamente con los demás. No resultaba sorprendente que sus colegas del departamento hubieran perdido rápidamente el interés en ella. Nos había entrenado, con veloz eficiencia, para que la dejáramos en paz.

El departamento de psicología también dejó de interesarse en ella, aunque no sin una cierta diversión a mis expensas, con chistes sobre hacer bolsitos con orejas de chimpancé, monitos feos y cosas por el estilo. John oyó una pequeña muestra de ese parloteo y se encargó de replicar a él con cierta ira:

—¡Eh!, Janet sólo dijo en ese libro que ella es humana. Si la educación se encarga de hacerte agradable y capaz de vivir en sociedad, yo conozco aquí a mucha gente, aparte de Sally Barnes, que podría volver a la escuela rápidamente.

Pero John, enredado en un romance con una estudiante de primer año, pensaba también que Sally era bastante aburrida como tema; además, lo que había dicho era cierto. Mi tesis no había sido invalidada y ni Carol Cheswick ni el equipo del King's College tenían razones para pensar que su reputación hubiera sido exagerada. Lo único que ocurría era que, a los seis meses de su llegada, Sally (a quien se había anunciado de antemano como un adorno exótico para nuestra universidad) se las había arreglado para hacer que la tomáramos, sencillamente, por la microbióloga de primera clase que habríamos debido esperar.

Mí decepción personal fue cediendo gradualmente. Pero, de vez en cuando, al ver ese abrigo plateado y esas botas que intentaban seguir discretamente la moda y que eran dos objetos de plástico puntiagudo moviéndose por los senderos del campus, no podía dejar de pensar: «¡Señora, si me hubiera tocado a mí ser la Niña Chimpancé, juro por Dios que lo habría hecho mejor que usted!».

Llegó la primavera. Entre el club de la facultad y la biblioteca las forsitias del campo brotaron a lo largo de sus delgadas ramas. Y, como de costumbre, las azaleas florecieron una semana antes en la ciudad, a treinta kilómetros de distancia, que en mi jardín. El arroyo Ridley, situado en el parque estatal, rugía con las lluvias y la nieve fundida, repleto de truchas y de corpulentos pescadores de caña; en tanto que

los cardenales y los herrerillos, visibles durante el invierno sólo como voraces comilones, empezaban a cantar bruscamente. Cada invierno tenía la costumbre de perder todo interés por el parque, entre el primero de febrero y la primera quincena de marzo y cada primavera reavivaba mi sentimiento de ser una persona privilegiada por el hecho de tenerlo tan cerca. Durante las primeras semanas de la estación de pesca los senderos, que nunca eran usados por demasiada gente, se encontraban prácticamente abandonados y en los días soleados, si mi presencia no era requerida en la ciudad, solía meter en mi mochila un bocadillo, un libro de bolsillo y una manta y pedaleaba hasta el parque. Normalmente solía permanecer junto a los senderos, pero algunas veces me abría paso por entre un arbusto espinoso o un matorral de moras, en el que brillaban las nuevas hojas de un verde amarillento, para encontrar un lugar oculto donde pudiera quitarme la camiseta, sin que nadie me molestara.

Una tarde de abril, me encontraba buscando esa clase de refugio en una extensión de álamos bastante grandes y tras rebasar, con mucha cautela y dificultad, una hilera de espinos me quedé atónita ante el espectáculo ofrecido por la joven profesora Barnes. Estaba justo allí, donde habría pensado que era más difícil y, al mismo tiempo, más probable haberla encontrado: a diez metros de altura, en uno de los venerables troncos de álamo. Iba totalmente desnuda. Estaba sentada, inmóvil, en una rama muy delgada, con el hombro apoyado en la suave corteza gris, dejando colgar una pierna y con la otra rodilla apretando la rama. Su postura dejaba traslucir una gracia tan natural que, durante ese breve segundo de irrealidad que transcurrió antes de que me viera, sentí una aguda punzada de celos. Se estaba frotando lentamente contra la corteza y parecía estar llorando.

Como si fueran golpes físicos, esas impresiones visuales fueron abriéndose paso, una tras otra, en mi conciencia mientras salía de entre los espinos. Un segundo después, el rostro de Sally se retorció a causa de la rabia y empezó a chillar, arrojándome un pedazo de rama seca (y acertándome con él, en pleno esternón), para bajar luego como un rayo del tronco y salir corriendo tan de prisa que apenas si tuve tiempo de comprender lo que había ocurrido y lo que seguía ocurriendo. En tanto que una parte de mi cerebro, satisfecha, pensaba, «¡no me ha oído llegar!», otra parte, galvanizada, hizo que empezara a gritar frenéticamente:

—¡No! ¡Sally, por el amor de Dios, para! ¡Para! ¡Vuelve aquí, no se lo diré a nadie, juro que no lo diré! ¡Sally! —Incapaz de moverme o de perseguirla, lo único que pude hacer fue seguir gritando, medio histérica. Tenía la sensación de que si ahora se iba no podría soportarlo. Si alguien hubiera estado lo bastante cerca en esa zona del parque, me habría oído, sin duda, aunque mis gritos se mezclaran con el estruendo del arroyo. A decir verdad, lo que la hizo volver fue el escándalo que yo estaba armando... eso y que debió acordarse de que todas sus ropas se encontraban bajo el árbol. Además, debió comprender que yo la había reconocido.

—De acuerdo, no pienso ir a ningún lado. Y ahora, ¡cállate! —dijo en un murmullo furioso, abriéndose paso ruidosamente por entre los matorrales. Fue hacia

mí, descalza, y clavó sus ojos en mi rostro—. ¡Maldita sea! ¿Qué hará falta para que mantengas la boca cerrada? —¿Se refería al momento actual? Pero si ya me había callado... Mi corazón seguía dando saltos cual una rana que intenta huir de la trampa. Un instante después sentí que todo se volvía muy brillante y empezaba a girar ante mí. Me dejé caer, sin aliento, y acabé sentada sobre algo húmedo.

—Tenía un miedo mortal a que no volvieras. Espera un segundo, deja que recupere el aliento.

—Tú escribiste ese libro, Morgan —dijo ella apretando los dientes—. ¡Maldita sea! —Un minuto después se dejó caer al suelo, apartando antes con un gesto maquinal los tallos de hierba. Su expresión neutra e incapaz de revelar nada se había esfumado. Sally Barnes, irritada y llena de miedo, tenía ahora justo el aspecto con que yo había deseado verla. Increíblemente, después de tantas fantasías estériles, allí estábamos las dos, juntas, en mitad del bosque. La tenía ante mí, sentada, rascándose un pecho desnudo, con la misma falta de atención con que se habría rascado la nariz o el hombro. Resultaba tan increíble que me costaba dominarme.

La piel de Sally se había vuelto ya mucho más oscura que la mía y, a juzgar por el bronceado de todo su cuerpo, estaba claro que ésta no era su primera visita al bosque. Tenía los pechos bastante pequeños. Sus tres zonas de vello corporal eran de color rojizo y todos sus músculos eran tan suaves, potentes y bien moldeados como los de cualquier gimnasta profesional. Dije lo primero que me vino a la cabeza:

—De niña era bastante buena trepando a los árboles, pero nunca habría sido capaz de subir por un tronco tan grueso como ése, con unas ramas tan delgadas en lo alto. ¿Crees que si me dedico a trabajar mis brazos y mis hombros, quizá si levanto pesos o algo parecido...? Quiero decir, ¿me enseñarías a trepar? Quizá sea demasiado vieja, claro —seguí diciendo—. No tengo las piernas en muy mala forma. Corro unos cuantos kilómetros tres veces a la semana, pero la mitad superior de mi cuerpo está francamente floja...

—Basta de juegos estúpidos —dijo Sally con voz furiosa—. Tenías que aparecer justamente hoy por aquí... eres la peor desgracia que me ha sucedido en toda mi vida. Vuelvo a preguntártelo: ¿quieres dinero para no explicarle a nadie lo que has visto? ¿O hay otra cosa que desees? Si puedo conseguirla te la daré; lo único que debes hacer es mantener en silencio el hecho de que me hayas visto así.

—¡Esa no es forma de hablarle a la gente! —dije yo, enfadándome también—. Llevo años andando por estos bosques, mucho antes de que tú pusieras el pie en ellos. Y lamento mucho que no te guste mi libro, ¿o soy yo quien no te gusta? ¿O se trata sencillamente de los psicólogos en general? De no ser por ti es probable que no hubiera llegado a ser psicóloga. —Mi voz subía y bajaba, insegura y quebradiza. Llevaba siete meses enfadada con Sally—. No te preocupes, no diré nada. No hace falta que me sobornes.

—Claro. Pero al final acabarás diciéndolo, ya verás. Más pronto o más tarde irás a una cena de la facultad y alguien te preguntará qué tal es la Niña Chimpancé en

realidad... —La miré de soslayo, pues eso era algo que ya había ocurrido un par de veces... y no podrás resistirlo. «Ahí estaba yo, andando y pensando en mis cosas, y ¿a quién te crees que vi, totalmente desnuda y subida en lo más alto de un árbol, como si fuera una mona?». ¡Cristo! —dijo Sally apretando con fuerza los dientes—, tengo ganas de estrangularte. Todo se ha perdido. —Se puso en pie rápidamente y por su modo de moverse, comprendí cuánto deseaba volver a tirarme algo.

Pero al fin estaba empezando a ser capaz de pensar de nuevo y a utilizar mis recursos de experta profesional.

—Bueno, entonces, haz que no sienta deseos de hablar. Conviértelo en una cuestión de interés propio. No quiero dinero, pero no estaba bromeando. Me encantaría realmente ser capaz de moverme por un bosque igual que lo hace un chimpancé. Enséñame a trepar igual que uno de ellos... igual que lo haces tú. Si la historia acaba haciéndose conocida, entonces se acabó el trato. ¿No te parece bien?

La mirada de Sally quería decir «¿por qué clase de idiota me has tomado?».

—Ya sé que parece una locura —me apresuré a decir—, pero durante toda mi infancia y la mayor parte de mi adolescencia, no sé por qué extraña razón, ¡siempre quise desesperadamente ser Tarzán! ¡Y durante los últimos veinte años he deseado todavía con mayor anhelo ser como tú! No sé por qué... es algo irracional, una de esas pasiones que crecen en el interior de la gente y la impulsan a hacer las cosas más raras, como convertirse en seguidores de alguien, coleccionar sellos o... ¡Conocí a un antiguo campeón mundial de lanzamiento de sedal que en toda su vida, sólo había ido a pescar un par de veces! —Tragué aire, lo retuve en mi interior y lo dejé salir luego en una erupción de palabras—. Mira... aunque no lo entienda, sé que directamente detrás de *La niña chimpancé y la familia humana* y, si a eso vamos, detrás de todo el resto de mi carrera, se encuentra esa niña de diez años que daría cualquier cosa por ser Tarzán, balanceándose a través de los árboles, en compañía de los grandes monos. Puedo prometer que estarás a salvo mientras me enseñes a conseguirlo. Jamás tendré una ocasión mejor de representar en la realidad parte de esa fantasía y creo que por ello pagaría... ¡cualquier cosa!, ¡todo! ¡Puedo asegurarte que eso me importa mucho más que mantener distraída a la gente, en una cena de la facultad!

—Tú no deseas ser como yo —dijo Sally con voz inexpresiva—. Estaba en lo cierto la primera vez; todo esto es sólo un juego estúpido para ti. —Me contempló con el rostro fruncido en una mueca de repugnancia, pero me di cuenta de que al menos ahora me creía.

El suelo estaba terriblemente húmedo. Me puse en pie, encontrándome mucho mejor. Las ramas de los álamos formaban una telaraña contra el cielo y, a través de ella, se derramaba la luz del sol y el canto de los pájaros. De pronto tuve que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no empezar a bailar entre los árboles, lanzando aullidos salvajes. Me di cuenta de que estaba a punto de acceder.

Sally impuso condiciones y yo las acepté rápidamente. No tenía que hacerle preguntas de tipo profesional y tampoco debía hablar con ella aparte de lo que fuera

esencial. En la universidad debíamos seguir como antes, sin revelar jamás, ni por un gesto o una mirada, que existía cierta asociación entre nosotras dos. No se lo diría a nadie. En realidad Sally no podía evitar que yo se lo dijera a la gente, pero no tardé en descubrir que no sentía deseo alguno de hacerlo. Mis amigos más íntimos, ninguno de los cuales vivía a menos de ciento cincuenta kilómetros de allí, quizá pudieran adivinar que yo estaba ocultando alguna relación importante, pero pensarían que ya hablaría de ella cuando me sintiera preparada para hacerlo y lo más probable era que se inclinaran por atribuirlo todo a un hombre casado, razón más que suficiente para guardar el secreto. Teníamos que dar nuestras clases y Sally tenía su trabajo en el laboratorio y yo mis pacientes privados.

Nos encontrábamos en el bosquecillo de álamos una vez a mitad de semana y otra durante el fin de semana. Así fue cómo las «lecciones» se pusieron en marcha.

Compré unas cuantas pesas ligeras y empecé un programa de ejercicios para fortalecer mis brazos, hombros, pecho y espalda. Pero el mejor modo de conseguir los músculos esenciales era trepar a un montón de árboles. No pasó mucho tiempo antes de que los callos en la base de cada dedo, que había tenido durante toda mi infancia, se hubieran formado de nuevo (y entonces recordé lo dura que me había parecido la palma de Sally cuando nos dimos la mano durante la fiesta de septiembre). Mientras veía lo rápido que aumentaban mi resistencia y mi agilidad Sally se fue sintiendo impresionada y, a pesar suyo, se enorgulleció de ello. También estaba algo nerviosa, no tenía ninguna intención de pasárselo bien con aquella compañía que el destino le había obligado a tolerar.

Resultaba un chantaje bastante raro. Yo iba soportándolo todo con paciencia. Trabajaba duro e intentaba hacer que mi compañía fuera lo bastante agradable como para que no se resistiera a ella; y así fue cómo terminó el semestre de primavera.

Sally tenía que enseñar en los cursos de verano y yo debía preparar algunos artículos para su publicación y visitar a mis padres durante el verano. Cuando llegó junio todas las truchas habían caído en el anzuelo y los álamos se habían convertido en un lugar peligroso; así que encontramos sitios más inaccesibles, en el lado del parque dedicado a la equitación. Allí podía seguir haciendo mis ejercicios de entrenamiento. Hacia el cuatro de julio, mi bíceps derecho medía treinta y siete centímetros y por fin Sally había empezado a relajarse en mi presencia y llegaba incluso a confiar en mí.

El que no tardáramos en hacernos amantes probablemente no sorprenderá a nadie. Todos los informes describen a la Sally anterior al accidente como a una niña muy afectuosa y a su familia del mismo modo. Por lo que había leído sabía que, en los momentos de ansiedad o temor, los chimpancés se tranquilizan mutuamente tocándose entre ellos y que los más tranquilos y amables reafirman el lazo social despiojándose y arreglándose el pelo unos a otros. Pero durante toda una década, desde que Carol Cheswick murió y ella se fue a Cambridge, Sally se había protegido de forma muy estricta contra todo tipo de relaciones personales, aunque el precio para

ello fuera negarse a sí misma toda proximidad física y emocional. Cheswick, una mujer regordeta de mediana edad y sentimientos maternos, se había encargado de abrazar y mimar físicamente a Sally durante los años que habían pasado juntas. Pero, después de su muerte, cansada y disgustada ante el eterno fisgoneo de los psicólogos y del público curioso, sintiéndose resentida y en cierto modo culpable por la vida secreta que se había visto obligada a crearse para ella misma, Sally se había limitado a pasar sin todo eso. Ahora me tenía a mí.

Salvo al principio de todo, en Londres, siempre tuvo una vida secreta.

Empezó a hablarme repentinamente de ella durante una tarde horriblemente cálida, después de una tanda de ejercicios. Nos habíamos dejado caer del mejor árbol que utilizábamos para el entrenamiento, un roble blanco que tenía un siglo de edad y, tras haber desplegado una vieja manta del ejército, nos sentamos sobre ella con las piernas cruzadas y nos fuimos pasando de una a otra una cantimplora de plástico y un racimo de uvas sin semillas. Me sentía pegajosa y cansada, pero feliz. Sally me contempló con expresión crítica.

—Te estás formando bastante bien, resulta difícil creer que éstos sean los mismos hombros flacos de antes.

Me apretó el hombro que tenía más cerca con su endurecida mano, en tanto que yo ocultaba cuidadosamente mi intensa y súbita conciencia de que, salvo para corregir un error, jamás me había tocado con anterioridad. La mano fue bajando y me agarró la parte superior del brazo. Cuando «formé el músculo» sus dedos morenos rozaron mi pecho, aún pálido pese a los inicios de un bronceado, y nuestros ojos se encontraron.

—Todo te lo debo a ti, entrenadora —dije yo en tono de broma. Sentía que, en mi interior, iba creciendo un tranquilo placer ante esos gestos que me parecían tan perfectamente adecuados, como si fueran una más de sus correcciones durante los entrenamientos.

Sally cogió varios granos de uva y se los metió en la boca, contemplando el valle del arroyo mientras masticaba.

—En Londres dejaron que me volviera loca —dijo unos instantes después—. Lo único que les importaba era guiarme para que saliera de mi salvaje ignorancia, injertar nuevamente mi vida, a los trece años, en el tocón que había dejado a los cuatro y luego compensar, como buenamente pudieran, los años perdidos. Los años perdidos... compréndeme, tenían mucho que hacer, trabajaron como locos y yo tuve que hacer lo mismo. Pero, antes de que trajeran a Carol, me consumía el anhelo de volver a esa espesura. Ella se dio cuenta y logró que me dejaran pasar una quincena de vacaciones en el campo. Para entonces ya había perdido mucha fuerza, pero sólo había pasado un año, así que la recuperé rápidamente.

Se quedó callada y yo no dije nada; comimos uva y matamos mosquitos. Hacía un calor increíble. Un instante después, ansiando desesperadamente saber algo más, empecé a sopesar mentalmente los riesgos de una respuesta cuando, de pronto y sin

que me hiciera falta animarla, siguió hablando.

—Claro que en el College no les habría hecho demasiada gracia verme colgando de los árboles. «Aquí estamos nosotros, trabajando como esclavos para arrastrar nuevamente a la niña mono hacia el mundo moderno y, apenas nos damos la vuelta, ella sale corriendo para entregarse de nuevo a sus costumbres salvajes». Eso es lo que pensaban, ¿sabes? Al menos, eso me parecía, yo era para ellos algo así como «esa bestezuela desagradecida». Jamás imaginaron que podía echar de menos esa vida maravillosa o una parte de ella. Pero cuando leí *Tarzán de los monos*, por mi cuenta, unos años después, sobre todo esa parte hacia el final cuando Tarzán se arranca el traje, la corbata y los zapatos para subirse de un salto a las ramas jurando que nunca, nunca volverá... bueno, lloré como nunca he vuelto a llorar.

—Pero, ¿qué podías hacer tú al respecto? —dije, rompiendo la regla de Sally sobre la prohibición de las preguntas, sin que ninguna de las dos nos diéramos cuenta de ello.

—¡Oh! Yo sola, no gran cosa. Pero Carol tenía muchas cosas que decir en cuanto a lo que debía hacer y lo que no. La respetaban de una forma tremenda. Y ella era maravillosa. Después de que hubiera aprendido a hablar y leer bastante bien, me llevaba durante los fines de semana a los South Downs y me dejaba suelta por ahí. Teníamos el acuerdo de no hacer preguntas al respecto, tampoco hacía falta que yo le hablara de ello. Estábamos tan cerca una de otra que, desde luego, debía saber que yo estaba recuperando las fuerzas y que mis manos volvían a endurecerse, pero ella nunca pensó que lo mejor que se podía hacer con todos esos años en la selva era olvidarse de ellos. Hizo los arreglos para que pudiera ver una vez a Jane Goodall... no podría haberlo soportado sin ella. Jamás tendría que haber abandonado Inglaterra mientras ella estaba con vida. De no haber sido por Carol... —Durante varios minutos la mano de Sally había estado moviéndose cual si tuviera voluntad propia, en una serie de breves caricias rítmicas que cesaron de pronto cuando, al darse cuenta de ese movimiento, se quedó callada en mitad de la frase y, bruscamente, me miró alarmada.

Hice un terrible esfuerzo para controlar mi expresión y mi voz, como el pescador que intenta atrapar la trucha más grande de todo el estanque.

—Tuvo que ser una mujer excepcional.

Para mi asombro, Sally no se puso en pie sin decir palabra para dejarme allí sola. En vez de ello, como si le costara, siguió hablando lentamente:

—Yo... ¿te importa mucho que haga esto? Lo he estado haciendo siempre... supongo que para sentirme mejor, más cómoda... desde que era pequeña... y es un poco difícil hablar de todas estas cosas... sin...

Desde el primer día de entrenamiento había decidido que jamás permitiría que Sally me obligara a discutir con ella por algo; me adaptaría a su propio sentido de lo que era adecuado y lo que no, sin diferenciarme en nada. Si trepaba desnuda yo también lo haría, por muy delicada que fuera todavía mi piel. Si orinaba sin

escondese y de pie, yo también lo haría... y, sin duda, había algo bastante agradable, en estar junto a Sally, mientras se mezclaban nuestros respectivos hilillos de orina. Una mujer civilizada puede pasar toda su vida sin ver la orina de otra mujer o sus genitales o sin haberse visto expuesta de modo repetido y prolongado, como si se tratara de algo totalmente normal, al cuerpo desnudo de otra mujer... y, sin embargo, me había preguntado yo, ¿cuántos hombres se han parado, ni por un segundo, a considerar esos asuntos tan poco importantes y normales para ellos?

Siendo así, ¿por qué debíamos hacerlo nosotras?

Desde luego, antes ninguna mujer había hecho en mi presencia lo que Sally. Me erguí mentalmente de hombros, preparándome para todo.

—¿Por qué debería importarme? Mira, yo te haré compañía ahora... —y, mientras tanto, tomé la decisión de acompañar mis palabras con actos, sintiendo desesperadamente que iba a saltar a unas aguas desconocidas y que iba a hacerlo sin ninguna gracia o agilidad, pero totalmente decidida a ello—... ¿De acuerdo?

Eso era lo último que Sally podía esperar. Durante un segundo temí que pudiera pensar que la estaba intentando ridiculizar de alguna forma incomprensible, pero lo único que hizo fue mirarme fijamente durante unos segundos antes de hablar.

—De acuerdo. Para ser psicóloga no eres del todo mala. Lo primero que hicieron en esa condenada escuela de misioneros fue obligarme a que no me portara de ese modo cuando había gente delante.

»Tanto daba. Carol sabía que yo anhelaba la vida salvaje y sabía que ese anhelo era importante, que no era algo trivial o malo, así que me la devolvió tan bien como le fue posible. Pero lo que no podía devolverme... —al decir esto su voz se hizo frágil y quebradiza—... era a los chimpancés. Eran la gente que yo conocía, mi pueblo. Y les echaba terriblemente en falta... echaba de menos a unos cuantos en especial, así como a la vida dentro de su grupo. Cuando estaba entre ellos yo era una niña y, en muchos aspectos, su vida era maravillosa para una niña. Los chimpancés salvajes son muy directos y excitables y sus humores cambian con la velocidad del rayo. No tienen ningún tipo de inhibiciones y se portan igual que colegiales cuando el maestro no está presente. ¡Y las crías son tan encantadoras! Pero todo es... ya sabes, todo es muy físico, y lo echaba de menos. Pensé que moriría de nostalgia antes de que llegara Carol. —Ya no quedaban más uvas. Sally dejó los restos entre los espinos y se tendió de espaldas sobre la manta, con el brazo izquierdo tapándose los ojos, agitando lentamente, de un lado a otro, la mano derecha.

»Parte de mi aprendizaje en Londres estuvo dedicado a la finalidad de controlarme, cómo jugar limpio, cómo tratar cortésmente a la gente, tanto si me gustaban como si no. Me gustaba tener rabietas y darles un buen sopapo a los pequeños, cuando se cruzaban en mi camino, y gritar cuando estaba furiosa y abrazar a todos los que tenía alrededor cuando estaba nerviosa o era feliz, y me gustaba que me abrazaran y me acariciaran... —se palmeó suavemente los genitales para enseñarme cuál era el modo que tenían los chimpancés de tranquilizarse mutuamente

— cuando estaba inquieta. Los chimpancés no tienen super-ego. Es bastante duro tener que crear uno a los trece años de edad. Cuando se llega a ese momento, es bastante difícil vencer tu propio egoísmo sin tener algún sentimiento de culpabilidad posterior. ¡Oh!, tenía que vérmelas con montones de egoísmo por parte de los demás... naturalmente, mi rango era muy bajo, siendo tan pequeña y, además, siendo hembra... pero nunca llegué a sufrir ningún daño serio. Y una vida tan movida como ésa te acaba endureciendo, y además tenía al Viejo para que me protegiera. —Sally alzó el brazo y sus ojos me contemplaron por debajo de él—. La verdad es que durante la mayor parte del tiempo resultaba una vida muy emocionante para una niña y la echaba de menos. Y también echaba de menos que me jodieran —dijo—. En el College de Londres no había nada de eso.

—¿Cómo? —Mi pulgar dejó de moverse—. Ah... ¿eras lo bastante grande? Quiero decir... ¿estaban interesados en ti los machos, aunque no hubieras llegado a la madurez? —Empecé a frotarla nuevamente con mi pulgar, puede que aún más aprisa.

—Más o menos durante el último año, sí... no estoy segura del tiempo exacto. No sé a qué atribuirlo. Quizá hubiera feromonas en mis mucosidades o algo en mi orina. Pero sé que no pasó mucho tiempo después de que hubiera empezado a tener mi período, sin que empezaran a sentir interés hacia mí, en los espacios de tiempo que había entre los períodos, cuando ya debía ser fértil, aunque no hubiera dado señales físicas de ello. Claro está que yo lo sabía todo al respecto; había presenciado un montón de copulaciones, al menos hasta donde llegaban mis recuerdos. Una hembra de color rosa es un elemento social muy perturbador, así que debía andarme con mucho cuidado. Porque lo mejor era pasar desapercibida, excepto cuando realmente estaban decididos a ello. En ese momento era cuando todos los pequeños intentaban detenerles... no me preguntes por qué razón —se apresuró a decir, y luego sonrió—. Lo siento. Eso es algo que toda especialista en primates debe conocer. —Ahora Sally parecía moverse con mayor libertad; al observarla sentí de pronto una aguda impresión de extrañeza que intenté dominar tan bien como pude. Desde luego, éste no era el momento adecuado para sentir repugnancia.

»La primera vez me asusté mucho; los chimpancés machos adultos que desean algo no se andan con demasiados rodeos. Ya debes saber que cuando llegan a excitarse pueden resultar muy peligrosos. Normalmente les evitaba, con excepción del Viejo, el cual me adoptó, más o menos, no mucho tiempo después de que el grupo me acogiera en su seno... La primera vez que se abre el camino siempre duele y, naturalmente, luego todos querían disfrutar un poco de la acción y la cosa siguió así durante días. Para cuando hubo terminado me dolía todo. Pero luego... bueno, después de que me recuperé de ese primer asalto, descubrí que en realidad ya no me dolía más. De hecho, me gustaba. Me gustaba muchísimo, una vez me di cuenta de que no era necesario que tuviera miedo. Los machos grandes son tan terriblemente fuertes que sólo podía atreverme a estar cerca de ellos entonces, cuando entraba en celo, y uno de ellos me hacía una especie de llamada y luego todos se ponían en fila y

se echaban sobre mi espalda, uno detrás de otro...

Más aliviada de lo que ella misma comprendía por haber roto al fin el largo silencio, Sally siguió contando su historia. Y, por supuesto, cuanto más vividamente me iba pintando su papel en esa escena tan extraña y, al mismo tiempo, tan plausible, a medida que le añadía más detalles, más inevitable se iba haciendo el desenlace de nuestra propia y también peculiar escena. De todos modos, cuando las dos llegamos a nuestro punto de crisis, más o menos simultáneamente, me quedé sin habla y totalmente atónita, en tanto que Sally pareció tan sorprendida como yo o poco menos.

Pero después de esa conmoción momentánea cada una miró de soslayo el sonrojado rostro de la otra y, de pronto, nos echamos a reír estruendosa y simultáneamente, y nos reímos juntas hasta quedarnos sin aliento, probablemente de forma algo histérica, durante un rato considerable. Y muy pronto todo estuvo bien. Todo fue perfecto.

Todo iba bien, pero el sentido común me aconsejó que no rompiera demasiado rápidamente las defensas de Sally, para que no se asustara. De repente se habían derrumbado a la vez muchas barreras y ello me hacía sentirme algo agradecida ante la idea de que debieran pasar varios días antes de la próxima sesión de entrenamiento. Con todo, cuando, al día siguiente, pasé caminando junto a su figura vestida con el amplio mono del ejército y con las gafas oscuras puestas, me dejó más sorprendida que nunca el contraste que existía entre la Sally pública y la poderosa criatura resplandeciente que nadie había visto, salvo yo. Pensé que, de hallarse en su situación, otra persona habría explotado con toda seguridad el interés y la curiosidad naturales del público. Habría hecho películas, escrito libros, se habría introducido en el circuito de conferencias, habría abrazado alguna causa o patrocinado algún producto. En vez de ello, para complacer a sus profesores, todo aquello que había seguido persistiendo tozudamente en la Niña Chimpancé en el interior de Sally, a medida que iba aprendiendo y creciendo, tuvo que ser negado y mantenido en secreto.

Pero, dado que el precio de esa negativa era el disimulo y la mentira, había pagado un precio muy alto por ella. El precio, exorbitante, incluía una parte importante de su vitalidad y de todo lo enraizado en aquellos ocho años de vida salvaje. Sally estaba realmente agradecida a los delicados y celosos psicólogos que le habían devuelto su humanidad. Al mismo tiempo, sentía un amargo resentimiento hacia ellos, al igual que lo sentía hacia ese público que sólo se interesaba en los aspectos más picantes y exóticos de su vida salvaje y al cual no le atraía en lo más mínimo su auténtica personalidad humana. Un grupo le había matado de hambre emocional, el otro había hecho que se avergonzara de sí misma. El resentimiento y la gratitud habían escindido su vida. Jamás podría consentir en exhibirse como la Niña Chimpancé en ningún tipo de plataforma. Pero, sin su vida secreta, se habría ido marchitando hasta convertirse en un cascarón reseco. Cuando la sorprendí en el parque fue natural que me temiera y me odiara. Pero ya no era así.

El hecho de haber triunfado, teniendo en contra todo aquello, me volvió ambiciosa. Empecé a trazar un plan. No sabía cómo, pero encontraría el modo (¡yo sería ese modo!) de que las dos mitades de la vida escindida de Sally volvieran a integrarse; algún día andaría por estos senderos con su aspecto de la selva (aunque vestida y más limpia que entonces), sin necesidad de seguir estando sola. Había trabajado clínicamente con homosexuales que sentían un profundo aborrecimiento por sí mismos y también con los hijos de padres divorciados entre los cuales reinaba una venenosa hostilidad. El caso de Sally, aunque en cierto modo único, resultaba bastante común en algunos de sus aspectos. Llena de buenos propósitos, me quedé inmóvil observando cómo esa rápida silueta oscura entraba en un edificio lejano y decidí hacer un juramento sagrado ante el Principio del Potencial Humano. Terminaría el trabajo, me consagraría a la salvación de Sally Barnes. ¿Quién si no yo podía salvarla ahora? En ese instante, llena de orgullo y de decisión, supe exactamente cómo se había sentido Itard cuando al fin, por primera vez, triunfó reduciendo a Víctor a la básica humanidad del llanto.

El cielo de ese sábado parecía bastante amenazador, pero de todos modos fui al parque. Hacía mucho calor, así que reduje mi carrera preliminar, para aflojar los músculos, a un kilómetro o dos y luego atravesé los bosques hacia el roble de los entrenamientos. Aunque había llegado pronto, Sally lo había hecho antes que yo. Estaba tan arriba que el denso follaje me la ocultaba, pero sus ropas estaban amontonadas en el sitio de costumbre y pensé que se habría hecho un nido diurno en ese árbol o en algún otro de los que estaban cerca, o quizás estuviera yendo de uno a otro. Tras tomar un buen trago de mi cantimplora me quité los pantalones cortos, empapados de sudor, así como la camiseta y las zapatillas, y seguí luego con mi ropa interior hecha de tejido elástico bastante grueso. Me unté bien con repelente para insectos y me sequé las manos en la camisa. Luego me agazapé levemente y, de un salto, me agarré a una gruesa rama que debía de estar a unos dos metros tronco arriba y empecé a subir.

Durante diez minutos hice una serie de ejercicios para calentar el torso, con mucho cuidado y concentración; había sufrido cuatro distensiones seguidas en el mismo músculo del hombro y una en la espalda antes de encontrar un viejo libro sobre gimnasia que explicaba cómo evitar (y tratar) ese tipo de lesiones. Durante las primeras semanas había estado llevando unas zapatillas de deporte ligeras y había sufrido una considerable dosis de arañazos y rozaduras. Pero ahora mi piel se había endurecido (cosa que yo no pensaba fuera a ocurrir) y mi mayor fortaleza había hecho más fácil olvidarse de la fricción que el trepar causaba en mis antebrazos y piernas. Ahora eran mis manos y pies los que se encargaban de casi todo el contacto con la corteza. Un buen corte de pelo había resuelto a la perfección los problemas de quitarme constantemente los rizos de la cara y las dificultades de la visión.

Cuando me sentí relajada y con los músculos bien calientes, trepé rápidamente diez metros más y empecé otra serie de ejercicios para el equilibrio y fortalecimiento

muscular, balanceándome de un lado a otro, sólo con las manos, a lo largo de varias ramas horizontales más delgadas. Luego me puse de pie sobre una más gruesa, manteniendo siempre el cuerpo bien relajado.

Tras hacer esto durante media hora, bajé a la primera rama que había usado y empecé a practicar las caídas al suelo, para absorber el impacto elásticamente con las manos y los pies, al estilo de los chimpancés. Salté una y otra vez al árbol, encogí mi cuerpo y aterricé en el suelo. Lo estaba haciendo bastante bien pero, en la caída número quince, me golpeé la mano con una roca escondida por las hojas del suelo y decidí que ya estaba bien por esa tarde. Tenía el cabello pegajoso a causa del sudor y mi cuerpo estaba tan mojado como si acabara de salir de la ducha. Bebí un largo trago de agua tibia y me estaba frotando con mi camiseta cuando Sally abandonó el árbol usando aquella misma rama. Aterrizó con un rebote tan descuidado como impecable y vino hacia mí, sin mirarme en ningún momento a la cara, para quitarme la cantimplora de entre los dedos, posando al mismo tiempo su brazo libre sobre mis hombros.

—Lo haces bastante bien —dijo, señalando hacia la rama para referirse a mi ejercicio de «caer al suelo». Su brazo resbaló de mis hombros para coger el rociador de repelente—, pero, ¿habías visto alguna vez mosquitos tan monstruosos en tu vida?

—Es la humedad. Me estaba temiendo que la tormenta empezara antes de que pudiera hacer todos los ejercicios. Quizá debiéramos saltarnos el resto y volver rápidamente a casa.

Sally se puso algo de repelente en la palma de la mano y luego lo extendió sobre sus miembros y la lisa superficie de su abdomen, echándose un poco más cuando hubo terminado.

—El tuyo se ha ido con el sudor —dijo. Seguía sin mirarme a la cara y en ese instante las fotos que había hecho Hugo van Lawick de chimpancés pidiendo que les limpiaran brotaron en mi mente. Me volví de espaldas a Sally y ella empezó a extender el repelente sobre mi hombro, pasando luego al otro y siguiendo con la espalda, los pechos y el estómago, sin dejarse ninguna zona. Cuando acabó me alargó el frasco con expresión distraída y me ofreció su espalda para que se la cubriera de la aromática sustancia. En ese mismo instante el primer trueno resonó dramáticamente sobre el parque, haciéndonos dar un salto a las dos y, por un breve segundo durante el cual mi corazón estuvo a punto de pararse, el brazo de Sally rodeó mi cintura.

Metimos la manta en su bolsa de plástico y la escondimos. Luego nos pusimos la ropa, mientras empezaban a caer torrentes de lluvia. Estaba claro que mis zapatillas deportivas no iban a servirme de mucho. No me molesté con la ropa interior y, mientras corríamos, hice un rollo con ella y lo metí dentro de los pantalones, sujetándolo con la tira elástica de la cintura. Emergimos de los árboles entre una furiosa conmoción de viento y relámpagos que restallaban secamente, y nos encaminamos, en direcciones opuestas, hacia donde estaban aparcados nuestros coches. Me hicieron falta quince minutos para llegar al mío y veinte más para volver

a casa siguiendo caminos que tenían varios centímetros de agua, con la calefacción a plena potencia. Luego empleé media hora en una ducha caliente y en hacerme un poco de té. Por fin, envuelta en un albornoz, llevé la bandeja del té y el ya clásico estudio de Jane Goodall, *A la sombra del hombre*, hasta mi sala. Iba a releer por duodécima vez los pasajes sobre la importancia del contacto físico entre los chimpancés salvajes.

Mientras estaba sentada allí, volví a sentir una y otra vez ese segundo de la tormenta durante el cual Sally me había abrazado de forma casi instintiva y cada vez me quedé sin respiración. ¿Qué debía estar sintiendo Sally entonces? ¿Cuál sería su aterrador conflicto de necesidades? Debía estar comprendiendo, igual que lo comprendía yo, que en su interior había empezado a crecer un torrente que acabaría llevándose las defensas que tan cuidadosamente había construido. Que ahora ya no podía detenerlo, que sólo podía salir huyendo o quedarse, para cambiar profundamente por aquello que iba a suceder.

Cuando pensaba en el cambio me refería sólo a lo que sucedería con Sally, pero el cambio avanzaba, de forma igualmente inexorable, hacia mí. Tres o cuatro veces en mi vida había experimentado esa sensación de que estaba buscando el cambio, que deseaba escoger cuál iba a ser mi vida en el instante siguiente. En aquellas ocasiones había experimentado el mismo proceso de iniciación que me había hecho sentirme tan exaltada esa tarde. Pero nunca antes lo había sentido con tal intensidad. Era yo quién había causado todo esto, lentamente, invirtiendo en ello meses enteros de tiempo, igual que una frágil canoa es llevada en brazos hasta el lugar donde empieza a correr el agua blanca. Día a día, habíamos ido remando hasta adquirir velocidad; ahora la corriente nos impulsaba veloz hacia adelante; ahora, con toda nuestra habilidad, nuestra fuerza y nuestra resistencia, tendríamos que cabalgar sobre ella, atravesarla. Hay una palabra para poder describir esta vivida conciencia del momento: existencial.

Y si algo temía entonces era que Sally decidiera saltar fuera de la canoa.

El siguiente día no era uno de los días regulares de entrenamiento, pero la excitación nerviosa que sentía me había hecho imposible trabajar con normalidad. Hacia la mitad de la tarde fui al parque para correr un poco y luego decidí que, con preferencia a ejercicios más disciplinados, practicaría mi «viaje de un árbol a otro». Mi velocidad y estilo en tal ejercicio, que era más o menos la de un mono de avanzada edad y articulaciones anquilosadas por la artritis, no me parecía tan mala para una hembra humana que se acercaba a los cuarenta años, aunque el uso adecuado de mis miembros seguía estando bastante más allá de mi capacidad. Como solía ocurrirme, la carrera me había calmado. El arroyo, que seguía hirviendo con los residuos fangosos de la tormenta, corría estruendosamente en ese día hermoso y de brisa algo fuerte. Escogí un fresno de ramas no muy altas, metí mis ropas en la pequeña mochila que llevaba, la cerré y empecé a trepar.

No había esperado encontrar a Sally en el árbol de entrenamiento, pero no me

sorprendió demasiado verla, sentada debajo de mí, con las piernas cruzadas sobre la sucia manta, cuando una hora después conseguí llegar hasta allí. Se puso en pie lentamente mientras yo iba descendiendo por el ya familiar trazado de ramas y me dejaba caer desde la última. Tampoco me sorprendió el ver su mal aspecto. Estaba nerviosa y parecía enferma. Su seguridad anterior parecía haberle abandonado, y entonces comprendí que, ocurriera lo que ocurriese, no iba a sorprenderme y que estaba preparada para enfrentarme con ello. Mientras permanecía inmóvil ante Sally, con la respiración jadeante, desabrochándome las correas de la mochila, el mundo pareció disponerse por sí mismo, en un modelo perfectamente ordenado.

Cuando dejé caer la mochila al suelo, Sally se agazapó sobre la manta, gimiendo y retorciéndose de un modo lastimero. Me arrodillé de inmediato junto a ella y la abracé con firmeza, sintiendo cómo su piel entraba en contacto con la mía. Se agarró a mi cuerpo y escondió el rostro en mi cuello. De su garganta salían sollozos ahogados. No paraba de agitarse entre mis brazos y seguía gimiendo, con los párpados fuertemente cerrados. Su rostro ciego buscaba, hasta que encontró en su boca, el pezón de mi seno izquierdo. Mientras lo iba chupando, con su rostro apretado contra él, su cuerpo se fue tranquilizando poco a poco hasta relajarse y formar un ovillo en torno al mío, entonces pude aflojar un poco mi abrazo para acariciarla con la mano que no estaba ocupada sosteniendo su cabeza. Un poco después, con el deseo de aliviar la tensión que suponía esa postura, cogí la mochila (que estaba a la distancia justa para que pudiera llegar hasta ella) y la utilicé como almohada. Así, me pude tender de lado, sosteniendo aún la cabeza de Sally.

El tiempo fue pasando, o quizá se detuviera. Empecé a sentir cierto dolor en el pezón.

Por fin, aparentemente agotada, Sally se tendió de espaldas. Tenía el rostro manchado por las lágrimas y la mucosidad; saqué mi camiseta con una sola mano de la mochila y se lo sequé. Ella se apretó de inmediato contra mí, con un largo suspiro que más bien parecía un sollozo.

—Dios, llevo dos noches soñando sin parar. No es que sean exactamente pesadillas, pero... había una hembra vieja en el grupo, puede que su cría muriera, debió ser eso... lo había olvidado por completo. Debió ser entonces, cuando me encontraron. Creo que ella me encontró... creo que llevaba sola en el bosque, sin comida, el tiempo suficiente como para haberme quedado petrificada. El dolor me había sumido en una completa apatía. Pero cuando me encontró... recuerdo que me apretó contra su pecho y metió su pezón en... quizá sólo fuera para aliviar la incomodidad que sentía, o para reemplazar a su propia cría con un sustituto, quién sabe. Creo que habría muerto con toda seguridad de no ser por esa leche. Tan grandes eran entonces mi terror y lo miserable de mi situación. Ignoro durante cuántas semanas o meses estuvo cuidando de mí como si fuera su cría. Pero no creo que le quedara ya mucho tiempo de vida.

Sally apretó mi pecho entre sus dedos, como sopesándolo.

—La noche pasada soñé que estaba en un sitio terrible, tan asustada que no podía moverme ni abrir los ojos y entonces alguien... me cogió en brazos y me sostuvo y de pronto me encontré chupando leche de algo que parecía un seno y sentí... ¡oh!, me sentí mucho mejor, sentí que me invadía una inmensa ola de alivio. Entonces abrí los ojos y vi que nos encontrábamos en la espesura... reconocí el lugar, de hecho... pero eras tú. ¡La persona que me sostenía eras tú! Tenías el pecho plano, los pezones grandes y de aspecto gomoso que tienen los chimpancés... —Alzó la suavidad de mi pecho en su mano—... y tenías también el rostro parecido a uno de ellos, pero tu piel carecía de pelo y me di cuenta de que eras tú.

Posé mi mano firmemente sobre la suya y luego la dejé avanzar a lo largo de su antebrazo.

—¿Y cómo te sentiste al saber que era yo?

—Incómoda. Confundida. Irritada. —Y luego, como a regañadientes—: Y también feliz. Pero me desperté y entonces lo único que sentí fue asombro al recordar cómo esa vieja ama de cría me había salvado la vida y yo no había vuelto a pensar en ella, ni una sola vez durante veinticinco años. —Se fue aquietando bajo mis caricias por su pecho, su cuello, su estómago y sus caderas. Sus ojos volvieron a cerrarse—. Lo extraño es que me acuerde ahora; pero no cuando Carol se encargó de cuidarme por primera vez, y no cuando leí *Tarzán*, también por primera vez, aunque la historia de Tarzán se parece mucho a la mía. No puedo entender que lo recuerde ahora y no entonces.

—¿Sientes esa necesidad? Quiero decir, ¿te parece importante entenderlo?

—No lo sé. —Parecía agotada—. Desde luego, no tengo ganas de intentar comprenderlo todo en estos momentos.

—Bien. Es probable que todo se te aclare por sí solo bastante pronto, siempre que no intentes huir de los que están haciendo aflorar todos esos recuerdos inquietantes.

Sally abrió los ojos y sonrió levemente.

—Te refieres a que no intente huir de ti. No. Jamás lo haré, no temas. —Se apretó un poco más contra mi cuerpo, intentando fundirse en él, aflojando sus músculos todo lo que podía. Dado mi estado mental en esos instantes, que podría llamarse «terapéutico», intenté resistirme a ello. Pero mi mano, que llevaba tanto tiempo acariciándola de modo automático, resbaló de inmediato hacia abajo, como si tuviera voluntad propia, y en ese mismo instante dejé de ignorar una respuesta que había estado bloqueando desde hacía un buen rato, sin darme cuenta de ello. Seguía tendida de lado, de cara a Sally, y mis rodillas se levantaron sin permiso consciente por mi parte y, unos segundos después, otra tarde culminó con un estremecimiento tan fuerte que me hizo zumbar los oídos.

Estaba destinada a conocer realmente muy bien el complicado espacio que yacía entre los musculosos muslos de Sally. Mucho mejor de lo que nunca llegaría a conocer el complicado espacio que había dentro de su cabeza. Pero ese primer climax, rápido e imprevisto, poseía un poder tal que aún lo recuerdo con asombro. Mi

vida sexual, aunque bastante variada había transcurrido siempre en compañía de hombres. Jamás había puesto objeciones a la homosexualidad en ninguna de sus formas, tanto por principio como por convicción profesional. Pero, antes de ese día, no se me había presentado ninguna ocasión de probarla personalmente. En cuanto a Sally, su aislamiento no le había permitido tener ningún tipo de vida sexual con los seres humanos, ya fueran machos o hembras; y aunque las cosas que hicimos juntas tenían para ella un significado todavía mayor, si ello es posible, del que tenían para mí, la verdad es que no las contemplaba bajo un aspecto sexual. Para el modo de pensar que tenía Sally, el sexo era algo que tenía lugar más o menos constantemente durante varios días cada mes, y algo que estaba relacionado con seres oscuros, peludos e innegablemente masculinos que caían sobre ella de modo irresistible, con un placer tan breve como tosco, desplomándose encima de su espalda. Seguía echando de menos esa excitación, sazónada de miedo, tanto como antes. Nuestra relación física, que se veía reforzada regularmente, era una fuente de placer y alivio inconmensurables para ella. Pero la consideraba como el resultado natural de un proceso que estaba más relacionado con el despiojamiento y la limpieza social que con el sexo.

Pero para mí fue toda una revelación y luego, en agosto, cuando las hojas mordisqueadas por las orugas colgaban flaccidas y desanimadas en el aire asfixiante, tuve que marcharme durante una semana para recordar lo que era el sexo normal con un hombre corriente. Luego regresé junto a Sally habiendo conseguido una impresión más exacta del contraste. No se trataba de una mera cuestión de zonas íntimas por oposición al pene, sino de lo mítico versus lo mundano. El acostarme con mi comfortable y viejo novio había sido tan agradable como siempre. Pero él no era ninguna criatura salvaje que llevara una vida partida en dos y que compartiera el secreto de una de esas mitades únicamente conmigo.

—¿Estás enamorada de alguien? —me preguntó Bill durante nuestra última velada juntos—. ¿Es eso lo que te sucede? ¿Tiene que ver algo con tu nueva e increíble forma física...? ¡Espera, no me lo digas! ¡Te has enamorado locamente de un culturista! —Me eché a reír y le prometí que cuando pudiera le haría partícipe del secreto y aunque en sus ojos brillaba la curiosidad, no intentó hacerme más preguntas al respecto. Y por esa razón, cuando llegó el momento, Bill formó parte de la media docena de amigos a quienes, finalmente, acabé hablando de Sally.

Pero incluso entonces, después de que ya no pudiera tener ninguna importancia material, fui incapaz de responder a su pregunta. ¿Estaba enamorada de Sally, lo estaba ella de mí? No. O sí. Durante más de un año trabajé duramente para unirla a la comunidad humana y ella se afanó igualmente para proporcionarme un papel en una fantasía infantil de irresistible (y, sin duda, neurótico) atractivo. Estoy segura de que las dos teníamos como destino amar a lo que la otra simbolizaba, ¿cómo podíamos haberlo evitado? Pero, desde entonces, me he preguntado si alguna vez, tanto al principio como al final, fui capaz de ver en Sally algo que no fuera la Niña

Chimpancé. Deben comprender que para nosotras dos la otra era única. En un caso tal, ¿cómo puede distinguirse el individuo del tipo, cómo puede llegar a ser personal el amor? Y, de todos modos, cuando no es personal, ¿qué significa la palabra «amor»?

Fuera lo que fuese, nos absorbía y ese verano fue el momento más feliz de mi vida. A medida que iba pasando el tiempo y empezó el semestre de otoño, mis planes y mis recursos empezaron a moverse obedientemente, avanzando en perfecto acuerdo con mis deseos. Después de los entrenamientos, desplegábamos la manta sobre una tela de plástico, tendíamos luego nuestros cuerpos sobre ella y entregábamos todos nuestros sentidos al más exuberante placer. Mientras tanto, las hojas amarillentas iban cayendo con un susurro a nuestro alrededor.

Y luego hablábamos. Fue entonces cuando, paso a paso, logré ir rompiendo el silencio de Sally. Cuando logré que la conversación girara alrededor de nuestro trabajo: sobre sus investigaciones, mis intereses teóricos, los estudiantes más dotados o los más irritantes, la política de los departamentos y la universidad... Incluso entonces, cuando me encontraba con Sally en el campus, su indiferencia, tanto hacia mí como hacia los demás, no había cambiado en nada; y al principio todos esos temas la aburrían y acababa enfadándose. Pero, poco a poco, me di cuenta de que empezaba a sentir interés hacia todas las personalidades que nos rodeaban en nuestro trabajo cotidiano y empezó a formular juicios sobre ellas y hacer distinciones entre sus estudiantes. Para mi deleite, de las profundidades de su recuerdo empezaron a emerger las pintorescas personalidades de algunos chimpancés, acompañadas de anécdotas con que ilustrarlas, y empezó a hablar con frecuencia de Carol Cheswick y, aunque no tan frecuentemente, del equipo de psicólogos de la universidad.

Cambridge no podía darnos mucho material de ese tipo pues cuando el consejo eclesiástico decidió enviarla allí, Cheswick había muerto ya y Sally tuvo que inventar modos para arreglárselas por sí sola con la curiosidad del público, protegiendo al mismo tiempo su intimidad y los propósitos a que ésta servía. La conducta antisocial resultó ser un medio muy efectivo de lograr todo eso en Cambridge, igual como resultaría también en nuestra propia universidad. Sally se concentró ferozmente en sus estudios. En los temas que requerían una comprensión intuitiva de la gente (literatura, historia, ciencias sociales) nunca logró destacar demasiado; en las matemáticas y las ciencias duras estuvo desde el principio entre las mejores. En Cambridge estudió biología. La microbiología acabó fascinándola. En esta última etapa de su carrera, Sally descubrió el placer de explicar el desarrollo de un experimento a una persona que, a duras penas, era capaz de seguir sus palabras. De hecho, estaba empezando a descubrir los encantos de la murmuración y el cotilleo.

Cuando las bajas temperaturas y la desnudez de los árboles me obligaron a inscribirme en un centro gimnástico y Sally tuvo que trabajar sola enfundada en un mono térmico, usando mocasines y delgados guantes de gamuza, pudo llegar a decirme lo siguiente:

—Recuerdo a esa vieja chimpancé porque me salvó de una desesperación tal que podría haberme matado, igual que tú. Tú hiciste lo mismo, Jan. Ese día que me descubriste llorando en el álamo, ¿te acuerdas? La verdad es que entonces creía estármelas arreglando bastante bien, pero no era cierto. Me estaba muriendo. Creo que podría haber llegado a morirme de veras... como una planta en el interior de una casa, lentamente, por culpa del calor, la sequedad del ambiente y el agotamiento del suelo. —Y yo tuve también la impresión de que me estaba diciendo pura y simplemente la verdad.

Una idea de cuanto habíamos llegado a progresar era el que ese invierno pudiera lograr que Sally viniera algunas veces a mi casa. Si hubiera tenido amigos íntimos viviendo cerca o si hubiera estado rodeada de vecinos sociables o de algún pariente, esto no habría sido posible. Pero, dada mi situación, ella solía dejar su bicicleta a varios bloques de distancia y luego venía a mi casa siguiendo rutas siempre distintas, y normalmente después de que hubiera oscurecido. Pero una vez dentro, con las puertas cerradas y las cortinas corridas, podíamos relajarnos, comer y leer, encender un fuego ante el que sentarnos y meternos juntas en la cama. En invierno practicar el sexo al aire libre no resultaba demasiado práctico y jamás podíamos sentirnos totalmente a salvo de ser observadas en la desnudez del bosque, atravesado por senderos que parecían dar vueltas interminables. Y el obsesivo disimulo que Sally seguía practicando en cuanto al hecho de que ahora tuviera una amiga y que, por lo tanto, fuera posible relacionarse con ella dentro de su esfera íntima, parecía haberse debilitado muy poco, pese a los cambios radicales que había sufrido.

A decir verdad no tenía mucha prisa por debilitarlo. No podía esperar tener a Sally siempre para mí, y creo que tampoco lo deseaba. Lo cierto era que mi éxito sólo podría ser total cuando viera hasta qué punto era capaz de aprender a comportarse en sociedad, desarrollando, con el paso del tiempo, otras amistades y actividades. Es cierto que no lograba imaginar del todo tal situación, aunque seguía trabajando confiada en que, tarde o temprano, ese día llegaría. Sin embargo y en esos momentos, al igual que una madre ve crecer a su criatura con una mezcla de orgullo y pena, mantenía nuestro secreto y pensaba que «algún día» no era una fecha demasiado lejana.

A medida que se acercaba la primavera, Sally empezó a dormir mal y su descanso se vio nuevamente turbado por los sueños. También su humor sufrió cambios extraños. Durante todo el invierno se había vestido y había partido en la oscuridad hacia su bicicleta. Ahora me despertaba algunas mañanas y la encontraba a mi lado en la cama. Más de una vez me despertaron durante la noche sus murmullos inquietos y cada vez tuve que calmarla, abrazándola, hasta que las dos pudimos volver a dormir. Estaba casi segura de que se incubaba una crisis pero, aunque los sueños siguieron durante semanas muy pronto guardó silencio sobre ellos y no dijo gran cosa que pudiera revelarme la naturaleza de su problema. De hecho, yo creía saber en qué consistía. Los primeros sueños, los que me había descrito, versaban todos sobre

África e Inglaterra y parecían empapados por el anhelo hacia cosas tan queridas, que no había palabras para expresar ese sentimiento. Eran cosas que había perdido para siempre. Me parecían sueños de luto: por sus padres, por la vida salvaje en Tanzania que había perdido, por su maestra... Pensaba que todo lo ocurrido el último año había vuelto inútiles sus viejas defensas. Ahora ya no le era posible seguir huyendo de esa confrontación.

Eso me alegraba profundamente. Más allá del dolor y la pena estaban las posibilidades de sintetizar las mitades de su vida en un todo humano y coherente. Creía que la muerte de Cheswick, cuando Sally tenía veintitrés años, había amenazado poner en marcha un largo luto, en el cual se habrían incluido todas esas pérdidas a la vez y que, para evitarlo, se había metamorfoseado en la graduada de Cambridge que aparecía en mi libro de recortes: una intelectual aburrida y nada sociable.

—Eres una superviviente —le había dicho una noche de ese invierno.

—Hasta cierto punto —me había replicado ella. Ahora tenía la impresión de que ella, por fin, se encontraba con fuerzas suficientes como para verter todo ese llanto y sobrevivir a él, saliendo luego de todo eso, para encontrar un estado de salud y fortaleza más completo.

Debía tratarse de eso o, de lo contrario, lo ocurrido el último año había debilitado su capacidad para compensar las tensiones emocionales, en cuyo caso sería rápidamente destruida por las fuerzas que había tenido tanto tiempo a raya. Pero no creía realmente en eso.

Pasaron las semanas mientras Sally se iba volviendo más huraña y triste. Nuestra relación, que durante tanto tiempo había sido una fuente de feliz alivio, había adquirido ambigüedades que a duras penas si era capaz de tolerar. En una ocasión me estuvo rehuyendo durante nueve días enteros, a pesar de sus promesas... para acabar apareciendo dominada por una lujuria febril que nos condujo a una sesión totalmente distinta de nuestros perezosos juguetes veraniegos. Después se quedó callada, con expresión de cansancio, y de pronto se echó a llorar. Soporté todo eso con paciencia, intentando adivinar lo que podía ocurrir luego y cuál podía ser su significado. Por ello, no quedé demasiado sorprendida cuando, finalmente, me dijo:

—He decidido no dar clases este verano. Quiero ir a Inglaterra durante un mes o algo así, después de que tenga todo el experimento puesto por escrito.

Asentí, pensando «aquí está». Grandes plantas verdes cubrían el suelo del bosque de abril y bandadas de pescadores de caña cubrían las orillas del arroyo. Una vez más, teníamos para nosotras el apacible silencio del bosque, turbado sólo por el viento, y nos habíamos subido a lo más alto de un sicómoro blanco, cubierto de brotes en forma de bolitas.

—Parece un buen plan, aunque te echaré de menos. ¿Adonde irás exactamente, o aún no lo has decidido?

—Bueno... para empezar, Londres y Cambridge. Y un poco aquí y allá. Puede

que le haga una visita a mi hermana, aunque no se me ocurre muy bien para qué. —Helen, la hermana de Sally, se había casado con el vicario de una parroquia bastante grande, en Liverpool, y había tenido cuatro crios—. Pero, en cuanto al echarme de menos... Siempre me estás diciendo que te gusta Inglaterra. ¿Por qué no vienes conmigo?

—¿De veras? —Daba la impresión de que no había logrado preveerlo todo—. Claro que me encantaría ir. O... no, espera un minuto... —Me removí sobre la lisa redondez de la rama, para mirarle a la cara—. ¿Lo has pensado bien? Quiero decir, supón que los periódicos se enteran de ello. «La Niña Chimpancé vuelve a su país adoptivo». O, incluso: «La Niña Chimpancé y su amiga visitan Inglaterra». Si vamos a viajar juntas, la gente verá que estamos juntas... ¿estás segura de que quieres correr el riesgo?

—¡Oh!, bueno, ¿y qué? —dijo la Niña Chimpancé, como si no se hubiera pasado todo el invierno yendo a escondidas hasta mi casa, después de que anocheciera—. Quiero hablar con todos esos cabezas cuadradas de la universidad: Snyder, Bill y un par más... quiero que me enseñen todos los archivos que tienen sobre mí. —Se dejó caer de la rama, agarrándose con una sola mano, mientras me rodeaba con su brazo libre—. Lamento haber estado tan insoportable últimamente.

»Hay algo por lo que he sentido una loca curiosidad. Llevo semanas con unos sueños increíbles, noche tras noche. —Empezó a trepar por el árbol, se movió muy rápida y usaba sólo sus potentes brazos. Cruzó como un rayo los espacios donde no había ramas y subió constantemente, para saltar por último hacia otro árbol, en ese gesto que tanto me gustaba ver—. Bien —gritó por encima del abismo que nos separaba—, entonces tenemos que trabajar, perezosa. Vamos a montar tal espectáculo para los chicos de Helen que detendremos el tráfico de toda esa aburrida parroquia.

Y así fue cómo partimos en avión hacia Inglaterra; y ahora mi parte de la historia ya casi ha terminado.

Sally no estaba realmente dispuesta a compartir mi compañía en la universidad, aunque ahora ya me sonría con cierta naturalidad cuando nuestros caminos se cruzaban por azar y habíamos llegado incluso a intercambiar algunas frases al vuelo. Fuimos al aeropuerto por separado. Pero, a partir de ese instante, lo cierto era que «viajábamos juntas», y jamás intentó hacer que pareciera algo distinto a lo que era.

Había querido pasar un par de días en Cambridge antes de examinar los registros existentes sobre su peculiar educación, como si pretendiera ir retrocediendo en el tiempo de forma gradual, para hacerlo todo más fácil. Y así fue cómo una tarde de un martes, a principios de junio, subimos la espaciosa escalinata que nos llevaría hasta el cuarto que ocupó durante su primer año en el Newnham College. Por desgracia, la ocupante actual del cuarto sabía que la Niña Chimpancé había vivido allí y reconoció a Sally de inmediato. Pero debió de sentirse perpleja y algo abatida ante lo poco afable de aquella famosa peregrina, que se limitó a examinar el cuarto de un vistazo, sin hacer comentario alguno, rechazó una taza de té y salió bruscamente dejando que

yo me encargara de dar gracias y disculpas en nombre de las dos. Atrapé a Sally en las escaleras. No dijimos palabra hasta no haber recorrido dos bloques ajardinados, con hileras de flores, que nos llevaron al camino.

—¡Dios, qué mal me he sentido ahí! —estalló de pronto—. Pasé por los tres años completos como en... una especie de mareo de colores, medio inconsciente, salvo cuando estaba en el laboratorio. Cruzar de nuevo esa puerta... fue como si todo el color y la tibieza del día empezaran a caerse por un agujero, y lo único que podía hacer era quedarme inmóvil, indefensa, viendo cómo ocurría. Hasta el olor de ese sitio me recuerda a la muerte. ¡Qué pérdida!, ¡qué pérdida de tiempo tan horrible!

A la mañana siguiente repitió ese «¡qué pérdida!», aunque con más calma mientras volvíamos a la estación, después de haber dejado nuestro alojamiento, cruzando el río y los terrenos comunales, con sus vacas frisonas y caminando luego por los Jardines Botánicos.

—Es fácil entender la razón de que los demás puedan pasarlo tan alegremente aquí, en tanto que yo iba a hurtadillas por Grantchester, a las cinco de la mañana, para entrenarme en el único bosque que hay en kilómetros a la redonda, siempre aterrorizada, pensando que me cogerían. Y luego volver también a hurtadillas, a la hora del desayuno, aliviada, como una exhibicionista que piensa: «Bueno, he logrado salir bien librada una vez más...». —Y, unos minutos después, añadió—. Claro que todo fue mucho mejor cuando estuve trabajando en mi tesis... sólo que, cuando intento recordarlo, esos años no me parecen nada reales. Todo lo que puedo recordar es el laboratorio, supongo que se deberá a eso.

—¿Cuál de las dos cosas: que todo mejorara o que te parezca irreal?

—Probablemente, las dos cosas a la vez.

Durante el trayecto en tren estuvo muy pensativa. Me quedé dormida y desperté cuando ya estábamos en Liverpool. Me sentí cansada y con un cierto dolor de cabeza. Era el comienzo de la gripe que me postró en la cama durante una semana crucial en la que, de otro modo, quizá pudiera haber hecho algo, de haberme encontrado bien, para influir sobre el curso de los acontecimientos. Al terminar la tarde de aquel viernes me encontraba tan mal, que no sentí escrúpulo alguno en imponerle al reverendo y su mujer mi presencia y suturar de molestos gérmenes su minúscula habitación de invitados. Durante cuatro o cinco días padecí una tos seca y enronquecida, junto con una fiebre tan alta, que la señora Snyder, preocupada, empezó a hablar de médicos; luego la fiebre cedió y mi cabeza, aunque seguía teniendo el tamaño de una pelota de baloncesto, dejó de arder. En ese momento recuperé las fuerzas lo suficiente para darme cuenta de que Sally se había ido.

Había pasado los primeros días de mi enfermedad en la universidad, leyendo, haciendo preguntas de vez en cuando y buscando, al parecer, algo que era incapaz de explicar, pero que reconocería en cuanto lo encontrara. Al cuarto día, cuando mi fiebre era más alta, entró en mi habitación y se sentó en la cama.

—Oye, Jan. Mañana me voy para África.

Agotada, intenté volver nadando hasta la superficie.

—¿África? Pero... ¿no te hace falta... eh... vacunas o algo parecido? ¿Visados?
—Mi fiebre me hacía sentir tan alejada de todo, que ni me pregunté por las razones de su partida. Evidentemente, tampoco me importaba demasiado el que fuera a marcharse sin mí.

—Sólo el cólera y la fiebre amarilla, ya las tengo. Antes de que saliéramos hice que me las administraran, por si acaso, y ayer por la tarde conseguí el último asiento en un vuelo turístico a Dar es Salaam. El vuelo de regreso es dentro de quince días y para entonces ya deberías estar bien. Podemos ir entonces al norte o adonde quieras.
—Al no contestarle, aunque no fuera demasiado necesario, añadió—: Tengo que visitar la escuela de Malosa y... no sé, tengo que mirar de nuevo la selva, cara a cara. Es terriblemente importante, aunque no puedo decir por qué. Quizá cuando vuelva, cuando estés mejor... Pero estoy decidida a ir ahora, cuando tengo la ocasión, porque estoy absolutamente convencida de que debo pasar por ello y hacerlo tan rápido como me sea posible.

Me dolían los ojos. Los cerré, eliminando así la ondulante silueta formada por la cabeza y los hombros de Sally.

—Lo sé, ojalá...

—No importa. Todo irá bien. Lamento no habértelo dicho antes, pero quería estar segura de ello. —Sentí su mano bajo la chaqueta de mi pijama—. Dios, estás caliente —dijo, sorprendida—. Quizá debería posponerlo hasta que te encuentres algo mejor.

—Ya sabes que la fiebre siempre es más alta por la noche, vieja viróloga —dije yo desde muy lejos, vagamente divertida ante tal exhibición de superego—. De todos modos, aquí no hay nada que puedas hacer. Si no baja pronto, harán que venga un médico. —Hice un esfuerzo realmente tremendo—. Sally, es probable que eso del viaje sea una buena idea. Espero que puedas encontrar lo que buscas, sea lo que fuere. —Y, torpemente, acaricié la mano que seguía dentro de mi pijama—. Pero no pierdas el avión de regreso, me estaré muriendo de ganas por saber qué ha ocurrido.

—No lo perderé, te lo prometo —dijo con alivio.

Cuando desperté a la mañana siguiente, se había ido.

Sabemos que Sally llegó a Dar es Salaam tras un vuelo sin incidentes, que pasó la noche en el hotel del aeropuerto, que luego, a la mañana siguiente, cogió un vuelo de Air Malawi con destino al campo de Chileka y que contrató un chófer para que la llevara a través de los 125 kilómetros que hay hasta Machinga y la Escuela Secundaria Malosa, donde fue recibida, con complacido asombro, por los miembros del personal que todavía la recordaban... es decir, por todos, naturalmente, dada su relación con la escuela. Se quedó allí durante casi una semana, interrogándoles sobre los detalles de su primera infancia y, exactamente, sobre lo ocurrido cuando los de la iglesia la llevaron allí, en las semanas anteriores a su traslado a Londres. Pasó horas recorriendo el terreno circundante y los edificios, casi los mismos que treinta años atrás pese a unas pocas y modestas construcciones nuevas, y tomó prestado varias

veces el Land Rover de la escuela para ir sola a las Shire Highlands y al valle que hay más allá. Se comportó de un modo alternativamente brusco y preocupado y les dio a todos la impresión de que se hallaba bajo una tensión considerable.

El personal de la escuela confirmó que Sally había sido llevada nuevamente a Chileka por una pareja, viejos amigos de sus padres, que la dejaron a petición suya en la terminal, pero que no entraron en ella para verla partir. Les dijo que pretendía volar a Dar esa tarde, para coger allí su vuelo chárter a Londres al día siguiente, y que no le gustaban las despedidas prolongadas; la pareja no tenía modo alguno de saber que en su billete se especificaba claramente una estancia de dos semanas. Una vez dentro de la terminal compró un billete para Ujiji, en Tanzania.

Desde Ujiji, un helicóptero la llevó hasta Kogoma, junto al lago Tanganika. Una vez allí Sally hizo sus averiguaciones y fue directamente a la pequeña agencia local de Bookers Ltd., una firma de safaris que operaba en un cubículo tan grande como un armario ropero, en el local del concesionario Volkswagen. Le dijo al agente de la Bookers, un hindú viejo y de aspecto hirsuto, que deseaba contratar a dos hombres para que la ayudaran a localizar el sitio donde se estrelló un aeroplano en las montañas, al este del lago, hacía unos treinta años. Le enseñó mapas y unas instrucciones bastante detalladas de cómo llegar allí y el agente, aunque claramente escéptico en cuanto a que los oxidados restos del accidente pudieran ser localizados después de tantos años, accedió a preparar el viaje y aprovisionarlo a cambio de una fuerte suma. Le cedió a su primo como guía y le asignó un porteador nativo. Cuarenta y ocho horas después la pequeña expedición partió hacia las montañas, en el baqueteado camión utilizado para los safaris.

El primo aparcó el camión junto al desigual camino que les había llevado tan lejos como era posible llegar sin ir campo a través, acercándoles a la zona marcada en el mapa de Sally. Ahora estaban mucho más cerca del lugar de lo que habría sido posible en la época del accidente, pero seguía faltando bastante. Luego siguieron un sendero de varios kilómetros, internándose en la selva, y por fin tuvieron que abrirse paso, por sus propios medios, hacia el oeste y el punto en el cual se había estrellado el aeroplano. Tuvieron que atravesar a pie casi cincuenta kilómetros de terreno selvático y montañoso y el viaje resultó difícil, agotador y asfixiante. Sally debió de sentir una aguda frustración ante la lenta torpeza de su avance; el guía dijo que era una perra de pésimo temperamento, y es probable que tuviera buenas razones para ello. Cuando llegó la tercera mañana se le acabó la paciencia. Al despertar los dos hombres, Sally no estaba en el campamento. Esperaron un poco, luego empezaron a gritar y finalmente la buscaron, pero Sally no les contestó y no volvió al campamento. Y yo sabía muy bien lo que ellos no tenían modo alguno de saber. Tenía que haberse ido a escondidas, se habría subido a los árboles para volar hacia su meta, ahora a menos de quince kilómetros de distancia.

Había ido a recibir el avión de Sally, que debía llegar a Gatwick el mismo día en que los periodistas se enteraron de su desaparición. Cuando resultó que no estaba a

bordo y que no había enviado mensaje alguno, mis nervios se tensaron y mi cuerpo se cubrió de sudor. De vuelta a la ciudad debí pasar ante un buen número de puestos callejeros antes de que el titular del *Guardian* atrajera mi atención: MUJER SALVAJE PERDIDA EN LA JUNGLA, CONTINUA LA BÚSQUEDA. Compré un ejemplar y me quedé inmóvil en mitad de la acera, temblando, y leí lo siguiente: «Dodoma (Tanzania), martes. Sally Barnes, la chica salvaje criada por los chimpancés, lleva desde el viernes perdida en las montañas de Tanzania... dos compañeros han declarado... no hay rastro de la Niña Chimpancé... la policía ha sido informada y un grupo de búsqueda...». Y finalmente: «El informe del grupo de búsqueda indica que vieron varios grupos de chimpancés salvajes cerca del punto en que desapareció».

Lo demás está en los archivos. Los periódicos lo fueron repitiendo día tras día: No hay rastros, no hay rastros. Finalmente, dijeron que se la suponía muerta. El guía y el porteador fueron interrogados, pero jamás se les llegó a acusar de asesinato. Tanto en la prensa como en los noticiarios televisivos se hizo notar que la doctora Barnes se había desvanecido en la jungla, a sólo unos cuantos kilómetros al este del lugar en el que había aparecido veinte años antes. Los investigadores descubrieron rápidamente que Sally y yo habíamos estado juntas en Cambridge y Londres y también yo tuve que someterme al interrogatorio. Les dije que nos habíamos encontrado en el avión y que habíamos pasado unos cuantos días viajando juntas después y que, cuando me encontré enferma, sus amigos tuvieron la amabilidad de acogerme. Negué toda relación íntima entre nosotras, pese a que había estudiado profesionalmente su caso y mencioné que era bien conocida en la universidad por lo solitario de sus costumbres. Sally no les contó nada de particular a los Snyder sobre nosotras, y yo había estado demasiado enferma. En todo el mundo no había nadie que pudiera poner en tela de juicio los factores esenciales de esta historia y, dado que no parecía llevar a ningún sitio provechoso, no tardaron en dejarme tranquila. (Unos años después, sin embargo, le conté toda la verdad al doctor Snyder).

Al final nadie supo por qué Sally había ido a Tanzania y por qué razón estaba buscando el sitio donde se estrelló el aeroplano.

Para mí aquel otoño fue todo un infierno. Cuando volví a Estados Unidos, sólo unos días antes de que empezara el nuevo semestre de clases, el apartamento de Sally (el apartamento que nunca había llegado a ver, aunque me había llamado dos o tres veces desde él, durante las últimas semanas de esa primavera) había sido vaciado por desconocidos y todos los efectos personales fueron enviados a su hermana de Liverpool. En la universidad oí sugerir más de una vez, y no del todo como broma, que Sally se había vuelto a reunir con los chimpancés y estaba ahora viviendo en la jungla, en estado salvaje otra vez. Ese tipo de cosas se decían con toda libertad en mi presencia, pero la pérdida de Sally, tan devastadora y completa, resultaba todavía más difícil de aceptar porque, en mi lado del Atlántico, nadie tenía ni la menor sospecha de que la había perdido.

Creo que conseguí actuar de un modo impecable. Aunque iba a trabajar como una autómatas, nadie pareció darse cuenta de lo que me ocurría. Pero había muchas cosas que me atormentaban. De no ser por mi interferencia, lo más seguro es que Sally hubiera seguido viva. O (lo que todavía era peor), si no se hubiera sentido derrotada en la jungla, su búsqueda la habría acabado curando casi con toda seguridad de su trauma y le habría permitido unir de nuevo las dos mitades de su vida. Había faltado muy poco para que pudiera liberarla. Ahora estaba muerta, todo mi trabajo no había servido de nada y no había conseguido fruto alguno. Creía firmemente que estaba muerta y, sin embargo, a veces me irritaba con ella, como si me hubiera abandonado y traicionado conscientemente, desdeñando el milagro de la curación que yo había estado a punto de otorgarle... como si realmente hubiera elegido volver a la vida salvaje. Ahora ninguna de las dos podría completar jamás el trayecto que llevaba a esos mundos, para entrar en los cuales nos habíamos estado entrenando mutuamente durante el año anterior.

No me parecía posible sobrevivir a esa decepción y no lograba pensar en nada que pudiera ocupar o justificar el resto de mi vida. El interludio con Sally había hecho que me resultara imposible seguir con mi trabajo habitual. Ya no me bastaba con repartir mi tiempo entre la educación de mentes sanas y los consejos a mentes enfermas. Antes de que ese lúgubre invierno llegara a su fin ya había empezado a removerme, llena de inquietud, buscando alguna otra cosa que hacer.

Este documento ha sido redactado a lo largo de muchos atardeceres, a la luz de una linterna de queroseno en mi tienda, en la Reserva Natural del Río Matangawe que domina el lago Malawi, a 750 kilómetros al noroeste, cruzando ese inmenso lago, del lugar en donde nació Sally. La tienda está situada dentro de una jaula a prueba de chimpancés hecha con tela especial y plancha de hierro. En el exterior hay once chimpancés de varias edades y en estado de reaclimatación a la supervivencia independiente en la selva. Ahora están durmiendo todos, excepto el recién llegado, que gime para que le deje entrar. Unos cuantos fueron capturados cuando eran pequeños en la selva; el resto son antiguos sujetos de experimentos lingüísticos o de otro tipo, antiguos animales de laboratorio o animales que fueron cuidados en algún hogar privado hasta que se hicieron imposibles de manejar.

Puede que éste parezca un sitio no demasiado lógico para dar comienzo a la creación de una población libre de chimpancés rehabilitados, ya que dicho simio lleva como mínimo un par de siglos extinguido en Malawi, y la presión de la población humana es terrible, la más alta de África. De hecho, para «mirar a la selva cara a cara», Sally tuvo que volver a Tanzania, donde existía (y aún existe) un poco de esa selva primordial. Sin embargo los fondos privados acabaron materializándose y he estado aquí desde que se creó la reserva, hace ya quince años. Pese a ciertos errores y fracasos (¡bueno, era inevitable que los hubiera!), el proyecto va ciertamente bien. Cuando escribo esto, treinta y cuatro chimpancés han logrado dominar ya las habilidades esenciales para la supervivencia y se han marchado para crear

comunidades propias y florecientes en la reserva. Por razones obvias dichas sociedades fascinan a los primatólogos y éstos acuden con frecuencia para estudiarlas. Hemos perdido unos cuantos, por culpa de las enfermedades y los accidentes, y los cazadores furtivos acabaron con dos. Pero nuestro éxito, teniendo en cuenta los problemas inherentes a la empresa, creo que puede calificarse de espectacular. Se han escrito artículos sobre nosotros en el *National Geographic* y el *Smithsonian*, cosa que en el campo de los estudios sobre primates es el índice seguro de que se ha conseguido la fama, y varios proyectos establecidos en otros países más adecuados del oeste de África tienen al nuestro como modelo.

Empecé sola, con tres chimpancés adolescentes «graduados en psicología» de mi universidad. Habían dejado atrás su utilidad y no estando ya en su mucho más manejable infancia, tenían delante la perspectiva de largas y aburridas vidas en parques zoológicos o de acabar en una eutanasia inmediata. Ahora tengo conmigo a ocho personas: mi esposo, John (sí, el mismo John) y siete graduados de mi viejo departamento y del departamento de Biología al que perteneció Sally. Estaría bastante complacida con mis progresos en el desplazamiento por los árboles, si no fuera porque la artritis que sufren mis manos y hombros ha empezado a moderar mis trayectos de copa a copa con mis pupilos. (Esa habilidad, dicho sea de paso, me ha proporcionado una considerable ventaja táctica, sobre cualquier otro pionero, en el campo de la rehabilitación de primates).

A todo lo anterior sólo añadiré que este trabajo me ha resultado mucho más satisfactorio de lo que puedo expresar con palabras. Y, muy a menudo, cuando me balanceo a través de la espesura del bosque, en compañía de cuatro o cinco chimpancés jóvenes, «alimentándome» con ellos de brotes frescos y flores de baobab, enseñándoles cómo deben construir un nido resistente entre las ramas, siento una honda satisfacción al comprender que ahora no hay entre Sally y yo ninguna diferencia importante.

KATE WILHELM: «La chica que cayó al cielo»

(Premio Nebula 1986)

Kate Wilhelm ha ganado tanto el premio Nebula como el Hugo. Entre sus muchas novelas están *Donde antes cantaban los dulces pájaros*, *Welcome Chaos*, *Huysman's Pets*, *The Clewiston Test*, *Fault Lines*, *Margaret and I* y *Juniper Time*. Algunos de sus mejores relatos están recopilados en *The Downstairs Room*, *The Infinity Box* y *Listen, listen*. Esto es lo que escribe sobre el relato galardonado:

Íbamos en coche de Cheyenne, Wyoming, a Louisville, Kentucky. Era agosto y cada día la temperatura subía por encima de los cuarenta grados. En la parte trasera de la enorme y fea ranchera que llevábamos, los dos chicos no pararon de discutir y pelear hasta que todos nos pusimos nerviosos como serpientes de cascabel. Decidimos conducir de noche y a primera hora del día para huir del calor. Así pues, esa mañana dejamos la autopista para coger una carretera secundaria de Kansas que llevaba a un parque estatal, donde podríamos descansar hasta última hora de la tarde. La autopista era un cañón limitado por campos de cereal que llegaban hasta más arriba del techo de la ranchera pero, de pronto, nos encontramos en los pastizales de Kansas, con un laguito cálido como una taza de té y la hierba ondulando en todas direcciones.

Los chicos (uno todavía no había cumplido los tres años, el otro tenía unos cuantos meses más de siete) estaban demasiado inquietos para descansar. Les lleve a dar un paseo junto al lago. La hierba no tardó en ocultar la ranchera y el mundo; se movía, aunque no había viento alguno para agitarla. Y susurraba. Aunque siempre me hallaba demasiado lejos para oír lo que decían, estábamos rodeados de susurros. La hierba tenía secretos que no estaba dispuesta a compartir. Eso fue en 1956. Nunca volví allí.

Casi treinta años después, yendo en un cómodo tren con aire acondicionado, vi una tormenta divertirse con la hierba en Montana. Dado que la mente funciona siguiendo caminos secretos y maravillosos, en seguida vi otra vez esa escena con los pastizales de Kansas murmurando secretos a mi alrededor. Y nació esta historia. Allí donde el cielo es mucho más grande que

la Tierra, si caes tienes que caer para arriba, pensé, dándole vueltas a la historia. Y la hierba tiene realmente secretos. Los tiene, y jamás los olvida.

* * *

Su padre era un MacLaren, su madre una MacDaniel y durante cuarenta años John había estado metido entre los dos cuando se peleaban. Hoy permanecían inmóviles, contemplándose fijamente el uno al otro, y sus miradas atravesaban limpiamente su cuerpo, rodeándole. Su madre con los ojos verde claro y el pelo rojo que ahora se teñía (exactamente el mismo color que siempre había tenido), su padre con su imponente rostro con el ceño fruncido y sus gruesas cejas blancas formando una línea recta sobre su larga nariz.

—¡Antes le doy con un hacha a las ruedas! —dijo ella en un susurro maligno.

—¿Desde cuándo he dejado que me indicaras lo que puedo o lo que no puedo hacer?

—¡Callaos ya los dos! —gritó John MacLaren—. ¡Por el amor de Dios, estamos a más de treinta grados! ¡Tendréis un ataque cardíaco!

—A ti nadie te ha pedido que te metas en esto —dijo secamente su padre, sin apartar los ojos de su mujer.

Ella alzó un poco más la cabeza y se dio la vuelta, saliendo de la habitación.

—Yo se lo pedí —dijo por encima del hombro—. Johnny, ¿quieres una tónica con ginebra?

—Por favor —dijo él en voz baja—. Papá, ¿qué diablos pasa?

La habitación era verde y blanca, fría, con muchas plantas por todas partes, limpia y excelentemente cuidada. Toda la casa era igual, con buenas piezas de mobiliario cada una de las cuales era una inversión: bargeños Hepplewhite y sillas Duncan Phyfe, piezas con más de doscientos años de antigüedad que habían llegado de Escocia, Francia o Inglaterra. David MacLaren era el coleccionista; Mary lo aceptaba y algunas veces incluso le animaba a ello, pero se habría negado cruzar la calle para añadir otra pieza al surtido que se había ido acumulando durante sus cuarenta y cinco años de matrimonio.

Ahora, con la discusión interrumpida por la marcha de Mary, David MacLaren miró a su hijo y le sonrió. Hizo una seña hacia unos sillones de mimbre que estaban junto a la ventana y se dirigió hacia ellos. Se dejó caer en uno, con un leve gruñido, y esperó hasta tener a John sentado ante él.

—Cometí el error de explicarle que estaba planeando llegarme mañana a la casa de Castleman para coger esa pianola y traérmela hasta aquí. Ya sabes, te lo comenté, es la primera que cruzó el Misisipi y sigue en buen estado, me jugaría algo. Es probable que lleve treinta años sin que la abran, puede que aún más. Es una preciosidad. Madera de cerezo. Las teclas son de marfil y de caoba, no simple blanco

y negro.

Las palabras sonaron levemente falsas, en los oídos de John.

—¿Te refieres a Greeley County?

—Ajá.

—Papá, para eso faltan más de cuatrocientos kilómetros y mañana hará todavía más calor que hoy. Antes de que haya terminado la tarde pasaremos de los cuarenta.

Miró más allá de su padre, hacia la ventana y el césped, que este verano había mantenido su color verde gracias a un riego casi continuo. No soplabla la menor brisa y del blanco cemento de la acera se alzaban pequeñas oleadas de calor; las hojas de color rojo del arce japonés colgaban inmóviles. Y sabía muy bien adonde acabaría llevando todo esto, sabía por qué razón le había llamado su madre a la oficina hacía sólo media hora. Naturalmente, su padre no podía conducir más de cuatrocientos kilómetros con ese tiempo y no podía encargarse del traslado de una pianola. Aspiró una honda bocanada de aire.

Su madre volvió con una bandeja en la que había tres vasos altos cubiertos de escarcha. En su interior se veían rodajas de limón y los bordes estaban adornados con azúcar. Tenía el rostro suave y cuando le miró su expresión era imperturbable; en sus ojos ardía una leve chispa de comprensión y tozudez que él conocía muy bien. Si se veía obligada a ello destrozaría las ruedas del coche con el hacha. Tenía setenta y tres años y su padre setenta y cuatro.

Bebió un largo sorbo de líquido.

—Sabes que no puedes hacerlo, papá —dijo después—. Se ha conservado hasta ahora y puede conservarse todavía un tiempo más.

Su padre meneó la cabeza.

—Se ha conservado porque Louis Castleman se encargó de ella. Ese sobrino suyo, Ross Cleveland, entrará en la casa como si tuviera un cohete en el trasero, lo mirará todo, verá que el terreno es pobre y que la casa está aislada, que ahí no hay nada para él y luego lo primero que hará será irse a Goodland, hacer un trato con Jennings y volver a su casa a toda velocidad. Y Jennings pondrá esa pianola en su café y dejará que los clientes le tiren cerveza encima y que pongan los cigarrillos sobre la tapa.

—Papá, ¿has estado alguna vez allí durante los últimos veinticinco años? ¿Sabes cómo está eso? Y, ¿qué diferencia puede suponer? No la necesitas. No tienes espacio. ¡Una pianola! ¿Para qué?

—Está ahí —murmuró su padre—. La vi en el inventario. Se trata sólo de convencer al sobrino para que me la deje llevar, que acepte mi oferta. Estoy dispuesto a ser equitativo, claro, pero quizá desee obtener otro peritaje o algo parecido. La tierra no vale un pimiento, pero quizá pretenda sacar algo de la casa y del contenido —miró a Mary con las cejas fruncidas y dijo—: Y la quiero porque es mía. ¡Oh!, pagaré por ella, pero tengo la intención de ir ahí a primera hora de la mañana, recoger esa cosa y traérmela aquí tan pronto como Ross Cleveland aparezca para echarle una

mirada a su herencia.

John contempló alternativamente a su padre y a su madre, sintiéndose indefenso. Ninguno de los dos cedería ni un centímetro ante el otro, pero le dejarían que propusiera una tercera alternativa, aquella que su madre estaba aguardando y por la cual le había llamado. Y su padre protestaría, maldeciría un poco y quizá se enfadara durante un rato, antes de consentir que John fuera a recoger la pianola. Durante un segundo sintió la tentación de terminar su bebida y marcharse dejando que se pelearan entre ellos. Sintió una pasajera oleada de envidia; les envidiaba su pasión, sus peleas, en las que no había nada en juego, y su amor que no conocía compromisos. Jugaban, peleaban y se amaban con la misma dureza en todo y habían logrado conservar su pasión intacta cuando llegó el momento de repartir los rasgos de carácter para su concepción. Él tenía el cabello y los ojos de su madre y poseía la nariz delgada y larga y la constitución robusta de su padre.

Pero la pasión se la habían quedado toda para ellos.

Cuando salió de la casa de sus padres una hora después, la temperatura estaba ya en los treinta grados y se había comprometido a conducir más de cuatrocientos kilómetros para cargar la vieja pianola en la camioneta de su padre y llevársela a su casa.

Él y su padre eran socios en la firma de abogados que su padre había creado hacía ya décadas. Llamó a su secretaria para avisarle de que estaría fuera durante unos días y que MacLaren sénior se encargaría de cualquier problema que pudiera surgir. Dado que ya eran las cuatro, no había razón para volver a la oficina. La tarde era asfixiante y la camioneta de su padre, comprada hacía unos diez años, no poseía aire acondicionado. En lugar de torcer hacia el centro de Wichita se dirigió hacia su casa.

Vivía algo más arriba del club de golf Three Oaks y esa cálida tarde no vio a nadie en los campos. Daba la impresión de que los aspersores funcionaban día y noche pero, pese a ello, en la hierba se veían de vez en cuando zonas marrones. Los jardineros mantenían en funcionamiento el riego, en un fútil intento de luchar contra la ola de calor y la sequía. John entró en su casa por la puerta del garaje y, antes de pasar por el buzón delantero, conectó el aire acondicionado. No había carta de Gina. Dejó caer el correo sobre la mesa del salón y fue a la cocina para prepararse una bebida. Una vez más, sentía crecer la envidia en su interior. Sus padres luchaban entre sí cual golfillos callejeros, y matarían a cualquiera que intentara interponerse entre ellos. Él y Gina jamás se habían peleado, jamás habían discutido, jamás se habían dicho una palabra irritada y ahora ella estaba pasando el cálido verano con su familia en San Luis. No escribía, no llamaba y, cuando el llamaba, siempre estaba fuera de casa. En esas ocasiones hablaba con su hijo Tommy o con su hija Amanda, pero no con su mujer que siempre estaba muy, muy ocupada.

Lorna Shields se encontraba de pie tras la gruesa puerta de cristal del restaurante Howard Johnson, donde acababa de tomar un batido de fresa, una taza de té helado y dos vasos de agua. Al otro lado de la puerta el calor brotaba del pavimento y el brillo

de la tarde hería los ojos. Un calor asfixiante; una luz cruel y nada de sudor. «Esto no es Ohio, chica —se dijo con cierta satisfacción—. No se parece en nada a Ohio. ¡Oh!, allí también hace calor, pero es un calor pegajoso y asfixiante que te hace sudar». No como este infierno que parecía reseca la apenas ponía un pie dentro de él. Notaba los labios agrietados; le escocía la piel y en su cabello había tanta electricidad estática que cuando hacía poco había intentado peinarlo en el lavabo, se había erizado como el pelo de la novia de Frankenstein. Se había reído y la otra mujer, que compartía con ella el reducido espacio del lavabo, la miró con desconfianza.

Lorna era alta y delgada. Su corto cabello oscuro, rizado en Ohio pero lacio en Kansas, le daba un cierto aire de chico. Tenía los ojos de un azul tan oscuro que mucha gente pensaba que eran negros. Y se bronceaba con tal facilidad y de modo tan intenso que siempre daba la impresión, en ese primer día de primavera en que asomaba el sol para brillar durante más de una hora, que ya había conseguido ese tipo de bronceado por el cual otras personas se gastan miles de dólares para intentar adquirirlo en las playas. Tenía veinticinco años.

Estaba pensando que si seguía conduciendo llegaría allí alrededor de las diez y Elly y Ross no aparecerían por lo menos hasta dentro de un día, quizá dos. Elly había dicho la noche del viernes o el sábado. La idea de tener una casa para ella sola durante un día o dos, sin tener que hacer preguntas, ni escuchar sus respuestas, sonriendo y siendo cortés, le resultaba abrumadoramente atractiva. En febrero el instructor consejero de su comité la había llamado y la animó a que pidiera una beca para continuar con su proyecto después de la graduación; incluso la había ayudado con los impresos y le había escrito una carta de recomendación que resultaba casi embarazosa por su entusiasmo. Para asombro de Lorna había conseguido la beca durante nueve meses a partir de junio. Todos los gastos pagados y una pequeña asignación extra que había bastado para comprar su pequeño Datsun con tres años de vida. Por primera vez en su existencia se había sentido muy rica. Y con la beca, el trabajo que había estado realizando cambió y lo que había sido el resultado de soñar despierta y un último y desesperado intento por hallar algo que pudiera granjearle la aprobación del comité hacia su proyecto, había cobrado nuevo significado. Estaba trabajando en una historia oral de la religión, su importancia, sus rituales y su impacto sobre la gente que ahora tenía sesenta y cinco o setenta años. Trabajaba sobre la religión de su juventud, no sobre la actual.

El día anterior se había quedado repentinamente paralizada sin saber qué decirle a la anciana que esperaba, con mirada bondadosa, a que ella empezara, incapaz casi de recordar qué hacía en aquella casa de reposo de Kansas City. Por la noche, en su habitación del motel, había mirado lo que la rodeaba con repugnancia. Hasta el aire acondicionado del cuarto olía exactamente igual que en todos los demás moteles donde había estado, como si todos se surtieran en el mismo establecimiento a la hora de comprar las camas, los cuadros de las paredes y las luces indirectas. Había planeado hacer una pausa en las entrevistas y alquilar un apartamento, donde empezar

con las transcripciones que iban a ocuparle mucho más tiempo que la recogida de información. Comprendió que había llegado el momento de hacerlo y guardó su grabadora para consultar un mapa, dirigiéndose luego hacia Greeley County, Kansas.

La única pregunta era si debía detenerse ahora o continuar. Podía encontrar un motel en Topeka pero, ¿y en la carretera? Quizá luego todos estuvieran llenos y era demasiado pronto para detenerse ahora. Sólo eran las cuatro. Meneó la cabeza, sonriendo levemente para sí misma. No tenía ninguna intención de quedarse sentada en la habitación de un motel, durante las próximas doce o catorce horas. Empujó la gruesa puerta y penetró en el aire cálido del exterior. Algo para beber, pan, algo para hacer bocadillos, fruta... Entró en su pequeño Datsun y empezó a buscar un supermercado. Y cosas para el desayuno, se recordó. Siempre despertaba famélica. Media hora después se encontraba otra vez en la interestatal y se dirigía hacia la cita con su hermana y el esposo de ésta, en la casa que había heredado de un tío al que jamás conoció. Mientras conducía se subió la falda de algodón hasta bien arriba de los muslos; el viento aullaba enloquecido en el interior de su pequeño coche y el mundo que la rodeaba se había convertido en un campo de cereal hasta donde alcanzaba su vista. Le gustaba mucho.

Más tarde se dio cuenta de que no había contado con el sol. El cielo seguía sin una sola nube, claro y pálido, decolorado por el sol hasta la invisibilidad, una gran nada blanca, con una llama intolerable en el centro. Y había acertado en que los moteles se llenarían. Hacia las siete, cuando ya estaba dispuesta a reconocer su error, no había nada que encontrar. Siguió conduciendo tozudamente bajo el sol llameante, escrutando cada oasis en forma de gasolinera, restaurante y, de vez en cuando, un motel, encogidos sobre sí mismos, como si los campos les presionaran, intentando reclamar incluso esos pequeños espacios. El sol acabó ocultándose bruscamente, sin ningún rastro de ocaso. Estaba ahí y de pronto no estuvo y el cielo se materializó de nuevo, con un color violeta que se oscurecía hacia el púrpura, con una rapidez que le pareció imposible. Hizo su última parada en Goodland. Eran las diez y media. No había nada abierto salvo una gasolinera. Compró más agua, llenó el tanque de gasolina y consultó las notas que había hecho dos semanas antes, al hablar con su hermana, recordando las instrucciones. «Apenas entres en el camino que lleva al sur, vigila el cuentakilómetros; está exactamente a veintiséis kilómetros desde el desvío. Luego hay exactamente seis coma cuatro kilómetros hasta la casa. El señor MacLaren dijo que la llave estaría pegada con esparadrapo bajo la ventana de la cocina, en la parte trasera de la casa. Dijo que no tendrías problemas para encontrarla. Así que en caso de que llegues antes, entra y siéntete como en tu casa. Habrá electricidad, hay agua en el pozo y todo lo que puedas necesitar, incluso ropa de cama. Hasta pronto, cariño».

El encargado de la gasolinera le dijo que estaba refrescando, ¿verdad?, y ella pensó que bromeaba. Pero ahora, al dirigirse por fin hacia el sur, se encontró respirando con más facilidad. Estaba refrescando un poco, sí. El campo estaba

totalmente oscuro; no se veía ninguna luz, sólo sus faros sobre la cinta de carretera que se lanzaba incesantemente hacia ella. Después del tráfico en la interestatal, del rugido de los camiones que pasaban, de los innumerables semirremolques, camionetas, rancheras y motos, se sintió totalmente sola. La tensión fue desvaneciéndose por sus poros. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo tensa que la había puesto ese largo día conduciendo por la interestatal.

Sin las instrucciones que le habían dado jamás habría logrado encontrar el desvío. Aun sabiendo que estaba allí, no lo habría encontrado si no se hubiera parado, retrocedido luego unos cincuenta metros y recorrido de nuevo aquel tramo mientras forzaba la vista para distinguir el nuevo camino. Cuando lo encontró, vio que el suelo era de tierra polvorienta.

Se metió cautelosamente por él y de pronto el paisaje cambió, se volvió montañoso. Se había acostumbrado de tal modo a esa tierra que parecía un mantel cubierto de cereal, que cuando el camino empezó a bajar pisó el freno con cierta brusquedad. Luego lo soltó y siguió avanzando lentamente. El camino era angosto, brillaba con una sólida blancura bajo sus faros y no resultaba realmente demasiado difícil de recorrer. Le pareció que los últimos seis kilómetros eran los más largos. Luego vio la casa y lanzó un suspiro de alivio. El camino terminaba ante ella.

Encontrar la llave fue más fácil que buscar la linterna, entre el desorden de sus cosas, dentro del coche. Cuando abrió la puerta trasera el aire caliente salió con fuerza. Entró en la casa y empezó a buscar lámparas e interruptores. La electricidad funcionaba. Fue dando la luz en las habitaciones, a medida que entraba en ellas para abrir las ventanas, la puerta principal y todo lo que pudiera abrirse. La casa no era muy grande. Constaba de dos dormitorios, una sala bastante espaciosa, otra habitación que quizá hubiera sido un dormitorio, pero que ahora parecía un trastero para muebles viejos, y una cocina muy grande en la que se podía comer, provista de todo tipo de electrodomésticos. Nada de madera, pensó meneando la cabeza. Todo estaba limpio y ordenado. Su hermana le había dicho que el abogado contrató gente para que cuidara de la casa. Lorna conectó el calentador de agua y la nevera, puso agua en las cubiteras y luego tomó asiento ante la mesa de la cocina, demasiado cansada para prestar atención alguna a lo que la rodeaba.

Un rato después reunió la energía suficiente para ir a buscar su nevera portátil, hacerse un bocadillo y volver luego a por su saco de dormir. Sólo pensaba en tomar una ducha y en dormir.

Soñó con música lejana y voces que cantaban, risas, más canciones. Empezó a cantar en sueños:

*En Scarlet, donde yo nací, Vivía una guapa moza
Y cada joven le gritaba «hermosa»;
Su nombre era Barbara Alien.
Todo eso fue en el mayo alegre,*

*Cuando allí crecen los verdes brotes,
el joven Jemmy Grove en su lecho se acostó,
Muriendo de amor por Barbara Alien.*

De pronto despertó y se incorporó. Estaba temblando. La noche empezaba a enfriarse al fin. Intentó oír algo, lo que fuera. A lo lejos aullaba un coyote solitario. Cuando volvía a dormirse oyó en su mente una y otra vez el estribillo de la canción: «Que os sirva de aviso el destino de la cruel Barbara Alien».

Despertó después de las nueve. Parpadeó contemplando el techo, azul cielo, un color distinto al de los moteles. El silencio era tan profundo que resultaba extraño, como de otro mundo. Pensó en todas las cosas que el silencio excluía: las camareras con los carritos de la limpieza, los automóviles que se ponían en marcha, los camiones que cambiaban la marcha, las duchas en funcionamiento... Se frotó la cara y fue corriendo hacia la puerta de la cocina donde se detuvo en seco, sin aliento, para salir luego despacio al porche, descalza y cubierta con su delgado camisón corto. Mientras dormía, el mundo se había vuelto azul y oro.

La hierba dorada se extendía hasta perderse de vista, bajo cielo tan azul que parecía un lago invertido. Había colinas cubiertas de hierba dorada, marrón y ocre. No sintió brisa alguna, pero la hierba dorada reaccionaba ante algo parecido a una sombra que pasara sobre ella, oscureciéndola, haciéndole moverse y devolviéndole al fin el brillo del oro. Mientras permanecía inmóvil y sus ojos absorbían el paisaje, empezó a distinguir lentamente otros detalles: la hierba terminaba ante unos promontorios rocosos que también eran de color oro y ocre. A lo lejos se perfilaban las colinas y vio que la hierba no era la espesa alfombra que le había parecido en un principio. En algunos lugares cedía paso al suelo rocoso, en otros, no tan abundantes, era alta y muy tupida. Y podía ver senderos serpenteando entre la hierba. ¿Adonde llevarían? Se apresuró a entrar en la cocina, ansiosa por vestirse, comer algo rápidamente y salir de nuevo para seguir uno o dos de esos senderos, antes de que el sol ascendiera mucho más y volviera el calor.

El trayecto a través del estado fue tan asfixiante y tedioso como John MacLaren había supuesto. Su padre había hecho que repasaran la camioneta e incluso que le cambiaran la batería, pero el monstruo tenía trece años de edad y era caprichoso. Aunque su padre afirmaba utilizarlo para cazar y pescar, en realidad lo había comprado para transportar los muebles que adquiriría en las liquidaciones y saldos de casas. Había llegado a viajar más de mil kilómetros para asistir a una de esas ventas. Claro que no durante los últimos cinco o seis años, pensó John, desde que aquel ataque cardíaco le hizo frenar un poco su ritmo de vida. Volvió a alegrarse de que fuera él, y no su padre, quien estaba en la camioneta. Que le hubieran dado el repaso, que hubieran cambiado la batería y comprobado los neumáticos quería decir que su padre había estado totalmente decidido a realizar ese viaje él mismo. Volvió a la

pregunta que le había estado molestando toda la noche: ¿Por qué? ¿Qué había tan condenadamente importante en una pianola, en otra antigüedad más?

Sabía que había algo en todo aquello. La muerte de Castleman, ocurrida dos semanas antes, había removido en su padre una oscuridad que normalmente estaba tan oculta que muy poca gente sospechaba de su existencia. John la había presentido de vez en cuando, pero sólo ayer la había visto con claridad. Pensó con cierta tristeza que casi envidiaba a su padre por ello. En su vida no había secretos, ningún pasado que fuera mejor dejar sin explorar. Se había casado con la chica que más le convenía según su familia y la de ella. Era un ciudadano ejemplar, un esposo y un padre modelo sin nada oscuro en su interior, sin ningún loco amigo ermitaño que pudiera hacer señas y remover unas sombras que, de todos modos, no existían.

Sabía que los dos ancianos se habían conocido desde hacía cincuenta años o más y había dado por sentado que nunca se veían el uno al otro, porque Castleman había sido un recluso a cuatrocientos kilómetros de distancia, alguien que no estaba del todo cuerdo.

Cuando John tenía quince años, su padre le llevó consigo durante una visita a Castleman para redactar su testamento. Incluso entonces Castleman ya era un excéntrico que profería una incoherencia tras otra. John se había quedado fuera mientras hablaban, discutían y acababan chillándose, y estaba seguro de que su padre no había vuelto desde ese día; John jamás había vuelto ahí por su cuenta. Ni tan siquiera había visto la pianola entonces. Después de que el trabajo legal se hubiera completado, él y su padre dieron un paseo por entre las ruinas de la comuna que había sido construida en la propiedad y fue luego abandonada.

Le empezaba a doler la cabeza por culpa del calor y la fuerza del sol. Creyó haber salido lo bastante pronto como para evitar que le diera el sol en la cara. Pero ahí estaba, como una presencia física apretando el parabrisas, quemándole el pecho y los brazos. Giró hacia el norte antes de que bajara más por el parabrisas, pero cuando empezó a darle en un lado de la cara fue casi peor que antes.

El camino de tierra se le pasó por alto. Cuando finalmente estuvo seguro de ello, tuvo que hacer girar la camioneta y volver muy lentamente, recordando las maldiciones que su padre había proferido, en aquel lejano día del pasado, cuando le ocurrió lo mismo. «Lo ha puesto difícil de encontrar a propósito», murmuró. John fue avanzando muy despacio hasta encontrar el desvío y luego siguió el sendero hasta la casa. Eran casi las seis.

Se sintió desorientado porque todo parecía exactamente igual a como estaba veinticinco años antes. Los álamos que daban sombra a la casa no parecían haber cambiado y no eran, ni más altos, ni más viejos; la misma casa era igual que su recuerdo de ella: una silueta marrón enmarcada en verde, bien cuidada y conservada. Las colinas circundantes estaban cubiertas con hierba algo seca, como habían estado entonces. Quizá la hierba brotase ya de color marrón y no cambiara nunca, pensó sorprendido. Vio el Datsun en el sendero, junto a la parte trasera de la casa, y sintió

una cierta decepción. Había tenido la esperanza de pasar una noche en soledad, antes de negociar el estúpido asunto de la pianola. Había planeado entrar en la casa e inspeccionarla, fisgoneando en busca de papeles o cartas, de cualquier cosa que arrojara cierta luz sobre el misterio en el que su padre había jugado una parte imposible de adivinar.

Salió de la camioneta con cansada resignación, se pasó la mano por el cabello, sintió la aspereza del polvo y subió los peldaños del porche delantero. No llamó a la puerta. Desde el porche se oían claramente unas voces. Una anciana estaba hablando.

—... no nos atrevíamos a reír, ni tan siquiera a sonreír, nada. De todas formas nos gustaban las canciones. Mamie Eglin podía cantar igual que los de la radio o la televisión de ahora. ¡Precioso! La favorita de mamá era *La vieja cruz*. Cada vez que la oigo me entran ganas de llorar, incluso ahora.

No estaban en la sala. Podía ver la habitación vacía a través de la puerta. Estaban en la cocina, decidió, apartándose de la puerta principal. Dio la vuelta lentamente a la casa, sin apresurarse para no interrumpir la conversación. No había ni rastro de brisa, pero la hierba se movía levemente, quizás a impulsos de su propia presión o por la agitación incesante del manto de calor que oprimía la tierra. Se quedó inmóvil en la esquina de la casa y dejó que sus ojos siguieran las sombras de algo invisible que jugaba sobre la dócil superficie de la hierba.

Ya no oía a la anciana; su voz se había convertido en un zumbido que servía como telón de fondo a sus pensamientos. ¿Cómo había podido soportarlo Castleman? Tanta soledad, estar tan lejos de los demás, sólo él y la hierba y el calor en el verano, las ventiscas en el invierno... ¿Por qué se había quedado? ¿Qué había hecho con su tiempo día tras día, año tras año? Un halcón entró en su campo visual, cabalgando en una corriente de aire y él lo observó hasta que desapareció. No tuvo que mover las alas: se fundió con el cielo, se desvaneció.

De pronto le sobresaltó el ruido de un motor muy cercano, tanto que le pareció por un momento que iba a ser atropellado. Dio un salto, apartándose de la casa, justo cuando una voz clara y juvenil decía:

—¡Mierda!

La otra voz siguió hablando sin interrumpirse, aparentemente sin ser molestada por el ruido:

—... predicaba para asustarnos, eso quería, asustarnos. Y nos daba unos sustos de muerte. Y la tía Lodi también nos daba mucho miedo. No es que fuera mi tía, pero todo el mundo la llamaba así. Nos contaba historias que nos ponían los pelos de punta a todas las chicas. Eran historias sobre convertirse en mula y ser montada durante toda la noche, cosas parecidas. Cosas terribles. Estábamos siempre asustadas. La mayor parte de nosotras no hacíamos caso del sermón, a no ser que gritara mucho y entonces nos sentábamos un poco más tiesas y escuchábamos hasta que uno de los chicos nos hacía señas con los dedos, o a una de las chicas le daba un ataque de tos y entonces todas teníamos que toser también y el hermano Dale empezaba a gritar con

su voz de trueno diciendo que el diablo estaba ahí con nosotros y que por favor, ¡Dios Todopoderoso!, nos diera la fuerza para echarlo de nuestros corazones, y entonces volvíamos a tener miedo.

John miró por la ventana y su primera impresión fue que la persona a la que veía era una joven india. Bajita, tenía el pelo oscuro y revuelto por el viento y la piel morena. ¿Una chica? ¿Quién era? Fue hacia la puerta y volvió a mirar. No había nadie con ella y entonces se dio cuenta de que estaba escuchando una grabación, transcribiendo las palabras en un ordenador portátil.

—... no me lo habría perdido por nada. Verá, no había gran cosa más que hacer. Se necesitaba todo el día para ir a la iglesia y volver y luego hacer la cena para un montón de gente. Y luego había que limpiarlo todo otra vez y para cuando terminabas ya era hora de irse a la cama. Pero quizás era la única ocasión, en semanas enteras, de ver a otras personas.

Otro camión pasó rugiendo; la chica frunció el ceño y tamborileó con los dedos sobre la mesa, esperando. John llamó a la puerta.

Lo que le intrigaba más era que, pese al claro sobresalto que le había producido su llamada, no parecía tenerle miedo. Alzó la cabeza con los ojos muy abiertos y luego los entrecerró, con la cabeza ligeramente ladeada, como si estuviera intentando enfocarle mejor. Él habló, ella le respondió y John entró en la cocina.

—John MacLaren...

—¡Oh! ¿El abogado?

—Uno de ellos. ¿La señora Cleveland?

—No. Es mi hermana. Estoy esperando a que lleguen.

—¡Oh!

—Soy Lorna Shields.

—¡Ah! —dijo él, moviendo la cabeza como si eso explicara muchas cosas.

Ella miró a su alrededor con cierto aire de culpabilidad. Probablemente él había venido para asegurarse de que todo estaba limpio y ordenado en espera del nuevo propietario y ella había logrado convertirlo todo en un lío. La mesa estaba cubierta con sus cintas y papeles. Su nevera portátil yacía en el suelo y el fregadero estaba lleno de platos sucios. Había acabado decidiendo que Elly y Ross no llegarían hasta la noche del domingo y para entonces ya habría podido dejarlo todo limpio y ordenado. Miró nuevamente a John MacLaren y se olvidó de la culpabilidad que había sentido.

—No esperaba tener compañía.

—Ya me lo imagino. Tampoco yo esperaba encontrar nadie aquí.

Algo incómodo, John comprendió que ella estaba deseando que se fuera. Parecía muy joven con sus pantalones cortos, su camiseta y los pies descalzos. Demasiado joven para estar sola aquí de noche. Tenía la piel muy morena en todo el cuerpo, por lo que él podía ver, pero sus pómulos afilados, su nariz y sus hombros brillaban con un matiz algo más rojo que el resto. Pensó que no debía comprender muy bien lo

peligroso que podía llegar a resultar el sol de la pradera. Los ojos de John se apartaron de ella, para posarse en el refrigerador.

—¿Puedo beber un poco de agua?

En el rostro de ella apareció una súbita expresión de embarazo.

—Lo siento —dijo—. Claro que sí. Hay agua. O café, o jugo de manzana.

—Tengo un poco de cerveza fría en la camioneta. ¿Le apetece una?

Ella asintió y él dio la vuelta y salió de la cocina. Apenas hubo salido al porche trasero, ella recorrió a toda velocidad la habitación y se metió en la sala, recogió un montón de papeles del sofá y buscó con la mirada un sitio donde dejarlos. No había ningún lugar adecuado. Fue al más pequeño de los dos dormitorios y dejó caer los papeles sobre su saco de dormir, que estaba en el suelo, y que dobló luego sobre ellos para ocultarlos. Luego regresó a la cocina.

Había empezado a leerlos por la tarde y luego lo había dejado para la noche, pero uno de los nombres que había encontrado en las primeras hojas era MacLaren. Seguramente no debía tratarse de este MacLaren, pero no quería que hurgara en los papeles y tampoco quería hacerle pensar que había estado fisgoneando.

El entró con la cerveza y se instalaron en la mesa de la cocina para beberla. Ella le habló brevemente de su proyecto, divertida ante su ocurrencia de que cuanto había oído era una auténtica conversación en la cocina.

—Ese es el problema de las cintas —dijo—. Hay que oírlas cuando las estás grabando y luego hay que transcribirlas antes de que se pueda empezar a trabajar realmente con ellas. Poner todo eso por escrito va a ser un trabajo infernal.

Él se dio cuenta de cuan atentamente le estaba observando cuando acabó su cerveza y ella se puso en pie, con su lata prácticamente intacta todavía. Él se puso en pie también, a regañadientes. Le ofreció otra cerveza y ella rehusó, cortés pero firmemente. Cuando le preguntó si podía echar un vistazo a la casa ella meneó la cabeza.

—¿No cree que sería mejor esperar a Ross? Quiero decir que no tengo la autoridad necesaria para darle ese permiso.

Pero él seguía sin decidirse a salir de la casa y de pronto, sorprendiéndose incluso a él mismo, le pidió que cenaran juntos.

Sus ojos se agrandaron un poco como antes, al sorprenderse de su llegada. Meneó la cabeza.

—La verdad es que tengo trabajo. Supongo que Ross y Elly llegarán mañana a esta hora. ¿Por qué no viene entonces?

No encontró ninguna otra excusa para quedarse. Fue a la camioneta, puso en marcha el motor y empezó a retroceder por el sendero de tierra. Luego se rió. Estaba actuando como un maldito estudiante afectado por su primer gran amor escolar. Una vez en la carretera se detuvo para contemplar el paisaje y pensó que tenía unos pómulos muy delicados y unos ojos preciosos. Luego pensó por un segundo en Gina y no logró evocar su imagen; como si ella estuviera en otro universo. El rostro que se

alzaba ante el ojo de su mente tenía los pómulos altos y quemados por el sol, grandes ojos azules y una lisa cabellera negra peinada descuidadamente hacia atrás. Unos ojos que le contemplaban sin el menor asomo de coquetería o flirteo.

Apenas la camioneta hubo desaparecido tras la primera curva, Lorna se apresuró a cambiarse de ropa. Téjanos, zapatillas deportivas, una camisa de manga larga que no se puso, pero que llevó a la cocina. Ya había comprobado su cámara y cogido la linterna. Miró a su alrededor, se acordó de los papeles y volvió al dormitorio, recogiénolos y llevándolos hasta su coche para guardarlos en el maletero que cerró con llave. No esperaba que el señor MacLaren volviera, pero tampoco había esperado a nadie en el primer momento. Cuando por fin emprendió la marcha cogió las llaves de la casa.

Seguía haciendo demasiado calor para caminar y llevar téjanos, pero el calor no tenía ahora la intensidad que le había hecho refugiarse en la casa unas horas antes. Había descubierto que si no permanecía en los pequeños senderos la hierba le arañaba las piernas y en algunos lugares era lo bastante alta como para arañarle incluso los brazos. Esa mañana su paseo le había llevado hasta un risco que dominaba un valle aparentemente inaccesible y en el valle había visto ruinas. No había logrado distinguir ningún sendero que bajara hasta el valle pero, incluso entonces, había sabido que el sendero tenía que existir. Si alguien había bajado hasta allí para alzar esas construcciones, tenía que haber un modo de llegar. En la casa buscó un mapa y se dedicó a estudiar el suyo de carreteras. Luego examinó el sendero que tan abruptamente se detenía ante la casa. Y entonces se había dado cuenta de que en tiempos ese sendero había continuado, que lo habían aplanado con un tractor y que la hierba lo había invadido, pero seguía siendo posible distinguirlo si se observaba con atención. El sol ya estaba demasiado alto para continuar. Pero ahora las sombras empezaban a prolongarse y, aunque el aire seguía tan caliente como en el infierno, era imposible que la temperatura subiera todavía más. Ahora tendría que ir bajando hasta que cayera la noche. Tenía una cantimplora colgada del cinturón, la cámara del cuello, un cuaderno, un lápiz en el bolsillo y su camiseta. Hizo un nudo con las mangas y se la echó a la espalda. Todavía no le hacía falta.

Había aprendido a notar cuándo estaba caminando sobre los restos del sendero y lo diferente que era esa sensación de andar por entre la hierba que nunca había sido hollada. En el viejo sendero la hierba no crecía tan alta, abundaban más las rocas y éstas, a veces, incluso parecían reconstruir el viejo trazado. Tras unos minutos de andar a buen paso, se volvió para mirar hacia la casa y sólo pudo ver las copas de los álamos. Por primera vez sintió cierta vacilación. Supuso que podía acabar perdiéndose entre la hierba y caminar sin rumbo hasta que la sed y la deshidratación acabaran venciénola. Luego rió levemente. Sabía que le bastaba con ir hacia el este y que en unos minutos se encontraría con la carretera. Siguió andando.

No hubo la menor advertencia previa de que el terreno empezaba a bajar para formar el valle. En un momento dado parecía estar al mismo nivel de las distantes

colinas y un segundo después se encontró nuevamente en el risco que dominaba el valle de forma redondeada. Esta vez pudo distinguir por dónde había seguido el sendero a lo largo de la colina, allí donde el tractor había removido la tierra para cubrirlo, intentando borrarlo para siempre. Movi6 la cabeza, en un gesto de asentimiento, y empezó a bajar por entre los peñascos y la hierba que crecía a su alrededor casi ocultándolos. Los peñascos, el suelo y la hierba eran todos del mismo color, una capa uniforme de oro, iluminada por el sol decreciente. Se detenía con bastante frecuencia. «Hace demasiado calor para este tipo de ejercicio», pensó al desear que fuera posible sudar y obtener así un poco de frescor. El sudor se evaporaba nada más formarse. La gente siempre le había dicho que ese calor seco era más tolerable, que no era malo, que lo peor era la humedad. Tomó un sorbo de agua y la dejó bajar lentamente por su garganta; luego tomó otro y siguió andando. Desde allí, con el sol de cara, ni tan siquiera podía tomar fotos.

Un poco después se encontró en el valle y la pareció que allí hacía todavía más calor que arriba. No había ni el menor movimiento. Las ruinas que había visto eran casas, cimientos de piedra y ladrillo. Sólo quedaban las chimeneas, nada más. No había nada de madera. En algunos lugares el terreno se había hundido, formando agujeros de metro o metro y medio. Casas de adobe, comprendió, mientras intentaba hallar la entrada a una de ellas. Sólo las piedras indicaban dónde se habían alzado; la tierra había vuelto a reclamar lo que era suyo.

El valle era mucho más grande de lo que había creído; no podría explorarlo todo antes de que llegara la noche, pero ya empezaba a distinguir ciertos rasgos generales. Aquí se había levantado un gran edificio, mayor que las casas y, justo enfrente de él, cruzando todo el valle hasta el otro extremo, hubo otro gran edificio. Las casas formaban un sendero entre los dos. Frunció el ceño y casi le pareció ver cómo había sido todo. Luego meneó la cabeza. Ahora sólo había hierba, piedras y ladrillos, nada más. Dio la vuelta y vio un hogar de piedra que se alzaba sobre una zona de suelo más oscuro y proyectaba una sombra más larga que su propia altura. Se dejó caer cansadamente al suelo para reposar en la sombra. Bebió un poco más y luego apoyó la *cabeza*, en los ladrillos, cerrando los ojos. No había sabido que el calor pudiera ser tan agotador. Tras haber descansado un minuto o dos volvería a la casa, decidió, y por la mañana se levantaría a las cinco y vendría aquí al amanecer, antes de que el calor apretara tanto.

Y entonces empezó a oír la hierba. Primero fue un suave suspiro, un murmullo que venía de un lado y luego de otro, como una exhalación prolongada, algo que frotaba los tallos.

¿Una canción?

No eran palabras, sólo un zumbido tan leve que era más fácil sentirlo que oírlo.

—¡Lorna! ¡Lorna!

Abrió los ojos para descubrir un crepúsculo violeta oscuro en el que no había sombra alguna. A su alrededor la hierba, inmóvil, se había vuelto de color plata. La

voz sonó de nuevo:

—¡Lorna!

Y entonces vio al abogado bajando por la cuesta del valle. Por un instante no logró recordar su nombre. Se puso en pie y fue hacia él. MacLaren. John MacLaren.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? ¿No sabe que dentro de diez minutos habrá anochecido? Venga, salgamos de aquí.

Estaba asustado, pensó con asombro. Su rostro parecía tenso y su voz estaba enronquecida por el miedo. Miró por encima del hombro hacia la hierba plateada, rígida e inmóvil, y no logró entender su miedo. El le cogió la mano y empezó a subir por la cuesta, casi tirando de ella. Cuando Lorna tropezaba, se limitaba a tirar con más fuerza.

—Espere —jadeó ella, casi sin poder respirar.

—Ya casi llegamos —dijo él con voz brusca—. Venga.

Y un segundo después, la alzó por encima del último peñasco que formaba el límite del valle y, por fin, la dejó descansar. Ella cayó de rodillas y respiró con una larga serie de jadeos entrecortados. El corazón le latía con fuerza; le dolía el pecho y no conseguía el aire suficiente.

—Beba un sorbo —dijo él.

Sintió la cantimplora en sus labios y bebió un poco, tosió, volvió a beber y, gradualmente, empezó a respirar con normalidad.

—¿Está bien ahora?

—Sí, creo que sí. Gracias. —Empezó a ponerse en pie, sintiendo el firme apretón de su mano en el brazo, ayudándole, y se dio cuenta de que estaba anocheciendo rápidamente. Pero hacía sólo un momento que aún brillaba el sol y había sombras... Entonces le miró y en sus ojos había miedo y se dio cuenta de que él la miraba con inquietud.

—Pongámonos en marcha mientras aún podemos ver algo —dijo.

Su voz era nuevamente normal, ya no hablaba en un tono brusco y rápido, pero su mano seguía apretándole el brazo con firmeza.

Anduvieron en silencio durante varios minutos. El cielo se iba volviendo de un violeta oscuro y el horizonte empezaba a esfumarse por el este. Un muro de noche, pensó ella. Hacia el oeste el cielo tenía el color que tiene en las postales baratas de los cayos de Florida o de algún lugar parecido: un azul increíble, como el de las plumas de un pavo real. Alzó la vista hacia el cielo, en el que las estrellas aparecían colgadas del vacío como por arte de magia. Antes no estaban, ahora sí. Cuando miró de nuevo al horizonte, éste se había vuelto de un azul muy oscuro y le maravilló la rapidez con que caía aquí la noche. Entonces una constelación de luces apareció ante ellos, como una galaxia de centellas apiñadas unas sobre otras. Podría haber sido un barco en alta mar o una boya avisando del peligro, de las rocas o de los bajíos. John MacLaren lanzó un gruñido de satisfacción y redujo un poco la marcha que hasta ahora le había obligado a llevar.

—¿Qué estaba haciendo ahí a esas horas? —le preguntó.

Ella se obligó a no responderle que no había tenido ninguna intención de quedarse allí hasta tan tarde y dijo:

—Me quedé dormida. ¿Por qué volví? ¿Por qué fue al valle?

Ahora estaba caminando un poco por delante de ella. Era como una sombra recortada contra el cielo oscuro, mezclándose con la hierba de cintura para abajo; un hombre de hierba y sombras que flotaba por encima del suelo y de la hierba, oscura cual la capa de un mago, y ella pensó que eso era muy adecuado. Había muy poco con que trabajar aquí: sólo hierba, cielo y piedras. Los trucos de la tierra tenían que ser llevados a cabo con un instrumental muy escaso; las ilusiones exigían magia. La ilusión de una fresca caverna de sombras junto a la chimenea en el valle, la ilusión de voces humanas zumbando, suspirando. La ilusión del cielo bajo sus pies.

Se detuvo, contuvo el aliento, lo dejó escapar con lentitud y volvió a ponerse en marcha. Él había seguido caminando, sin darse cuenta de su breve pausa. Había olvidado sus preguntas. Había olvidado que él no las había contestado y que quizá nunca las contestara, pero entonces su voz le llegó, como flotando en una ráfaga de viento.

—Estaba preocupado por usted —dijo, y su voz parecía estar muy lejos—. A la gente que no está acostumbrada le ocurren cosas raras en la pradera. Pueden sufrir distorsiones visuales. Pueden llegar a creer que algo está lo bastante cerca para llegar allí en un par de minutos cuando en realidad puede que esté a cien kilómetros de distancia. La pradera es tan silenciosa que la gente se encarga de crearle ruidos y a veces le asustan los ruidos que su propia mente ha creado.

—¿Cómo supo dónde estaba?

—Seguí su rastro —dijo y ahora su voz había vuelto a ser brusca. No dijo que la hierba se lo había revelado, porque eso habría parecido una locura. El juez, su abuelo, le había enseñado a leer en la hierba, igual que el capitán de un barco puede leer el mar abierto y seguir a otra nave a través del océano, sin llegar a verla nunca, sólo con la estela que ha dejado. Un sutil cambio en el color del agua, un cambio en la forma de las olas, la pasajera suavidad que deja el paso de esa nave. Con la hierba era igual. Su rastro había sido perfectamente claro. Tampoco le habló de las otras cosas extrañas que había sentido, pensado y sabido en la pradera o de cómo, al desvanecerse el cielo como lo había hecho esta noche, se llevaba con él todo el espacio y la distancia. Luego le era posible extender la mano hacia el firmamento y tocar las estrellas y la Luna; podía abarcar el espacio de un confín a otro del horizonte. No le habló de que la hierba podía jugar con el sonido de tal forma que el susurro emitido a kilómetros de distancia podía ser como el cálido aliento de unos labios que casi te rozaban la oreja; o de cómo la hierba podía eliminar el sonido de tal forma que se debía hacer un esfuerzo para oír a quien estabas tocando.

Ante ellos la casa se fue formando alrededor de las luces; los árboles adquirieron la forma de árboles. Ella casi lo sintió. La magia se había ido.

—¿Ha comido algo? —le preguntó mientras se aproximaban a la casa.

—No. ¿Y usted?

—No. Hacía demasiado calor.

—Compré un bistec muy grande y algo de lechuga.

—¿Quiere compartirlo conmigo?

—Usted gana —dijo ella con voz alegre—. Yo sólo tengo mantequilla de cacahuete y sardinas.

Él rió, ella también y un segundo después entraron en la casa. Él se disculpó por haber entrado antes, cuando se dio cuenta de que ella se había marchado. Tenía una llave, por supuesto, y había dejado el bistec en la nevera. Ella asintió. Por supuesto.

Esperó, hasta que terminaron de comer y empezaron con el café, antes de preguntarle por el valle.

—¿Qué era? ¿Qué ocurrió?

Él frunció el ceño y sus ojos parecieron no verla, como si estuviera pensando en sus preguntas.

—No tiene por qué hablarme de ello —se apresuró a decirle—. No si le molesta.

Sus ojos se enfocaron nuevamente en ella, algo sorprendidos.

—¿Por qué iba a molestarme?

Ella se encogió de hombros y no le dijo que había visto el nombre de los MacLaren en los papeles que había escondido.

—Sencillamente, no estoy seguro de por dónde empezar —dijo él entonces.

—Empiece por el principio, siga hasta el final y luego pare.

El sonrió y movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Correcto. Mi abuelo fue el principio. Todo el mundo le llamaba el juez. Antes de él todo esto era tierra de indios. Nadie está muy seguro de cómo consiguió el terreno. Solía tener media docena de historias diferentes para explicarlo. Quizá lo ganó jugando a las cartas. De todos modos, ésa era una de sus historias. Bien, llegó aquí desde Nueva Orleans en 1897, poseía algo así como dos mil quinientos acres de pradera, e inmediatamente comprendió que no iba a sacar nada de esa tierra. Jamás había dirigido un rancho y no tenía ningún tipo de experiencia como granjero, ni nada parecido. Al principio había sido predicador y viajó por todo el estado, hasta llegar a Colorado y volver. Luego se metió en la política, se instaló en Wichita y creó una familia. Durante esa época le nombraron juez ambulante. Y seguía teniendo toda esa tierra, por la cual pagaba impuestos.

A medida que iba narrando la historia su voz había cobrado una tonalidad absorta, como si estuviera soñando; sus ojos parecían no verla y en ellos había un cierto brillo de diversión, como si estuviera orgulloso de su abuelo. Lorna sirvió más café para los dos y deseó vagamente haber conectado su grabadora.

—De todos modos, durante sus muchos viajes impartiendo justicia, el juez conoció a Josiah Wald. Nadie habla mucho de esa época en particular, entiéndame. Dudo que alguien sepa exactamente lo que ocurrió. Josiah estaba siendo juzgado por

algo que ignoro; mi abuelo era el juez y cuando todo hubo terminado, Josiah adquirió dos mil quinientos acres de pradera y no fue a la cárcel.

»Eso era a mitad de la década de los veinte —dijo, enfocó sus ojos por segunda vez en ella y la contempló. Le gustaba su manera de escuchar, tan atenta como una escolar que dentro de unos minutos iba a ser sometida a un examen. Y deseó que no se le hubiera ocurrido esa idea, porque ansiaba pensar en ella como en una mujer ya adulta. Lanzó un suspiro, miró nuevamente por la ventana y prosiguió con su historia—. Era el momento de prosperidad del ciclo, un ensayo general de los años sesenta, salvaje y amoral; el diablo recorría la Tierra para congregarse a los suyos. Y Josiah era un profeta, un hombre que iba dando espectáculos religiosos con su tienda portátil y que de pronto se encontró convertido en propietario de tierras y con cierto número de seguidores. Decidió poner en marcha una comuna en el valle, una comunidad religiosa. —Los ojos de ella se abrieron un poco más, como hacía siempre que algo le sorprendía. El se encogió de hombros y extendió las manos como diciendo que no le echara la culpa—. Hasta aquí todo es más bien de dominio público; pero luego no hay nada seguro hasta 1941, cuando hubo un incendio en el valle y Louis Castleman se convirtió en propietario del terreno. Nadie sabe cómo habían logrado sobrevivir a la época de las tempestades de polvo y a la depresión, pero al parecer el incendio acabó con todo. Después de eso, la comuna se limitó a esfumarse. Seis personas murieron en el incendio y Josiah fue incluido en la lista. Se desvaneció. Otro misterio de la pradera. Castleman salvó lo que pudo, construyó esta casa e intentó destruir el camino que llevaba hasta el valle.

—¡Vaya! —dijo ella en voz baja. Luego se puso en pie y empezó a limpiar la mesa.

—¿Cómo? ¿No hay preguntas?

—Centenares. Pero aún no estoy muy segura de cuáles son las apropiadas. ¿Dónde va a dormir?

—Papá siempre tiene equipo de acampada en la camioneta. Dormiré bajo las estrellas.

Ella asintió y no le puso objeción alguna y él pensó que había logrado una victoria indefinible al dar ella por sentado que tenía el derecho de permanecer allí. Le gustaba el modo en que aceptaba las cosas, sin protestar ni inquietarse. Tuvo la seguridad de que habría aceptado igualmente si él hubiera dicho que iba a dormir en el dormitorio o en la sala. Pero no en su habitación, añadió para sí, igualmente seguro de ello.

Ella empezó a lavar unos cuantos platos.

—¿Por qué me ha contado todo eso?

—No estoy seguro. Probablemente porque fue hasta ahí abajo. Quizá porque creo que no debería volver.

—¿Cree en los fantasmas y en los espíritus malignos? ¿Cree en algún tipo de espíritus?

—No.

—¿Es usted religioso?

Esta vez él vaciló antes de responder.

—Mi esposa lleva a nuestros hijos a la escuela dominical y a la iglesia —dijo por fin—, y yo les acompaño la mayor parte de las veces. En mi familia nos casamos por la iglesia y los funerales también son religiosos. Apoyo financieramente a nuestra iglesia.

Ella se volvió y le observó atentamente, durante varios segundos.

—No. No soy religioso —añadió él—. ¿Y usted?

Ella meneó la cabeza, mirándole todavía con una expresión ausente.

—¿Por qué está aquí? Elly me dijo que todos los asuntos legales estaban arreglados. Lo único que quieren es echarle una mirada al lugar y decidir qué harán con las cosas.

Él se puso en pie y fue hacia la puerta.

—Le estoy haciendo un favor a mi padre. Tengo que comprar la vieja pianola, si su cuñado quiere venderla.

Ella se volvió nuevamente hacia los platos.

—¿Todavía funciona?

—Supongo que sí. No estoy seguro. —Tenía la mano en la puerta, pero no la abrió. No quería irse de la cocina, no quería dormir—. No está haciéndome las preguntas adecuadas —dijo.

—¿Usted y su mujer viven juntos?

Y ahora sí abrió la puerta.

—Buenas noches —dijo, saliendo de la casa, para sentir el aire cálido y oscuro del exterior.

Lorna soñaba. Se encontraba sobre un escenario, con un delgado vestido azul sujeto sólo por un broche de perlas en el cuello. Bajo el vestido no llevaba nada. Estaba cantando ante un público de hombres y mujeres que guardaban silencio, mirándola con rostros vacíos de toda expresión.

*Nunca más os engañaré o de la felicidad os apartaré,
pero doncella moriré para haceros sentir pena.*

¡Oh, hombres malos, hombres malos!

*Podéis hablar de amor y, suspirando, decir que por nosotras os morís;
y todo el tiempo sabéis cómo intentáis engañarnos, hombres malos.*

*Podéis hablar de amor y, suspirando, decir que por nosotras os morís;
y todo el tiempo sabéis cómo intentáis engañarnos, hombres malos,
hombres malos.*

Cantaba con una expresión recatada en el rostro, flirteando inocentemente con

ellos, sin moverse. Y luego la música cambió y el piano empezó a sonar de nuevo. Pero esta vez todo era distinto y cuando pasó a la siguiente estrofa, se movió de un modo obscuro y provocativo y el público pareció agitarse, como si estuviera despertando y saliera de un trance.

*Cuando os casáis nos tratáis mal,
y en cada tierna esperanza nos acabáis derrotando,
y los hay que incluso nos pegan, ¡oh!,
hombres malos, hombres malos;
de nuestras madres nos separáis,
de nuestras hermanas y hermanos nos alejáis,
¡oh!, hombres malos y traviosos.*

Había dos hombres con ella, acariciándola, y ella cantaba sonriendo primero a uno y luego al otro, dejándose tocar por sus manos. Uno de ellos intentó hacer que se acostara en el suelo, pero ella se alejó con un gesto brusco. Aunque en realidad todo era un juego al que se libraba con ellos, para divertir al público, que ahora gritaba y silbaba y daba palmadas al loco ritmo de la música. Uno de los hombres que estaban en el escenario con ella tenía su cinturón en la mano; hombres y mujeres se acoplaban sobre las mesas, en el suelo, y ella sabía que él iba a golpearla una vez y otra y otra...

Intentó huir; el otro hombre la cogió, la mantuvo inmóvil y el cinturón silbó por el aire y ella se despertó, empapada en sudor.

Estaba envuelta en su saco de dormir, luchando por liberarse de él y la música seguía sonando en su cabeza. Se apretó los oídos con las manos. El silencio regresó.

Se arrastró fuera del saco de dormir y se puso en pie, yendo hacia la cocina para buscar un vaso de agua, una aspirina, café, lo que fuera. Se acabó el dormir, pensó con algo parecido a la desesperación. Nada de sueños por esta noche.

—¿Qué diablos ha estado haciendo? —le preguntó John MacLaren, inmóvil en el centro de la cocina.

—¿Y usted? ¿Por qué...? —Se detuvo, agarrándose al marco de la puerta—. ¿Lo ha oído?

Conmoción, pensó él distraídamente. Su piel relucía a causa del sudor y cuando la cogió del brazo, para llevarla hasta una silla, sintió que estaba fría y pegajosa. Fue a la habitación que estaba usando y encontró un albornoz corto. Luego se dirigió al cuarto de baño y cogió una toalla. Al volver a la cocina vio que ella no se había movido. Le limpió el rostro y los brazos, le puso el albornoz y luego hizo café. Cuando lo tuvo listo, ella ya tenía mejor aspecto, aunque parecía asustada y confusa.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó en voz baja—. Estaba soñando. ¿Qué oyó? ¿Hice algún ruido?

—Oí música —dijo él con cierta sequedad—. Pensé que era la pianola y que

estaba cantando. —Sirvió el café y ella agarró la taza con ambas manos—. ¿Era usted?

Ella meneó la cabeza.

—Quiero ver ese maldito trasto. —Cuando se puso en pie, ella le imitó y él no intentó disuadirla. Cruzaron juntos el salón y ella señaló, en silencio, la puerta que daba a la habitación contigua.

No sabía qué pensar de ella. ¿Estaba loca? No daba la impresión de estarlo y no actuaba como ninguno de los chalados que había conocido, pero... Sabía que la había oído cantar, en mitad de la noche, y eso no era un acto muy cuerdo. Tenía la curiosa sensación de haber sido traicionado y notaba la misma irritación que cuando pescaba a un cliente mintiéndole. Abrió la puerta y tanteó la pared en busca del interruptor de la luz.

Había otra televisión, un modelo antiguo, de los primeros que se fabricaron; una mecedora que tenía uno de los balancines torcidos; y cajas. Una de ellas abierta, estaba al parecer llena de ropas. Había también una silla de cocina pintada de azul y una cómoda a la que le faltaba un cajón y que parecía oscurecida por el fuego. Y detrás de ella, en la pared del fondo, se encontraba la pianola. Las cosas habían sido apartadas, para que fuera posible llegar hasta ella. Pero ahora ya no creía que la hubiera estado haciendo funcionar esta noche. Tendría que haber entrado en la habitación a oscuras, comprendió, sino él habría visto la luz desde fuera cuando la música le despertó. Contemplaron la pianola en silencio.

La tapa del teclado estaba cubierta de polvo, como todo se cubría de polvo aquí durante la época del verano. Se abrió paso hasta la pianola y la tocó, abriendo el compartimiento donde se colocaban los rollos de música. Vacío. Puso en su sitio el banquillo e intentó abrirlo. Cerrado. Pensó que los rollos de música debían de estar ahí dentro. Finalmente volvió a cruzar la habitación, miró hacia atrás y, apagando la luz, cerró la puerta.

—Creo que tengo algo para beber, en la camioneta. Vuelvo en seguida.

—Guardé algunos papeles en mi coche —dijo ella con voz trémula—. Iré a buscarlos. Son de Castleman —añadió.

El pensó que, sencillamente, no deseaba estar sola en la casa ni tan siquiera por un minuto y esperó a que se pusiera las sandalias y cogiera las llaves del coche. Encontró una botella de bourbon en la camioneta; ella sacó un montón de papeles de su coche y volvieron a la cocina.

Llenó dos vasos y luego empezaron a examinar los papeles. Unos minutos después él pensó que no había gran cosa que utilizar. Unos cuantos recortes de periódico, unas pocas cartas, facturas y recibos.

—Señor MacLaren —dijo Lorna un poco después—, ¿el nombre de su padre es David?

—Sí. ¿Por qué?

—La pianola ya es suya. Mire.

Le tendió una tira de papel. Era una factura de venta. Estaba firmada por Louis Castleman, el cual le había vendido la pianola a David MacLaren por un dólar. De eso hacía veinticinco años. Fue aquel verano en que John había venido a esta casa con su padre, el día en que habían bajado al valle para mirar las ruinas.

Pero Lorna sabía que no era allí donde había visto el nombre antes. Ese «MacLaren» estaba en una hoja grande de papel. No quedaban muchas por examinar y cogió la siguiente del pequeño montón.

—Lorna, por favor, llámame John —dijo él—. En esta parte del mundo sólo el hombre más viejo de la familia recibe el tratamiento de señor.

Ella alzó la cabeza y le miró de esa forma tan directa y peculiar suya.

—¿Estás pasando por una crisis de madurez?

El cogió su vaso con cierta brusquedad y se puso en pie. Fue hasta el fregadero, donde había dejado la botella, y volvió a llenárselo. Sólo después de eso, la miró.

—¿No resulta una pregunta algo impertinente? —le preguntó con frialdad.

—Desde luego. —Acabó de examinar una hoja de papel, la dejó sobre la mesa y cogió otra—. Lo encontré —dijo con satisfacción y se puso a leer.

Miró por la ventana hacia el este. Vio que algunas partes del horizonte se iban iluminando. Dentro de una hora saldría el sol y sospechó que ninguno de los dos iba a dormir más esa noche. Empezó a preparar un poco más de café.

Cuando la miró de nuevo ella estaba sentada, muy quieta, contemplando la pared.

—¿Café, señorita Shields? —Le pareció que había logrado darle a su voz un tono totalmente impersonal—. ¿Qué pasa? ¿Algo anda mal?

Ella se sobresaltó levemente y apartó su silla de la mesa, sin mirarle.

—Será mejor que la leas —dijo, y salió de la cocina.

Antes de llegar a la mesa, oyó el agua que corría en el cuarto de baño.

Se trataba de una carta escrita en el papel del juez MacLaren, dirigida a Louis Castleman. Estaba escrita en ese tipo de lenguaje legal que los abogados utilizan a veces para complicar un asunto, un lenguaje diseñado para enterrar todo significado, bajo tantas capas de basura verbal que sólo un lector muy tozudo o entrenado podía llegar a comprender su contenido. John MacLaren la leyó dos veces y luego, dejándose caer en la silla, volvió a leerla.

Su abuelo el juez había sido chantajeado por Louis Castleman y había cedido a sus exigencias. Afirmaba estar convencido de que aquellas muertes infortunadas habían sido el resultado de un incendio catastrófico, el cual era claramente un acto de Dios. Había aplicado toda la influencia de su buen nombre, durante la investigación oficial, y ahora el asunto estaba cerrado.

El último párrafo decía: «David se fue esta mañana para entrar en las fuerzas armadas. No tengo dirección alguna para enviarle el correo; por lo cual le devuelvo su carta dirigida a él. Creo que con esto concluye nuestro asunto».

Dejó caer la hoja de papel sobre la mesa y salió al porche. Unos minutos después Lorna se reunió con él.

—Te he traído café —dijo—. Solo, tal y como lo tomaste la última vez. Al final acabará refrescando un poco, ¿no?

—Gracias. Sí, un poco. Cuando cambie el tiempo será porque ha llegado un frente de tormentas. Las nubes negras se reúnen como formando una falange y empiezan a desfilar sobre la tierra. Solía pasar bastante tiempo en Tribune con él. Una vez vimos un tornado y él dijo que era el diablo, inclinándose sobre la Tierra. —Tomó un sorbo de café—. Murió cuando yo tenía siete años.

—¿Le enseñó a querer la pradera?

—Eso es algo que no se puede enseñar. Sólo se puede aprender.

—Una de las mujeres a las que entrevisté en West Virginia dijo que la gente de allí tenía las montañas en los ojos. No supe lo que intentaba decir con eso. Creo que ahora lo sé. Tienes la pradera en los ojos.

Durante varios minutos estuvieron callados. John fue el primero en romper el silencio.

—¿Crees que podrías dormir una hora o dos?

—¡No!

—No me refiero a la casa. Sobre la hierba, en tu saco de dormir. Yo no voy a dormir. Montaré guardia. Sólo tendrás una hora antes de que suba el sol y vuelva el calor.

—Supongo que luego me caeré redonda, pero ahora no tengo sueño. Podrías ir en busca de alguien que te ayude con la pianola y llevártela sin más problemas, ¿verdad? Lo cierto es que pertenece a tu padre.

—Me temo que no. Como ejecutor del testamento hizo que viniera alguien para hacer un inventario y le mandó una copia a tu cuñado. La pianola está en la lista. Y el auténtico enigma es qué hace aquí esa factura de venta. ¿Por qué la guardó Castleman? Sentémonos.

Habían estado apoyados en la barandilla del porche. Fueron hacia los peldaños y tomaron asiento en el primero, apoyando cada uno la espalda en un poste de la barandilla. El cielo se estaba volviendo cada vez más claro. Ya no se veía ninguna estrella. Era como si el cielo se estuviera yendo cada vez más y más lejos, aumentando de tamaño.

—No pienso hacerte la corte —dijo John—. Ayer quizás hubiera podido pero ahora, conociéndote, no.

Ella asintió. Ayer, por un instante, también ella pensó que él lo haría y se dio cuenta de que no sabía muy bien cómo empezar, y gracias a ello se sintió segura.

—Me gustaría contarte el sueño que tuve —dijo, con los ojos clavados en el cielo que se iba aclarando.

Le contó el sueño como si no tuviera nada que ver con ella, apartándose de él como si estuviera volviendo a narrar un cuento que había leído hacía mucho tiempo.

—Nunca había oído esa canción antes y ahora la conozco —dijo al terminar—. Es una canción provocativa e inocente al mismo tiempo, no como la música de ahora.

No hay cambios de tono, ni insinuaciones, nada de eso, sólo una leve burla. Pero cuando soñé con ella era grotescamente obscena. Creo que esa canción debe de estar entre los rollos de música. Esa y la otra que soñé.

—Dios —murmuró él—, esto es una locura. ¿Has caminado alguna vez dormida? ¿Podrías haber puesto en funcionamiento la pianola durante tu sueño?

Ella le contempló con esa habitual expresión suya de tranquilidad y meneó la cabeza.

—De acuerdo. Oí esa canción y di por sentado que eras tú. Parecía tu voz, pero todo estaba oscuro. Vamos a echarle otra mirada a la maldita pianola.

—Voy a darme una ducha y me vestiré. Supongo que para entonces ya habrá luz.

La noche cedía ante la luz diurna, aunque el sol todavía no se había materializado. No había nube alguna que pudiera reflejar la luz del sol.

Cuando volvieron a la habitación llena de trastos, la luz, clara y aguda, les inundaba por completo. John fue apartando objetos hasta abrir un camino y juntos llevaron la pianola, a fuerza de empujones, hasta la sala. Abrió la tapa. Las teclas eran de caoba y marfil, tal y como había dicho su padre. La pianola no se encontraba en muy buen estado y cuando se agachó para examinar los fuelles que había detrás del pedal, descubrió que estaban resecos y no servirían de nada. Obviamente, la pianola no había funcionado desde hacía décadas.

Sacó el banquillo y forzó la cerradura con su cortaplumas. Los rollos de música estaban tan secos y quebradizos que cuando intentó desplegar uno se quedó en la mano con un pedazo de papel. Lo contempló, aturdido. Era sólo un papel lleno de agujeritos, nada más. Dejó caer el rollo entre varias docenas más y cerró la tapa. Estaba enfadado y esta vez su ira iba dirigida contra él mismo. Había esperado resolver un pequeño misterio y en lugar de ello había descubierto otro mayor. Habría sido perfecto poder probar que ella había puesto en funcionamiento la pianola durante su sueño (ya había dejado de lado la idea de que lo hubiera hecho conscientemente) y, en lugar de ello, habría probado que nadie pudo hacer funcionar el instrumento. Cuando se volvió hacia ella descubrió que le estaba mirando con el ceño fruncido, pero sin verle realmente.

—Comamos —dijo él, intentando ahogar la frustración que sentía. Su voz sonó brusca y algo enronquecida.

—Mantequilla de cacahuete, sardinas y fruta —dijo ella, intentando lograr el mismo tono ligero y medio burlón que tan naturalmente le había salido el día anterior. Esta mañana sus palabras sonaron a falso.

Tomaron mantequilla de cacahuete, fruta y más café.

—Tendrías que coger tus cosas, ir a Goodland, buscar una habitación en un motel y dormir algo —dijo él—. Cuando vengan tu hermana y su esposo estaré aquí. Se lo explicaré todo.

—¿Qué les explicarás? Ése es el problema, ¿no? No hay nada que explicarle a nadie. Y no puedo permitir que Elly y Ross entren aquí para... para... tengo que estar

aquí.

Guardó el ordenador, las cintas y la grabadora y luego arregló un poco el cuarto en el que había dormido. Después no hubo nada más que hacer. Los papeles que habían examinado seguían sobre la mesa de la cocina.

—Si estuviera en tu lugar —dijo ella hablando con lentitud— examinaría todos esos papeles y sacaría de ahí todo lo que realmente no fuera asunto de Ross. Si yo fuera tú, claro...

El asintió. Lorna fue hacia la puerta y miró al exterior.

—Voy a dar un paseo antes de que haga más calor.

—¿No pensarás volver ahí abajo, verdad?

Ella se estremeció.

—¡Nunca! No te preocupes por mí. No pienso alejarme de los senderos.

El la miró hasta perderla de vista y vio cómo se alejaba en dirección opuesta a las ruinas, siguiendo un sendero bien definido que primero subía un poco de nivel y luego volvía a hundirse; su brillante cabello negro le pareció una vela desvaneciéndose sobre el horizonte marino. La hierba, que ahora parecía más oscura al no soplar el viento, le impedía saber de donde venía el débil sonido con el que una codorniz emitía su ronco grito. En lo alto, donde debería estar el cielo, había sólo el inmenso vacío de un espacio que parecía extenderse de modo ilimitado.

Cuando volvió de nuevo a la mesa y a los papeles, la casa le pareció invadida por un silencio sobrenatural. ¿Qué había estado haciendo aquí Louis Castleman, día a día, durante cuarenta años? ¿Cómo había pagado sus facturas, los impuestos y la comida? Empezó a leer nuevamente los papeles, examinándolos ahora con mayor atención en busca de cualquier pista al respecto.

Lorna caminaba sin rumbo fijo. Necesitaba alejarse de la casa, de la pianola y de esos papeles que hacían alusión velada a cosas terribles. Oía los sonidos que colmaban la hierba a su alrededor, sin poder identificarlos. Pájaros, probablemente codornices, pero no estaba segura. ¿Serpientes? Si había pájaros, ratones de campo y marmotas, entonces también habría serpientes, halcones y coyotes, pensó, intentando seguir el rastro de la cadena alimenticia hasta más arriba, pero sin saber dónde continuaba. ¿Cómo habría logrado mantener despejados todos esos senderos en la hierba? No eran muy anchos, pero resultaban bastante fáciles de seguir y parecían bastante transitados. Eran tan claros que daba la impresión de que se había pasado la mayor parte de su tiempo manteniéndolos libres. ¿Por qué?

Llevaba ya algún tiempo bajando cuando, de pronto, se encontró en el fondo de una cañada, probablemente causada por un torrente durante el deshielo. El sendero atravesaba la cañada y salía por el otro extremo de ésta, subiendo por una cuesta bastante empinada, hasta coronar una pequeña colina. Se detuvo junto a una roca lo bastante grande como para proyectar algo de sombra y descansó. Y entonces los pensamientos que había estado reprimiendo surgieron de nuevo con fuerza. La pesadilla, la canción de la primera noche, su repentino sopor entre las ruinas... Pensó

que allí había una razón oculta. Y bastaba con que lo admitiera para poner en peligro todo aquello que siempre había creído saber. Eso era lo que asustaba a la gente. No les asustaba el que pasaran cosas extrañas, ya que todos se mostraban bien dispuestos a creer en ello y hacer bromas al respecto, utilizando todos esos extraños sucesos como material anecdótico para las fiestas. Les negaban todo significado, todo modelo oculto y pasaban a ocuparse de otras cosas. Porque, siguió pensando, si omitías ese modelo y ese significado, entonces era como estar diciendo que el mundo no era tal y como tú pensabas que era y cómo te habían enseñado desde tu más tierna infancia. Todas las historias debían ser tratadas igual, dándoseles el mismo valor y ese valor era en realidad la nada, el de ser mera diversión.

Pensó en todos los ancianos y ancianas que había entrevistado ya para su historia oral de las experiencias religiosas. Qué fácilmente habían aceptado todas esas supersticiones variopintas, las tías Lodie que se convertían en mulas, las curas mágicas y los poderes sobre los que hablaban... Una mujer le había dicho: «Bueno, íbamos a cualquier iglesia que hubiera por ahí. No había diferencia alguna. Todas hablan de lo mismo».

Y otra: «¡Oh!, estábamos muertos de miedo todo el tiempo».

El miedo a lo inexplicable era canalizado hasta convertirse en miedo religioso, con lo cual sencillamente se duplicaba su efecto. Y cuando la religión se volvía racional, el miedo de lo inexplicable debía ser negado; ya no quedaba nada a lo cual poder incorporarlo. Lo inexplicable se convertía en tema de charla para las fiestas. Uno de esos acontecimientos había sido producido por la indigestión, otro se debía a una mala interpretación de las señales, otro aún a problemas psicológicos. Ese era el único modo de manejar lo inexplicable.

Su instructor se había sorprendido un poco y luego le había aliviado la facilidad con la cual había logrado que la gente hablara con ella de sus experiencias. Finalmente le dijo que ello se debía a que Lorna no poseía ningún fuerte sistema de creencias con el que desafiara a lo que oía. No estaba amenazando a nadie con sus dogmas contradictorios.

—No soy una oyente muy crítica —había admitido ella bromeando—. Creo que ellos lo creen y con eso me basta.

—Y todas las mujeres son unas tontas crédulas —había dicho él.

Su cuerpo se había envarado al instante por efecto de la ira, pero un segundo después comprendió lo que había hecho con ella.

—¿Te das cuenta? Hasta que te sientes amenazada personalmente, no representas una amenaza para nadie. La gente a la cual estás entrevistando nota eso y confía en ti.

Había escuchado multitud de historias sintiendo un interés en el que no cabía la crítica. No había sentido terror alguno y había descartado el terror de los demás. Había pensado que la gente llevaba ya mucho tiempo sin ser supersticiosa, pero luego había conocido a toda esa gente que había atraído el miedo sobre sí mismos al admitir lo sobrenatural, la magia y la brujería. Se había preguntado dónde se podía trazar la

línea divisoria. Si crees una historia, ¿por qué no la siguiente y la que viene después de ésta?

Su mundo estaba definido por los viajes en avión, los paseos por la luna, los ordenadores, las drogas maravillosas, los trasplantes de corazón y las comunicaciones instantáneas. La vida se definía mediante las primeras ondas cerebrales del feto en el útero y el aplanamiento en la línea del electroencefalograma que indicaba la muerte cerebral. Sus miedos se centraban en las cosas que la gente le hacía a su prójimo; así como el miedo a la incapacidad física, a la enfermedad incurable, a los accidentes y a la guerra. También estaba el miedo a los tornados, a los huracanes y a las tempestades de nieve. En su mundo no había lugar para los terrores ante lo inexplicable o para el terror de sentir que había un modelo oculto, un modelo cuyo significado era que el mundo, tal y como ella lo conocía, iba a terminar.

Admitir que eso existía, creaba un vacío y ese vacío se llenaba por sí solo de terror.

«Estábamos muertos de miedo todo el tiempo».

Se puso en pie y miró hacia la cañada y la cuesta de la colina por donde había venido. Llevaba fuera de la casa más tiempo del que había pretendido en un principio; el sol ya estaba bastante alto en el cielo y hacía calor. Encontrándose aquí, bajo el cielo irresistiblemente luminoso y con la hierba dorada marchitándose por falta de agua, en el silencio de la atmósfera, le resultaba imposible creer en la pianola fantasma tocando por sí sola, en mitad de la noche. Y no pensaba creer en ello, se dijo a sí misma con firmeza.

John había dejado los papeles para Ross Cleveland en la alita y el resto se encontraba en su bolsillo. Esos eran los que tenía intención de no enseñarle nunca a nadie. Por dos veces había salido a la pradera para ver si divisaba a Lorna. No estaba realmente preocupado por ella, pero deseaba que volviera. Cuando oyó el automóvil en la parte delantera de la casa, dio por sentado que serían Ross y Elly por fin y se quedó atónito al salir al porche y ver a su padre.

—El Buick tiene aire acondicionado y la oficina está cerrada —gruñó David MacLaren al entrar en la casa.

Se quedó inmóvil mirando la pianola, que aún estaba en la salita. John se dio cuenta de que parecía viejo y frágil. Ni tan siquiera cuando su padre había tenido el aviso de ese ataque cardíaco (así lo habían llamado, el aviso), había tenido tal aspecto de fragilidad.

Ahora sí lo tenía.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estaba nervioso. Quería ocuparme de este asunto en persona. Me levanté a las cinco y aquí estoy. La verdad es que no he tenido un mal viaje. ¿Hay algo frío para beber?

—Agua.

—El agua me irá bien —dijo su padre con voz suave. Aún no se había movido y sus ojos seguían clavados en la pianola.

John le cogió del brazo y le guió hasta la cocina. Le hizo sentarse ante la mesa y se alegró de que Lorna no hubiera regresado. Puso hielo en un vaso y lo llenó de agua, pensando a toda velocidad. Su padre era una de las personas más tozudas que había conocido jamás y si decidía algo, no había modo de que cambiara de opinión. Dejó el vaso sobre la mesa y cogió otra silla.

—Antes de que aparezcan los otros —dijo—, tengo que enterarme de unas cuantas cosas. Harán preguntas y...

Su padre estaba contemplando con gran interés el bolso de Lorna que estaba junto a la cocina.

—Tengo la impresión de que ya ha aparecido alguien —dijo.

—Lorna Shields —replicó John y luego decidió soltárselo todo, sabiendo que, si había tomado la decisión equivocada, jamás llegaría a enterarse de nada—. Está convencida de que la pianola está encantada. —Le habló a su padre de Lorna.

—Tonterías de colegiala romántica —dijo David MacLaren, y bebió su vaso de agua, sin mirar a su hijo.

—Me gustaría creerlo, pero yo también oí la música y ninguno de los dos conocía esa canción antes de la última noche —aspiró una honda bocanada de aire—. Y descubrí una carta del juez, dirigida a Louis Castleman, en la que prácticamente reconoce que éste le hacía chantaje. Tú estabas aquí cuando ardió la comuna. Me dijiste que se incendió cuando estabas en el ejército.

David meneó la cabeza.

—Nunca dije eso. Dije que cuando volví a casa todo había terminado, que no había ya nada. Y era cierto.

—Háblame de ello. ¿Qué pasó aquí? ¿Por qué es tan importante esa condenada pianola? ¿Qué relación tenías con Josiah Wald?

—Dame un minuto —acabó su vaso de agua y John lo agitó, volviendo a llenarlo, mientras su padre intentaba llegar a una decisión. Cuando volvió nuevamente a la mesa, su padre dijo—: Siéntate, hijo. —Tomó un sorbo y se limpió los labios con la mano—. Incluso con el aire acondicionado el trayecto resulta infernal, haciendo este tiempo. Mira, John, hay cosas que nunca llegas a contarle a tus hijos. Deben existir una o dos cosas que tampoco tú le has explicado a los tuyos. —Estaba mirando hacia la pradera que había más allá de la puerta abierta, vuelto hacia ella—. Bueno, hay cosas que nunca llegué a contar. Tenía dieciocho años cuando vino la depresión y el juez quedó arruinado. Nunca llegó a hablarme de ello. Padre a hijo, padre a hijo, el mismo modelo una y otra vez. De todas formas había llegado el momento de que yo fuera a la universidad, tal y como habían hecho mis hermanos, y el juez estaba totalmente arruinado. Entonces apareció Josiah Wald. Y Josiah tenía dinero y andaba huyendo de algo. Tardó muy poco en hacerse propietario de esta tierra y yo me marché a Lawrence, sin haber hecho ninguna pregunta al respecto. Supongo que

entonces era demasiado ignorante, como para saber qué preguntas debía hacer. Y Josiah empezó a construir en el valle e hizo que viniera su gente. Yo estaba fuera de aquí y jamás llegué a saber nada sobre él, o sobre lo que estaba pasando aquí. El juez se las arregló para conseguirme un trabajo durante el verano, en el ayuntamiento de Kansas City, y tenía la universidad para el resto del día. Así que no visité demasiado el hogar hasta haber terminado los estudios. Y ese verano descubrí lo que significaba Tosiah Wald. —La voz de su padre se había convertido en un zumbido monótono que se hizo aún más apagado, al seguir hablando un segundo después—. Cuando me gradué en la universidad era ingenuo hasta la médula. Creo que era tonto. Jamas había estado con una chica. La primera que besé creía que podía quedarse embarazada, si la besaban con los labios abiertos y no quería hacerlo. Así de ignorantes éramos entonces... Y Josiah Wald tenía en el valle, su pequeña Sodoma, Gomorra y Paraíso, todo revuelto. Debes recordar que era la época de las tormentas de polvo, de las ruinas colectivas y de la gente que se arrojaba de lo alto de los edificios, sólo que aquí no teníamos ninguno que fuera lo bastante alto como para eso. Aquí se limitaron a coger sus cosas y marcharse. También era la época de la Prohibición y allí donde miraras, podías ver al diablo andando sobre la tierra. Josiah prosperó. Si querías un escondite, ahí estaba. Si querías bebida, no había problema. Tenía montones de chicas. Si tenías el precio que pedía, ahí estaba todo lo que desearas. Y además metió a la religión en el asunto. Su mensaje era que nadie puede escoger el bien, si no ha experimentado antes el mal. Y él se encargaba de proporcionar el mal. Sí, el diablo andaba suelto.

Volvió a tragar aire y miró a John.

—Si te hubiera encontrado alguna vez en un sitio como ése, habría matado a quien te hubiera llevado hasta allí. Bien, el juez descubrió que yo iba al valle, siempre que podía, y me mandó rápidamente de vuelta a Kansas City, para que trabajara en lo que pudiera encontrar o para que me muriera de hambre, le daba igual. Y luego intentó echar a Josiah Wald de allí. Pero no lo consiguió, supongo. Para aquel entonces Josiah tenía apoyos distintos y más poderosos. Fue por entonces cuando conocí a Louis Castleman. Fuimos los dos juntos una semana y él se quedó. Tocaba en el hotel. Había un edificio al que llamaban el hotel y otro al que llamaban la iglesia. El hotel era un casino de juego y también un burdel y solo Dios sabe qué más era. Todo el lugar estaba pervertido. Lo habían convertido todo en una burla blasfema. Josiah era especialmente hábil a la hora de corromper a los inocentes.

»Se apoderó de mí y con Louis fue incluso peor. Lo que me salvó fue el estado de mis finanzas. La mayor parte del tiempo andaba rondando el cero y no sabía tocar. Pensé que estaba portándose bien conmigo, pero ahora sé que me dejó permanecer allí para burlarse del juez; y al final me dejó quedar sólo el tiempo suficiente para que gastara hasta el último centavo que había logrado arañar y me echó luego a patadas. Por lo tanto, el año en que Louis fue contratado, yo no estaba ya por allí. Luego Louis me escribió diciéndome que se había enamorado de una chica del valle, que pensaba

secuestrarla para salvarla y me pedía que le ayudara. Durante la vida de un hombre, no hay demasiadas oportunidades de ponerse la armadura reluciente y montar en el caballo blanco —dijo con voz pensativa, tragando aire una vez más—. Ya viste el valle. Sólo había el camino que bajaba y nada más. Nadie entraba allí, sin una invitación y nadie salía sin permiso. Yo entré por el lado norte. Me deslicé por encima de la hierba, durante la mayor parte del camino. Y nadie me vio. Louis me hizo entrar a escondidas en su habitación y estuvimos haciendo planes durante tres días. Hicimos un plan tras otro hasta que finalmente lo tuvimos todo arreglado, hasta el menor detalle. La chica se dedicaba a cantar, era bonita como un ángel y estaba totalmente corrompida. No era así cuando la llevaron al valle, me contó Louis. Entonces había estado asustada, como una virgen inocente. No sé qué parte de lo que me dijo era invención suya y qué parte era algo real, pero estaba enamorado de ella y eso sí era cierto.

Se puso en pie y fue hacia el fregadero a buscar más agua, pero esta vez no se molestó en ponerle hielo. Luego se quedó inmóvil, dándole la espalda al resto de la habitación.

—Se suponía que representaba un acto muy divertido —dijo—. El escenario copiaba un *saloon* del viejo Oeste, con un pianista y una chica que cantaba. Nada más. Él toca y ella canta y de pronto él deja el piano y cae de rodillas ante ella y el piano sigue tocando por sí solo. Al público solía gustarle mucho eso. Ella le aparta de una patada y él vuelve arrastrándola hacia el piano y sigue tocando justo donde se había interrumpido antes. Usaban música de mil ochocientos sesenta y cinco o por ahí, una canción cómica de una opereta musical de Broadway, una de las primeras en que las coristas actuaban ligeras de ropa. Fuera como fuese, ella iba casi desnuda. Tenían un motor eléctrico que accionaba unos fuelles. Y eso me dio la idea. Después de la actuación el piano quedaba escondido pero se suponía que él debía seguir tocando durante más o menos la media hora siguiente. Su plan era conectar el motor, agarrar a la chica, atarla bien y entregármela. Yo tenía que llevarla a donde la hierba era más alta, en la parte norte, y tenía que esconderme allí con ella para esperarle. Él seguiría interpretando sus números de costumbre hasta haber terminado y para entonces la habrían echado en falta, claro, pero él estaría provisto de una coartada perfecta. Luego pensaba reunirse conmigo y llevarla hasta fuera del valle, por la fuerza si era necesario, salvándola.

John tuvo la sensación de que se había quedado helado en esa cocina brillante y cálida, mientras escuchaba a su padre. Tenía la boca tan seca que le resultaría imposible hablar.

—Todos estábamos un poco locos. —Su padre siguió hablando como si lo hubiera ensayado todo una y otra vez a la espera de una ocasión para recitarlo. Mantenía su voz perfectamente libre de toda pasión como si, mucho tiempo antes, hubiera cortado toda relación existente entre él y aquellos acontecimientos—. La chica era la más loca de los tres. Louis le dijo que deseaba salvarla y ella se lo contó a

Josiah, porque le quería y pensó que entonces se portaría mejor con ella, y esa noche el espectáculo fue alterado, sin que nadie lo hubiera avisado con antelación. Yo me encontraba fuera, manteniéndome oculto mientras empezaban. Ella cantó y él tocó, cierto, pero luego empezó la parte nueva. Dos hombres salieron al escenario y al principio dio la impresión de que fingían violarla, pero las cosas no siguieron así durante mucho rato. Cuando ella gritó, yo entré corriendo. Había otros que gritaban y unos cuantos que intentaban huir, porque no querían participar en nada de aquello, mientras que otros se lo estaban pasando muy bien. Le dieron una paliza de muerte, arriba, en el escenario, mientras dos matones mantenían inmovilizado a Louis entre las candilejas y el piano mecánico seguía tocando sin parar. La chica murió.

Lo dijo con una voz tan carente de emoción, de un modo tan seco, que a John le hicieron falta uno o dos segundos para entender lo que había dicho y su significado.

—¡Oh, Dios mío!

Su padre se volvió hacia él, con su rostro convertido en un manchón oscuro gracias a la brillante luz que entraba por la ventana. Fue hacia la mesa, se dejó caer en la silla y siguió hablando, ahora con mayor rapidez.

—Louis se volvió loco. Todo el mundo se había vuelto loco, se iban del valle tan rápido como podían. Ponían en marcha sus coches y subían por la colina. Louis se la llevó, la metió en el coche de alguien y se fue con ella. Yo salí del mismo modo que había entrado; trepé por el lado norte y caminé los cuarenta kilómetros que había hasta la casa del juez antes de que amaneciera. Al día siguiente, hubo rumores, aunque nada concreto, y esa noche fue cuando se desencadenó el incendio, murió más gente y Josiah se desvaneció. Bueno, eso ya era demasiado importante, como para que hubiera modo de tapanlo. Todos sabíamos que la guerra se aproximaba y el día después de que se incendiara el valle el juez me dio un ultimátum. Podía unirme al ejército ese mismo día, largándome de allí a toda velocidad, o bien me vería acusado, junto con media docena más, como cómplice de un asesinato. Nadie llegó a ser juzgado por ello. La muerte de la chica se atribuyó al incendio, junto con las otras muertes registradas. Nadie puso en duda que Louis tuviera derecho a la tierra cuando la reclamó. Se apoderó de lo que quiso, aplanó el sendero con máquinas y vivió luego en este sitio, olvidado de Dios, hasta que murió.

—¿Y la pianola? —dijo John un instante después—. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Nunca pude estar seguro. El día en que te llevé aquí conmigo, dijo que deseaba incluirla en su testamento, que pensaba dejármela y entonces yo le dije que había bastantes probabilidades de que yo me fuera primero al otro mundo. ¿Qué pasaría entonces? Ya te he dicho que estaba loco. Se puso como una fiera y me la vendió por un dólar. Él conservó la factura de la venta. Si me moría primero la haría pedazos y si era él quien moría primero, entonces era legalmente mía.

—Mató a Josiah Wald —dijo John lentamente.

—Sí. Enterró a la chica y volvió al valle, dando inicio al fuego. Cuando Josiah

vino corriendo le apuntó con una pistola y se lo llevo. Nunca lo supe hasta el día en que volví contigo —miró a su hijo con un brillo de astucia en los ojos y añadió—: Ese día oíste algo, pero luego lo negaste. Siempre me he preguntado cuánto llegaste a oír y qué significado tuvo para ti.

—Creí que era el delirio de un loco. Me asustó. ¡Toda esa charla sobre la chica de la pradera! —Miró su reloj y de pronto se puso en pie. ¡Lorna! Se había olvidado de ella y llevaba más de dos horas ausente.

Lorna estaba sentada entre la hierba, intentando pensar en lo que debía hacer. Largo tiempo antes, se había hecho una especie de sombrero, trenzando tallos de hierba y sujetándolos entre sí mediante tiras que había arrancado de su camisa. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Qué hacen los animales cuando el sol sube en el cielo y el calor aumenta? ¿Se entierran en el suelo, se ocultan en sus madrigueras, esperan a que lleguen las sombras y se enfríe el aire? ¿Esperan a que el mes siguiente o al otro empiece a llover? Se dobló, apretando la frente contra las rodillas. Nada de lágrimas, ahora no. No podía permitirse malgastar el agua que perdería con esas lágrimas. Finalmente se puso en pie con un esfuerzo y empezó a caminar de nuevo. Parecía increíble que hubiera podido perderse, cuando los senderos eran tan claros y fáciles de seguir, cuando sabía que yendo hacia el este llegaría hasta la carretera. Había ido hacia el este durante mucho rato, pero no había llegado a la carretera. En una ocasión había visto media docena de pájaros negros con los bordes de las alas rojizos, como si estuvieran heridos, cubiertos de sangre roja y brillante, y había empezado a correr tras ellos. Estarían dirigiéndose hacia los campos de grano, hacia el este y hacia la carretera. Entonces, asustados, los pájaros se esfumaron y ella se detuvo, rodeada por la hierba, sin ver señal alguna de los senderos. Se había obligado a no moverse y a pensar antes. ¿Qué le había dicho John MacLaren? Puedes leer en la hierba, si te dedicas realmente a observarla. Se obligó a estudiar lo que la rodeaba y sólo después de eso empezó a buscar nuevamente el sendero. Tardó largo tiempo en hallarlo y si la hierba hubiera estado algo menos seca, si ella no hubiera avanzado antes con tanto ímpetu por él, rompiendo los tallos, quizá nunca hubiera vuelto a encontrarlo. Ahora sólo salía de él para descansar de vez en cuando entre la hierba.

¿Por qué había tantos senderos? Louis Castleman tuvo que estar loco. Algunos de los senderos seguían rumbos inciertos, como un pájaro que rebuscara entre el follaje, giraba, daba vueltas sin llegar a ninguna parte y se cruzaban unos con otros. No había mojones ni señales para orientarse. Cambiaban, se desvanecían o se alejaban continuamente de ella. Y sólo quedaba la hierba. La siguiente loma, pensaba, el siguiente lugar un poco más alto, desde el cual pudiera examinar el terreno, allí encontraría una roca plana y haría un mapa o algo... y entonces oyó voces.

—¡Por el amor de Dios, dispárame de una vez y acabemos! —Era una ronca voz masculina, algo pastosa.

Lorna se dejó caer de rodillas entre la hierba y encogió el cuerpo cuanto pudo.

—Aún no estoy decidido —dijo una segunda voz. Era casi tan ronca y áspera como la primera.

—¡Dios! Suéltame. Acabaremos muriendo los dos aquí.

—¡Cállate!

Entonces pudo verlos. Eran dos hombres. Uno llevaba las manos atadas a la espalda y el otro sostenía el extremo de la cuerda que le ataba. Lo llevaba cual si fuera un caballo. El hombre atado de manos se tambaleaba y caía; el otro seguía caminando, arrastrándole por entre la hierba, hasta que recuperaba el equilibrio, mientras sollozaba y lanzaba maldiciones. De pronto se lanzó sobre el hombre que le conducía y éste se echó a un lado, dejándole pasar ante él y dando luego un tirón a la cuerda. El hombre atado se derrumbó en el suelo y luego luchó por incorporarse mientras su captor caminaba hacia otra dirección.

Lorna contuvo el aliento hasta que los perdió de vista. Alzó cautelosamente la cabeza y escuchó y luego, aún más cautelosamente, les fue siguiendo a través de la hierba. Cuando les vio de nuevo estaban en una cañada, con el hombre atado sujeto a un peñasco y el otro perdiéndose ya en lo alto del risco.

—¡No me dejes aquí! ¡Louis, no me dejes aquí!

Habría hecho algún ruido. El giró la cabeza y la vio.

—¡Agáchate! ¡No dejes que te vea! Está loco, ha perdido la cabeza.

Su voz era un murmullo ronco que parecía estar dentro de su cabeza, no en la cañada. Alzó los ojos desesperadamente hacia el risco y luego volvió a mirarla con tal fijeza que ella no pudo apartar la vista de él. Tenía los ojos de ese increíble color azul que poseen los lagos de montaña e incluso ahora, sin afeitarse y sucio, ella pensó que era muy hermoso y, casi sin quererlo, fue hacia él.

—¡Agáchate! ¡Escóndete detrás de las rocas y ven por ahí!

Ella dio un paso vacilante.

—Escucha. Tengo dinero. Montones de dinero, más del que nunca hayas podido soñar. Te lo daré, te lo daré todo. ¡Por favor, ayúdame! ¡Desátame!

Ella dio otro paso y luego otro más.

—Pretende arrastrarme por entre la hierba, bajo el sol, hasta que los dos nos caigamos muertos. ¿Sabes lo que es morir de sed tendido bajo este sol, atado a un muerto o a un maníaco que delira? ¡Ayúdame!

—No morirá —susurró ella, tan suavemente que sus palabras apenas si lograron llegar a sus propios oídos—. Vivirá y recorrerá este sendero durante el resto de su vida.

Una risotada de loco sonó en lo alto del risco.

—¿Has oído eso, Josiah? Te dije que recibiríamos una señal. Si quiere ayudarte, no se lo impediré. De lo contrario seguiremos andando, Josiah, seguiremos andando tú y yo...

Miró hacia el risco, allí donde se alzaba una sombra negra recortada contra el resplandor del vacío. Y luego se encontró cayendo, cayendo dentro del cielo.

John MacLaren subió con paso rápido a una colina para examinar la pradera que le rodeaba. Pensó que era muy extraño cómo había logrado expulsar de su mente el recuerdo del día en que había venido aquí con su padre, hacía veinticinco años. Había decidido que Louis Castleman era un chalado y, con la arrogancia de la juventud, se había olvidado para siempre de él.

Ese día había estado bajo los álamos, aburrido, sintiendo el calor, y las voces se habían transmitido hasta él con mucha claridad, como ocurre a veces en la pradera. Castleman parecía delirar y su padre gritaba de vez en cuando.

—Quería pegarle un tiro y tenía la pistola, pero no podía hacerlo, eso es todo. No podía decidirme a ello. Era el diablo y tú lo sabes y merecía que le pegaran un tiro y yo no podía hacerlo.

—Entonces, ¿por qué no le entregaste al sheriff, maldito idiota?

—Tampoco podía hacer eso. El juez y yo hicimos un trato. Y ese diablo habría ensuciado a todo el mundo: a ti, al juez, a mi chica, a todo el mundo... convertía en basura todo lo que decía y todo lo que tocaba. Eso es lo que habría hecho ese diablo... Así que caminamos y yo intenté rezar y olvidé las palabras y entonces llegó ella. Dios sabía bien que era inocente. El diablo no pudo robarle esa inocencia, no importaba lo que hubiera hecho con ella. Dios lo sabía y me la envió como señal y ella me dijo qué precio debería pagar y era justo. Era un precio muy justo, si con él borraba al diablo de la faz de la Tierra. Y luego Dios se la llevó otra vez a su cielo.

John pensó que había pasado toda su vida oyendo palabras semejantes y que siempre había hecho caso omiso de ellas, sin considerar qué tragedias personales podían ocultarse entre ellas y qué terrores auténticos disimulaban. Llegó a lo alto de la colina y contempló la pradera y los enloquecidos senderos que iban y venían, sin ningún destino definido, intentando durante un segundo encontrar un plan al que pudieran ajustarse. No había plan alguno. Y entonces vio a Lorna moviéndose por entre la hierba. No estaba en un sendero, pero andaba en línea recta hacia la casa cual si supiera exactamente dónde estaba.

Permaneció observándola durante varios minutos. ¿Antes había preguntado si estaba pasando una crisis de madurez?, él pensó que se burlaba. Sí, le dijo mentalmente, viendo cómo avanzaba con facilidad por entre la hierba. Le gustaba la grácil soltura de su paso, el modo en que sostenía erguida la cabeza. Le complacía que hubiera tenido el suficiente sentido común para tejerse un sombrero con hierba y protegerse del sol. Lo conseguiría, pensó moviendo la cabeza al sentir cómo la frase volvía a él, sacada de los labios del juez, muchos años antes de que esa chica hubiera nacido y vivido.

Entonces la saludó con la mano y ella le devolvió el saludo.

Se reunió con ella al pie de la colina.

—¿Te encuentras bien? Acabé preocupándome.

—Estoy bien. Me perdí durante un rato, pero luego yo... llegué hasta un sitio más alto y desde allí pude ver la casa. —Se dio cuenta de que no podía contárselo. No le

conocía lo bastante bien; no entendía lo sucedido tan bien como para explicárselo a otra persona y no podía convertir lo que había pasado, en un agradable tema de conversación. De pronto el silencio de los dos se hizo incómodo y volvieron a la casa sin decirse ni una palabras más.

Vio cómo ella bebía ávidamente. Vio cómo la cuidadosa neutralidad de su padre se iba convirtiendo en aceptación y supo que la chica, a la que había visto en esa cocina por primera vez, la chica a la cual había deseado como un colegial, se había ido, quizás extraviada en la pradera. Y estaba temiendo que se había enamorado de la mujer que la había reemplazado.

Después de que ella hubiera saciado su sed, David MacLaren dijo que deseaba llevar la pianola hasta el sendero y quemarla. Nadie le puso objeciones a ello. En la camioneta llevaba una carretilla y algunas cuerdas; podían acercar la camioneta hasta el porche y no le importaba en lo más mínimo los golpes que pudiera recibir ese maldito trasto, cuando lo metieran dentro de ella. Una hora después, inmóviles, vieron cómo las primeras llamas prendían en la madera y se alzaban hacia el cielo. Habían traído cubos de agua, una escoba y un rastrillo e incluso mantas, que habían empapado antes en agua, aunque ya se estaban secando. Sabían que si el fuego prendía en la hierba de la pradera todo ardería. Nadie había hecho mención de ello y guardaron silencio, mientras contemplaban el fuego. La parte trasera de la pianola reventó con un golpe seco y fajos de billetes brotaron de ella, para caer en el fuego y arder. Nadie hizo gesto alguno para salvarlos.

«El dinero del diablo», pensó John, viendo cómo los billetes se enroscaban entre las llamas, hasta convertirse en ceniza. No quería llevarse con él nada que perteneciera a este lugar.

«No lo he ganado», pensó Lorna viendo cómo ardía. ¿Había tenido acaso dónde elegir? ¿Era posible su intervención entonces? El no tener una respuesta le había ensombrecido los ojos, aunque aún no se daba cuenta de ello.

Cuando el fuego quedó reducido a cenizas humeantes, John cavó un agujero en el camino. La tierra estaba demasiado apretada como para que le fuera posible llegar muy hondo, pero bastó para meter dentro las cenizas, con ayuda del rastrillo, echar luego agua sobre ellas y, finalmente, volver a cubrirlo con la tierra pálida y descolorida por el sol.

—¿Vendrá a visitarnos? —le preguntó David MacLaren a Lorna, apretándole la mano—. Me gustaría que conociera a mi esposa.

—Sí —dijo ella—. Gracias.

Le aseguró a John que se tomaría el viaje de vuelta con tranquilidad. El Buick era cómodo y ahora no tenía prisa alguna.

Quería tiempo para pensar, mucho tiempo.

Lorna y John se quedaron sentados en el primer peldaño del porche delantero, allí donde los álamos daban más sombra. Le habían dicho al padre de John que vigilarían durante un rato el lugar del camino donde habían enterrado las cenizas.

—¿Hambrienta? —preguntó él, pensando en su mantequilla de cacahuete con sardinas.

Ella pareció sorprenderse y luego asintió. John entró en la cocina y sacó cuanto de comestible pudo encontrar. Ahora el silencio era amistoso, no incómodo.

—Me gustaría tener tu dirección —dijo él después de que hubieran comido.

—Bien. Pero todavía no es fija.

—La mía, sí lo es.

Ella se volvió para dedicarle una de sus largas y escrutadoras miradas y luego asintió. Le alegraba que él hubiera comprendido que ahora podían tener una relación en donde no importara la edad, aunque no supieran dónde acabaría llevándoles. También le alegraba que pudieran moverse con los mesurados ritmos de la propia pradera, tomándose el tiempo que ambos necesitaban, antes de que llegara el momento de adoptar alguna decisión. Y lo que más alegría le causaba era que ninguno de los dos había exigido respuestas, que mediante un acuerdo silencioso habían llegado a la conclusión de que primero debían encontrar las preguntas adecuadas y que para ello quizá se precisara toda una vida.

Apoyó su cabeza en el poste de la barandilla y se dedicó a escuchar el susurro de la hierba, sin saber que para él esos sonidos eran como un cántico que su corazón no podía contener.

SUZY MCKEE CHARNAS: «Escuchando a Brahms»

Suzy McKee Charnas ha ganado el premio Nebula en la categoría de novela corta. Sus relatos, no muy numerosos pero siempre excelentes, han aparecido en *New Dimensions*, *Omni* y *New Voices*. Es más conocida por sus novelas *Caminando hacia el fin del mundo* (su primera novela, que recibió críticas favorables de Marge Piercy y William S. Burroughs), *The Vampira Tapestry*, *Motherlines* y la reciente *Dorothea Dreams*.

Esto es lo que escribe sobre «*Escuchando a Brahms*».

Visto lo que produzco en ese género, a duras penas si puedo calificarme como escritora de cuentos. Pero, de vez en cuando, algo no tan abultado como una novela logra encontrar un modo de que lo ponga por escrito. Brahms es uno de esos casos. Este cuento empezó con una conversación que oí durante un concierto en 1981. Lo que había oído me produjo en ese momento una profunda impresión que se negó a desaparecer con el tiempo. Sabía que tenía algún significado, pero no lograba dar exactamente con él y, cuando intenté escribirlo como una narración pura y simple acabé obteniendo lo que sólo era una anécdota. Por lo tanto, lo dejé de lado e intenté olvidarlo, aunque sin demasiado éxito. Lo cierto es que tenía un significado.

Obedeciendo a un impulso repentino, me puse a reescribirlo en la primavera de 1985 y me encontré desarrollando, con gran rapidez y sin problemas, lo que luego reconocí como el esqueleto y las entrañas de una larga novela, amarga y melancólica, tremendamente comprimida. Dicha brevedad era esencial para que los aspectos menos agradables de la historia pudieran ser introducidos de modo disimulado —se podría decir que entraban bailando—, de modo que afectaran al lector (ésa era mi esperanza) pero le dejaran con vida y no aporreado hasta la muerte con horrores inmensos y derroches de melancolía. Naturalmente, es ahora cuando soy capaz de ver todo esto. En aquel momento no había estructurado nada y me limitaba a dejar que mi narrador contara su historia. La hice en dos semanas y la vendí en otras dos, lo cual contradice directamente el antes mencionado y bien conocido hecho de que no soy una escritora de cuentos.

Unas semanas después, estaba revisando algunas notas que conservo sobre los sueños que soy capaz de recordar y me encontré con el relato de un sueño (que precedía a la escritura de Brahms en aproximadamente un mes) en el cual un lagarto humanoide que andaba sobre las patas traseras, y yo manteníamos una prolongada conversación de la cual ni una sola palabra

había logrado perdurar en mi mente consciente. Pero quizá todo eso afectó a la parte del cerebro que se ocupa de tales cosas, de forma que en efecto ya me habían contado la historia (o me la había contado yo misma), lo que me permitió plasmarla luego, en su versión concentrada, sobre el papel.

Fuera cual fuese el mecanismo, creo que la forma de cuento le va excelentemente bien a este material y me felicito por haber logrado producir una novela sin haberme tenido que pasar, como de costumbre, tres años de mi vida creando un libro a toda escala. Me encantaría poder hacer otra vez algo semejante (me refiero al proceso, no al producto final), pero dado que mi modelo de funcionamiento consiste precisamente en rehuir los modelos de funcionamiento, no es demasiado probable que llegue a hacerlo. Pero fue magnífico mientras duró y me gusta pensar que el resultado final paga una pequeña parte de la deuda que tengo con la música que me ha alimentado y sostenido durante tantos años.

* * *

Entrada 1: Ya han despertado a Chandler y Ross. Yo fui el tercero. Se suponía que yo tenía que ser el primero, para poder controlar así los datos del resto de nuestra tripulación durante el sueño frío pero, ¿cómo podían saberlo esos alienígenas?

Nuestra nave está llena de criaturas con unos ojos bastante raros y piel arrugada cubierta de pequeñas escamas: se parecen mucho a unos lagartos que andarán sobre sus patas traseras. Tienen la piel de un color grisáceo o verdoso, algunas veces incluso azulado. En sus rostros no hay ni rastro de vello y sus rasgos son tan suaves que dan la impresión de haber sido pulimentados. Los primeros que me encontré llevaban pelucas, vestían ropas muy ligeras y se adornaban con bandas llenas de medallas. Estaba demasiado aturdido reír y ahora no tengo demasiadas ganas de hacerlo. Una vez hubieron terminado las formalidades, todos se pusieron trajes espaciales. Sigo esperando que abran el cierre de esos trajes y que luego hagan lo mismo con sus disfraces de lagarto para emerger de ellos como seres humanos normales.

Sigo esperando a que la broma termine.

Hablan inglés, algunos con acento y otros sin él. Tienen las voces más bien roncadas y siempre se dirigen a nosotros en un tono muy suave. Quizá se deba a lo que nos dicen. Dicen que la Tierra ardió, que por eso jamás recibimos nuestra señal para despertar y que seguíamos en el congelador cuando nos encontraron. Chandler les cree. Ross no. No sabré qué piensan los otros hasta que hayan sido descongelados.

Estoy contemplando la Tierra en la pantalla. Sé que los lagartos dicen la verdad, pero tengo la impresión de que, en realidad, no les creo. Casi todo el tiempo pienso que estoy muerto o soy víctima de un sueño terrible.

Entrada 2: Steinbrunner se mató (los lagartos dicen que pese a todos sus esfuerzos por evitar ese tipo de cosas). Sue Anne Beamish, la quinta en ser descongelada, se niega a hablar con nadie. Rechina los dientes constantemente. Cuando anda por ahí, puedo oír cómo le rechinan. Es muy molesto.

El nombre del jefe de los lagartos es Capitán Medianoche. Dice saber que no es el nombre más adecuado para el comandante de una nave espacial, pero le gusta cómo suena.

Al parecer, los lagartos habían estado recibiendo en su planeta natal transmisiones de la Tierra, tanto en radio como en TV, y han utilizado con total libertad lo que les gustaba de ellas. Se les dan nombres nativos pero, si les gusta, luego pueden adoptar nombres del tipo terrestre. Todos los que están en la nave del Capitán Medianoche tienen nombres terrestres. Por suerte los nombres son bastante fáciles de recordar, porque no puedo distinguir un lagarto de otro, a no ser por las etiquetas con los nombres que llevan en sus trajes. A veces les miro y me pregunto si estoy loco. No puedo permitirme ese lujo, no si he de tratar día tras día con cosas que dan la impresión de haber salido de un dibujo animado de Walt Disney.

Nos reviven uno a uno, e intentan asegurarse de que nadie va a cortarse las venas como Steinbrunner. Se las cortó a lo largo y no a lo ancho, para asegurarse de que no podrían salvarle.

Miro por la pantalla lo que resta de la Tierra y dejo que la conversación resbale sobre mí. Allí abajo ya no queda nada. En mi interior tampoco queda ya nada. Lo único que puedo hacer es mirar y mirar; y dejar que la conversación resbale sobre mí. ¿Es posible que haya muerto, después de todo? Siento como si estuviera muerto.

Entrada 3: El Capitán Medianoche dice ahora que, como ya todos estamos despiertos, sería para él un honor inconmensurable que consintiéramos en volver a Kondra, con él y su tripulación, en su nave. *Kondra* es el nombre que le dan a su mundo. Chu dice que ha logrado averiguar dónde se encuentra y cómo es, gracias a lo que ellos cuentan y sigue insistiéndome para que vea su situación en los mapas estelares. No miro los mapas; no me importa. He subido aquí, para hacer estudios sobre la nutrición criogénica en el espacio, no para mirar mapas estelares.

No importa cuál era la misión aquí arriba. Ahora la Tierra es una luna con otra luna. Nutrición ya no significa nada, ya no guarda la menor relación con nada humano. Ya no hay nada que nutrir. Sólo queda esta roca sin aire, igual a todas las demás rocas sin aire que dan vueltas por el espacio.

Tomé los datos que las máquinas recogieron sobre nosotros mientras dormíamos y los tiré. Chu dice que, en ese proceso, le hice bastante daño a parte de nuestro equipo. No pretendía hacerlo, pero mientras lo hice me sentí bien o tuve una sensación parecida al bienestar: borrar información, destrozar el metal... Le he asegurado a todo el mundo que no volveré a causar daños. No conseguí nada y después me sentí como un idiota. No estoy seguro de que me crean. Yo tampoco

estoy seguro de creer en mi propia promesa.

Morris y Myers dicen que no irán con los kondrai. Dicen que quieren quedarse aquí, en nuestra nave, por si ocurre algo ahí abajo o por si alguna otra misión espacial ha logrado sobrevivir y aparece buscando lo que reste de la Tierra. Es probable que sólo quedemos nosotros.

El Capitán Medianoche dice que pueden preparar un sistema de balizas en nuestra nave, para atraer a cualquiera que venga y hacerle saber a dónde nos hemos ido. Me cuenta de que los lagartos no piensan dejar aquí a Morris y Myers para que mueran.

Los kondrai dicen que no vinieron aquí a buscarnos. Tras varias generaciones de recibir transmisiones de la Tierra y preciarlas mucho, las autoridades kondrianas decidieron pedirle prestada una nave a un planeta vecino y mandar una embajada de Kondra a la Tierra, como buena voluntad.

Al fin se ha realizado el primer contacto y sólo quedamos nosotros siete. Es duro para los kondrai. Esperaban encontrar todo un planeta lleno de seres humanos, pegados a sus pantallas y altavoces. ¡Vaya mierda!

Tengo sueños tan terribles que no hay palabras para describirlos.

Entrada 4: En el interior de su nave no tenemos nada para pasar el tiempo. El casco metálico esconde un mundo suave de cuero blando. Tengo largas conversaciones con Walter Drake, jefe de la misión. Walter Drake es una hembra, o eso creo. Walter Pato.^[3]

¿El que pueda hacer un chiste quiere decir que estoy loco?

Me costó un tiempo darme cuenta del error que había en su nombre.

—Oye —dije luego—, es Sir Walter *Kaleigh* o Sir *Francis* Drake.

—No siempre copiamos —dijo ella—. He escogido conmemorar con mi nombre a dos grandes viajeros.

—Y los dos eran machos —dije yo.

—Por eso me olvidé del *Sir* —añadió ella.

Luego soy incapaz de creer en estas conversaciones. Me irrita que el fin del mundo, de mi mundo, sea como un chiste malo con alienígenas dignos de Edgard Rice Burroughs.

Myers y Morris juegan todo el día al ajedrez y no hablan con nadie. A casi todos nos disgusta hablar entre nosotros ahora. Por alguna razón que ignoro, somos incapaces de mirarnos a los ojos. Tenemos una excusa para no mirar a los lagartos de ese modo. Tienen una membrana nictitante y resulta bastante desagradable verla.

Todos los lagartos hablan inglés y, por lo menos, otro lenguaje terrestre. Walter Drake dice que en Kondra hay varios lenguajes, pero que ya no se hablan en los centros de población. La cultura de Kondra, provista de varias ramas principales, es muy antigua. Hubo un tiempo en el cual fue mucho más grande y compleja que la nuestra, según dice, pero luego volvió a ser sencilla y la población empezó a disminuir. La realidad era que la especie había entrado en decadencia. Cuando

nuestras señales fueron recibidas por primera vez, algo cambió. La población empezó a aumentar de nuevo y apareció una generación joven fascinada por la cultura de la Tierra.

Los kondrai más ancianos, que habían vuelto al desierto para vivir como sus antepasados, no hicieron objeción alguna a esto. Perfecto, dijeron, que los jóvenes hagan lo que quieran siempre que dejen a sus mayores que hagan también lo que quieran.

Cuando Walter Drake me habló de todo esto tuve que irme. Había logrado que empezara a pensar en aquellos a quienes había dejado en la Tierra. Ahora todos estaban muertos. No pienso escribir sus nombres. Entonces estaba llorando. Ahora ya he dejado de llorar y no quiero empezar de nuevo. Hace que me duelan los ojos.

Walter Drake me trajo algunas cintas con música que han grabado de nuestras emisiones. Recogen todo lo que pueden de nuestras señales mediante algo llamado el Proyecto Recuperación. Reconstruyen las emisiones, las graban y luego almacenan las grabaciones en un enorme archivo para estudiarlas. Nuestra música clásica tiene una gran audiencia allí.

He estado escuchando algunas suites de Bach. Mi madre tocaba el piano. A veces interpretaba a Bach.

Entrada 5: Sibelius, *Sinfonía número 2 en Do*, Op. 43; Tchaikovski, *Variaciones sobre un tema rococó*, Op. 33; Rachmaninov, *Danzas sinfónicas*, Op. 45; Mozart, *Quinteto para clarinete en La mayor*, K581; Sibelius, *Sinfonía número 2 en Do*, Op. 43.

Entrada 6: Chandler vive, Ross vive, Beamish vive, Chu vive, Morris vive, Myers vive, yo también vivo. Pero eso no cuenta. Quiero decir que para mí no cuenta. No significa nada. ¿Por qué estamos vivos?

Entrada 7: Myers se tragó una pieza de ajedrez. Los lagartos le operaron, no sé cómo, y le salvaron la vida.

Entrada 8: Desperté de un sueño preguntándome si no sería posible que hubiéramos muerto en nuestra nave y mi «vida consciente» en la nave kondriana fuera solamente algún tipo de alucinación posterior a la muerte. Supongamos que murió la Tierra. Eso no supondría diferencia alguna. La gente de la Tierra ha muerto y está en algún otro sitio o quizás haya ido a parar a la nada, pero nosotros estamos aquí. Nos han separado de ellos.

Están en contacto continuo con su planeta natal. Chu siente fascinación por su tecnología de comunicaciones y dice que es incomprensible. Saltos sobre el tiempo o pliegues en el espacio: no lo sé, sólo entiendo de nutrición. Al parecer en Kondra ya están creando sus propios nombres al estilo humano, en vez de limitarse a escoger entre los disponibles. (Podría indicar que Walter Drake fue la pionera de todo esto).

El Capitán Medianoche ha cambiado su nombre. A partir de ahora se le conocerá como Vernon Zeno Ellerman.

Sinfonías de Bruckner y Mahler, una y otra vez, para pasar el tiempo. Walter Drake dice que va a traerme un poco de música nueva, aunque no se lo he pedido.

Entrada 9: Beamish vino y habló conmigo. Parecía enfadada.

—Oye, Flynn —dijo—, no vamos a rendirnos.

—¿Rendirnos ante qué? —dije yo.

—No te hagas el idiota —dijo ella apretando los dientes—. La raza humana no ha terminado, mientras un puñado de nosotros sigamos vivitos y coleando.

Estoy vivo, aunque no sé muy bien por qué razón. (Sinceramente, ya no recuerdo la naturaleza de los experimentos que debía llevar a cabo en nuestra nave). No estoy muy seguro de que siga coleando, y así se lo dije.

Ella sonrió y me dio una palmadita en la rodilla.

—No te preocupes por ello, Flynn. No estoy intentando decir que debas seguir donde te habías quedado con Lily Chu. —Eso ocurrió durante el entrenamiento. Ni siquiera me acordaba de ello hasta que Beamish lo mencionó—. En estos instantes nadie se siente capaz de ello y quizá sea mejor así. Además, las mujeres de este grupo no estamos dispuestas a ser las malditas yeguas de nadie, por mucho que las tradiciones de la ciencia ficción digan lo contrario.

—¡Oh! —dije yo.

Siguió diciendo que los kondrai tenían o podían desarrollar la tecnología necesaria para que tuviéramos niños de laboratorio. Todo lo que debíamos hacer era proporcionarles la materia prima.

Dije que estupendo. Tenía otra de mis terribles jaquecas. Últimamente he tenido bastantes jaquecas.

Después de que se fuera intenté oír algo de música. Walter Drake me trajo *Boris Godunov*, pero soy incapaz de escucharla. No puedo escuchar ninguna música en la cual haya voces. No sé cómo decirle eso a Walter Drake. No quiero decírselo. De todos modos, no es asunto suyo.

Entrada 10: Chu y Morris duermen juntos. Al diablo la teoría de Beamish sobre que nadie era capaz de eso. Supongo que, con Myers todavía incapacitado para jugar al ajedrez, Morris tenía que encontrar algo para pasar el tiempo.

—Lo siento, Michael —me dijo Chu.

Sentí que en mi interior se agitaba débilmente un chispazo de ira que se extinguió de inmediato.

—Está bien —dije yo. Y era cierto.

Chandler ha estado pasando todo su tiempo en la sala de comunicaciones de la nave con otro lagarto, uno que tiene un nombre francés que soy incapaz de recordar. Chandler nos ha contado que está aprendiendo mucho sobre la vida en Kondra.

Cuando se pone a hablar de esa forma, sencillamente me desconecto. Nunca voy a la sala de comunicaciones. Todo eso me da jaqueca. Todo me da jaqueca, excepto la música.

Entrada 11: Estaba seguro de que sería como aterrizar en alguna especie de imitación, un batiburrillo de fragmentos y mentiras copiadas de la Tierra. Por eso me negué a salir de la nave, durante dos días, después de que llegáramos.

Todo el mundo se mostró muy comprensivo. Walter Drake se quedó a bordo conmigo.

—Hemos dispuesto un bonito hotel, en el que podréis estar todos juntos —me dijo—, como los huéspedes de honor que sois.

Finalmente salí de la nave, y fui con los otros, cuando me entregó las grabaciones musicales para que me las llevara. Me había dado una máquina para oírlas. Dejé en la nave la pieza de clarinete de Mozart, ella la encontró y me la trajo. Pero no pienso escucharla. El sonido del clarinete me recuerda a alguien respirando, alguien que ahora está muerto, como todos ellos. No puedo soportar ese sonido.

El hotel estaba en un suburbio de la ciudad, la cual se parecía un poco a Los Ángeles, aunque no tanto como yo había esperado. Debería intentar describir la ciudad en cuanto pase algún tiempo. Hay una parte montañosa, parecida a San Francisco, junto al mar. Pedimos ir allí y nos encontraron una especie de albergue de madera pintada, con un sótano. Morris y Chu se han quedado en el piso de arriba, aunque creo que ya no duermen juntos.

Ross tiene el cuarto contiguo al mío. Ella tiene sus propios problemas. Cuando pisó Kondra por primera vez, vomitó. Vomita casi cada día, dice que no puede evitarlo.

Recibimos invitaciones para ir a muchos sitios y para participar en esto o en aquello, pero los lagartos no insisten nunca demasiado. Son condenadamente considerados y respetuosos. No voy a ningún sitio. Me quedo en mi cuarto y escucho la música. Handel me ayuda a dormir.

Entrada 12: Han pasado cuatro años K y medio. Dejé de escribir en este diario porque Chandler me enseñó el suyo. Mantenía un registro detallado de cuanto nos ocurría, de lo que había ocurrido y de lo que pensaba iba a ocurrir en el futuro. Luego Beamish hizo circular su versión y la doctora Birgit Nilson, el lagarto que se encarga de nuestra salud mental, empezó a darnos ánimos para que todos contribuyéramos, en la medida de lo posible, a un proyecto de «historia viviente».

Me incomodaba enseñarle a alguien mis comentarios. No soy un escritor ni un artista, como ha resultado ser Myers. (Aquí sus cuadros tienen una enorme demanda y en estos momentos cuenta con un auténtico rebaño de estudiantes kondrianos). Si Chandler y Beamish ya lo estaban anotando todo, ¿para qué iba a perder el tiempo haciendo lo mismo?

Historia viviente... ¿de qué, para quién?

Tampoco me gustó lo que Chandler escribió sobre mí y Walter Drake. Sí, me acosté con ella. Uno de nosotros lo habría intentando más tarde o más temprano, con un lagarto o con otro. Sencillamente, yo fui el que lo intentó. Tenía mejores razones que los otros. Walter Drake había sido muy buena conmigo.

Sí, podía hacerlo (aún puedo). Pero la idea de irme a la cama con Lily o Sue Anne hacía que se me erizara el vello aunque hubiera sido incapaz de explicar el porqué. Cuando estaba en la nave kondriana solía masturbarme y luego contemplaba la sustancia que me cubría la mano y me preguntaba qué diablos estaba haciendo eso ahí. ¿Acaso mi cuerpo ignoraba que mi mundo había desaparecido junto con mi raza y mi especie?

El sexo con Walter Drake es distinto al sexo con una mujer. Eso es parte de lo que me gusta en ella. Y también hay otra cosa. Walter Drake no llora cuando duerme.

Walter y yo funcionamos bastante bien. Durante un par de años estuve viajando en solitario a expensas del gobierno (como todo lo que hacemos aquí), por todo Kondra. Cuando volvía, Walter me estaba esperando así que, al final, nos fuimos a vivir juntos y yo dejé el albergue. El tiempo pasó como en un cuento o en un sueño. Ya no recuerdo gran cosa de ese período. Escuchábamos mucha música juntos. Pero nunca nada con flautas o clarinetes. Música de cuerda, percusión, piano y viento, aunque este último sólo cuando está mezclado con otros sonidos... eso es lo que me gusta. Montones de cosas ligeras, Dukas, Vivaldi, Milhaud.

De todos modos, ese período ha terminado. Después de tanto tiempo aquí, Chu y Morris se han suicidado juntos. Usaron una vieja y enorme pistola que uno de los dos debió esconder durante todo este tiempo. Probablemente fue Morris. Siempre tuvo un cierto estilo de macho presumido.

Beamish va dando vueltas de un lado a otro diciendo, «¿por qué?, ¿por qué?». Al principio pensé que era la pregunta más estúpida que había oído en toda mi vida. Me preocupaba seriamente que, después de todos esos años, la comida y el agua de Kondra hubieran podido dañar su mente, a través de alguna extraña reacción alérgica.

—Flynn, estábamos tan cerca —dijo luego—. ¿Por qué no pudieron esperar? Yo no les habría dejado hacerlo.

Siempre se me olvida que está en el proyecto del laboratorio. Dice que va bien. Trabaja muy duro con todo un equipo kondrai dirigido por el doctor Boleslav Singh, preparando el entorno cultural para los niños que está cultivando. Siempre vuelve agotada tras largas discusiones con Boleslav Singh, Birgit Nilson y otros doctores sobre el equilibrio entre información terrestre e información kondriana que se debe dar a los bebés humanos. Beamish quiere convertir a los bebés en pequeños visitantes. Dice que es providencial que nos encontraran los kondrai, una raza que ha logrado recibir y conservar limpiamente todo lo que nuestra cultura y nuestro pasado nos han transmitido. De ese modo, tenemos ahora todo el material esperando a que sea usado para salvar el vacío que hay en la historia de nuestra raza. «El vacío», así lo

llama ella. Tiene un plan a largo plazo para tener dispuesta una nave que los bebés puedan utilizar cuando crezcan y quieran hallar otro planeta al que convertir en otra Tierra. Todo eso me parece una locura. Pero tiene derecho a ello. Todos tenemos derecho.

He vuelto otra vez al viejo albergue. Siento que es mi deber, ahora que somos tan pocos. Walter ha venido conmigo.

Entrada 13: Conciertos para piano de Mozart, especialmente las versiones de Alfred Brendel, durante toda la tarde. Después de todo he llevado a cabo la misión que tenía. He respondido a la pregunta: ¿qué desayuna un terrestre congelado? La respuesta es música. ¿Y para comer? Música. ¿La cena? Música. Este terrestre congelado sigue viviendo a base de música.

Entrada 14: Un año y medio juntos en el albergue y Walter Drake y yo nos hemos separado. Quizá no tenga nada que ver con el hecho de estar en compañía de otros seres humanos. El divorcio se está volviendo algo muy común entre los kondrai jóvenes, al igual que algo parecido al pelo. Solían llevar pelucas. Ahora han encontrado un medio para que les crezca una especie de plumón en las cabezas, los sobacos, etc.

Cuando Walter apareció con una hermosa capa de vellón claro sobre su cabeza le dije que recogiera sus cosas y que se fuera. Dice que lo entiende y que no me guarda rencor. No entiende absolutamente nada, ¡maldición!

Entrada 15: Los bebés de Beamish, que nunca fui a ver, han muerto de una infección que barrió a todo el grupo en tres días. El equipo médico de kondrai que los cuidaba, también la atrapó, aunque ni uno de ellos ha muerto. Algunos se han quedado ciegos a resultas de ella, puede que de forma permanente.

Myers tomó fotos de los pequeños cadáveres. Está haciendo cuadros a partir de sus fotos. ¿He anotado ya que el tragarse una pieza de ajedrez no mató a Myers? Quizás habría sido mejor, pero da la impresión de que nada puede matar a Myers. Es duro como el cuero curtido, pero ya no juega al ajedrez desde que Morris se suicidó. Hay kondrais que juegan muy bien, pero Myers rechaza todas sus invitaciones. Al menos, eso es algo que habla en su favor.

Lo único que hace es tomar fotos y pintar.

No siento realmente demasiada pena por lo de los bebés. No sé qué habría sido peor, si verlos crecer como un grupito de alienígenas sin hogar entre los lagartos o ver cómo se adaptaban hasta convertirse en pseudo kondrais. No me gusta pensar en cómo les habríamos explicado que el mundo, al cual realmente pertenecían, se había ido al infierno hecho pedazos. (Lily Chu es la que se encargó de examinar las señales que los kondrai lograron recoger y puso en claro el curso de los acontecimientos. Eso ocurrió justo antes de que se suicidara). Dormimos durante el fin de nuestro mundo. Eso ya es bastante malo, pero aún resulta peor tener que hablar de ello. Ahora nunca

hablo de ello, ni tan siquiera con los kondrai. Con la doctora Birgit Nilson hablo de alimentos, claro, y de salud. Me parecen temas aburridos y absurdos, pero coopero por cortesía. Tampoco quiero acabar teniendo problemas de salud, como Chandler, que durante los últimos años ha pasado de una manía hipocondríaca a otra.

Beamish dice que lo intentará de nuevo. Nada será capaz de hacerla parar. Le confió a Ross lo que pensaba sobre la muerte de los bebés: cree que los kondrais les dejaron morir deliberadamente, puede que incluso les infectaran a propósito.

—No quieren que revivamos nuestra raza —le dijo a Ross—. Están intentando ocupar nuestro lugar. ¿Por qué deberían ayudar a que la auténtica raza vuelva a existir?

Ross me contó que Beamish quiere que ella le ayude a buscar algún medio para huir de Kondra, ¡sólo Dios sabe adonde! Ross está preocupada por Beamish.

—¿Qué pasará si pierde la cabeza del todo y le clava un cuchillo a un médico inocente? —dice—. Puede que entonces los lagartos nos encierren a todos para siempre.

Ross no quiere que la encierren. Se pasa el tiempo tocando el violonchelo, que siempre fue para ella una afición. Los lagartos se mostraron encantados y fue un placer para ellos proporcionarle un instrumento. Dice que es condenadamente bueno. Aún más, ahora tiene a tres kondrais estudiando con ella.

No me importa lo que haga. Me paseo de un lado a otro viendo a los kondrais actuar como nosotros.

Pero sigo teniendo sueños terribles.

La música sinfónica ya no me sirve de nada, ni tan siquiera Sibelius. No puedo oír suficiente música, hay en ella demasiadas voces. Estoy oyendo piezas de cámara. En ellas se puede oír cada sonido, todo lo que ocurre entre cada sonido y el que viene después de él.

Me han dado un pase para entrar en la biblioteca del Proyecto Recuperación. Paso allí mucho tiempo, escuchando.

Entrada 16: Catorce años K más tarde. Beamish acabó consiguiendo tres niños tipo Tierra viables en su último lote. Dos de ellos se ahogaron en un extraño accidente que tuvo lugar en la playa hace una semana. La tercera, una niña llamada Melissa, ha huido. No han logrado encontrarla.

Los tejidos que entregamos ya no responden, aunque Beamish sigue intentándolo. Cuando los kondrais le dan la espalda les llama «caras de serpiente».

Tiene el cabello gris. Yo también.

Los medios de información de Kondra hierven con noticias sobre la creciente tensión entre Kondra y el planeta vecino, con el cual efectúa la mayor parte de su comercio. No sé cómo funcionaba todo en términos económicos pero, al parecer, el mecanismo ha empezado a romperse. Jamás he visto a ningún habitante de ese mundo, llamado Chadondal, salvo en fotos y en los noticiarios de la TV kondriana.

Ahora supongo que nunca les veré. No me importa.

Algo extraño ocurrió con la gripe que mató al primer lote de bebés creados por Beamish. Parece que ha sufrido una mutación hasta convertirse en algo que afecta a los kondrais, del mismo modo en que el cáncer solía afectar a los seres humanos. Esta enfermedad no responde a la cura que los investigadores humanos lograron crear tras haber supuesto que nuestro cáncer no era sino un cuadro de síntomas que enmascaraban otra enfermedad. El cáncer de Kondra es algo distinto.

Se lo merecen.

Entrada 17: Fui a las dunas para echarle un vistazo a los viejos kondrais, los que nunca desearon imitar las costumbres de la Tierra. La mayoría no hablan inglés (la verdad es que apenas si utilizan el kondriano entre ellos) pero no parece importarles que rondes por ahí y te quedes un rato mirándoles.

Viven solos o en comunidad, en aldeas minúsculas y muy primitivas donde sólo disponen de lo más básico. El viejo kondriano típico tiene una pequeña casa de piedra redondeada o puede incluso llegar a vivir en una cueva o un túmulo. Cada día va a buscar su agua y cuenta con un pequeño hornillo alimentado mediante células o hace fuego con madera. Normalmente no tienen ni TV. Caminan de un sitio a otro mirando las cosas o se sientan y meditan o cuidan de sus jardines o se dedican a hacer tallas usando la madera local. De vez en cuando, se reúnen para bailar o para algo vagamente religioso durante lo cual se tuestan al sol o representan obras serias o farsas. Esos actos pueden durar días enteros. Tienen una especie de economía basada en el trueque, a la que se atienen vayan donde vayan durante sus viajes. A veces se ve a los peregrinos en las calles de la ciudad, como si estuvieran dando un paseo. Nunca se quedan mucho tiempo.

Algunos de los kondrais más jóvenes han empezado a prestarle atención a este tipo de vida e intentan crear las mismas condiciones en las ciudades, lo cual es ridículo. Esos jóvenes actúan como si se tratara de algo absolutamente primordial a lo que deben aferrarse para hacer frente a una invasión de costumbres extranjeras. Las costumbres de la Tierra.

Obviamente, se trata de un rechazo a los efectos producidos por el Proyecto Recuperación. Me mantengo al tanto de sus progresos. Todo eso es fascinante y a veces realmente aterrador. El movimiento me recuerda increíblemente a todos esos movimientos fundamentalistas y nacionalistas (los cristianos norteamericanos, los musulmanes del Oriente Medio, o lo que sea) que acabaron por lograr que la vida en nuestro planeta fuera un infierno para tanta gente. Pero si le indicas en qué consiste el parecido, el kondrai antirrecuperación se enfada, porque después de todo están reaccionando justamente contra lo que recuerde a la Tierra.

A veces saco el tema en la conversación sólo para ver cómo reaccionan.

Si estoy hablando con un kondrai que forma parte del movimiento de rechazo invariablemente se enfurece.

—¡No, sólo estamos intentando volver a nuestras viejas costumbres nativas! — dicen. No se dan cuenta de que esta misma pasión es algo a lo cual sólo los humanos y no los kondrais sentían inclinación. Por lo que puedo ver y por mis informes, el fervor, ya sea progresista o reaccionario, es algo ajeno a la cultura nativa de Kondra, tal y como ésta era antes de que empezaran a captar nuestras señales. Su vida era bastante tranquila, muy individualista y bastante aburrida, a decir verdad.

A veces siento el deseo de que les hubiéramos encontrado así y no tal y como ya eran cuando llegamos aquí. Naturalmente que, para empezar, los viejos kondrais jamás nos habrían enviado una embajada.

Hablo mucho sobre todo esto con la doctora Birgit Nilson. No somos exactamente lo que se dice amigos, pero nos comunicamos bastante bien para ser un hombre y un lagarto.

Ella dice que sencillamente han usado la cultura humana para revitalizarse.

Yo pienso en los viejos kondrais que vi dando vueltas en sus jardines, cultivando el tipo de flores que atraen a los herbívoros volantes que comen o, sencillamente, sentados sin decir nada. Me gusta más eso. Si eran una cultura agonizante tendrían que haber seguido adelante hasta morir.

Entrada 18: Ross ha convencido a Chandler para que le acompañe en su música. Ha resultado que tocaba el violín de niño. Practican mucho en nuestro albergue. A veces Ross también toca el piano. Es mejor con el violoncelo. Yo me siento en el porche, contemplando la bahía, y escucho.

Ross dice que los kondrais, como grupo, están fascinados por la representación y el fingimiento. Desde luego cada vez juegan mejor a ser humanos. Piensan en el siglo veinte de la Tierra como la Edad Dorada de la Representación Humana ¿Cómo pueden saberlo? Aquí todo es de segunda mano.

Se me ha pedido que me una a un equipo que va a realizar estudios sobre la nutrición en Kondra Sur, donde tienen problemas en algunas zonas. He rechazado la oferta. No me importa si se mueren de hambre o la razón de ello. Ya vi bastantes imágenes de hambre en la Tierra. Allí la tuvimos y a escala terrorífica. ¡Esa sí que fue una gran representación!

Tampoco quiero irme de aquí, porque entonces no podría oír cómo tocan Ross y Chandler. Interpretan duetos y sonatas y experimentan, no siempre con gran éxito, la forma de adaptar la música escrita para otros instrumentos. Es muy interesante. Ahora que Ross se ha concentrado en dominar el piano tan bien como el violonchelo, su repertorio se ha visto muy ampliado.

No son tan buenos como los grandes intérpretes de la Edad de Oro, claro. Les falta mucho para ello. Pero, de todos modos, les escucho siempre que puedo. Hay algo especial en oír música de verdad. Llegas a desearla.

Entrada 19: Myers ha partido para hacer una gira mundial. Se ha convertido en un

artista tan famoso que ahora tiene rivales y algunas de esas escuelas rivales son dirigidas por artistas que él mismo ha enseñado. Ahora se pasa todo el tiempo con las serpientes que fingen ser artistas, críticos y estetas. Apenas si pasa tiempo en el albergue y tampoco viene a visitarnos.

Sue Anne Beamish y yo nos hemos ido a vivir juntos al otro lado de la bahía. Desde que encontraron el cadáver reseco de la pequeña Melissa en el vertedero y descubrieron lo que le habían hecho, ha necesitado de alguien junto a ella para que la cuide.

Las autoridades dicen que posiblemente algunos de los Kondrachalikipon (tal y como se hacen llamar ahora los miembros del rechazo a la Recuperación, con un término que quiere decir «regreso a la esencia kondriana») fueron los responsables. Lo que pretendían afirmar con ello es que rechazaban así simbólicamente todo lo que el Proyecto Recuperación ha recuperado y advertían de que Kondra no se convertirá en una Tierra de imitación no sin antes ofrecer resistencia.

Cuando la doctora Birgit Nilson y yo hablamos de esto, le explique el error cometido por los Kondracha, si se trataba de ellos. Tendrían que haber arrojado el cadáver de la niña en los escalones de la Casa Central y luego haber convocado la conferencia de prensa. Pero la próxima vez lo harán mejor, dada la tozudez con que estudian nuestras costumbres.

—Eso ya lo sabía —dijo ella—. ¿Qué nos está pasando?

Se refería a los kondrais, claro, no a ella y a mí. Le gusta pensar que los huéspedes de la Tierra poseemos una sabiduría especial que procede de lo que hemos perdido y de un lazo de sangre místico con la cultura que los kondrais están absorbiendo. Como si yo fuera a perder mi tiempo pensando en todo eso... La doctora Birgit Nilson es una romántica.

No hablo con Sue Anne sobre la muerte de Melissa. No soy capaz de lamentarla lo suficiente y ella se daría cuenta de eso. Dado que antes hubo tantas muertes, ¿qué significa ahora la muerte de otra niña? Después de todo, esa niña jamás habría podido ser humana, dado que para ser humano hay que nacer en la Tierra y ser educado en una sociedad humana, como Sue Anne y como yo.

—Tendríamos que haber hecho volar su nave con nosotros dentro, cuando veníamos hacia aquí —dice ella.

No quiere venir conmigo al viejo albergue para oír cómo tocan Ross y Chandler. Ahora dan conciertos informales por la noche. Voy a ellos, aunque el público se compone en un noventa y ocho por ciento de lagartos, porque ahora me conozco todas las grabaciones de música de cámara que hay en el archivo hasta el extremo de poder identificar el chirrido de una silla en cada recital. Las grabaciones son demasiado fieles. A duras penas si puedo soportar el ruido, semejante a una inhalación, que se oye a veces cuando el primer violinista repite una frase. Con Ross y Chandler es distinto. El que estén allí, tocando, hace que los sonidos de la vida parezcan adecuados.

Siempre hay conciertos interpretados por «artistas» kondrianos, pero nunca voy a ellos.

Para empezar, sé perfectamente bien que los seres humanos no oímos los sonidos generados en el exterior. Nuestro oído interno vibra ante el sonido del exterior y oímos el sonido que éste crea, dentro de la cabeza, en respuesta a esa vibración. Y bien, ¿cómo puede ser el oído kondriano exactamente similar al nuestro? No importa cuan bien hayan aprendido a imitar los sonidos que producen nuestros músicos. Los oídos kondrianos no pueden escuchar lo que escuchan los oídos humanos, cuando se interpreta la música humana. Un concierto kondriano de música humana es una farsa.

Pobre Myers. Se le escapó la ocasión de sacarle fotos al cadáver de Melissa para poder pintarlo luego.

Entrada 20: Ahora dicen que la razón de que en este momento haya tanto crimen y violencia en Kondra, no tiene nada que ver con la explosión demográfica. Una serpiente que se hace llamar Swami Nanda lo ha investigado y cree que la explosión demográfica es sólo un síntoma de una situación más escondida.

Según él, Kondra hizo un «acuerdo astral» para aceptar no sólo a los supervivientes de la humanidad, sino también a las almas de todos los muertos de la Tierra. Las almas de la Tierra en el plano astral, viendo que muy pronto no habría en la Tierra más cuerpos humanos dentro de los que nacer, mandaron una llamada de auxilio pidiendo nuevos cuerpos y un nuevo mundo que habitar. Las almas kondrianas en el plano astral, habiendo terminado prácticamente con su trabajo, en el plano material de Kondra, accedieron a que las almas humanas se encargaran de las instalaciones físicas de aquí, por decirlo de algún modo. Ahora la generación más joven se compone íntegramente de almas terrestres renacidas dentro de los kondrai de este planeta y están recreando las condiciones que les eran familiares en la Tierra.

Le he mandado a ese «Swami» cuatro cartas furiosas. Respondió a la última con gran cortesía y de modo muy extenso, explicándolo todo muy claramente, con las palabras que ha robado para fabricar sus conceptos metafísicos de segunda mano.

¡Oh!, sí; han pasado doce años K más. Creo que bien podría referirme a ellos sencillamente como años. Los años de Kondra son sólo unos cuantos días más cortos que los nuestros y Chandler ha dejado de llevar al día su calendario terrestre desde que anda tan absorbido con la música.

Ross me ha contado que Chandler está componiendo algo.

Cuando me refiero a los kondrais como serpientes, Ross me riñe con tanta paciencia y suavidad como la usada por los kondrais cuando hablan con nosotros. Eso me hace sentir enfermo. Lo cual resulta bastante divertido cuando recuerdo cómo solía vomitar cada día, en los primeros tiempos de nuestra estancia aquí. Sería mejor que se callara y me ahorrara sus advertencias sobre lo malo que es convertirse en un recluso. Malo, ¿por qué? ¿Qué otra situación mejor tengo a mi alcance?

Nadie me enseñó nunca a tocar un instrumento. Mis padres dijeron que carecía de

talento y tenían razón. Sé escuchar y escucho. Estoy cumpliendo con mi trabajo. De no ser por la música ni tan siquiera acudiría al viejo albergue y no hablaría para nada con Ross. Se están volviendo realmente muy buenos, es sorprendente. De vez en cuando paso una semana en el archivo de Recuperación escuchando las interpretaciones realmente grandes que hay grabadas allí, sólo para asegurarme de que no estoy perdiendo el gusto.

No lo he perdido. Mis dos compañeros de tripulación están logrando convertirse en grandes intérpretes, gracias a su casi milagrosa dedicación a la música.

La noche pasada tuve que marcharme a mitad de una sonata de Beethoven, para estar solo.

Entrada 21: Sue Anne tuvo un ataque la semana pasada. Se le ha quedado paralizado el lado izquierdo de cintura para abajo. Estoy con ella casi todo el tiempo, porque me he dado cuenta de que ya no puede soportar tener cerca a las serpientes.

Sé que me echa la culpa por haber cooperado con ellas. Nos pasamos horas y horas con sus investigaciones, dándoles información sobre nuestro planeta muerto. Todos lo hemos hecho. ¿Cómo podíamos negarnos a ello? Dada la cortesía con la cual nos trataban y teniendo en cuenta lo preocupados que estábamos por olvidarnos de la Tierra, ¿cómo podíamos hacerlo? Además, lo cierto es que no teníamos otra cosa que hacer.

De todos modos me echa la culpa, pero no me importa.

Entre los jóvenes kondrais hay ahora una oleada de suicidios. Se reúnen en algún lugar público y se prenden fuego. Y los otros kondrais se quedan inmóviles, contemplándoles como si estuvieran hipnotizados por las llamas. Y no hacen nada.

—Toda vuestra población murió. Muchos de ellos se quemaron en un segundo —me ha dicho la doctora Birgit Nilson—. Eso creó un karma muy fuerte y los que fueron los responsables deben pagar. Tenemos que permitirselo.

—Entonces, usted es una nandista —dije yo—. Swami Nanda y toda su basura sobre la reencarnación.

—No veo otra explicación —dijo ella.

—Entonces, ¿para usted todo eso tiene sentido? —le pregunté.

—Sí. —Se acarició la mejilla con sus pulidas garras de color naranja—. Es un contrato de alquiler. Les hemos prestado a ustedes nuestro hermoso mundo material y los cuerpos de nuestra especie, a cambio de sus almas llenas de energía y su rica y apasionada cultura.

Son ellos quienes están locos, en vez de nosotros.

Entrada 22: Un joven lagarto de ojos enloquecidos, con las plumas de la cabeza teñidas de azul, le disparó esta mañana a Swami, con una vieja pistola de dardos.

Le cogieron. Lo hemos visto en los noticiarios. El aprendiz de asesino contemplaba la cámara, con la mueca burlona de un auténtico punk de la Tierra. Sue

Anne le ha devuelto la mirada con odio y un resoplido despectivo.

Entrada 23: He soñado con mi madre sentada al piano, pero sus manos eran como las de un kondriano. Sus dedos eran demasiado largos y sus uñas parecían garras. Su piel estaba cubierta por diminutas escamas azuladas.

Creo que estaba interpretando a Chopin.

Entrada 24: A veces deseo haber nacido escritor para poder hacerle justicia a todo esto. Puede que tenga alguna utilidad como superviviente.

Debo fijarme más en Sue Anne. De no ser por la suerte, habría logrado crear una nueva posteridad, a partir de nosotros.

Myers se dedica estos últimos tiempos a los grabados, pero ya no son sobre temas de la Tierra, por mucho que los kondrais le suplican que se concentre en temas «nativos» para él. Dice que sus recuerdos de la Tierra ya no son dignos de confianza y, además, ahora las imágenes de Kondra son imágenes nativas para los ojos de las almas de la Tierra que han renacido. No acepta abiertamente el nandismo y anda por ahí haciendo paisajes kondrianos, retratos y cosas parecidas. Bueno, al menos nadie echará de menos todo eso en mi diario.

Siempre pueden echarle un vistazo a los cuadros de Myers.

Walter Drake murió el invierno pasado de cáncer kondriano. Fui al funeral. Por primera vez usé el maquillaje.

Myers, ese hijo de perra arrogante, ha condescendido a compartir un secreto conmigo. Se pinta la cara y luego utiliza un postizo con plumas (también puede servir cortarse el pelo casi al cero) para andar de incógnito entre las serpientes y de ese modo puede observarlas sin ser molestado. La edad ha suavizado sus rasgos y le ha enflaquecido, hasta hacerle semejante a la mayoría de los kondrais. Lleva años haciendo eso. Bueno, mejor para él. ¡No hay más que fijarse en lo que ellos han logrado en ese terreno!

El disfraz tiene sus ventajas. No me había dado cuenta de cuan grande era la continua presión de ser observado todo el rato, cuando me encontraba entre ellos, hasta que logré desprenderme de la misma.

—Cenizas a las cenizas y polvo al polvo —dijeron.

Sentí que se me iba la cabeza y tuve que sentarme.

Entrada 25: Cuatro años más. La doctora Birgit Nilson me ha dicho que mi corazón sigue portándose bien. Me puse el maquillaje y fui por los bares, viendo la TV con los kondrais, pero no lo hago demasiado a menudo. A veces logran ponerme condenadamente nervioso, pese al mucho tiempo que llevo aquí. Olvido lo que son y qué soy yo. Olvido quién soy. Me da miedo pensar en la senilidad.

Cuando vuelvo a casa, Sue Anne me observa con su expresión de cinismo y siento que todo vuelve a su lugar. Le pongo grabaciones de Dvorak. También de Schubert. Le gustan más los franceses, sin embargo. Yo los encuentro superficiales.

Para oír a Brahms, Beethoven y Mozart siempre voy al vejo albergue. Voy cada vez que tocan Ross y Chandler. Mientras suena la música, el llanto constante en mi interior se hace tan grande, tan doloroso y tan bello que no pudo contenerlo. Entonces sale de mi interior durante un rato y me siento como cambiado y recuperado. Es sólo una ilusión, pero es maravilloso.

Entrada 26: El pobre Myers se vio atrapado en un disturbio religioso al otro lado del mundo. Una turba de kondracha le golpeó hasta matarle. Supongo que no se habría maquillado demasiado bien. La doctora Birgit Nilson, muy envejecida y con bastón, vino en persona para disculparse. Yo acepté sus disculpas en nombre de los viejos tiempos.

—Cogimos a dos de ellos —me dijo—. Eran los jefes del grupo Kondracha que mató a su pobre señor Myers.

—Mis kondrachulaciones —dije. No pude contenerme.

La doctora Birgit me miró fijamente.

—Perdóneme —dijo—. No tendría que haber venido.

Cuando se lo conté a Sue Anne, me dio una bofetada en la cara. En los últimos tiempos, ni tan siquiera su brazo bueno tiene mucha fuerza. Pero me molestó el que me pegara y le pregunté por qué lo había hecho.

—Porque estabas sonriendo, Michael.

—No se puede llorar todo el tiempo —dije.

—No —dijo ella—. Ojalá se pudiera.

La doctora Birgit Nilson dice que los kondrais están componiendo ahora música en los estilos clásico, popular y «primitivo», usando en todos ellos como modelo la música de la Tierra. No he oído nada de su nueva música. No quiero oírla.

Entrada 27: Al menos Sue Anne no vivió para ver esto. Han empezado a injertar lóbulos en los feos agujeros de sus orejas.

No, eso no es realmente noticia. Lo que sí es realmente noticia es lo ocurrido en Kondra Sur, donde una escisión de extremistas kondracha creó una especie de estado purista, una Kondra primordial, hace ya algunos años. Sólo utilizan su versión de los métodos agrícolas de la vieja Kondra, la cual al parecer no es demasiado fiel. Con las lluvias del verano se han quedado rápidamente sin suelo fértil por la erosión.

Ahora han empezado a matar a los recién nacidos, para tener menos bocas que alimentar. El pretexto es que esos recién nacidos se parecen a los seres humanos y son parte de la terrible mácula que todo lo terrestre representa para lo puro. La tesis oficial de los Kondrachalikipon es que por el momento están teniendo lo suficiente para comer, muchas gracias. La verdad es que parece ser que hay hambre a gran escala e infanticidios.

Después de que Sue Anne muriera volví al viejo albergue. Tengo un piso entero para mí y apenas salgo de él. Veo mucha TV kondriana y así me mantengo al día de

lo que ocurre, en su política y en todo lo demás. Me mantengo atento buscando discrepancias que revelen, a cualquier observador inteligente, lo hueca que es su imitación de la humanidad. No encuentro muchas, aunque a veces sea incapaz de controlar mis impulsos más hondos. Los kondrianos afirman que han preservado la cultura humana apropiándose de ella y eso resultaría muy convincente para alguien menos enterado de la situación que yo. Hasta sus programas televisivos me parecen familiares. Los jóvenes kondrais enloquecen por los vídeos musicales y los ensordecedores conciertos de grupos autóctonos, como los Aguante Mínimo o los Muertos de Asco. Miro sin parar la pantalla, buscando errores y deslices. No estoy muy seguro de poder reconocerlos, si veo alguno.

Odio a los lagartos. La echo de menos. Les odio.

Entrada 28: Ross y Chandler han hecho lo impensable. En la última velada musical desvelaron una sorpresa increíble.

Han estado enseñando a dos jóvenes kondrais hasta hacerles alcanzar un grado satisfactorio para ellos (en particular a Gillokan Chukchonturanfis, que toca tanto el violín como la viola).

Los cuatro están planeando actuar en público juntos como el Cuarteto de Cuerda Recuperado.

Quizás habría tenido el estómago necesario para aguantar el Cuarteto de Cuerda de la Tierra Perdida, o el Cuarteto de Cuerda Fantasma o quizá los Restos de un Cuarteto de Cuerda. Pero entonces, claro está, ¿cómo podían figurar en él músicos de Kondra?

Me fui a mitad de la actuación como protesta.

Ross dice que no estoy siendo razonable y que en realidad debería estar contento ya que siendo un cuarteto, ahora tienen mucha más música que poder interpretar. Al infierno con Ross, esa traidora. Chandler puede irse también al infierno.

Entrada 29: Me he cortado el pelo, me he aplicado el maquillaje y he logrado conseguir una entrada, no como Michael Flynn, el terrestre, sino como un kondrai cualquiera. El Primer concierto del Cuarteto de Cuerda Recuperado es el acontecimiento del año en la ciudad. Es un símbolo de cómo la antorcha de la cultura humana pasa a otras manos, o eso dicen. Los kondracha no paran de chillar que es una ofensa. Yo guardo silencio y hago planes.

Los lagartos acuden a la ciudad para el acontecimiento. Ya han estallado dos bombas, que se han atribuido los Kondrachalikipon, claro.

Mientras esos bastardos cubiertos de escamas no me hagan volar antes de que cumpla con mi trabajo...

La pistola está en mi bolsillo. Es la pistola de Morris, que cogí después de que él y Chu se suicidaran. Antes había sido buen tirador. Tengo una butaca cerca del escenario y da al pasillo, con lo cual me deja libre la mano derecha. He sufrido

demasiada amargura durante mi vida. No voy a dejar que se burlen de mí y que me traicionen justamente allí donde estaba mi único consuelo.

Entrada 30: Ahora ya sé para quién he escrito todo esto. Querido doctor Herbert Akonditichilka: no me conoce. Hasta hace muy poco, tampoco yo le conocía. Soy el hombre que estuvo sentado junto a usted en el Carnegie Hall la noche pasada. Hablo de su versión kondriana del Carnegie Hall, claro. Fue reconstruida a partir de las imágenes de la TV, una masa reluciente de cristal y terciopelo rojo y crema, más hermoso que el sitio original pero, en mi opinión, ligeramente inferior en cuanto a la acústica.

Gracias a mi maquillaje usted no se fijó en mí, doctor. Pero yo sí me fijé en usted. Durante esa noche me fijé en todo, empezando por la policía y los kondracha que se manifestaban ante la sala. Pero me fijé particularmente en usted. Logró hacer que no estuviera atento a la música, durante la última sesión de buena música que había esperado oír en mi vida.

Era el *Cuarteto para Cuerda número 1* de Haydn, Op. 77. Tenía la intención de fijarme en el efecto que se produciría en la música, al haber dos kondrais entre los intérpretes, pero su condenado nerviosismo me distrajo.

«Típico de mi suerte —pensé—. Un kondriano que ha venido para presenciar un acontecimiento histórico, aunque es incapaz de sentir nada ante la música clásica de la Tierra». Durante todo el cuarteto estuvo sentado con el cuerpo rígido e inmóvil pero saltando, como en continuos espasmos casi imperceptibles, los brazos, las manos y la cabeza. Cuando acabó la música sentí un gran alivio al ver que se unía a los aplausos y dejaba de removerse. Estaba tan ocupado mirándole que no me di cuenta de que los músicos abandonaban el escenario.

Le estuve observando durante todo el descanso. Necesitaba algo para fijar en ello mi atención mientras esperaba. La segunda pieza era una de mis favoritas, el *Cuarteto para Cuerda número 2* de Brahms, Op. 51. Había elegido la obertura de ese cuarteto como mi señal. Tenía la intención de ocuparme personalmente de que esos dos traidores, Ross y Chandler y de las serpientes a las cuales habían enseñado, no interpretaran jamás a Brahms. De hecho, nadie oiría nunca más a Ross y Chandler interpretando música.

Lo que iba a ser de mí después no lo sabía, ni me importaba (aunque por un instante cruzó por mi mente la ridícula idea de que podía ser rescatado como un héroe por los Kondracha).

Me preguntaba si podía tener algún problema con mi vecino, si podía impedir lo que pretendía hacer cuando sonara la primera nota de la pieza de Brahms y yo empezara con mi plan. Creía que no.

Era usted pequeño y delgado, doctor Akonditichilka, e iba muy bien vestido con su falsa chaqueta, con falsos botones dorados. Tenía una abundante capa de plumón blanco en la cabeza y el rostro bastante rechoncho, para ser un lagarto, y llevaba unas

gafas que le daban un aspecto enorme a sus ojos. Me pregunté si se habría estropeado la vista estudiando los textos reproducidos a partir de las transmisiones terrestres. Por el tono grisáceo de la piel pude darme cuenta de que ya era usted viejo, al igual que gran parte del público, aunque probablemente no tan viejo como yo.

Empezó a charlar con la kondriana que tenía a su izquierda. Por lo que podía oír, me di cuenta de que ya se habían conocido ese mismo día y que ahora ella estaba explorando un poco su nueva relación.

—¡Oh! —dijo—, ¿es usted médico?

—Estoy retirado —dijo usted.

—Debe conocer a Mischa Dos Halcones —dijo ella—, mi acompañante de esta noche. Es médico y está retirado.

El asiento que había a su izquierda estaba vacío. El ex doctor Mischa Dos Halcones quizás estuviera en los lavabos para caballeros o en el pasillo fumando un cigarrillo.

Debe comprender que mi mente se encargaba de traducirlo todo automáticamente, apenas se formaba la idea: imitación de retirado, el médico de imitación Mischa N. (N de Nombres robados). Dos Halcones estaba en la imitación de lavabos o fumando un cigarrillo de imitación.

Su compañera, una imitación de mujer que llevaba una imitación de vestido de lana verde, tenía una peluca blanca con un leve tinte azulado. ¡Dios, cómo solía enfurecerse Beamish ante la tendencia que mostraban las hembras kondrianas a escoger los estilos más tradicionales de los modelos femeninos! Pensé que Beamish habría estado orgullosa de lo que iba a hacer esta noche.

Traje de Lana Verde, cuyo nombre no había logrado entender, le dijo:

—La dama que se encontraba con usted esta tarde en la galería... ¿es su esposa? ¿Dónde se encuentra esta noche?

Usted meneó la cabeza y sus gafas brillaron fugazmente. Me complace que sus membranas nictitantes impidan que los lagartos lleven lentes de contacto.

—Solíamos ir juntos a todos los conciertos de la ciudad —dijo—. Ambos amamos la buena música y no hay nada que pueda sustituir a oírla tocar por músicos vivos. Pero está perdiendo el oído. Ya no va a los conciertos; le resulta demasiado doloroso.

—Qué pena —dijo Traje de Lana Verde—. ¡No poder asistir a tan gran acontecimiento! ¿Verdad que el primer violinista estuvo sencillamente maravilloso? Además, es tan joven. Me quedé asombrada al oírle.

¡Maldita sea!, tenía razón. Chandler había estado prácticamente sirviendo de acompañante a su estudiante, Chukchonturanfis. Solamente por eso ya habría sido capaz de matar a mi viejo compañero de tripulación.

Cerré los ojos y pensé en el arma que tenía en el bolsillo. Pesaba mucho. Pensé en el peligro que existía de que se le enganchara en la tela al sacarla, de que errara el tiro, de que mi ya viejo cuerpo fuera derribado por dos alienígenas de edad avanzada,

antes de que pudiera completar mi trabajo.

Pensé en Chandler y en Ross, que tampoco eran precisamente unos jovencitos y que iban a morir muy pronto para dejarme solo entre los lagartos. Todo me parecía ahora una comedia estúpida y carente de gracia.

Otro kondriano, corpulento para ser un lagarto y además calvo, estaba avanzando ahora a lo largo de la fila de asientos. Cuando llegó junto a Traje de Lana Verde se quedó inmóvil, obviamente deseando sentarse, pero ella no se lo permitió hasta haberse encargado de las presentaciones. Naturalmente, era el médico retirado, Mischa Dos Halcones.

—Akonditichilka —dijo usted con una leve reverencia—. Herbert. —Y los dos se dieron las manos inclinándose por encima de Traje de Lana Verde. Luego los tres se reclinaron en sus asientos para hablar.

Y de pronto oí sus voces como si fueran música. Usted, doctor, era el primer violín. Tenía una clara voz de tenor. El doctor Dos Halcones tenía la voz más grave y eso le convertía en una razonable imitación del violonchelo. Traje de Lana Verde, que apenas si hablaba, era por supuesto el segundo violín, acompañando apresuradamente el curso de sus propios pensamientos. Y yo, oscuro y oculto, era la viola.

Si esto no cesaba estaba seguro de que utilizaría la pistola, sin esperar ni un segundo más. Primero en ustedes y luego en mi propia persona. Intenté escuchar las palabras que decían sin oír sus voces. Me aferré a esas palabras para mantener el control.

—El Haydn fue una pieza maravillosa —estaba diciendo usted—. La he interpretado alguna vez. ¡Oh!, claro que no como estos músicos, pero fui miembro de un grupo de cámara formado por aficionados. —(¡Cómo les encanta a las serpientes robarlo todo, imitar incluso la afinidad que nuestros médicos sienten hacia la música como afición!).

Luego usted explicó la razón de que ya no tocara. Debía ser alguna lenta enfermedad ósea degenerativa de los kondrianos. Claro... en realidad sus garras de lagarto jamás fueron concebidas para manejar el arco y las cuerdas. ¿Cuál era su instrumento? No logré oírlo. Dijo que ya llevaba seis o siete años sin tocar. No me extrañó que se hubiera pasado todo el Haydn removiéndose a causa de los recuerdos.

Una serpiente con traje de terciopelo entró en la fila y logró aplastarme los dos pies. Intercambiamos unas disculpas no muy sinceras, y luego siguió su camino a lo largo de la fila. Todo el mundo se apresuraba a ocupar nuevamente sus asientos. Mi momento se acercaba. La fila había vuelto a llenarse, así que me recliné en mi butaca y fingí estar examinando las indicaciones del programa para la pieza siguiente.

Y usted siguió hablando con esa voz clara en la que había una pena lejana. No podía dejar de escucharle.

—Este año ha sido terrible para mí —dijo—. El mes pasado murió mi único nieto. Tenía quince años.

Su voz no era música. Era sólo una voz y su tono me recordaba al que yo y mis

compañeros de tripulación adoptamos cuando empezamos a ser capaces de hablar unos con otros. «Bueno, hombre, se acabó, todo ha volado en pedazos... hombres, mujeres, ballenas, todo ha sido reducido a fragmentos diminutos mientras dormíamos». Ése era el tono de su voz, el tono que se usa para no gritar. Ya no te quedan más gritos en el cuerpo, pero no puedes dejar de hablar sobre lo que te hace gritar, porque su espíritu sigue gritando y gritando sin parar.

Mis ojos se clavaron en la página que tenía delante. ¿Realmente le había hablado así a dos desconocidos en un concierto? Los otros dos emitían ahora ruiditos de pena y compasión.

—Cáncer —dijo usted, aunque por supuesto no se refería a nuestro cáncer, sino al cáncer kondriano y, por supuesto, aunque estuviera gritando por dentro, sus gritos no eran iguales a los que habría emitido el espíritu de un ser humano.

Se inclinó un poco hacia adelante, para dirigirse al doctor Dos Halcones, que estaba al otro lado de Traje de Lana Verde.

—Fue terrible —dijo—. Empezó en su pierna derecha. Ninguna de las terapias utilizadas lograron ni tan siquiera hacer un poco más lento el avance de la enfermedad. Le hicieron tres operaciones.

Me arriesgué a mirarle durante un segundo, para ver el tipo de expresión que había en su rostro humano de imitación, mientras iba recitando sus aflicciones. Pero usted se encontraba dándome la espalda, para dirigirse a su compañero de profesión y sólo pude ver sus angostos hombros de lagarto.

Traje de Lana Verde estaba sentada entre ustedes dos, con vacua sonrisa de cortesía, completamente absorta en sí misma. Intenté seguir lo que estaba diciendo, pero empezó a utilizar términos técnicos, como hacen los médicos cuando hablan entre ellos.

Los músicos estaban armando sus instrumentos entre bastidores. La pistola me pesaba en el bolsillo, como si fuera una nave de combate. A la decreciente claridad de las luces pude distinguir durante unos segundos el rostro del doctor Dos Halcones, lleno de simpatía y comprensión. Pensé que era sorprendente el modo en que habían aprendido a producir expresiones tan similares a las nuestras, con una piel y una musculatura tan distintas.

—Pero ahora es mejor que al principio —protestó el doctor Dos Halcones (yo pensé en los bebés de Beamish y en la muerte de Walter Drake)—. Aún me acuerdo de cuando no se podía hacer nada que no fuera cortar y cortar, e incluso entonces... recuerdo a un paciente muy joven al cual le quitamos toda la cadera... oh, estábamos desesperados. Se hicieron cosas terribles. Ahora es mejor.

A nuestro alrededor los miembros del público se agitaban nerviosamente en los asientos, hablando en susurros unos con otros, haciendo pasar con un murmullo las páginas de sus programas. Al parecer yo era el único que les estaba escuchando y muy pronto mi angustia llegaría a su final.

El público calló al fin y fueron apareciendo los músicos: primero Ross, luego

Chandler (los kondrianos no importaban). Primero Ross. La sangre resultaría difícil de ver en su vestido rojo. Nadie entendería muy bien lo que estaba pasando al principio y eso me daría tiempo para encargarme también de Chandler. Necesitaba concentrarme. Había llegado mi hora.

Y usted seguía hablando inexorablemente, con su voz tranquila y melancólica.

—Como último recurso le castraron. Al final perdió casi toda la piel y estaba tan débil que no podía ni sorber líquidos de un tubo. Ahora creo que todo eso fue un error. No tendríamos que haber luchado de ese modo. Tendríamos que haberle dejado morir al principio.

—¡Pero no podemos rendirnos! —exclamó el doctor Dos Halcones, dominando con su voz el aplauso que había acogido el regreso de los músicos—. ¡Tenemos que hacer algo!

Y entonces usted suspiró, doctor Akonditichilka.

—¡Ah! —dijo muy suavemente y su aliento fue como una larga curva de sonido en el silencio que precedió al comienzo de la música. Y se quedó callado durante un segundo, mirándole. Y luego, en voz muy baja (pero, ¡con qué claridad sigue resonando aún en mi cabeza!), añadió cada palabra cayendo dulcemente en el silencio para dejar paso a la siguiente, cada una de ellas más apagada que la anterior—. Escuchemos a Brahms.

Y volvió a reclinarse lentamente en su butaca, justo cuando las primeras notas llenaban la sala. Un tiempo después logré apartar mis dedos rígidos de la pistola y saqué mi mano vacía del bolsillo. Y nos quedamos sentados en la penumbra, juntos, nuestros ojos doloridos por las lágrimas que ya no podíamos derramar, y escuchamos.

LUCIUS SHEPARD: «D & D»

(Premio Nebula 1986)

Lucius Shepard ganó recientemente el premio John W. Campbell al mejor Escritor Novel, pero sus logros dan la impresión de haber sido conseguidos por un escritor que lleva ya muchos años en su oficio. Entre sus libros se incluyen la novela *Green Eyes* y una antología de cuentos, *The Jaguar Hunter*. Los lectores de esta serie de antologías recordarán que ya había honrado las páginas de los Premios Nebula 20 con un relato fantástico de portentosa seguridad *The Man who Painted the Dragón Criaule*. Pueden hallarse más relatos de Shepard en *Universe*, *Isaac Asimov & Science Fiction Magazine*, *Playboy* y *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. Su novela más reciente es *Life during Wartime*.

Este año fue nominado en dos categorías, novela corta y cuento, y ganó su primer Nebula en novela corta. Esto es lo que ha escrito:

Realmente no se me ocurre nada que valga la pena decir sobre «D & D» o «Aymara» que no se encuentre implícito en la propia obra, aparte del comentario de que ambas son intentos de expresar mi sensación de que la ciencia ficción es perfectamente adecuada para crear una literatura de testimonio, porque es capaz de tratar el futuro inmediato como si fuera el pasado inmediato y, de ese modo, puede lograr efectos con una intensidad que se encuentra fuera del radio de acción de la literatura «general».

* * *

Uno de los nuevos Sikorsky artillados, perteneciente al Primero de Caballería Aérea y con las palabras Muerte que Susurra pintadas en uno de sus costados, se encargó de llevar a Mingolla, Gilbey y Baylor desde la Granja de las Hormigas hasta San Francisco de Juticlán, una aldea situada en el interior de la zona verde que, en los últimos mapas, era designada como Guatemala Libre Ocupada. Al este de la zona verde se encontraba una franja amarilla, carente de nombre, que cruzaba el país desde la frontera mexicana hasta el Caribe. La Granja de las Hormigas era un campo de tiro

situado al este de la banda amarilla y desde ahí Mingolla, artillero especialista que aún no había cumplido los veintiún años de edad, dejaba caer proyectiles en un área que los mapas describían con trazos blancos y negros. Gracias a ello, había acabado pensando muy a menudo en sí mismo como en alguien que luchaba para mantener el mundo a salvo de los colores primarios.

Mingolla y sus compañeros podrían haberse tomado su D & D en Río o en Caracas, pero se habían dado cuenta de que quienes visitaban tales ciudades tenían tendencia a mostrarse luego descuidados a su regreso y pensaban que cuanto mejor y más exuberante era tu D & D, más probable era que luego acabaras siendo una baja más y por ello siempre optaban por las no tan abundantes diversiones de las ciudades guatemaltecas. No eran realmente amigos. Tenían poco en común y si las circunstancias hubieran sido distintas quizás habrían sido enemigos. Pero el hecho de tomarse juntos su D & D se había convertido en un ritual de supervivencia y cuando llegaban a la ciudad que habían escogido cada uno seguía su propio camino y realizaba sus propios rituales. Dado que ya llevaban sobreviviendo mucho tiempo, creían que si continuaban con los mimos rituales completarían su turno de servicio sin haber sufrido daño alguno. Jamás le confesaban esa creencia a los demás y, en caso de referirse a ella, lo hacían con muchos rodeos (también eso era parte del ritual). Si tal creencia hubiera sido desafiada abiertamente habrían admitido su irracionalidad pero también habrían indicado que el extraño carácter de la guerra no hacía más que reforzarla.

El Sikorsky se posó en una base aérea, a un kilómetro y medio al oeste de la aldea, sobre una pista de cemento rodeada, en tres de sus lados, por oficinas y barracones, en tanto que la jungla se alzaba detrás de ella. En el centro de la pista otro Sikorsky practicaba despegues y aterrizajes semejante a una libélula borracha cubierta con colores de camuflaje, y otros dos revoloteaban por encima de él, como si fueran padres preocupados. Mingolla bajó de un salto y una brisa caliente hizo revolotear los faldones de su camisa. Hacía semanas que no se vestía con ropa civil y ésta le parecía frágil comparada con su equipo de combate. Miró lo que le rodeaba con cierto nerviosismo, casi esperando ver a un enemigo oculto que se aprovechara de su indefensión actual. Unos cuantos mecánicos reposaban a la sombra de un helicóptero, cuya carlinga había sido destruida y de la cual sólo quedaban fragmentos de plástico, en forma de colmillos, que emergían del metal calcinado. Jeeps polvorientos iban y venían por entre los edificios y una hilera de tenientes, con uniformes impecables, se dirigían rápidamente hacia un montacargas lleno de ataúdes de aluminio. El sol de la tarde hacía brillar las asas y los perfiles de los ataúdes y a través de la colina, la silueta lejana de los barracones oscilaba como olas en un turbado mar oliváceo. Lo incongruente de la escena, su mezcla de lo horrible y lo cotidiano, molestaba a Mingolla. Le temblaba la mano izquierda y la luz le parecía cada vez más brillante, haciéndole sentir aturdido y débil. Se apoyó durante unos segundos contra el lanzador de cohetes del Sikorsky, para no perder el equilibrio. En

lo alto se veían líneas blanquecinas que desgarraban el claro azul del cielo: XL-16 que iban a hacer agujeros en Nicaragua. Mingolla los contempló con algo parecido al anhelo, intentando oír sus motores, pero escuchó sólo el pausado susurro de los Sikorsky.

Gilbey salió por la escotilla que llevaba al ordenador situado detrás de la carlinga. Se limpió unas imaginarias motas de polvo de sus téjanos y fue hacia Mingolla, para detenerse ante él con los brazos en jarras. Era bajo y musculoso y su corta cabellera rubia y su sonrisa petulante le daban el aire de un niño turbulento. Baylor sacó la cabeza por la escotilla observó con aire preocupado el horizonte y bajó luego de un salto. Era flaco y alto, un par de años mayor que Mingolla. Tenía el pelo negro y lacio, la piel aceitunada y unos rasgos tan afilados que daban la impresión de haber sido tallados a golpes de cincel. Apoyó una mano en un costado del Sikorsky, pero al darse cuenta de que estaba tocando la llameante de las palabras Muerte que Susurra, la apartó de golpe como si se hubiera quemado. Tres días antes, la Granja de las Hormigas había sufrido un ataque a gran escala y Baylor todavía no se había recuperado de él. Mingolla tampoco y en cuanto a Gilbey resultaba difícil saber si le había afectado o no.

Uno de los pilotos del Sikorsky abrió un poco la puerta de su carlinga.

—Si vais al puesto de mando, encontraréis un modo de que os lleven a Frisco —dijo con la voz ahogada por la burbuja negra de su visor. El sol creaba llamaradas blancas en el visor y daba la impresión de que el casco contenía la noche y una estrella solitaria.

—¿Dónde está? —le preguntó Gilbey.

El piloto dijo algo, en voz demasiado baja como para que le entendieran.

—¿Cómo? —dijo Gilbey.

La respuesta del piloto fue nuevamente incomprensible y Gilbey empezó a enfadarse.

—¡Quítate esa maldita cosa! —dijo.

—¿Esto? —El piloto señaló su casco—. ¿Para qué?

—Para que pueda enterarme de lo que dices.

—Pues ahora bien que me oyes, ¿no?

—Vale —dijo Gilbey con voz tensa—. ¿Dónde está el maldito puesto de mando?

La réplica del piloto fue ininteligible y su rostro enmascarado se clavó en Gilbey con una expresión inescrutable.

Gilbey apretó los puños.

—¡Quítate esa mierda de casco!

—No podemos hacerlo, soldado —dijo el segundo piloto, acercándose a su compañero, de tal modo que las dos burbujas negras casi se tocaron—. Aquí dentro —le dio unos golpecitos al visor—, hay microcircuitos que nos llenan los ojos de mierda. Afectan al nervio óptico. Así podemos ver a los corredores de fríjoles incluso cuando se esconden. Cuanto más tiempo los llevamos mejor podemos verles.

Baylor lanzó una risita nerviosa y Gilbey murmuró un «¡Mierda!». Mingolla dio por sentado que o los pilotos le estaban tomando el pelo a Gilbey o que su reluctancia a quitarse los cascos procedía de una superstición, quizá de una falsa creencia de que realmente éstos les daban poderes especiales. Pero, en medio de una guerra donde se repartían drogas de combate y los videntes predecían los movimientos del enemigo, todo era posible, incluso microcircuitos que aumentaran la visión.

—De todos modos no tengas tantas ganas de vernos —dijo el primer piloto—. Los haces nos estropean el rostro. Estamos bastante deformados.

—Claro que quizá no os dierais cuenta de los cambios —dijo el segundo piloto—. Mucha gente no los ve. Pero si te dieras cuenta te sentirías más bien enfermo.

El imaginar las deformidades del piloto hizo que Mingolla sintiera un escalofrío en las entrañas y que se le empezara a revolver el estómago. Gilbey no parecía muy convencido.

—¿Te crees que soy idiota? —gritó mientras la nuca se le enrojecía.

—No —dijo el primer piloto—. Podemos ver que no lo eres. Podemos ver montones de cosas que el resto de la gente no ve gracias a los haces.

—Podemos ver montones de cosas raras —dijo el segundo piloto—. Las almas.

—Fantasmas.

—Incluso el futuro.

—El futuro es nuestra gran baza —dijo el primer piloto—. Si queréis saber lo que os espera, chicos, podemos decíroslo.

Los dos asintieron al unísono en tanto que el sol resbalaba por sus visores. Eran dos robots malignos respondiendo al mismo programa.

Gilbey saltó hacia la carlinga, pero el primer piloto cerró la Puerta de un golpe y Gilbey se quedó ante ella golpeando el Plástico y chillando maldiciones. El segundo piloto movió un mando en la consola de control y un instante después su voz amplificadora retumbó por los aires.

—Pasad junto a ese montacargas y seguid recto hasta los barracones. Entonces habréis llegado al puesto de mando.

Hizo falta la fuerza combinada de Mingolla y Baylor para apartar a Gilbey del Sikorsky y no dejó de gritar hasta que estuvieron junto a la plataforma con su carga de ataúdes, un conjunto que hacía pensar en un gigante cuyo tesoro consistiera en enormes lingotes de plata. Entonces se quedó callado y bajó la vista. Hicieron un arreglo con un cabo de la PM, fuera del puesto de mando, y mientras el jeep zumbaba sobre el cemento, Mingolla se volvió hacia el Sikorsky que les había transportado. Los dos pilotos habían desplegado una lona sobre el suelo, se habían quedado en pantalones cortos y ahora estaban tomando el sol. Pero no se habían quitado los cascos. La extraña yuxtaposición de cuerpos bronceados y relucientes cabezas negras inquietó a Mingolla, recordándole una vieja película en la cual un tipo entraba en un transmisor de materia junto con una mosca y acababa con la cabeza de ésta sobre los hombros. Pensó que quizá los cascos fueran como esa cabeza, imposibles de quitar.

Quizá la guerra había llegado hasta ese punto de imposibilidad.

El cabo de la PM se dio cuenta de que estaba mirando a los pilotos y dejó escapar una seca carcajada que parecía un ladrido.

—¡Esos tipos son unos jodidos chiflados! —dijo con el tono indiscutible de quien sabe muy bien de qué está hablando.

Seis años antes, San Francisco de Juticlán era un grupo de chozas cubiertas de paja y estructuras de cemento, desplegadas por entre las palmeras y bananeros a la orilla este del río Dulce, allí donde se unían el río y el sendero de gravilla que conectaba con la Autopista Panamericana. Pero, desde entonces, había crecido hasta ocupar una parte sustancial de ambas orillas. Contaba con docenas de bares y burdeles, cuyos edificios estaban estucados con todos los colores del arco iris y poseían tejados de latón donde aparecía todo un fantástico zoológico hecho con tubos de neón. Habían dragones, unicornios, pájaros de fuego y centauros. El cabo de la PM le dijo a Mingolla que esos neones no eran anuncios, sino orgullosos símbolos en código. Por ejemplo, a partir de la representación de un tigre rojo con alas, tendido entre lirios verdes y cruces azules, se podía deducir que el propietario era rico, miembro de una sociedad secreta católica y que no aprobaba en exceso la política del gobierno. Siempre se estaban desmantelando los viejos signos y se levantaban en su sitio otros más grandes y adornados, para dar fe de cómo habían mejorado los beneficios. Y esta guerra de luz e imágenes resultaba perfectamente adecuada al tiempo y al lugar. Pues San Francisco de Juticlán no era tanto una ciudad como una sinfonía bélica. Aunque por la noche el cielo brillaba, en el suelo todo era pobre y mísero. Perros sin amo husmeaban entre los montones de basura, rameras envejecidas escupían desde las ventanas y, según el cabo, no resultaba nada raro tropezarse con un cadáver, probablemente una víctima de las pandillas de niños abandonados que vivían al borde de la selva. Callejas angostas de tierra apisonada se abrían paso por entre los bares, cubiertas con una alfombra de latas aplastadas, heces y vidrios rotos. En cada esquina mendigaban los refugiados, mostrando sus quemaduras y heridas de bala. Muchos de los edificios habían sido construidos con tal premura que tenían las paredes inclinadas y los techos torcidos y eso hacía que las sombras que proyectaban tuvieran contornos aún más agudos, como las que aparecen en la obra de un artista psicótico, dando expresión visual a una corriente oculta de tensión. Pero, a medida que iban avanzando, Mingolla se fue sintiendo más tranquilo y casi feliz. Su humor se debía en parte a la intuición de que este D & D iba a ser increíble (había aprendido a confiar en sus presentimientos), pero se debía sobre todo a que las ciudades como ésta habían llegado a ser para él una especie de segunda vida, una recompensa que se le debía por haber soportado una existencia muy dura.

El cabo les dejó ante una tienda donde Mingolla compró un paquete de folios y luego se detuvieron a tomar un trago en el Club Demonio. Era un local diminuto, de paredes encaladas que relucían débilmente a la luz de bombillas purpúreas colgadas del techo como frutas radiactivas. El club estaba repleto de soldados y de prostitutas.

Casi todos estaban sentados en mesas que rodeaban a una pista de baile no mucho más grande que el colchón de una cama real. Dos parejas se balanceaban a los sonos de una balada emitida por un tocadiscos automático, protegido por una jaula de alambre y palos. Espesas cortinas de humo de cigarrillos derivaban con la lentitud de corrientes submarinas sobre sus cabezas. Algunos de los soldados maltrataban a sus prostitutas y una de éstas le intentaba robar la cartera a un soldado que estaba a punto de caer desmayado. Su mano se insinuaba por entre sus piernas, animándole a que adelantara un poco más las caderas y cuando el soldado se movió, su otra mano buscó la cartera metida en el bolsillo trasero de sus apretados téjanos. Pero toda esa acción parecía mecánica y casi involuntaria, como si la penumbra y la música dulzona hubieran espesado el aire e hicieran difícil cada movimiento. Mingolla tomó asiento ante el mostrador y el camarero le miró con expresión interrogativa, con sus pupilas saturadas de reflejos púrpura.

—Cerveza —dijo Mingolla.

—¡Eh, mira eso! —Gilbey se instaló en el taburete contiguo y señaló con el pulgar a una prostituta que se hallaba al otro extremo del local. La falda le llegaba sólo a mitad del muslo y sus pechos, a juzgar por su tamaño y su rigidez, eran probablemente producto de la cirugía.

—Preciosa —dijo Mingolla sin demasiado interés. El camarero le puso delante una botella de cerveza y Mingolla tomó un sorbo. La cerveza tenía un sabor amargo y parecía aguada, como si la hubieran destilado con aire rancio.

Baylor se instaló junto a Gilbey y escondió el rostro en las manos. Gilbey le dijo algo que Mingolla no entendió y Baylor levantó la cabeza.

—No pienso volver —dijo.

—¡Jesús, venga! —dijo Gilbey—. No empieces con esa mierda.

En la penumbra del bar los ojos de Baylor parecían haberse esfumado, para convertirse en dos masas sombrías que se volvieron hacia Mingolla.

—La próxima vez nos cogerán —dijo—. Tendríamos que ir río abajo. En Livingston tienen botes que te pueden llevar hasta Panamá.

—¡Panamá! —se burló Gilbey—. Allí no hay nada más que montones de devoradores de fríjoles.

—En la granja estaremos bien —dijo Mingolla en tono conciliador—. Si las cosas se ponen demasiado mal nos evacuarán.

—¿Demasiado mal? —En la sien de Baylor latía una vena—. ¿A qué coño le llamas tú «demasiado mal»?

—¡A la mierda con todo esto! —Gilbey abandonó su asiento—. Mira, tío, arréglatelas con él —le dijo a Mingolla y señaló hacia la prostituta de grandes senos—. Yo voy a trepar por el monte Silicona.

—Las nueve en punto —dijo Mingolla—. Puesto de mando. ¿Vale?

—Vale —dijo Gilbey y se fue. Baylor se pasó a su taburete y se acercó un poco más a Mingolla.

—Sabes que tengo razón —le dijo en un susurro apremiante—. Esta vez casi nos cogen.

—La Caballería Aérea se encargará de ellos —dijo Mingolla fingiendo despreocupación. Abrió la caja y sacó una pluma del bolsillo de su camisa.

—Sabes que tengo razón —repitió Baylor.

Mingolla se golpeó suavemente los dientes con la pluma, fingiendo estar distraído.

—¡Caballería Aérea! —dijo Baylor con una risa desesperada—. ¡La Caballería Aérea se quedará mirando!

—¿Por qué no pones alguna canción decente? —le sugirió Mingolla—. Mira si tienen algo de Prowler en ese trasto.

—¡Maldición! —Baylor le cogió de la muñeca—. ¿Es que no me entiendes, tío? ¡Esta mierda ya no puede aguantarse más!

Mingolla se liberó de una sacudida.

—Puede que necesites algún cambio —dijo fríamente y luego sacó un puñado de monedas y las dejó sobre el mostrador—. ¡Toma! Ahí tienes algo de calderilla para el trasto.

—Te estoy diciendo que...

—¡No quiero oírlo! —le replicó secamente Mingolla.

—¿No quieres oírlo? —dijo Baylor con voz incrédula. Estaba a punto de perder el control. Su rostro moreno estaba cubierto por una resbaladiza capa de sudor y uno de sus párpados se agitaba velozmente. Golpeó con el puño la superficie del mostrador para dar más énfasis a sus palabras—. ¡Pues será mejor que lo oigas, tío! ¡Porque si no hacemos algo todos juntos, pronto, muy pronto, vamos a morir! ¿Me has oído, eh?

Mingolla le agarró por el cuello de la camisa.

—¡Cállate!

—¡No pienso callarme! —chilló Baylor—. Tío, tú y Gilbey pensáis que podéis salvar vuestro culo metiendo la cabeza en la arena. Pero yo haré que me escuchéis. —Echó la cabeza hacia atrás y alzó la voz hasta convertirla en un alarido—. ¡Vamos a morir!

El modo en que gritaba (casi con alegría, como un niño que canturrea una palabra obscena para enfurecer a sus padres) era lo que más molestaba a Mingolla. Estaba harto de las escenas de Baylor. De pronto, sin pensarlo, le lanzó un puñetazo que sólo en la última fracción de segundo logró controlar. Seguía teniéndolo cogido por el cuello de la camisa y el golpe le dio en el mentón, con la fuerza suficiente como para hacer oscilar su cabeza. Baylor le contempló pestañeando lentamente, aturdido, con la boca abierta. La sangre brotaba de sus encías. En el otro extremo del mostrador el camarero permanecía inmóvil ante un grupo de botellas de licor, observando a Mingolla y a Baylor. Algunos soldados también les miraban: parecían complacidos, como si hubieran estado esperando algo de violencia, para animar un poco las cosas. Mingolla se sintió rebajado ante toda esa atención, avergonzado por su

comportamiento.

—Eh, tío, lo siento —dijo—. Yo...

—Me importa una mierda que lo sientas —dijo Baylor, frotándose la boca—. Todo me importa una mierda, excepto salir de aquí.

—Entonces cálmate, ¿vale?

Pero Baylor no pensaba calmarse. Siguió discutiendo, adoptando ahora el tono quejumbroso de alguien que se enfrenta en solitario a una grave injusticia. Mingolla intentó ignorarle y se dedicó a estudiar la etiqueta de su botella de cerveza. El gráfico, en rojo y negro, representaba a un soldado guatemalteco con el rifle en alto, en gesto de victoria. El gráfico era atractivo y le hizo recordar el trabajo como cartelista que había tenido antes de que le reclutaran; pero si se consideraba lo poco dignas de confianza que eran las tropas de Guatemala, la pose heroica no era más que un chiste. Mingolla pasó la uña del pulgar por el centro de la etiqueta, trazando un surco.

Por fin Baylor acabó por cansarse y se quedó inmóvil con los ojos clavados en la granulada superficie del mostrador. Mingolla le dejó que estuviera así durante un minuto y luego, al apartar la mirada de la botella, dijo:

—¿Por qué no pones algo decente?

Baylor pegó la mandíbula al pecho, manteniendo su tozudo silencio.

—Es tu única opción, tío —siguió diciendo Mingolla—. ¿Qué otra cosa piensas hacer?

—Estás loco —dijo Baylor, alzando los ojos hacia Mingolla y siseando esas palabras como si fueran una maldición—. ¡Loco!

—¿Piensas largarte a Panamá tú solo? Ya, ya. Sabes que hay algo entre nosotros tres, ¿no? Hemos logrado llegar hasta aquí porque estamos juntos y, si tú aguantas, volveremos a casa los tres juntos.

—No lo sé —dijo Baylor—. Ya no estoy seguro.

—Míralo de este modo —dijo Mingolla—. Puede que los tres tengamos razón. Puede que Panamá sea la respuesta, pero ahora no es el momento. Si eso es cierto, Gilbey y yo acabaremos viéndolo más pronto o más tarde.

Baylor se puso en pie y lanzó un largo suspiro.

—Nunca lo verás, tío —dijo con voz abatida.

Mingolla tomó un sorbo de cerveza.

—Mira si tienen algo de Prowler en el trasto. Me iría bien algo de Prowler ahora mismo.

Baylor se quedó inmóvil durante unos segundos, indeciso. Luego echó a andar hacia la máquina tocadiscos, pero cambió de rumbo hacia la puerta. Mingolla se tensó, preparándose para salir corriendo tras él. Pero Baylor se detuvo y volvió hacia el mostrador. Su frente estaba surcada por profundas arrugas.

—Vale —dijo con voz tensa—. Vale. ¿A qué hora mañana? ¿A las nueve en punto?

—Correcto —dijo Mingolla dándose la vuelta—. En el Puesto de mando.

Por el rabillo del ojo vio cómo Baylor atravesaba la estancia y se inclinaba sobre la máquina tocadiscos para inspeccionar la lista. Se sintió aliviado. Todos sus D & D habían empezado así, con Gilbey persiguiendo alguna prostituta y con Baylor poniendo en marcha la máquina tocadiscos, en tanto que él escribía una carta a casa. En su primer D & D había escrito a sus padres hablándoles de la guerra y de sus extrañas penalidades; luego, al comprender que la carta alarmaría a su madre, la había roto en pedazos y había escrito otra, en la que se limitaba a decir que estaba perfectamente. También rompería esta carta, pero se preguntó cómo reaccionaría su padre si la leyera. Lo más probable era que se enfadase. Su padre era un firme creyente en Dios y en la patria y, aunque Mingolla había comprendido lo fútil que era adherirse a cualquier código moral, tras haber contemplado la locura que le rodeaba aquí, había descubierto también que parte del credo de su padre había echado raíces dentro de él. Jamás podía desertar, por mucho que Baylor insistiera en ello. Sabía que no era algo tan sencillo y que había también otros factores responsables de su devoción hacia el deber. Pero dado que su padre habría aceptado alegremente la responsabilidad, Mingolla tenía cierta tendencia a echarle la culpa. Intentó imaginar lo que sus padres estarían haciendo en ese momento. Su padre estaría viendo jugar a los Mets en la TV, su madre estaría ocupada con el jardín. Luego, reteniendo esas imágenes en su mente, empezó a escribir.

Queridos mamá y papá:

En vuestra última carta me preguntabais si tenía la impresión de que estábamos ganando la guerra o no. Aquí lo único que se obtiene como respuesta a esa pregunta es un montón de miradas inexpresivas, porque casi todo el mundo tiene una imagen de la guerra en la cual el resultado final no es importante. Por ejemplo, conozco a un tipo que la considera como una operación mágica de proporciones inmensas donde los movimientos de aviones y tropas traban un signo místico sobre la superficie de la realidad y, para sobrevivir, lo que debes hacer es imaginar cuál es tu situación dentro del signo y actuar en consecuencia. Estoy seguro de que esto os parecerá una locura, pero aquí todo el mundo está loco (hay un matasanos que ha hecho un estudio sobre la incidencia de la superstición entre las fuerzas de ocupación). Buscan una magia que pueda garantizar la supervivencia. Quizá te parezca difícil creer que yo también la busco, pero es cierto. Grabo mis iniciales en las vainas de los obuses, llevo plumas de loro debajo del casco... y muchas cosas más.

Para volver a vuestra pregunta, intentaré responderos mejor que con una mirada inexpresiva, pero no puedo daros sencillamente un si o un no. La cosa no puede resumirse con tal claridad. Pero puedo ilustrar la situación contándoos una historia y dejando luego que saquéis vuestras propias

conclusiones. Hay cientos de historias que servirían, pero la que acude ahora a mi mente se relaciona con la Patrulla Perdida.

Una canción de Prowler brotó salvajemente de la máquina tocadiscos y Mingolla dejó de escribir para escucharla. La música era furiosa e inconexa y parecía alimentada por la misma paranoia agresiva que había generado la guerra. La gente se removió en sus asientos, apartó las mesas y empezó a bailar en el escaso espacio disponible. Estaban tan apretados que apenas sí podían hacer más que balancearse, siguiendo el ritmo. Pero el golpeteo de sus pies sobre el suelo hizo que las bombillas empezaran a oscilar al extremo de sus cables y los muros se tiñeron de olas purpúreas. Una prostituta flaca, con el rostro marcado por el acné, se puso a bailar ante Mingolla, agitando sus pechos y tendiéndole los brazos. A la escasa claridad del lugar, su rostro parecía tan pálido como el de un cadáver y su sonrisa era la mueca de una muerta. De uno de sus ojos brotaba una lágrima negra de sudor y de maquillaje que hacía pensar en alguna exquisita secreción de la muerte. Mingolla no estaba demasiado seguro de que fuera real. Su mano izquierda empezó a temblar y durante un par de segundos la escena estuvo a punto de esfumarse. Todo le parecía irreconocible y disperso. Era un conjunto de objetos carentes de significado que oscilaban arriba y abajo, entre una marea de música enloquecida. Entonces, alguien abrió la puerta, dejó entrar un rayo de sol y la habitación volvió a la normalidad. La prostituta se alejó bailando con el ceño fruncido. Mingolla sintió que respiraba mejor y los temblores de su mano se fueron calmando. Vio a Baylor junto a la puerta hablando con un malcarado guatemalteco. Probablemente era un traficante de coca. Para Baylor ésa era su panacea, su remedio para el miedo y la desesperación. Siempre volvía de su D & D con los ojos congestionados y con tendencia a sufrir hemorragias nasales, fanfarroneando sobre la gran calidad de droga que había conseguido. Complacido al ver que seguía con la rutina, volvió a su carta:

¿Recordáis lo que os conté sobre cómo los Boinas Verdes tomaban drogas para luchar mejor? Casi todo el mundo ama a esas drogas «Sammy», lo cual es una abreviatura de «sam-rai». Vienen en ampollitas y cuando la rompes bajo tu nariz durante los siguientes treinta minutos más o menos, te sientes como el cruce entre el ganador de una medalla de honor y Superman. El problema es que muchos Boinas se pasan en la dosis y pierden el control. También las venden en el mercado negro y algunos tipos las usan sólo por placer. Cogen las ampollitas y luchan entre ellos en los pozos... como peleas de gallos humanas.

De todos modos, hace un par de años una patrulla de Boinas fue a la zona de Fuego Esmeralda, no lejos de mi base, y no volvió. Se les clasificó como desaparecidos en acción. Un mes después de eso, alguien empezó a robar drogas de las enfermerías. Al principio lo atribuyeron a las guerrillas, pero

luego el doctor logró ver a los ladrones y dijo que eran norteamericanos. Dijo que llevaban uniformes medio podridos y que se comportaban como si estuvieran chalados. Un artista hizo un dibujo de su jefe según la descripción del doctor y resultó ser clavado al sargento de esa patrulla perdida. Después, se les empezó a ver por todas partes. Algunos de los informes eran claramente falsos, pero otros parecían auténticos. Se decía que habían derribado un par de helicópteros nuestros y que habían acabado con una columna de aprovisionamiento, cerca de Zacapas.

Si debo decir la verdad jamás había creído demasiado en esa historia, pero hace cuatro meses uno de infantería salió de la jungla y se presentó en la base. Dijo que había sido capturado por la patrulla perdida y cuando oí su historia le creí. Según le habían contado ya no eran norteamericanos, sino ciudadanos de la selva. Vivían como animales, dormían bajo las palmeras y tomaban drogas continuamente. Estaban locos, pero se habían convertido en auténticos genios de la supervivencia. Lo sabían todo de la jungla. Sabían cuándo iba a cambiar el tiempo y qué animales tenían cerca. Y practicaban una extraña religión basada en los rayos de luz que pasaban a través de la espesura. Solían quedarse sentados bajo esa luz, como santos dejando que Dios les bendijera, y deliraban sobre la pureza de esa luz, la alegría de matar y el nuevo mundo que iban a construir.

Y eso es lo que me viene a la cabeza cuando me hacéis vuestras preguntas, mamá y papá. La patrulla perdida. No estoy intentando hablar de los horrores de la guerra, en absoluto. Cuando pienso en la patrulla perdida no pienso en lo triste de su situación o en su locura. Me pregunto qué ven en la luz y me pregunto si podría servirme de ayuda. Y puede que ahí esté vuestra respuesta...

Cuando Mingolla salió del bar para dar comienzo a la segunda parte de su ritual ya estaba anocheciendo. El ritual consistía ahora en vagabundear como un turista inocente por el barrio nativo, aceptando lo que le deparase el destino, quizá cenara con una familia guatemalteca o se hiciera amigo de un soldado de otro destacamento y fuera a la iglesia o diera vueltas con algunos chicos que le hicieran preguntas sobre Norteamérica. Había hecho todo eso en sus D & D anteriores y fingir inocencia siempre le divertía. Si hiciera caso de sus impulsos más hondos intentaría quemar los horrores de la base con drogas y prostitutas. Pero durante su primer D & D, aturdido por la experiencia del combate y necesitando de soledad, se había decidido por un lento paseo y ahora pretendía, no sólo repetirlo, sino también capturar de nuevo su estado de aturdimiento. El ritual debía hacerse completa y concienzudamente. Esta vez, dado lo que había ocurrido recientemente en la Granja de las Hormigas no le hizo falta esforzarse mucho para lograr esa confusión.

El río Dulce era azul y caudaloso y sus aguas se agitaban con un leve oleaje. Sus

orillas estaban cubiertas por la jungla y en los dos lados crecían espesos cañaverales amarillentos. Allí donde terminaba el camino de grava había un muelle de cemento y, atracado en él, una barcaza que servía de transbordador. Estaba ya cargada con dos camiones, todo el peso de vehículos que podía admitir, y unos treinta pasajeros. Mingolla subió a ella y se apoyó en la popa, junto a tres soldados de infantería que seguían llevando sus uniformes de combate y sus cascos y que sostenían en las manos rifles de doble cañón que estaban conectados, mediante tubos flexibles, a sus ordenadores de mochila. A través de sus visores ahumados podía distinguir los verdes reflejos de las lecturas que iban apareciendo en los visores internos. Esos reflejos le inquietaron, haciéndole pensar en los dos pilotos, y sólo se sintió mejor después de que se quitaran los cascos, con lo que demostraron que tenían rostros humanos normales. Un arco de cemento blanco sostenido por delgadas columnas llegaba hasta un tercio del cauce del río, como algo salido de un paisaje de Dalí. Era como un puente que no hubiera sido terminado. Mingolla lo había visto desde el aire, antes de aterrizar y no había vuelto a pensar en él pero, al verlo ahora, quedó fascinado. No parecía un puente por terminar, sino un monumento consagrado a un ideal magnífico, más hermoso de lo que podría serlo cualquier puente acabado. Y Mingolla se quedó contemplándolo extasiado, con la humareda aceitosa del transbordador rodeándole, y sintiendo que en su interior había algo exactamente igual a esa hermosa curva, que también él era un camino que terminaba en mitad del aire. El asociarse de tal modo con tan elevada pureza le dio confianza y, por un momento, se permitió creer, tal y como sugería el ángulo ascendente del puente, que ante él yacía un punto final donde todo se completaría y que ese punto se hallaba mucho más lejos de lo que habían previsto los arquitectos de su destino.

En la orilla oeste, una vez pasada la ciudad, el camino de grava estaba rodeado de puestos, esqueléticas estructuras hechas con palos y tejadillos cubiertos con hojas de palmera. Los niños correteaban por entre ellos, fingiendo hacer puntería y dispararse unos a otros con trozos de caña de azúcar. Pero apenas si se veían soldados. Las multitudes que iban y venían a lo largo del camino estaban compuestas en su mayor parte de indios. Eran parejas jóvenes, demasiado tímidas para cogerse de la mano; viejos que parecían haberse perdido y que removían entre las basuras con sus bastones; matronas obesas que ponían cara indignada ante los precios; granjeros descalzos que mantenían la espalda erguida como un palo, tenían el rostro serio y llevaban el dinero dentro de pañuelos anudados. Mingolla compró un bocadillo y una Coca-Cola en un puesto. Luego tomó asiento en un taburete y comió con satisfacción, disfrutando del pan caliente y del pescado, con especias, que contenía, mientras veía pasar el desfile de gente. Desde el Caribe llegaban grandes masas de nubes grisáceas y, de vez en cuando, una bandada de XL-16 pasaba como una flecha hacia el norte y hacia los campos de petróleo que se encontraban más allá del lago Ixtabal, donde se estaba combatiendo encarnizadamente. Cada vez estaba más oscuro. Las luces de la ciudad empezaron a recortarse claramente contra el cielo purpúreo. Ruido de

guitarras y voces roncas que cantaban. La multitud empezaba a dispersarse. Mingolla pidió otro bocadillo y otra coca. Bebió y masticó, dejándose afirmar en la buena magia de esa tierra y en la dulzura del momento. Tras el puesto de bocadillos, cuatro viejas estaban de cuclillas junto a un fuego, preparando estofado de pollo y maíz. Pequeñas nubes de ceniza negra brotaban de las llamas a medida que avanzaba la noche, daba la impresión de que esas nubes de ceniza eran las piezas de un rompecabezas que se iba componiendo en lo alto para formar la imagen de una noche sin estrellas.

Se hizo la oscuridad y la multitud volvió a crecer. Mingolla continuó su paseo, rebasando puestos con collares de bombillas colgando de los palos, unidos mediante cables a generadores, cuyo estruendo ahogaba el chirrido de los grillos y de las ranas. Eran puestos que vendían rosarios de plástico, navajas chinas, linternas de latón; otros vendían camisas bordadas hechas por los indios, pantalones hechos con tela de saco, máscaras de madera. En otros puestos, ancianos con gabanes medio rotos estaban sentados con las piernas cruzadas tras pirámides de tomates, melones y pimientos verdes, cada una de ellas con una vela sostenida por cera fundida en lo alto, como altares primitivos. Se oían risas, gritos y las proclamas de los vendedores. Mingolla respiraba el perfume, el humo del carbón y los olores de la fruta podrida. Iba lentamente de un puesto a otro, comprando algunos recuerdos para amigos de Nueva York, sintiéndose parte del ruido y de la multitud, como si estuviera hecho de aire negro y reluciente. Por fin llegó a un puesto ante el que se habían reunido cuarenta o cincuenta personas que no permitían ver nada salvo el techo de hojas. «¡LA MARIPOSA!», gritó la voz amplificada de una mujer y entre la gente hubo chillidos de excitación. «¡EL CUCHILLO!», gritó nuevamente la mujer y Mingolla, intrigado, intentó ver algo por encima del gentío. Como enmarcada por el tejado y los palos había una joven de piel oscura que hacía girar un mango que daba vueltas a una jaula de alambre llena con cubos de plástico y sujeta a una tabla de madera. Su cabello negro estaba atado en su nuca y llevaba un vestido rojo que le dejaba los hombros al descubierto. Cesó de dar vueltas al mango, metió la mano en la jaula y cogió uno de los cubos sin mirar. Lo examinó, cogió un micrófono y gritó «¡LA LUNA!». Un hombre barbudo se abrió paso hacia ella y le enseñó una tarjeta. Ella la examinó comparándola con algunos cubos que estaban junto a ella sobre un mostrador y luego le dio al barbudo algunos billetes en moneda guatemalteca.

El juego le pareció atractivo a Mingolla. La mujer de tez oscura; su vestido rojo y las palabras crípticas; la jaula de alambre con sus sombras que parecían runas. Todo era mágico. Era como una imagen surgida de un sueño oculto. Parte de la gente se fue, acompañando al ganador, y Mingolla dejó que la llegada de otras personas le empujara hacia adelante. Logró una buena posición en la esquina del puesto y luchó por mantenerla contra el constante empuje del gentío y, al mirar hacia adelante, vio que la mujer le sonreía a un metro de distancia, tendiéndole una tarjeta y un pedazo de lápiz.

—Sólo diez centavos de Guatemala —le dijo con acento norteamericano.

La gente que flanqueaba a Mingolla le instó a que jugara, sonriendo y dándole palmadas en la espalda. Pero no hacía falta que le animaran. Sabía que iba a ganar. Era la premonición más clara que había tenido en toda su vida y el mayor signo de ello era la presencia de la mujer. Sentía una poderosa atracción hacia ella. Como si fuera una fuente de calor... y no sólo de calor, sino también de vida y sensualidad. Ahora, cerca de ella, sentía cómo ese calor le bañaba y le hacía darse cuenta de una tensión sexual que iba desarrollándose entre ellos dos, transportando consigo la seguridad de que ganaría. La potencia de esa atracción le sorprendió, pues la primera impresión que había tenido de ella era de exotismo y no de belleza. Aunque delgada, tenía las caderas más bien anchas y sus pechos, resaltados aún más por lo ceñido del vestido, no eran demasiado grandes. Su rostro y el color de su piel eran los de una india del este. Sus rasgos eran demasiado grandes y voluptuosos para encajar bien con la delicada estructura de sus huesos, pero eran tan expresivos y tan finamente dibujados que esa misma desproporción parecía una virtud. Salvo por el hecho de ser más delgada, habría podido figurar en carteles religiosos hindúes donde se ven doncellas arrolladas tras el trono de Krisna. Muy sexy, muy serena. Mingolla decidió que esa serenidad no era sólo un barniz superficial, sino algo mucho más profundo. Pero, de momento, le interesaban más sus pechos. El vestido los alzaba de un modo muy atractivo y relucían a causa del sudor. Eran como dos raciones de jalea temblorosa.

La mujer agitó la tarjeta y él la cogió. Era una tarjeta de bingo simplificada, con símbolos en vez de letras y números.

—Buena suerte —dijo ella y se rió como si reaccionara ante un chiste secreto. Luego empezó a darle vueltas a la jaula de alambre.

Mingolla no logró reconocer gran parte de las palabras que fue gritando, pero un anciano que tenía al lado le iba indicando el cuadrado correcto cada vez que coincidía con alguno de su tarjeta. Muy pronto tuvo completas varias hileras. «¡LA MANZANA!», gritó la mujer y el anciano empezó a tirarle de la manga, gritando «¡Se ganó!».

Mientras la mujer comprobaba su tarjeta, Mingolla pensó en el misterio que representaba. Su calma, su inglés casi perfecto y la clase superior que ello implicaba... todo la hacía parecer fuera de lugar aquí. Quizá era una estudiante y su educación había sido interrumpida por la guerra... aunque quizá fuera demasiado mayor para eso. Le daba la impresión de tener veintidós o veintitrés años. Escuela superior, quizá. Pero había en ella un aire de mujer de mundo que no encajaba con su teoría. Mingolla observó sus ojos que iban y venían de la tarjeta a los cubos de plástico. Tenía los ojos muy grandes y los párpados gruesos. El blanco del ojo destacaba de tal modo en su piel oscura que parecía falso. Eran como piedras lechosas con dos centros negros.

—¿Ve? —le dijo ella entregándole sus ganancias, casi tres dólares, y otra tarjeta.

—¿El qué? —le preguntó Mingolla, perplejo.

Pero ella ya estaba haciendo girar otra vez la jaula.

Ganó tres de las siete tarjetas siguientes. La gente le felicitaba, meneando la cabeza.

El anciano se pegó todavía más a Mingolla y le sugirió, por señas, que él era el responsable de su buena fortuna. Pero Mingolla estaba nervioso. Su ritual siempre se había fundado en el principio de los pequeños milagros y aunque estaba seguro de que la mujer hacía trampas en su favor (pues ahora pensaba que ése había sido el significado de su risa y su «¿Ve?»), aunque su fortuna no fuera real, el mismo exceso de ésta podía amenazar el principio. Perdió con tres tarjetas seguidas, pero luego ganó con dos de cuatro y se puso aún más nervioso. Pensó en marcharse pero, ¿y si era suerte? El marchar ahora podía significar burlarse de un principio más alto, interferir en algún proceso cósmico y atraer sobre él la desgracia. La idea era ridícula, pero no lograba decidirse a correr el riesgo de que fuera cierta, por improbable que pudiera parecerle en realidad.

Siguió ganando. La gente que le había felicitado al principio acabó marchándose con el ceño fruncido y cuando sólo quedaba un puñado de jugadores la mujer puso punto final al juego. Un sucio chaval se materializó de entre las sombras y empezó a desmontar el equipo, cogiendo la jaula de alambre, desenchufando el micrófono, guardando en una caja los cubos de plástico y, por último, metiéndolo todo en un saco. La mujer abandonó el puesto y se apoyó en uno de los palos. Ladeó la cabeza con una media sonrisa, cual si estuviera examinando a Mingolla, y luego, justo cuando el silencio empezaba a resultar incómodo, dijo:

—Me llamo Débora.

—David —Mingolla estaba tan nervioso como un chico de catorce años y tuvo que resistir el impulso de meter las manos en los bolsillos y desviar la mirada—. ¿Por qué hiciste trampa? —le preguntó, intentando ocultar su nerviosismo. Lo dijo en un tono de voz demasiado alto y la pregunta sonó más bien como una acusación.

—Quería atraer tu atención —dijo ella—. Estoy... interesada, nada más. ¿Te diste cuenta de ello?

—No quería hacerme ilusiones.

Ella se rió.

—¡Lo apruebo! Siempre es mejor ser cauteloso.

Le gustó su risa. Era tranquila y la facilidad con la que se había reído le hizo pensar que sería capaz de celebrar cualquier cosa buena que le ocurriera, por minúscula que fuese.

Tres hombres pasaron cogidos del brazo. Estaban borrachos y cantaban a voz en grito. Uno le dijo algo a Débora y respondió con un irritado chorro de palabras en castellano. Mingolla supuso fácilmente lo que le habrían dicho. Era algún insulto por estar con un norteamericano.

—Quizá debiéramos ir a otro sitio —dijo—. No estar en mitad de la calle.

—Pespués de que haya terminado. —Señaló hacia el chico, que ahora estaba descolgando las bombillas—. Es gracioso —añadió—, yo misma poseo el don y suelo sentirme incómoda cuando estoy con alguien que también lo posee, pero contigo no es así.

—¿El don? —Mingolla creía saber a qué estaba refiriéndose, pero sentía cierto reparo ante la idea de admitirlo.

—¿Cómo le llamas tú? ¿PES?

Mingolla decidió que sería inútil negarlo.

—Nunca le he dado un nombre en particular —dijo.

—Es fuerte en ti. Me sorprende que no estés con el Psicuerpo.

Mingolla deseaba impresionarla, involucrase en un misterio que pudiera rivalizar con el suyo.

—¿Cómo sabes que no lo estoy?

—Me daría cuenta. —Ella cogió un bolso negro que estaba tras el mostrador—. Después de la terapia con las drogas hay un cambio en el don y en su forma de manifestarse. No se siente de modo tan cálido, para empezar. —Alzó la vista hacia él—. ¿O acaso no lo percibes de ese modo, como un calor?

—He encontrado gente que me producía esa sensación de calor —dijo él—. Pero no sabía cuál era su significado.

—Eso es lo que quiere decir... a veces. —Metió algunos billetes dentro del bolso—. Entonces, ¿por qué no estás con el Psicuerpo?

La mente de Mingolla retrocedió a su primera entrevista con un agente del Psicuerpo. Era un hombre pálido y medio calvo cuyos ojos tenían la expresión inocente propia de algunos ciegos. Mientras Mingolla hablaba, el agente no había parado de acariciar el anillo que Mingolla le había dado para tocar, sin importarle lo que estaba diciendo, mirando la nada con expresión distraída, como si estuviera intentando oír algún eco lejano.

—Intentaron reclutarme, de veras —dijo Mingolla—. Pero me daban miedo las drogas. Oí decir que tenían malos efectos colaterales.

—Si era algo voluntario tuviste suerte —dijo ella—. Aun se limitan a cogerte.

El chico le dijo algo, se colgó el saco al hombro y tras un rápido intercambio de palabras, que parecían disparos, salió corriendo hacia el río. Aún se veía bastante gente, pero más de la mitad de los puestos habían cerrado y los que seguían abiertos, con sus tejados de palma, sus hileras de bombillas y sus mujeres cubiertas con pañoletas, parecían toscas escenas navideñas que se perdieran en la oscuridad. Más allá de los puestos parpadeaban los neones, como una enloquecida colección zoológica de águilas plateadas, arañas carmesí y dragones violeta. Viendo cómo ardían y se esfumaban, Mingolla sintió un fuerte mareo. Las cosas estaban empezando a parecerle tan inconexas como en el Club Demonio.

—¿No te encuentras bien? —le preguntó ella.

—Es sólo cansancio.

Ella se volvió hacia Mingolla y le puso las manos en los hombros.

—No —dijo ella—. Es algo más.

El peso de sus manos y el aroma de su perfume le ayudaron a recobrar el equilibrio.

—Hace unos días la base sufrió un ataque —dijo—. Creo que aún noto un poco los efectos, ya sabes.

Ella le apretó levemente los hombros y retrocedió un paso.

—Quizá pueda hacer algo. —Lo dijo en un tono de voz muy grave y él pensó que ella debía estar refiriendo a algo en concreto—. ¿Qué piensas?

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—Te lo diré mientras cenamos... es decir, si es que me invitas. —Le cogió por el brazo y le miró sonriendo—. ¿No crees que me debes una cena, después de toda tu buena suerte?

—¿Y por qué no estás tú en el Psicuerpo? —le preguntó él mientras caminaban.

Ella no le respondió de inmediato y mantuvo la cabeza gacha, mientras le daba pataditas a un trozo de celofán. Iban por una calle desierta que tenía el río a la izquierda, como un canal de perezosa laca negra, y a las puertas traseras de algunos bares a la derecha. Por encima de ellos, tras un enrejado de palos, un león verde difundía un lúgubre halo de neón.

—Cuando empezaron con las pruebas ahí, yo estaba estudiando en Miami —dijo por fin—. Y después de que volviera a casa, mi familia tuvo problemas con el departamento seis. ¿Conoces el departamento seis?

—He oído cosas sobre él.

—Los sádicos no resultan demasiado eficientes como burócratas —dijo ella—. Estaban más interesados en torturarnos que en determinar nuestro valor.

Sus pisadas resonaban como crujidos sobre el polvo y roncadas voces gritaban pidiendo amor en los tocadiscos automáticos de la calle contigua.

—¿Qué pasó? —preguntó Mingolla.

—¿Te refieres a mi familia? —Se encogió de hombros—. Muertos. Nadie se tomó la molestia de confirmarlo nunca, pero no era necesario. Hablo de la confirmación, claro. —Dio unos cuantos pasos más en silencio—. En cuanto a mí... —Un músculo latía lentamente en la comisura de los labios—. Hice lo que debía hacer.

Mingolla estuvo tentado de pedirle que fuera más precisa, pero pensó que quizá fuera mejor así.

—Lo siento —dijo, arrepintiéndose apenas un segundo después, ante la banalidad de su comentario.

Pasaron ante un bar presidido por un sonriente mono de neón rojo y púrpura. Mingolla se preguntó si esas figuras resplandecientes tendrían algún significado para los guerrilleros que vigilaban con sus prismáticos desde las colinas: quizá los neones fundidos señalaran el momento de los ataques o los movimientos de tropas. Observó

disimuladamente a Débora. Ahora no parecía irritada como un segundo antes y eso encajaba con la primera impresión de que su tranquilo exterior era un producto del autocontrol, que tenía emociones muy fuertes, pero sabía contenerlas y sólo de vez en cuando les permitía explayarse. En el río se oyó un chapoteo solitario, como si alguna fría forma de vida hubiera emergido durante un segundo a la superficie, para volver luego a su largo e ignorante viaje a través de la oscuridad... y, realmente, su vida no era distinta, aunque quizá él se moviera aún con menos gracia. Qué extraño resultaba caminar al lado de esa mujer que emitía tanto calor como la llama de una vela, con el cielo y la tierra confundidos en un gas negro y los tótems de neón montando guardia sobre sus cabezas.

—¡Mierda! —dijo Débora en voz casi inaudible.

Le sorprendió oírla maldecir.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo ella con cierto cansancio—. Sólo mierda. —Señaló hacia adelante y apretó el paso—. Ya hemos llegado.

El restaurante era un sitio para trabajadores que ocupaba la planta baja de un hotel. El edificio, de cemento amarillo, tenía dos pisos y sobre la entrada colgaba un letrero de Fanta que no paraba de zumbir. Cientos de insectos revoloteaban alrededor del letrero, chisporroteando con destellos blancos en la oscuridad. Ante los peldaños de entrada había un grupo de adolescentes que le estaba arrojando cuchillos a una iguana. La iguana estaba atada por las patas traseras a la barandilla. Tenía ojos ambarinos y la piel del mismo color que una col hervida. Tiraba constantemente de la cuerda, arañando el polvo con las garras y arqueando el cuello como un dragón en miniatura que se dispusiera a emprender el vuelo. Al acercarse Mingolla y Débora, uno de los chicos logró acertar a la iguana en la cola y ésta dio un salto en el aire, haciendo volar el cuchillo a lo lejos. Los chicos empezaron a pasarse una botella de ron, para celebrar el tiro.

A excepción del camarero, un tipo rechoncho y joven que se apoyaba en la pared junto a una puerta que daba a una cocina llena de humo, no había nadie más en el restaurante. Los fluorescentes del techo hacían relucir las manchas de grasa en los manteles de plástico y daban la impresión de que la desigual capa de pintura amarilla que recubría las paredes rezumaba lentamente. El suelo de cemento estaba punteado por manchas oscuras que Mingolla descubrió que eran restos de insectos. Sin embargo, la comida resultó bastante buena y Mingolla engulló rápidamente un plato de pollo y arroz, adelantándose a Débora. Ella comía lenta y concienzudamente, masticando cada bocado durante largo rato, y fue él quien tuvo que encargarse de la conversación. Le habló de New York, de sus pinturas y de cómo un par de galerías habían mostrado interés por ellas, aunque sólo era un estudiante. Comparó su trabajo con el de Rauschenberg y Silvestre. No tan bueno, claro. Todavía no. Tenía la vaga impresión de que *todo* lo que le estaba contando, sin importar lo irrelevante que fuera en ese momento, hacía más segura y firme su relación, establecía lazos sutiles entre

los dos. Se imaginó sus dos cuerpos envueltos en una red de hebras luminosas que actuaban cual conductos por los que circulaba su atracción mutua. Podía sentir su calor aún más fuerte que antes y se preguntó qué sería hacerle el amor, ser tragado por ese calor que percibía. Justo cuando estaba pensando en ello, Débora alzó los ojos y le sonrió, cual si compartiera sus pensamientos. Mingolla quería ratificar ese sentimiento de intimidad, contarle algo que jamás le hubiera dicho a otra persona y por ello, como sólo tenía un secreto de importancia, le habló del ritual.

Débora dejó el tenedor sobre la mesa y le contempló fijamente.

—No puedes creer realmente en eso —le dijo.

—Ya sé que parece...

—Ridículo —le interrumpió ella—. Eso parece.

—Es la verdad —replicó él con aire desafiante.

Débora cogió nuevamente su tenedor y recogió algunos granos de arroz.

—¿Qué te ocurre cuando tienes una premonición? —le dijo—. Quiero decir... ¿tienes sueños, oyes voces?

—A veces, sencillamente sé algo —dijo él, un poco sorprendido por su brusco cambio de tema—. Y a veces veo imágenes. Es como un aparato de televisión que no funcionara demasiado bien. Al principio todo está borroso y luego la imagen se hace clara.

—Yo sueño. Y tengo alucinaciones. No se me ocurre otro modo de llamarlas. —Frunció los labios y lanzó un suspiro. Parecía haber llegado a tomar alguna decisión—. Cuando te vi por primera vez, durante sólo un segundo, llevabas equipo de combate. Había entradas de datos en los guantes y cables unidos al casco. El visor estaba roto y tu rostro... estaba pálido y cubierto de sangre. —Extendió la mano y la puso sobre sus dedos—. Lo que vi era muy claro, David. No puedes volver.

El no le había descrito su equipo de artillero y ella no tenía modo alguno de haberlo visto.

—¿Adonde iré? —le preguntó con voz algo temblorosa.

—Panamá —dijo ella—. Puedo ayudarte a ir allí.

De pronto su imagen se le hizo muy clara. En cualquiera de las ciudades del D & D se podía encontrar a docenas como ella. Predicaban el pacifismo, animaban a desertar. Benefactores, casi todos conectados con la guerrilla. Comprendía que ésa debía ser la fuente de su información, en cuanto al equipo. Probablemente había estado recogiendo información sobre los diferentes tipos de unidades, para hacer así más auténticos sus lúgubres anuncios. Mingolla no la despreció por ello: al contrario, ahora sentía algo más por Débora. Estaba arriesgando su vida al hablar con él. Pero su misterio había sido levemente afectado.

—No puedo hacer eso —dijo.

—¿Por qué no? ¿Acaso no me crees?

—El que te creyera no supondría diferencia alguna.

—Yo...

—Mira —dijo él—. Tengo un amigo que siempre está intentando convencerme para desertar y algunas veces he deseado hacerlo. Pero no soy de éstos. Mis pies se negarían a obedecerme. Puede que no lo entiendas, pero así son las cosas.

—Esa tontería infantil que llevas a cabo con tus dos amigos... —dijo ella tras unos segundos de silencio—. Eso es lo que te mantiene aquí, ¿verdad?

—No es infantil.

—Eso es justamente lo que es. Como un niño que vuelve a su casa andando por entre la oscuridad y creyendo que si no mira a las sombras nada saldrá de ellas para lanzarse sobre su espalda.

—No lo entiendes —dijo él.

—No, supongo que no. —Enfadada, tiró su servilleta sobre la mesa y clavó los ojos en su plato, como si estuviera leyendo algún oráculo en los huesos de pollo.

—Hablemos de otra cosa —dijo Mingolla.

—Tengo que irme —respondió ella con frialdad.

—¿Porque no pienso desertar?

—Por lo que ocurrirá si no desertas. —Se inclinó sobre la mesa, acercándose a él, con la voz enronquecida por la emoción—. Porque, sabiendo lo que sé de tu futuro, no quiero acabar en la cama contigo.

Su tono de voz y su expresión le asustaron. Quizás había estado diciendo la verdad. Pero después de unos segundos, Mingolla rechazó esa posibilidad.

—Quédate —dijo—. Hablaremos un poco más de ello.

—No me escucharías. —Cogió su bolso y se puso en pie.

El camarero se acercó a la mesa y dejó la factura junto al lato de Mingolla. Luego sacó del bolsillo de su delantal una bolsa de plástico con marihuana y la hizo oscilar ante los ojos de Mingolla.

—Hay que ponerla de buen humor antes, amigo —dijo.

Débora le insultó en su idioma y él se encogió de hombros y se marchó, andando lentamente, como si su mismo paso fuera un anuncio de las mercancías que ofrecía.

—Entonces, veámonos mañana —dijo Mingolla—. Podemos hablar más de ello mañana.

—No.

—¿Por qué no me das un poco de tiempo? —dijo él—. Ya sabes, todo ha sido muy rápido. Llego aquí esta tarde, te encuentro y una hora después me dices: «La muerte está en las cartas y Panamá es tu única esperanza». Necesito algo de tiempo para pensarlo. Puede que mañana mi actitud haya cambiado.

Débora suavizó su expresión, pero meneó la cabeza en un gesto negativo.

—¿No crees que vale la pena?

Ella bajó los ojos, jugó durante un segundo con la cremallera de su bolso y dejó escapar un suspiro melancólico.

—¿Dónde quieres que nos encontremos?

—¿Qué te parece el muelle de este lado? Sobre el mediodía.

Débora vaciló durante unos segundos.

—De acuerdo. —Luego dio la vuelta a la mesa, se inclinó sobre él y le rozó la mejilla con los labios. Mingolla intentó acercarla a él y hacer más intenso el beso, pero ella se le escapó de entre los dedos. Tenía calor y notaba cierto mareo.

—¿Estarás realmente allí? —le preguntó.

Ella asintió con expresión inquieta y no se volvió a mirarle antes de esfumarse más allá de los escalones.

Mingolla estuvo sentado durante un rato, pensando en el beso y la promesa que encerraba. Podría haberse quedado más rato aún, pero entraron tres soldados borrachos tambaleándose y empezaron a tirar sillas y a causarle problemas al camarero. Disgustado, Mingolla fue hacia la puerta y se quedó ante ella, aspirando bocanadas de aire húmedo. Los insectos formaban constelaciones borrosas sobre el plástico curvado del letrero de Fanta, intentando llegar hasta el brillante calor que se escondía dentro, y Mingolla sintió cierta relación con ellos, sintió que compartía su ansia de lograr lo imposible. Empezó a bajar los peldaños, pero se detuvo de golpe. Los adolescentes se habían ido, pero su cautiva, la iguana, yacía en el último peldaño, inmóvil y ensangrentada. Hebras grises y azules brotaban de su cuello abierto. Era un signo tan claro de mala suerte que Mingolla volvió adentro y alquiló una habitación en el piso de arriba.

Los pasillos apestaban a orina y a desinfectante. Un indio borracho con la bragueta abierta y la boca ensangrentada golpeaba una de las puertas. Cuando Mingolla pasó junto a él le hizo una reverencia extendiendo las manos, en una parodia de bienvenida. Luego volvió a golpear la puerta. La habitación de Mingolla era una celda sin ventanas que tendría apenas dos metros de ancho, era aproximadamente tan larga como un ataúd y contenía un lavabo, un catre y una silla. La ventanilla de la puerta estaba cubierta de polvo y de telarañas que reducían la luz del pasillo a un frío brillo blancoazulado. Las paredes estaban cubiertas igualmente con películas de telaraña y las sábanas estaban tan sucias que parecían tener un dibujo impreso. Se tendió sobre ellas y cerró los ojos, pensando en Débora. Pensaba en arrancarle ese vestido rojo y tirársela con toda la furia posible. Pensaba en cómo chillaría. Esa idea le hizo sentir vergüenza y, al mismo tiempo, le produjo una erección. Intentó pensar en que le hacía el amor con ternura. Pero en esos momentos la ternura parecía estar más allá de su alcance. Sintió que su miembro se ponía flácido y decidió que no valía la pena masturbarse. Empezó a desabrocharse la camisa, recordó las sábanas y pensó que estaría mejor con la ropa puesta. En la oscuridad que dejaron sus párpados al cerrarse, empezó a ver relámpagos y explosiones y dentro de esos relámpagos había imágenes del ataque a la Granja de las Hormigas. La niebla, los túneles. Las tapó con el rostro de ella pero insistían en volver. Finalmente abrió los ojos. Dos... no, tres estrellas negras, de contornos borrosos, se recortaban contra la ventanilla de la puerta. Cuando empezaron a reptar reconoció lo que eran: arañas. Grandes. Normalmente no le daban miedo las arañas,

pero éstas en particular le aterrorizaron. Si les daba con el zapato rompería el cristal y lo echarían del hotel. No quería matarlas con las manos. Después de un tiempo se irguió en su cama, encendió la luz del techo y rebuscó por el suelo. No había más arañas. Volvió a tenderse, notando que temblaba y que le faltaba el aliento. Deseaba poder hablar con alguien, oír una voz familiar. «Todo anda bien», le dijo a la oscura atmósfera de la habitación. Pero eso no le ayudó. Y durante un tiempo muy largo, hasta que se sintió lo bastante seguro como para dormirse, estuvo vigilando a las tres estrellas negras que reptaban por el cristal, dirigiéndose hacia el centro de éste, tocándose y separándose, sin que en realidad avanzaran nunca hacia ningún sitio, sin apartarse jamás de su brillante encierro y su universo de luz congelada.

Por la mañana, Mingolla cruzó a la orilla oeste y fue andando hacia la base aérea. Ya hacía calor, pero en el aire seguía notándose cierta frescura y el sudor que perlaba su frente le parecía limpio y sano. El polvo blanco flotaba y se posaba lentamente sobre la grava, atestiguando el reciente paso de algún vehículo. Más allá de la ciudad y del atajo que llevaba hasta el puente, sin terminar, había muros de vegetación que casi tocaban el camino y en su interior pudo oír a los monos, los insectos y las aves. Se oían ruidos agudos que le hacían sentirse más vivo y tomar conciencia del funcionamiento de sus músculos. Cuando se encontraba a medio camino de la base, vio a seis soldados guatemaltecos que salían de la jungla arrastrando un par de cuerpos que echaron sobre la capota de su jeep, donde ya había otros dos. Al acercarse Mingolla vio que los muertos eran niños desnudos, cada uno de ellos con un limpio agujero en la espalda. Había pensado pasar de largo, pero uno de los soldados, un hombre con la piel cobriza que parecía un duende y vestía uniforme azul oscuro, le impidió el paso y le pidió sus documentos. Todos los soldados se reunieron con él para estudiar sus papeles, murmurando, dándoles la vuelta y rascándose la cabeza. Acostumbrado a tales molestias, Mingolla no les hizo caso y se dedicó a mirar los cadáveres.

Estaban flacos y quemados por el sol. Yacían boca abajo con el pelo revuelto colgando de la capota y sus pieles estaban cubiertas por picaduras de mosquito infectadas. La carne que rodeaba los agujeros de bala estaba amoratada e hinchada. A juzgar por su tamaño, Mingolla pensó que tendrían unos diez años, pero luego se dio cuenta de que uno de los cuerpos pertenecía a una chica. Tenía las nalgas musculosas y sus pechos se aplastaban contra el metal. Eso le indignó. No eran más que niños que sobrevivían robando y matando y los soldados guatemaltecos se limitaban a cumplir con su deber. Ellos realizaban una función comparable a la ejercida por los pájaros que buscaban parásitos en el cuero del rinoceronte, manteniendo a su bestia norteamericana libre de plagas y en buen estado. Pero no era justo que los niños fueran exhibidos así, como animales durante la caza.

El soldado le devolvió sus papeles. Ahora se había vuelto todo sonrisas y, quizás intentando hacer más sólidas las relaciones Norteamérica-Guatemala o quizá por estar orgulloso de su trabajo, fue hacia el jeep y alzó la cabeza de la chica, tirando de

su pelo, para que Mingolla pudiera verle el rostro. «¡Bandida!», dijo, frunciendo el ceño en una expresión cómica. El rostro de la chica se parecía bastante al del soldado, con su nariz aguileña y sus pómulos salientes. En sus labios brillaba aún la sangre y en el centro de su frente se veía el borroso tatuaje de una serpiente enroscada. Tenía los ojos abiertos y al mirar en ellos, pese a que ya estaban algo velados, Mingolla tuvo la sensación de que había logrado establecer contacto, de que ella le contemplaba tristemente desde algún lugar oculto tras esos ojos, que seguía muriendo mucho más allá de la muerte clínica. Entonces una hormiga emergió de su nariz, se detuvo en precario equilibrio sobre la curva escarlata de su labio y los ojos le parecieron simplemente vacíos. El soldado dejó caer su cabeza y metió los dedos por entre la cabellera de un segundo cadáver pero, antes de que pudiera levantar su cabeza, Mingolla se dio la vuelta y se dirigió hacia el camino de la base aérea.

En el borde de la pista de aterrizaje había una hilera de helicópteros y Mingolla vio, andando entre ellos, a los dos pilotos que le habían traído de la Granja de las Hormigas. Llevaban pantalones cortos y guantes de béisbol, con los cascos puestos, y se lanzaban la pelota el uno al otro, probando trayectorias muy elevadas. Detrás de ellos había un mecánico subido a un Sikorsky que hurgaba en el rotor principal. El ver a los pilotos no inquietó a Mingolla como el día anterior. De hecho, su extrañeza le resultó vagamente reconfortante. Justo entonces la pelota se le escapó a uno de los pilotos y rebotó hacia Mingolla. Él la cogió al vuelo y se la arrojó al más cercano de los dos pilotos, que luego dio unos pasos adelante y le contempló haciendo saltar la pelota en su guante. Con su rostro de reflejos negros y su torso, sudoroso y fuerte, parecía un joven mutante dispuesto a lo que fuera.

—¿Qué tal todo? —le preguntó—. Esta mañana pareces un poco cansado.

—Me encuentro bien —dijo Mingolla, algo a la defensiva—. Claro que... —sonrió, como intentando borrar ese tono de sus anteriores palabras—... quizá puedas ver algo que yo soy incapaz de ver.

El piloto se encogió de hombros y en ese gesto flexible a Mingolla le pareció ver que estaba de buen humor.

Mingolla señaló hacia el mecánico.

—Se os ha roto algo, ¿eh?

—Sólo una revisión de rutina. Volveremos mañana a primera hora. ¿Necesitas que te lleven?

—No, tengo toda una semana para estar aquí.

Una extraña corriente fluyó por la mano izquierda de Mingolla, haciéndola temblar como la de un azogado. Esta vez el temblor era bastante malo y Mingolla tuvo que meterse la mano en el bolsillo. La hilera de barracones oliváceos pareció oscilar, dislocarse y reaparecer un poco más lejos. Los helicópteros, los jeeps y los hombres de uniforme que había sobre la pista parecían de juguete, como los componentes de un equipo Base Aérea Soldado Joe impecablemente fabricado. La mano de Mingolla latía, tras la tela de sus pantalones, como un corazón enfermo.

—Tengo que irme —dijo.

—Aguenta —dijo el piloto—. Te pondrás bien.

En las palabras había el tono de seguridad con el que se profiere un diagnóstico y casi lograron convencer a Mingolla de que el piloto poseía la habilidad de conocer su destino, si es que cosas tales como el destino podían ser conocidas.

—Oye, tío, ¿realmente creías lo que estabas diciendo ayer? —le preguntó—. Me refiero a todo eso de vuestros cascos y de conocer el futuro.

El piloto hizo rebotar la pelota sobre el cemento, cogiéndola en el punto más alto del rebote, y se la quedó mirando. Mingolla podía ver las costuras y el nombre del fabricante reflejados en el visor, pero no el rostro que había detrás, ni evidencia alguna de que fuera deforme o normal.

—Me preguntan eso montones de veces —dijo el piloto—. Ya sabes, gente que quiere hacerme enfadar. Pero tú no lo preguntas por eso, ¿eh, tío?

—No —dijo Mingolla—. Yo no.

—Bien —dijo el piloto—. Ocurre así: vamos zumbando por la nada y vemos toda la mierda que hay en el suelo, la mierda que nadie más puede ver. Entonces hacemos volar esa mierda en pedazos. Llevamos diez meses haciéndolo y seguimos vivos. ¡Joder, claro que lo creo!

Mingolla estaba algo decepcionado.

—Ya, claro —dijo.

—¿Has oído lo que te he dicho? —le preguntó el piloto—. Quiero decir que somos una condenada prueba viviente.

—Ya. —Mingolla se rascó el cuello, intentando pensar en alguna respuesta diplomática y sin ocurrírsele ninguna—. Supongo que volveré a verte.

Se alejó hacia el puesto de mando.

—¡Aguenta un poco más, tío! —le gritó el piloto mientras se iba—. ¡Créeme! ¡Las cosas mejorarán muy pronto para ti!

La cantina del puesto de mando era una gran habitación de madera sin pintar que recordaba a un granero. Había sido construida tan recientemente que Mingolla pudo oler todavía a resina y serrín. Treinta o cuarenta mesas; una máquina tocadiscos; paredes desnudas. Detrás del mostrador, que se encontraba en la parte trasera de la habitación, se veía a un cabo malcarado que estaba haciendo un inventario de licores. Gilbey, el único cliente, estaba sentado junto a una de las ventanas de la pared este, removiendo el contenido de una taza de café. Tenía el ceño fruncido y un rayo de sol, que caía sobre él, le iluminaba y daba la impresión de que estaba recibiendo la inspiración divina para alguna elevada labor del alma.

—¿Dónde está Baylor? —le preguntó Mingolla sentándose ante él.

—No sé, joder —dijo Gilbey sin apartar los ojos del café—. Ya vendrá.

Mingolla seguía con la mano izquierda en el bolsillo. Los temblores estaban disminuyendo, pero no con la suficiente rapidez y tenía miedo de que se extendieran, tal como había ocurrido después del ataque. Dejó escapar un suspiro y con la salida

del aire sintió toda la agitación nerviosa de su cuerpo. El rayo de sol parecía latir con una especie de frágil nota dorada y también eso le preocupaba. Alucinaciones. Un instante después se dio cuenta de que una mosca zumbaba sobre el cristal.

—¿Qué tal fue la noche pasada? —preguntó.

Gilbey alzó la mirada con cierta brusquedad.

—¡Oh!, te refieres a Tetas Grandes. Dejó que la registrara en busca de bultos feos. —Logró sonreír y luego siguió removiéndolo su café.

A Mingolla le dolió que Gilbey no le hubiera preguntado por su noche. Quería hablarle de la chica. Pero eso era típico de Gilbey, siempre metido en sí mismo. Sus ojos medio cerrados y su boca malhumorada eran las huellas visibles de un espíritu tan concentrado en su mezquindad que no podía preocuparse por muchas cosas aparte de su propio bienestar. Y, pese a su insensibilidad, sus rabieta estúpidas y lo limitado de su conversación, Mingolla le creía más listo de lo que aparentaba, como si disfrazar su propia inteligencia hubiera sido una táctica de supervivencia en Detroit, donde había crecido. Era su astucia lo que le traicionaba. Eran sus repentinas percepciones sobre la personalidad de los tenientes más peligrosos; su habilidad para evitar los trabajos desagradables y la manera de manipular a sus compañeros. Llevaba su estupidez como si fuera un manto protector y quizá lo había llevado tanto tiempo que ahora no podía quitárselo. Fuera como fuese, Mingolla le envidiaba sus virtudes y especialmente el modo en que éstas le habían entumecido, permitiéndole resistir el ataque.

—Antes nunca había llegado tarde —dijo Mingolla unos segundos después.

—¡Joder, pues hoy sí! —le replicó Gilbey iracundo—. ¡Ya vendrá!

Detrás del mostrador el cabo conectó un radio e hizo girar el dial pasando por música latina, los Cuarenta Primeros y una voz que informaba en inglés sobre los resultados de béisbol.

—¡Eh! —gritó Gilbey—. ¡Déjanos oír eso, tío! Quiero enterarme de qué le pasó a los Tigres. —Encogiéndose de hombros, el cabo hizo lo que le pedía.

«... Medias Blancas seis, Los A tres —dijo el locutor—. Con eso van ocho seguidos para los Medias Blancas...».

—Los Medias Blancas le están dando patadas en el culo a todos —dijo el cabo, complacido.

—¡Los Medias Blancas! —se burló Gilbey—. ¿Y qué tienen los Medias Blancas salvo un pandilla de devoradores de fríjoles que le están dando una paliza a doscientos negros pasados de coca, eh? ¡Mierda! Cada primavera los Medias Blancas empiezan a volar, tío. ¡Pero luego llega el verano, la calle se inunda de drogas buenas y se mueren, joder!

—Vale —dijo el cabo—, pero este año...

—Coge a ese hijo de perra, ese Caldwell —dijo Gilbey sin hacerle caso—. Le vi hace un par de años cuando pasó una prueba con los Tigres. ¡Tío, ése sí que sabía darle al bate! Y ahora anda moviéndose por ahí como si estuviera dejándose acariciar

por la brisa.

—Oye, tío, no están tomando drogas —dijo el cabo con voz tozuda—. No pueden tomarlas, porque entonces esas pruebas muestran si se han tomado algo o no.

Gilbey se lanzó de lleno a la discusión.

—¡Los Medias Blancas no tienen ni una oportunidad, hombre! ¿Sabes cómo les llama de vez en cuando el tío de la tele? ¡Los Condonos Pálidos! ¡Los jodidos Condonos Pálidos! ¿Cómo quieres que ganen con semejante nombre? Los Tigres sí que tienen un nombre adecuado. Los Yanquis, los Bravos, los...

—¡Y una mierda, tío! —El cabo estaba empezando a ponerse nervioso. Dejó sus hojas de inventario sobre el mostrador y fue hacia el final del mismo—. ¿Qué hay de los Dodgers? Tienen un nombre ridículo y son un buen equipo. ¡Esos nombres tuyos no valen una mierda!

—Los Rojos —sugirió Mingolla. Estaba disfrutando con el número de Gilbey, con su tozuda irracionalidad. Y, al mismo tiempo, le preocupaba el tono desesperado que había en su voz. Aunque pareciera lo contrario, esta mañana Gilbey no era el mismo de siempre.

—¡Oh, sí! —Gilbey golpeó la mesa con la palma de la mano—. ¡Los Rojos! ¡Fíjate en los Rojos, hombre! Mira lo bien que lo han estado haciendo desde que los cubanos se metieron en la guerra. ¿Crees que eso no quiere decir nada? ¿Crees que su nombre no les está ayudando? Aunque lleguen a las series, los Condonos Pálidos ya pueden ir rezando cuando les toque contra los Rojos. —Se rió con una especie de áspero gruñido—. Soy un fan de los Tigres, tío, pero tengo la sensación de que éste no es su año, ya sabes. Los Rojos están arrasando en el este y los Yanquis vienen lanzados y cuando se enfrenten en octubre, tío, entonces veremos quiénes son los mejores. ¡Entonces veremos quiénes son los jodidos mejores! —Su voz se había vuelto tensa y temblaba un poco—. ¡Así que no me des la paliza con tus Condonos Pálidos de las narices, tío! ¡Son una mierda, siempre lo fueron y siempre serán una mierda, hasta que se cambien su jodido nombre!

Presintiendo el peligro, el cabo se negó a una confrontación más abierta y Gilbey se hundió en un silencio mohíno. Durante un rato sólo se oyeron los rotores de los helicópteros en el exterior y la radio que emitía un programa de jazz. Dos mecánicos entraron para tomarse una primera cerveza y un poco después lo hicieron tres sargentos de aspecto paternal, de vientres abultados y poco cabello y con insignias de contramaestre en los hombros. Tomaron asiento en una mesa cercana y empezaron a jugar una partida de rummy. El cabo les trajo una jarra de café y una botella de whisky, que ellos mezclaron para ir bebiendo mientras jugaban. Su partida de naipes parecía una costumbre, algo que hacían cada día a esa hora y, observándoles, percibiendo su tranquila y algo atildada despreocupación y su familiaridad de viejos camaradas, Mingolla se sintió orgulloso de su mano temblorosa. Era una enfermedad honrosa, un signo de que había participado en el corazón de la guerra, de un modo ignorado por todos esos hombres. Pero no les guardaba ningún resentimiento. Ni el

más mínimo. Al contrario, le hacía sentirse seguro saber que tres hombres con ese aspecto de papas bonachones estaban aquí para proporcionarle comida, licor y botas nuevas. Se dejó mecer por el feliz y aburrido ruido de su charla y el humo de cigarro que parecía rezumar como el signo visible de su satisfacción. Creyó que podía ir a su mesa, contarles sus problemas y recibir un consejo de buenos amigos. Estaban aquí para reafirmarle en su propósito y recordarle los sencillos valores de su patria; para darle la ilusión de que había un compromiso fraternal de todos en la guerra; para dejar claro que no era sino un ejercicio de buena camaradería y decisión, un rito de iniciación que esos tres hombres habían pasado hacía ya mucho; para prometer que, después de la guerra, todos recibirían anillos y medallas para andar de juerga juntos y hablar de la carnicería y el terror, meneando la cabeza con nostalgia y asombro, como si la carnicería y el terror fueran viejos amigos perdidos cuya naturaleza no habían sido capaces de apreciar del todo en aquel momento... Mingolla se dio cuenta entonces de que los músculos de su rostro se habían tensado en una sonrisa y que ese curso de ideas le estaba llevando a un territorio mental lleno de espectros y horrores. El temblor de su mano era peor que nunca. Miró su reloj. Eran casi las diez. ¡Las diez! Presa del pánico, echó su silla hacia atrás con un chirrido y se levantó.

—Vamos a buscarle —le dijo a Gilbey.

Gilbey abrió la boca para decir algo, pero se calló. Golpeó duramente el borde de la mesa con su cucharilla y luego también él hizo retroceder su silla con un chirrido y se levantó.

Baylor no estaba en el Club Demonio y tampoco en ninguno de los bares de la orilla oeste. Gilbey y Mingolla le describieron a todos los que encontraban, pero nadie le recordaba. Cuanto más se prolongaba la búsqueda, más inseguro se notaba Mingolla. Baylor era necesario, era un soporte esencial de la plataforma de costumbres y rutinas que le sostenían a él, que le dejaba vivir más allá del alcance del armamento y las leyes del azar. Y si ese soporte fuera destruido... Vio en su mente a la plataforma inclinándose, a él y Gilbey cayendo por el borde para hundirse dando vueltas en un abismo lleno de fuego negro.

—¡Panamá! —dijo en un momento dado Gilbey—. El hijo de puta se ha largado a Panamá.

Pero Mingolla no creía en eso. Estaba seguro de que Baylor se encontraba cerca y en esa seguridad había tal precisión que le hizo sentirse aún más inseguro. Sabía que muy a menudo esa precisa claridad que era capaz de percibir le servía de heraldo a un pésimo final.

El sol trepó por el cielo y su calor se convirtió en una presión casi insoportable que le robaba el color a los muros de estuco. Mingolla sintió que sudaba y el olor empezaba a ser rancio. Por las calles se veía a unos cuantos soldados, mezclados con el número habitual de niños y mendigos, y los bares estaban vacíos, con excepción de unos cuantos borrachos que intentaban continuar la noche anterior. Gilbey avanzaba cansinamente, cogiendo a la gente por la camisa y haciéndoles preguntas. Mingolla,

sin embargo, terriblemente consciente del temblor de su mano, tuvo que inventarse un procedimiento rutinario para atreverse a tales entrevistas, por breves que fueran. Se acercaba a su objetivo, adelantaba el lado derecho de su cuerpo y decía:

—Estoy buscando a un amigo mío. ¿Le ha visto usted? Es alto. Tiene la piel olivácea, el pelo negro y es delgado. Se llama Baylor. —Llegó a ser capaz de que esas palabras fluyeran de su lengua casi de una tirada, como si no fueran nada importante.

Finalmente Gilbey se hartó.

—Me voy un rato con Tetas Grandes —dijo—. Te veré mañana en el puesto de mando. —Empezó a marcharse, pero se volvió y dijo—: Si quieres verme antes de mañana, estaré en el Club Demonio. —En su rostro había una expresión rara. Era como si intentara sonreírle de un modo tranquilizador pero, dada su falta de práctica con las sonrisas, la mueca parecía forzada y estúpida y no resultaba nada tranquilizadora.

A eso de las once, Mingolla se apoyó en una pared de estuco rosa, intentando distinguir a Baylor en el creciente gentío. A su lado las hojas de un bananero, oscurecido por el sol, susurraban al viento y, cada vez que una ráfaga más fuerte las hacía chocar contra la pared, emitían una especie de crujido. En el bar que había al otro lado de la calle estaban arreglando el tejado y las franjas de plancha nueva alternaban con tiras de óxido que parecían enormes tajadas de bacon puestas a freír. De vez en cuando sus ojos iban hacia el puente sin terminar, el gran arco de mágica blancura que se curvaba sobre el azul del cielo, dominando la ciudad, la jungla y la guerra. Ni siquiera la calina que hacía ondular el tejado de plancha metálica lograba deformar sus líneas pulidas. Daba la impresión de dirigir como un concierto la pestilencia, el murmullo de la multitud y la música de los tocadiscos hasta convertirlos en una tranquila unidad, absorbiendo esas energías y devolviéndolas purificadas y más ricas. Pensó que si lo contemplaba durante el tiempo suficiente le hablaría, pronunciaría una palabra blanca capaz de concederle sus deseos.

Dos secos chasquidos (disparos de pistola) le hicieron apartarse vacilante de la pared, con el corazón desbocado. Dentro de su cabeza, los dos tiros habían pronunciado las dos sílabas del nombre de Baylor. Todos los niños y mendigos se habían esfumado. Todos los soldados se habían quedado inmóviles, para volverse luego en la dirección de la que habían venido los disparos. Eran como zombis que hubieran oído la voz de su amo.

Hubo otro disparo.

De una calleja lateral salieron unos cuantos soldados que hablaban excitadamente en voz alta.

—¡... Malditos chalados! —Estaba diciendo uno de ellos.

—¡Un Sammy, tío! —dijo su compañero—. ¿Viste sus ojos?

Mingolla se abrió paso a través de ellos y echó a correr por la calleja. Al final de los edificios había un cordón de PM que impedía el acceso a la calle de la derecha y

cuando Mingolla se topó con uno de ellos, éste le dijo que se fuera.

—¿Qué pasa? —preguntó Mingolla—. ¿Algún tío jugando al Sammy?

—Largo, joder —dijo con voz tranquila el PM.

—Oye —dijo Mingolla—. Quizá sea un amigo mío. Un tipo alto, flaco. Pelo negro. Quizá pueda razonar con él.

El PM miró a sus compañeros, que se encogieron de hombros y dieron la impresión de que el asunto no iba con ellos.

—Vale —dijo. Le hizo una seña a Mingolla para que se acercara y luego señaló un bar con paredes color turquesa en la siguiente esquina—. Ve ahí y habla con el capitán.

Dos disparos más, luego un tercero.

—Será mejor que te des prisa —añadió el PM—. El viejo capitán Haynesworth está ahí y no tiene demasiada fe en las negociaciones.

En el interior del bar hacía más fresco y estaba oscuro. Dos figuras sombrías estaban pegadas a la pared, junto a una ventana que daba a la encrucijada de calles. Mingolla logró distinguir el brillo de las automáticas en sus manos. Luego, a través de la ventana, vio a Baylor asomar por detrás de un muro de un metro de altura, una estructura de ladrillos de adobe que iba de una herboristería a otro bar. Baylor iba sin camisa, tenía el pelo pintado con trazos marrones y rojizos de sangre seca y parecía muy tranquilo. Se había metido los pulgares en los bolsillos del pantalón. Uno de los hombres junto a la ventana le disparó. El estampido fue ensordecedor y Mingolla dio un respingo, cerrando los ojos. Cuando volvió a mirar hacia la ventana Baylor ya no era visible.

—Ese mierda está intentando atraer el fuego —dijo el hombre que le había disparado a Baylor—. Sammy anda rápido hoy.

—Sí, pero ya se ha frenado un poco —dijo una voz gangosa desde la oscuridad que había tras el mostrador—. Creo que se le está terminando la dosis.

—¡Eh, no le maten! —dijo Mingolla—. Conozco a ese tipo. Creo que puedo hablar con él.

—¿Hablar? —dijo la voz gangosa—. Puedes hablar con él hasta que se te ponga verde el culo, chico, y Sammy seguirá sin escucharte.

Mingolla intentó ver algo entre las sombras. En el mostrador se apoyaba un hombretón de aspecto descuidado, con insignias de latón reluciendo en su boina.

—¿Es usted el capitán? —preguntó—. Afuera me dijeron que hablara con el capitán.

—Ciertamente que lo soy —dijo el hombre—. Y me encantaría hablar contigo, chico. ¿De qué tienes ganas de hablar?

Los otros hombres se rieron.

—¿Por qué intentan matarle? —dijo Mingolla, oyendo el matiz desesperado de su propia voz—. No hace falta que le maten. Podrían usar una pistola tranquilizante.

—Tenemos una en camino —dijo el capitán—. El problema es que tu compañero

tiene a un par de rehenes detrás de esa pared y si tenemos una oportunidad de cargárnoslo antes de que llegue la pistola tranquilizante, la aceptaremos sin vacilar.

—Pero... —empezó a decir Mingolla.

—Déjame acabar, chico. —El capitán se subió un poco más la pistolera, salió del mostrador y pasó el brazo por encima de los hombros de Mingolla, envolviéndole con su olor corporal y el whisky de su aliento—. Mira —prosiguió—, lo tenemos todo bajo control. Ese Sammy de ahí...

—¡Baylor! —dijo Mingolla muy irritado—. Su nombre es Baylor.

El capitán apartó el brazo de los hombros de Mingolla y le contempló con expresión divertida. Incluso en la penumbra Mingolla pudo ver la red de capilares rotos en sus mejillas y la hinchazón alcohólica de sus rasgos.

—De acuerdo —dijo el capitán—. Tal y como estaba diciendo, tu buen amigo de ahí, el señor Baylor, no ha hecho todavía ningún daño grave. Al principio no hacía más que gritar y dar vueltas. Pero entonces llegaron un par de nuestros hermanos de los marines. Parece ser que le habían estado dando a nuestros amigos los devoradores de fríjoles una demostración del último equipo de combate y volvían de la mencionada demostración, cuando vieron nuestro pequeño problema y se les ocurrió jugar a los héroes. Bueno, señor mío, para decirlo sin más rodeos, el señor Baylor les reventó el culo a patadas. Les pisoteó toda su moral. Luego los metió a rastras detrás de esa pared y empezó a jugar con una de sus armas. Y...

Hubo otros dos tiros.

—¡Mierda! —dijo uno de los hombres junto a la ventana.

—Y ahí está sentado —dijo el capitán—. Jodiéndonos. O ese trasto no tiene munición o todavía no ha conseguido enterarse de cómo funciona. Si se trata del último caso y consigue enterarse de ello... —El capitán meneó la cabeza en un gesto melancólico, como si estuviera imaginando las terribles consecuencias posibles—. ¿Comprendes cuál es mi problema?

—Podría intentar hablar con él —dijo Mingolla—. ¿Qué mal podría causar con ello?

—Podrías conseguir que te matara, chico, y eso es problema tuyo. Pero sería en mi culo donde lloverían las acusaciones. —El capitán hizo girar a Mingolla hacia la puerta y le empujó suavemente hacia el cordón de PM—. Aprecio tu oferta, chico.

Luego Mingolla pensaría que todos sus actos de entonces carecían de sentido porque, hubiera sobrevivido o no Baylor, jamás habría vuelto a la Granja de las Hormigas. Pero en ese momento, desesperado por conservar el ritual, no se le había ocurrido nada de eso. Dobló la esquina y fue hacia el muro. Tenía la boca seca y el corazón le latía con fuerza. Pero le había dejado de temblar la mano y tuvo la suficiente presencia de ánimo como para caminar de tal modo que bloqueara la línea de tiro de los PM. Cuando se encontraba a unos veinte pasos del muro, gritó:

—¡Eh, Baylor! ¡Tío, soy Mingolla!

Y entonces, como impulsado por un resorte, Baylor apareció tras la pared y le

miró. Su mirada era horrible. Tenía los ojos como los de un toro, con el iris rodeado totalmente por el blanco; de las fosas nasales le corrían hilillos de sangre y en sus mejillas los nervios pulsaban con la regularidad de un cronómetro. La sangre seca de su pecho procedía de tres largos cortes que estaban parcialmente cubiertos por costras secas, pero de los cuales rezumaba todavía un fluido lechoso. Por un instante permaneció inmóvil. Luego se inclinó hacia el suelo, cogió un rifle de dos cañones de cuya culata pendía un trozo de tubo flexible y lo levantó hacia Mingolla.

Apretó el gatillo.

Ninguna llama, ninguna explosión. Ni tan siquiera un chasquido. Pero Mingolla tuvo la sensación de que le habían sumergido en agua helada.

—¡Jesús! —gritó—. ¡Baylor! ¡Soy yo!

Baylor apretó nuevamente el gatillo con el mismo resultado. Por un instante en su rostro hubo una frustración casi intolerable y luego volvió a mirarle como un muerto. Alzó los ojos hacia el Sol y después de unos segundos sonrió. Quizás había recibido magníficas noticias de lo alto.

Los sentidos de Mingolla se habían vuelto maravillosamente agudos. A lo lejos una radio emitía una canción country y con su tono quejumbroso y sus intermitentes chorros de estática, la canción le pareció el zumbido de un sistema nervioso enfermo. Podía oír a los PM hablando en el bar, podía oler la rancia acidez de Baylor y su locura y le pareció sentir el pulso de su rabia, el flujo inconstante de calor que emanaba de él, intensificando su miedo y dejándole paralizado. Baylor dejó el arma en el suelo con la ternura que podría haber mostrado hacia un niño enfermo y luego saltó el muro. La fluidez animal de su movimiento hizo que a Mingolla se le pusiera la piel de gallina. Logró retroceder un paso y alzó las manos para apartar a Baylor.

—Venga, tío... —dijo con voz débil. Baylor dejó escapar un sonido extraño, mitad silbido, mitad gemido, y de sus labios brotó un chorro de saliva. El sol era una lluvia dorada que empapaba la calle, arrancando destellos a cada superficie lisa, como si estuviera intentando hacer hervir la realidad.

—¡Agáchate, chico! —gritó alguien.

Y Baylor se lanzó sobre él y los dos cayeron sobre la tierra apisonada rodando por ella. Unos dedos intentaron aplastarle la nuez de la garganta. Mingolla se retorció, vio a Baylor encima de él, sonriéndole, con ojos desorbitados y dientes amarillentos. De su mentón caían pequeñas hebras de saliva. Un rostro de carnaval. Sus rodillas inmovilizaron los hombros de Mingolla, sus manos le agarraron por el pelo y estrellaron su cabeza en el suelo. Una vez, y otra. En sus oídos empezó a gemir una sirena. Logró liberar un brazo e intentó darle a Baylor en los ojos, pero Baylor le mordió el pulgar justo en la articulación, apretando ferozmente. Mingolla sintió que se le nublaba la vista y dejó de oír. Notó algo pastoso en la nuca. Su cabeza parecía rebotar lentamente en el polvo, subiendo cada vez más a cada impacto, pero cada vez más lentamente. Encuadrado por el cielo azul, el rostro de Baylor daba la impresión de alejarse en una espiral hacia lo alto. Y entonces, justo cuando Mingolla empezaba

a desmayarse, Baylor desapareció.

Mingolla tenía la boca y la nariz llenas de polvo. Oyó gritos, gruñidos. Aún aturdido, logró apoyarse en un codo. Un poco más lejos vio brazos, piernas y traseros vestidos de caqui que se removían en una nube de polvo. Era como una pelea en una historieta cómica, y por un segundo Mingolla esperó ver asteriscos y signos de admiración flotando en lo alto, para expresar los tacos y maldiciones. Alguien le cogió del brazo y le hizo levantarse de un tirón. Era el capitán de la PM, con su grueso rostro algo enrojecido. Le quitó el polvo a las ropas de Mingolla, frunciendo el ceño en una expresión reprobatoria.

—Realmente valiente, chico —le dijo—. Y realmente muy, muy estúpido. Si hubiera podido acabar lo que había empezado, ahora estarías teniendo un gran éxito con las moscas. —Se volvió hacia el sargento que estaba cerca—. ¿Dirías que ha sido estúpido, Phil?

El sargento dijo que a él la estupidez de ese acto se le escapaba.

—Bien —dijo el capitán—, pues yo creo que si el chico hubiera estado en combate, habría sido una estupidez con Medalla de Bronce.

Eso, admitió el sargento, era ser bastante estúpido.

—Claro que, habiendo sido aquí, en Frisco —el capitán acabó de quitarle el polvo a Mingolla—, no te ha servido de una mierda.

Los PM formaban un montón encima de Baylor, que estaba tendido de lado, sangrando por la boca y por la nariz. Una espesa capa de sangre le cubría las mejillas como si fuera puré.

—Panamá —dijo Mingolla aturdido. Quizás era una opción. Le resultaba fácil imaginárselo... playa de noche, sombras de palmeras trazando un encaje sobre la arena blanca.

—¿Qué has dicho? —le preguntó el capitán.

—Quería ir a Panamá —dijo Mingolla.

El capitán lanzó un bufido y sonrió.

—Como si no lo quisiéramos todos.

Uno de los PM hizo rodar a Baylor sobre su estómago y le esposó; otro le puso unas esposas en los tobillos. Luego le hicieron dar otra vez la vuelta. El polvo amarillento se había mezclado con la sangre de su frente y sus mejillas, dándole el aspecto de una máscara hinchada. De pronto sus ojos se abrieron en mitad de la máscara, y se desorbitaron al sentir que le habían esposado. Empezó a debatirse arriba y abajo, intentando soltarse de las esposas, dando saltos. Estuvo haciendo eso durante casi un minuto y luego se quedó rígido y con sus ojos extraviados fijos en el disco candente del Sol. Lanzó un rugido. Era la única palabra para describirlo. No era un grito, ni un alarido, sino un rugido de un diablo exultante, tan potente y lleno de furia que, por un segundo, pareció la causa que generaba toda esa luz llameante y el baile de la colina. Escucharlo producía una curiosa seducción y Mingolla empezó a sentirla, a notar que su cuerpo actuaba como ante un buen rock, simpatizando con esa

exuberancia que odiaba a la vida.

—¡Uau! —dijo el capitán, maravillado—. Tendrán que construir todo un zoológico para ese chico.

Tras hacer su declaración y permitir que uno del cuerpo le comprobara la cabeza, Mingolla cogió el transbordador para reunirse con Débora en la orilla este. Se quedó sentado en la popa, contemplando el puente sin terminar, pero esta vez incapaz de sacar de él cualquier sentimiento de magia o esperanza. Panamá daba vueltas incesantes en sus pensamientos. Ahora, con Baylor desaparecido, ¿era realmente una opción? Sabía que no le quedaba más remedio que pensar y hacer planes, pero no lograba apartar de su mente la imagen del rostro ensangrentado y loco de Baylor. Había visto cosas peores, ¡Jesús!, mucho peores. Tipos convertidos en fragmentos, tipos de los cuales quedaba tan poco, que no les hacía falta un reluciente ataúd de plata, sólo una lata de metal negro que tenía el tamaño de un recipiente para pasteles. Tipos quemados, con un solo ojo, cubiertos de sangre, arañando ciegamente el aire, como criaturas surgidas de una película de monstruos. Pero la idea de Baylor atrapado para siempre, en algún lugar feroz y rojizo de su cerebro, en el centro de ese ruido feroz y rojizo que había emitido... quizás esa idea era peor que cualquier cosa vista antes por Mingolla. No quería morir; rechazaba esa perspectiva con la desapasionada tozudez con que un niño se enfrenta a una dura verdad. Pero antes prefería morir que soportar la locura. Comparado con lo que le esperaba a Baylor, la muerte y Panamá parecían ofrecer la misma dulzura pacífica.

Alguien se instaló junto a Mingolla. Era un chico que no podía tener más de dieciocho años. Un chico nuevo con un nuevo corte de pelo, botas nuevas y uniforme nuevo. Hasta su rostro parecía nuevo, como recién sacado del molde. Las mejillas eran relucientes y regordetas, la piel limpia, los ojos de un azul brillante y todavía sin gastar. Tenía muchas ganas de hablar. Le preguntó a Mingolla por su casa y su familia y dijo: «¡Oh, vaya!, debe ser estupendo vivir en Nueva York, ¡vaya!». Pero daba la impresión de que era otro el motivo de que hubiera iniciado la conversación, algo a lo que se iba acercando y que al final acabó por soltar.

—¿Conocías al Sammy que se volvió loco, ahí atrás? —dijo—. Le vi la noche pasada en los pozos. Un pequeño lugar en la jungla, al oeste de la base. Es propiedad de un tipo llamado Chaco. ¡Tío, fue increíble!

Mingolla sólo tenía de los pozos referencias de tercera y cuarta manos, pero lo que había oído era malo y resultaba difícil creer que este chico, con su aire de inocencia casera, pudiera ser un aficionado de algo tan bajo. Y, pese a lo que había visto hacía sólo unos minutos, resultaba todavía más difícil que nadie le empujara a charlar.

—Era bastante pronto —dijo—. Habían tenido ya un par de peleas, nada especial, y entonces entró ese tipo con una cara realmente rara. Sabía que era un Sammy por el modo en que miraba el pozo, ya sabes, como si fuera algo que hubiera estado deseando. Y ese tipo que estaba conmigo, mi amigo, me dio un codazo y dijo:

«¡Mierda! ¡Ese es el Caballero Negro, tío! Le vi luchar en Reunión hace tiempo. Apuesta tu dinero por él. ¡Ese tipo es un as!»

Su último D & D había tenido lugar en Reunión. Mingolla intentó pensar en una pregunta, pero no se le ocurrió ninguna cuya respuesta pudiera tener el más mínimo significado.

—Bien —dijo el chico—, no llevo mucho aquí abajo, pero hasta yo había oído hablar del Caballero. Así que fui hacia él y estuve rondando por ahí, pensando que quizá podría enterarme de algo sobre cómo se encontraba, ya sabes, porque no tenía ganas de apostar confiando sólo en la reputación del tipo. Pero en seguida vino Chaco y le preguntó al Caballero si quería un poco de acción. Y el Caballero dijo: «Claro, pero quiero luchar con un animal. Algo feroz, tío. Quiero luchar con algo feroz». Chaco le dijo que tenía algunos monos y mierda parecida y el Caballero dijo que había oído contar que Chaco tenía un jaguar. Chaco dijo que a lo mejor sí, a lo mejor no. Pero no importaba porque un jaguar era demasiado fuerte para un Sammy. Y entonces el Caballero le dijo a Chaco quién era. Oye, créeme, entonces la actitud de Chaco cambió. Ya podía ver cómo se pondrían las apuestas en algo como el Caballero Negro contra un jaguar. Y dijo, «¡Sí, señor, sí, señor Caballero Negro, claro, señor! ¡Lo que quiera!». E hizo el anuncio. Tío, se volvieron locos. Gente agitando dinero, chillando sus apuestas, bebiendo a toda leche para poder colocarse a tiempo del gran número, y el Caballero ahí muy quieto, sonriendo, como si no fuera quien generaba toda esa confusión. Entonces Chaco dejó salir al jaguar por un túnel que daba al pozo. No era un jaguar adulto, quizá le faltaba un poco, pero creo que ni tan siquiera un Caballero puede manejar algo más crecido.

El chico hizo una pausa para recobrar el aliento; sus ojos parecían ahora todavía más brillantes.

—De todos modos el jaguar empezó a dar vueltas y vueltas, pegado a la pared del pozo, gruñendo y bufando, y el Caballero le observaba desde arriba, fijándose en sus movimientos, ya sabes. Y todo el mundo empezó a cantar, «Saaa-my, Saaa-my, Saaa-my» y cuando el cántico estaba muy alto el Caballero sacó tres ampollitas de su bolsillo. ¡Mierda, tío! ¡Tres! Nunca he visto a un Sammy que se haya tomado más de dos. ¡Tres te hacen volar hasta el jodido cielo! Así que cuando el Caballero sacó esas tres ampollitas la multitud estaba que ardía y todos chillaban como si ellos mismos fueran a volverse Sammy. Pero, tío, el Caballero se mantenía frío. ¡Qué frío estaba! Sostenía las ampollitas y dejó que comenzaran a brillar, chupando el ruido y la energía, fortaleciéndose con todo el jugo de esa multitud. Chaco le indicó a todo el mundo por señas que se callara y entonces soltó el discurso. Ya sabes, eso sobre cómo en el corazón de todo hombre hay lo que se llama el alma de un guerrero, que está esperando a que la suelten y toda esa mierda. Tío, te digo que ese discurso siempre me había parecido un rollo pero, con el Caballero ahí, me lo tragué al ciento por ciento. ¡Es tan jodidamente frío! Se quitó la camisa y los zapatos y se ató ese trozo de seda negra alrededor del brazo. Luego partió las ampollitas, una después de

otra, muy de prisa, y las respiró todas. Pude ver cómo le pegaban, como se le encendían los ojos. Subió y subió. Y en cuanto estuvo arriba, con la última, saltó al pozo. ¡No usó el túnel, tío! ¡Saltó! Cinco metros hasta la arena y aterrizó con el cuerpo encogido.

Otros tres soldados estaban vueltos hacia ellos, escuchando, y el chico se dirigía ahora a todos, interpretando para su público. Estaba tan nervioso que apenas si lograba mantener la coherencia y Mingolla, irritado, se dio cuenta de que también a él le excitaba la imagen de Baylor agazapado sobre la arena. Baylor, que había gritado después del ataque. Baylor, que le tenía tanto miedo a los francotiradores que una vez prefirió mojarse los pantalones antes que ir desde su cañón a las letrinas.

Baylor, el Caballero Negro.

—El jaguar bufaba, gruñía y daba zarpazos al aire —prosiguió el chico—. Estaba intentando meterle miedo al Caballero, porque el jaguar sabía en lo profundo de su mente que el Caballero era un tío de los grandes. No era un chalado como Chaco, era un Sammy. El Caballero avanzó hacia el centro del pozo, aún agazapado. —Al llegar a ese punto el chico bajó la voz y adoptó un tono aún más melodramático—. Durante un par de minutos no pasó nada, pero había mucha tensión. La gente apenas respiraba. El jaguar saltó un par de veces, pero el Caballero se apartó como bailando y le hizo fallar y ninguno de los dos estaba herido. Cada vez que el jaguar saltaba, la multitud suspiraba y chillaba pero no era que tuvieran miedo de ver al Caballero hecho pedazos, es que habían visto lo rápido que era. ¡Rápido, tío, como una bala! No era real. Parecía tan rápido como el jaguar. Seguía bailando y no se dejaba coger y no importaba lo mucho que el jaguar se retorciera o diera vueltas, no importaba que cogiera carrera a través de la arena, no podía echarle las zarpas encima al Caballero. Y entonces, tío... ¡oh, fue todo tan suave! Entonces el jaguar volvió a saltar y esta vez en lugar de apartarse como si bailara, el Caballero se dejó caer de espalda, como si medio rodara sobre los hombros y cuando el jaguar pasó por encima de él, le golpeó con los dos pies. ¡Una patada, y fuerte! Y aplastó sus talones en los flancos del jaguar. El jaguar se estrelló en la pared del pozo y cayó chillando, intentando lamerse los flancos. Tenía las costillas rotas, tío. Le asomaban por la piel, como los palos de una tienda.

El chico se limpió la boca con el dorso de la mano y sus ojos fueron de Mingolla a los demás soldados para ver si seguían metidos en la historia.

—Estábamos chillando, tío —dijo—. Dábamos golpes en el borde del pozo, arriba. Había tanto ruido... ¡el tío que iba conmigo me gritaba al oído y no le oía! Puede que fuera el ruido, puede que fueran sus costillas, no sé... pero el jaguar se volvió loco. Entonces intentó atacar al Caballero con cautela, intentó acercarse antes de saltar, para que el Caballero no pudiera repetir el mismo truco. ¡Estaba chirriando como una condenada sierra mecánica! El Caballero siguió girando y apartándose de un salto. Pero entonces resbaló, tío, agitando las manos en el aire para conservar el equilibrio, y el jaguar ya estaba encima, arañándole el pecho. Por un segundo pareció

que estaban bailando juntos. Entonces el Caballero apartó la garra que le tenía cogido, empujó hacia atrás la cabeza del jaguar y estrelló su puño en los ojos del jaguar. El jaguar cayó sobre la arena y el Caballero fue hacia el otro lado del pozo. Estaba mirándose las heridas del pecho, le estaban sangrando, eran realmente feas. Mientras tanto, el jaguar se levantó y entonces estaba más jodido que nunca. Tenía un ojo lleno de sangre y parecía que se le hubieran aflojado las patas traseras. En aquel momento llamaron al doctor, como si aquello fuera boxeo. El jaguar pensó que ya había tenido bastante mierda por ese día y empezó a querer salir del pozo dando saltos. Una vez saltó justo hasta donde yo estaba, en el borde. Se acercó tanto que pude oler su aliento y me vi reflejado en su ojo sano. Intentó buscar un asidero con las garras, quería salir del pozo y meterse entre la multitud. La gente alucinaba, creía que a lo mejor podía conseguirlo. Pero antes de que tuviera oportunidad, el Caballero lo cogió por la cola y lo estrelló contra la pared. Igual que se sacude una condenada alfombra, así es cómo estaba tratando al jaguar.

»Y entonces el jaguar estaba hecho realmente un desastre. Temblaba. Le salía sangre de la boca y tenía los colmillos teñidos de rojo. El Caballero comenzó a moverse haciendo pequeñas fintas, agitando los brazos, gruñendo. Estaba jugando con el jaguar. La gente no podía creer lo que veía, tío. Sammy le estaba dando tal paliza al jaguar que hasta podía jugar con él. Si el sitio ya parecía un manicomio al principio, entonces era como un zoo de animales locos. Peleas entre la gente, tipos cantando el himno de los marines. Una devoradora de fríjoles se estaba quitando las ropas. El jaguar intentó acercarse otra vez al Caballero, pero estaba demasiado jodido. Ya no se tenía en pie. Y el Caballero seguía gruñendo y haciendo fintas. Un tipo a mi espalda protestó a gritos, dijo que el Caballero estaba rebajando la pureza de este deporte al jugar con el animal. Pero tío, ¡infiernos!, hasta yo pude ver que le estaba tomando tiempo al jaguar, esperando el momento adecuado, el gesto adecuado.

El chico contemplaba el río con expresión pensativa y algo melancólica. Podría haber estado acordándose de su novia.

—Todos sabíamos que se acercaba —dijo—. Todo el mundo se quedó muy silencioso. Tan silencioso que podías oír los pies del Caballero sobre la arena. Podías sentirlo en el aire y sabías que el jaguar lo estaba reservando todo para un último gran esfuerzo. Entonces el Caballero volvió a resbalar, sólo que esta vez fue a propósito. Yo lo vi, pero el jaguar no pudo. Cuando el Caballero se tambaleó hacia un lado, el jaguar saltó. Pensé que el Caballero iba a dejarse caer, como la primera vez, pero también él saltó. Con los pies por delante.

Y le dio al jaguar justo debajo de la boca. Se pudo oír el ruido del hueso al astillarse y el jaguar cayó hecho un fardo. Luchó para incorporarse, ¡pero no pudo! Estaba gimiendo y se cagó sobre la arena. El Caballero se le acercó por detrás, le cogió la cabeza con las dos manos y la hizo girar. ¡Crack!

Como identificándose con el destino del jaguar, el chico cerró los ojos y suspiró.

—Todo el mundo había estado callado, hasta que se oyó ese crujido y entonces se

armó un jaleo de mil demonios. Gente cantando, «Saa-mmy, Saa-mmy», y gente empujándose, intentando acercarse más al pozo, para ver cómo el Caballero le arrancaba el corazón. Metió la mano en la boca del jaguar y le sacó de un tirón uno de los colmillos. Se lo arrojó, no sé a quién. Entonces llegó Chaco por el túnel y le tendió el cuchillo. Justo cuando fue a empezar con el cuchillo alguien me hizo caer y cuando conseguí levantarme otra vez, ya le había quitado el corazón y lo había probado. Estaba ahí, inmóvil, con la sangre del jaguar en su boca y su propia sangre corriéndole por el pecho. Parecía algo confundido, ya sabes. La pelea se había terminado y era como si entonces no estuviera seguro de qué hacer. Pero luego empezó a rugir. Era igual que el jaguar antes de ser herido. Loco, feroz. Listo para encargarse de todo el jodido mundo. ¡Tío, yo también lo solté! Estaba metido en ese rugido. Puede que yo estuviera rugiendo con él, puede que todos rugieran. Eso era lo que sentíamos, tío. Era como estar en medio de ese rugido que está saliendo de todas las gargantas del universo. —El chico miró a Mingolla con una expresión repentinamente calmada—. Hay mucha gente que habla de los pozos como de algo malo y puede que lo sea. No lo sé. ¿Cómo puedes saber lo que es malo y lo que no es malo, aquí abajo? Dicen que puedes ir mil veces a los pozos y que no verás nada igual a lo del jaguar y el Caballero Negro. Tampoco sé si eso es cierto. Pero pienso volver, por si acaso tengo suerte. Porque si lo que vi esta noche era algo malo, tío, entonces era tan jodidamente malo que resultaba muy hermoso.

Débora estaba esperando en el muelle, con una cesta de excursión y llevaba un vestido azul de cuello alto y falda larga. Era el vestido de una colegiala. Mingolla sólo tenía ojos para ella. El modo en que llevaba el cabello, cayendo sobre sus hombros en gruesos rizos oscuros, le hizo pensar en humo solidificado. Y su rostro parecía el mapa de un país muy hermoso, con lagos negros y llanuras de crepúsculo, un país en el cual podía esconderse. Caminaron a lo largo del río dejando atrás la ciudad y llegaron hasta un lugar donde las ceibas de aceitosas hojas verdes, corteza blanquecina y raíces que parecían colas de cocodrilo, crecían hasta muy cerca de la orilla, y allí comieron y hablaron y escucharon el agua lamiendo la orilla arcillosa, y a los pájaros y a los distantes ruidos de la base aérea que, desde tan lejos, parecían formar parte de la naturaleza. Los rayos de sol destellaban sobre el agua y, cada vez que el viento agitaba la superficie de ésta, daba la impresión de que difundía dicho resplandor hasta convertirla en una ondulante corteza de diamantes. Mingolla pensó que habían seguido un sendero secreto, que habían doblado una esquina del mundo, hasta llegar a una tierra eternamente en paz. La ilusión de paz era tan profunda que empezó a ver en ella cierta esperanza. Pensó que quizás aquí se les estuviera ofreciendo algo. Alguna magia nueva. Quizás habría un signo. Si se sabía cómo leerlos, los signos estaban por doquier. Miró a su alrededor. Gruesos troncos blancos alzándose entre el verdor, oscuras avenidas boscosas abriéndose entre ellos... ahí no había nada, pero, ¿y los cañizos que crecían al borde de la orilla? Éstos arrojaban sobre la arcilla precisas sombras que parecían flores de lis, sombras que no tenían

gran cosa en común con las maltrechas configuraciones de los cañizos. Posiblemente era un signo aunque no estaba claro. Alzó la mirada hacia los cañizos que crecían en el agua. Tallos amarillentos que se unían unos a otros, inclinándose levemente, algunos con racimos de huevos de insecto colgando como perlas de la fibra vegetal, otros moteados por retazos de alga. Ése era el aspecto que tenían en un momento. Luego Mingolla sintió que todo ondulaba, como si la realidad se hubiera estremecido, y los cañizos se convirtieron en siluetas rudimentarias. Eran palos amarillentos que brotaban de un plano azul. Al otro lado del río la jungla era un manchón trazado con un lápiz verde; una lancha rápida pasó como una cuchillada roja que abría en dos el azul. Daba la impresión de que esa onda había sacudido cada elemento del paisaje, estropeándolo, revelando que todos eran tan intercambiables y desprovistos de carácter como un ladrillo en un edificio. Mingolla sacudió la cabeza. Nada cambió. Se frotó el ceño. No hubo efecto alguno. Aterrorizado, apretó fuertemente los ojos. Tenía la sensación de ser la única pieza lógica en un rompecabezas carente de sentido, y el hecho de ser único le hacía vulnerable. Respiraba rápidamente y su mano izquierda temblaba.

—¿David? ¿No quieres oírlo? —Débora parecía estar algo enojada.

—¿Oír qué? —dijo él con los ojos aún cerrados.

—Mi sueño. ¿No estabas escuchándome?

Mingolla la miró. Todo había vuelto a ser normal. Estaba sentada con las rodillas dobladas bajo el cuerpo y todos sus rasgos destacaban con nitidez.

—Lo siento —dijo—. Estaba pensando.

—Parecías asustado.

—¿Asustado? —Logró componer una expresión de sorpresa—. No, sencillamente estaba pensando en algo.

—No debía de ser algo muy agradable.

Mingolla se encogió de hombros para no tener que contestarle, e irguió el cuerpo como intentando probar que ahora sí estaba atento a sus palabras.

—Bueno, háblame del sueño.

—De acuerdo —dijo ella, no muy convencida. La brisa hacía oscilar finas hebras de su cabellera a través de su rostro y ella tenía que apartarlas una y otra vez—. Estabas en un cuarto de color sangre, con sillas rojas y una mesa roja. Hasta los cuadros de la pared estaban hechos con tonos rojizos y... —Se quedó callada y le miró—. ¿Quieres oírlo? Vuelves a poner la misma cara de antes.

—Claro —dijo él. Pero estaba asustado. ¿Cómo podía estar enterada del cuarto rojo? Debía haber tenido una visión y... Entonces se dio cuenta de que quizá no estuviera refiriéndose al cuarto. Le había contado lo del ataque, ¿no? Y si tenía contactos con la guerrilla, sabría que durante un ataque las luces de emergencia quedaban encendidas. ¡Tenía que ser eso! Estaba intentando asustarle otra vez para que desertara, jugando con su mente igual que los predicadores utilizaban los miedos de los pecadores, dándoles imágenes de ríos llameantes y torturas interminables. Eso

le enfureció. ¿Quién diablos pensaba que era para decirle lo que estaba bien o cuál era el curso de acción más inteligente? Hiciera lo que hiciese, la decisión iba a ser suya.

—Había tres puertas en el cuarto —siguió diciendo ella—. Querías salir de allí, pero no lograbas decidir cuál de las tres puertas sería más seguro utilizar. Intentaste la primera y resultó ser falsa. El pomo de la segunda puerta giró fácilmente, pero la puerta no se abría. No quisiste forzarla y fuiste a la tercera puerta. El pomo de la tercera puerta estaba hecho de cristal y te cortó la mano. Después de eso empezaste a pasear de un lado a otro del cuarto, sin saber qué hacer. —Esperó una reacción suya y al ver que Mingolla no hacía, ni decía nada, prosiguió—: ¿Me entiendes?

Mingolla guardó silencio, conteniendo su ira.

—Te interpretaré el sueño, si quieres —dijo ella.

—No te molestes.

—El cuarto rojo es la guerra y la puerta falsa es el camino de tus infantiles...

—¡Basta! —Le agarró la muñeca y se la apretó fuertemente.

Ella le clavó los ojos en el rostro y Mingolla acabó soltándola.

—Actos mágicos —dijo ella completando la frase.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó él—. ¿Tienes que cumplir con alguna especie de cuota? ¿Cinco desertores al mes y te dan una medalla?

Ella le dio un tirón a la falda para taparse las rodillas y arrancó distraídamente un hilo suelto. Por el modo en que actuaba habría sido fácil pensar que Mingolla le había hecho una pregunta muy íntima y que ahora estaba intentando dar con una respuesta que no fuera grosera.

—Entonces —dijo finalmente—, ¿crees que eso es lo que yo soy?

—¿No lo eres? De lo contrario, ¿por qué me estarías contando toda esta mierda?

—¿Qué te ocurre, David? —Se inclinó hacia adelante y le cogió el rostro suavemente con las manos—. ¿Por qué...?

El la apartó bruscamente.

—¿Qué me ocurre? Esto... —su gesto abarcó el cielo, el río, los árboles— esto es lo que me ocurre. Me recuerdas a mis padres. Ellos también hacen ese mismo tipo de preguntas ignorantes. —De pronto sintió deseos de insultarla con respuestas, de hallar una respuesta que fuera como un ácido que arrojarle al rostro para observar luego tranquilamente cómo lo iba royendo—. ¿Sabes lo que hago con mis padres? —dijo—. ¿Sabes lo que hago cuando me preguntan esas cosas de mierda como «¿Qué me sucede»? Les cuento una historia. Una historia de guerra. ¿Quieres oír una historia de guerra? Hace unos cuantos días ocurrió algo que irá muy bien como respuesta.

—No hace falta que me cuentes nada —dijo ella con aire abatido.

—No hay problema —replicó él—. Será un placer.

La Granja de las Hormigas era una gran colina, con forma de pan de azúcar, que dominaba una densa extensión de jungla, en la frontera este de la zona de Fuego Esmeralda. En su cima había emplazamientos de cohetes y cañones que, vistos desde

lejos, parecían una corona de espinos encajada sobre un cráneo verde. La vegetación había sido eliminada en un radio de unos doscientos metros. Los grandes cañones habían sido bajados al máximo y en un instante de locura habían segado enormes pedazos de la jungla, quebrando regimientos enteros de árboles enormes y dejando de ellos sólo unos centímetros de tocón por encima del suelo, convirtiendo el lugar en un foso de muñones ennegrecidos y calcinado polvo rojizo cubierto de grietas. Los árboles y la vegetación habían sido reemplazados por laberintos de alambre cortante que formaba setos surrealistas color azul acero y, enterradas bajo el alambre, había toda clase de minas y aparatos detectores. Sin embargo no servían de mucho, pues los cubanos poseían la tecnología suficiente para neutralizar a la mayoría. En las noches despejadas no era probable que hubiera problemas, pero en las noches con niebla se podía esperar jaleo. Cubiertos por la neblina, los cubanos y las tropas guerrilleras se infiltrarían a través del alambre e intentarían llegar a los túneles que convertían la colina en un inmenso panal. De vez en cuando, alguna de las minas era activada y se podía ver una fantasmal bola de fuego floreciendo en un torbellino de blancura y minúsculas siluetas negras que salían volando de su centro.

En los últimos tiempos habían podido encontrar algunos de esos cuerpos que llevaban boinas rojas y broches de latón en forma de alacrán, con lo cual se había descubierto que los cubanos habían enviado a la División Alacrán, que había desempeñado un papel fundamental en la derrota sufrida por las fuerzas norteamericanas en Miskitia.

Dentro de la colina había nueve niveles de túneles, la mayoría provista de pequeños cuartos redondeados que servían como lugares para descansar (la única excepción era el nivel más hondo, que estaba reservado al centro de ordenadores y a las oficinas). Todos los cuartos y túneles estaban recubiertos con un plástico blanco que parecía espuma endurecida y que podía resistir cualquier tipo de explosivo destinado a destruir a las personas. En el cuarto de Mingolla, donde estaban también Gilbey y Baylor, se había colgado del techo un farolillo de papel escarlata, con lo cual parecía que los tres habitaban en una celda de sangre. Baylor había insistido en el farol diciendo que la bombilla del techo era demasiado fuerte y que su luz le hacía daño en los ojos. Junto a las paredes había tres catres, tan separados uno de otro como permitía el pequeño cuarto. Alrededor del catre de Baylor el suelo estaba cubierto de colillas y pañuelos de papel usados; bajo su almohada guardaba una cajita de latón conteniendo un surtido de píldoras y marihuana. Cada vez que encendía un porro le ofrecía una calada a Mingolla y éste siempre la rechazaba, para él la experiencia de la base no resultaría precisamente mejorada por las drogas. Pegado a la pared sobre el catre de Gilbey había un collage hecho con fotos de sexos de mujer y cada día, después del trabajo, tanto si Mingolla y Baylor estaban en el cuarto como si no, se tendía bajo ellas y se masturbaba. Su falta de inhibiciones hacía que Mingolla se sintiera algo incómodo ante el secreto con que él rodeaba sus propias masturbaciones y también le incomodaba un poco lo juvenil de los objetos que tenía en la pared sobre

su catre: un banderín de los Yanquis, una foto de su antigua novia, otra foto de su equipo de baloncesto en la secundaria y algunos dibujos de la jungla que había hecho él mismo. Gilbey le tomaba el pelo continuamente por ello, llamándole «el chico de al lado», lo que a Mingolla le parecía raro, pues en casa siempre le habían tenido más bien por algo excéntrico.

Mingolla iba hacia ese cuarto cuando empezó el ataque. Los grandes elevadores de carga, capaces de llevar hasta sesenta hombres, subían y bajaban en el interior de las laderas este y oeste de la colina. Pero, como modo de acceso rápido entre los niveles contiguos y también como medida de seguridad en caso de que fallara la energía, un túnel auxiliar se retorció cual un sacacorchos por el centro de la colina recordando a un enorme anillo intestinal. Era ligeramente el doble de ancho que los carritos eléctricos que iban por él, llevando a los oficiales y a las personas importantes cuando venían de visita. Mingolla tenía costumbre de usar el túnel para sus ejercicios. Cada noche se ponía el chandal y trotaba arriba y abajo hasta hacerse todos los niveles, convencido de que el cansancio impedía luego que tuviera malos sueños. Esa noche, cuando pasaba por el nivel cuatro en su trayecto de vuelta, oyó un rugido. Era una explosión, y no había sido muy lejos. Sonaron las alarmas y los grandes cañones montados en lo alto de la colina empezaron a tronar. Sobre su cabeza se oyeron gritos y el tableteo de armas automáticas. Las luces del túnel parpadearon, se apagaron y un segundo después se encendieron las luces de emergencia.

Mingolla se pegó a la pared. La tenue iluminación rojiza hacía que las irregulares superficies plásticas del túnel parecieran tan suaves como la concha de un nautilus gigante y este parecido intensificó su sensación de estar perdido e indefenso, le hizo pensar que era un niño atrapado en algún maligno palacio submarino. Era incapaz de pensar con claridad y no hacía más que imaginar el caos que le rodeaba. Destellos metálicos, ejércitos de hombres hormiga avanzando por los túneles a oleadas, gritos que terminaban en rociadas de sangre y los grandes cañones estremeciéndose, mientras iluminaban con cada proyectil kilómetros enteros de cielo. Habría preferido seguir subiendo y salir de allí, para tener la esperanza de ocultarse en la jungla. Pero su única esperanza estaba abajo. Se apartó de la pared y echó a correr a toda velocidad, agitando los brazos y patinando al doblar las esquinas, a punto casi de caerse. Pasó por el nivel cuatro y el nivel cinco. Luego, a medio camino entre los niveles cinco y seis, estuvo a punto de caer cuando tropezó con un cadáver. Era un norteamericano, con el cuerpo echo un ovillo y una herida en el vientre, con un hilo de sangre fluyendo de él y un machete en la mano. Al inclinarse Mingolla hacia el machete, no pensó para nada en el hombre muerto, sino solamente en cuán extraño resultaba que un norteamericano se defendiera de los cubanos con semejante arma. Decidió que sería inútil ir más lejos. Quien hubiera matado al hombre estaría más abajo y lo más seguro sería esconderse en uno de los cuartos del nivel cinco. Sosteniendo el machete ante él, empezó a retroceder cautelosamente por el túnel.

Los niveles del cinco al siete eran territorio de oficiales y aunque los túneles eran

igual que arriba, tubos suavemente curvados de idénticas dimensiones, los cuartos eran más grandes y sólo contenían dos catres. Los cuartos que Mingolla examinó estaban vacíos y, pese a los ruidos del combate, eso le tranquilizó un poco. Pero al rebasar la curvatura del túnel oyó gritos en castellano a su espalda. Atisbo cautelosamente más allá de la curvatura. Un flaco soldado negro, con una boina roja y uniforme grisáceo, avanzaba lentamente hacia la primera puerta y, un segundo después, con el rifle preparado, se metió en ella. Otros dos cubanos (hombres delgados y barbudos, con la piel de un color enfermizo a la luz ensangrentada del túnel) permanecían inmóviles junto a la entrada del túnel auxiliar; cuando vieron salir del cuarto al soldado negro se alejaron en dirección opuesta, probablemente para examinar los cuartos que se hallaban al otro extremo del nivel.

Mingolla empezó a obrar en una especie de pánico luminoso. Se dio cuenta de que tendría que matar al soldado negro. Tendría que matarle sin hacer ningún ruido, coger su rifle y luego esperar que le fuera posible acabar con los otros dos cuando volvieran a buscarle. Se metió en el cuarto más cercano y se pegó a la pared, a la derecha de la puerta. Se había dado cuenta de que al entrar en el cuarto, el cubano se había vuelto hacia la izquierda y por lo tanto habría resultado vulnerable frente a quien estuviera en una posición como la de Mingolla. Al menos, durante una fracción de segundo. Menos tiempo del que hacía falta para contar hasta uno. El pulso latía en las sienes de Mingolla y su mano izquierda apretaba con fuerza el machete. Ensayó mentalmente lo que debería hacer. Apuñalarle; tapar con la mano la boca del cubano; un rodillazo para hacerle soltar el rifle. Y todo eso debería hacerse simultáneamente y debería ser ejecutado a la perfección.

Ejecutado a la perfección.

Estuvo a punto de reír en voz alta, recordando a su viejo y barrigudo entrenador de baloncesto diciendo: «Ejecución perfecta, chicos. Eso es lo que consigues posiciones. Olvidaos de toda la basura. Preparad vuestras pantallas, examinad lo que debéis hacer y poneos en marcha».

El deporte es como la vida en pantalones cortos, ¿verdad, entrenador?

Mingolla tragó aire y dejó que éste saliera luego por su nariz. No lograba creer que estuviera a punto de morir. Había pasado los últimos nueve meses preocupándose por la muerte pero, cuando se llegaba a las circunstancias que la hacían probable, era difícil tomárselo todo en serio. No le parecía razonable que un negro flacucho fuera a convertirse en su némesis. Su muerte debería de ser algo que implicara inmensas explosiones y relámpagos, rayos especialmente mortíferos, portentos astronómicos. No un enano de mierda con un rifle. Tragó otra vez aire y por primera vez se dio cuenta de lo que había en el cuarto. Dos catres; ropas tiradas por todos lados; fotos en las paredes, pornografía. Ya fuera ésta tierra de oficiales o no, era el decorado básico de la Granja de las Hormigas y bajo la luz roja parecía miserable y abandonado desde hacía mucho. Le asombraba lo tranquilo que se encontraba. ¡Oh, claro que tenía miedo! Pero el miedo estaba oculto entre los oscuros pliegues de su personalidad,

como el cuchillo de un asesino dentro de un viejo abrigo, o en el estante de un armario. El miedo se mantenía en secreto, esperando su oportunidad para aflorar. Más pronto o más tarde le inundaría, pero por ahora era un aliado y estaba aguzando aún más sus sentidos. Podía ver todas y cada una de las burbujas en los muros, podía oír el ruido de las botas del cubano que entraba a toda velocidad en la habitación contigua, podía sentir cómo el cubano giraba el rifle de izquierda a derecha, se detenía, se volvía...

¡Podía sentir al cubano! Sentir su calor, su silueta, la posición exacta de su cuerpo. Era como si dentro de su cabeza estuviera conectado un trazador térmico capaz de funcionar a través de las paredes.

El cubano fue hacia la puerta de Mingolla y su avance fue algo tangible, como una cerilla encendida detrás de una hoja de papel. Mingolla perdió la calma. El calor del hombre, la temperatura de su carne, eso era lo que le inquietaba. Se había imaginado matándole con la rapidez y la limpieza con que ocurría en el cine; ahora pensaba en cerdos sacrificados y en martillos neumáticos reventando el cráneo de las vacas. Y, ¿podía confiar en esa extraña forma de percepción? ¿Y si no podía? ¿Y si golpeaba demasiado tarde? ¿O demasiado pronto? Entonces la criatura cálida y viva ya casi estaba en la puerta y, como no tenía otra opción, Mingolla ajustó su ataque a los movimientos de ésta y golpeó justo cuando el cubano entraba en el cuarto.

Lo hizo todo a la perfección.

La hoja de acero entró por debajo de las costillas del cubano y Mingolla tapó su boca con la mano, ahogando su grito. Su rodilla golpeó la culata del rifle y lo hizo caer al suelo. El cubano se debatía salvajemente. Apestaba a cigarrillos y al aire podrido de la jungla. Sus ojos giraron hacia atrás, intentando ver a Mingolla. Eran los ojos de un animal enloquecido, con un blanco amarillento de un enfermo de hígado, y con las pupilas dilatadas. Perlas de sudor relucían con una luz rojiza en su frente. Mingolla retorció el machete y los párpados del cubano se abatieron. Pero un segundo después se abrieron de golpe e intentó lanzarse hacia adelante. Se tambalearon por el cuarto y oscilaron junto a uno de los catres. Mingolla logró empujar al cubano hacia un lado y le aplastó contra la pared, inmovilizándole. Retorciéndose una vez más, el cubano estuvo a punto de liberarse. Parecía hacerse más fuerte y sus gritos se filtraban por entre los dedos de Mingolla. Alargó la mano hacia atrás, arañando el rostro de Mingolla; aferró un mechón de pelo, tiró de él. Desesperado, Mingolla movió el machete cual si fuera una sierra. Eso hizo que los gritos del cubano se hicieran aún más agudos y audibles. Se retorció y arañó la pared. La mano de Mingolla estaba cubierta con su saliva y su nariz saturada por su rancio olor. Se encontraba débil, como enfermo, y no estaba demasiado seguro de cuánto tiempo más podría aguantar. El hijo de puta no moriría jamás, estaba sacando fuerza del acero que tenía en las tripas, se estaba convirtiendo en una potencia inmortal. Y justo entonces, el cuerpo del cubano se envaró. Luego se aflojó de nuevo y Mingolla sintió una vaharada de olor a heces.

Dejó que el cubano resbalara hasta el suelo, pero antes de que pudiera soltar el machete el cuerpo se estremeció y ese temblor subió por el acero hasta la empuñadura y su mano izquierda vibró. El temblor siguió oscilando dentro de su mano y le produjo una sucia impresión sexual, como el temblor que sigue al coito. Algo, alguna esencia animal, algún aceitoso fragmento de una vida maligna, estaba reptando ahí dentro, intentando llegar a su muñeca. Se miró la mano, horrorizado. La sangre del cubano la recubría como un guante y la mano temblaba. Se golpeó con ella la cadera y eso pareció aturdir a lo que llevaba dentro. Pero unos segundos después había revivido y se retorció entrando y saliendo de sus dedos, con la loca rapidez de un renacuajo.

—¡Teo! —gritó alguien—. ¡Vamos! [4]

Electrizado por el grito, Mingolla corrió hacia la puerta. Sus pies rozaron el rifle del cubano. Lo cogió y los temblores de su mano se suavizaron. Mingolla pensó que quizá se había calmado, al notar un peso y una textura familiares.

—¡Teo! ¿Dónde estás?

Mingolla no tenía ninguna opción realmente buena, pero se dio cuenta de que resultaría mucho más peligroso esperar que tomar la iniciativa.

—¡Aquí! —gruñó, saliendo del túnel y haciendo todo el ruido que podía con sus tacones.

—¡Date prisa, hombre!

Mingolla abrió fuego al doblar la esquina. Los dos cubanos estaban junto a la entrada del túnel auxiliar. Sus rifles dispararon brevemente enviando una inofensiva lluvia de balas hacia las paredes; ellos giraron en redondo, soltaron sus armas, y cayeron. Mingolla estaba demasiado atónito ante lo fácil que había sido para sentir alivio. Seguía mirándoles, esperando que hicieran algo. Gemir o retorcerse.

Cuando se hubieron apagado los ecos de los disparos un espeso silencio pareció llenar el túnel, aunque todavía podía oír la sacudida de los grandes cañones y el chisporroteo de los disparos, como si las balas hubieran perforado algo que mantenía encerrado al silencio. El silencio le hizo darse cuenta de lo aislado que estaba. Era imposible saber dónde se hallaban las líneas del combate... si es que existían. Era posible que pequeñas unidades se hubieran infiltrado en cada nivel, que la batalla por la Granja de las Hormigas fuera un microcosmos de la batalla por Guatemala. Era un conflicto en el cual no había orden, ni fronteras auténticas, así como tampoco confrontaciones ordenadas, sino algo que podía brotar de pronto como una plaga, donde fuera y cuando fuera, para matarte. Siendo ése su caso, lo mejor sería dirigirse hacia el centro de ordenadores, donde era seguro que se habrían concentrado sus fuerzas.

Caminó hacia la entrada y contempló a los dos cubanos muertos. Habían caído de tal modo que le impedían pasar y sintió cierta vacilación ante la idea de saltar sobre ellos, pensaba que no hacían sino fingir, que alzarían los brazos para cogerle. Las retorcidas posiciones de sus miembros le hicieron pensar que estaban manteniendo

una postura difícil, esperando a que lo intentara. Bajo el resplandor rojo de las luces de emergencia su sangre parecía púrpura, más espesa y brillante que la sangre normal. Vio claramente sus lunares, sus cicatrices y sus heridas; las toscas costuras de sus uniformes, los empastes de oro que relucían en sus bocas abiertas. Era extraño que hubiera podido conocer a esos dos tipos cuando estaban vivos y que sólo le hubieran producido una leve impresión, pero que ahora, al verlos muertos, fuera capaz de hacer el inventario de su valor físico con una sola ojeada. Pensó que quizá la muerte revelaba tu esencia de un modo que la vida era incapaz de lograr. Estudió a los muertos, deseando leer en ellos. Un par de tipos delgados y nervudos. Buenos tipos, amantes del ron, las damas y la diversión. Apostaría a que jugaban al béisbol, que formaban un buen equipo de dos. Quizá tendría que haberles gritado: «¡Eh, soy fan de los Yanquis! ¡Calma, tíos! Nos veremos después de la guerra para hacer un buen partido. Acabemos con esta jodida mierda. Vamos a jugar».

Rió y el agudo crujido de su risa le sobresaltó a él mismo. ¡Jesús! Quedarse aquí era como pedir que le mataran. Como para secundar esa idea, la cosa que había dentro de su mano cobró una vida explosiva, retorciéndose y temblando. Tragándose el miedo que sentía, Mingolla pasó por encima de los dos muertos y esta vez, cuando nada intentó cogerle por las perneras, se sintió muy, muy aliviado.

Por debajo del nivel seis había mucha niebla en el túnel auxiliar y por eso Mingolla comprendió que los cubanos habían penetrado por un costado de la colina, probablemente utilizando un taladro minero. Era probable que su agujero estuviera cerca y decidió que, si podía encontrarlo, lo utilizaría para salir corriendo de la Granja y esconderse en la jungla. En el nivel siete la niebla era extremadamente espesa; las luces de emergencia la teñían de un pálido color rojo, dándole el aspecto de un algodón quirúrgico, utilizado para taponar una gran arteria. En las paredes se veían las huellas dejadas por las granadas, semejantes a dibujos primitivos, y en los umbrales se veían bastantes cuerpos. La mayoría eran norteamericanos y estaban muy mutilados. Intranquilo, Mingolla fue avanzando por entre ellos; alguien habló a su espalda, diciendo «No te muevas», se le escapó un grito ronco y dejó caer el rifle, para volverse en redondo con el corazón desbocado.

En uno de los umbrales había un gigante (tendría más de metro noventa, y tenía los brazos y el torso de un levantador de pesos), apuntando con un cuarenta y cinco al pecho de Mingolla. Su uniforme caqui llevaba insignias de teniente y su rostro de bebé, aunque fruncido en un ceño, daba una impresión de amable estolidez. A Mingolla le hizo venir a la mente la imagen de Fernando *el Toro*, meditando un problema complicado.

—Te he dicho que no te muevas —añadió con una voz irritada.

—Todo está bien —dijo Mingolla—. Estoy de su lado.

El teniente se pasó la mano por su espesa cabellera marrón; daba la impresión de parpadear más de lo normal.

—Será mejor que lo compruebe —dijo—. Bajemos al cuarto de suministros.

—¿Qué pretende comprobar? —dijo Mingolla, sintiendo cómo aumentaba su paranoia.

—¡Por favor! —dijo el teniente, casi suplicándole—. Ya hemos tenido demasiada violencia.

El cuarto de suministros se encontraba al final del nivel y tenía la forma de una larga L. En sus paredes se alineaban hileras de cartones de embalaje y a través de la neblina, las luces de emergencia parecían una fila de agonizantes soles rojos. El teniente hizo ir a Mingolla hasta la esquina de la L y, al doblarla, Mingolla vio que toda la pared trasera de la habitación ya no estaba. Habían hecho un túnel en la colina, dejando que la neblina entrara en ella. Raíces hendidas, con terrones de barro pegado, colgaban del techo, dándole la extraña apariencia de un túnel que conducía a un mundo de oscura magia. En la entrada se veían cascos y tierra. Mingolla pudo oler la jungla y se dio cuenta de que los grandes cañones habían dejado de hacer fuego. Eso quería decir que quien hubiera ganado la batalla, en la cumbre, no tardaría en mandar patrullas de limpieza abajo.

—No podemos permanecer aquí —le dijo al teniente—. Los cubanos volverán.

—Estamos perfectamente seguros —dijo el teniente—. Te doy mi palabra. —Movié el arma, indicándole a Mingolla que debía sentarse en el suelo.

Mingolla hizo lo que le ordenaba y se quedó helado al ver el cadáver de un cubano, tendido entre dos cajas delante de él, la cabeza apoyada en el muro.

—¡Jesús! —dijo, medio incorporándose.

—No te morderá —dijo el teniente.

Con la despreocupada inconsciencia de quien ocupa un asiento en el metro, se dejó caer junto al cadáver. Los dos cuerpos ocupaban todo el espacio que había entre las cajas, tocándose desde el codo, hasta el hombro.

—¡Eh! —dijo Mingolla, sintiéndose mareado y débil—. ¡Tío, no pienso quedarme aquí sentado con este jodido muerto!

El teniente agitó su arma.

—Ya te acostumbrarás a él.

Mingolla volvió a sentarse, incapaz de apartar los ojos del cadáver. En realidad, y comparado con los que había estado rebasando en el túnel, estaba más que presentable. Las únicas señales que tenía eran sangre en la boca y en su espesa barba negra, y una mezcla de sangre y tela destrozada en mitad del pecho. Su boina había resbalado en un ángulo inestable, hasta cubrirle una ceja; el alacrán de latón estaba ennegrecido y no brillaba. Tenía los ojos abiertos, reflejando las luces rojas de emergencia, y eso le daba un siniestro aire de vida. Pero los reflejos le hacían parecer menos real, más fácil de soportar.

—Escúchame —dijo el teniente.

Mingolla se frotó la sangre de su mano temblorosa, esperando que esa limpieza tuviera algún efecto positivo en ella.

—¿Me estás escuchando? —preguntó el teniente.

Mingolla tenía la extraña imagen de que el teniente y el cadáver eran como un muñeco y su ventrílocuo. Pese a sus ojos relucientes, el cadáver era demasiado real para que un mero truco de la luz lo borrara. En sus uñas se distinguían claramente las medialunas y, dado que su cabeza estaba ladeada hacia la izquierda, la sangre se había agolpado en ese lado, oscureciendo su mejilla y su sien, dejado muy pálido el resto de la cara. Era el teniente, con su atildado uniforme, sus zapatos lustrados y su estupendo corte de pelo el que ahora no parecía real.

—¡Escucha! —dijo el teniente con vehemencia—. ¡Quiero hacerte comprender que debo hacer lo que se espera de mí! —El bíceps del brazo con que sostenía el arma se hinchó, hasta cobrar el tamaño de una bala de cañón.

—Comprendo —dijo Mingolla, cada vez más inquieto.

—¿Sí? ¿Comprendes de verdad? —El teniente parecía ofendido ante esa afirmación de Mingolla—. Lo dudo. Dudo de que te sea posible comprender.

—Quizá no pueda —dijo Mingolla—. Lo que tú creas, tío. Sólo estoy intentado salir con bien, ya sabes.

El teniente permaneció callado, parpadeando. Luego le sonrió.

—Me llamo Jay —dijo—. Y tú eres...

—David. —Mingolla estaba intentando concentrarse en el arma, preguntándose si podría apartarla de una patada, pero el vestigio de vida que latía en su mano seguía distrayéndole.

—¿Dónde vives, David?

—En el nivel tres.

—Yo vivo aquí —dijo Jay—. Pero voy a cambiarme de sitio. No podría soportar quedarme en un sitio donde... —Dejó la frase a la mitad y se inclinó hacia adelante adoptando un aire de conspiración y secreto—. ¿Sabías que hace falta mucho tiempo para que muera alguien, incluso después de que se le ha parado el corazón?

—No, no lo sabía. —La cosa que había en la mano de Mingolla se retorció hacia su muñeca y él se la apretó, intentando impedir que pasara.

—Es cierto —dijo Jay, lleno de seguridad—. Ninguno de esos... —empujó suavemente el cadáver con su codo, en un gesto que a Mingolla le produjo una espantosa impresión de que estaba familiarizado con él— ninguno ha terminado de morir. La vida no es algo que se apague de golpe. Se desvanece. Y esta gente sigue viva, aunque sólo a medias. —Sonrió—. La semivida de la vida, podría decirse.

Mingolla mantuvo la presión sobre la muñeca y sonrió, como si apreciara el juego de palabras. Pálidos tentáculos rojizos de niebla que se enroscaban entre ellos.

—Claro que tú no estás sintonizado a eso —dijo Jay—, así que no podrías entenderlo. Pero yo me encontraría perdido sin Eligió.

—¿Quién es Eligió?

Jay señaló con la cabeza el cadáver.

—Eligió y yo estamos sintonizados. Por eso estamos a salvo. Las percepciones de Eligió ya no están limitadas al aquí y el ahora. En este mismo instante se encuentra

con sus hombres y me dice que todos han muerto o están muriendo.

—Ajá —dijo Mingolla, tensando el cuerpo. Había logrado hacer que la cosa de su mano volviera hacía los dedos y se creyó capaz de hacer un intento para coger el arma. Pero Jay destruyó su plan al cambiarla de mano. Sus ojos parecían hacerse más pensativos, adquiriendo un aspecto vidriado, cubriéndose de una capa color rubí, y Mingolla se dio cuenta de que eso era porque ahora los tenía muy abiertos y estaba mirando, en cierto ángulo, las luces de emergencia.

—Hace que te preguntes cosas —dijo Jay—. De veras.

—¿El qué? —dijo Mingolla, moviéndose hacia un lado, intentando disminuir la distancia para darle una patada.

—Las semividas —dijo Jay—. Si la mente tiene una semivida, quizá también la tengan nuestras emociones. La semivida del amor, del odio. Puede que sigan existiendo en algún sitio. —Flexionó las rodillas hacia arriba, protegiendo el arma con ellas—. De todos modos no puedo seguir aquí. Creo que me iré a Oakland. —Bajó la voz hasta convertirla casi en un murmullo—. ¿De dónde eres, David?

—De Nueva York.

—No es mi ciudad favorita —dijo Jay—. Pero me encanta el área de la bahía. Tengo una tienda de antigüedades ahí. Por las mañanas es precioso. Lleno de paz. El sol entra por la ventana y se va arrastrando por el suelo, ya sabes, como una marea, resbalando centímetro a centímetro sobre los muebles. Es como si todos sus barnices originales renacieran y toda la tienda brillara con luces antiguas.

—Parece bonito —dijo Mingolla, algo sorprendido ante el repentino lirismo de Jay.

—Tú pareces un buen tipo —Jay irguió levemente el cuerpo—. Pero lo siento. Eligió me dice que tienes la mente demasiado confusa para que la lea. Dice que no puedo correr el riesgo de mantenerte con vida. Tendré que disparar.

Mingolla se preparó para la patada, pero en ese instante el cansancio le abrumó. ¿Qué diablos importaba todo? Aunque consiguiera quitarle el arma lo más probable era que Jay fuera capaz de partirla en dos.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Por qué debes hacerlo?

—Podrías informar sobre mí. —Los suaves rasgos de Jay se hundieron en una expresión melancólica—. Decirles que me escondía.

—A nadie le importa una mierda que te escondas —dijo Mingolla—. Eso hacía yo también. Apuesto a que hay otros cincuenta tipos haciendo lo mismo.

—No lo sé. —Jay frunció el ceño—. Lo preguntaré de nuevo. Puede que ahora tu mente no esté tan confusa. —Se volvió hacia el muerto.

Mingolla se dio cuenta de que los iris del cubano estaban dirigidos hacia arriba y a la izquierda, exactamente al mismo ángulo hacia el cual se habían vuelto antes los ojos de Jay, y que reflejaban el mismo vidrioso resplandor color rubí.

—Lo siento —dijo Jay alzando el arma—. Tengo que hacerlo. —Se lamió los labios—. Por favor, ¿quieres volver la cabeza? Preferiría que no me estuvieras

mirando cuando ocurra. Así es cómo Eligió y yo llegamos a estar sintonizados.

Contemplar el orificio del cañón era como asomarse por encima de un acantilado, sintiendo la gélida atracción de la caída, y fue más por llevarle la contraria que por sobrevivir, por lo que Mingolla clavó los ojos en Jay y dijo:

—Adelante.

Jay parpadeó, pero el arma siguió firme en su mano.

—Te tiembla la mano —dijo unos segundos después.

—No me digas —replicó Mingolla.

—¿Por qué te tiembla?

—Porque maté con ella —dijo Mingolla—. Porque estoy tan jodidamente loco como tú.

Jay lo pensó en silencio.

—Se suponía que me asignarían a un destacamento gay —acabó diciendo—. Pero ya no quedaban huecos y cuando me asignaron aquí me dieron una droga. Ahora yo... yo... —parpadeó rápidamente, sus labios se abrieron y Mingolla se encontró tensando su cuerpo hacia Jay, queriendo hablar mediante ese cuerpo con él, hacer algo que le empujara por encima de ese obstáculo agónico— no puedo... estar más con hombres —acabó diciendo Jay y volvió a parpadear rápidamente; luego las palabras le salieron con más facilidad—. ¿Te dieron alguna droga también? No estoy intentando decir que seas gay. Pero ahora tienen drogas para todo y pensé que quizás ése fuera el problema.

De pronto Mingolla sintió una insoportable tristeza. Le pareció que sus emociones habían sido enredadas en un delgado cable negro, que ahora el cable se había pelado y que de él saltaba un diluvio de negras chispas de tristeza. Eso era todo lo que le daba energía, toda su vida. Esas pequeñas chispas negras.

—Antes siempre había combatido —dijo Jay—. Y esta vez estaba combatiendo. Pero cuando maté a Eligió... sencillamente, no pude seguir.

—Realmente, eso me importa una mierda —dijo Mingolla—. De veras.

—Quizá pueda confiar en ti —Jay suspiró—. Ojalá estuvieras sintonizado. Eligió tiene un alma excelente. Te gustaría.

Jay siguió hablando, enumerando las virtudes de Eligió y Mingolla le borró de su mente, no quería oír nada sobre el amor que el cubano sentía por su familia y sus preocupaciones póstumas por ellos. Al contemplar su mano ensangrentada sintió de pronto una mágica comprensión de lo que ocurría. Sentado en aquel sótano lleno de raíces, en esa montaña maligna, bañado por la extraña luz roja, con un fragmento de la vida de un muerto atrapado en su carne, esperando que los soldados escorpión brotaran de un túnel que había aparecido para conducir a una dimensión de niebla y negrura. Era una locura verlo de ese modo. Pero ahí estaba. No se podía eliminar razonando; poseía el hechizo brutal que sobrepasa a la razón y que la vuelve innecesaria.

—... Y cuando estás sintonizado —decía Jay—, nunca más se te puede separar.

Ni la muerte puede. Así que Eligió vivirá para siempre dentro de mí. Claro, no puedo dejar que lo descubran. Quiero decir... —rió levemente y su risa fue como dados sonando dentro de una taza— ¡cuéntales que le he dado ayuda y consuelo al enemigo!

Mingolla bajó la cabeza y cerró los ojos. Quizá Jay acabara disparando. Pero lo dudaba. Jay sólo quería estar acompañado en su locura.

—¿Juras que no se lo dirás? —le preguntó Jay.

—Claro —dijo Mingolla—, lo juro.

—De acuerdo —dijo Jay—. Pero recuerda que mi futuro está en tus manos. Tienes una responsabilidad ante mí.

—No te preocupes.

A lo lejos se oyó el chasquido de los disparos.

—Me alegro de que pudiéramos hablar —dijo Jay—. Me siento mucho mejor.

Mingolla dijo que también él se encontraba mejor.

Se quedaron sentados en silencio. No era el modo más seguro de pasar la noche, pero Mingolla ya no tenía ninguna confianza en el concepto de la seguridad. Estaba demasiado cansado para sentir miedo. Jay parecía como en trance, los ojos clavados en un punto por encima de la cabeza de Mingolla, pero Mingolla no intentó coger el arma. Le bastaba con estar sentado, esperar y permitir que el destino siguiera su curso. Sus pensamientos se desarrollaban con una lentitud vegetal.

Debían de llevar sentados un par de horas, cuando Mingolla oyó el susurro de los helicópteros y se dio cuenta de que la neblina se había disuelto un poco y que la oscuridad al final del túnel era ahora un manchón gris.

—Eh —le dijo a Jay—, creo que ya estamos a salvo —Jay no le contestó y Mingolla vio que sus ojos miraban hacia arriba y a la izquierda, igual que los del cubano, vidriados por los reflejos de color rubí. Alargó la mano en un gesto vacilante hasta tocar el arma. La mano de Jay cayó blandamente hacia el suelo, pero sus dedos siguieron apretando la culata. Mingolla retrocedió, sin creer lo que veía. ¡Era imposible! Alargó nuevamente la mano, buscando el pulso. La muñeca de Jay estaba fría e inmóvil y sus labios tenían un tono azulado. Mingolla sintió una leve histeria; pensaba que Jay se había equivocado en cuanto a la sintonización. En vez de hacer que Eligió formara parte de su vida, él se había convertido en parte de la muerte de Eligió. Sintió una opresión en el pecho y pensó que iba a llorar. Habría acogido con alegría las lágrimas y, cuando éstas no lograron materializarse, sintió cierta irritación consigo mismo, mezclada con un intento de disculparse. ¿Por qué debía llorar? Ese tipo no había significado nada para él... aunque el hecho de que pudiera hallarse tan falto de compasión ya era motivo bastante para las lágrimas. De todos modos, si uno iba a llorar por algo tan corriente como la muerte de un tipo, se pasaría llorando cada minuto del día y ¿qué futuro había en ello? Miró a Jay. Luego al cubano. Pese a la suave piel de Jay y a la espesa barba del cubano, Mingolla habría podido jurar que empezaban a parecerse el uno al otro, tal y como les ocurre a los viejos matrimonios.

Y, ajá, los cuatro ojos estaban clavados exactamente en el mismo punto de la eternidad. O era una coincidencia increíble o la locura de Jay había sido de tal magnitud que había logrado obligarse a morir de este modo, sólo para hacer más creíble su teoría de la semivida. Y quizás estuviera aún con vida. Medio vivo. Quizás ahora él y Mingolla estuvieran sintonizados y si eso era cierto, quizás... Aterrado ante la perspectiva de unirse a Jay y al cubano en su vigilancia de ultratumba, Mingolla se puso en pie, tambaleándose, y corrió por el túnel. Podría haber seguido corriendo pero, al emerger a la claridad del alba, lo que vio le hizo pararse en seco.

A su espalda se alzaba la cúpula verde de la colina, con sus laderas recubiertas por un entresijo de lianas y arbustos, un dibujo tan infinito y fascinante como las intrincadas tallas en la fachada de un templo hindú; en lo alto se veía uno de los emplazamientos para cañones, que había recibido un impacto. Astillas de metal carbonizado se curvaban hacia arriba, como peladuras de una fruta negra. Ante él se encontraba el foso de tierra rojiza, con sus setos de alambre, y más allá se alzaban las fauces negro verdosas de la jungla. Atrapados en el alambre se veían centenares de siluetas deformes que llevaban uniformes manchados de sangre; hilos de humo se retorcían desde los nuevos cráteres que había entre ellas, alzándose hacia el cielo.

En lo alto, medio ocultos por la neblina gris, había suspendidos tres Sikorsky. Sus pilotos permanecían invisibles tras capas de niebla y de reflejos y los mismos helicópteros parecían enormes moscas nacidas de la carroña, con ojos abultados y alas que no paraban de girar. Como diablos. Como dioses. Parecían hablar en susurros uno con otro, como si anticiparan el banquete que pronto iban a compartir.

La escena era horrenda y sin embargo poseía la pureza de una estrofa en una balada que hubiera cobrado vida. Era una balada compuesta para narrar los trágicos acontecimientos que habían tenido lugar en algún infierno fronterizo. Jamás podría pintarse la escena y, si pudiera hacerse, el lienzo debería ser tan grande como la misma escena. Habría que meter en él el hervor lento de la neblina, el girar de las palas del helicóptero y la manera cómo se alzaba la humareda. Ningún detalle podía ser omitido. Era la perfecta ilustración de la guerra y de su secreto y mágico esplendor y también Mingolla era un elemento del plano, la figura del artista pintada por pura broma o para darle escala y perspectiva a su vastedad e importancia. Sabía que su deber era presentarse en su puesto, pero no podía apartar los ojos de esa fugaz visión del mismo corazón de la guerra. Se dejó caer sobre la tierra, con su mano enferma en el regazo, y contempló cómo (con el pesado aplomo de ídolos que flotan hacia la tierra, luchando contra las corrientes de aire, haciendo levantar furiosos torbellinos de polvo rojo con el viento de su descanso) los Sikorsky se posaban hábilmente entre los muertos.

Cuando estaba a medio narrar su historia, Mingolla se dio cuenta de que en realidad no intentaba disgustar a Débora, ni ofenderla, sino que, más bien, se estaba descargando de un peso; y luego se dio cuenta de que al narrarla había logrado, hasta cierto punto, liberarse del pasado y disminuir el poder que éste tenía sobre él. Por

primera vez se sintió capaz de pensar seriamente en la idea de la deserción. No se lanzó ciegamente hacia ella para aceptarla, pero podía reconocer su lógica y comprendía cuan terriblemente ilógico era volver para más ataques, más muerte y sin magia alguna para protegerle. Hizo un pacto consigo mismo. Fingiría seguir adelante como si tuviera intención de desertar y vería cuáles eran las señales que se le ofrecían.

Cuando hubo terminado, Débora le preguntó si se le había pasado o no el enfado. Le complació que no hubiera intentado darle muestras de simpatía.

—Lo siento —dijo—. En realidad no estaba enfadado contigo... o, al menos, eso era sólo una parte.

—Está bien. —Echó hacia atrás la oscura masa de su cabello de tal modo que ésta cayó a un lado y luego miró la hierba que asomaba entre sus rodillas. Con la cabeza inclinada y los ojos a medio cerrar, la grácil línea de su cuello y su mentón eran como una letra de alguna inscripción exótica. Ella misma parecía un buen presagio—. No sé qué decirte —añadió—. Las cosas que me parece debo contarte te enfurecerán, pero ahora no tengo tiempo para andarme con rodeos.

—No quiero que me presiones —dijo él—. Pero, créeme, estoy pensando en lo que me has dicho.

—No te presionaré. Pero sigo sin saber qué decirte. —Cogió una brizna de hierba y masticó la punta. El observó cómo se movían sus labios y se preguntó qué sabor sentiría si los probara. Su boca debía ser dulce, como un frasco que hubiera contenido antes hierbas aromáticas. Débora arrojó a un lado la brizna de hierba—. Ya sé —dijo de pronto con expresión alegre—. ¿Te gustaría ver dónde vivo?

—Preferiría no volver todavía a Frisco. —«Dónde vives —pensó—; quiero tocar el sitio donde vives».

—No está en la ciudad —dijo ella—. Es un pueblo río abajo.

—Suená bien. —Se puso en pie, la cogió del brazo y le ayudó a levantarse. Por un instante estuvieron muy juntos y los pechos de ella rozaron su camisa. Sintió que su calor corría alrededor de su cuerpo y pensó que si alguien les viera ahora contemplaría dos figuras ondulando cual en un espejismo. Sentía el impulso de hablar y decirle que la amaba. Aunque la mayor parte de sus sentimientos hacia ella venían de la salvación que quizá pudiera darle. Una parte de ellos parecía real y eso le asombraba, porque ella sólo había sido unas cuantas horas fuera de la guerra, una comida en un restaurante barato y un paseo a lo largo del río. No había base alguna para una emoción consecuente. Antes de que pudiera hacer o decir nada, ella se volvió y cogió la cesta.

—No está lejos —dijo, poniéndose en marcha. Su falda azul oscilaba como la cuerda de una campana al repicar.

Siguieron un sendero de arcilla marrón cubierto de espesura y dominado por arbolillos de hojas pálidas y casi transparentes, y pronto llegaron a un grupo de chozas situado en la boca de un arroyo que desembocaba en el río. Niños desnudos

chapoteaban en el arroyo, riendo y tirándose agua unos a otros. Tenían la piel color ámbar y sus ojos eran tan húmedos como las ciruelas y tenían su mismo color púrpura oscuro. Sobre las chozas se alzaban palmeras y acacias, y aquéllas habían sido construidas con troncos de árboles jóvenes, unidos mediante cuerdas de nylon; los tejados de paja y mimbre habían sido cuidadosamente recortados hasta parecerse a cabelleras recién arregladas. Las moscas se arrastraban sobre tiras de carne, colgadas de un cordel tendido entre dos chozas. Cabezas de pescado y excrementos de gallina cubrían el suelo color ocre. Pero Mingolla apenas sí notó esas señales de pobreza, vio en lugar de ellas un signo de la paz que podía esperarle en Panamá. Y otro signo iba a llegar pronto. Débora compró una botella de ron en una tienda minúscula, le llevó luego hasta la choza más cercana a la boca del arroyo y le presentó a un anciano delgado y de cabello blanco que estaba sentado en un banco ante la choza. Era el tío Moisés. Tras beber por tres veces de la botella tío Moisés empezó a contar historias.

La primera hablaba del piloto personal de un ex presidente de Panamá. El presidente había ganado miles de millones introduciendo cocaína en Estados Unidos con ayuda de la CÍA, a la cual había ayudado en numerosas ocasiones, y él mismo se había convertido en un adicto en la última fase de deterioro mental. Su único placer era volar de una ciudad a otra, sentarse inmóvil en las pistas de aterrizaje, mirar por la ventanilla y tomar cocaína. En cualquier momento del día o de la noche podía llamar a su piloto y ordenarle que preparase un plan de vuelo para Colón, Bocas del Toro o Penonome. A medida que iba empeorando el estado del presidente, el piloto fue comprendiendo que muy pronto la CÍA se daría cuenta de que ya no era útil y le mataría. Y el modo más obvio de matarle sería mediante un accidente aéreo. El piloto no quería morir con él. Intentó dimitir, pero el presidente no se lo permitió. Pensó en mutilarse para no poder volar pero, dado que era un buen católico, no podía ir en contra de la ley de Dios. Pero si seguía volando su familia sufriría. Su vida se convirtió en una pesadilla. Antes de cada vuelo se pasaba horas registrando el avión en busca de alguna señal de sabotaje y después de cada aterrizaje se quedaba en la carlinga temblando a causa del agotamiento nervioso que sentía. El estado del presidente se hizo aún peor. Tenía que ser llevado hasta el avión y un ayudante debía encargarse de darle la cocaína, en tanto que un segundo ayudante permanecía junto a él con torundas de algodón, para cuidar de sus hemorragias nasales. Sabiendo que su vida podía medirse ya en semanas, el piloto le pidió a su sacerdote que le orientara. «Reza», le aconsejó el sacerdote. El piloto llevaba ya mucho tiempo rezando, así que eso no era una gran ayuda. Luego acudió al comandante de su escuela militar y el comandante le dijo que debía cumplir con su deber. Esto también era algo que el piloto llevaba ya mucho tiempo haciendo. Finalmente fue al jefe de los indios San Blas, el pueblo de su madre. El jefe le dijo que debía aceptar su destino, lo cual (aunque resultaba una novedad y era algo que aún no había probado) no le pareció demasiado tranquilizador. Sin embargo, se dio cuenta de que era el único camino que le quedaba e hizo tal y como le había aconsejado el jefe. En lugar de pasarse horas

haciendo comprobaciones antes del vuelo, llegaba unos minutos antes del despegue y luego se iba en un taxi, sin ni tan siquiera inspeccionar la aguja del combustible. Su comportamiento temerario llegó a ser comentado en el Capitolio de la nación. Obedeciendo todos los caprichos del presidente voló borracho, drogado, durante galernas y a través de la niebla. Y durante esas horas en el aire, suspendido entre las leyes de la gravedad y el destino, obtuvo una nueva apreciación de la vida. Cuando estaba otra vez en tierra se lanzaba a vivir con una salvaje avidez, haciendo apasionadamente el amor con su esposa, divirtiéndose con sus amigos y trasnochando hasta el amanecer. Un día, cuando se estaba preparando para ir al aeropuerto, un norteamericano acudió a su casa y le dijo que había sido reemplazado. «Si dejamos que el presidente vuele con un piloto tan negligente, nos echarán la culpa de lo que pueda ocurrir», le dijo. El piloto no necesitó preguntar a quién se refería con ese «nos». Seis semanas después el avión del presidente se estrelló en las montañas Darién. El piloto sintió una gran alegría. Panamá se había librado de un malvado y su vida no había terminado. Pero una semana después del accidente, después de que el nuevo presidente (otro contrabandista con relaciones en la CÍA) hubiera sido nombrado, el comandante de la fuerza aérea llamó al piloto, le dijo que el accidente jamás habría tenido lugar si él hubiera conservado su trabajo y le asignó nuevamente para que hiciera volar el avión del presidente.

Durante todo el atardecer Mingolla escuchó y bebió, dejando que la embriaguez fuera poniendo sobre sus ojos una lente que le permitiera ver el modo en que todos esos relatos podían aplicarse a él. Todos eran fábulas sobre la indecisión que le instaban a obrar y detallaban los problemas básicos de la gente en América Central. Era gente que (como ahora sabía) estaba atrapada entre los polos de la magia y de la razón, con sus vidas gobernadas por la política de lo ultra real. Sus espíritus eran regidos por mitos y leyendas, con la masa rectangular de la organizada América del Norte sobre ellos y el misterio continental, en forma de concha marina de América del Sur por debajo. Dio por sentado que Débora había preparado de antemano el tipo de historias que tío Moisés debía narrarle, pero eso no le quitaba ninguna potencia como signos. Sonaban como algo cierto, no como algo que había sido fabricado según sus necesidades. Tampoco importaba que su mano estuviera temblando o que su vista le jugara malas pasadas. Todo eso terminaría cuando llegara a Panamá.

Las sombras se volvían borrosas, los insectos zumbaban y el crepúsculo teñía el río, haciendo que el aire cobrara un aspecto granulado y que el leve oleaje del río pareciera más lento y pesado. La nieta de tío Moisés sirvió platos con maíz y pescado y Mingolla comió con hambre. Luego, cuando el anciano dejó claro que estaba cansado, Mingolla y Débora se fueron caminando a lo largo del arroyo. Entre dos chozas, sostenida por un palo, había una tabla retorcida con un aro sin red, y unos cuantos jóvenes estaban practicando tiros de baloncesto. Mingolla se unió a ellos. Los rebotes resultaban bastante duros, a causa del suelo irregular, pero jamás había jugado mejor. Los residuos de la embriaguez le daban potencia a su juego y todos sus tiros

trazaban arcos perfectos a través del aro. Acertaba incluso disparando desde ángulos imposibles. Se dejó arrebatar por el movimiento de sus manos que robaba balones, el de su cuerpo que hacía fintas y saltaba para apoderarse de un rebote, convirtiéndose, a medida que oscurecía, en la más diestra de esas sombras que daban saltos y agitaban sus diez brazos al unísono.

El juego terminó y salieron las estrellas, como agujeros que dejaran atisbar un fuego lejano a través de una tela de seda negra colgada sobre las palmeras. Débiles bombillas iluminaban el suelo ante las chozas y, mientras Débora y Mingolla caminaban por entre ellas, oyó una radio sintonizada con la cadena de las Fuerzas Armadas transmitiendo un juego de béisbol. Oyó el chasquido del bate, el rugido de la multitud y el locutor gritó: «¡Lo hizo!». Mingolla imaginó la pelota que se desvanecía en la oscuridad por encima del estadio y rebotaba luego en un aparcamiento de Norteamérica, rodando bajo un neumático, donde acabaría por encontrarla algún niño al cual le parecería un milagro, o rodando a través de la calle para descansar al fin bajo un coche usado, reluciendo con una blancura secreta y humeando con la energía del tanto conseguido. La puntuación era de tres a uno en la segunda manga. Mingolla no sabía quién jugaba y no le importaba. Todos esos tantos estaban sucediendo sólo para él, como disparos místicos que se curvaban a través de senderos predestinados. Estaba en el centro de fuerzas incalculables.

Una de la chozas estaba a oscuras y tenía ante ella dos asientos de madera. Al acercarse a ella su imagen hizo que el buen humor de Mingolla se fuera apagando. Había algo en la choza que le molestaba. Era su aspecto de haber sido preparada, de que no era sino un pequeño escenario. Sólo paranoia, pensó. De momento las señales habían sido buenas, ¿verdad? Cuando llegaron a la choza Débora se instaló en el asiento más cercano a la puerta y le miró. Las estrellas dibujaban puntitos brillantes en sus ojos. Tras ella, al otro lado del umbral, Mingolla distinguió el sombrío bulto de una hamaca colgada y, debajo, un saco del cual emergía parte de una jaula de alambre.

—¿Qué hay de tu negocio? —le preguntó.

—Pensé que era más importante estar contigo —dijo ella.

También eso le molestó. Todo estaba empezando a molestarle y no lograba entender la razón. La cosa de su mano se retorció. Apretó los dedos formando un puño y tomó asiento junto a Débora.

—¿Qué está pasando entre tú y yo? —preguntó, nervioso—. ¿Va a ocurrir algo? Sigo pensando que ocurrirá, todo el rato, pero... —Se limpió el sudor de la frente y olvidó lo que había intentado decirle.

—No estoy segura de a qué te refieres —dijo ella.

Una sombra se movió a través del resplandor amarillo que brotaba de la choza contigua. Osciló, se onduló. Mingolla cerró los ojos y los apretó con fuerza.

—Si te refieres a... lo romántico —dijo ella—, yo también estoy confundida. Tanto si vuelves a tu base como si te vas a Panamá, no me parece que tengamos

mucho futuro. Y, ciertamente, no tenemos mucho pasado.

El que ella no supiera contestarle con seguridad, le hizo sentir más confianza en Débora y en la situación. Pero se encontraba débil, como tembloroso. Muy débil. Agitó la cabeza, luchando contra las ondulaciones de su visión.

—¿Cómo es Panamá?

—Nunca he estado allí. Probablemente se parece mucho a Guatemala, salvo por la guerra.

Quizá tendría que ponerse en pie, caminar un poco. Quizas eso le ayudaría. O quizá debiera quedarse allí sentado y hablar. Hablar parecía ayudarle a recobrar el equilibrio.

—Apuesto... —dijo— apuesto a que es precioso. Panamá, ya sabes. Montañas verdes, cascadas en la jungla. Apuesto a que hay montones de aves. Debe de haber loros y tucanes. Millones de aves.

—Supongo que sí.

—Y colibríes. Un amigo mío estuvo una vez allí en una expedición buscando colibríes y me dijo que los había de un millón de clases. Pensé que era un tipo raro... ya sabes, por lo de buscar colibríes. —Abrió los ojos y tuvo que cerrarlos de nuevo—. Supongo que entonces pensé que coleccionar colibríes no tenía mucho que ver con los grandes problemas.

—¿David? —Había preocupación en su voz.

—Estoy bien. —Su perfume era más potente de lo que él recordaba, casi asfixiante—. Se llega en barco, ¿verdad? Debe de ser un barco bastante grande. Nunca he estado en un barco auténtico, sólo en el bote de remos que tenía mi tío. Solía llevarme a pescar junto a Coney Island, lanzábamos una boya y luego sacábamos todos esos peces venenosos. Tendrías que haber visto algunos de ellos. Eran como mutantes. Los ojos eran de color arco iris, tenían bultos extraños por todo el cuerpo. Hicieron que me cogiera un terror mortal a la idea de comer pescado.

—Yo tenía un tío que...

—Solía pensar en todos los que debían estar demasiado hondos para que pudiéramos cogerles. Peces globo gigantes, tiburones geniales, ballenas con manos. Les veía tragándose el bote y yo...

—Cálmate, David. —Le acarició la nuca y Mingolla sintió un escalofrío en la columna vertebral.

—Estoy bien, estoy bien. —Le apartó la mano; no le hacía falta sentir escalofríos, aparte de todo lo demás—. Cuéntame algo más sobre Panamá.

—Ya te he dicho que nunca he estado allí.

—¡Oh!, claro. Bueno, ¿y Costa Rica? Has estado en Costa Rica. —Su cuerpo se estaba cubriendo de sudor. Quizá debiera ir a nadar un poco. Había oído decir que en el río Dulce había manatíes—. ¿Has visto alguna vez un manatí? —le preguntó.

—¡David!

Debía de estar muy cerca de él, pues podía sentir su calor difundiéndose por todo

su cuerpo y pensó que quizás eso le ayudaría. Dejarse aflojar en su calor, en su pesado movimiento, librarse así de esos temblores. La llevaría hasta esa hamaca y vería lo caliente que se sentía. Lo caliente que se sentía, lo caliente que se sentía. Las palabras giraban rítmicamente en su cabeza. Temiendo abrir los ojos, alargó las manos ciegamente hacia ella y la atrajo hacia sí. Sus rostros chocaron mientras buscaba su boca. La besó. Ella le devolvió el beso. Su mano subió hasta cubrir uno de sus pechos. ¡Jesús, qué bien! Era como la salvación, como Panamá, como aquello dentro de lo que caes cuando te duermes.

Pero entonces algo cambió. Cambió lentamente. Tan lentamente que él no se dio cuenta hasta que el cambio casi hubo terminado. Su lengua se retorció dentro de su boca, gruesa y estúpida como el pie de una babosa, y su pecho, ¡oh, mierda!, su pecho estaba oscilando, temblando con los mismos fluidos de gusano que había en su mano izquierda. La apartó bruscamente y abrió los ojos. Vio las toscas pestañas cosidas a sus mejillas, con torpes puntadas. Labios abiertos, boca llena de huesos. Un vacío rostro de carne. Se puso en pie dando zarpazos al aire, queriendo desgarrar la película de fealdad que se había posado sobre ella.

—¿David? —Había deformado su nombre, engullendo las sílabas cual si estuviera intentando tragar y hablar al mismo tiempo.

Voz de rana, voz de diablo.

Giró en redondo y distinguió un puñado de cielo negro, árboles puntiagudos y un trozo de luna, que parecía un hueso, atrapado en una red de ramas. Distinguió las oscuras y deformes siluetas de las chozas, las puertas que daban a llamas amarillas, con las retorcidas sombras de los hombres dentro. Parpadeó, meneó la cabeza. No se iba, era real. ¿Qué lugar era éste? No era un pueblo en Guatemala, no, qué va. Oyó brotar de su garganta el extraño gruñido de un salvaje y retrocedió, retrocedió para alejarse de todo. Ella le siguió, graznando su nombre. Llevaba una peluca de paja negra y pedazos de gelatina reluciente por ojos. Algunos de los hombres, hechos de sombra, salían como muñecos de sus umbrales, se agrupaban tras ella, le hablaban en su lenguaje diabólico. Eran demonios de largas patas y piel de regaliz, con corazones hechos con piel de tambor, demonios sin rostro, la nada surgida de la dimensión donde moraba la enfermedad. Mingolla retrocedió unos pasos más.

—Puedo verte —dijo—. Sé lo que eres.

—Está bien, David —dijo ella y sonrió.

¡Claro! Pensaba que se dejaría engañar por esa sonrisa, pero no se dejó engañar. Vio cómo la sonrisa le partía el rostro, igual que algo podrido se rompe en el fondo de una bolsa de cartón mojada después de una semana entre las basuras. La sonrisa hinchada de la reina Puta Demonio. Ella era la causante, ella se había aliado con la vida maligna de su mano y le había metido brujerías en la cabeza. Le había hecho bajar la vista hacia la capa de mierda y magia en la cual vivía.

—Te veo —le dijo.

Tropezó y estuvo a punto de caer de espaldas. Agitó los brazos, se tambaleó y,

luego, echó a correr hacia la ciudad.

Las ramas le azotaban las piernas, los espinos le cortaban el rostro. El sendero estaba cubierto con redes de sombra y los chirriantes insectos parecían el borde metálico de una sierra al ser afilada. Ante él distinguió un gran árbol iluminado por la Luna, que se alzaba sobre un pequeño risco sobre el cauce. El abuelo de los árboles, un árbol blanco y mágico. Le llamaba. Se detuvo ante él, tragando aire. La luz de la Luna le enfrió, le empapó de plata y, entonces, comprendió el propósito del árbol. Una fuente de blancura en el bosque oscuro, brillando sólo para él. Apretó su mano izquierda formando un puño. La cosa que había en su mano se agitó frenéticamente como sabiendo lo que iba a ocurrir. Estudió los profundos bajorrelieves místicos de la corteza y encontró el punto de confluencia. Se preparó, endureciendo su voluntad. Luego estrelló el puño en el tronco. Una brillante lanza de dolor subió por su brazo y le hizo gritar. Pero golpeó otra vez el árbol, y luego lo golpeó por tercera vez. Apretó la mano contra su cuerpo, amortiguando el dolor. Ya se estaba hinchando, convirtiéndose en una de esas manos sin nudillos, de los dibujos animados, pero en su interior nada se movía. La orilla del río, con sus murmullos y sombras, ya no le amenazaba; se había transformado en un lugar de luces y oscuridades normales e incluso la blancura del árbol le parecía ahora brillar sin ninguna magia.

—¡David! —Era la voz de ella, y no venía de muy lejos.

Parte de él quería esperar, para ver si había cambiado o no, si había vuelto a lo inocente y a lo normal. Pero no podía confiar en ella, no podía confiar en sí mismo y echó a correr de nuevo.

Mingolla cogió el transbordador que iba a la orilla oeste, pensando que encontraría a Gilbey y que una dosis de su beligerancia le clavaría otra vez en la realidad. Se quedó sentado en la proa junto a un grupo de cinco soldados, uno de los cuales vomitaba en el agua, y para evitar la conversación les dio la espalda y se puso a contemplar el negro líquido que resbalaba alejándose de ellos. La claridad lunar teñía el agua de plata y, por entre esos destellos, le pareció que podía ver reflejada la curva rota de su vida. Veía un niño viviendo por la Navidad, haciendo dibujos, recibiendo alabanzas, creciendo como un imbécil, hasta llegar a la secundaria. Después, el sexo y las drogas, mientras crecía hasta superar todo eso y empezaba a dibujar de nuevo y entonces, justo cuando se podía esperar que la curva adoptara una forma provista de algún sentido, veía cómo se rompía y quedaba interrumpida, con todo el proceso desmitificado y explicable. Se dio cuenta de cuan idiota había sido la idea del ritual. Como un agonizante que aferra un frasquito de agua bendita, se había agarrado a la magia cuando la lógica de la existencia se había revelado insostenible. Ahora los débiles eslabones de esa magia habían sido disueltos y nada le sostenía. Caía a través de las oscuras zonas de la guerra, esperando a que uno de sus monstruos le cogiera. Alzó la cabeza y miró hacia la orilla oeste. La costa hacia la cual se dirigía estaba negra, como el ala de un murciélago, y en ella se dibujaban arcanos de luz violenta. Los tejados y las palmeras formaban una silueta contra una neblina de neón

con todos los colores del arco iris y entre ellos se veían arcos de rojo sangre, de verde lima y de violeta, como cortinas de gasa y fragmentos de bestias resplandecientes. El viento le traía alaridos y música salvaje. Los soldados que estaban junto a él se reían y maldecían. El de antes no paraba de vomitar. Mingolla apoyó la frente en la barandilla de madera, sólo para notar algo sólido.

La prostituta de Gilbey, la de los pechos grandes, estaba acodada en el mostrador del Club Demonio con los ojos clavados en su bebida. Mingolla se abrió paso entre los bailarines atravesando el calor, el ruido y los velos de humo color lavanda. Cuando llegó junto a ella, ésta adoptó rápidamente una sonrisa profesional y alargó la mano hacia su ingle. Mingolla la apartó.

—¿Dónde está Gilbey? —gritó. Ella le miró aturdida y luego su mirada se iluminó, comprendiendo.

—¿Meengolla? —dijo. El asintió. Ella rebuscó en su bolso y sacó un papel doblado—. Ees deeel Gilbi —dijo—. Pa mí, cinco dólares.

Le tendió el dinero y cogió el papel. Éste resultó ser un panfleto cristiano con un dibujo hecho a plumilla de un Jesús delgado como un palo y con expresión ofendida. Bajo el dibujo había un texto en cuya primera línea se decía: «Los últimos días han llegado». Mingolla le dio la vuelta y encontró algo escrito a mano en la parte de atrás.

La anotación era puro Gilbey. Nada de explicaciones, nada de sentimientos. Sólo los hechos.

Me he ido a Panamá. Si quieres hacer ese viaje, busca a un tipo llamado Ruy Barros, en Livingston. El te lo arreglará. Puede que vuelva a verte.

Mingolla creía que su confusión había llegado al máximo, pero el hecho de que Gilbey hubiera desertado se negaba a entrar en su cabeza y cuando intentó que encajara en ella se quedó aún más confuso que antes. No era que no lograra entender lo ocurrido. Lo comprendía perfectamente; habría podido predecirlo. Como una rata que ve su agujero favorito obstruido por una trampa, Gilbey, astutamente, se había limitado a roer un nuevo agujero y se había desvanecido por él. Lo que confundía a Mingolla era su falta total de parámetros actuales. Él, Gilbey y Baylor habían parecido triangular la realidad, localizarse unos a otros en un mapa coherente de obligaciones, sitios y acontecimientos; y ahora que los otros dos se habían ido, Mingolla se encontraba totalmente aturdido. Una vez fuera del club dejó que el gentío le fuera empujando y alzó los ojos hacia los animales de neón que coronaban los bares. Había un gigantesco gallo azul, un toro verde y una tortuga dorada con llameantes ojos rojizos. Identidades inmensas que le contemplaban con animosidad. Oleadas de color llovían de los signos, manchando el aire hasta darle una horrible palidez, otorgándole a todo el mundo un aspecto enfermo. «Sorprendente —pensó Mingolla—, que se pueda respirar algo tan descolorido y granuloso, que no te haga toser y ahogarte». Todo era sorprendente, todo carecía de sentido. Todo lo que veía

era nuevo e incomprensible, incluso la imagen más vulgar. Se encontró mirando a la gente (las prostitutas, los niños de la calle, un PM que estaba hablando con otro PM y le daba palmaditas al parachoques de su jeep como si éste fuera su gigantesco gato color verde oliva) e intentando comprender lo que estaban haciendo en realidad, qué significado especial tenían para él sus acciones, qué claves le ofrecían para ayudarlo a desenredar su confusa existencia. Por fin, comprendió que necesitaba paz y silencio, y se dirigió hacia la base aérea. Allí hallaría un catre vacío y podría dormir hasta que se le pasara un poco la confusión. Pero cuando llegó al atajo que conducía hasta el puente sin terminar tomó por él, decidiendo que todavía no estaba listo para vérselas con centinelas de puerta y oficiales de guardia. En la espesura zumbaban los insectos y, gradualmente, ésta fue invadiendo el camino, hasta convertirlo en un pequeño sendero, al final del cual se hallaba una hilera de caballetes. Trepó por encima de ellos y no tardó en hallarse ascendiendo por una aguda cuesta que parecía llevar hasta un punto no muy abajo de la abultada luna color plata.

Pese a que estaba lleno de cascajos y pedazos de cartón, el cemento parecía arder bajo la luna con una llama de pureza, como un fragmento de luz nevada que no se había endurecido del todo para volverse materia; y a medida que iba subiendo, pensó que podía notar el puente temblando bajo sus pisadas con la sensibilidad de un nervio blanco. Tenía la impresión de andar entre la oscuridad y las estrellas, en una soledad que era tan grande como toda la creación. Se encontraba bien, condenadamente solitario, quizá demasiado, con el viento haciendo oscilar los pedazos de cartón y los sonidos de insectos ya a su espalda.

Unos minutos después distinguió ante él la quebrada silueta del final del puente. Cuando llegó hasta allí, tomó asiento cuidadosamente y dejó colgar sus piernas por el borde. El viento gemía por entre las vigas sin recubrir, tirando de sus tobillos; su mano latía y ardía con la fiebre. Bajo él vio un brillo multicolor que se aferraba al negro margen de la orilla este, como una colonia de algas bioluminiscentes. Se preguntó a qué altura estaría. Pensó que no la suficiente. En el viento colgaban débiles jirones de música. Era el inagotable delirio de San Francisco de Juticlán, y se imaginó que el parpadeo de las estrellas era causado por esa leve humareda musical que derivaba a través de ellas.

Intentó pensar en sus acciones futuras. No se le ocurría gran cosa. Se imaginó a Gilbey en Panamá. Yendo de putas, bebiendo, peleándose. Haciendo todo lo que había hecho en Guatemala. Ahí era donde la idea de la desertión le fallaba a Mingolla. En Panamá tendría miedo; en Panamá, aunque no le temblara la mano, quizá se le desarrollara algún otro tic maligno; en Panamá buscaría curas mágicas para sus dolencias, pues también allí la realidad sería demasiado peligrosa como para que pudiera sacar fuerzas de ella. Y, con el tiempo, la guerra acabaría llegando a Panamá. El desertar no le habría servido de nada. Contempló la jungla plateada por la Luna y le pareció que alguna parte esencial de su ser fluía por sus ojos, que entraba en la corriente del viento y se alejaba a toda velocidad, más allá de la Granja de las

Hormigas y sus cráteres humeantes, que dejaba atrás el territorio de la guerrilla y la implacable costura donde se unía el cielo y el horizonte, atraída irresistiblemente hacia un punto por el cual se estaba vaciando toda la vitalidad del mundo. También él sentía cómo se vaciaba. Cada vez se sentía más frío, más lento y más hueco por dentro. Su cerebro se volvía incapaz de pensar, ya sólo podía registrar sensaciones. El viento traía olores verdes que hacían dilatarse sus fosas nasales. La negrura del cielo se doblaba a su alrededor y las estrellas eran como alfilerazos dorados que podía sentir en su piel. No dormía, pero algo en su interior se quedó dormido.

Un suspiro le hizo regresar desde el borde del mundo. Al principio pensó que había sido su imaginación y siguió contemplando el cielo, que se había iluminado con el vivido color azul que precede al amanecer. Entonces volvió a oírlo y miró detrás de él. Esparcidos a lo ancho del puente, a unos diez metros de distancia, se encontraban una docena de niños. Algunos estaban en pie, otros agazapados. La mayoría iban cubiertos con harapos, algunos se tapaban con lianas y hojas, otros iban desnudos. Atentos, silenciosos. En sus manos brillaban los cuchillos. Todos estaban muy flacos, tenían la cabellera larga y enmarañada y Mingolla, al recordar por un instante a los niños muertos que había visto esa mañana, sintió miedo. Pero sólo fue durante unos segundos. El miedo se encendió en su interior, como el ascua avivada por un golpe de viento, y murió un segundo después, no suprimido por ninguna idea racional sino por la súbita percepción de esas figuras harapientas como una ocasión para rendirse. No sentía deseos de morir y, sin embargo, tampoco quería invertir más esfuerzos en la causa de la supervivencia. Había aprendido que la supervivencia no era la prioridad más elevada del alma. Se quedó mirando a los niños. El modo en que estaban colocados le recordó a un grupo de neanderthales en el Museo de Historia Natural. La Luna aún estaba en el cielo y su resplandor definía vagamente las sombras cual manchones de grafito. Por fin, Mingolla se dio la vuelta; en el horizonte aparecía una clara línea de oscuridad verdosa.

Había esperado que le apuñalaran o que le empujaran. Había esperado caer dando vueltas para estrellarse contra el río Dulce, cuyas aguas se habían vuelto color acero, bajo el cielo cada vez más brillante. Pero en vez de ello una voz le dijo al oído: «Eh, macho». Acuclillado junto a él había un chico de unos catorce o quince años, con el negro rostro de un simio enmarcado por una enmarañada cabellera oscura que le colgaba hasta los hombros. Vestía unos pantalones cortos hechos pedazos. En su frente había el tatuaje de una serpiente enroscada. Inclino la cabeza a un lado y luego al otro. Perplejo. Quizás estaba intentando ver al auténtico Mingolla bajo las capas de falsas apariencias. Emitió un gruñido gutural y alzó un cuchillo, inclinándolo a un lado y a otro, dejando que Mingolla observara su agudo filo y el modo en que la luz de la luna era canalizada a lo largo de la hoja. Era un cuchillo de supervivencia del ejército y el mango se podía usar como un puño americano. Mingolla resopló, divertido.

El chico pareció alarmado ante su reacción; bajó el cuchillo y se apartó un poco.

—¿Qué estás haciendo aquí, tío? —le preguntó.

A Mingolla se le ocurrieron muchas respuestas, pero la mayoría exigía demasiada energía para ser enunciadas en voz alta; así que eligió la más sencilla.

—Me gusta el lugar. Me gusta el puente.

El chico miró a Mingolla con los ojos entrecerrados.

—El puente es mágico —le dijo—. ¿Lo sabías?

—Hubo un tiempo en el cual quizá te hubiera creído —dijo Mingolla.

—Tienes que hablar despacio, tío —dijo el chico frunciendo el ceño—. Demasiado aprisa, no puedo entender.

Mingolla repitió su frase y el chico dijo:

—Lo crees, gringo. Si no, ¿por qué aquí? —Con un prolongado gesto del brazo trazó en el aire la continuación imaginaria del curso ascendente que seguía el puente—. Ahí es donde el puente viaja ahora. No tiene nada que ver con cruzar el río. Es un pedazo de piedra blanca. No quiere decir lo mismo que el puente.

Mingolla estaba sorprendido al oír sus pensamientos en boca de alguien que se parecía tanto a un homínido primitivo.

—Vengo aquí —prosiguió el chico—. Escucho el viento, le oigo cantar en el hierro. Y sé cosas por él. Puedo ver el futuro. —Sonrió, dejando al descubierto unos dientes ennegrecidos, y señaló hacia el sur, hacia el Caribe—. El futuro está por ahí, tío.

A Mingolla le gustó el chiste; sentía cierta afinidad con el chico, por cualquiera que pudiera hacer chistes desde esa misma perspectiva, pero no se le ocurría modo alguno de expresar ese sentimiento.

—Hablas bien el inglés —dijo por fin.

—¡Mierda! ¿Qué te piensas? ¿Que hablamos como animales, porque vivimos en la jungla? ¡Mierda! —El chico golpeó el cemento con la punta de su cuchillo—. Hablo inglés toda mi vida. Gringos demasiado idiotas para aprender castellano.

Detrás de ellos se oyó la voz de una chica, áspera y perentoria. Ahora los otros niños estaban a unos cinco metros y sus rostros salvajes no se apartaban de Mingolla, y la chica estaba un poco más cerca de ellos. Tenía las mejillas chupadas y los ojos hundidos en las cuencas; cables de cabello, como colas de rata, colgaban sobre sus flacos pechos. Los huesos de sus caderas tensaban una falda harapienta, como si fuera una tienda de campaña que el viento le metía continuamente por entre las piernas. El chico la dejó terminar y luego emitió una larga respuesta, puntuando sus palabras con golpes dados con el mango de su cuchillo en el cemento, haciendo saltar chispas a cada golpe.

—Gracela quiere matarte —le dijo a Mingolla—. Pero yo digo que algunos hombres tienen un pie en el mundo de la muerte y si les matas entonces la muerte se te lleva también. Y, ¿sabes una cosa?

—¿Cuál? —dijo Mingolla.

—Es cierto. Tú y la muerte... —el chico juntó las dos manos— así.

—Puede —dijo Mingolla.

—Nada de «puede». El puente me lo dijo. Me dijo que tendría suerte si te dejaba vivir. Así que dale gracias al puente. La magia en la cual no crees te ha salvado el culo. —El chico abandonó su postura en cuclillas para sentarse con las piernas cruzadas—. A Gracela le da igual que vivas o que mueras. Está contra mí, porque cuando yo me vaya ella será jefa. Es... ya sabes, impaciente.

Mingolla miró a la chica. Ella le devolvió fríamente su mirada. Era una niña bruja con ojos como rendijas, el cabello como un espino y las costillas salientes.

—¿Adonde irás? —le preguntó al chico.

—Tengo el sueño de que viviré en el sur; sueño que tengo un almacén lleno de oro y cocaína.

La chica le soltó una nueva arenga y él le disparó una retahíla de sílabas irritadas.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Mingolla.

—Dije: «Gracela, si me buscas más mierda te joderé y te echaré al río.» —le guiñó un ojo a Mingolla—. Gracela es virgen, así que eso le preocupa mucho.

El cielo se estaba volviendo gris y franjas rosadas aparecían en el este; los pájaros subían en remolinos desde la jungla, formando bandadas encima del río. En esa penumbra Mingolla vio que el pecho del chico estaba surcado de profundas cicatrices. Eran heridas de cuchillo que no habían recibido el tratamiento adecuado. En su pelo había atrapadas briznas de vegetación, como adornos primitivos.

—Cuéntame, gringo —dijo el chico—. He oído que en Norteamérica hay una máquina con el alma de un hombre. ¿Es cierto eso?

—Más o menos —dijo Mingolla.

El chico asintió gravemente, viendo confirmadas sus sospechas.

—También he oído que Norteamérica ha construido un mundo de metal en el cielo.

—Lo están construyendo ahora.

—En la casa de vuestro presidente, ¿hay una piedra que tiene dentro la mente de un mago muerto?

Mingolla estuvo pensando en ello durante unos instantes.

—Lo dudo —dijo por fin—, pero es posible.

El viento se estrellaba contra el puente y le sorprendió. Notó su frescor en el rostro y disfrutó de esa sensación. Eso, el hecho de que todavía fuera capaz de gozar de los sencillos placeres de la vida, le sorprendió todavía más que el repentino ruido del viento.

Las franjas rosadas del cielo se estaban oscureciendo, para volverse carmesíes, y se hacían más anchas; haces de luz caían de lo alto para manchar los vientres de las nubes más bajas con una tonalidad malva. Unos cuantos niños empezaron a murmurar al unísono. Un cántico. Hablaban en castellano pero, por el modo en que sus voces maltrataban las palabras, hacían que sonara gutural y malévolo, como un lenguaje para duendes. Escuchándoles Mingolla les imaginó agazapados alrededor de

sus hogueras entre los cañaverales. Cuchillos ensangrentados se alzaban hacia el sol por encima de su presa caída. Hacían el amor durante las noches verdes, entre vegetales carnosos que parecían salidos de un cuadro de Rousseau, en tanto que pitones con ojos ambarinos se enroscaban en las ramas por encima de sus cabezas.

—Es cierto, gringo —dijo el chico, que al parecer todavía seguía meditando en las respuestas de Mingolla—. Éstos son tiempos malos. —Contempló el río con expresión lúgubre; el viento hacía oscilar los pesados y revueltos rizos de su cabellera.

Contemplándole, Mingolla sintió cierta envidia. Pese a lo árido de su existencia, este pequeño rey mono estaba feliz con su lugar en el mundo y estaba seguro de cuál era la naturaleza de éste. Quizá se engañaba, pero Mingolla le envidiaba esa ilusión y, en especial, envidiaba sus sueños de oro y de cocaína. Sus propios sueños habían sido dispersados por la guerra. La idea de estar sentado cubriendo un lienzo de colores, ya no tenía ningún atractivo real para él. Tampoco le atraía la idea de volver a Nueva York. Aunque durante todos esos meses su única prioridad había sido sobrevivir, nunca había llegado a pensar seriamente en lo que significaba esa supervivencia y ahora se creía incapaz de volver. Se dio cuenta de que había llegado a aclimatarse a la guerra, que era capaz de respirar sus toxinas. En el aire de la paz y del hogar se asfixiaría. La guerra era su nuevo hogar, el nuevo sitio donde debía permanecer.

Y entonces la verdad de todas esas ideas le asaltó con la fuerza de una iluminación y comprendió lo que debía hacer.

Baylor y Gilbey habían actuado según sus naturalezas y también él debería actuar según la suya, que le imponía el camino de la sumisión. Recordó la historia de tío Moisés sobre el piloto y rió en silencio. En cierto sentido su amigo, el tipo al que había mencionado en esa carta por enviar, había estado en lo cierto sobre la guerra y el mundo. Estaba lleno de modelos, ritmos y coincidencias y rebosaba de ciclos que parecían indicar el funcionamiento de algún poder mágico. Pero esas cosas eran el resultado de un sutil proceso natural. Cuanto más vivías, más amplia se hacía tu experiencia, más complicada se volvía tu vida y, con el paso del tiempo, terminabas preso en una increíble cantidad de interacciones, una red de circunstancias, emociones y acontecimientos, descubrías que nada era ya simple y que todo estaba sujeto a interpretación. La interpretación, sin embargo, era una pérdida de tiempo. Incluso la más lógica de las interpretaciones era sólo un intento para hacer que el misterio entrara en una jaula y cerrar luego la puerta. Eso no hacía que la vida fuera menos misteriosa. Y resultaba igualmente carente de objeto intentar apoderarse de esos modelos, confiar en ellos, obedecer a las reglas místicas que parecían dar por sentado. El único camino efectivo era el atrincheramiento. Tenías que admitir lo misterioso e incomprensible de tu situación y debías protegerte contra ella. Tenías que trazar los límites de tu red, debías limpiarla de rincones ciegos y preparar alarmas. Tenías que hacer planes con agresividad. Debías convertirte en el monstruo de tu propio laberinto, tan brutal y sinuoso como el destino al cual intentabas escapar.

Esa era la clase de sumisión militante que el piloto del tío Moisés no había tenido ocasión de exhibir y que el mismo Mingolla, aunque había tenido la oportunidad para ello, no había logrado encontrar. Ahora lo veía. Se había limitado a reaccionar ante el peligro y no lo había desafiado, no había logrado usar su inteligencia contra él. Pero ahora creía que era *capaz* de hacerlo.

Se volvió hacia el chico, pensando que quizás él pudiera apreciar esta nueva luz sobre la «magia» y, por el rabillo del ojo, distinguió algo que se movía. Era Gracela. Se acercaba por detrás del chico, con el cuchillo bajo, lista para golpear. Mingolla extendió su mano herida con un gesto reflejo para impedirse. El cuchillo le hirió el canto de la mano, se vio desviado hacia arriba y golpeó al chico en el hombro.

El dolor que Mingolla sintió en su mano era increíble y le cegó durante unos instantes. Luego, cuando agarró a Gracela por el antebrazo para impedirle que golpeará de nuevo, sintió otra sensación casi oculta por el dolor. Había creído que la cosa, en el interior de su mano, estaba muerta. Pero ahora pudo sentirla aleteando en los bordes de su herida, emergiendo con el flujo de sangre que se derramaba sobre su muñeca. Estaba intentando volver adentro, luchando contra la corriente de sangre, pero los latidos de su corazón eran demasiado fuertes y no tardó en desaparecer, cayendo gota a gota sobre la piedra blanca del puente.

Antes de que pudiera sentir alivio o sorpresa o de que pudiera absorber de algún modo lo que había ocurrido, Gracela intentó soltarse. Mingolla se puso de rodillas, la arrastró hasta el suelo y luego le estrelló la mano que sostenía el cuchillo contra el puente. El cuchillo salió despedido a lo lejos. Gracela luchaba salvajemente, arañándole el rostro, y los demás niños avanzaron hacia ellos. Mingolla colocó su brazo izquierdo bajo el mentón de Gracela, asfixiándola, y con su mano derecha cogió el cuchillo y apretó levemente la punta sobre su seno. Los niños se inmovilizaron y Gracela dejó de luchar. Mingolla sintió cómo temblaba. Las lágrimas trazaban surcos por entre la suciedad de su rostro. Parecía una niña asustada, no una bruja.

—¡Putá!^[5]—dijo el chico. Se había puesto en pie, agarrándose el hombro, y contemplaba a Gracela con una expresión asesina.

—¿Es grave lo de tu hombro? —le preguntó Mingolla.

El chico inspeccionó sus dedos teñidos de sangre brillante.

—Duele —dijo. Fue hacia ellos, se detuvo ante Gracela y le sonrió mientras empezaba a desabrocharse los pantalones.

Gracela se envaró.

—¿Qué estás haciendo? —Mingolla tenía la repentina sensación de que era responsable de la chica.

—Pienso hacer lo que le dije, tío. —El chico acabó con el resto de los botones y se quitó, con un gesto de las caderas, los pantalones cortos; ya tenía el miembro medio erecto, como si toda esa violencia le hubiera excitado.

—No —dijo Mingolla, comprendiendo mientras lo decía que no estaba obrando

de forma inteligente.

—Te quitaré la vida —dijo el chico con voz grave—. Vete.

Una larga y poderosa ráfaga de viento golpeó el puente; a Mingolla le pareció que la vibración del puente, el latir de su corazón y los estremecimientos de Gracela estaban dirigidos por esa misma pulsación impalpable. Sentía de un modo casi visceral que ese momento era muy importante, aunque eso no tenía nada que ver con su preocupación por la chica. Quizá, pensó, todo era sólo una ocasión para poner a prueba sus nuevas convicciones.

El chico perdió la paciencia. Le gritó algo a los demás y les indicó que se alejaran con gestos feroces. Le obedecieron a regañadientes y se encaminaron hacia la parte baja de la curva del puente, se quedaron inmóviles a lo largo del borde y dejaron un espacio abierto. Más allá de ellos, bajo el cielo cada vez más claro, la jungla se extendía hasta llegar al horizonte, interrumpida sólo por el hueco rectangular de la base aérea. El chico se acuclilló a los pies de Gracela.

—Esta noche el puente nos ha unido —le dijo a Mingolla—. Esta noche hemos estado sentados, hemos hablado. Ahora todo eso acabó. Mi corazón dice que te mate. Pero tú le impediste a Gracela que me hiriera profundamente y por eso te doy una oportunidad. Ella debe hacer un juicio. Si dice que se va contigo, nosotros —señaló hacia los otros niños—, te mataremos. Si quiere quedarse, entonces debes irte. No más charla, no más mierdas. Te vas. ¿Entendido?

Mingolla no estaba asustado y su falta de miedo no nacía de una indiferencia a la vida, sino de la claridad y la confianza. Había llegado el momento de reaccionar, no alejándose de los desafíos sino enfrentándose a ellos. Se le ocurrió un plan. No había duda de que Gracela le escogería a él y la oportunidad de vivir, por muy leve que fuera esa oportunidad. Pero antes de que ella pudiera decidirse mataría al chico. Luego se lanzaría sobre los demás. Sin su jefe, quizá no fueran capaces de resistirle. No era gran cosa como plan y no le gustaba la idea de acabar con el chico; pero pensaba que quizá fuera capaz de llevarlo a cabo.

—Entendido —dijo.

El chico habló con Gracela y le dijo a Mingolla que la soltara. Gracela logró sentarse y se frotó el sitio donde Mingolla le había puesto el cuchillo. Le miró con una expresión entre tímida y coqueta y luego miró al chico; se recogió el cabello con la mano detrás de la nuca y arqueó la espalda para que sus pechos sobresalieran un poco más, como si estuviera incitando a dos pretendientes. Mingolla estaba atónito ante su conducta. Pensó que quizás estaba intentando ganar tiempo. Se puso en pie y fingió que intentaba despertar sus músculos agarrotados, acercándose al chico, que seguía acuclillado ante Gracela. En el este, una bola de fuego rojo había despejado el horizonte; su luz sanguinolenta inspiraba a Mingolla, dándole energía para llevar a cabo su decisión. Bostezó y se acercó un poco más al chico, apretando con fuerza el cuchillo. Le cogería por el pelo, le echaría la cabeza hacia atrás y le cortaría el cuello. Los nervios latían en su pecho. Sentía crecer en su interior la presión, exigiendo que

actuara, que se moviera. Intentó contenerse un poco más. Bastaría con otro paso, otro paso para estar totalmente seguro. Pero cuando iba a dar ese paso, Gracela extendió la mano y le dio un golpecito al chico en el hombro.

En el rostro de Mingolla debió notarse la sorpresa, pues el chico le miró y lanzó una carcajada que parecía un gruñido.

—¿Pensabas que te iba a escoger? —dijo—. ¡Mierda! No conoces a Gracela, tío. Los gringos quemaron su aldea. Le lamería el culo al diablo, antes que darte la mano. —Sonrió y le acarició el pelo a la chica—. Además, piensa que, si me jode, bien puede que yo diga «¡Oh, Gracela, necesito más de eso!». Y, ¿quién sabe? Puede que tenga razón.

Gracela se tendió de espaldas y se retorció hasta quitarse la falda. Apenas sí tenía vello entre las piernas. Una sonrisa aleteaba en las comisuras de sus labios. Mingolla se la quedó mirando, aturdido.

—No voy a matarte, gringo —dijo el chico sin mirarle; pasando la mano por el estómago de Gracela—. Ya te dije que no iba a matar a un hombre que está tan cerca de la muerte. —Volvió a reír—. Estabas muy gracioso cuando intentabas acercarte sin que te viera. Me gusta mucho ver cosas así.

Mingolla no sabía qué pensar. Mientras él se había estado preparando para matar, luchando para apartar de su ser la ansiedad y la repugnancia, lo único que había conseguido era servirle como diversión al chico. La masa del cuchillo parecía estar concentrando su ira, hasta darle una forma compacta y ahora deseaba atacar, hacer pedazos a ese pequeño animal que le había ridiculizado, pero la humillación se mezcló rápidamente con su ira, neutralizándola. Los venenos de la rabia le hacían temblar; podía sentir ahora todo el dolor y la fatiga que había en su cuerpo. Su mano latía fuertemente, hinchada y pálida como la mano de un cadáver. Sintió que su cuerpo era invadido por una incontable oleada de cansancio. Y también de alivio.

—Vete —dijo el chico. Se tendió junto a Gracela, apoyándose en un codo, y empezó a jugar con uno de sus pezones para hacer que se irguiera.

Mingolla dio unos cuantos pasos vacilantes, alejándose. A su espalda oyó que Gracela emitía una especie de maullido y el chico murmuró algo. Mingolla sintió que en su interior volvía a encenderse la ira (¡ya se habían olvidado de él!), pero siguió andando. Cuando pasó ante los demás niños, uno de ellos le escupió y otro le arrojó una piedra sin demasiada fuerza. Mingolla clavó los ojos en el cemento blanco que se deslizaba bajo sus pies.

Cuando llegó a la mitad de la curva, se volvió. Los niños se habían acercado a Gracela y al chico y ahora les ocultaban. El cielo se había vuelto de un azul grisáceo detrás de ellos y el viento le hacía llegar el sonido de sus voces. Estaban cantando. Era una canción frágil y casi inaudible que parecía un cántico de celebración. La ira de Mingolla se fue apagando y su humillación dejó de atormentarle. No tenía nada de qué estar avergonzado; aunque no hubiera obrado de forma inteligente había actuado desde una postura de fuerza y ninguna cantidad de ridículo podía borrar eso. Las

cosas iban a ir bien. ¡Sí, irían bien! Haría que todo fuera bien.

Durante un rato se quedó mirando a los niños. Desde esa distancia su cántico parecía atractivamente salvaje y sintió una leve punzada de melancolía, ante la idea de perderles para siempre. Se preguntó qué ocurriría después de que el chico hubiera terminado de hacer el amor con Gracela. No estaba preocupado, meramente sentía curiosidad. Era la misma sensación que uno siente cuando piensa que debe salirse de una película antes del gran final. ¿Sobrevivirá nuestra heroína? ¿Vencerá la justicia? ¿Saldrá la felicidad finalmente del triunfo de la supervivencia y de la justicia? El final del puente no tardó en quedar bañado por los dorados rayos del sol; los niños parecían ennegrecerse y quedar disueltos en el fuego celestial. Eso le bastaba como final a Mingolla. Arrojó el cuchillo de Gracela al río y siguió andando por ese puente en cuya magia ya no creía, caminando hacia la guerra, cuyo misterio había aceptado también como suyo.

En la base aérea, Mingolla se quedó inmóvil ante el Sikorsky que le había traído a San Francisco de Jutiacán; lo había reconocido por las letras llameantes que tenía pintadas en el flanco, por las palabras *Muerte que Susurra*. Apoyó su cabeza sobre la letra A y recordó cómo Baylor se había apartado de esas letras, temiendo que pudieran transmitirle alguna esencia letal. A Mingolla no le importaba su contacto. Las llamas pintadas parecía que le calentaran el interior del cráneo, haciendo remover pensamientos tan lentos e imprecisos como el humo. Pensamientos reconfortantes en los cuales no había encarnadas ni imágenes ni ideas claras, sólo un suave zumbido de actividad mental, como un motor que se pone en marcha. La base cobraba vida a su alrededor. Los jeeps se apartaban de los barracones; un par de oficiales inspeccionaban el vientre de un avión de carga; un tipo reparaba un elevador. Todo era pacífico, como un hogar. Mingolla cerró los ojos y se sumergió en una especie de duermevela, dejó que el sol y las llamas pintadas le encerraran entre sus calores reales e imaginarios.

Un rato después (le era imposible saber cuánto tiempo había pasado), una voz dijo:

—Te has jodido realmente bien la mano, ¿eh?

Los dos pilotos estaban inmóviles junto a la puerta de la carlinga. Con sus negros trajes de vuelo y sus cascos no parecían ni extraños ni incomprensibles, sólo funcionales criaturas concebidas para amenazar y destruir. Eran los amos de la máquina.

—Sí —dijo Mingolla—. Me la jodí.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó el piloto de la izquierda.

—Con un árbol. Le pegué.

—Debe ser condenadamente fácil pegarle a un árbol —dijo el piloto de la derecha—. El árbol no puede largarse, si le pegas.

Mingolla emitió un ruido inarticulado.

—¿Vais a la Granja?

—¿Puedes apostar! ¿Qué pasa, tío? ¿Ya te has cansado de tanta mujer salvaje?
—preguntó el piloto de la derecha.

—Supongo que sí. ¿Os importa llevarme?

—Claro que no —dijo el piloto de la izquierda—. ¿Por qué no subes delante?
Puedes ir detrás nuestro.

—¿Dónde están tus amigos? —preguntó el piloto de la derecha.

—Se han ido —dijo Mingolla mientras trepaba hacia la carlinga.

—Ya me pareció que no volveríamos a verles —dijo uno de los pilotos.

Mingolla se instaló en el asiento de observación, detrás del copiloto y se puso el cinturón. Había dado por sentado que tendrían que hacer una prolongada comprobación del instrumental, pero apenas se calentaron los motores, el Sikorsky ascendió con una sacudida y se lanzó hacia el norte. Con excepción de los sistemas de armamento no habían activado ninguna de las defensas. Tanto el radar como el trazador térmico y el seguimiento de terreno mostraban sus pantallas apagadas. Mingolla sintió que un escalofrío nervioso le removía los músculos del estómago, al pensar en todas las clases de peligro a que les exponía la confianza de los pilotos en sus cascos milagrosos; pero su nerviosismo se fue calmando gradualmente ante el ritmo susurrante de los rotores y al sentir la potencia del Sikorsky. Recordó que había tenido una sensación similar de tranquila potencia cuando estaba sentado ante los controles de su cañón. Jamás había dejado que esa sensación creciera, nunca había permitido que le gobernara y le diera fuerza.

Había sido un estúpido.

Siguieron el rumbo del río, hacia el noroeste, viendo cómo se enroscaba, igual que un largo hilo de alambre azul acero, por entre colinas cubiertas de jungla. Los pilotos reían y bromeaban y el viaje le daba la impresión de estar en vacaciones, con un par de viejos amigos, sin destino preciso y con montones de cerveza gratis. En un momento dado el copiloto hizo brotar su voz del sistema interno de comunicaciones y la emprendió con una melancólica canción country:

*«Cada vez que nos besamos, querida, nuestros labios se encuentran.
Y cuando no estás conmigo nos separa la distancia.
Cuando partiste mi perro en dos, me pareció deprimente,
Pero cuando me disparaste en el pecho, se me rompió el corazón».*

Mientras el copiloto cantaba, el piloto hizo oscilar la nave para que le acompañara en la canción y, una vez hubo terminado, le gritó a Mingolla por encima del hombro:

—¿Puedes creerte que este hijo de puta la escribió? ¡Pues lo hizo! ¡También sabe tocar la guitarra! ¡Este chico es un genio!

—Es una gran canción —dijo Mingolla, y era sincero. La canción le había hecho feliz y eso era algo muy importante.

Siguieron oscilando por el cielo, cantando la primera estrofa una y otra vez. Pero cuando dejaron el río detrás, siguiendo todavía rumbo noreste, el copiloto señaló hacia la jungla que tenían delante y gritó:

—¡Comedores de fríjoles! ¡Cuadrante Cuatro! ¿Les ves?

—Les veo —dijo el piloto.

El Sikorsky se inclinó bruscamente hacia la jungla, se estremeció y bajo ellos aparecieron lenguas de fuego. Un instante después una enorme porción de jungla hizo erupción en una masa de humo marmóreo y fuego.

—¡Uau! —cantó el piloto, exultante—. ¡*Muerte que Susurra* ataca de nuevo! — Con las armas escupiendo fuego, bajaron a través de velos hinchados de humo negro. Acres enteros de árboles ardían, pero los pilotos siguieron con el ataque. Mingolla apretó ferozmente los dientes para no oír el ruido y cuando, por último, se acalló el fuego, aterrado y abatido por tanta locura, se quedó hecho un ovillo en su asiento y con la cabeza gacha. De pronto dudaba de que pudiera vérselas con la locura de la Granja de las Hormigas y recordaba todas sus razones para tener miedo.

El copiloto se volvió hacia él.

—No tienes derecho a poner esa cara, tío —dijo—. Eres un hijo de puta afortunado, ¿lo sabías?

El piloto desvió el rumbo hacia el este y hacia la Granja de las Hormigas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mingolla.

—Te veo claramente, tío —dijo el copiloto—. Puedo asegurarte que no estarás mucho tiempo en la Granja. No veo claro el porqué, ni nada de eso. Pero creo que te van a herir. Pero no será malo. Sólo una herida para que te vayas a casa.

Cuando el piloto completó su giro hacia el este, un rayo de sol entró en la carlinga, iluminando el visor del copiloto y por una fracción de segundo, Mingolla pudo distinguir la vaga sombra del rostro que había debajo. Le pareció deformado y lleno de bultos. Su imaginación fue añadiendo detalles. Mejillas agrietadas, cosas que crecían, un ojo cerrado por una telaraña de carne. Como un rostro surgido de una película sobre mutantes nucleares. Estaba tentado de creer que realmente había visto todo eso; las deformidades del copiloto harían válida su predicción, en cuanto a la seguridad de su futuro. Pero Mingolla rechazó la tentación. Tenía miedo de morir, temía el terror que encerraba la vida en la Granja de las Hormigas, pero no quería tener más relación con la magia... a menos que en ser un buen soldado hubiera magia. Magia en obedecer la disciplina, en la práctica de la ferocidad.

—Puede que sea su mano la que le lleve a casa —dijo el piloto—. A mí me parece que está realmente jodida. Esa mano da la impresión de ser una herida de un millón de dólares.

—No, a su mano no la veo —dijo el copiloto—. Es otra cosa. Sea lo que fuere, funcionará.

Mingolla podía ver su propio rostro flotando en el plástico negro del visor que llevaba el copiloto; parecía deformado y pálido, tan profundamente extraño que por

un instante pensó que ese rostro podía ser un mal sueño que estuviera teniendo el copiloto.

—¿Qué diablos pasa contigo, tío? —preguntó el copiloto—. ¿No me crees?

Mingolla quería explicarle que su actitud no tenía nada que ver con el creerle o no, que sólo indicaba su intención de obtener un futuro seguro haciendo más firme su presente; pero no se le ocurrió modo alguno de formular esa idea en palabras que el copiloto pudiera aceptar. El copiloto se limitaría a referirse nuevamente a su visor como testimonio de una realidad mágica o quizá señalaría hacia adelante, pues la carlinga de plástico se había vuelto opaca al recibir el impacto directo del sol, allí donde parecía colgar ahora, suspendido en una oscuridad humeante. Era una lejana esfera llameante con una corona de vapor, como uno de esos emblemas cabalísticos que se veían trazados sobre los viejos sellos de lacre. Era un objeto maligno y daba miedo verlo y aunque Mingolla no sentía emoción alguna ante él, sabía que el piloto lo vería como un signo lleno de poder.

—¿Piensas que estoy mintiendo? —dijo el copiloto con voz irritada—. ¿Crees que te estaría tomando el pelo con algo así? ¡Tío, no miento! ¡Te doy mi jodida palabra!

Volaron hacia el este, hacia el Sol, la muerte susurraba, perdiéndose en un muro disfrazado como por un encantamiento extraño y sangriento, por encima de la salvaje oscuridad verde donde había enraizado la guerra; donde hombres con armaduras de combate luchaban, sin ninguna razón válida, contra hombres que llevaban alacranes de latón en sus boinas; donde hombres enloquecidos que se habían perdido vagaban por entre la luz mística de la zona de Fuego Esmeralda y brujos de la mente meditaban sobre cosas todavía invisibles. El copiloto mantuvo la negra burbuja de su visor ladeada hacia Mingolla, esperando una respuesta. Pero Mingolla se quedó callado, mirándole, y antes de que pasara mucho rato el copiloto le dio la espalda.

ORSON SCOTT CARD: «Recuperación»

Orson Scott Card, el ganador de este año en la categoría de novela por *La voz de los muertos*, ganó también el año pasado por *El juego de Ender*, de la cual *La voz de los muertos* es una continuación. El único escritor que había ganado los Nebula en la misma categoría durante dos años seguidos es Frederik Pohl, pero Card es el primero que gana con una continuación a la obra que le valió anteriormente el premio. Card ha ganado el premio Hugo y el premio John W. Campbell al mejor Escritor Novel. Entre sus otras obras están *Maestro cantor*, *The Worthing Chronicle* y *A Woman of Destiny*.

Card fue nominado también este año por uno de sus cuentos, «Hatrack river» (sobre el cual escribe más abajo). Sin embargo, dado que ese relato ya ha sido publicado en otro lugar y forma parte de una obra total, cuya extensión es la de una novela, tanto él como yo pensamos que debía estar representado por un trabajo suyo menos visible: un relato de la lista preliminar del Nebula.

Esto es lo que el autor escribe sobre su obra:

Los protagonistas de mis novelas anteriores eran individuos aislados, conectados de forma muy tenue con los personajes que les rodeaban. Tenían pocas relaciones familiares que fueran importantes dentro de la historia. Siempre debían entenderse con la frustración y la incertidumbre de un mundo lleno de gente, en la cual no se podía confiar.

Ese aislamiento es una condición común del ser humano y explorarla me parece válido. Se trata de la condición natural del adolescente, que se ha separado de sus padres y todavía no ha logrado establecer por su cuenta una nueva relación familiar.

Pero a medida que iba creciendo mi propia familia (mis niños se hacían mayores, mi mujer y yo nos identificábamos más firmemente el uno con la otra) los protagonistas sin relaciones de mis anteriores novelas dejaron de interesarme. Había llegado el momento de conectar a mis héroes con esos lazos irrevocables de compromiso que hacen de la familia un apetito casi universal para el corazón humano.

Un primer y leve paso lo di cuando le concedí al Ender Wiggin de El juego de Ender un hermano y una hermana que no habían existido en la versión corta de la novela; hermanos que dieron forma a su vida, aunque se viera apartado de ellos cuando era muy joven. La voz de los muertos representó mi primer intento de crear una familia totalmente desarrollada y de mostrar cómo variaba esa red de relaciones cuando Ender entraba en la

familia y cada individuo se veía obligado a definirse de nuevo a sí mismo ante la otra presencia que llegaba a la casa.

(Sobre «Hatrack River»). *La frontera norteamericana es un período que ha sido dejado prácticamente intacto por la SF y la fantasía; la magia de su folklore ha sido utilizada de modo amplio, que yo sepa, sólo por Manly Wade Wellman. A medida que iba aprendiendo más cosas sobre el período fronterizo al oeste de los Apalaches, descubrí creencias populares y acontecimientos, tanto históricos como biográficos, que me abrían miles de posibilidades narrativas.*

No hay nada más divertido que explorar un mundo a medias familiar y a medias totalmente nuevo, las huellas de Fenimore Cooper se encuentran aquí y allá en el paisaje; no dejaba de tropezarme con figuras que siendo reales parecían míticas como Mike Fink, Davy Crockett, Daniel Boone, Ben Franklin, George Washington, Tecumseh o William Tiptecanoe Harrison. Durante el proceso de inventar nuevamente Norteamérica tuve que volver a definir todos esos personajes y el significado de sus vidas. Y, con suerte, esas historias le darán a su público el placer que yo he sentido al descubrir Norteamérica con nuevos ojos.

(Sobre «Recuperación»). *El manuscrito de Recuperación nació en la tempestad creativa del primer Taller de Escritores de Sycamore Hill, patrocinado por John Keselly Mark van Dame. Pero el relato en sí procede de una imagen que se le ocurrió a mi mente, la del templo de Salt Lake bajo las aguas. Para los mormones, todos nuestros templos son lugares sagrados pero el de Salt Lake está cargado de unas resonancias que van más allá de los ritos celebrados allí, lo construimos, con piedra y sudor, en una tierra desértica que era el único lugar donde Norteamérica nos permitiría practicar nuestra religión, no sin estar libres de interferencias (eso nunca), pero sí de los asesinatos y la violencia de las turbas. El templo de Salt Lake es la enseña que alzamos en lo alto de las montañas; es nuestro símbolo de resistencia, esperanza y desafío. Verlo sumergido, ver cómo ya no puede utilizarse, sería un golpe terrible. Pero, tal y como Deaver Teague aprende en Recuperación, el pueblo mormón sabe sobrevivir a tales golpes y conmociones. Y, si a eso vamos, también Deaver Teague sabe hacerlo.*

* * *

El camino empezaba a subir de forma bastante brusca, desde el transbordador, por lo que el camión no podía acelerar. Deaver no paraba de cambiar las marchas, torciendo el gesto al oír el chirrido de los ejes. Daba la impresión de que tanto éstos como la transmisión quedarían hechos pedazos por la grava. Había estado cuidando el

camión durante todo el trayecto a través de Nevada, y si el transbordador de Wendover no le hubiera llevado durante esos últimos kilómetros por el mar de los Mormones, habría tenido que hacer un trayecto aún más largo. Había tenido suerte. Eso era buena señal. Durante cierto tiempo las cosas le irían bien a Deaver.

El mecánico le miró con el ceño fruncido cuando el camión bajó estruendosamente al muelle de vehículos.

—¿Quieres acabar cargándote el embrague, chico?

Deaver bajó de la cabina.

—¿Embrague? ¿Qué es un embrague?

El mecánico no sonrió.

—¿Es que no oías el ruido de la transmisión?

—Cuando crucé Nevada, hubo un montón de mecánicos diciendo que me la arreglarían, pero se la he estado reservando.

El mecánico le miró como si estuviera loco.

—En Nevada no hay mecánicos.

«Si no fueras tan idiota como el dedo pequeño de tu pie —pensó Deaver—, sabrías que estoy bromeando. Algunos de los viejos mormones eran tan envarados que ni podían sentarse». Pero Deaver no dijo nada. Lo único que hizo fue sonreír.

—Este camión va a quedarse aquí unos cuantos días —dijo el mecánico.

«Por mí estupendo, —pensó Deaver—. Tengo planes».

—¿Cuántos días cree que serán?

—Unos tres para empezar. Tendrás un recibo.

—Me llamo Deaver Teague.

—Díselo al encargado, él te lo hará. —El mecánico levantó el capó para empezar las comprobaciones de rutina, mientras los estibadores bajaban las viejas lavadoras, las neveras y el resto de cosas que Deaver había ido recogiendo durante su viaje. Deaver llevó su kilometraje hasta la ventanilla y el encargado le pagó.

Siete dólares por cinco días de conducir y cargar, durmiendo en la cabina y comiendo aquello de lo que podían prescindir los granjeros. Había montones de gente que vivía peor, pero en eso no había futuro. La recuperación no podía seguir para siempre. Algún día recogería el último lavaplatos que aún quedaba de los viejos tiempos y entonces se quedaría sin trabajo. Bueno, Deaver Teague no iba a quedarse sentado esperando a que pasara eso. Sabía dónde estaba el oro, llevaba semanas planeando cómo sacarlo y si Lehi había conseguido el equipo de inmersión tal y como le había prometido, entonces mañana por la mañana se dedicaría a hacer un poquito de recuperación por cuenta propia. Si tenían suerte volverían a casa ricos.

Deaver tenía las piernas algo envaradas, pero no tardó en aflojarlas y luego echó a correr, con un ágil trote, por los pasillos del centro de recuperación. Bajó un tramo de escalones saltando dos o tres cada vez, atravesó corriendo un vestíbulo y cuando llegó a un cartel que decía RECUPERACIÓN DE ORDENADORES PERSONALES, le dio un empujón a la puerta y entró dando saltos en la habitación.

—¡Eh, Lehi! —dijo—. ¡Eh, es hora de irse!

Lehi McKay no le prestó atención. Estaba sentado ante una pantalla de TV, manipulando una caja negra que tenía en el regazo.

—Haciendo eso te quedarás ciego —dijo Deaver.

—Cállate, cara de besugo —Lehi no había apartado los ojos de la pantalla. Apretó un botón en la caja negra y movió el palito que sobresalía de ella. En la pantalla una mancha de colores explotó, para escindirse en cuatro manchas más pequeñas.

—Tengo tres días libres mientras arreglan la transmisión en el camión —dijo Deaver—. Así que mañana es la expedición al templo.

Lehi hizo desaparecer la última mancha de la pantalla. Luego aparecieron más.

—Es realmente divertido eso —dijo Deaver—, igual que barrer la calle y que luego traigan otra manada de caballos.

—Es un Atari. Es de los años sesenta, los setenta o por ahí. Quizá los ochenta. Es viejo. No se puede hacer gran cosa con las piezas, sólo trabaja con ocho bits. Todos estos años metido en el ático de alguien en Logan y el capullo aún trabaja.

—El viejo probablemente ni tan siquiera sabía dónde estaba.

—Probablemente.

Deaver observó el juego. Era lo mismo, una y otra vez.

—¿Cuánto valía un trasto de éstos?

—Un montón. Quince, puede que veinte pavos.

—Para cagarse, vamos. Y ahí está sentado Lehi McKay, dándole al dedito tal y como solían hacer los viejos. Todo lo que ellos sacaron de eso fue hacerse polvo el dedo, Lehi. Y que se les derritieran los sesos.

—Cállate. Estoy intentando concentrarme.

El juego terminó por fin. Lehi dejó la caja negra sobre el banco de trabajo, desconectó la máquina y se puso en pie.

—¿Lo tienes todo listo para ir bajo el agua, mañana? —preguntó Deaver.

—Ese juego era bueno. El divertirse debía ocuparles gran parte del tiempo en los viejos días. Mamá dice que los chicos no podían conseguir trabajo nunca antes de los dieciséis. Estaba en la ley.

—Deja de soñar despierto —dijo Deaver.

—Es cierto.

—Lehi, no sabrías encontrarte la lengua en un montón de excrementos. No sabrías distinguir tu corazón de un pedo.

—¿Quieres que nos echen a los dos a patadas de aquí por hablar de ese modo?

—Ahora ya no tengo que seguir las reglas de la escuela. Acabé el sexto curso, tengo diecinueve años y llevo arreglándomelas, yo solo, desde hace cinco. —Sacó sus siete dólares del bolsillo, los agitó en el aire y volvió a guardarlos hechos una bola—. Me va bien y hablo como quiero. ¿Crees que le tengo miedo al obispo?

—El obispo no me asusta. Ni tan siquiera voy a la iglesia, sólo de vez en cuando para que mamá esté contenta. Todo eso es sólo un montón de cagadas de conejo.

Lehi se rió, pero Deaver se dio cuenta de que le asustaba un poco hablar de ese modo. «Dieciséis años —pensó Deaver—, listo y fuerte, pero en el fondo sigue siendo un niño pequeño. No entiende lo que significa ser un hombre».

—Vendrá la lluvia.

—La lluvia siempre viene. ¿Qué diablos te crees que llenó el lago? —Lehi sonreía, mientras iba desconectando los instrumentos que tenía en el banco de trabajo.

—Me refería a Lorraine Wilson.^[6]

—Ya sabía a qué te referías. ¿Tiene su bote?

—Y además tiene unas defensas imponentes —Deaver formó dos copas con las manos—. Sólo necesita que se las pulan un poco.

—¿Por qué siempre tienes que hablar de ese modo? Desde que empezaste a conducir el camión, para la recuperación, se te ha convertido la boca en una alcantarilla, Deaver. Además, está hecha un fardo.

—Tiene casi cincuenta años, ¿qué te esperabas? —De pronto Deaver pensó que Lehi daba la impresión de estar intentando ganar tiempo. Y eso probablemente quería decir que había vuelto a fallar, como de costumbre—. ¿Puedes conseguir el equipo de inmersión?

—Ya lo tengo. Pensaste que la cagaría, ¿no? —Lehi volvió a sonreír.

—¿Tú? ¿Cagarla? Tú tienes soluciones para todo —Deaver fue hacia la puerta. Podía oír a Lehi detrás suyo, acabando de apagar el instrumental. Tenían que usar mucha electricidad ahí dentro. Tenían que hacerlo, claro, pues necesitaban ordenadores continuamente y la recuperación era el único modo de obtenerlos. Pero cuando Deaver veía toda esa electricidad consumida, para no volver nunca más, le daba la impresión de estar viendo su propio futuro. Tendría todas las máquinas que pudiera desear, máquinas nuevas, con toda la energía que les hiciera falta. Tendría ropas que nadie había llevado antes, su propio caballo, su carreta o quizás incluso un coche. Podría ser el tipo que empezara a fabricar coches otra vez. No le hacían falta estúpidos juegos del pasado, en los cuales se hacían explotar manchas de colores—. Todo eso está muerto y enterrado, labios de pato, muerto y enterrado.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Lehi.

—Muerto y enterrado. De tus ordenadores.

Eso bastó para desanimar a Lehi, como siempre. Deaver sonrió, sintiéndose maligno y superior mientras Lehi le seguía refunfuñando. Hablaba de cómo ahora se usaban los ordenadores más que en los viejos días, que los ordenadores lo mantenían todo en funcionamiento, etcétera. Era muy entretenido, a Deaver le gustaba la intensidad que había en el chico. Como si todo fuera el fin del mundo. Deaver sabía que no era así. El mundo había muerto, ya se había terminado, y por eso nada importaba y todos esos trastos podían ser tirados al lago.

Salieron del centro y caminaron a lo largo del muro de contención. Por debajo de ellos se encontraba el muelle, un pequeño círculo de agua en el fondo de un cuenco,

con la ciudad de Bingham suspendida en lo alto. Antes hubo una mina de cobre a cielo abierto, pero cuando el agua subió de nivel, hicieron un canal y ahora tenían un bonito puerto en la isla Oquirrh, en el centro del mar de los Mormones, donde las factorías podían ensuciar todo el cielo y ningún vecino se quejaba jamás por ello.

Por el camino polvoriento que llevaba hasta el muelle encontraron a montones de gente. Nadie vivía en la ciudad de Bingham, porque ésta era sólo un lugar de trabajo, día y noche. Turnos que entraban, turnos que salían. Lehi había sido uno de los chicos de esos turnos, había vivido con su familia al otro lado del estrecho del Jordán, en Punta de la Montaña, un sitio tan asqueroso para vivir como cualquiera de los que se habían inventado a lo largo de la historia. Cogía el transbordador cada día a las cinco de la mañana y volvía en él cada tarde a las cuatro. Después de eso se suponía que tenía escuela durante un par de horas, pero Deaver pensaba que aquello era una estupidez, se lo decía constantemente a Lehi y ahora se lo volvió a decir. La escuela ocupa demasiado tiempo y da muy poco, sólo sirve para perder el tiempo.

—Tengo que ir a la escuela —dijo Lehi.

—Dime cuánto son dos y dos. ¿Todavía no has llegado a dos más dos?

—Tú acabaste, ¿no?

—Nadie necesita nada después del cuarto oscuro. —Le dio un leve empujón a Lehi. Normalmente Lehi se lo devolvía, pero esta vez no lo hizo.

—Intenta conseguir un auténtico trabajo sin un diploma de sexto, ¿vale? Y ahora ya estoy muy cerca. —Habían llegado al embarcadero del transbordador. Lehi sacó su pase.

—¿Vendrás conmigo mañana o no?

Lehi torció el gesto.

—No lo sé, Deaver. Puedes conseguir que te arresten si vas por allá. Es una tontería. Dicen que en los viejos rascacielos hay cosas realmente raras.

—No vamos a meternos en los rascacielos.

—Allí dentro es todavía peor, Deaver. No quiero meterme allí.

—Claro, es probable que el ángel Moroni te salte encima y diga buga, buga, buga.

—No hables de eso, Deaver —Deaver le estaba haciendo cosquillas. Lehi se rió, intentando apartarse—. Para ya, cabeza de melón. Venga, para. Además, la estatua de Moroni fue trasladada al monumento de Salt Lake en lo alto de la montaña. Y ahí hay una guardia continua.

—De todos modos la estatua sólo tiene una capa de oro. Te estoy diciendo que esos viejos mormones escondieron toneladas en el templo, y que todo eso está esperando a que alguien no le tenga miedo al fantasma de Bigamia Young para...^[7]

—¡Vale ya, idiota, cállate! ¡Pueden oírnos! ¡Mira a tu alrededor, no estamos solos!

Naturalmente, era cierto. Algunos de los más ancianos les estaban mirando. Claro que Deaver sabía muy bien que a los ancianos les encantaba mirar a los jóvenes con expresión furibunda. Así los viejos idiotas se encontraban mejor, con más ganas de

seguir. Era como decir: vale, me estoy muriendo, pero tú eres imbécil. Así que Deaver clavó los ojos en una mujer que le estaba mirando fijamente y murmuró:

—De acuerdo, soy imbécil, pero al menos no voy a morirme.

—Deaver, ¿siempre tienes que decir esas cosas cuando pueden oírte?

—Cierto.

—En primer lugar, Deaver, no se están muriendo. Y, en segundo lugar, decididamente sí eres un imbécil. Y, en tercer lugar, ya está aquí el transbordador — Lehi golpeó a Deaver en el estómago, sin mucha fuerza.

Deaver se dobló sobre sí mismo en fingida agonía.

—¡Ay!, qué ingrato es el muchacho, cierto que lo es, le doy mi última migaja de pan y esto es lo que recibo como agradecimiento.

—¡Nadie habla así, Deaver! —gritó Lehi. El transbordador empezó a marcharse.

—¡Mañana a las cinco y media! —gritó Deaver.

—Nunca conseguirás levantarte a las cuatro y media, no me lo trago, nunca te levantas a... —Pero el transbordador y el ruido de las fábricas, de las máquinas y de los camiones se tragó el resto de sus insultos. Deaver ya los conocía todos, sin embargo. Puede que Lehi sólo tuviera dieciséis años, pero era un buen chico. Algún día Deaver se casaría, pero a su esposa tendría que gustarle también Lehi. Y hasta Lehi se casaría y a su esposa tendría que gustarle Deaver. Sería mejor que le gustara o tendría que volver nadando a casa.

Cogió el tranvía que llevaba a Fort Douglas y luego fue caminando hasta el viejo barracón en el que Rain le dejaba vivir. Se suponía que funcionaba como almacén, pero ella guardaba los jabones y los trastos de la limpieza en el sitio donde vivía, así que había espacio para un catre. No cabía gran cosa más, pero estaba en la isla Oquirrh, sin encontrarse metido de lleno en la peste, en el ruido y en el humo. Podía dormir y eso era suficiente, ya que la mayor parte del tiempo lo pasaba en el camión.

La verdad es que su cuarto ya no le parecía realmente el hogar. El hogar era más bien el barracón de Rain, una habitación llena de corrientes de aire, con una señora gorda y chillona que le daba buena comida en abundancia. Ahí se dirigía ahora y al entrar la sorprendió en la cocina. Le gritó por haberle dado tal susto, le gritó por venir tan sucio y por dejar el suelo lleno de pisadas y le dejó coger una tajada de pastel de manzana, antes de gritarle de nuevo por picotear comida antes de la cena.

Antes de la cena hizo una ronda y cambió bombillas en cinco habitaciones. Las familias estaban bastante apretadas, con sus dos cuartos cada una y la mayor parte tenía que compartir las cocinas y comer en turnos. Algunas de las habitaciones eran horribles y en ellas se libraban continuas guerras familiares, que sólo cesaban el tiempo suficiente para que él cambiara la bombilla y algunas veces ni tan siquiera se observaba esa tregua. Otras iban muy bien y aunque el lugar era pequeño, todo el mundo se apreciaba mutuamente. Deaver estaba bastante seguro de que su familia debió ser una de las agradables, pues, de haber existido gritos y peleas, él lo recordaría.

Rain y Deaver comieron y luego apagaron las luces, mientras ella ponía en funcionamiento el viejo tocadiscos que Deaver le había arrancado a Lehi tras mucha persuasión. No estaban realmente autorizados a tenerlo, pero suponían que al no dar ninguna luz no gastaba electricidad y lo ponían en marcha apenas alguien lo pedía.

Rain había buscado algunos de sus viejos discos de juventud. Las canciones eran todas muy rítmicas y esta noche, como hacía algunas veces, Rain se levantó y empezó a moverse al son de la música, siguiendo extrañas danzas que Deaver no lograba entender, a menos que se la imaginara como una joven esbelta, viera su cuerpo tal y como debía haber sido. No era muy difícil de imaginar, estaba ahí todo el tiempo en sus ojos y en su sonrisa, y sus movimientos delataban secretos que años de mala comida y falta de ejercicio habían disfrazado.

Luego, como siempre, sus pensamientos vagabundearon hasta centrarse en algunas de las chicas que había visto, desde la ventanilla de su camión, cuando conducía junto a los campos donde trabajaban con la espalda doblada, sumidas en su dura labor, hasta que oían el camión y se incorporaban para saludarle. Todo el mundo saludaba al camión de recuperación, ya que algunas veces era el único artefacto con motor que se les acercaba, su única relación con las viejas máquinas. Todos los tractores y la electricidad estaban reservados para las tierras del Nuevo Suelo; los viejos lugares estaban muriendo. Y se daban la vuelta y saludaban con la mano a los últimos recuerdos. Deaver se entristecía y odiaba entristecerse, como odiaba a toda esa gente que se aferraba a un pasado que jamás existió.

—Jamás existió —dijo en voz alta.

—Sí que existió —murmuró Rain—. Las chicas sólo quieren divertirse —murmuró siguiendo el compás del disco—. Odiaba esta canción cuando era joven. O quizás era mi mamá quien la odiaba.

—¿Vivías ahí entonces?

—En Indiana —dijo ella—. Uno de los estados más al este.

—¿También eres una refugiada?

—No. Vinimos aquí cuando tenía dieciséis o diecisiete años, no me acuerdo. Cuando las cosas empezaron a ponerse feas en el mundo, muchos mormones volvieron al hogar. Este es siempre el hogar, no importa lo que ocurra.

El disco terminó. Rain apagó el tocadiscos y encendió las luces.

—¿El bote tiene gasolina? —preguntó Deaver.

—No quieres ir allí, en realidad —dijo ella.

—Si allí abajo hay oro, quiero ir y quiero ese oro.

—Deaver, si allí hubiera oro se lo habrían llevado antes de que lo cubriera el agua. Ya sabes que no fue nada repentino. El mar de los Mormones no nació de una inundación.

—Si no está ahí abajo, ¿entonces a qué viene tanto secreto? ¿Por qué la Patrulla del Lago impide que la gente vaya allí?

—No lo sé, Deaver. Quizá porque mucha gente tiene la sensación de que es un

lugar santo.

Deaver estaba acostumbrado a eso. Rain jamás iba a la iglesia, pero seguía hablando como una mormón. Claro que la mayor parte de la gente hacía igual cuando se le buscaba las cosquillas. A Deaver no le gustaba que se pusieran religiosos.

—A los ángeles no les hace falta protección, ¿verdad?

—Deaver, en los viejos días ese lugar era realmente importante para los mormones —Rain tomó asiento en el suelo, apoyándose contra la pared por debajo de la ventana.

—Bien, pues ahora no es nada. Tienen otros templos, ¿no? Y están construyendo el nuevo en Zarahemla, ¿no?

—No lo sé, Deaver. El de aquí siempre fue el auténtico. El centro. —Se inclinó hacia un lado, se apoyó en la mano y miró al suelo—. Sigue siéndolo.

Deaver se dio cuenta de que estaba poniéndose realmente triste y sombría. A mucha gente le ocurría cuando recordaban los viejos días. Era como una enfermedad que jamás llega a curarse. Pero Deaver conocía el remedio. Al menos, el remedio para Rain.

—¿Es cierto que solían matar gente ahí?

Funcionó. Ella le miró fijamente y su cuerpo volvió a erguirse.

—¿De eso os pasáis el día hablando los camioneros?

Deaver sonrió.

—Hay ciertas historias. Hacían pedazos a la gente si decían dónde estaba escondido el oro.

—Deaver, ahora conoces a un montón de mormones. ¿Crees realmente que iríamos haciendo pedazos a la gente por revelar un secreto?

—No lo sé. Depende del secreto, ¿verdad? —Estaba sentado sobre sus manos, como cuando era niño y se dedicaba a dar saltos sobre la cama.

Se dio cuenta de que estaba un poco enfadada, pero que no quería estarlo en realidad. Así que lo fingía, para jugar. Rain alargó la mano buscando una almohada que tirarle.

—¡No! ¡No! —gritó—. ¡No me hagas pedazos! ¡No me des de comer a las carpas!

La almohada le dio de lleno y él fingió que agonizaba lenta y dramáticamente.

—Pues entonces no bromees con eso —dijo ella.

—¿Qué cosas? Ya no crees en todas esas viejas historias. Nadie cree.

—Puede que no.

—Se suponía que Jesús iba a volver, ¿cierto? Dejaron caer bombas atómicas aquí y allá y se suponía que iba a volver.

—El profeta dijo que éramos demasiado malvados. No volvió porque amábamos demasiado las cosas de este mundo.

—Venga, si tenía que volver habría vuelto, ¿no?

—Aún podría volver —dijo ella.

—Eso nadie lo cree —dijo Deaver—. Los mormones son el gobierno, eso es todo. El obispo es elegido como juez en cada pueblo, ¿correcto? El presidente de los ancianos es siempre el alcalde, es sólo el gobierno, sólo política, nadie cree en eso ahora. Zarahemla es la capital, no la ciudad santa.

No podía verla porque ahora estaba tendido de espaldas. Cuando ella siguió callada, sin responderle, Deaver se incorporó y la buscó con la mirada. Estaba en la pileta, apoyada sobre el mostrador. Se le acercó sigilosamente por la espalda para hacerle cosquillas, pero algo en su postura le hizo cambiar de idea. Cuando estuvo más cerca de ella vio lágrimas corriendo por sus mejillas. Era una locura. Toda la gente de los viejos días solía volverse loca con frecuencia.

—Sólo estaba bromeando —dijo.

Ella asintió.

—Es sólo parte de los viejos días. Ya sabes lo que siento por ellos. Quizá si lo recordara sería distinto. A veces deseo poder recordarlos. —Pero mentía. Jamás deseaba recordar. No le gustaba recordar. La mayor parte de las cosas no podía recordarlas por mucho que lo deseara. Lo primero que venía a su mente era estar montado en un caballo, detrás de un hombre que sudaba mucho, cabalgando; cabalgando y cabalgando; sólo eso. Y luego todo era reciente, ir a la escuela, pasar de un hogar a otro, esforzarse finalmente durante un año, acabar la escuela y conseguir un trabajo. No se le nublaban los ojos pensando en ello o en esos lugares. Sólo estaba de paso, eso era, jamás había sentido como propio ninguno de esos lugares hasta quizás ahora. Con Lehi y Rain estaba en casa. Éste era su hogar—. Lo siento —dijo.

—No importa —dijo ella.

—¿Piensas llevarme allí de todos modos?

—Dije que lo haría, ¿no?

En su voz había el grado justo de enfado, como para que Deaver pudiera estar seguro de que ya podía volver a tomarle el pelo.

—No tendrán el segundo advenimiento mientras estamos allí, ¿verdad? Si fuera así cogería mi corbata.

Ella sonrió y luego se volvió hacia él y le dio un leve empujón.

—Deaver, a la cama.

—Rain, voy a levantarme a las cuatro y media y tú eres la única chica que va a divertirse.

—No creo que la canción hiciera referencia a excursiones matinales en bote.

Cuando él se fue rumbo a su pequeña habitación Rain estaba lavando los platos.

Lehi les estaba esperando a las cinco y media, justo a la hora convenida.

—No puedo creerlo —dijo—. Pensé que llegarías tarde.

—Tienes suerte de haber llegado a tiempo —dijo Deaver—, porque si no vienes con nosotros, no recibirás tu parte.

—Deaver Teague, no vamos a encontrar ningún oro.

—Entonces, ¿por qué vienes? No me sueltes todo ese rollo Lehi, sabes que el

futuro está con Deaver Teague y no quieres quedarte atrás. ¿Dónde está el equipo de inmersión?

—No me lo llevé a casa, Deaver. ¿No habías pensado que mamá habría hecho preguntas?

—Siempre está haciendo preguntas —dijo Deaver.

—Es su trabajo —dijo Rain.

—No quiero que nadie pregunte siempre por todo lo que hago —dijo Deaver.

—Nadie tiene que preguntar por eso —dijo Rain—. Siempre nos lo cuentas, queramos oírlo o no.

—Si no queréis oírlo, no me escuchéis —dijo Deaver.

—No seas tan susceptible —dijo Rain.

—Oye, los dos os estáis poniendo muy pesados. ¿Es el templo lo que os vuelve locos, es así cómo funciona?

—No me importa que mamá me haga preguntas. No me importa.

Los transbordadores iban de Punta a Bingham de día y de noche, así que deberían ir un poco hacia el norte, antes de dirigirse hacia el oeste y la isla de Oquirrh. El separador de mineral y las fundiciones llenaban el cielo nocturno con nubes de humo anaranjado y las barcas de carbón eran descargadas igual que durante el día. La nube de polvo de carbón que tan negra y sucia parecía durante el día, era ahora como neblina blanca bajo las luces.

—Mi papá murió justo aquí, más o menos a esta hora —dijo Lehi.

—¿Cargaba carbón?

—Sí. Había sido vendedor de coches. Su trabajo desapareció antes que él.

—Estabas ahí, ¿no?

—Oí el ruido. Estaba dormido, pero el ruido me despertó. Y luego oí muchos gritos y carreras. Entonces vivíamos en la isla y siempre oíamos los ruidos del muelle. Quedó enterrado bajo una tonelada de carbón que cayó de unos diez metros de altura.

Deaver no sabía muy bien qué decir a eso.

—Tú nunca hablas de tu familia —dijo Lehi—. Yo siempre me acuerdo de mi papá, pero tú nunca de los tuyos.

Deaver se encogió de hombros.

—No se acuerda de ellos —dijo Rain en voz baja—. Le encontraron en algún lugar de las llanuras. Su familia debió de quedar atrapada en los disturbios y él debió de esconderse o algo así. Eso es todo lo que han podido llegar a saber.

—Bueno, ¿fue así? —preguntó Lehi—. ¿Te escondiste?

Deaver no se encontraba muy a gusto hablando de todo aquello, pues no recordaba nada salvo lo que le habían contado. Sabía que los demás recordaban su infancia y no le gustaba lo sorprendidos que parecían siempre cuando él les decía que no la recordaba. Pero Lehi le había hecho una pregunta y Deaver sabía que a los amigos no se les pueden ocultar ciertas cosas.

—Supongo que sí. O quizá les parecí demasiado idiota para que me mataran. Debí ser eso —se rió—. Debí ser un niño realmente idiota, ni tan siquiera recordaba mi nombre. Creen que tenía unos cinco o seis años de edad y la mayor parte de los niños saben cuál es su nombre, pero yo no lo sabía. Los dos tipos que me encontraron se llamaban Teague y Deaver.

—Tienes que recordar algo.

—Lehi, ni tan siquiera sabía hablar. Me dijeron que no pronuncié ni una palabra hasta que tenía nueve años. Nos estamos refiriendo a un niño que aprendió realmente despacio.

—Vaya —Lehi guardó silencio durante unos segundos—. ¿Por qué no me lo habías contado antes?

—No importa —dijo Rain—. Ahora te lo ha contado. Deaver el parlanchín. El campeón de las conversaciones.

Fueron costeando la isla hasta dejar atrás Magna. Lehi les condujo hasta un cobertizo que Recuperación Submarina había erigido en el extremo norte de la isla Oquirrh. Estaba abierto y lleno de equipo para inmersión. El amigo de Lehi había llenado con aire algunos tanques. Cogieron dos equipos de inmersión y linternas submarinas. Rain no iba a sumergirse, así que no le hacía falta nada.

Luego se apartaron de la isla, siguiendo la ruta regular que partía de Wendover. Al menos en esa dirección la gente tenía el sentido común suficiente como para no viajar de noche y por ello no había demasiado tráfico. Después de un rato se encontraron en aguas tranquilas y entonces Rain paró el pequeño motor fuera borda que Deaver le había conseguido y Lehi se había encargado de reparar.

—Hora de sudar y afanarse —dijo Rain.

Deaver estaba sentado en el banco central del bote y un segundo después puso los remos en los toletes y empezó a remar.

—No demasiado rápido —dijo Rain—. Te saldrán ampollas en las manos.

Vieron pasar un bote que podía pertenecer a la patrulla del lago, pero aparte de eso, nadie se les aproximó cuando cruzaron el estrecho. Después los rascacielos se alzaron ante ellos ocultando amplias porciones del cielo estrellado de la noche.

—Dicen que por ahí vive gente que nunca fue rescatada —murmuró Lehi.

Rain le contempló con expresión despectiva.

—¿Crees que ahí queda algo para mantenerles con vida? Y el agua es demasiado salada para que se pueda beber durante mucho tiempo.

—¿Y quién dice que están vivos? —susurró Deaver usando su voz más misteriosa. Hace un par de años habría podido asustar a Lehi con eso y hacer que se le pusieran ojos como platos. Ahora Lehi se limitó a poner cara de enfado.

—Venga, Deaver, que no soy un crío.

Quien estaba un poco asustado era Deaver. Los grandes agujeros de los que se había desprendido el vidrio y el plástico le parecían bocas que esperaban para tragarle y llevarle debajo de las aguas, a la ciudad de los ahogados. A veces soñaba con miles

y miles de personas que seguían viviendo bajo el agua, conduciendo todavía sus coches, yendo a sus trabajos, comprando en los almacenes y acudiendo a los cines. Pero siempre se despertaba asustado y cubierto de sudor. No había razón alguna para ello. Sencillamente, el sueño le asustaba.

—Creo que deberían hacer volar en pedazos todo esto, antes de que se caiga y le haga daño a alguien —dijo Deaver.

—Quizá sea mejor dejarlos en pie —contestó Rain—. Quizás haya mucha gente a la cual les guste recordar lo alto que llegamos en el pasado.

—¿Qué hay para recordar? Construyeron grandes edificios y luego dejaron que se dieran un baño, ¿crees que es para estar orgulloso?

Deaver estaba intentando conseguir que Rain no hablara de los viejos días, pero Lehi parecía tener muchas ganas de que lo hiciera.

—¿Estuviste aquí antes de que llegaran las aguas?

Rain asintió.

—Vi un desfile en esta misma calle. No recuerdo si era la Tercera o la Cuarta Sur. Creo que era la Tercera. Vi veinticinco caballos desfilando al unísono. Recuerdo que me pareció realmente magnífico. En esos días nunca se veían tantos caballos juntos.

—Yo he visto demasiados —dijo Lehi.

—Yo odio a los que no se ven —dijo Deaver—. Deberían obligarles a llevar pañales.

Rodearon un edificio y alzaron la mirada hacia un pasaje que se abría por entre las torres yendo de norte a sur. Rain estaba sentada en la popa y fue la primera en descubrirlo.

—Ahí está. Ya podéis verlo. Ahora, hacia los pináculos.

Deaver remó llevándoles hacia allí. Había seis pináculos emergiendo del agua, pero los cuatro más bajos se encontraban tan sumergidos que sólo sus agudas puntas estaban secas. Los dos más altos tenían ventanas por encima del agua. Deaver sintió cierta decepción. Las ventanas no tenían ninguna protección y eso quería decir que cualquiera había podido entrar por ellas. Todo era mucho menos peligroso de lo que había esperado. Quizá Rain estuviera en lo cierto y dentro no hubiera nada.

Ataron el bote al lado norte y esperaron que llegara la luz del día.

—Sí hubiera sabido que iba a ser tan fácil —dijo Deaver—, habría podido dormir una hora más.

—Duerme ahora —dijo Rain.

—Puede que lo haga —dijo Deaver.

Salió del banco y se tendió en el fondo del bote.

Pero no durmió. La ventana se encontraba a sólo un par de metros, una masa de negrura rodeada por el granito grisáceo del pináculo, débilmente iluminado por las estrellas. Estaba ahí abajo, esperándole; el futuro, una oportunidad de conseguir algo mejor para él y sus dos amigos. Quizás un pedazo de tierra en el sur, donde el clima era más cálido y la nieve no llegaba hasta el metro y medio cada invierno, donde no

había lluvia en el cielo y lago hasta dondequiera que mirases. Un lugar donde podría vivir durante mucho tiempo y luego volver la vista atrás recordando los buenos tiempos con sus amigos. Todo eso le esperaba bajo el agua.

Naturalmente, no le habían hablado del oro. Ocurrió en el camino, en una aldea cerca de Parowan, donde los camioneros sabían que se podía parar siempre porque la mina de hierro tenía unos turnos de trabajo tan enloquecidos que los cafés y restaurantes siempre estaban abiertos. Incluso se podía tomar café, caliente y amargo, porque no había tantos mormones en la zona y los mineros no dejaban que el obispo les hiciera la vida imposible. De hecho, ellos le llamaban juez en lugar de obispo. Los demás conductores no hablaban con Deaver, claro está, hablaban entre ellos, cuando de pronto uno empezó a contar la historia de cómo los mormones, en los días de la fiebre del oro, cogieron todo el que pudieron conseguir y lo escondieron en las habitaciones más altas del templo, donde nadie podía entrar nunca, salvo el profeta y los doce apóstoles. Al principio Deaver no le creyó, pero Bill Horne movía la cabeza asintiendo como si supiera que era verdad y Cal Silber dijo que a él nunca le pillarían metiendo las narices en el templo de los mormones, que ése era el modo más seguro de que te mataran. El modo en que conversaban, con voz asustada y en murmullos, le indicó a Deaver que creían en eso, que era cierto. Y él sabía otra cosa: si alguien iba a conseguir ese oro, ese alguien era él.

El que fuera fácil llegar hasta allí no quería decir nada. Conocía cuáles eran los sentimientos de los mormones hacia el templo. Había hecho unas cuantas preguntas, pero nadie quería hablar de él. Y nadie iba nunca ahí, tampoco. Le preguntó a montones de gente, si alguna vez habían navegado hasta allí y de pronto se quedaron callados y sacudieron la cabeza para decir que no o cambiaron de tema. Entonces, ¿por qué lo protegía la patrulla del lago, si todo el mundo tenía miedo de ir allí? Todo el mundo menos Deaver Teague y sus dos amigos.

—Realmente precioso —dijo Rain.

Deaver se despertó. El sol estaba asomando por encima de las montañas. Ya debían llevar un rato con luz. Miró hacia donde miraba Rain. Era la torre Moroni, en lo alto de la montaña, por encima del viejo capitolio, donde habían puesto la estatua del templo hacía unos cuantos años. El viejo y su trompeta brillaban y ardían. Pero cuando los mormones quisieron que sonara esa trompeta, se había limitado a guardar silencio y a dejar que su fe quedara bajo las aguas. Ahora Deaver sabía que la conservaban sólo por los viejos tiempos. Bueno, pues Deaver sólo vivía para los nuevos tiempos.

Lehi le enseñó cómo utilizar el equipo de inmersión y luego practicaron un par de zambullidas, una sin los cinturones de lastre y otra con ellos. Deaver y Lehi nadaban como peces, claro. De entre las diversiones gratuitas, nadar era la principal. Pero con la máscara y el tubo del aire todo era distinto.

—Esa boquilla sabe igual que la pezuña de un caballo —dijo Deaver durante una pausa entre zambullidas.

Lehi se aseguró de que Deaver llevara bien apretado el cinturón de lastre.

—Eres el único de toda la isla Oquirrh que lo sabe.

Luego se dejó caer desde el bote. Deaver se zambulló en una línea demasiado recta y el tanque del aire le dio un pequeño golpe en la cabeza, pero no le dolió demasiado y consiguió que no se le cayera la linterna.

Fue nadando por el exterior del templo, iluminando las piedras. En los flancos del edificio crecían montones de plantas submarinas, pero todavía no estaba muy cubierto. En la parte delantera había una gran placa de metal, situada a dos terceras partes de la fachada empezando por arriba. Decía: LA CASA DEL SEÑOR. Deaver se la indicó a Lehi.

Cuando se encontraron de nuevo en el bote, Deaver preguntó a Rain por ella.

—Me pareció que era dorada —dijo.

—Antes había ahí otra placa —dijo Rain—. Era un poco distinta. Puede que aquélla fuera de oro. Ésta es de plástico. Supongo que la pusieron ahí para que el templo siguiera teniendo una placa.

—¿Estás segura?

—Recuerdo cuándo lo hicieron.

Finalmente Deaver se encontró lo bastante a gusto con el equipo como para bajar al templo. Para meterse por el ventanal tuvieron que quitarse las aletas y Rain se las arrojó después de que pasaron. Con la luz del sol no había nada de temible en el ventanal. Se quedaron sentados en el alféizar, con el agua lamiéndoles los pies, se pusieron las aletas y se ajustaron los tanques.

Cuando acababa de ajustarse el tanque, Lehi se detuvo y se quedó muy quieto.

—No puedo hacerlo —dijo.

—No hay nada que temer —dijo Deaver—. Vamos, ahí abajo no hay fantasmas, ni nada parecido.

—No puedo —dijo Lehi.

—Mejor para ti —dijo Rain desde el bote.

Deaver se volvió hacia ella.

—¿De qué estás hablando?

—Creo que no deberías bajar.

—Entonces, ¿por qué me has traído hasta aquí?

—Porque tú querías venir.

No lo entendía.

—Deaver, éste es suelo santo —dijo Rain—. Lehi también lo siente. Por eso no va a bajar.

Deaver miró a Lehi.

—No me parece bien —dijo Lehi.

—No son más que piedras —dijo Deaver.

Lehi no le respondió. Deaver se puso la máscara, cogió una linterna, mordió la boquilla del respirador y saltó.

Resultó que el suelo estaba a sólo medio metro de distancia. A Deaver la distancia le cogió totalmente por sorpresa, de modo que acabó sentado sobre su trasero, en unos cuarenta centímetros de agua. Lehi se quedó tan sorprendido como él, pero luego empezó a reír y también Deaver se rió. Deaver se puso en pie y empezó a examinar el lugar, buscando la escalera. Le costaba mucho caminar, pues sus aletas le volvían lento y torpe.

—Camina hacia atrás —dijo Lehi.

—¿Cómo se supone entonces que voy a ver hacia dónde me dirijo?

—Mete la cabeza bajo el agua y mira, *cabeza* de melón.

Deaver metió la cabeza en el agua. Sin el reflejo de la luz solar sobre la superficie, podía ver perfectamente. Ahí estaba la escalera.

Se puso en pie y miró hacia Lehi. Lehi meneó la cabeza. Seguía sin querer acompañarle.

—Como quieras —dijo Deaver. Retrocedió por el agua hasta el primer peldaño. Luego se puso nuevamente la boquilla y empezó a bajar.

No resultaba fácil bajar por los peldaños. Cuando no flotas van perfectamente, pensó Deaver, pero cuando no paras de darte con los tanques contra el techo son una lata. Finalmente se le ocurrió que podía agarrarse a la barandilla y empujarse hacia abajo. Las escaleras parecían no tener final. Cuando terminaron se encontró con que el fondo estaba lleno de basura y que ésta obstruía parcialmente la entrada. Nadó por encima del montón de basura, que parecía estar compuesto principalmente por pedazos de metal y madera, y entró en una gran estancia.

Su linterna no lograba alumbrar demasiado por entre el agua fangosa así que fue dando la vuelta a la estancia, recorriendo las paredes, tanto por arriba, como por abajo. El agua estaba fría y empezó a nadar más rápido para mantenerse caliente. Había hileras de ventanas curvadas a los dos lados, con otras hileras de ventanas circulares por encima, pero habían sido cubiertas con tablones desde fuera y la única luz que había era la linterna que llevaba Deaver. Finalmente, después de recorrer un par de veces la estancia y examinar el techo, llegó a la conclusión de que no había nada en ella. No era más que una habitación grande. Y, salvo por la basura que cubría el suelo, estaba vacía.

Estaba empezando a sentir ya la honda mordedura de la decepción, pero se obligó a no hacerle caso. Después de todo, no iba a estar en mitad de una habitación como ésta, ¿verdad? Tenía que haber un cuarto secreto del tesoro.

En la habitación había un par de puertas. La pequeña, a media pared lateral, estaba abierta del todo. Antes debieron existir unos peldaños que llevaran hasta ella. Deaver nadó hacia la puerta y la enfocó con su linterna. Sólo otra estancia, pero más pequeña. Encontró un par de habitaciones más, pero estaban vacías. Lo habían quitado todo hasta dejar sólo piedra desnuda. Nada.

Intentó examinar algunas de las piedras en busca de puertas secretas pero no tardó en dejarlo. La linterna no le permitía ver lo bastante bien como para encontrar una

grieta, aunque hubiera estado ahí. Ahora la decepción que sentía era muy real. Mientras nadaba, empezó a preguntarse si los camioneros no se habrían dado cuenta de que les escuchaba. Quizá lo habían inventado todo para conseguir que algún día hiciera justamente lo que estaba haciendo ahora. Era sólo una broma, aunque no pudieran ver jamás cómo le habían tomado el pelo.

Pero... no, no, no podía ser eso. Ellos lo creían, claro que sí. Pero él sabía ahora lo que ellos ignoraban. No importaba lo que los mormones hubieran hecho aquí, en los viejos días, ahora no existía ningún oro en las estancias superiores del templo. Ahí se iba el futuro. «Pero, qué diablos —pensó—, he llegado aquí, lo he visto y encontraré alguna otra cosa. No hay razón para que me lo tome a la tremenda».

No podía engañarse a sí mismo y aquí abajo no había nadie a quien engañar. La verdad era amarga. Había pasado muchos años pensando en barras de oro, quizás en bolsas. Siempre lo había imaginado oculto detrás de una cortina. El la echaba a un lado y la cortina ondulaba lentamente en el agua, y allí estarían las bolsas de oro y él sólo tendría que cogerlas y eso sería todo. Pero no había cortinas, ni agujeros secretos. No había nada en absoluto, y si tenía un futuro debería encontrarlo en algún otro lugar.

Volvió nadando hacia la puerta que llevaba a la escalera.

Ahora podía ver mejor el montón de basura y empezó a pensar en cómo habría llegado hasta allí. El resto de las habitaciones estaban totalmente vacías. No podía haber sido transportada por el agua, pues los únicos ventanales se encontraban en lo alto del pináculo y quedaban por encima de las aguas. Nadó hasta acercarse más y cogió un pedazo del montón. Era de metal. Todo era metal, salvo unas cuantas piedras, y de pronto se le ocurrió que quizás ésta fuera la solución. «Si vas a esconder un tesoro no lo pones en bolsas o dejas sueltos los lingotes, lo que haces es darle el aspecto de un montón de basura, para que la gente lo deje en paz».

Recogió todas las piezas metálicas que podía llevar en una mano y ascendió nadando cautelosamente por la escalera. Lehi tendría que bajar para ayudarle a llevarlo; podían hacer bolsas con sus camisas, para transportar una buena cantidad en cada viaje.

Emergió con un chapoteo al aire y empezó a subir de espaldas los últimos peldaños, cruzado luego el suelo inundado. Lehi seguía sentado en el alféizar y ahora Rain estaba junto a él, con los pies descalzos metidos en el agua. Cuando llegó hasta ellos se dio la vuelta y extendió las manos con los pedazos de metal. No podía ver muy bien sus rostros, pues la parte exterior de su máscara estaba cubierta de agua y reflejaba la luz del sol.

—Te has hecho un arañazo en la rodilla —dijo Rain.

Deaver le tendió la linterna y ahora, con la mano libre, pudo quitarse la máscara y mirarles bien. Estaban muy serios. Les tendió los pedazos de metal.

—Mirad lo que encontré ahí abajo.

Lehi cogió dos pedazos de metal. Rain no apartaba los ojos de su rostro.

—Son latas viejas, Deaver —dijo Lehi en voz baja.

—No, no lo son —dijo Deaver. Pero bajó la vista hacia su mano llena de pedacitos metálicos y se dio cuenta de que era cierto. Las habían cortado por un lado y luego las habían aplanado, pero, desde luego, eran latas.

—Hay algo escrito —dijo Lehi—. Dice: «Querido Señor, rezo para que cures a mi Jenny, por favor».

Deaver dejó su botín sobre el alféizar. Cogió una de las placas metálicas, le dio la vuelta y encontró también algo escrito.

—«Perdona mi adulterio, no pecaré más».

Lehi estaba leyendo otra.

—«Oh, Señor, haz que mi chico vuelva sano y salvo de las llanuras».

Cada mensaje había sido grabado con la uña o con un pedazo de cristal y las letras eran toscas y borrosas.

—En el templo se decían oraciones todo el día y la gente venía con nombres y decían las oraciones del templo por ellos —dijo Rain—. Ahora nadie reza aquí, pero siguen trayendo los nombres. Sobre metal, para que duren.

—No deberíamos leerlo —dijo Lehi—. Deberíamos dejarlas otra vez ahí.

Ahí abajo había centenares, quizá miles de esas plegarias sobre metal. Deaver comprendió que la gente debía ir allí continuamente. Los mormones debían tener todo un tráfico organizado que iba al templo para dejar esos pedazos de metal. Pero nadie se lo había dicho.

—¿Estabas enterada de esto?

Rain asintió.

—Tú los trajiste, ¿verdad?

—Traje unos cuantos. A lo largo de los años.

—Sabías lo que había ahí.

Ella no le respondió.

—Te dije que no vinieras —era Lehi.

—¿Tú también lo sabías?

—Sabía que la gente venía aquí, pero no lo que hacían.

Y de pronto comprendió la magnitud de todo aquello. Lehi y Rain lo sabían. Entonces, todos los mormones lo sabían. Todos lo sabían y él lo había preguntado una y otra vez y no se lo habían dicho. Ni tan siquiera sus amigos.

—¿Por qué me habéis dejado venir aquí?

—Intenté detenerte —dijo Rain.

—¿Por qué no me lo contaste?

Rain le miró fijamente.

—Deaver, habrías pensado que intentaba engañarte para que no vinieras. Y te habrías reído si te lo hubiera contado. Pensé que era mejor que lo vieras. Ahora quizá no irás por ahí diciéndole a todo el mundo lo imbéciles que son los mormones.

—¿Crees que sería capaz? —Cogió otra plegaria de metal y la leyó en voz alta—.

«Jesús, acude rápido antes de que me muera». —La agitó ante su rostro—. ¿Crees que podría reírme de esta gente?

—Deaver, te ríes de todo.

Deaver miró a Lehi. Eso era algo que Lehi jamás le había dicho antes. Deaver jamás se reiría de algo que fuera realmente importante. Y esto sí era realmente importante para ellos dos.

—Esto es vuestro —dijo Deaver—. Todo eso es vuestro.

—Yo nunca he dejado una plegaria aquí.

Pero cuando había dicho vuestro no se había referido sólo a ellos, a Lehi y Rain. Se refería a todos ellos, a toda la gente del mar de los Mormones, a todos los que lo sabían, pero nunca se lo habían dicho aunque se lo preguntara una y otra vez. Toda la gente para quienes esto era su hogar.

—Vine aquí buscando algo para mí y durante todo este tiempo vosotros sabíais que lo que hay ahí abajo es vuestro.

Lehi y Rain se miraron entre sí y luego miraron nuevamente a Deaver.

—No es nuestro —dijo Rain.

—Nunca he estado aquí antes —dijo Lehi.

—Es vuestro —Deaver tomó asiento en el suelo sumergido y empezó a quitarse el equipo.

—No te pongas así —dijo Lehi—. No lo sabía.

—Sabías más de lo que me contaste. Siempre pensé que éramos amigos, pero no era cierto. Vosotros dos compartís este lugar con todos los demás, pero no conmigo. Con todo el mundo menos conmigo.

Lehi llevó las láminas metálicas hasta la escalera y las dejó caer cuidadosamente. Se hundieron de inmediato, para bajar por los peldaños hasta ocupar de nuevo su sitio en el montón de súplicas.

Lehi les llevó remando por entre los rascacielos hacia el este de la vieja ciudad y luego Rain puso en marcha el motor y se alejaron rebotando levemente sobre la superficie del lago. La patrulla del lago no les vio, pero ahora Deaver sabía que no importaba demasiado que les viera o no. La patrulla del lago estaba formada básicamente por mormones. Indudablemente estaban enterados de las idas y venidas al templo y no se metían con ellas, mientras se hicieran de forma discreta. Probablemente los únicos que eran detenidos por la patrulla eran quienes no estaban enterados del asunto.

Durante todo el trayecto hasta Magna, para devolver el equipo de inmersión, Deaver estuvo sentado en la proa del bote, sin hablar con los otros y sin dejarles ver cómo sus ojos se iban nublando a causa de las lágrimas. Desde su posición, el bote parecía curvarse bajo él. Cuanto más rápido iban menos parecía tocar el agua. Rebotaban sobre la superficie, deslizándose, sin profundizar apenas; y creaban unas pocas olas, detrás de las cuales volvía a formarse la pulida suavidad del agua.

Deaver sentía cierta pena por los otros dos ocupantes del bote. Seguían viviendo

en una ciudad sumergida. Ahí abajo estaba su hogar y, el hecho de que no pudieran volver a él, les estaba rompiendo el corazón. Pero con Deaver no era así. Su ciudad todavía no había empezado a construirse. Parpadeó y sus ojos se aclararon un poco. Su ciudad era el mañana.

Ya llevaba el tiempo suficiente conduciendo un camión de recuperación y viviendo en un cuartucho. Quizá fuera al sur, hacia las tierras del Nuevo Suelo. Quizá lograra calificarse para que le dieran un pedazo de tierra. Tener algo propio, plantar la tierra, quizá llegara a sentir que ése era el hogar. En cuanto a este sitio..., bueno, nunca había sido suyo, igual que todos los hogares adoptivos y escuelas que habían jalonado su camino; sólo otra parada para un año, dos o tres, pero eso siempre lo había sabido. Jamás había hecho amigos aquí, pero ése había sido su deseo. No estaría bien hacer amigos aquí porque acabaría marchándose y les daría un disgusto. No le parecía bien hacerle eso a la gente.

GREGORY BENFORD: «El sueño de Newton»

Gregory Benford ha ganado dos premios Nebula. Entre sus libros se encuentran la antología *In Alien Flesh* y las novelas *Artifact*, *Cronopaisaje*, *A través del mar de Soles*, *Against Infinity*, *En el océano de la noche* y, con David Brin, *Heart of the Comet*. Su novela más reciente es *Great Sky River*.

Este excelente profesor de física en la Universidad de Irvine, California, pertenece a ese selecto grupo de científicos que saben escribir en una prosa llena de gracia y, al mismo tiempo, permitírnos ver cómo son los científicos durante su trabajo. *El sueño de Newton*, nominada en la categoría de novela corta, es algo relativamente nuevo en la obra de Benford. En principio es una fantasía sobre el infierno; pero Benford ha pensado en el infierno como nadie lo había hecho antes, con una sensibilidad científica que tiende a socavar la «realidad» con la cual se ve enfrentado el héroe. El resultado es una historia que puede compararse al «Magic, Inc.» de Robert A. Heinlein por su frescura y su sentido de la realidad. Los comentarios de Benford sobre su historia son tan fascinantes como ésta misma.

En una novela publicada hace siete años, Cronopaisaje, moldeé deliberadamente un personaje para que se me pareciera. La figura de Gregory Markham tiene aproximadamente la misma carrera que yo y los detalles de su vida personal son similares. Apenas empecé a escribir el libro, sospeché que mucha gente que me conocía empezaría de inmediato a practicar el juego de «encuentre al personaje» (juego que puede resultar muy provechoso en Cronopaisaje) e intentaría descubrir si me había autoglorificado.

Así pues, me resultó extrañamente agradable matar deliberadamente a Markham en el escenario de la novela. En uno de mis capítulos favoritos, Markham se encuentra tan absorto en sus cálculos que no se da cuenta de que el aeroplano en el cual viaja va a estrellarse.

Pero años después, Markham volvió para acosarme. Cuando Janet Morris entró en contacto conmigo para una serie de historias ambientadas en el Infierno, utilizando un personaje de ficción o una persona real, Markham dio inmediatamente un paso al frente. Por aquel entonces un crítico, David Ketterer, había escrito un trabajo sobre el persistente tema de la mortalidad de los autores en la SF y ese trabajo me afectó de un modo bastante extraño.

Así pues, le planteé un problema a Markham: si te despiertas en el Infierno, ¿cómo te las arreglas para llegar a entenderlo? Después de todo, el Infierno es capaz de confundir al enfoque científico del mundo, mucho más

que al de cualquier fe determinada. ¿Podría tener el Infierno alguna explicación que encajara con lo que vemos bajo la forma de un mundo impersonal y mecánico?

Estas preguntas llevaron a «El sueño de Newton». Aunque la cita de Blake que abre el relato normalmente cuenta con un adjetivo posesivo, recordé una vieja edición en la cual éste era omitido. Me pareció que de ese modo la cita sonaba más verdadera y me abrió la idea de toda una categoría de pensamiento: el deseo moderno de fuerzas objetivas y leyes conocidas como refugio contra el viejo bagaje de la religión.

Tengo la intención, con el tiempo, de escribir toda una novela sobre esta situación. Si puedo conseguirlo quizás al final resulte ser una obra de ciencia ficción y no de fantasía. Puede que llegue a convertirse incluso en un argumento a favor de la existencia de una extraña y noble clase de Dios.

* * *

Que Dios nos proteja de la imagen única y el sueño de Newton.

WILLIAM BLAKE

El demonio iba a la escuela.

Mascaba con expresión absorta un enorme pedazo de chicle amarillento, obviamente disfrutando de sus pegajosos chasquidos, moviendo sin cesar los abultados músculos de sus mandíbulas. Con su camiseta blanca, el vientre hinchado que asomaba por encima de un cinturón de plástico, los téjanos marrones demasiado apretados, los seis bolígrafos y rotuladores en el bolsillo de la camiseta (varios de los cuales tenían escrito ORILLA ESTIGIA en relucientes letras rojas), el pelo color ratón muy repeinado y separado por una raya justo en la mitad del cráneo, los vidrios gruesos cual culos de vaso, encuadrados en la montura transparente... para Gregory Markham todo eso indicaba a gritos «estudiante adiposo, tirando a viejo».

La criatura parecía un estudiante subnormal matriculado en tercero de física. Era un candidato seguro para ser suspendido al final del primer trimestre. Sonriendo, la criatura empezó a fabricar una burbuja de chicle. La delgada esfera de color anaranjado reventó, pero el demonio logró atraparla con un súbito latigazo de su negra lengua, volvió a meterla entre sus molares y la hizo chasquear con deleite.

—No... no lo entiendo —dijo Markham.

—Ya lo pescarás. —Los ojos del demonio se abrieron con un cierto interés amistoso y, con voz entusiástica, añadió—: ¿Qué te parecen los nuevos ascensores?

—Ah... bueno, son... —«Totalmente corrientes», pensó Markham. Acero gris, nada de moqueta, sólo un botón en el panel de mandos: ALLÍ.

—Acabamos de instalarlos. Howard Hughes se encargó del trabajo. ¡Tremendo!

—El demonio hizo chasquear nuevamente su chicle para puntuar la frase.

—Y vamos...

—Ajá, el Infierno. —El demonio miró su reloj—. A tiempo.

—¿Qué pasará cuando llegue ahí?

—Eso no es asunto mío. Chico, te juro que estos ascensores son increíbles. Antes de que Hughes presentara su oferta (algo tarde, cierto, pero por debajo del presupuesto) teníamos que hacer subir a los tipos por las Escaleras Socófilas.

—¿Hacia arriba?

—Ajá, todo ese rollo de que el Infierno está abajo, no es más que un rumor, ya sabes. De todos modos, esas escaleras... ¡qué incomodidad! Todo el trayecto de granito frío, nada de barandillas, los peldaños tan gastados que era muy fácil caer y romperse la crisma.

—Los pozos.

Su intento de hacer un chiste pareció pasar desapercibido para el demonio.

—En serio. Y bajar luego era lo peor. Bastaba que hubiera una pizca de sangre en esos peldaños gastados y ¡Bang!... te caías de cabeza hasta el fondo. Y lo más probable era que tropezaras con un grupo de leprosos o de santos que iban arriba.

—¿Santos?

—Claro, tenemos un montón.

—Pero yo creía...

—Ésa es su opinión, claro. Ya sabes... mi santa madre, y todo eso. Tío, es increíble el concepto que la gente llega a tener de sí misma. Para que luego hablen de ilusiones...

—Es... es por eso que yo...

—A mí no me preguntes, tío. Yo sólo soy un mandado.

El ascensor se detuvo con un trabajoso chunka chunka.

—¡Ah, soberbio! Sin duda no echo de menos las escaleras.

La puerta deslizante estaba algo abollada y tenía manchas de una sustancia marrón. «*Puede que sea nuevo para el demonio —pensó Markham—, pero yo sé distinguir la chatarra reciclada cuando la veo*». Se preguntó qué sustancia podía volverse marrón cuando estaba seca.

La puerta se abrió con un siseo. Un suelo de piedra azulada, perfectamente lisa y pulida, se extendía sin límite en todas direcciones. *Precioso*.

—Venga, muévete. Tengo que volver abajo.

Markham salió del ascensor. *Me pregunto...*

De hecho el suelo no era de piedra. No era de nada, meramente la ilusión de materia que se obtiene cuando uno mira un cielo totalmente despejado. Markham dio un paso hacia adelante y se precipitó hacia abajo, sintiendo la corriente de aire cálido producida por su caída.

Cayendo. Ese había sido el último instante, cuando el avión se estrelló sobre el rompecabezas de los árboles, cubiertos de escarcha, con las alas arrancando negros

pedazos de ramas sin hojas, a medida que caía demasiado aprisa, demasiado abajo...

Gritó. El salvaje aullido del viento le metió la corbata en la boca y tuvo que escupirla, mientras seguía cayendo, agitando los brazos. Jamás había saltado en paracaídas y tenía un cierto temor reprimido a las alturas, pero en una ocasión había ido a uno de esos túneles verticales de viento que se suponía eran capaces de simular la experiencia. Había sido durante una reunión de la Sociedad Física Norteamericana, en Las Vegas, y le habían engatusado sus colegas.

Por lo tanto... abre las piernas... los brazos fuera... gira... ahí. Dejó de dar tumbos y se quedó inmóvil en el vacío, con el rostro hacia abajo. Era el océano. Estaba encima de un reluciente mar color azul acero. Una masa de tierra verdosa se veía a cierta distancia, pero iba a caer en el agua. No es que eso significara una gran diferencia. Recordó que bastaba con caer desde un centenar de metros para que estrellarse sobre el agua fuera igual que hacerlo sobre el cemento.

¿Es posible que esto fuera el Infierno? ¿Caer eternamente?

Intentó pensar, pese a su terror. Había sentido muy poco cuando el avión se estrelló, sólo el instante en que la cabina se arrugó y los árboles, el acero y la cabeza del hombre que tenía delante saltaron hacia atrás, un instante de choque veloz como el relámpago...

El aire aulló y sobre el mar pudo distinguir el blanco encaje de las olas. Había alcanzado ya su velocidad terminal y la dura superficie azul parecía hervir con un detalle increíble, con el agua arrugada por el paso de las corrientes ocultas.

Se estaba acercando muy aprisa...

Markham tuvo tiempo para gritar una vez más.

Parecía el presidente de un banco. Un traje elegante, un poco de gris en las sienes, las mejillas algo flojas, bronceadas por el sol y bien afeitadas. Estaba claro que el demonio pensaba estar desempeñando un trabajo que se hallaba por debajo de sus dotes.

—Pero, ¿cómo es posible que me trataran de ese modo? Ese tipo dijo...

—No puedo estar pendiente de cada cliente —dijo el demonio—. Probablemente está recordando algo del Otro Lado.

—¡Y un cuerno!

—Todas esas fantasías acabarán borrándose —dijo el demonio con cierta sequedad. Tabaleó impacientemente, con la negra punta de uno de sus zapatos, sobre el suelo del ascensor, se puso bien los gemelos y, disimuladamente, intentó distinguir su reflejo en las brumosas paredes de acero.

—Pero, ¡maldita sea!...

Chunka chunka. La puerta se abrió una vez más con un siseo. Más allá se encontraba otra ilimitada superficie de color azul. Esta vez era más oscura, con una especie de moteado azul verdoso que recordaba las profundidades oceánicas.

—No pienso salir ahí.

—Vamos, vamos... —El demonio sonrió ampliamente enseñando unos dientes

perfectamente blancos y regulares, pero las comisuras de sus labios no se curvaron hacia arriba acompañando a la sonrisa. Markham había visto una mueca similar cuando el agente de Merrill Lynch intentó venderle una participación limitada en una concesión de gas natural.

—Salga usted.

Un suspiro.

—Muy bien. —El presidente de banco pisó tranquilamente la superficie reluciente. Se quedó inmóvil con las manos a la espalda y la sonrisa convertida ahora en una mueca condescendiente.

Markham dio un paso algo vacilante. Su pie encontró terreno firme, así que movió el otro pie hacia adelante...

Y cayó.

Esta vez la sensación de que el suelo había desaparecido bruscamente duró sólo unos segundos, los suficientes para que el demonio se fuera empujándolo sobre él, sonriendo con satisfacción. Con un golpe que pareció romperle todos los huesos, Markham se estrelló sobre el agua.

Jadeó, escupió y empezó a nadar. Se le habían caído las gafas, pero podía ver que no había tierra cerca. Lanzó una maldición y tosió cuando una ola, al parecer deliberadamente, se le metió en la boca y en la nariz.

El agua era tibia y salada. Markham se quitó la ropa. Empezó a nadar lentamente, intentando mantenerse en línea recta. Las nubes que había encima de su cabeza estaban iluminadas por un vago resplandor rojizo; era imposible guiarse por él. Siguió nadando, cambiando regularmente de la braza a la mariposa y luego a la braza de espalda. Los veranos en que no iba a Europa nadaba cada día en el océano, cerca de su casa en San Juan de Capistrano. Probablemente podría aguantar una hora así, más tiempo si se limitaba a mantenerse flotando.

Tenía razón. Su Seiko seguía funcionando. Conectó el cronómetro y hacia el final (agotado, con un enjambre de puntos purpúreos danzando ante sus ojos, con los brazos y las piernas entumecidos, el pecho dolorido y la boca irritada por el sabor de la sal) pudo ver que había durado dos horas y trece minutos.

Mientras estaba observando el indicador digital, éste cambió bruscamente para mostrarle los números 666.

Luego se ahogó.

Markham estaba apoyado en el acero grisáceo. El demonio era una mujer.

Esta vez no logró hacer funcionar su garganta para que emitiera protesta alguna. *El infierno está en el ascensor —pensó con la mente nublada por la fatiga—. Es así de sencillo. Muerte infinita e infinitamente prolongada.*

Siempre le habían aterrorizado las alturas y había muerto en un accidente de aviación. Habían jugado con eso. Luego habían añadido el océano, sabiendo de alguna forma que, aunque amaba el crudo poder del mar, también lo temía, que sentía una vaga inquietud ante sus verdes profundidades. Había logrado vencer ese temor

practicando el submarinismo.

Pero aún así esas ansiedades ocultas en lo más hondo de su ser habían acabado apareciendo en su larga lucha por llegar a la costa. Podía sentir los efectos y lo cerca que estaba de la histeria.

La mujer le dirigió la vacua sonrisa de una azafata. Luego se agachó lentamente y alzó la punta de su vestido rojo. Con una torturante lentitud, manteniendo todo el rato esa misma sonrisa congelada, lo fue levantando para enseñarle unos muslos cremosos y exquisitamente formados. Llevaba medias negras sujetas por un ligero rojo. Markham se lamió los labios. *Así que están enterados de que eso me gusta. ¿Y qué?*

El vestido de algodón resbaló fácilmente por encima de su cabeza. No llevaba nada más. Se quedó inmóvil ante él, sonriente y silenciosa. Luego le guiñó el ojo y le mandó un lánguido beso con la punta de los dedos. Era exactamente como un holograma que Markham había visto años antes y aproximadamente igual de erótico. Estaba algo gorda y su piel tenía un brillo levemente enfermizo. *Como un cadáver flotando bajo el agua —pensó—. O como el vientre de algún pez abisal, esos que tienen los ojos saltones y las bocas retorcidas y de color púrpura.*

Ella se lamió los labios y empezó a moverlos en unos tan obvios como grotescos gestos de succión. Sus pechos temblaban como gelatina y Markham vio que tenía algo tatuado en ellos. Forzó la vista. El pecho derecho decía BIENVENIDO, el izquierdo MUJER. Los tatuajes habían sido trazados con fuerza y parecían las profundas quemaduras marrones que deja un hierro de marcar en el flanco de la vaca.

Markham dio un paso hacia atrás. Ella se cogió los pechos con las manos y se los ofreció, con su boca emitiendo todavía los pastosos y glotonos ruidos de succión. *Esto podría ser ya el Infierno, pensó aterrado.*

Chunka chunka. Esta vez a lo lejos se veía una playa arenosa que trazaba una amplia curva. El océano acariciaba la playa con una interminable serie de suaves olas. *Exactamente el mismo azul de esa agua en la que yo...*

Se alejó de la puerta. La mujer avanzó hacia él, ofreciéndole sus pechos, hurgando con un dedo en su negro vello púbico. De su pecho izquierdo rezumaba un fluido color perla.

Estaba claro que el Infierno se encontraba más allá de la puerta del ascensor. Así que era ella o...

Al menos Markham sabía que nadie iba a obligarle a cruzar esa puerta. Si podía distraer a la mujer, averiguar cómo cerrarla...

Se obligó a sonreír. La mujer abrió un poco más los ojos, como previendo lo que iba a pasar. Markham extendió una mano vacilante hacia su cintura... y una lengua negra emergió de su sexo, una cosa negra y aceitosa que parecía un látigo resbaladizo. La cosa rodeó su mano y empezó a tirar de ella. Markham retrocedió al percibir el húmedo y sulfuroso olor a putrefacción que emitía la lengua. Esta apretó con más fuerza su muñeca, oprimiéndola con una feroz convulsión.

—¡No! —jadeó él.

Ella le cogió en una experta llave de judo, con una mano en el cuello de su camisa y la otra en su espalda.

Sus ojos negros como el azabache estaban llenos de ira. El tacón de su zapato le apretaba el pie derecho.

Empezó a frotarse contra su cuerpo en una parodia de frenesí erótico.

Markham se debatió para apartarse de su rancia y fétida pestilencia y eso le dio a ella el impulso que necesitaba para completar el lanzamiento.

—Quizá pueda ayudarle —dijo con una voz átona e impersonal de azafata, haciéndole volar fuera del ascensor.

Aterrizó sobre la arena.

Rodó sobre sí mismo. Escupió unos cuantos granos de arena. Logró sentarse.

El ascensor había desaparecido.

—¡Eh, amigo! ¿Tiene una tabla?

Un joven bronceado se hallaba a unos quince metros de él, sosteniendo una tabla de surf, hecha con fibra de cristal blanca. Era rubio, con ojos azules, delgado y musculoso.

Parecía una pregunta bastante absurda para hacerla a un hombre con unos arrugados pantalones marrones, una chaqueta de pelo de camello y una camisa azul.

—¡Ah!... no.

—Qué pena. Hoy están rompiendo olas muy buenas.

Markham contempló las olas que se convertían en espuma, a unos cien metros de la costa. Era un buen sitio para el surf. *Adiós al viejo fuego y azufre.*

—¿Qué día es hoy?

En su rostro amistoso y algo estúpido apareció una genuina expresión de asombro.

—Vaya... pues hoy. Siempre es hoy.

Resultaba bastante difícil discutir semejante afirmación.

—Yo... Oiga, ¿qué está pasando? Yo...

—Eh, amigo, están rompiendo. Quítese todo eso y pruebe un poco de surf.

—Vaya usted delante. Yo quiero... tomar un rato el sol.

—Vale, venga cuando esté preparado.

—¿Cómo se llama?

—Donny.

—Yo soy Greg. Greg Markham.

—Mi apellido es Brook. Aquí el surf es magnífico, Greg.

—¿No hay peligro ahí fuera?

—Claro que no. Los tiburones no vienen hasta la noche.

El hombre echó a correr por la arena. Markham estaba temblando y su mente era un torbellino. Sentado en la arena, recordó un lugar parecido a éste en St. Thomas, donde había pasado unas vacaciones. De noche los tiburones se habían acercado a la playa para cazar en los límites de la Corriente del Golfo. Desde el balcón de su

cabaña pudo oír el chapoteo de los peces que los tiburones estaban persiguiendo; y si bajaba a la playa se podían ver las oleadas fosforescentes que trazaban en el agua. De noche, los tiburones no temían nada y todo huía ante ellos. De día, se mantenían alejados de la arena limpia y blanca. Quizás era porque resultaba fácil ver la ondulación de sus sombras sobre la arena y alejarse a tiempo.

Recordó eso y notó que en lo alto, entre las nubes lechosas y surcadas por irisaciones azules se veía un difuso resplandor rojo. Un sol de mediados de invierno, si aún hubiera estado en California.

Pensar en eso le calmó. Había alguna continuidad entre esto y... *¿Mi vida? Pero yo sigo sintiéndome vivo.* Su vida anterior y... esto. El Infierno.

Había muerto en un accidente de aviación. Eso lo recordaba claramente. Luego había alguien con un aliento maloliente que le miraba fijamente, inclinado sobre su cuerpo desnudo y maltrecho iluminado por el áspero brillo de unas luces anaranjadas. Todo lo que podía recordar era ese rostro horrible de labios verdosos.

Su cuerpo estaba tenso, sus nervios parecían danzar espasmódicamente sobre una cuerda floja. Había muerto, básicamente, a causa de una caída. Luego ese miedo se había repetido en su largo vuelo desde, como mínimo, un kilómetro y medio de altura hasta el mar. Y el demonio que parecía un presidente de banco había hecho que luego viniera su muerte en el mar, realmente ahogado.

De acuerdo, le tenían bien fichado. Esos eran dos de sus miedos más grandes. Había nadado durante toda su vida, pero jamás había logrado dominar la sensación de que finalmente el océano, al que tanto amaba, acabaría reclamándole.

Deja de pensar en eso. Y no se te ocurra ni imaginar otras muertes. Es probable que puedan leer en tu mente.

Vuelve atrás. Recupera algo de tu propia identidad. Eso era todo lo que tenías para protegerte.

Siempre se había mantenido apartado del mundo, en su delicioso reino de física matemática. Esa era su profesión y su más profundo amor. La concentración en un problema intrincado podía alzarte hasta una perspectiva de aislada delicadeza. Había muchas cosas que sólo podían verse desde tal distancia. Desde la infancia había buscado esa sensación de escapar, de alejarse sin brusquedad de todo el torbellino de compromisos que era el mundo corriente.

Había usado su algo tortuoso sentido del humor para mantener a la gente alejada de él, para que estuvieran a una distancia prudencial del centro donde él vivía. A veces incluso su mujer, Jan, era apartada de ahí. Ahora se daba cuenta de ello, con un repetido pinchazo de culpabilidad. ¿Era eso lo que le había mandado aquí?

Había usado el lúcido lenguaje de las matemáticas para vencer el asalto de las experiencias, para reemplazar el dolor, el cansancio y la aspereza de la vida cotidiana con... no, no era con la certeza sino con una ignorancia con la cual se podía vivir y aguantar. Esa ignorancia era muy honda, pero seguía siendo capaz de conocer sus límites.

Markham se tendió sobre la arena y sintió cómo sus músculos se rendían ante el dolor.

Límites. Los límites eran cruciales. Los bloques de Galileo resbalando sobre el mármol de los salones italianos, obedeciendo en su veloz trayecto a la firme mano de la inercia... en realidad eran esquemas del mundo. Aristóteles sabía en lo más hondo de su ser que la fricción gobernaba todo, conocía la horrible verdad de que las cosas acababan deteniéndose con un gemido. Ese era el mundo del hombre.

El maravilloso juego infantil de los planos infinitos y de los cuerpos pulidos y perfectos, la realidad sin una arruga que arrojaba una consoladora telaraña de orden, trayectorias infinitas e instantes infinitesimales, verdades armónicas. De ese reino esquemático siempre había que acabar regresando, envolviendo los embriagadores vuelos de la imaginación en un estilo respetable y deductivo. Pero eso no quería decir (cuando aparecían los artículos en las revistas eruditas, disfrazados mediante resúmenes, referencias y elaborados manierismos germánicos que imponían cierta distancia al lector), en lo más mínimo, que te olvidaras de que habías estado en ese otro lugar, en el mundo maravilloso donde la mente se encontraba con la materia, el paraíso al cual nunca hacías mención.

Así que morí haciendo garabatos matemáticos durante un vuelo trasatlántico — pensó con cierto sarcasmo—. De acuerdo. Ése soy yo. Profesor de física, cincuenta y dos años, atrapado en el Infierno, sin armas y sin preparación y además, decididamente, sin la instrucción necesaria.

Se incorporó, se limpió la arena que se le había pegado. *Extraños pensamientos. Ningún recuerdo dejan, de los amigos o del mundo perdido para siempre. En vez de eso, recuerdo mi trabajo. ¿Qué significa?*

Quizás eso no hacía sino definir más hondamente quién era. *Entonces, de acuerdo. Así son las cosas, ¡maldición!* Sonrió sin ninguna alegría al pensar en cuan real era esa maldición figurada.

Su miedo se había calmado. Seguía sintiendo los nervios en tensión y sus músculos estaban endurecidos por el espasmo del terror, pero el océano había empezado a obrar sobre él con su vieja magia.

De acuerdo, pues. Lo primero que debía averiguar era el funcionamiento de este sitio. Debía reducirlo a un mero problema.

Estudió el apagado resplandor rojizo que ardía justo en el centro del cuenco celeste. ¿El Sol? Pero no se había movido.

Siempre es hoy. Lo había dicho Donny.

Quizás ese resplandor apagado jamás se movía. Si era el Sol, entonces este lugar estaba atrapado en una marea continua, con una de sus caras eternamente caldeada por ese pálido brillo rojizo.

Soplaba una leve brisa. Los grandes troncos de las palmeras, bajo el viento, parecían inclinarse hacia el interior de la playa.

Había pensado que el Infierno sería un poco más barroco. Más allá de las

rompientes vio sombras que se deslizaban. Iban y venían con un movimiento fluido, sin acercarse jamás a Donny.

Caminó hasta una roca que se encontraba al final de la curvatura de la playa. El brazo que Donny tenía levantado parecía negro, escamoso como la nervuda pata de un reptil terminada en una garra. Un segundo después Donny giró expertamente y emergió de la blancura, entre un remolino de espuma, y se impulsó con las manos hacia la ola siguiente.

Markham tomó asiento sobre la roca volcánica, sintiendo el cosquilleo de su rugosa superficie en la piel y dejando colgar las piernas por el borde. Bajo él las olas se estrellaban en la piedra, con explosiones de brillante espuma blanca. *Si esto es el infierno, creo que podré soportarlo.*

De todos modos jamás había creído en todo eso. Aunque ardieras para toda la eternidad, la mente acabaría perdiéndose en la locura después de cierto tiempo. Era imposible que pudieran mantenerte al borde del dolor y el tormento para siempre sin caer en él. Los rasgos elementales de cualquier sistema neurológico imponían finalmente la saturación y la sobrecarga. La agonía prolongada haría que cualquier conciencia terminara explotando. No habría yo alguno para sufrir, porque el sistema de memorias, relaciones, costumbres y esquemas que era ese yo se disolvería ante tal asalto continuado.

Por lo tanto, el parloteo que los ministros de ojos húmedos proferían desde sus pulpitos no tenía sentido, era sólo un parloteo infantil. Hubo un tiempo en que les escuchó, incluso llegó a ser acólito en la Iglesia Episcopal, pero el escepticismo habitual del adolescente había acabado madurando en un desprecio burlón hacia tales ilusiones.

Aunque sí existe un Infierno —se recordó—. Sólo que no es como el que habían imaginado, la idea cristiana no habría funcionado, eso es todo. Para hacerte sufrir realmente tienen que darte un descanso. Dejar que la mente se recupere. Dejar que los espasmos se calmen, enfriar los recalentados circuitos de las neuronas. Luego se coloca esa mente empapada de terror en su potro particular, se vuelve a empezar. Se aprietan de nuevo las clavijas...

Prefería pensar en ello de ese modo. Reducir el mundo a una serie de mecanismos (sutiles, pero comprensibles si se los tomaba parte a parte) y luego tratar con cada uno de ellos por turno. Era reconfortante, funcionaba, y al final...

Su nombre es Donny Brook. Donnybrook. Una pelea excelente, y gratis. Del aire que le rodeaba brotó una risita malvada y casi inaudible.

Miró hacia abajo con el tiempo justo para ver cómo la criatura saltaba del agua. Era plateada, tenía el cuerpo muy delgado y no era un tiburón. Tenía una gran boca abierta que dejaba ver los dientes que rodeaban todo el agujero circular de sus fauces, hileras de dientes brillantes y afilados como navajas. Emergió de entre las rompientes con un salto portentoso, como una flecha en el aire, perfecta e implacable. Vio los diminutos ojos ardiendo con una llama roja, unos ojos que no se parecían en nada a

los de un pez, cargados de odio y pura rabia... lo vio todo muy claramente, antes de que la criatura llegara al final de su arco y la boca redonda se cerrara sobre sus pies.

El dolor repentino detuvo su alarido, helando cada músculo en una convulsión de miedo recobrado. La criatura le sacudió con un tirón feroz; haciéndole caer de la roca, precipitándole en una interminable caída por el aire, mientras iba engullendo durante ese vuelo, engullendo una y otra vez en su frenesí por alimentarse, con el fuego subiendo por sus miembros durante instantes agónicamente largos y, sin embargo, infinitesimales, antes de chocar con el frescor del agua. La gran garganta se puso en funcionamiento una vez más y él resbaló hacia su interior, con el rostro retorcido en una mueca, y la última cosa de la que tuvo conciencia fue el rancio y oscuro olor de esas fauces.

Ahora estaba sentado en el suelo del ascensor.

Era una masa de dolor y morados, recorrida por cegadores relámpagos de recuerdo que le llevaban otra vez a esa interminable agonía en la cual había estado atrapado.

Se obligó a respirar, a pensar en otra cosa.

Habían sabido que temía a las profundidades y a una criatura veloz y resbaladiza, toda apetito, que venía a por él. Pero esta vez habían jugado con sutileza. Le habían engañado con Donny Brook... y cuando eso no funcionó, habían hecho saltar el resorte de la trampa, justo en el momento adecuado para que él percibiera toda su ironía.

La mujer de los tatuajes estaba inclinada sobre él intentando despertar su interés, sin demasiado éxito. No tenía la fuerza suficiente como para apartarla. Sus pechos le rozaban el rostro y una vez más notó su repugnante olor a hongos y a humedad.

Ahora tenía ya cierta comprensión analítica de esa interminable cinta transportadora que le llevaba a sus muertes. Se encontraría eternamente aterrorizado y eternamente arrebatado, cogido como por azar y llevado hasta el punto adecuado. Así iba a ser todo.

O quizá no. Cada vez había sido una sorpresa. Quizás incluso esta conclusión era errónea, otro modo de prepararle para una nueva sorpresa.

O quizá todo fuera sólo una colosal broma infinita.

Claro. O quizás esto es el cielo y sencillamente estás de mal humor.

Podía seguir siendo aterrorizado hasta el momento de la muerte, meditando sobre ello desde mucho tiempo antes, dejando que todo se acumulara en su mente impidiéndole pensar en nada más.

O podía agarrarse a otra cosa. Pero, ¿a qué?

Su vida anterior... la vida... ahora era algo vago y difuso. Se le escapaba de entre los dedos, como una anguila, cuando intentaba agarrarla. Recordar a su esposa o a sus hijos, a sus amigos, sus pequeños triunfos y derrotas. Se habían ido o, por lo menos, se estaban desvaneciendo.

Todo lo que permanecía aún era su precario sentido de identidad.

Permitió que la mujer le arrastrara hasta la puerta del ascensor y le tirase sobre una alfombra de hierba seca.

Levantarse era un esfuerzo excesivo. Vio árboles, un cielo sombrío... y se durmió.

Despertó para encontrarse el cielo vacío y los mismos árboles raquíuticos. Eran mimosas, pinos y eucaliptos.

Se puso en pie con cierto esfuerzo e inspeccionó las heridas que tenía en las piernas y en el abdomen. Señales purpúreas de las que rezumaba un pus blanquecino. Tendría que andarse con cuidado.

Se puso en marcha, cojeando lentamente.

Mucho tiempo después, se encontró en un sendero arenoso. Había visto pasar a varias personas, pero se había escondido a tiempo entre los pinos, y las había observado. Cada vez que se detenía para descansar un poco y pensar, su estómago se vaciaba por sí mismo. Sólo emitía una bilis verdosa, pero su sistema insistía en esos dolorosos espasmos cada vez que empezaba a reflexionar en lo que había ocurrido.

Oyó un ruido lejano que se fue haciendo rápidamente más fuerte. Markham se apoyó en la fragante corteza de un eucalipto y contempló con ojos cansados el camino. Tres carros romanos venían a la carga sobre el sendero arenoso, con sus caballos sudando y esforzándose, con los ojos enloquecidos por la fiebre mientras sus conductores los azotaban sin parar.

Markham logró salir de su agotado estupor al frenar bruscamente el primer carro. Un hombre bastante alto que vestía un uniforme verde oliva alzó una mano en un gesto imperioso, haciendo detenerse a los otros carros.

—¿Ha pasado alguien por aquí, buen hombre?

—Ah... alguien a caballo... no vi...

—¿Qué aspecto tenía?

—Yo... Barba, téjanos.

Dos hombres, obviamente guardias, saltaron de los otros carros blandiendo revólveres. Markham deseaba hacerles muchas preguntas, pero no le pareció que ése fuera el mejor momento para ello. El primer hombre agitó el brazo señalando hacia adelante.

—¿Por aquí?

—Sí. ¡Eh!, ¿qué está pasando? Yo sólo...

Un guardia dio un paso hacia adelante y golpeó limpiamente a Markham en la mandíbula, haciéndole rodar por el suelo.

—Debes ser cortés cuando hables con el comandante supremo.

Markham logró ponerse de rodillas. El golpe no le había dolido (*¿cómo puede dolerme algo, después de lo que he pasado?*) y había despertado en su interior una feroz oleada de ira.

—¿Quiénes sois, payasos, actores o...?

La bota le dio en el hombro y esta vez, decididamente, sí le dolió. Markham se

puso en pie muy lentamente.

—El comandante Adriano hará que te liquiden si le molestas —murmuró uno de los guardias—. Si sabes lo que te conviene, no te levantes.

¿Adriano? Le resultaba familiar. ¿*Un poeta*? Markham sentía un fuerte zumbido en la cabeza. *No, un general. Conquistó Inglaterra.*

—Me resulta nuevo —le oyó decir al comandante en una voz átona y más bien cultivada—. Puede que conozca a Guevara de cuando estaba vivo.

—¿Es cierto? —preguntó el guardia, dándole una patada a Markham en las costillas—. ¿Reconocerías a Guevara si le vieras?

—¡Eh!... claro. Murió hace varias décadas, pero vi las fotos, claro.

—Entonces, ¿era él? —le preguntó Adriano con impaciencia, casi escupiendo las palabras. Los caballos pateaban la arena y al oír su voz áspera e imperiosa lanzaron un relincho.

—Yo... supongo que podía ser él —Markham no lograba obtener una imagen lo bastante clara en su recuerdo para estar seguro pero, al parecer, ésa era la respuesta que deseaban aquellos bastardos. Quizá con ello pudiera quitárselos de encima.

—¿Iba alguien con él?

—No que yo viera —Markham examinó el rostro de Adriano. Nariz aguileña, labios carnosos y sensuales, una boca acostumbrada a formular preguntas y no a contestarlas. Unos inteligentes ojos verdes, escondidos bajo espesas cejas negras que se curvaban con una nerviosa energía.

—¿Cuánto hace?

—Puede que unos diez minutos.

—¿Viste si su caballo estaba muy cubierto de espuma?

—Sí, lo estaba.

Adriano hizo una seña con el pulgar a un hombre que estaba detrás de él y llevaba a la espalda una gran mochila.

—¡Usa el teléfono de campaña! Haz una llamada a Nuevo.

La boca del hombre se frunció en una mueca de preocupación.

—Bueno, lo intentaré, pero con todos estos saltos... este equipo no fue hecho para soportar este tipo de trato, comandante, ya lo sabe. Yo...

—¡Hazlo! Perro miserable... —añadió Adriano en un murmullo, como hablando consigo mismo.

—¿Cuál es la ciudad más cercana en esa dirección? —le preguntó Markham, en voz baja, al guardia más cercano.

—Nuevo —respondió él—. Guevara tiene apoyo ahí. Yo pienso que deberíamos quemar todo ese sitio. Tendríamos que prenderle fuego con antorchas a cada choza.

El telefonista estaba haciendo girar infructuosamente la manivela de su aparato, que emitía un prolongado *rrrrrttt*, pero sin conseguir nada más. Adriano, loco de furor, golpeó con la mano el costado de su carro.

—¡Basta! —gritó por fin—. Le cogemos nosotros mismos. ¡Vamos!

Los guardias tuvieron el tiempo justo para subir de un salto a sus carros y éstos partieron entre un furioso estruendo de caballos y gritos excitados. Markham se puso en pie. *Adriano*. Deseó tener a mano su enciclopedia británica. No, no era un poeta.

Markham avanzó hacia Nuevo lentamente, intentando no pensar en lo que podía esperarle. En aquel lugar, donde cualquier cosa imaginable podía suceder, seguía sin estar preparado realmente para ello y el caos arenoso y marrón que se extendía bajo el invariable resplandor apagado del cielo, sin ninguna sombra o esperanza de crepúsculo que lo aliviara le cogió por sorpresa. Había tejados de chapa; viejas acequias, por las que corrían aguas fecales humeantes; cobertizos de madera y lona; piojos en los cuellos desplumados de gallinas enfermas; figuras retorcidas que cocinaban en hojas de palmera agrietadas sobre hogueras chisporroteantes; viejos cubiertos de costras, con el rostro amarillento y deforme; niños acurrucados en zanjales que mordisqueaban animales muertos; viejas malolientes cubiertas de barro y suciedad.

Nuevo era un puerto de aguas negras y grasientas. Gabarras de madera se balanceaban sobre el lento oleaje aceitoso, estrellándose sordamente contra los atracaderos de pino, embadurnados de creosota. La basura y el mar habían dejado sus huellas en los bloques cuadrados de granito del rompeolas, que parecían viejos y desgastados.

Todo esto podría tener cien mil años —pensó Markham—. Canteros de Ur, cavernícolas capaces de hacer canoas con la corteza de los árboles, un australopitecu) trabajando el pedernal y la piedra... todos podrían haber contribuido a este sitio. ¡Infiernos!, todos contribuyeron a él. Cualquiera de esos enanos, con la piel color nuez y que se afanaban moldeando ladrillos de adobe, podía ser más viejo que Gilgamesh y más sabio que Homero.

Nadie le prestaba la menor atención.

Bordeó las paredes color barro de un largo edificio de aspecto oficial. Los guardias de la entrada llevaban el mismo uniforme verde oliva de los hombres de *Adriano*, aunque le habían añadido sombreros marrones que llevaban ladeados en un ángulo insolente y despreocupado. Estaban inmóviles en posiciones dignas de un desfile, con sus manos morenas sosteniendo lo que parecían Springfields o algún otro rifle procedente de la primera guerra mundial.

Markham pasó, andando con aire despreocupado, ante ellos, pensando que el dar la vuelta bruscamente habría significado atraer su atención. Vio unos ventanales, enmarcados en deslustrados marcos de madera marrón, y alzó la mirada hacia ellos, pero en ese instante una mano surgió del interior para agarrarse al marco y los dedos se tensaron con el esfuerzo que hacía el propietario de esa mano para incorporarse. Un agudo grito de sorpresa. La mano resbaló y se desvaneció. Se oyó un golpe al caer un cuerpo al suelo.

Markham apretó el paso.

En la esquina se hallaba un pequeño solar polvoriento. Tres cruces de roble se

alzaban en él, aparentemente un rasgo fijo del solar, dispuestas en ángulos variados. En cada una había alguien crucificado con la cabeza hacia abajo.

¿No era ése el modo antiguo de hacerlo, especialmente para los crímenes peores? El interés académico de Markham se vio espoleado por el espectáculo y se detuvo a observar. Tenían las cabezas hinchadas y purpúreas, las lenguas abultadas emergían de sus bocas retorcidas en un último bostezo. En una de las cruces había una mujer con los senos desnudos. En su vagina habían introducido una estaca de pino que emergía por su boca. Los hombres...

Conteniendo las náuseas, se dio la vuelta antes de haber podido ver del todo los efectos. Y, sin embargo, quienes pasaban ante ellas apenas sí le echaban un vistazo casual a las grotescas figuras retorcidas en agonías que era imposible expresar con palabras pero que, a Markham, ahora, le resultaba posible imaginar.

Horribles, pero no definitivas —se recordó—. Pobres bastardos, es probable que ahora mismo estén entrando otra vez en ese matadero.

Estaba claro que la finalidad de tal ejecución era el dolor. La experiencia de los últimos... ¿días?, ¿horas?, le había dejado eso bien grabado en la mente. En el Infierno siempre se vuelve, como la bola atada mediante una cinta elástica, a la paleta que blande un gigante malicioso. Pero el *dolor*... se estremeció ante los recuerdos que acudían a su mente en confuso tropel. ¿Cómo podía llegar nadie a superar el terror automático que todo ser humano siente ante la muerte, unido además al insoportable salvajismo con que el Infierno aparentemente infligía esa muerte?

¿Se trata de eso? ¿Voy a morir y luego me recuperaré sólo para morir de nuevo? ¿Eternamente? Y, ¿por qué? ¿Qué hice para ser enviado aquí?

Vaciló y tuvo que apoyarse en una pared de estuco, sintiendo una repentina debilidad y una confusión casi febril. Por primera vez, al menos que él recordase, sentía algo parecido al hambre. *Así que aquí siguen existiendo los apetitos —pensó aturdido—. Y, al parecer, también los medios para satisfacerlos.* Había visto niños masticando ansiosamente escarabajos con sus dientes diminutos, viejas lamiendo negras judías que se habían quemado dentro de sartenes oxidadas.

Fue haciendo eses por una calle fangosa. No se veían muchos carteles. Ya le había preguntado el camino a docenas de transeúntes, pero ninguno le había contestado. En las calles se hablaba poco, no había oído ninguna conversación. *¿Qué dijo Sartre? ¿El infierno son los otros? Bien, eso es un error. O quizá sea todavía peor que te ignoren.*

Flanqueada por maltrechos edificios de dos pisos, se alzaba una gran casa blanca de estilo clásico español, con el techo de tejas rojizas y grandes ventanas con postigos. Sobre la amplia entrada se veían unas retorcidas letras negras que anunciaban FLORIDITA. Markham, con el traje sucio y arrugado, entró en la casa.

Se tambaleó en el umbral de una gran habitación. Un arco abovedado le proporcionaba una elegante generosidad a la cálida mezcla de mesas de madera marrón, tapicería de apagados tonos rojizos y abundantes emparrados colgando del

techo y de las paredes. De los ocupantes de las mesas nadie alzó la cabeza para mirarle.

Al menos el encargado del bar tendrá que hablarte, pensó Markham con amargura.

La tiesa sonrisa del camarero se parecía al rictus de quien ha muerto con el cuello roto.

—Una... cerveza —Markham se derrumbó en un taburete, sintiendo cómo protestaban cada uno de sus músculos y articulaciones.

El camarero asintió y cogió un vaso de pálido color ámbar. Lo puso ante Markham, sin alterar su helada sonrisa y luego clavó los ojos de forma harto significativa en la resquebrajada madera del mostrador. De pronto Markham se dio cuenta de que no tenía dinero. Hasta entonces eso no le había parecido importante.

—Pedrico, pon a este *padrone* en mi cuenta —dijo una voz ronca junto al codo de Markham. Se volvió. Un hombre fornido, con camisa de leñador y abultados pantalones atados con un cordel, le tendía la mano—. ¿Acaba de llegar?

—Sí. He llegado varias veces.

—Siéntese aquí. —El hombre sonrió y una media luna blanca apareció bruscamente en su rostro bronceado que tenía casi el color de la caoba. Sus rasgos estaban cubiertos de surcos y de arrugas, como si una tormenta hubiera trenzado canales en un montículo de arcilla blanda y oscura. En su mentón brotaba una barba grisácea que se iba espesando, a medida que subía por las mejillas, hasta convertirse en una revuelta y abundante cabellera. El hombre condujo a Markham hasta una mesa del rincón.

—Gracias. De momento usted es la única persona que se ha dado cuenta de que existo.

El viejo se dejó caer con un gruñido y engulló de golpe la mitad del vaso cubierto de escarcha que tenía en la mano.

—Le vieron en seguida.

—¿Y cómo he sido considerado?

—Nuevo. Lleno de preguntas.

—¿Y?

—¿Ha tenido que explicar alguna vez lo que es un misterio absoluto?

—¡Ah!

—¿Y ha tenido que hacerlo una y otra vez? Acaba siendo aburrido.

—No estaba esperando un desfile de bienvenida, ni nada parecido, sólo...

—Ya tuvo a la mujer.

—¿Cómo? Bien, sí... ¿eso era la bienvenida?

El viejo se rió levemente.

—En cierto modo.

—Me tiró por la puerta del ascensor, pero antes se... se me ofreció.

—No tenía nada que ofrecer...

—Su cuerpo...

—No le serviría de mucho. Lo da gratis y vale justo lo que se paga por él.

—¿Tan malo es?

—Oí decir que ya no tiene purgaciones.

—¿Un demonio enfermo?

—Todos lo están.

—Casi no la toqué.

El rostro del viejo se llenó todavía más de arrugas al sonreír.

—Ha tenido suerte de que no le tocara sufrirla en su vejez. Entonces tiene hongos, cosas marrones que parecen mierda con raíces. Viven en sus sobacos. Salen más o menos una vez al mes y empiezan a crecerle por los brazos. Entonces vuelve a su auténtico estado y no lo disimula en lo más mínimo.

—¿Su auténtico estado?

—Su edad real. Cien, doscientos mil años.

—¿Puede... envejecer... tanto?

—Hace poco volvió por aquí un tipo que se la estaba metiendo cuando le pasó eso. No lo olvidará en mucho tiempo.

—¿Cómo pudo llegar a...?

—No sea tan remilgado. Ese tipo había estado luchando en Afganistán. Pensó al principio que estaba en el cielo musulmán. Se imaginó que la mujer era una hurí.

—Aún así...

—Estaba cachondo. Claro que ella no sirve de mucho en cuanto a eso.

—¿Por qué no?

—Jamás llegaría a correrse con ella. Es imposible.

—Pero, ¿por qué?

El viejo sonrió.

—Son las reglas.

—¿Quién las ha fijado?

—El jefe.

—¿Quién es...?

—Justamente él. Satanás. No se le acerque.

Markham se quedó callado y tomó un buen sorbo de su vaso. La cerveza estaba aguada, era demasiado espumosa y no tenía el más mínimo sabor. Daba la impresión de ser cerveza si la conservaba un rato en la boca, pero apenas la tragaba era como agua tibia e insípida. El viejo no parecía dispuesto a darle ninguna información, pero al menos tenía información. Markham decidió obtener todos los hechos posibles y empezar sus razonamientos a partir de ellos.

—Entonces, ¿es imposible correrse con esa mujer?

—No. Si quiere pasarlo mejor puede probar con Angelique. Es la puta que está junto a la ventana.

Markham estudió disimuladamente a la mujer delgada con la piel color humo que

parloteaba amistosamente con un hombre de rostro tenso al otro lado del bar.

—Ella...

—Hay una tarifa especial, si alquila una habitación.

—¡Ah! Bien...

—De lo contrario, hay que hacerlo de pie en el callejón de atrás.

—No, quiero decir que... —Era ridículo sentirse avergonzado, pero lo estaba.

—¡Oh!, con ella tampoco podrá correrse... pero en las etapas preliminares es bastante buena.

—Bien, entonces, ¿cómo...?

—No. —El rostro del hombre pareció encogerse convirtiéndose en una masa de arrugas—. O, al menos, yo no.

Markham terminó su cerveza en silencio.

—Me gusta el sabor de este brebaje —dijo el viejo con voz ronca, alzando su vaso vacío—. Jugo de lima fresco. Pedrico usa el agua de coco que aún no ha perdido el cuerpo y sabe poner la cantidad justa de ginebra Gordon's. Y un poco de bitter para darle color. Es una bebida condenadamente buena.

El camarero les trajo más bebida.

—Me llamo Greg —dijo Markham alzando su vaso en un brindis.

—Yo soy Hem. Pruebe esto.

Después de la descripción, Markham había esperado algo bueno o, al menos, algo distinto. Pero el frío líquido que había en el vaso de Hem, aunque le pareció bueno al entrar en la boca como una marea helada, no tardó en adquirir el mismo sabor de agua rancia que alguien se ha olvidado en un vaso durante demasiado tiempo.

—¡Ah!, sí —logró decir.

Hem le contempló con los ojos entrecerrados sin decir nada y luego se tomó la mitad del vaso con expresión de placer, chasqueando los labios al terminar.

—¡Ajá!, esto es lo bueno.

—¿Ha... ha intentado comprender lo que está pasando aquí?

La expresión condescendiente que apareció en el rostro de Hem estaba algo suavizada por el brillo cálido de sus ojos, como si el viejo estuviera contemplando uno de sus propios recuerdos.

—Eso no es lo importante.

—¿Qué es entonces?

—Aguantar, ir tirando.

—Aguantar... ¿qué?

—Lo que te arrojan encima, sea lo que fuere.

—¿Cómo?

—Con elegancia.

—No, quiero decir que cómo lo hacen.

—Eso no es lo importante —repitió Hem, bebiendo un poco más, echando la cabeza hacia atrás con deleite y pareciendo sufrir casi un vahído momentáneo cuando

las gotitas de licor marrón se salieron del vaso y le cayeron sobre la barba, aferrándose a ella como relucientes manitas color ámbar.

—Oiga, tengo que empezar averiguado cómo funcionan las cosas. Me han entrenado y educado para eso. Era... soy físico.

Hem se rió.

—No tenemos muchos aquí.

—¿Pero sí algunos?

—Están de paso.

—¿Adonde van?

—La mayor parte acaban en la Guardia. O trabajando para la pandilla de Adriano. Markham se frotó el rostro, allí donde aún tenía el morado de una gota.

—¿Por qué?

Hem contempló con expresión lúgubre el interior de su vaso.

—Para mantener en marcha todo el negocio.

—¿Cómo?

Hem apretó la mandíbula y sus labios se fruncieron al estremecerse su cuerpo en una súbita llamarada de vivacidad.

—Lo que un chico como usted debería aprender es que aquí no importa el cómo. Lo que importa es el porqué.

—Vale, como quiera —replicó con cierta irritación Markham—. Entonces, ¿cuál es el significado de este lugar?

Hem se acercó un poco más al rostro de Markham, con una fría y dura sonrisa bailando en sus labios, mientras articulaba la palabra muy cuidadosamente, como si hubiera hecho lo mismo con los recién llegados un número incontable de veces.

—*Nada. Nada. Nada. Nada.*^[8]

—¿Cómo?

—Solamente una cosa. *Nada.*

—¿Nada?

Hem alzó el índice y el pulgar lenta y solemnemente formando una O.

—Y, sí quiere, puede tener dos cosas. *Un doble remordimiento.*^[9]

Markham estaba algo asombrado. ¿Se estaba emborrachando Hem o era que la personalidad de aquel hombre emergía lentamente de un escudo protector tras el que se ocultaba?

—Dos remordimientos —dijo Hem—. Primero, el remordimiento por lo que hizo. Segundo, el remordimiento por lo que no hizo.

Markham decidió seguirle la corriente, como a cualquier borracho que uno encuentra en un bar. Aunque, en realidad, Hem no parecía estar borracho y se limitaba a girar con inevitabilidad kepleriana, alrededor de un eje oculto a los demás.

—Vale, ¿qué lamenta usted?

Hem irguió el cuerpo bruscamente y sus dedos se apartaron del largo vaso cuyo borde había estado rodeando hasta entonces.

—El cielo. Cuando tenía ocasión de ello jamás contemplé lo suficiente el cielo. Por ejemplo, lo frío y lo duro que es su color azul, como el buen acero árabe. Ese azul sólido y las grandes nubes blancas que navegan por él. Cuando el día era bueno el mar parecía todo eso, bueno, duro y auténtico.

Markham comprendió, de pronto, quién era ese hombre.

—Yo...

—Aquí tenemos montones de suicidas —dijo Hem lentamente.

Y Markham recordó. La escopeta estaba apoyada cuidadosamente contra la frente, un frío día invernal en Ketcham, Idaho, a principios de los sesenta.

—Hay montones de chicas españolas —dijo Hem como hablando en sueños—. Montones. Las habían engañado en el amor. Sus prometidos no mantuvieron la palabra dada y se las arreglaron para hacérselo todo y luego se largaron sin casarse. Se echaron alcohol por encima y luego se prendieron fuego, al modo clásico español.

Markham se dio cuenta de que sería más fácil y quizá mejor que no diera señales de haberle reconocido. Quizá Hemingway lo entendiera.

—Con esas damas se lo puede pasar uno bien. Vienen a la ciudad de vez en cuando.

—¿No viven aquí?

—No, están en los conventos.

—¿Conventos? ¿Aquí?

—Piensan que es un modo de huir.

—¿Lo es?

Hubo un encogimiento de esos hombros de oso, un gesto de tristeza.

—¿Cómo puede... huir... alguien?

—No se puede.

—Pero... seguimos siendo personas. Y esto es como Brasil o algún otro sitio parecido, no es el Infierno.

—¿Ha estado alguna vez en Brasil?

—¡Eh!... no.

—El Infierno es realmente más parecido a Cuba. Incluso tiene a Guevara.

—Ya lo he oído.

En los ojos grises hubo un chispazo de alerta.

—¿Dónde?

—En el camino. Unos tipos de uniforme me preguntaron por él.

—¿Cuántos eran?

—Media docena o algo así. Les mandaba un tipo llamado Adriano.

Hem se relajó.

—Así que ha funcionado.

—¿El qué?

—Guevara intenta hacer que Adriano venga por aquí.

—¿Por qué razón?

—Adriano es... —Hem abombó el pecho y, con voz de trueno, exclamó—: ¡El Comandante Supremo! Defensor de la Antifé. Luchador incansable contra los disidentes. ¡Es un maldito maricón!, ¡un gilipollas total!

—Tenía prisa.

—El viejo Adriano, siempre persiguiendo a los D o corriendo detrás de un culo... en su caso, literalmente.

—¿De qué se puede disentir aquí?

Hem parpadeó.

—Bueno, de la huida.

—¿Cómo?

—Nadie lo sabe.

—¿Ha huido alguna vez alguien de aquí?

Hem le sonrió con una mueca maligna.

—Nanay.

—Entonces, ¡cómo diablos...!

—Mire, Satanás tiene su poli, los Angeles Caídos y todo el resto. Guevara piensa que podemos derribarles y dirigir todo esto por nosotros mismos.

—¿Y escapar del Infierno?

—Eso es lo que él piensa.

—¿Qué posibilidades hay de ello?

Hem sonrió.

—*Nada*.^[10]

—Entonces, ¿por qué lo intenta Guevara?

—Nuestra *nada* que estás en la *nada, nada* Sea tu nombre.

—Mire, Guevara no lleva aquí más de unas décadas. Recuerdo que murió en los años sesenta, igual que...

Por el rostro de Hem pasó un leve destello de dolor, como una nube de tormenta que sigue avanzando, pero que por una vez no piensa dejar caer ni una sola gota de lluvia.

—Siga.

—Entonces, ¿los disidentes sólo llevan ese tiempo operando?

—No. ¡Infiernos!, he oído decir que cuando llegó por primera vez Sócrates los dirigió.

—Entonces, ¿llevan operando miles de años?

—Claro. Puede que incluso centenares de miles.

—¿Sin éxito?

Esta vez Hem se rió.

—No, este sitio es realmente distinto —lanzó un súbito eructo y volvió a reír, aún más estruendosamente—. ¡Eh! ¿*Un poco pescado? ¿Puerco frito?* ^[11] —gritó volviéndose hacia el camarero—. ¿Tienes algo de fiambre?

El camarero vino rápidamente con una bandeja de cosas marrones y arrugadas.

Markham sintió repentinamente que tenía hambre y comió una.

Carecía de sabor, pero al parecer bastaba para calmar su necesidad.

—Entonces, ¿no hay esperanza?

—No lo sé.

—¿No puede averiguarlo?

—¿Cómo, señor profesor? —Hem se inclinó sobre la mesa, chasqueando los labios, la boca llena de carne chamuscada—. ¿Lo miro en la biblioteca?

—¿Ha creído que soy un...?

—Claro. Siempre me habéis caído mal, chicos.

—No soy un crítico literario.

—¡Gracias a Dios!

—¿No pasa nada si dice eso?

Hem arqueó las cejas.

—Si digo, ¿qué?

—Dios.

—Nanay. Puede jurar y maldecir todo lo que quiera.

—Si Le invoca, ¿no responde?

—Puede que no exista.

—Pero si hay Infierno, entonces...

—Nuestra *nada* que estás en la *nada*.

Markham se levantó de un salto.

—¡Maldita sea! Estoy intentando descubrir...

—¡Cállese! ¡Cállese ya! —Hem se puso en pie con cierta dificultad y agitó un puño peludo bajo la nariz de Markham—. Si quiere discutir sobre algo, discuta con esto.

Markham se había quedado sin habla. Aún en su confusión actual, una pequeña parte de su ser seguía observando y fijándose en las cosas. *Una clásica confrontación de machos con la figura masculina por antonomasia de todos los tiempos, y acaba siendo igual que una estúpida pelea de borrachos.*

—Oiga, yo... ¿no puedo hacer nada?

Hem siguió respirando pesadamente durante un segundo, contemplando a Markham con sus ojos grisáceos que parecían ver a través de él, como si miraran algo muy lejano. Parecía cansado y un poco enfermo. Iluminado por el resplandor apagado, que venía de la gran ventana lateral, su cabello canoso formaba un nimbo plateado alrededor de su cráneo.

—Sí, puede que sí. Depende de lo que quiera encontrar.

—Me gustaría hablar con alguien que haya... bueno, que haya meditado realmente sobre todo esto.

Hem sonrió sin alegría.

—Quiere decir alguien que haya meditado del mismo modo en que lo hace usted.

—Supongo que sí.

—¿Algún profesor?

—No... un científico. Eso es lo que soy —se quedó callado y, para dominar las súbitas emociones que sentía removerse en su interior, tomó un sorbo de cerveza—. Lo era.

—Adriano tiene un físico en el Kilimanjaro.

—¿Quién es?

—¿Importa?

—Necesito alguien que conozca la física moderna, que se haya mantenido al día en mecánica cuántica y que...

—Aquí no hay bibliotecas.

—Si se ha limitado a hablar con los científicos que iban llegando, se habrá mantenido al día.

—No creo que lleguen muchos.

Markham estaba deseando gritar *entonces, ¿por qué estoy aquí?*, pero sabía que con ello sólo lograría enfurecer nuevamente a Hem y que no serviría de nada.

—¿Bohr? ¿Einstein? ¿Coleman?

—Nunca llegué a conocerlos. No frecuento mucho...

—¿Oppenheimer?

Hem rió levemente.

—Ajá. Está aquí.

—¿Por qué? —La voz de Markham se había endurecido—. ¿La bomba?

—Cuando llegan aquí las personas no tienen puesta ninguna etiqueta.

—¿Qué hay de Feynman? ¿Bethe? ¿Fermi? ¿Teller?

Hem meneó la cabeza.

—No le sigo. Sólo sé que ese tipo inglés se supone que es bueno en esa clase de cosas. Adriano le usa de consejero.

—¿Cómo puedo encontrarle?

—Está encerrado, bajo llave, cerca del Kilimanjaro.

—¿La montaña está realmente aquí?

Ante la sorpresa de Markham, Hem clavó la vista en la áspera madera de la mesa mientras sus dedos hurgaban entre los pedazos de carne.

—Yo... ése es el nombre que le doy.

—¿Dónde está?

—A unos treinta kilómetros al norte.

—¿Cómo puedo llegar ahí?

—No es fácil. Habrá que husmear en los planes de Guevara. Debemos enterarnos de cuándo va a crear cierta inminente diversión, de la que he llegado a enterarme. De lo contrario, es demasiado peligroso.

—¿Por qué?

—Kilimanjaro está justo en el centro de la zona de guerra.

El pueblo, marrón como el fango, estaba situado junto a un ancho río y miraba

hacia las estribaciones de la gran montaña. En el lecho del agua clara había guijarros, grandes rocas y peces que nadaban por entre ellas. Los soldados estaban pasando junto a la última casa y Markham, inmóvil en el umbral, les veía desfilar hacia las colinas donde sonaba el trueno. Eran soldados y tropas de todos los tiempos. Había destacamentos de arqueros con jubón y con aljabas repletas de flechas colgando en bandolera de sus espaldas. Había un pelotón de hombres morenos, con las cejas hirsutas fruncidas en un ceño preocupado, que parecían enanos y llevaban espadas. Se veían filas interminables de mujeres vestidas de rojo que pasaban cantando y blandiendo cimitarras. Y también habían granaderos altivos y sonrientes. Largas columnas de romanos con escudos y lanzas desfilaban ordenadamente entre los remolinos de polvo, con un tintineo metálico y un continuo griterío, llevando alegres cintas amarillas sobre sus cascos de hierro batido. Y, sin embargo, entre ellos se veían otras armas: mosquetones, Springfield bien engrasados, pesadas pistolas de grueso cañón, ballestas, abultadas granadas de color negro e incluso un rechoncho cañón de hierro que avanzaba dando tumbos, sobre sus ruedas de madera, tras un sudoroso equipo de mujeres chinas. Los musulmanes con delgadas camisas y pantalones bombachos avanzaban implacablemente, con espadas colgando de sus cintos de cuero; un oficial de tez morena, vestido de azul y gris, iba y venía por entre las columnas, gritando.

La mujer que se encargaba de aquel lugar decía que los hombres llevaban todo el día pasando. El polvo que levantaban deslucía el brillante color verde de las hojas que brotaban en los arbolillos al lado del camino. Venían de todos los tiempos y seguían avanzando, sin mirar apenas a los lados, sin hablar, con sus ojos vidriosos medio cerrados, sin apartarse jamás del camino.

—¿Qué está diciendo el oficial? —preguntó Markham.

Hem masticaba un palillo con aire meditabundo.

—Habla en griego.

—¿Le entiendes?

—No. Es griego antiguo, no moderno. Alguien me dijo que todos hablaban de ese modo hace mil años. Gran parte de los combatientes siguen utilizándolo. No ven ninguna utilidad en aprender inglés, aunque la mayoría de la gente lo haya adoptado.

El polvo irritaba las fosas nasales de Markham y le hizo estornudar ruidosamente.

—¿Adonde van?

—A una de las formaciones.

—¿Contra quién van a combatir?

—Contra el que esté allí.

Los ojos de Hem eran casi invisibles en la profundidad de sus cuencas y jamás se apartaban del abrigado desfile y de los interminables remolinos de polvo.

—Los musulmanes piensan que, si pueden vencer a una cantidad suficiente de infieles, serán liberados para ir al fresco jardín del oasis, donde les aguardan las huríes y donde corre el agua, con dátiles y uvas para todos. Los cristianos creen que

deben ponerse a prueba contra los paganos. Esos enanos que han pasado piensan estar metidos en alguna especie de batalla para la posesión del cielo. Los egipcios creen que van al rescate de su faraón.

—Ya deberían haber comprendido que todas esas historias son una estupidez.

Hem rió con amargura.

—¿Lo son?

—Sin duda. Aquí no estamos en un infierno tradicional.

—La mayoría de los demás piensan que es una prueba, un juicio... que no es el Infierno. Te lo dicen sin ningún tapujo. Lo que deben hacer es demostrar su temple.

—¿Por qué?

—Quieren hacerlo tan bien como los griegos en Maratón. O tan bien como los yanquis en Shiloh. Ése es el código que conocían y por el cual murieron, y a eso se siguen aferrando.

—¿Y esperan que les salve?

Hem se volvió y contempló a Markham, entre la penumbra polvorienta.

—¿Qué estás haciendo tú?

—Estoy intentando descubrir cómo... ¡oh!

Hem le dio una palmada al quicio de la puerta, sonriendo con una alegría absorta y pensativa. La vieja, que se encargaba de servir bebidas aguadas y tibias, alzó la mirada con la esperanza de hacer más negocio. Las tropas casi nunca se paraban, estaban demasiado absortas y aturdidas. Pero otros sí paraban allí, espectadores como Markham y Hem.

—¿Sabes que una vez me encontré al general Cambronne aquí? Dirigía un regimiento francés y algunos de sus miembros habían estado en la Vieja Guardia que Cambronne mandó en Waterloo. Le pregunté por esa historia, sobre lo que había dicho, cuando los ingleses le pidieron que se rindiera.

—¡Oh! «La Vieja Guardia muere, pero no se rinde», ¿cierto?

—Eso dicen los libros. Cambronne me dijo que se había limitado a responder: «Merde!». Cuando estuve en París, durante los años veinte, la gente educada, cuando no deseaba pronunciar esa palabra, decía «la palabra de Cambronne». Quiere decir «mierda», claro, la más pura y radiante mierda que pueda haber. Toda la verdad de las cosas se encuentra en esa palabra, no en las grandes frases que la gente inventa después.

—Entonces, ¿por qué todos éstos...?

—Es la única acción que tiene algún significado, ¿no te das cuenta? Ya no tienen a Dios, pero sigue habiendo alguna posibilidad de que, si demuestran lo que valen, logren salir de aquí. Los tipos religiosos lo piensan, claro. Pero el resto de ellos... ¿qué dijo Patton? Algo sobre que la guerra era el más grande de los deportes. Bueno, pues son deportistas.

—¿Y si mueren?

Hem se quedó callado durante largos minutos, contemplando las columnas que

avanzaban eternamente.

—Ya has pasado por eso.

—Entonces, ¿siguen volviendo?

—Ajá. No conocen nada mejor.

—¿Les gusta?

—Míralos. ¿Crees que les gusta?

Markham estudió sus rostros.

Eran rostros arrugados y pálidos, tensos, sucios y surcados por las líneas de la fatiga, con las bocas retorcidas en una mueca obsesiva, con los ojos mirando hacia adelante con un celo loco y feroz.

Hacía décadas que no leía a Hemingway y no recordaba gran cosa de su obra, salvo el modo en que su prosa se movía como un reflector de un punto a otro, haciéndolos brillar, haciendo que pequeñas cosas huidizas e insustanciales, en su propio medio luminoso, se hicieran de pronto claras y agudas como una pintura impresionista. Eran como manchones de luz colgando en el espacio vacío y carente de aire de tu mente. Una opresiva sensación de riesgo y peligro rezumaba de esa rígida tela congelada que parecía un ensayo constante de la última batalla, quizá la única que sería auténtica. Las frases cuidadosamente pulidas de Hem le habían dado existencia a un cosmos, que no pertenecía sólo al hombre, y que quizá se le escapaba por completo, frágil y precario, pero totalmente sólido cuando uno se fijaba en él. Puro, sin mezcla alguna.

Irreductible.

A todo eso la respuesta de Hem había sido un estoico sentimiento de integridad personal, expresado mediante una fría suficiencia de experto, que no se relacionaba con nada, ni con nadie. Había estudiado la vida cual si observara un cuadro en el Louvre, intentando entrar en ella, mediante la aplicación de un método consistente y sistemático a todo lo que había descrito.

Pero ahora todos se encontraban más allá de ese mundo claro y afilado. Habían dejado muy atrás la imponente prueba de la muerte.

—Vamonos —dijo Markham con un escalofrío.

—El guía se acerca.

Hem había pagado a un hombre que conocía el camino, para no cruzar las zonas principales de batalla y llegar al campamento donde Adriano guardaba sus depósitos de suministros y sus cuarteles administrativos. Allí se efectuaba el comercio, la fabricación de materiales y el almacenamiento de éstos que eran necesarios para la guerra que nunca cesaba. Allí, le había dicho Hem, se encontraba el físico inglés.

El guía era bajito y negro, un hombrecillo de ojos recelosos. Lo primero que hizo fue coger el dinero y no pronunció prácticamente ni una palabra. Las monedas que Hem le dio eran de cobre batido a mano y tenían forma octogonal. En los dos lados de cada moneda se veía un tosco rostro sonriente que no había quedado demasiado centrado en el disco metálico.

Mientras el guía contaba las monedas, se oyó en el camino un repentino estruendo de disparos. Markham vio hileras de hombres que se agitaban sobre la colina más próxima. Luego algunas siluetas que parecían hormigas se dieron la vuelta y empezaron a correr cuesta abajo, mientras otras les seguían. Se oyeron gritos lejanos. Un proyectil de artillería estalló en la cima de la colina y los cuerpos volaron alrededor de la bola de humo, que se había formado en un segundo, y giraron perezosamente por los aires antes de estrellarse sobre las rocas de abajo.

—Les han rebasado por el flanco —dijo Hem.

—Al menos, ¿por qué no utilizan todos armas de fuego? Esos lanceros están cayendo como espigas de trigo.

—Para las armas de fuego hacen falta fábricas, gente que sepa cómo encontrar el mineral y hacer máquinas... muchas cosas. La mayor parte de la gente que hay aquí no vio un arma de fuego en sus... en sus primeras vidas. Prefieren luchar con lo que ya conocen.

Las líneas se rompieron y los hombres salieron huyendo en todas direcciones. Intentaron llegar al camino, pero su enemigo se lanzó hacia adelante, con los hombres de las espadas en primera línea, haciéndoles pedazos por la espalda mientras corrían. Markham oyó gritos y alaridos. Las columnas del camino, sorprendidas, se detuvieron en una súbita confusión.

—¿No deberíamos...?

—Sí. Larguémonos de aquí.

Se dirigieron rápidamente hacia la derecha pasando tras una larga hilera de arqueros árabes. El guía dijo que resultaría fácil llegar a terreno descubierto. Markham siguió trotando y unos minutos después vio que el hombre tenía razón. El grueso de la batalla continuaba sobre las laderas de la colina en un confuso nudo de humo y figuras que corrían.

Atajaron por un sendero muy angosto y cruzaron un arroyo, saltando por encima de un amasijo de rocas y troncos. Cuando estaba a mitad del arroyo Markham sintió que pisaba algo blando y vio que estaban pasando sobre un montón de cadáveres que habían derivado por la corriente y luego habían quedado atrapados aquí. Había tantos que formaban montones sobre las rocas y en algunos lugares había tres, apilados uno sobre otro. *Así que, cuando mueres, no te esfumas*, pensó.

Por fin llegaron a un macizo de fragantes eucaliptos.

—Los vencedores de esta batalla... —dijo—, ¿les ocurre algo?

—No —dijo Hem—. Mañana tendrán otra.

—Así que aún ganando en la carrera de ratas, sigues siendo una rata.

Hem se encogió de hombros.

—Todos esos lucharon incluso cuando pensaban que sólo tenían una vida. ¿Por qué no deberían luchar ahora?

—¿Por qué no luchas tú?

—No soy una rata.

Una silueta rechoncha, con la piel parecida al cuero, aleteó por encima de sus cabezas, viró por los aires y se lanzó hacia el griterío lejano. Parecía un gigantesco intestino negro, sostenido por grandes alas.

—Satanás —dijo Hem—. Esa es la forma que prefiere cuando se está alimentando.

—¿Con qué se alimenta?

—Con los soldados que no le parecen lo bastante entusiasmados para combatir.

Markham observó cómo la gigantesca criatura caía sobre un grupo de pobres desgraciados que se encontraba en una colina más alejada. Satanás escogió a una de las figuras, que no dejaba de contorsionarse, le arrancó un pedazo de un mordisco y como, aparentemente, no le encontró de su gusto, lo arrojó a un lado.

Hem, sin hacer caso del espectáculo, estaba mirando hacia las nubes que derivaban lentamente por el cielo hacia la montaña coronada de nieve que él llamaba Kilimanjaro.

—Parece que hará buen tiempo durante las próximas horas. Se avecina una tormenta.

Tres horas después, según su Seiko, Markham se encontraba tendido en la penumbra bajo los cielos encapotados, apreciando el refugio que les cobijaba de la tormenta. Empapado, cubierto de fango, dolorido por las repetidas caídas y las enloquecidas carreras con que habían tenido que huir de los bombardeos de artillería, miró hacia adelante. Una gota resbaló por su frente y se quedó colgando de su nariz. Los insectos zumbaban y le mordían en la nuca. Cosas invisibles se agitaban entre la espesura. Markham se envaró, sabiendo que no podía hacer nada. Un poco antes había visto a un hombre de tez morena mordido por algo muy largo de color amarillo, una serpiente increíblemente escurridiza y reluciente que golpeaba ferozmente el suelo con su cola. El hombre había rodado por el suelo, debatiéndose, y había muerto entre espantosas toses ahogadas, antes incluso de que la serpiente pudiera desenroscarse de su cuerpo para deslizarse hacia los arbustos.

Sobre la línea del horizonte se oía el murmullo de la artillería. Las nubes hervían, trayéndoles el sonido del acero que entrechocaba y gritos lejanos de angustia. Markham giró la cabeza lentamente, tal y como le había dicho Hem, utilizando su visión periférica. Nada.

—Muévete —susurró Hem.

Markham avanzó a rastras sintiendo que el fango tiraba de él con sus dedos fluidos. Su guía les había dejado un centenar de metros más atrás, señalando por entre la penumbra hacia el amasijo de edificios que formaban el cuartel de suministros militares de Adriano.

Habían llegado al lugar adecuado en lo que, según el informante de Hem, era el momento justo. Che Guevara había planeado capturar al comandante Adriano a unos cuantos kilómetros de distancia, en algún complicado tipo de maniobra. Eso les serviría como distracción y permitiría que Markham y Hem pudieran pasar. Tendrían

que haber empezado su intentona media hora antes, aunque Markham aún no había logrado descubrir a qué se refería la gente cuando hablaba del tiempo, dado que no había ningún ciclo diurno que le diera significado o forma de medirlo.

—Parece que por ahí están disparando rifles —dijo Hem.

Una rápida serie de chasquidos y luego nada.

—Es probable que haya tenido tiempo para atraer hacia él a la mayor parte de los guardias.

—Entonces, vamos —murmuró Markham.

El y Hem fueron avanzando de una sombra a otra. El inmutable resplandor de lo alto era incapaz de penetrar las nubes cargadas de lluvia que tenían sobre sus cabezas.

—¿Oyes algo? —le preguntó Hem.

Markham prestó atención. Y lo oyó. Uñas que rascaban la roca, una masa negra que pareció fluir de entre las sombras con una gran rapidez (¿un perro?), y que cayó sobre él, sin darle tiempo a pensar. Rodó sobre sí mismo y sintió una boca caliente y húmeda y, un segundo después, unos dientes afilados que se cerraban sobre sus dedos. Se mordió los labios para no gritar. La cosa gruñía con un nervioso apetito. Algo se rompió en su mano.

Rodó otra vez apretando a la cosa contra el suelo, golpeándola con fuerza, y logró apartar su cabeza con la mano izquierda. Un hedor corrosivo de almizcle y ácido le saturó el olfato. Con la boca libre, la criatura se agitó.

—Tú. Mueres. Ahora —dijo con toda claridad.

Markham agarró un puñado de vello áspero y sucio, apartando a la cosa de su cuerpo, manteniendo su boca alejada y golpeándole el cuello. Sintió un golpe sordo, que se transmitió a su cuerpo a través de la criatura, y vio a Hem golpeándola una y otra vez. El peso de la criatura se derrumbó sobre Markham y unos segundos después comprendió que tenía entre sus dedos a un hombre perro, enorme y contrahecho, con cuatro patas nervudas que terminaban en agudas garras, con la cabeza afilándose hasta volverse un hocico, en el que se aflojaba ahora una boca babeante. Lo apartó a un lado con repugnancia.

—Uno de los programas de cría de Adriano —dijo Hem con voz pensativa, limpiando su cuchillo en el pelaje del hombre perro.

—¡Santo Dios!

—Tendría que haberte hablado de ellos. De todos modos, es buena señal.

—¿Por qué? Si hay más...

—Quiere decir que Adriano no tiene hombres ahora en este lugar. Debe estar usándolos como guardia personal y estará preocupado por Guevara.

—¿Y?

—Quiere decir que tendremos menos problemas que superar.

Tenía razón. Se arrastraron otro centenar de metros y cuando una silueta negra saltó sobre ellos estaban preparados. Hem le dio en el cuello con un rápido puñetazo. Markham ya tenía el cuchillo desenvainado (se lo había comprado al guía), pero

dudaba de que pudiera usarlo correctamente. Avanzaron cautelosamente hacia el primer cobertizo de madera y, cuando ya estaban cerca de él, les sobresaltó una voz que gritaba desde muy poca distancia.

—¡Jumbar! ¡Eh, viejo, ven aquí, ven, Jumbar, chico!

El viejo Jumbar ya no está en el negocio de los perros guardianes, pensó Markham con satisfacción. Se pegó al suelo, para dejar que el hombre pasara junto a ellos.

Hubo un crujido de botas sobre la grava que parecía provenir de sólo unos centímetros de distancia. Markham vio una mancha que se movía recortada contra el cielo. El cuchillo permanecía inmóvil entre sus dedos, sin temblar en lo más mínimo. Dio un salto hacia adelante... y cogió al hombre por el cuello, impidiéndole gritar. Dejó caer el cuchillo y, con una llave, hizo que el hombre cayera sobre el barro. Hem fue rápidamente hacia ellos, lanzando maldiciones, en un susurro irritado.

—¡No! —exclamó Markham, pero un segundo después sintió cómo bajaba el brazo de Hem hundiendo su hoja hasta la empuñadura en el pecho del hombre. El cuerpo se sacudió con una leve tos, tembló... y se quedó inmóvil.

—¿Por qué infiernos no le cortaste el cuello? —murmuró Hem.

—Yo... yo pensé... pensé que podría mantenerle callado.

—¿Y si hubiera conseguido abrir la boca? ¿Quieres atraer a todo el mundo?

Markham sentía aún todas las prohibiciones contra el asesinato, aunque no quería confesarlo. Hem pareció entenderlo, pero no dijo nada. Le hizo una seña y los dos trotaron hasta un achaparrado cobertizo de madera, uno de los pocos por cuyas ventanas emanaba una cálida luz amarilla que teñía el fangoso campamento.

Markham abrió muy lentamente una puerta que no tenía el pestillo puesto y miró hacia dentro. Vio a un hombre, solo, inclinado sobre una mesa, escribiendo. Markham entró en la habitación, sin hacer ruido.

El hombre alzó la mirada. Su boca formó una mueca de asombro bajo sus ojos, rápidos e inteligentes. En su rostro parecía haber una energía cuidadosamente concentrada, pero el hombre siguió callado.

—No haga ruido —le murmuró Markham, mientras se le acercaba.

—A fe que me ha sorprendido enormemente.

—Estoy buscando a un científico —dijo Markham en tanto que Hem entraba en la habitación—. Un inglés...

—Yo soy el único que se halla aquí.

—Acabo... acabo de llegar.

—Pasad.

El hombre parecía tener unos cuarenta años y vestía un mono de trabajo verde. Tenía la piel blanca como el hueso, como si no durmiera nunca, y en su flaco rostro había una expresión que hacía pensar en un poder pensativo y ensimismado. Markham se acercó a la mesa y contempló el familiar espectáculo de las páginas cubiertas con ecuaciones.

—Trabajo casi todo el tiempo para enderezar los talleres y las molestas manufacturas de Adriano, intentando crear los útiles que se usarán para dar su justo merecido a los ejércitos que engendra la oscuridad. En las horas dedicadas al descanso, persigo mis propios afanes.

—¿Es usted físico?

—Cierto, al menos en tanto me lo permiten esos moros levantiscos y el resto de los paganos.

—¿Cuál es su nombre?

—Isaac. Isaac Newton, antes... hace mucho tiempo, a decir verdad, de Cambridge y Londres.

¡Santo cielo!

—Yo... señor, he venido a pedir os ayuda. La opinión general es que sois el mayor intelecto de todos los tiempos.

—Tonterías —Newton arrojó su pluma de ganso sobre la mesa, manchando las páginas de tinta—. Muchos son los que pasan por aquí, con tales palabras cayendo de sus labios de rubí, pero creo que esto no es sino otra astucia de Mefistófeles.

—No, de verdad lo sois. Disteis inicio a la ciencia moderna. ¿Habéis oído hablar de Einstein? El...

—Me encontré con un espíritu conjurado que tenía tal nombre.

—¿Conocéis los... ah... los avances que llevó a cabo sobre vuestra obra?

Newton resopló.

—He oído hablar de relojes que se derriten y palos que resbalan.

—Os aseguro que es más que eso. Pero, señor, mi auténtica pregunta es... —Markham agitó las manos de modo incontrolable mientras por su cabeza revoloteaba un enjambre de preguntas—, ¿qué lugar es éste?

Newton le contempló con expresión ceñuda, sin hacer el menor caso de Hem.

—Toda la Humanidad es obra de un solo autor que sólo ha escrito un volumen. Cuando un hombre muere, ningún capítulo es arrancado del gran libro, sino que es traducido a un lenguaje superior.

—Eh... ¿cómo?

—Esto no es sino otra edición. Una lengua nueva. Un terreno de prueba, voluntad de Dios.

—¿Para probar... qué?

—La eterna lección del Señor. Nos hemos visto arrojados a este lugar entre desvergonzados lógicos papistas, escurridizos portugueses, mujerzuelas que sólo saben despertar la lujuria, ejércitos de sarracenos, oscuros y temibles poderes... todo ello para encontrar nuestro propio camino.

—Nuestro camino... ¿hacia qué?

—Hacia la gran misericordia del Señor.

—Pero estamos en el Infierno.

Newton frunció el ceño.

—Eso podría parecerle al ojo desprevenido. Sin embargo, os aseguro, bisoño viajero, al que tan fácil es dejar boquiabierto... os aseguro que éste no es el lugar de los condenados. Un destino tal haría vacilar a la razón.

—Entonces, ¿qué es?

—Una prueba para los ignorantes.

—¿Y si la superamos?

—Entonces, el cielo para los ingenios despiertos.

—¿Y los demás?

—Más labor acerba. Aquí sentimos el agudo mordisco de la culpa, pues la vida es breve y nada se hace en ella.

—¿Está... está seguro?

—Tan seguro como pueda estarlo después de escudriñar la reumática ciencia de la antigüedad. La instrucción de los libros, el incesante vagabundeo de la pluma... ésa será nuestra vía para salir de esta pesadilla del escrutinio.

—Entonces, ¿podemos hallar una salida?

—Siendo adecuadamente ingeniosos, sí.

—¿Usando la ciencia? —Markham señaló con un gesto hacia los montones de hojas que yacían desparramados sobre la espaciosa mesa de pino.

Una lamparilla de aceite arrojaba sombras agudas sobre las interminables filas de garabatos que parecían trazados por el pico de una gallina.

—¡Oh!, no. Tampoco servirían de nada la oratoria vana, la engañosa poesía, ni cualquier otro arte insustancial.

Markham meneó la cabeza.

—Pero la ciencia es el único modo de entender el mundo que he conocido.

Newton le dirigió una ancha y cálida sonrisa, pero sus ojos siguieron tan inflexibles y absortos como siempre.

—Así pensaba yo hace mucho tiempo. Pero tanto da que un hombre estudie el rubor, el calor, el tumor y el color... todas las enfermedades son iguales. Aquí la ciencia duerme.

Markham miró hacia el otro lado y vio a Hem apoyado en el marco de la puerta, sonriendo con una mueca de astucia burlona.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—El Ojo —dijo Newton en voz baja, alzando bruscamente un dedo huesudo y blanco.

—¿Se refiere... al Sol?

—¡Ja! Eso no es el Sol. Jamás se mueve.

—Podríamos encontrarnos inmovilizados por las mareas, igual que la Luna.

—Es un ojo que observa todo cuanto hay bajo él.

—¿El ojo de quién?

—Satanás mora entre nosotros, con el ánimo ceñudo y lleno de ofensas, poderoso y veloz cual el relámpago. Quizá no sea él quien está arriba.

—¿Entonces?

—El Señor lo ve todo. El Señor juzga. Es su único ojo que todo lo ve, eternamente cubierto por las nubes. Y es cosa nuestra el adivinar qué camino nos llevará hasta su bondadosa luz.

—¿Adivinar?

—Sondear cielos que el simple ojo del hombre no puede vislumbrar.

—Oiga, ha dicho ahora mismo que nadie puede ver al Ojo entre las nubes. Entonces, ¿qué cielos hay ahí arriba para... esto... sondear?

—El modelo astrológico, preñado de verdades.

Aturdido, Markham se apoyó sobre la mesa y empujó una de las hojas. Newton se puso en pie de un salto cogiéndola bruscamente.

—¡No! ¡No veréis las trayectorias!

Markham había mirado durante un segundo una de las hojas y vio que estaba cubierta con los complejos signos y emblemas de zodiaco. Recordó que Newton, aun siendo el mayor de los científicos, había consagrado de hecho la mayor parte de su carrera a la teología y a la alquimia. Había tenido una mente muy amplia y no siempre había sido capaz de discernir entre lo que era ciencia y lo que era pura charlatanería. También había sentido siempre hondas sospechas de que alguien podía robarle su obra. Eso había acabado provocándole un colapso nervioso. Abandonando su cátedra de Cambridge, se había convertido en administrador de la Fábrica de Moneda Real y había llegado a ser el azote de los falsificadores. Esa sorprendente habilidad administrativa, combinada con su aguda inteligencia, eran indudablemente las razones de que Adriano le utilizara aquí.

Newton corrió alrededor de la mesa escupiendo maldiciones y blasfemias.

—¡Os conocí nada más veros aparecer! La última vez fueron ofertas de oro, ámbar gris, almizcle y cuernos de unicornio, ¿cierto? Puedo verte, Quathan el Impenitente. ¡Desaparece!

—No, no me comprendéis. Soy un científico, un filósofo de la naturaleza como vos.

—¡Impostor, apenas sí llegas a ser un nigromante!

—¡Estudié vuestras leyes en la escuela! Yo, yo...

—Las leyes que existían no gobiernan aquí. La tosca fricción de Aristóteles reina sobre la tierra plana. Las cosas en soledad no se deslizan serenamente... se detienen, con la velocidad devorada y perdida en el roce. Esa es la razón de que aquí seamos... desperdicios.

—Pero vos fundasteis la auténtica astronomía. Podrías aplicar vuestras leyes aquí, o algo parecido a ellas. Mediante una cuidadosa observación... —la voz de Markham se fue perdiendo en el silencio—. Ya lo habéis intentado, ¿verdad?

—Sólo la astrología funciona aquí. Leer los signos, adivinar los portentos... ésa es la verdadera enseñanza.

—¿Podéis hacer predicciones reales y racionales a partir de eso?

El rostro de Newton se convirtió en una máscara congestionada.

—Recién llegado, en la Tierra, tanto vos como yo sabíamos que la razón lleva a la comprensión, pero que la muerte gobernaba. Aquí la muerte sólo puede devolveros al Infierno. Por lo demás, es impotente. Si hay alguna transición divina después de este lugar, debe venir de la razón... mas no de las angostas nociones de la mecánica científica.

—¡Pero eso es todo cuanto tenemos!

—¿Y? —En los ojos de Newton apareció una luz astuta—. Bien sé lo que vuestra ciencia hizo, después de mi partida.

—Avanzamos, construimos sobre sus cimientos...

—Y os liberasteis de Dios. Le barristeis del escenario del mundo. Ordenasteis que las ecuaciones debían gobernar, que la mera voluntad del hombre, o de Dios, no era nada comparada con ellas.

—Bueno... —empezó a decir Markham sintiéndose muy incómodo.

—Habiendo apartado a la voluntad humana del mundo natural. Doctor Científico, explicadme ahora este lugar —Newton movió el brazo en un círculo que lo abarcaba todo.

—Bien, ¿qué podemos estudiar, cómo...?

—Debemos confiar, no en las fuerzas y en los flujos, sino en las simpatías y antipatías innatas del conocimiento oculto.

Markham no pudo contenerse. Había pasado toda una vida tratando con excéntricos durante fiestas, con gente que en todo lo demás era razonable pero que creía en la buena fortuna, en los astronautas de la antigüedad o en supersticiones muertas.

—Todo eso son estupideces.

—¡Lo son! ¡Bien! —Ahora los ojos de Newton parecían arder y todo su cuerpo se agitaba con una febril energía. Sus dedos huesudos aferraron la mesa y sus largos brazos se arquearon sobre ella para proteger el campo de sus hojas cubiertas de garabatos—. Entonces no aprenderéis cómo he llegado a leer los cielos, a través de los mantos de nubes sulfurosas... ¡no hasta que haya terminado mis investigaciones! Decidle eso al Diablo, si es que os atrevéis.

Markham suspiró.

—No vengo en nombre del Diablo. La verdad es que toda vuestra basura astrológica puede irse por mí... sí, literalmente puede irse al infierno.

—¡Entonces esfúmate ahora mismo de aquí, espíritu conjurado! ¡Ah, eres una criatura lamentable!

Y con esas últimas palabras Newton empezó a murmurar en voz baja y a remover entre el océano estancado de sus papeles. Markham podía oír sólo trozos de frase: «... si no hubiera... la Trinidad, si hubiera creído realmente en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo... o si no hubiera castigado de aquel modo a Flamsteed por esos datos... o a Leibniz por el descubrimiento de esa banalidad, esos cálculos... ésta es la

tercera tentación en una semana, a fe mía que...».

Markham fue hacia la puerta obedeciendo a la seña que le hacía Hem.

—Será mejor que nos vayamos, antes de que la próxima ronda se inquiete por ese centinela —dijo Hem—. Alguien acabará dándose cuenta.

Salieron de la habitación y entraron en la penumbra, bajo una fría masa gris de nubes que parecían abrazar las colinas.

Mientras bajaba tambaleándose por una cuesta muy empinada, dejándose arañar por los arbustos, Markham supo que en todo cuanto había dicho Newton se encerraba un núcleo de verdad, una idea... Se le había escapado.

Estaba claro que cualquier física mecanicista era inadecuada para vérselas con un lugar donde reinaba el mal primigenio. El darse cuenta de ello, le llenó de alegría, aunque hubiera sido incapaz de explicar la razón. Si tenía un momento para pensar...

—Una patrulla más allá. ¡Por aquí! —susurró Hem. Se agacharon y empezaron a reptar por entre un espeso matorral de manzanita erizado de espinos.

Hem, Newton, Adriano... ¿cuáles eran las oportunidades de encontrarles? Quizás el Infierno encierra a la mayoría de los famosos... un lugar para los pecados únicos que devoran el alma... pero entonces... ¿por qué yo? No fui nadie especial. Hice algo de bueno en la física, transgresiones menores, nada especialmente grave. ¿Por qué yo?

Se abrieron paso hasta llegar a una torrentera y a partir de ella llegaron al cauce seco de un arroyo. El trayecto de vuelta era más fácil y Markham se alegraba de que ese trote monótono le alejara de todas las confusiones que Newton había sembrado en su mente. Era un escenario donde actores muertos iban y venían...

Pasaron por entre un macizo de arbolillos y ante ellos vieron una masa indistinguible de penumbra. Corrieron durante diez minutos. Markham jadeaba, intentando mantener el paso. Hem era más viejo que él, pero corría con un ritmo sólido y constante, respirando con facilidad.

—¡Alto!

El grito surgido de entre los árboles hizo que Hem se tirara al suelo de inmediato y rodara entre los arbustos. Una flecha pasó silbando muy cerca de él y Markham se quedó helado durante un segundo, para lanzarse luego en busca de refugio... y encontrar a dos hombretones con espadas relucientes que le cortaban el paso.

Hem tampoco logró llegar muy lejos. Un pelotón les llevó a un claro cercano y un hombre de expresión malhumorada se acercó a ellos, murmurando:

—¿Quiénes sois?

—Estamos de paso —dijo Hem.

—¿Sois gente de Adriano?

—No, escapamos de la batalla.

El hombre se rió.

—¿Cobardes? ¿Habéis salido corriendo?

—Digamos que es fácil cansarse de eso y que nos aburríamos —dijo Markham.

—Pues yo digo que sois hombres de Adriano.

El acento, los ojos como dos pedazos de pedernal, la barba revuelta... De pronto Markham se dio cuenta de que este hombre era Guevara. *El Infierno es para los famosos. Puede que ése sea el mayor pecado, después de todo. Pero aquí hay también una gran abundancia de figurones con lanza... en el sentido más literal. Quizá fueron famosos hace diez mil años. Pero, entonces, ¿por qué yo?*

—Una vez bebimos juntos, ¿te acuerdas? —dijo Hem con voz tranquila.

Guevara le examinó más atentamente por entre la claridad polvorienta del lugar.

—Ah, sí. El escritor. Ahora tenemos aquí a dos norteamericanos, en un sitio donde no deberían estar.

—El Infierno es libre y gratuito —dijo Hem con desprecio—. Totalmente gratuito.

—No para todos —dijo Guevara. Chasqueó los dedos y un hombre bajito y gordo se acercó corriendo a ellos. Markham vio que había unos veinte hombres con armas en las manos formando hileras en la penumbra. Bastante cerca de ellos vio a tres que mantenían cautivo a un hombre con las manos atadas. Markham reconoció la gruesa nariz de Adriano. Su rostro permanecía sombrío e inexpresivo. La sangre goteaba lentamente de su nariz y manchaba el blanco deslumbrante de su túnica.

—Hazles cosquillas —dijo Guevara.

El hombrecillo gordo que vestía un sucio uniforme sacó un cuchillo y, sin vacilar, pinchó a Markham en las costillas, con un gesto casi maquinal.

—¿Dónde? —preguntó Guevara—. ¿De dónde venís?

Markham le dio una patada en los testículos. Alguien le cogió por detrás y tiró de su brazo como si pretendiera desgajarlo de su hombro. Markham giró hacia la derecha y Hem se lanzó sobre la espalda del hombre que le sujetaba y un segundo después el rostro del hombrecillo gordo apareció ante él. Markham le dio un puñetazo. El hombrecillo le lanzó una cuchillada, pero falló y un instante después rodaron por el suelo y Markham sintió que sus fosas nasales se llenaban de polvo.

Alguien le dio una patada en el costado y luego se encontró nuevamente en pie, con las manos sujetas a la espalda. Guevara se le acercó sonriendo.

—Estás confesando tu oposición a la revolución.

—¿Qué revolución?

—Cualquiera. ¿Acabas de llegar? Sí. Entonces, ¿querrías unirme a ella? ¡A la revolución! A luchar abriéndote paso contra Adriano, los diablos y todo lo demás.

—¿Dónde iréis luego?

Guevara señaló hacia lo lejos.

—Más allá.

—¿Conoces un camino para escapar?

—Lo encontraremos.

—¿Estás condenado a la revolución perpetua?

Los labios de Guevara se apretaron en una mueca.

—Estás intentando ser gracioso.

Markham estaba todavía aturdido por la curiosa exaltación que se había ido acumulando lentamente dentro de su ser después de ver a Newton. Durante su vida en la Tierra se habría comportado con mucha cautela ante un hombre como Guevara, pero ahora le veía como algo despreciable y en todas sus fanfarronadas de macho sólo encontraba un mero espectáculo.

—No soy tan gracioso como todo este ritual vacío.

—¿Eres amigo de Hemingway?

—Claro.

Guevara se volvió hacia Hem y le sonrió.

—Huiste de Cuba antes de que pudiéramos rebanarte el cuello.

Hem le sonrió con frialdad y guardó silencio.

Guevara contempló a los dos hombres como haciendo cálculos.

—Esta vez no cometeré ningún error. No confío en ti.

—Confiar, ¿para qué? Déjanos ir, ¡maldita sea!

—Cuando el grupo de rescate que viene buscando el rastro de Adriano se despliegue, os harán preguntas y descubrirán por dónde nos hemos ido.

Markham sintió un escalofrío de abatimiento, en lo más hondo de su ser, y su cuerpo se envaró dolorosamente, luchando contra el viejo temor.

—Entonces, llévanos contigo.

Guevara meneó la cabeza rechazando esa idea. Agitó una mano y se volvió hacia el hombrecillo gordo.

—Encárgate de ellos.

Guevara lo dijo con una tranquilidad tan obvia que Markham supo que ya había dado esa orden antes de la misión actual y que volvería a darla en el futuro con idéntica despreocupación.

Partiendo de su experiencia, Markham podía comprender la lógica de Guevara. Aunque los muertos volvían al Infierno, reaparecían en otro lugar y pasado cierto tiempo... mucho después de que esta pequeña escaramuza hubiera terminado. Un modo sencillo de librarse de tipos incómodos.

El hombrecillo era rápido. Se le acercó con el cuchillo bastante bajo y luego lo alzó levemente, con los ojos clavados en él, deslizándolo por encima del polvo. Markham tensó el cuerpo contra los brazos que mantenían sus manos sujetas a la espalda. El hombrecillo hundió el cuchillo en su vientre y por un instante sintió el impacto, pero nada más. Luego el frío y lento dolor del golpe fue penetrando en su ser y el miedo le hizo retorcerse. Después de eso, las manos ya no le sujetaron más y Markham se lanzó sobre el hombrecillo. Su puño salió disparado y le dio un buen golpe en la mejilla. El rostro se esfumó y Markham se encontró corriendo, rodeado de gritos, con el dolor convertido ahora en una incómoda molestia que le hacía ir más despacio y con la agradable sensación de que por fin podía utilizar sus tensos músculos para respirar hondamente y correr.

Alguien le lanzó un mandoble, pero se agachó hacia un lado, sintiéndose ágil y seguro sobre sus pies. Los rostros pasaban junto a él con un aspecto fluido, cual si estuvieran bajo el agua, y oyó pies que corrían detrás suyo. Cuando encontró un angosto trecho, libre de maleza, se volvió hacia atrás, esperando ver a los hombres de Guevara persiguiéndole, pero era Hem, trotando a su espalda.

Siguió así durante un rato. Se encontraba bien, quizá los asesinos de Guevara vinieran detrás suyo y, de todos modos, así no sentía el dolor. El dolor estaba sentado dentro de su cuerpo, como un ascua reluciente que aguarda el momento de incendiarse, pero si seguía corriendo podía mantenerlo medio apagado.

Pero un instante después, sus pulmones se incendiaron, su corazón vaciló dentro de su pecho y tuvo que disminuir el paso.

Hem estaba bastante detrás. Quizá le había gritado algo, pero en su mente no logró formar nada claro y sólido. Recordó una película que había visto, *Barry Lyndon*, y cómo al final, en la última imagen congelada de un hombre lisiado, de rostro amargo, que entraba en un carruaje, aparecía en sobre-impresión con un frío y moderno tipo de letra la siguiente frase: *Penséis lo que penséis de esta gente, ahora todos son iguales.*

Pero no era cierto. Aquí nadie era igual, todos seguían sus propias trayectorias, moldeados por sus obsesiones.

Le pareció que eso era importante y, mientras seguía corriendo, sintiendo cómo sus piernas se iban empapando con la sangre, supo al fin lo que Newton pretendía decirle.

Markham se encontró entre rocas y trepó por encima de unas cuantas. No podía ver bien. Un enjambre de puntos purpúreos revoloteaba ante sus ojos y por ello no sintió demasiada sorpresa cuando su pie resbaló en la sangre y sintió que el peñasco se le escapaba, cediendo repentinamente. Se ladeó, osciló y desapareció rebotando estruendosamente bajo él.

Tanteó buscando algo a lo que agarrarse, cualquier cosa. Encontró un arbusto... lo perdió... sus dedos arañaron la lisa superficie de una roca... se cerraron sobre el polvo... se debatió locamente... y se desplomó, cayendo en línea recta hacia las profundidades. Distinguió fugazmente un angosto cañón rocoso, con el suelo acercándose tan aprisa que no le dio tiempo ni de gritar.

Despertó cierto tiempo después.

Esta vez no le dejarían morir tan rápido. Intentó mover las piernas y vio asomar su rótula izquierda, como una hoja blanca que le hubiera penetrado limpiamente de una cuchillada. También el brazo izquierdo se encontraba retorcido en un ángulo imposible y no lograba moverlo.

El dolor no parecía importar demasiado esta vez. Era sencillamente otro obstáculo en el curso de sus pensamientos.

Hem emergió de la oscura y polvorienta radiación celeste.

—¡Maldito idiota! —dijo—. Te advertí de que no corrieras estando herido.

—Estás cabreado porque te he ganado, nada más.

Se había referido a la carrera, pero Hem pensó que se refería a otra cosa. Aquel hombretón de aspecto salvaje contempló las heridas de Markham y asintió. Markham observó el rostro de Hem y supo que, ocurriera lo que ocurriese, Hem no moriría. No podía morir. Se lo habían negado y le estaría negado para siempre. Se había preparado durante toda su vida para algo que aquí no podía conseguir.

Hem se acuclilló junto a él.

—De todos modos no nos han seguido —dijo—. Tienen que huir también.

—Cla... claro.

—Deja que le eche un vistazo.

—Me encuentro bien.

—¡Y un infierno!

—¡Oh!

—¿Te duele mucho?

—Ya me estoy acostumbrando.

—Respira hondo. Ayuda.

Lo hizo y, unos instantes después, de sus entrañas fue subiendo una lenta e insidiosa debilidad que se extendió por su pecho y sus brazos.

—También te han dado —señaló hacia la camisa de Hem, donde crecía una mancha rojiza.

—Ese pequeño bastardo me lo metió en las costillas cuando pasé junto a él.

—Usaron otra vez el viejo número de la caída.

—¿Funcionó?

—No. No me da miedo. Se les están acabando las ideas.

—Tienen montones de ideas.

La nubes clareaban un poco, pero seguían tapando el cielo. Se movió un poco, para aliviar el sordo dolor que sentía en sus entrañas, y vio que las nubes estaban ahora más iluminadas, como si el Ojo, la estrella o lo que fuera, aumentara su radiación; pero la niebla se negaba a dispersarse para dejarle ver lo que había sobre ellos. Nunca conseguiría mirar directamente el Ojo.

Ahora estaba muy lejos, aunque pudiera sentir la dura arena sobre la cual yacía, y ya no había problema alguno. Esta vez iba a ser malo y lo sabía, pero ahora no importaba. En su interior se encontraba el miedo a la muerte que habían utilizado los diablos y sabía que ese miedo no iba a desaparecer, pero había aprendido cómo correr ese riesgo y ahora sabía que el riesgo de morir valía la pena. Había aprendido algo de Newton, aunque no lo comprendiera del todo. Les había vencido, fueran quienes fuesen los gobernantes de este lugar, sencillamente con enfrentarse a lo que temía.

Hem estaba diciendo algo, pero no le podía oír muy bien a causa de los redobles. *¿Campanas de iglesia? Claro, campanas de iglesia en el Infierno.*

Era sólo el interminable repicar de la conmovición y de la pérdida de sangre en sus oídos, estaba seguro de ello. Su conciencia, eternamente reduccionista, flotaba sobre

él con una explicación sencilla a punto. Siempre estaba a punto.

Sintió un soplo de aire húmedo, lo saboreó y entonces lo supo.

La idea que había estado intentando formular quedó clara finalmente y Markham movió la cabeza, para sí mismo, con el orgullo del profesor que se alegra por haber acabado comprendiendo.

Ahora todos son iguales. Y todos son igual de importantes.

El enjambre de tics y de rasgos particulares que formaba cada personalidad humana y que emergía del mar del misterio para subsistir...

—No se acaba —dijo.

... la ciencia había dejado eso de lado, encerrándose en el santuario del infinito mundo de la física, como proveedor del orden...

Hem rió.

—Claro que no —dijo con voz amable.

... lo importante no era algún Verbo de la Mente o un Espíritu del Universo que fuera un eco vacío del viejo Dios muerto... no un flácido compromiso que lo sustituyera, alguna idea abstracta servida por teólogos modernos, no muy a gusto con su labor...

—Sabes, cuando vuelva...

—Te guardaré una cerveza.

—... creo que me dedicaré a la escalada.

No... eras tú y todos tus frágiles y humillantes recuerdos y odios, amores y miedos... eso era lo importante.

—Que se joda la ciencia —dijo Markham—. Esto me gusta más.

Percibió tenuemente que, al persistir aún la libertad de acción, el Infierno no podía ser definitivo. Sus costumbres de matemático le proporcionaron inmediatamente la visión de una serie infinita de hiperespacios alabastrinos y carentes de aire, cada uno doblado dentro del otro, con la blanca pelota de ping-pong que era el Yo rebotando entre ellos...

Su cuerpo se aflojó sobre la arena que olía a pino y se preparó para dejarse llevar en las fauces de los chacales, con rumbo hacia aventuras todavía mayores que ésta, hacia lugares ignotos que yacían en las entrañas de la Gran Bestia.

Ganadores del premio de poesía Rhysling

Aunque no existe un premio Nebula para la poesía, el problema está más que suficientemente solventado con el premio Rhysling de la Asociación de Poesía de Ciencia Ficción, para poemas largos y cortos. El nombre del premio viene del poeta ciego de los senderos espaciales que aparece en «Las verdes colinas de la Tierra», una historia escrita por el Gran Maestro Nebula Robert A. Heinlein y publicada en 1947. Ha llegado a ser ya tradicional publicar a los ganadores del Rhysling en la antología anual Nebula.

Susan Palwick, ganadora en la categoría de poema corto, ha publicado tanto ficción como poesía en *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* y en *Amazing Stories*. Se graduó en la Universidad de Princeton, donde ganó el premio de poesía de la Academia Norteamericana de Poetas, y en Clarion West y trabaja ahora en la junta editorial de *The Little Magazine*.

Andrew Joron, ganador en la categoría de poema largo, ha recibido ya tres veces, con éste, el premio Rhysling. Sus poemas y ensayos han sido publicados en numerosas revistas, entre ellas la *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, *Amazing Stories*, *New Worlds*, *Portland Review* y *Foundation*. Es editor de *Velocities: A Magazine of Speculative Poetry* y de *Velocities Chabook Series*. Sobre *Forcé Fields*, una antología reciente de sus poesías, Brian Aldiss ha apuntado: «Joron escribe sin florituras y sabe producir emoción, deleitando tanto al ojo como al oído y, al mismo tiempo, transmite una carga de significado».

Joron estudió historia de la ciencia en la Universidad de Berkeley, California, y vive en esa comunidad. Piensa que la creciente vitalidad de la poesía de SF demuestra una tendencia vital dentro del género:

El poeta nortamericano Bart Crane sugirió que había cierta analogía entre la química y la literatura. Si a una obra le falta lo poético se encuentra tan alejada de la realidad como la fórmula usada para describir una reacción química; en tanto que la escritura poética es la reacción química en sí. Usando esta analogía, la poesía de SF supondría una reacción similar a la del superfluido helio 3, una sustancia descubierta recientemente que, cuando se encuentra cerca del cero absoluto, no obedece a ninguna de las leyes clásicas que gobiernan el movimiento de los líquidos... del mismo modo que una auténtica poesía de SF no obedecería a ninguna de las leyes habituales, por las que se rige la prosa que cuenta historias.

* * *

SUSAN PALWICK

La mujer del vecino

De vez en cuando le brotan alas,
mas de momento no ha volado
más allá del montón de leños
donde hace seis meses lo encontramos.
Colin Wilcox pensó que era su mujer
que volvía en forma de ángel.
Entonces aún llevaba su tocado,
el cuerpo prisionero
en una cesta de metal retorcido.
Colin lo liberó,
murmurando algo sobre arpas y halos,
y los demás guardamos silencio.
Colin lo llevó hasta su casa
y durante tres semanas cuidó de él en su lecho,
en el lado frío desde que Marella,
la vieja Marella, tuvo un ataque de corazón.
Cuando pudo caminar sobre sus seis piernas,
Colin le enseñó a freír el tocino,
a cuidar del jardín, a ordeñar las cabras,
que se encogen cuando las toca.
«Le recuerdo todo lo que olvidó en el Cielo»,
nos dice, pero aún no ha recordado el habla.
La nueva Marella es púrpura y croa
como las ranas en las noches más cálidas del verano,
y debe venir de algún lugar, si es que no viene de Dios.
En los últimos tiempos
ha empezado a usar esas minúsculas alas
para acarrear los troncos más gruesos.
Y pensando en Colin,
nadie ha intentado asustarla para que se vaya.

The Neighbors Wife

It sprouts wings every few weeks / but as yet has flown no further / than the woodpile in the yard / where we found it six months ago.

Colin Wilcox thought it was his wife / returned as an angel. It still wore / its headset then, lying trapped / in a crushed metal basket.

Colin freed it, muttering something about harps and halos, / and the rest of us stayed quiet. Colin carried it / into the house and for three weeks nursed it / in his bed on the side unwarmed since Marella,

the old Marella, had her heart attack. / When it could walk on six logs Colin taught / it to fry bacon, weed the garden, mild / the goats, which cower at its touch.

«Reminding her what she forgot in Heaven», / he tells us, but she has not remembered speech, / this new Marella who is purple and croaks / like bull-frogs on the hottest summer nights,

who surely came from somewhere, if not from God. / Lately it uses those stubby wings to carry / the heaviest logs from the woodpile. For Colin's sake / no one has tried to frighten it away.

ANDREW JORON

Varados en Destino Cinco

Último comunicado: largos paseos junto al borde
De esa tierra que llamamos «la falla»
Donde el anochecer es eterno.
Hay tres soles y el más grande
oscila continuamente
deformado por las mareas
Como una mancha sobre el sur del horizonte,
en tanto que el más pequeño
Cada vez que se eclipsa abre un agujero de llamas
En la capa de helio que envuelve al gigante.
No hemos hablado demasiado esta mañana
Desde que divisamos los Riscos de Carven
espectro Analizados en órbita: murallas de una suavidad
que no puede ser natural
como espejos de agua
Salpicados a intervalos por una oscura simbología.
Ahí enterramos a Johnson
Otro caso de petrificación
... por qué
Deben helarse todos
En esa postura característica
no tenemos instrumentos
Y a veces resulta duro distinguir la muerte de la vida
ahora quedamos nueve
Otro fenómeno, por el momento
Ausente de los informes: no hay milagros
sólo unos cuantos trucos sensoriales: presagios en agua clara
Las columnas que flotan
De tamaño y sustancia indeterminadas
acompañándonos en nuestros viajes
Como espíritus herméticos, vigilantes de la Eneida
¿los guardianes de un muro abandonado?
Quizá las sombras geométricas de nuestras mentes andando a ciegas
Un océano lleno de algas rosas sus ciclos

florales de gasa impalpable llenan el aire
con el clamor de un millón de violines
hebras impalpables
Tejidas entre las rocas... que parecen latir
Alterando su color Para seguir nuestras voces
Nieblas metálicas acumulándose en formas
Que se rompen reponiendo al artista de nuestra desesperación
El cuerpo sibilante de la atmósfera
Desciende sobre nosotros cual una montaña
Los poros de la carne celeste
Apareciendo en los tendones y dibujos del viento
Abriéndose cual tumbas de luz para rodear nuestras cabezas
Los huesos cromados de
nuestra lanzadera conforman
un lenguaje perdido de objetos brillantes
... los engranajes sagrados De una máquina divina
Y debemos andar por entre estos tótem retorcidos
Un grupo de trajes espaciales vacíos Envueltos en espuma
la caricia corrosiva Controlada a distancia
Por un ejército de recuerdos artificiales y sin motivo,
debemos seguir buscando
Un fragmento de ciencia perdida
Derribados caemos de rodillas bajo la pesada gravedad
Hasta suponer que nuestra última postura mística Será como
formar una tradición De esculturas abstractas
Dispersadas a lo largo de una playa escarlata.

Shipreckd on Destiny Five

Final communiqué: long wandering / near the edge / Of the so-called «fractured»
terrain / Where night is always falling

The largest of three suns / is tidally distorted / perpetually / Smearred above the
south horizon / while the smallest / When eclipsed, burns a hole / Right through that
giant's helium husk

None of us has spoken / much this morning / Since we sighted the Carven Cliffs /
spectro / Analyzed from orbit: walls of unnatural / smoothness / reflective as water /
But splashed at intervals / By a dark symbology

We buried Johnson there / Another case of metrification / why / Should they all
freeze / In that characteristic attitude / lacking instruments / It's sometimes difficult to

tell / Death from life / there are nine of us left

other phenomena, so far / Unreported: surely no miracles / Only a few / Sensory tricks auguries in clear weather

the floating columns / Of indeterminate size / substance still pacing us in our travels / Like spirit-stanchions, an all surveying / Ennead / the guardians / Of an abandoned world? or the roving / Geometric shadows of our minds

An ocean clotted with pink algae / their floral / Cycles of tiny outgassing / Fill the air / With the clamor of a million violins

weedy tissues / Woven into rocks that seem to pulsate / Altering their hue / With the pattern of our voices

Mists of metallic particles / gathering in shapes / That tease and respond to the artistry of our despair

The whistling body of the atmosphere / Lowers upon us like a mountain / The very pores of skyflesh / appearing / In skeins and sinews of the airflow / Opening like graves of light around our head

The chromium bones of / our landing craft become / A lost language of shiny objects / the sacred gears / Of a god machine

we must tread among these / warped totems / A crew of empty spacesuits / Mantled in corrosive / caressing spume / Remote controlled / By a host of artificial memories / motiveless, we must continue / Searching / For some piece of fallen science

ground down / To our knees by the heavy gravity / Until we assume / our final / somehow mystical / Postures / forming a tradition / Of abstract sculpture / Scattered along a scarlet beach

BILL WARREN: (Películas de ciencia ficción en 1986)

Es importante ir observando lo que ocurre en la SF visual, ya que este aspecto del género llega a un máximo de público y distorsiona en alto grado las posibilidades de la SF. Los directores de películas de SF no pueden evitar que su trabajo se realice contra un telón de fondo formado por la SF impresa, por muy inconscientes que puedan ser de ello, y sufren el doble problema de atender a las exigencias de hacer una buena película y cumplir al mismo tiempo con lo que pide la buena SF. Con todo, los directores no deberían tener más problemas, en el momento de cumplir con esta doble exigencia, de los que tienen los escritores al cumplir, al mismo tiempo, con las demandas de una buena SF y de una buena literatura.

Al no haberse concedido últimamente premios Nebula a las Presentaciones Dramáticas, Bill Warren se ha encargado de echarle una mirada a las películas de SF en estos volúmenes. Warren es autor de un amplio e inteligente examen de las películas de SF norteamericanas de los años 1950 a 1962, en dos tomos, llamado *Keep Watching the Skies!*

Ha trabajado como guionista de cómics, historiador y crítico de cine.

Esto es lo que escribe sobre su artículo de este año:

Lo que sigue es un examen, película a película, de la SF que se distribuyó en Estados Unidos durante 1986. He intentado incluir algunos telefilmes, al igual que la mayor parte de los títulos que fueron distribuidos directamente en vídeo y que forman un porcentaje creciente del total. No se trata tanto de un estudio como de un reportaje. Estoy ampliamente en deuda con Bill Thomas por la ayuda que me ha prestado en la preparación de este informe anual, al igual que en todos los trabajos de esta naturaleza. Es un buen amigo y un investigador muy meticulado, y sería incapaz de trabajar sin él.

Mil novecientos ochenta y seis parece haber sido un año de transición para las películas de ciencia ficción. Hubo pocas que tuvieran grandes presupuestos y una gran cantidad de las que se vieron derivaban de películas anteriores. Pero cualquier año en el que se incluya un título que, probablemente, será considerado como un clásico del género es un año importante.

Cuando yo era niño, en los años 50, estaba obsesionado con la ciencia ficción, tanto en el cine como fuera de él, y deseaba apasionadamente que llegara la fecha mágica del milenio, en el cual Hollywood empezaría a hacer películas de ciencia ficción con grandes presupuestos y en las que habría estrellas y directores de verdad. Estaba seguro de que entonces descubrirían la ciencia ficción escrita y de que todos mis relatos favoritos pasarían al cine. Después de todo, ¿cómo era posible que no pasaran al cine? En esos momentos había montones de obras altamente cinematográficas rondando el género: Lewis Padgett, Robert A. Heinlein, Asimov,

Anderson... cada uno tendrá su propia lista.

Bien, amigos míos, el milenio ha llegado y estamos rodeados por gente que hace películas de ciencia ficción. Prácticamente cada estudio produce una al año, como mínimo, y a menudo hacen montones de dinero con ellas.

Y existe además otro fenómeno: *Cuenta conmigo*, *El color del dinero*, *¿Qué pasó anoche...?*, *Hijos de un dios menor*, *Crímenes del corazón...*^[12] todas estas películas de 1986 dieron dinero y eran adaptaciones. De acuerdo, las que hicieron más dinero eran guiones «originales» para el cine, pero siempre hay adaptaciones y el número de guiones originales que fracasaron sonadamente es mucho mayor que el número de adaptaciones fallidas.

Entonces, ¿dónde están las adaptaciones de SF? Alguien familiarizado con la industria afirma que son tan escasas en parte porque la gente con dinero, los que financian la película, son mucho más estúpidos de lo que nadie podría llegar a imaginar: no saben nada de cine, nada de libros y no saben nada de nada... excepto de hacer dinero. Peor aún, los ejecutivos de nivel medio, los que en realidad deciden lo que se va a hacer, están aterrorizados ante la idea de perder su empleo y por lo tanto sólo quieren hacer películas que vayan a tener el éxito asegurado. Pero la originalidad les preocupa y tienen la sensación de que deben hacer películas que se parezcan a los grandes éxitos del pasado. (Nótese cuan a menudo aparece la palabra *derivado* en este artículo). Y casi toda la SF escrita no se parece en nada a las películas hechas en el pasado. Incluso si una adaptación diera beneficios increíbles, no llevaría a que se hicieran más adaptaciones... sólo a que se hicieran imitaciones.

El mensaje que emite casi todo el mundo metido en el negocio del cine, capaz de construir correctamente una frase y que haya leído alguna obra de ficción, aparte de los contratos, es el siguiente: alegraos de que las películas no sean todavía peores de lo que ya son. El potencial que tiene la industria para crear desastres es mucho mayor del que podría pensarse en la más pesimista de las pesadillas. Sí, *Clan of the Cave Bear* es francamente horrenda y *Máximum Overdrive* apesta como un conejo atropellado por un coche, dos semanas después de estar en la cuneta... pero al menos 1986 nos dio *La mosca*.

La mosca es aterradora, extraña, divertida, inquietante y conmovedora. No se parece a ninguna otra película. Cronenberg es un artista de lo horrible, posee una inteligencia aguda y sardónica y cree que tiene una misión artística que llevar a cabo. Al igual que en otras películas de Cronenberg, en *La mosca* el científico Seth Brundle (Jeff Goldblum en una de las mejores interpretaciones de SF que se han visto) ha empezado a enredar con la carne. Aquí, al igual que en la película de 1958 y en el relato original de George Langelaan, lo que se utiliza es la transmisión de la materia. Brundle es un hombre apartado de la sociedad, un tipo brillante que vive encerrado en su laboratorio y que entra en relación con la periodista de temas científicos Verónica Quaife (Geena Davis), lo cual molesta a su antiguo amante, Stathis Borans (John Getz), el editor de la revista en la cual trabaja. Temiendo que Veronica haya vuelto

con Stathis y esperando que ello le demostrará su valía, Seth se transmite a sí mismo en su aparato sin darse cuenta de que una mosca ha entrado en la cabina de transmisión. Él sale de dicha cabina aparentemente en perfecto estado de normalidad. Pero, con el paso del tiempo, partes de su cuerpo empiezan a desprenderse y Seth sufre una metamorfosis.

Cronenberg sabe que los ordenadores son estúpidos y que sólo están enterados de aquello que les explicamos previamente. Y el ordenador que maneja el aparato teleportador de Seth, no teniendo otra opción a su alcance, ha mezclado los genes de Seth y de la mosca. Seth, lenta y espantosamente, se va convirtiendo en una amalgama de mosca y ser humano. Chris Walas, que ha diseñado y creado a la criatura final, ha llevado a cabo un trabajo impresionante.

Pero *La mosca* no se limita a unas imágenes horribles. La película está centrada en la gente a la cual le ocurren todas esas cosas terribles. En parte es una historia de amor y en parte es un drama. Además, es sorprendentemente divertida casi todo el tiempo. Un monstruo, capaz de hacer chistes amargos sobre su estado, es algo tan nuevo como maravilloso. El guión está firmado por Charles Edward Pogue y por Cronenberg, pero aunque el argumento original de Pogue ha sido conservado, el director se encargó de volver a escribir todo el diálogo y creó nuevos personajes. Aún más que sus otras películas, ésta deja bien sentado que Cronenberg es un director de primera categoría.

Algunos críticos han pensado que la metamorfosis de Seth es una alegoría de todas las enfermedades degenerativas, como el SIDA; en tanto que Cronenberg piensa que, de ser algo, es una metáfora del envejecimiento. Que el amor sea capaz de sobrevivir, aunque se enfrente a un horror siempre creciente, es lo que hace a la película tan emocionante. Estamos ante algo más que una película de horror; estamos ante una tragedia real. *La mosca* es una de las mejores películas de ciencia ficción que he visto.

La otra gran película de ciencia ficción del año es *Star Trek IV. Misión: salvar la Tierra*. El argumento es, por decirlo suavemente, algo complicado, pero la narración es fluida y los actores se encuentran muy a gusto interpretando papeles que han ido moldeando, para sí mismos, durante veinte años. De las cuatro películas de la serie *Star Trek*, ésta es la que ha logrado estar más cerca de captar lo mejor de la vieja serie televisiva, aunque sea probablemente la más barata.

Es probable que ya conozcan la historia: Kirk, Spock y sus compañeros retroceden en el tiempo hasta 1986 para conseguir un par de ballenas y un biólogo especializado en cetáceos. Las ballenas sirven para difundir un mensaje obviamente sincero, pero nunca demasiado recalcado, al igual que ocurría en la serie de televisión. Leonard Nimoy, que ha dirigido mucho mejor esta película que su predecesora, escribió el argumento con el productor Harve Bennet y el guión final es de Bennett, Steve Meerson, Peter Krikes y Nicholas Meyer. *Star Trek IV* es una película sólida con unas cuantas ideas imaginativas, buenos sentimientos y

prácticamente alguna réplica divertida para todo el reparto. La tripulación del *Enterprise* ha vuelto, tal y como los Trekkers (y, obviamente, gran parte del público que va al cine) deseaban que fuera. Supongo que si se llega a filmar la quinta película de la serie, William Shatner se encargará de la dirección.

Star Trek IV, para sorpresa de todos, logró vencer a *Aliens*, que había obtenido una excelente reputación, incluso antes de ser estrenada. En términos críticos creo que esa reputación era excesiva y que la película no era ni tan buena, ni tan original como *Alien, el octavo pasajero*. Hablando en términos argumentales, *Aliens* ni tan siquiera es una película de ciencia ficción. La misma historia con los mismos personajes y conservando gran parte de la acción podría haber sido situada en cualquier período histórico. Podría tratarse de la caballería rescatando a una niña de los indios, de los lanceros británicos rescatando a una niña de los Hombres Peludos o de unos cavernícolas rescatando a una niña de unos monos malos. La película no consigue abrir nuevos caminos en el terreno de la ciencia ficción ni en el de la aventura.

Pero *Aliens* fue la mejor película de acción del año. Era una auténtica montaña rusa de sustos y sorpresas deslumbrantes. Escrita y dirigida por el James Cameron de *Terminator* (y coguionista de Rambo), la película avanza a toda velocidad y tiene un excelente acabado visual. (Los diseños son obra de Ron Cobb, de *Aliens*, y de Syd Mead, de *Blade Runner*). Pero tiene algunos problemas. No me gustó demasiado que Cameron echara por la borda todo el aspecto biológico de los «aliens» cuidadosamente desarrollado por Dan O'Bannon. Está claro que Cameron ama las armas pero, ¿por qué todos esos personajes del futuro deben utilizar armas y municiones de ahora? Y el desenlace final, en el que anda metida una esclusa de aire, es científicamente insultante.

La última mitad del filme es un diluvio prácticamente continuo de acción, con helicópteros espaciales que se estrellan, «aliens» corriendo por todos lados, intentos de asesinato, pistolas y rifles disparando a diestro y siniestro, monstruos que se dejan caer del techo y sólo cuatro horas para salir del planeta antes de que todo vuele en pedazos. Sin embargo, Cameron se las arregla para trabajar un poco en sus personajes, utilizando muchos estereotipos pero buenos actores, siguiendo el modo clásico de Howard Hawks y John Ford para tratar con los estereotipos. Y Sigourney Weaver está increíble como heroína.

Una película para la televisión inglesa apareció en vídeo, pero el personaje central ya era familiar para los norteamericanos: lo era tanto, que en marzo de 1987 se empezó a emitir una serie de prueba con seis episodios en la ABC-TV. Su famoso héroe apareció en anuncios de Coca-Cola, portadas de revista y en bastantes chistes. Era Max Headroom, un busto parlante generado (supuestamente) mediante ordenador, dotado de un ingenio deslumbrante y tan feroz como cualquier ejecutivo moderno, vagamente «Nueva Ola», pero capaz de superar cualquier frontera de edad. Incluso los que están más enamorados de Max siguen sin darse cuenta de que se trata del actor Matt Frewer con una peluca de látex y lentes de contacto azul brillante. Su

imagen ha sido manipulada mediante el vídeo, pero no se trata, desde luego, de nada generado por un ordenador. Si a usted le gusta Max se debe a Frewer y a sus guionistas. Tengo la esperanza de que Frewer se esté volviendo insultantemente rico.

La deslumbrante y divertida *Max Headroom* es una de las mejores películas de SF de 1986 y está llena de ingenio sardónico e ideas brillantes. Dado que Max está atiborrado con los clichés de la cultura pop, resulta muy adecuado que su historia sea poco original. Es como si los mundos de *Blade Runner* y *Brazil* se hubieran estrellado el uno contra el otro gracias a un argumento escrito por los chicos de Monty Python. Ambientada «veinte minutos en el futuro», *Max Headroom* presenta un mundo dominado por codiciosos ejecutivos de la televisión (incluso los vagabundos callejeros poseen, cada uno, como mínimo, varios aparatos en color) pero salvado de la destrucción por el reportero Edison Cárter, una especie de cruzado justiciero (también Frewer, un auténtico hallazgo de hombre). Las fuerzas del mal intentan matar al avisado Cárter, que está metiendo las narices donde no debe y se encuentra a punto de averiguar que unos anuncios televisivos concentrados acaban haciendo explotar a los espectadores habituales de los mismos. Aunque Cárter resulta solamente herido, su mente es copiada con ciertas imperfecciones dentro de un ordenador, con lo cual se obtiene a Max Headroom, su doble de ojos algo saltones. La película fue dirigida por Rocky Morton y Annabel Jankel, escrita por Steve Roberts (a partir de una idea de George Stone, Morton y Jankel), diseñada por Maurice Cain y fotografiada por Phil Meheux. Todos ellos cumplen, de modo agudo y muy cuidado, con sus respectivos trabajos.

La televisión no ama demasiado reírse de sí misma, excepto cuando va dirigida a un público joven. Max es más peligroso que todos los que han satirizado anteriormente el medio. No se ríe de los viejos programas, sino del mismísimo concepto de la televisión. Los jóvenes son al mismo tiempo capaces de absorberlo ávidamente y burlarse de él y, dado que es una imagen paródica de la TV, Max resulta perfecto para tal audiencia. Sólo el tiempo será capaz de revelar si hay otras capas del público capaces de comprender sus bromas.

En la algo mecánica *Cortocircuito*, el robot héroe de la película, el Número Cinco, resulta tan atractivo que acaba barriendo de la pantalla a los personajes humanos, lo cual no resulta demasiado difícil por otra parte, ya que todos los personajes son puros clichés de repertorio. Afortunadamente, sin embargo, el Número Cinco es la estrella de esta película de pura diversión, altamente predecible pero razonablemente entretenida, gracias a Syd Mead, que diseñó al robot; Eric Allard, que lo hizo funcionar en la película, y Tim Blaney, que le da su voz.

La historia no soporta un examen demasiado riguroso en cuanto a su calidad como auténtica ciencia ficción. Cinco robots super soldados están siendo guardados nuevamente, tras ofrecer una demostración coronada por el éxito, cuando el Número Cinco sufre el impacto de un rayo, un truco que había parecido morir con Boris Karloff. El robot, ahora totalmente consciente y convertido en un individuo (esto es

«vivo»), parte a la ventura para ver el mundo. Debe atribuirse a los méritos del director John Badham (*Juegos de guerra*) que la película funcione tan bien como lo hace. Es cierto que en cuanto a originalidad pierde bastantes puntos (de hecho, no tiene ninguno ya que es una réplica virtual de *E.T.*), pero los gana en cuanto a espectacularidad, ritmo, buen sentido del humor y la encantadora personalidad del Número Cinco. Algunas personas que aman las películas de SF han fruncido el ceño ante ésta, pero es muy probable que a los niños les encante.

Hay películas que rondan en los canales televisivos de madrugada, esperando a que la gente las descubra y se enamore de ellas. Una de las famosas (o, al menos, conocidas) era *La tienda de los horrores*, rodada en el prodigioso tiempo de dos días, escrita por Charles B. Griffith y dirigida por Roger Corman. Howard Ashman, al que le encantaba esa vieja película, escribió un musical, para el off-Broadway con el mismo título^[13]. El musical fue filmado por el director Frank Oz a partir de un guión escrito por el mismo Ashman. *La tienda de los horrores* es hilarante, rápida e inmesamente imaginativa. Es, en suma, una delicia y una de las mejores películas hechas en Hollywood en el año 1986.

El poco agraciado Seymour Krelborn (Rick Moranis), dependiente de la nada lujosa floristería de Gravis Mushnik, encuentra y cuida de una pequeña planta llamada Audrey II. El nombre de la planta, bautizada por el propio Seymour, viene de la algo chillona Audrey (Ellen Greene), que también trabaja en la tienda. Hay un triángulo amoroso, un complot de la planta parlante (que acaba de llegar del espacio) para conquistar el mundo y varios números musicales de lo más animado. La planta es sorprendente. Con la rica y divertida voz de Levi Stubbs (de los Four Tops) y el increíble trabajo llevado a cabo por el creador y diseñador de la planta, Lyle Conway, Audrey II es uno de los mejores efectos mecánicos jamás vistos en la pantalla. Provista de unos labios, tan húmedos como expresivos, una «cabeza» que puede inclinarse a un lado y a otro, así como de zarcillos que no paran de enroscarse (y que no dejan de ejecutar sus propios chistes), Audrey II resulta casi imposible de explicar.

Frank Oz es probablemente más conocido por dos de sus otras personalidades, Miss Piggy y Yoda, ya que es uno de los creadores de Barrio Sésamo y los Teleñecos. En *La tienda de los horrores*, Oz se aparta decisivamente de los Teleñecos y entra en una carrera propia. Por desgracia, el resultado financiero de la película no fue todo lo satisfactorio que se merecía, pero estoy seguro de que con el tiempo acabará encontrando su público.

Una película probablemente destinada a no encontrar nunca su público es la nueva versión de *Invasores de Marte*. Hay un público para ella, sin embargo: los que sean capaces de reconocer su cuidadoso equilibrio entre la parodia y el melodrama. El guión de esta nueva versión de Tobe Hooper sobre el original de William Cameron Menzies, atribuido a Dan O'Bannon y Don Jakoby, es una inteligente mezcla de burla y sorpresas de la más pura ciencia ficción. Yo tuve la impresión de que los niños menores de doce años se lo tomarían todo en serio, en tanto que los espectadores más

adultos se lo pasarían bastante bien riéndose con la película.

Me equivocaba. La película fue un fracaso total y no logró recuperar más que 2 millones de dólares de su mucha más amplia inversión. En parte, ello fue debido al fracaso de su distribuidora (la Cannon) a la hora de promocionar adecuadamente la película, advirtiéndole al público de que, básicamente, ésta era una parodia inteligente. Pero el fracaso se debe también a la tozudez de Tobe Hooper, que parece no ser capaz de comprender que la mayoría del público sencillamente no comparte su sentido del humor. Yo tengo francamente claro que en *Invasores de Marte* hay muchos momentos en los cuales se supone que el público debe reír y que el tono de la película mejora y se hace más sólido a medida que ésta avanza. Pero en cuanto a *Invasores de Marte* 1986 me encuentro en minoría.

Otra catástrofe, tanto financiera como crítica, fue *Howard... un nuevo héroe*, producida por Lucas. Algunos críticos se cargaron a la película, más bien inofensiva, acusándola de ser violentamente infiel a su fuente, un personaje de los cómics Marvel que gozó de una breve popularidad en los años 70. Pero, en realidad, la película tiene todas las virtudes y los defectos de dichos cómics, especialmente cuando Steve Gerber, el creador de Howard, seguía a cargo de ellos.

Pero incluso si la película hubiera sido brillante (que no lo era), en su núcleo central hay un problema que, sencillamente, carece de toda posible solución: Howard es interpretado por un enano (o por varios) metido en un traje de pato, tan inexpresivo como poco convincente, y que jamás da la impresión de ser otra cosa. Peor aún, el guión obra del director Willard Huyck y su esposa Gloria Katz, no es lo bastante agudo e ingenioso. Y Huyck es bastante torpe como director. Él es un viejo amigo de George Lucas (escribieron *American Graffiti* juntos) y como productor ejecutivo Lucas le ha hecho un flaco favor a la película contratando a su amigo. Lo mejor de la película está en Jeffrey Jones y en los magníficos efectos especiales de la Industrial Light & Magic.

Pero *Howard... un nuevo héroe* aburre bastante entre efecto y efecto. La película no parece tener ningún fin determinado... y tampoco parece ir dirigida a ningún tipo de público en particular. Los pocos que aún recuerdan el cómic, que está ahora reducido a un fenómeno de culto, fueron repelidos de antemano por la publicidad de la película. No me sorprende que ésta fuera todo un fracaso.

Cuando una película fracasa normalmente suelo lamentarlo. Sé que prácticamente todas las películas se hacen gracias a gente de talento que trabaja duramente y que lo hace tan bien como puede para crear algo que sea digno de contemplar. (Quizá no debiera trabajar como crítico). Pero, de vez en cuando, aparece una película que me resulta tan aborrecible que siento una malvada alegría cuando fracasa.

Una película de esa categoría es *KingKong 2*.

A decir verdad King Kong muere,^[14] pero me temo que eso no habría dado mucho de sí como título. Aunque desde luego no fue de mi agrado. No quedé horrorizado por la nueva versión que Dino de Laurentis hizo en 1976 de la magistral

película del año 1933, pero estaba claro que no hacía falta ninguna secuela. El *King Kong* del 76 no resultó especialmente popular y ahora ya ha sido casi totalmente olvidado, salvo por haber sido la primera película de Jessica Lange. De Laurentis parece haber hecho esta segunda parte básicamente para aprovechar el estudio que tiene en Wilmington, Carolina del Norte.

Kong sobrevivió a su caída del World Trade Center, pero se encuentra en coma, por lo que se le instala un corazón artificial. Mientras tanto, un explorador en Borneo (una Borneo que incluye indios, jaguares y papagayos) tropieza casualmente con una gigantesca hembra de mono, provista de unos pechos enormes. Naturalmente, es lady Kong. Naturalmente, es traída a Estados Unidos y, naturalmente, King Kong se escapa para reunirse con ella. Tras una serie de movidas peripecias, el ejército se carga a Kong, Kong se carga al ejército y Kong ve nacer a su hijo antes de exhalar el último gruñido. En todo el cine no hubo ni un solo ojo humedecido.

La película es torpe, carente de estilo y no consigue interesar ni un solo segundo. El «sofisticado» guión de Ron Shusett y Steven Pressfield es tan insolente como arrogante. El director John Guillermin se ha enfrentado a dicho material sin tomarse demasiadas molestias. A la película le falta incluso la poca espectacularidad que tenía el primer Kong de Dino, dirigido también por Guillermin. Hay una y puede que incluso dos buenas escenas al final, cuando Kong ataca al ejército, pero resulta demasiado poco y llega demasiado tarde.

El encanto de Sean Connery fue incapaz de salvar a *Los inmortales*. Connery es un actor carismático y dotado de talento, aparte de ser una auténtica estrella (pregúntenme alguna vez sobre la presentación de una película a la que asistió), pero en los últimos tiempos da la impresión de que escoge muy mal sus trabajos. Tal y como sugirió Joe Dante, quizá tenga el agente artístico de Bela Lugosi. Debe existir alguna explicación que justifique el mal que le está haciendo Connery a su carrera el hecho de escoger películas tan horribles como ésta.

No resulta demasiado claro si esta película demasiado pretenciosa pertenece a la SF o a la fantasía. Sea cual fuere su género, la película es una tontería. Trata sobre inmortales que se matan entre ellos. ¿Ha dicho usted que son inmortales y que se matan entre ellos? ¿Por qué han sido bendecidos esos tipos (ya que sólo los hombres pueden ser inmortales) con el don de la vida eterna? «¿Por qué sale el sol cada mañana?», replica Connery encogiéndose de hombros. Los inmortales acaban siempre combatiendo entre ellos y, al final del combate, el que pierde es decapitado por el otro, hasta que cuando sólo quede uno, éste recibirá el premio. ¿Por qué se matan entre ellos? ¿Por qué Connery ayuda al montañés Christopher Lambert, recién llegado a la inmortalidad? ¿Por qué sale el sol cada mañana, Sean?

La película es demasiado pretenciosa, está llena de paisajes soberbios, grandes decorados, vestuario muy cuidado y deslumbrantes efectos especiales. En algunos momentos el tono emocional es muy efectivo, pero le falta lógica e interés. Además, ha sido maldecida con una banda sonora de rock realmente horrenda. Al final, el

héroe derrota al malo y unos demonios, o algo parecido, se apoderan de él, pero acaban dejándole libre. Ahora ya no es inmortal y posee el premio. Ahora sabe lo que piensan todos los habitantes del planeta. ¿Y qué?

Puede que con el tiempo se acabe recordando a *Los inmortales* por la escena en que un actor francés, que interpreta a un escocés del siglo dieciocho, le explica a Sean Connery, un escocés que interpreta a un egipcio disfrazado de español, en qué consiste el plato típico de su país. El guión, pésimo, es de Gregory Widen y la película fue dirigida con bastante estilo por Russel Mulcahy.

La Twentieth Century Fox, que distribuyó *Los inmortales*, demostró durante el año 1986 una fe, tan admirable como desprovista de fundamento, en las películas de género: casi todo lo producido por el estudio entraba en tal categoría. Puede que el éxito de *Aliens*, *el regreso* y *La mosca*, dos películas, planeadas como operaciones comerciales pero hechas por directores inteligentes que sabían lo que pretendían con ellas, les aparte en el futuro de apoyar un producto tan débil como *S.O.S. equipo azul*. Sin embargo es probable que atribuyeran el escaso provecho obtenido por la película (5 millones de dólares sobre un presupuesto de 20) al desastre del *Challenger* y la falta de interés actual que siente el público hacia los viajes espaciales. Puede que incluso tengan razón.

Pero la historia de *S.O.S. equipo azul* es justamente la que uno podía esperar y no proporciona la menor sorpresa. Durante una exhibición espacial un grupo de chicos se ve accidentalmente lanzado en una nave y deben arreglárselas para volver. El guión es de esos que se escriben por sí solos y viendo la película se nota. Además, cuenta con un robot ridículo y lamentablemente gracioso, cuya única función es que cualquiera pueda ponerse en órbita. *S.O.S. equipo azul* es un producto francamente cínico que ha sido diseñado para consumir y tirar.

La Fox también probó suerte con *Juguete mortal*. Quizás el fracaso financiero de esta película (2 millones recuperados sobre un presupuesto de 18) se debió a un título peculiarmente engañoso, *The Manhattan project*. Para quienes no tenían ni idea de qué fue el *Proyecto Manhattan* (y debía ser la mayor parte del público), dicho título resultaba muy poco interesante. La película narra una historia de intriga con buen ritmo y en bastantes momentos mucha gracia, en la cual un adolescente casi genial, Paul Stephens (Christopher Collet) roba un poco de plutonio del laboratorio de John Lithgow y construye su propia bomba atómica. El modelo de la película era claramente *Juegos de guerra*, pero sufre un grave problema de confusión en lo que pretende decir.

El director Marshall Brickman, que escribió el guión junto con Thomas Baum, tenía la esperanza de hacer que el público cobrara conciencia de los problemas reales que supone vivir en un mundo que se encuentra constantemente al borde de la destrucción nuclear. Brickman logra esto en el personaje de Lithgow, quien finalmente se da cuenta de que sus investigaciones, que para él han sido siempre un juego, tienen como último fin la muerte. El adolescente es el foco de la película y da

la impresión de que no tiene ningún tipo de sentimientos morales. Aunque *Juguete mortal* es entretenida y mantiene la tensión, acaba haciendo sin querer una broma del miedo a la bomba nuclear, y en ello es donde se equivoca.

En 1985 el público quedó a la vez encantado y aterrado ante el debut del director Stuart Gordon, *Re-Animator*. Su siguiente película sobre Lovecraft, *Re-Sonator*, vuelve a incidir totalmente en el horror y es más imaginativa que *Re-Animator*, pero no tan sorprendente. En algunos momentos tiende a tomarse demasiado en serio y además introduce demasiados elementos repugnantes. El guión escrito por Dennis Paoli utiliza el relato de Lovecraft, *From Beyond*, como trampolín inicial, pero el lugar adonde se dirige la película después del salto habría bastado para hacer que el viejo Howard Phillips se desmayara. Sus horrores inenarrables aparecen en nuestra dimensión como cohetes sin control, que cambian locamente de forma y se carcajean del terror que sienten los pobres seres humanos, desgarrados entre el deseo de violar y el de devorar a Barbara Crampton, que durante casi todo el final de la película aparece ataviada con indumentaria sadomasoquista. Casi todo el final de esta película, sangrienta y sardónica, parece innecesario en términos argumentales y recuerda demasiado a lo que hoy se lleva en el terreno del terror moderno.

Con todo, la película va dirigida a los adultos y no a los adolescentes que consumen degollinas sangrientas. El talento de Stuart Gordon resulta evidente y su imaginación es portentosa. Su humor sardónico alivia bastante lo que podría haber sido una aburrida carnicería. Me parece fuera de lugar poner en tela de juicio su gusto artístico o lo que podría conseguir si utilizara sus poderes para el «bien» en vez de para el «mal». La verdad es que se trata de un artista y los artistas deben hacer aquello hacia lo cual se sienten impulsados.

Tenemos también el debut como director de Stephen King, *Máximo Overdrive*. En algunas entrevistas el siempre jovial Stephen King anunció que dicha película iba dirigida a sus lectores. Debe de tener una opinión realmente penosa de la gente que compra sus libros, porque *Máximo Overdrive* es tosca, torpe y aburrida.

Las máquinas de todo tipo se vuelven contra la humanidad: apisonadoras, motos, coches de juguete, cajas registradoras, cuchillos eléctricos... Pero los malos de la función son básicamente los camiones, que acorralan a un grupo, bastante poco interesante, en un pequeño restaurante de carretera sureño. Los personajes son tan toscos como poco interesantes, por lo cual resulta bastante difícil preocuparse de lo que vaya a pasarles. King busca el chiste fácil y el horror barato. La película tuvo que sufrir varias amputaciones para evitar una calificación X debido a su violencia. Como director es poco imaginativo y bastante flácido. Le falta la vitalidad que muy a menudo ofrecen las películas de poco presupuesto; el ritmo es pésimo en casi todas las escenas y la historia nunca llega a su clímax. Sencillamente, sigue y sigue hasta que se acaba la película. Puede que quienes aprecian sus novelas le perdonen todas estas aberraciones, pero es probable que esta película persiga a King como pesadilla durante años. Los pocos destellos prometedores que hay en ella no bastan para desear

que vuelva a dirigir.

El año trajo también su cuota habitual de películas postapocalipsis, casi todas en vídeo. Los lúgubres argumentos de estos desastres postnucleares son ya tan convencionales que cuando una película ambientada en el futuro no se basa en tales ideas, la cosa resulta sorprendente. Incluso las películas en que no se abordan las consecuencias de una guerra nuclear suelen estar ambientadas en una época en donde cualquier otra clase de catástrofe ha devastado el mundo. Y, como suele ocurrir, casi todas esas películas son francamente malas, aunque un par de ellas permitan mantener la esperanza de que aún quede algo de vida en el subgénero.

Lo mejor con mucho fue la coproducción italo-norteamericana llamada *Endgame*. El guión es de Alex Carver y la película ha sido dirigida por Steven Benson (puede que ambos nombres sean seudónimos para un guionista y un director italianos). *Endgame* no consigue ser una buena película, pero al menos sí es interesante. Carver tiene una idea algo distinta de lo que sería una sociedad futura. Aquí casi todo el mundo vive en las ciudades, en las cuales hay mutantes desfigurados que vagabundean por las calles, devorando a los desgraciados transeúntes que logran atrapar. La población no afectada por las radiaciones siente pasión por el *Endgame*, un juego de asesinatos televisados semejante a los que aparecen en otras historias de SF, incluidas *El precio del peligro*, de Robert Sheckley, y *El fugitivo*, de Stephen King escribiendo como Richard Bachman. El mejor jugador del *Endgame* es reclutado por mutantes telépatas, para que les saque de la ciudad y puedan llegar hasta una colonia algo alejada de ella. El héroe busca la ayuda de otros tipos duros y, seguido por los militares (que pretenden exterminar a todos los mutantes) y un jugador rival, atraviesa una serie de peligros motivados por distintos enclaves de grupos violentos: fanáticos religiosos que se han quedado ciegos y ven a través de los ojos de un telépata, salvajes a lo Mad Max que viven escondidos en un edificio extrañamente barroco e «inversiones», mutantes que se están convirtiendo en simios, peces y otras formas «primitivas».

La interpretación, el uso del color y el estilo general de *Endgame* son mejores de lo que podría esperarse y la película logra sostenerse sorprendentemente bien desde el principio hasta el final, sin necesidad de sacar conejos del sombrero y siendo fiel en todo momento al trazado de sus personajes. Aunque resulta algo deshilvanada y no es nada original, merece que los interesados en este tipo de películas le echen un vistazo.

El guionista y director Franky Schaeffer afirma que *Wired to kill* es «una alegoría, una versión siglo veinte de la *Odisea*, de Homero... eso es todo». Vale, Franky, claro. Y *El justiciero de la ciudad* es la *Iliada*. Resulta sorprendente que la película fuera financiada por una organización cristiana. La historia tiene lugar a finales de siglo, tras un colapso económico y una plaga que ha devastado el mundo. Aunque al principio hace falta un letrado para darnos el telón de fondo del relato, el mundo futuro de Schaeffer parece consistente, ha sido bastante bien pensado y es mucho más

plausible de lo que suele ocurrir en el género. Es una pena que Schaeffer, un recién llegado prometedor, haya tenido que introducir en esa creíble estructura del futuro una historia de venganza, tan convencional como fácil de predecir. Estamos en el mismo viejo territorio de los vigilantes que ha sido cultivado hasta la muerte por directores de películas baratas desde *El justiciero de la ciudad*.

Sería mejor huir de *Sueños radiactivos...* ¿o no basta el título para sugerirlo? Escrita y dirigida por Albert Pyun con muchas pretensiones estilísticas y una completa incoherencia, la película se pasó dos años en el estante antes de que la echaran a patadas por la puerta del estudio. Sólo se exhibió durante un día y fue un completo desastre financiero.

Dos jóvenes que se hacen llamar Philip (John Stockwell) y Marlowe (Michael Dudikoff) salen del refugio en el que sus padres les abandonaron, justo después de la gran guerra nuclear de 1996. No tardan en conseguir la llave que puede lanzar el único proyectil nuclear que todavía existe y todo el mundo corre detrás de ellos. La parte final de la película es tan incomprensible como pretenciosa. Está llena de referencias a las novelas policíacas y a sus autores, pero no tiene nada que ver con el argumento anterior. El significado final de todo el asunto es un completo misterio cuya respuesta sólo Pyun debe conocer.

La productora de Mel Brooks suele emprender proyectos arriesgados gracias al propio Brooks. Entre otras películas, apoyó a *El hombre elefante* y a *La mosca*. Pero Brooks se ha encargado también de apoyar a la espantosa *Guerreros del sol*. En ese futuro posterior al holocausto, nos encontramos a un equipo de patinadores que se hacen llamar los Guerreros del Sol (¿por qué guerreros?, ¿por qué el sol?), y que forman parte de un orfanato dirigido por Charles Durning y situado en el desierto. Encuentran una esfera reluciente, al parecer un alienígena, que se llama Bodhi (el término budista para la iluminación), que cambia de manos un montón de veces. El malvado Protectorado Energético, representado por un algo obeso Richard Jordán, tiene en su poder toda el agua del planeta y quiere también a Bodhi.

La película, escrita por Walon Green y Douglas Anthony Metrov, es pretenciosa y predecible. De no ser tan aburrida su increíble falta de lógica, la habría podido convertir en un auténtico clásico de los desastres. Alan Johnson, el director, es absolutamente incapaz de producir ningún interés hacia la película y ésta da la impresión de haber sido concebida para estudiantes de filosofía cuya edad no sea superior a los doce años, no posean el más mínimo sentido del humor y sientan pasión hacia el atletismo.

Sin duda alguna, la más extraña y la peor de todas las películas post-apocalipsis de 1986 fue *Roller Blade*. Fue escrita por Donald G. Jackson y Randall Frakes. Jackson se encargó también de producir, fotografiar y dirigir la película, con lo cual la responsabilidad de ese increíble embrollo es toda suya. En la ciudad de Los Ángeles, durante la Segunda Edad Oscura, la Madre Velocidad, ahora confinada en una silla de ruedas, dirige un grupo de monjas vestidas de rojo y provistas de patines

para defender la Verdad y La Sagrada (algunas veces, Cósmica) Orden del Patín. Todas llevan Cuchillos Sagrados y los agitan en el aire como si fueran espadas de samurai antes de aplicar suavemente la hoja sobre una herida. Entonces aparece un Rostro Feliz y la herida se cura.

Pese a ciertos chistes que se añadieron después del rodaje, *Roller Blade* no pretende ser una comedia, por mucho que el jefe de los villanos sea, literalmente, una marioneta. *Roller Blade* es una de las películas más estúpidas de la historia, pero además es barata, está muy mal hecha y aburre. Espero no haber hecho que a nadie le entren ganas de verla.

No sé muy bien cómo, pero logré perderme el resto de las películas post-apocalipsis. La Cannon exhibió durante muy poco tiempo *América 3000*, una mezcla de aventura y parodia escrita y dirigida por David Engelbach. Rodada en Israel, describe un mundo gobernado por mujeres guerreras novecientos años después de una guerra nuclear. *Variety* la calificó de «ridícula... adecuada sólo para el vídeo casero» y añadía que «jamás logra convertirse en nada que no sea la imitación de muchas (otras) películas». La película italiana que recibió los títulos, según la zona, de *The Final Executioner* y *The Last Warrior* fue escrita por Roberto Leoni y dirigida por Remolo Guerrieri. El único actor del reparto conocido para los norteamericanos es Woody Strode. En un mundo futuro las ricas clases superiores se dedican a cazar a las clases bajas, afectadas por la radiación. Después de que hayan muerto en la caza ochenta millones de personas, empiezan a dedicarse a la gente sana. Por lo tanto, un genio de los ordenadores y un ex policía (Strode) forman equipo para atacar a los ricos y hacer que detengan la caza. «Pésima», dijo «Lor» en *Variety*. *Land of doom*, hecha en Estados Unidos, no parece mucho mejor. El director Peter Maris trabajó con un guión de Craig Rand y consiguió una imitación barata de las películas de la serie Mad Max. En este futuro particular devastado por la guerra, una mujer soldado y un hombre intentan organizar a las bandas de vagabundos para reconstruir el mundo y deben enfrentarse a la oposición del villano. A «Lor» le pareció que la película era «aburrida» y «de escaso interés, incluso para los fanáticos del género».

No lamenté demasiado perderme esas imitaciones, pero *Population: One* suena mucho más interesante. Dirigida y escrita por Renée Daalder, esta coproducción Holanda-U.S.A. tiene lugar después de un holocausto nuclear en el cual se supone que sólo hay un superviviente, Tomata DuPlenty (como él mismo), dedicado a utilizar las pantallas de vídeo para examinar la historia de Estados Unidos y el amor sentido por este país hacia la destrucción. Michael Daré dijo en el *L. A. Weekly* que la película era «aterradora y algo descuidada, pero si a usted no le importa pasarlo mal, vale la pena ir a verla (aunque) es casi demasiado fuerte para soportarla de una sola vez». Entre los actores que aparecen en esta película, que ha sido muy poco exhibida, se encuentran Sheela Edwards, Jane Gaskill, Gorilla Rose, Tommy Gear, Cherie Penguin, Penelope Houston, K K. y Vampira.

De Australia llegó una de las pocas películas de 1986 que estaban ambientadas en

el futuro, pero que no eran específicamente aventuras post-holocausto. *Dead-End Drive-In* está llena de acción y sexo, pero sabe centrar hábilmente la historia y además posee tanto ingenio como estilo. Brian Trenchard-Smith se encargó de dirigir el guión de Peter Smalley, adaptado de un relato de Peter Carey, el autor de *Bliss*, otra película australiana de 1986 bien recibida en Estados Unidos.

Cuando un grupo de jóvenes, algo revoltosos, acude a un cine automovilístico para contemplar una serie de películas de acción, la policía sabotea sus coches y los deja atrapados en el local. Cuando llega la mañana se les dice que no pueden salir de ahí, sin otra justificación. El personaje protagonista es Jimmy, conocido también como «Crabs» (Ned Manning), y no es realmente un criminal sino sólo un chico que todavía no ha aprendido a controlarse. Crabs odia la situación que los adultos han preparado para ellos, pero su chica (Natalie McCurry) y todos los demás jóvenes que se encuentran en el local parecen contentos, en tanto que el gobierno les proporcione comida, drogas y diversión. El único problema es que el gobierno está empezando a encerrar en el local a un montón de gente de color y...

El cine es claramente un microcosmos de Australia o de cualquier otra sociedad cuyos miembros se vuelven demasiado conformistas. Es un grito que pide individualidad y la posibilidad de elegir, incluso si esa elección, como le sucede a Crabs al final de la película, consiste únicamente en conducir a lo largo de interminables calles desiertas. De forma irónica, es bastante probable que la crítica y la sátira de la película pasaran desapercibidas para los jóvenes que la vieron, y los adultos, que podrían haber sido capaces de apreciarla, fueron muy probablemente repelidos por los aspectos más aparatosos de esta película de aventuras juveniles.

Destróyer, brazo de acero es italiana y está ambientada en 1997, pero al parecer no ocurre después del holocausto. El malvado industrial John Saxon, un actor demasiado bueno como para que se malgaste haciendo estas cosas, hace que un hombre sea convertido en cyborg con el fin de que mate a un ecólogo, pero el cyborg encuentra el amor y la emoción de echar un buen pulso en Arizona, por lo cual Saxon intenta matarle con un cañón láser. Dirige Sergio Martino, especialista del género.

Situada en el pasado y no en el futuro, hizo falta toda una eternidad para rodar *The Clan of the Cave Bear*. El guión definitivo se atribuye en los títulos a John Sayles, pero parece improbable que sea obra suya. Al director Michael Chapman se le encargó una tarea imposible: crear un mundo prehistórico que pudiera ser creído. Los que se habían enfrentado con anterioridad a tal problema y lograron resolverlo pueden contarse con el número de narices que hay en el rostro de uno: *En busca del fuego*. Daryl Hannah está muy apetecible como cromagnon y no sale del todo mal parada, en cuanto actriz, pero la sombra de los Picapiedra flota continuamente sobre la pantalla, riendo y haciendo piruetas, y *The Clan of the Cave Bear* acaba siendo sencillamente absurda.

Una película de SF con una exhibición muy restringida fue *Captain Eo*, producida por Disney y la Lucasfilms y dirigida por Francis Coppola, con Michael Jackson

como estrella. Dura sólo diecisiete minutos y se exhibe en los cines especialmente contruidos en Disneylandia y Disney World, en 70 mm y 3-D. Costó más de un millón de dólares por minuto de película. En realidad no es más que un vídeo de rock bastante bueno, con una fotografía excelente y unos buenos, aunque ya algo vistos, efectos especiales. Algunos de los efectos en 3-D son asombrosos. De hecho, la primera toma es el mejor efecto en 3-D que he visto en toda mi vida. Todos los que han trabajado en dicha película se emplearon a fondo para crear un buen espectáculo... todos menos los guionistas, si es que hubo alguno. La verdad es que *Captain Eo* no vale los veinte millones que costó... pero también es verdad que el precio de la localidad va incluido en la entrada a Disneylandia.

Entre las demás películas de bajo presupuesto y derivadas de películas anteriores hubo algunos intentos interesantes. Sin duda alguna, el más extraño y original, dentro de su rareza, fue *The Toxic Avenger*. Esta producción Troma tuvo éxito en los circuitos especiales de Nueva York pero no logró repetir dicho éxito en ningún otro sitio. No me sorprende. Para decirlo suavemente, ha sido hecha con destino a paladares bastante sofisticados. El guionista Joe Ritter y los directores Michael Herz y Samuel Weil (Lloyd Kaufman) han creado la primera comedia de monstruos y superhéroes con mucho horror y violencia. Un chico que trabaja en un balneario de Tromaville, Nueva Jersey, la capital mundial de los Deshechos Tóxicos, y que se encuentra a un paso de la imbecilidad, se cae dentro de un tonel lleno de basura radiactiva de un brillante color verdoso y se convierte en (cha chan) El Vengador Tóxico, un monstruo muy musculoso con la cara parecida a un puño. A partir de entonces se dedica a corretear por Tromaville cargándose a los punk y a los delincuentes que se cruzan en su camino.

Las reacciones ante la película resultaron increíblemente divididas. Algunos críticos encontraron que su salvaje anarquismo era liberador, en tanto que otros fueron repelidos por su violencia y tosquedad. Yo la encontré tosca, sangrienta y divertida. Aunque posee virtudes éstas no son demasiado abundantes y, a menos que le guste el surrealismo grotesco y tenga una amplia tolerancia hacia las películas baratas, puede pasar por alto *The Toxic Avenger* y probablemente conseguirá llevar una buena vida a pesar de ello.

Cuando *Terminator* hizo un montón de dinero apareció toda una retahila de títulos terminados en *ator* que fueron rápidamente ofrecidos a las ansias del público. El título más divertido del grupo fue *Eliminators*, que sugiere más bien un anuncio de laxantes que a un osado equipo de héroes. En *Eliminators* aparecen un cyborg provisto de orugas quita y pon, robots (llamados droides, en la película), cavernícolas, un científico loco que pretende conquistar el mundo, pistolas de rayos, kárate, canibalismo y viajes por el tiempo. Es tosca y divertida, no se toma demasiado en serio y consigue entretener pese a lo escaso de su presupuesto... y, además, mejora a medida que avanza la proyección. Andrew Prine, Denise Crosby y Patrick Reynolds son bastante mejores como actores que sus personajes a interpretar, todos ellos

derivados de una amplia gama de fuentes de entre las que destaca como principal los cómics Marvel. Si uno está del humor adecuado para verla es un modo perfecto de pasar el rato. Ha sido producida por la Empire Pictures, aparentemente dispuesta a difundir kilómetros y kilómetros de películas de ciencia ficción.

Entre los otros esfuerzos de la Empire para 1986 hubo varios que pasaron un tiempo aguardando en las estanterías. El mejor fue *Zone Troopers*, una historia relativamente interesante donde soldados de la II Guerra Mundial encuentran a unos alienígenas amistosos. No estaba demasiado bien hecha pero tiene un guión que se sale de lo normal y la fotografía de Mac Ahlberg es agradable, aunque no le saque demasiado partido a los escenarios italianos en los que se rodó. La película parece dirigida a golpe de silbato pero, a ese nivel al menos, es bastante competente. Fue escrita por Danny Bilson y Paul De Meo, y dirigida por Bilson.

Por desgracia su compañera *Terrorvision*, también de la Empire, fue un fracaso a todos los niveles. Escrita y dirigida por Ted Nicolaou la película es una grosera parodia de la vida familiar. Un animalito doméstico alienígena, la Bestia Hambrienta, se ha convertido en un monstruo que lo devora todo. Absorbido a través de la carísima antena parabólica para TV, en la que Papi ha estado trabajando, empieza a devorar a toda la familia. Hay un relativo esfuerzo para hacer que la película recuerde a unos dibujos animados, con los actores exagerando continuamente y unos decorados de colores chillones, pero Nicolaou no tiene sentido del ritmo y la película parece que no va a terminar nunca.

Un poco mejor, pero no demasiado interesante, fue *El hombre de hielo*, hecha por la Empire en 1983. J. Larry Carroll dirigió un guión de Tim Curnen que recuerda al de la anterior *Iceman*. Aquí el superviviente congelado es un guerrero samuari (Hiroshi Fujioka) que cayó en un lago helado el año 1552. Es descongelado en Los Angeles, en la época actual, y empieza a vagabundear por la ciudad cortando en rodajas a los malos y trabando amistad con un viejo negro gruñón, interpretado por Charles Lampkin. Las principales virtudes de la película son Lampkin, la imponente presencia de Fujioka y la tan eficiente como atractiva fotografía de Mac Ahlberg. *El hombre de hielo* es superficial y más bien risible, pero puede tener cierto valor como simple entretenimiento.

Critters es una descarada imitación de *Gremlins*, pero tiene algunas virtudes propias. El director Stephen Herek, que ha utilizado un guión escrito por él mismo y por Dominic Muir, no pretende conseguir efectos especiales imposibles para el presupuesto que tiene y ha mantenido las aspiraciones de la película dentro de límites razonables.

Un grupo de pequeños y más bien malignos alienígenas (llamados «krites») escapa de una colonia penal y llega a la Tierra, amenazando al granjero Brown (Billy Green Bush) y a su familia. Mamá es Dee Wallace Stone, que también hacía de mamáita en *E.T.* Dos cazadores de recompensas con rostros maleables aparecen sin tardanza y destruyen el pueblo en su búsqueda de los krites, logrando eliminar por fin

a los que amenazaban a la familia Brown. Como parodia la película no funciona muy bien. Los chistes son bastante ineptos y el ritmo es malo, aunque la interpretación es bastante buena durante todo el metraje. Como película artesanal, me pareció bastante conseguida.

Otra película con invasión alienígena fue *Night of the creeps*, escrita y dirigida por Fred Dekker en su primer trabajo como director. Pasó bastante desapercibida. Utilizado el estilo «qué listos somos», tan en boga hoy, hay personajes que tienen nombres de directores de películas de terror: Cameron, Landis, Raimi, Cronenberg, Hooper y Romero. El reparto incluye a Jason Lively, Steve Marshall, Jill Whitlow y Tom Atkins, que se llevó la mayor parte de las alabanzas. Dick Miller tiene una breve aparición. La película empieza con unas escenas ambientadas en los años 50 en las que se ve a una especie de orugas negras que entran en el cerebro y ponen huevos. Durante la incubación la gente actúa como zombies y, al abrirse los huevos, les explota la cabeza, después de lo cual las orugas se alejan reptando en busca de nuevas víctimas. Nina Darton dijo en el *New York Times* que «la película demuestra una considerable habilidad para crear suspense y mantener la tensión, contando con interpretaciones bastante buenas» pero al igual que a «Lor» en *Variety* le pareció que era una «imitación» de otras muchas películas similares.

Disney distribuyó con escasa publicidad *El vuelo del navegante*. Randal Kleiser la dirigió a partir de un guión de Douglas Day Stewart y Michael Burton, que adaptaron un argumento de Mark Baker. En Florida, David Freeman, un niño de doce años (Joey Cramer) sale a dar un paseo por el bosque una noche y recibe un golpe que le deja inconsciente. Despierta ocho años después sin haber cambiado en lo más mínimo y sin recordar lo que ha pasado mientras tanto. Acabamos enterándonos de que una nave alienígena se lo llevó a su planeta natal para examinarlo y luego lo devolvió a la Tierra. Se nos dice que podrían haberle hecho volver atrás en el tiempo, pero que eso no parece sentarle demasiado bien a los seres humanos.

Los efectos visuales de Peter Donen son dignos de mención. La voz de la nave tendría que haber sido realizada, en un principio, por Tony Urbano, un marionetista que se encarga de manipular la extensión en forma de ojo de la nave que habla con el muchacho y que también se encargó de crear algunos muñecos alienígenas, concienzudamente feos, que le hacen compañía durante el viaje. Pero, según los créditos, la voz acabó siendo tarea de Paul Mali, nombre que oculta a Paul Reubens, mejor conocido como Pee Wee Hermán.

El vuelo del navegante es una peliculita trivial y agradable. Es suave, no contiene una gota de violencia y puede acabar resultando un tanto aburrida. Los peligros que contiene no son nunca físicos, sólo emocionales. La película tiene demasiados trucajes y le falta argumento, aparte de que se contradice varias veces. Pero, en una época en la cual prácticamente todas las películas de un género determinado se dirigen a los adolescentes, resulta agradable ver una que parece haber sido concebida para toda la familia. Lamento que no tuviera demasiado éxito financiero.

El director Wes Craven ha logrado asustar en bastantes ocasiones al público, pero con *Amiga mortal* no lo ha conseguido. La película es aburrida, tonta e inútil. La historia cuenta con un chico, su robot y la chica de la puerta de al lado. Sin embargo no hay ningún romance entre adolescentes. La chica (Kristy Swanson) es realmente sólo una buena chica. Una desagradable anciana que vive en el vecindario destruye el robot del chico y el padre de la chica, que está borracho, la hiere por accidente, dejándola en coma. Por lo tanto, el chico decide conectar el banco de memoria del robot a la cabeza de la chica y, bingo, ya la tenemos con vida otra vez. Claro que actúa de una forma algo extraña y dado que tiene unas enormes ojeras azules resulta fácil ver que está muerta, que es un robot o que le pasa algo. Mata a unas cuantas personas.

Amiga mortal es aburrida, predecible y tiene un guión horrendo (obra de Bruce Joel Rubin). Algunas de las interpretaciones no están mal y hay un par de momentos perdidos en la película que funcionan, pero el resultado final es básicamente un telefilme con algunas gotas de sangre y de violencia.

Chopping Mall, que originalmente fue distribuida como *Killbots*, no tuvo demasiada fortuna económica con ninguno de los dos títulos. Se trata de la segunda película de Jim Wynorski como director y ha utilizado un guión en el que le ayudó Steve Mitchell. Se trata de una película de acción moderadamente divertida en la que hay robots y un centro comercial cerrado durante la noche. Un grupo de adolescentes entra en él para divertirse un poco y empiezan a ser perseguidos y asesinados por los robots guardianes, que han enloquecido por culpa de un rayo. El humor es bastante grosero y las referencias a otras películas son más bien torpes. Hay apariciones fugaces de Paul Bartel, Mary Woronov, Dick Miller, Mel Welles, Gerrit Graham y Bob Greenberg. En el reparto están Kelli Maroney y Barbara Crampton, que ya ha sufrido amenazas similares en películas mucho mejores. Aunque no llega, ni de lejos, a ser una buena película, *Chopping Mall* es lo bastante movida como para satisfacer a espectadores poco exigentes.

La New World exhibió brevemente durante 1986 un par de películas de bajo presupuesto, siendo la más interesante de las dos *The Aurora Encounter*. Narrada por Charley Hankins (Jack Elam, que continuamente roba escenas), la historia tiene lugar en Aurora, Texas, durante el mandato presidencial de McKinley, y se anuncia a sí misma como la auténtica historia del encuentro entre unos téjanos de pura cepa y un encantador alienígena llegado en un platillo volante. El guión, bastante complicado, contiene niños, túmulos funerarios indios, un cristal alienígena dotado de inteligencia, una periodista intrépida y justiciera, un poco de amor, una partida de damas en la cual el silencioso alienígena hace trampas para ganar y un ranger de Texas enviado por el gobernador (¡interpretado por Spanky McFarland!), que acabará liquidando a tiros al inofensivo visitante alienígena.

La película recuerda a bastantes comedias de ambiente local, pero también vampiriza continuamente a Spielberg en cuanto a estilo y ambiente, sobre todo a *E.T.*

La fotografía tiene momentos muy buenos y el director Jim McCullough Sr., que ha utilizado un guión de Jim McCollough Jr., siente predilección por mostrarnos cosas raras desde ángulos extraños, pero no consigue que le salga demasiado bien. La película es predecible y vulgar aunque, de vez en cuando, hay alguna idea valiosa. El alienígena es interpretado por un niño aquejado de «progeria» (envejecimiento prematuro y acelerado).

Su compañera era la mucho menos profesional *Star Crystal*, en la que el guionista y director Lance Lindsay narra una historia tan confusa como mal estructurada. Después de que se encuentra un extraño cristal en Marte (que, como de costumbre, es el Red Rock Canyon de California), dicho cristal se parte en dos y la tripulación de una nave espacial muere. Mientras se encuentra a bordo de una estación espacial, aparentemente en órbita más allá de Júpiter, ocurre algo similar y la estación vuela en pedazos. La criatura salida del cristal, parecida a un gusano y cada vez más grande, se encuentra ahora a bordo de una lanzadera que ha logrado huir de la estación y una vez más veremos desarrollarse *Alien* a bordo de esa nave absurdamente mal desarrollada. Pero, atención, cuando llega el climax el alienígena, que ahora se parece a un caracol sin concha, pero que logra resultar extrañamente convincente pese a ello, aprende a ser benigno gracias a la lectura de la Biblia y se disculpa ante los supervivientes por las muertes anteriores. El alienígena deja libres a los dos supervivientes y continúa su camino.

Star Crystal se distingue por ser la primera película en la cual usted puede saber quién será el siguiente en morir con sólo mirarle el calzado. Al parecer los productores sólo lograron conseguir un par de botas acolchadas estilo John Byrne y cada vez que los personajes, que siempre llevan calzado deportivo, son enfocados desde abajo llevando esas enormes botas, puede estar seguro de que el alienígena va a liquidarlos.

La película chirría continuamente por sus errores técnicos, pero ni siquiera una buena asesoría habría logrado ayudar a la torpe, aburrida y nada original *Star Crystal*.

Otra película de New Worlds que pasó rápidamente al vídeo tras una limitada exhibición en cines fue *Eatandrun*, una comedia sobre un ser llegado del espacio que se come a la gente. Fue escrita por Stan y Christopher Hart, y la dirigió Christopher. Un alienígena se come a un italiano en Nueva Jersey y con ello se aficiona a la comida italiana, ja, ja, ja. El final, según «Lor» en *Variety*, es «ridículamente insatisfactorio... La película es mortalmente aburrida y cada uno de los chistes es exprimido una y otra vez a martillazos».

The Class of Nuke Em High procede de la misma firma y cuenta con algunos de los creadores de *The Toxic Avenger*. Los estudiantes de un pueblecito consumen marihuana que se ha vuelto radiactiva por unos desechos nucleares. Con ello, se producen algunos monstruos, uno de éstos cuando la heroína da a luz un pequeño «critter» que acaba convirtiéndose en grande. Los estudiantes más aplicados se vuelven punk y hay montones de la ultraviolencia habitual en la casa Troma. David

Edelstein, en *The Village Voice*, dijo que el punto de partida era increíblemente bueno, tan desvergonzado como provocativo, pero la película carece de argumentó, de personajes y que, finalmente, todo lo que contiene es «mal gusto y poca gracia. [Hace] que el sexo y la violencia parezcan aburridos». *Class of NukeEm High* fue escrita por Richard W. Haines, Lloyd Kaufman, Mark Rudinsky y Stuart Strutín y dirigida por Heines y Kaufman (nuevamente como «Samuel Weil»).

En *Nightmare Weekend*, una película británica que la Troma se limitó a distribuir, hay adolescentes sometidos a experimentos por un científico loco que les convierte en «neurópatas». Las escasas críticas que obtuvo fueron todas muy poco favorables.

Otra comedia que prácticamente no fue exhibida, ni en cines ni en vídeo, fue la coproducción hispano-suiza llamada *El caballero del dragón*. Ambientada en la época medieval, cuenta la historia de un alienígena humanoide mudo y de buenas intenciones llamado Ix que aterriza en mitad de una feroz disputa entre un alquimista (Klaus Kinski) y un sacerdote corrupto (Fernando Rey). Harvey Keitel interpreta a un caballero más bien idiota que acaba viéndose disparado al espacio dentro de la nave alienígena en compañía del sacerdote, en tanto que el alienígena se queda con la chica.

Producida y dirigida por Fernando Colomo a partir de un guión de Andreu Martín, Miguel Ángel Nieto y Colomo, *El caballero del dragón* parece vagabundear cansinamente a lo largo del país. «Besa» en *Variety* dijo que «aunque, para las medidas internacionales, tanto los efectos especiales como los decorados y las ocasionales exhibiciones de esgrima están muy lejos de lo espectacular, el director Fernando Colomo logra llenar los huecos con sentido del humor y divertidas interpretaciones del reparto. [Se trata] de una fábula inocua y en ocasiones graciosa, pero nunca llega a entusiasmar».

Como viene ocurriendo últimamente, en 1986 se distribuyeron varias películas de dibujos animados basadas en programas televisivos originados por diversos juguetes. Las dos que eran de ciencia ficción procedían de dos juguetes casi idénticos: los Gobots y los Transformers, juguetes que pueden convertirse de robots en camiones, armas, aviones y lo que usted quiera. *Gobots: Battle of the rock lords* era según las críticas la más mala de las dos, aunque no por mucho. Expresando la opinión de la mayoría de los críticos, Tom Matthews dijo en *Boxoffice* lo siguiente: «Se trata de una lamentable excusa para ofrecer un tipo de entretenimiento de lo más barato [y] una mezcla ininteligible de clichés de los dibujos animados muertos desde hace ya mucho». El único aspecto que poseía cierto interés era que varios actores conocidos se encargaron de proporcionarles voces y, entre ellos, se encontraban Margot Kidder, Roddy McDowall, Michael Nouri y Telly Savalas. Pero ni tan siquiera esto es original, ya que ha llegado a ser práctica común en el subgénero. Pero, ¿por qué? No es probable que los adultos se decidan a ver dicha película sólo porque en ella se oye la voz de Margot Kidder y a los niños eso no les importa en lo más mínimo.

The Transformen, con juguetes muy parecidos, tenía un guión similar, obra de

Ron Friedman, y utilizaba actores todavía más conocidos para las voces. Entre los participantes se encontraban Eric Idle, Judd Nelson, Leonard Nimoy, Robert Stack, Lionel Stander, Roger C. Carmel, Scatman Crothers y Orson Welles, que tuvo en ella su última actuación profesional como un planeta maligno. La mayor parte de los críticos creyeron que incluso el público infantil, al que iba dirigido, encontraría la película carente de todo interés y lo cierto es que fue un fracaso financiero consiguiendo tan sólo 2,6 millones de dólares... aunque no es probable que costara mucho más.

Choke Canyon, escrita por toda una ristra de guionistas y dirigida por Chuck Bail, fue una coproducción internacional. Stephen Collins, que hace experimentos con las ondas de sonido para convertirlas en energía, quiere poner a prueba su aparato en Choke Canyon, en tanto que el cometa Halley pasa por encima de él, y se encuentra con un malvado que está vertiendo residuos nucleares en el cañón. En el climax, según el *New York Times*, «la gravedad del cometa produce tales tensiones que las paredes rocosas se deforman como si fueran globos de caramelo recalentado». Los críticos disfrutaron generalmente con el rápido ritmo de la acción y el buen trabajo de los dobles en algunas escenas aéreas, pero encontraron la historia demasiado ridícula como para ser tomada en serio.

Sky Bandits partía de una premisa bastante fuera de lo común. Dos bandoleros del Oeste se convierten en osados pilotos durante la Primera Guerra Mundial... pero el resto era torpe y estaba muy mal desarrollado. El elemento de ciencia ficción era bastante considerable (de hecho, era un dirigible alemán que tenía casi mil metros de longitud) pero su aparición era bastante tardía y poco espectacular. El ataque realizado por un escuadrón de aviones mal remendados contra el dirigible puede resultar divertido, pero el director Zoran Persic es incapaz de mantener dicha diversión durante mucho tiempo. *Sky Bandits* tiene un gran título y algunas magníficas ideas, que recuerdan a las viejas revistas de aventuras en el aire, pero le falta ingenio y gracia.

En 1986 hubo unas cuantas películas de ciencia ficción hechas directamente para la TV. Algunas fueron programas piloto que fracasaron y de los cuales no llegó a nacer ninguna serie, pero, por fortuna, me perdí la mayoría. *Cóndor*, *The Fifth Missile*, *The Flight of Dragons*, *The Great Heep*, *The Last Electric Knight*, *Northstar*, *The Rise and Rise of Daniel Rocket*, *Under Siege*, *Who is Julia?*, y *Young Again* no me dieron ninguna buena razón para que perdiera el tiempo viéndolas. De las películas para TV que sí vi, ninguna era tan buena como la película de cine promedio del año... y el promedio del año fue bajo.

The Annihilator era un horrible programa piloto, que fracasó, sobre el único hombre en la Tierra enterado de que robots alienígenas, con forma de lagartos humanoides, se han infiltrado a todos los niveles en la sociedad humana. Podría haber tenido cierto valor como comedia, a pesar suyo, pero salvo por la divertida interpretación que hace Geoffrey Lewis de un robot alienígena con avería y una

escena en la cual Lisa Blount golpea al héroe, Mark Lindsay Chapman, con un brazo que se acaba de arrancar ella misma, las risas eran pocas y pasaba mucho tiempo entre cada una. Fue difundida (y bautizada) como una imitación de *Terminator*, pero en realidad es una imitación de *V* y no parece que el mundo esté esperando ansiosamente nada como eso.

Assassin fue otra de la reciente oleada de películas en las que aparecen robots que no pueden distinguirse de los seres humanos y que se mueven a sus anchas por el mundo de hoy. La película, otra imitación de *Terminator*, presenta a Robert Conrad enfrentado a un robot programado para matar. El sonriente androide robot posee incluso la capacidad de ser un experto amante y su pareja jamás se da cuenta de que sus movimientos son algo mecánicos. La película resulta bastante predecible y se encuentra por debajo del promedio habitual de los telefilmes.

Exhibida a finales de año, *Outlaws* no era más que otro piloto... pero éste con éxito. En 1899 el sheriff Rod Taylor tiene acorralado a un simpático grupo de cazadores furtivos con los que antes solía irse de juerga. Les cae un rayo encima y se despiertan en la Texas actual, para convertirse en detectives privados que utilizan sus Coll de seis tiros... y ésta es toda la SF que hay en esta ridícula pérdida de tiempo. La serie que se originó con ella le dio trabajo a unos cuantos buenos característicos, pero no consiguió darle diversión o algo interesante a los espectadores.

La Película Disney del Domingo fue también usada como campo de pruebas para filmes pilotos disfrazados como telefilmes. Uno, *The Last Electric Knight*, llegó a tener una corta vida como serie; otros no lo consiguieron. *I-Man* era un Spielberg disfrazado, en el cual un gas procedente de la atmósfera de otro planeta hace indestructible a Scott Bakula; a quien no tarda en seguirle su hijo, interpretado por Joey Cramer al igual que (en la última escena) su perro. El ritmo era lento y la película resultó obvia, aburrida y carente de interés. Otra película Disney para la TV, *Hero in the Family* era todavía peor. El padre del adolescente héroe de la película (Christopher Collet), amante de las hamburguesas y encarnado por Cliff De Young, cambia de cuerpo con un chimpancé y nadie se da cuenta de ello. Tanto la parte de ciencia como el desarrollo del guión parecían indicar que la película no había sido hecha para niños sino para criaturas todavía más jóvenes, puede que para fetos.

Sin embargo, Cliff De Young está muy bien haciendo de chimpancé.

La miniserie inglesa *Edge of Darkness* merece ser destacada a todos los niveles, incluyendo su pesimista final en el que no se hace ninguna concesión a la esperanza. La historia, sobre la producción ilícita de proyectiles nucleares, era apasionante desde el principio hasta el fin y si les resulta posible verla no deben dejarla escapar.

Las videocasetes se están convirtiendo en un mercado cada vez más importante y a veces pueden convertir en éxitos algunos fracasos financieros. Hay un número cada vez mayor de películas que son distribuidas directamente en este mercado, aunque hubieran sido concebidas para la exhibición en cines. *El secreto de Joey* contaba con un gran presupuesto, pero no tenía ni la menor idea de lo que era un guión. La

película es alemana, fue rodada en Inglaterra y copia con gran servilismo todo lo que hay en las películas de Steven Spielberg, salvo sus virtudes.

El guión es de Roland Emmerich (que también dirigió la película), Hans J. Haller y Thomas Lechner y mezcla salvajemente la fantasía, el ocultismo y algunas ideas de ciencia ficción, con lo que se arma tal jaleo que resulta mareante de ver. El padre del pequeño Joey ha muerto y le habla por un teléfono de juguete (sacado de *Poltergeist*); los juguetes que hay en el cuarto de Joey cobran vida (sacado de *Encuentros en la tercera fase*) y luego vuelan por los aires (otra vez *Poltergeist*); está teniendo problemas en la escuela con los demás chicos (sacado de *E.T.*) y gracias al contacto con su padre se ha vuelto telépata. Un muñeco de ventrílocuo que se parece a un personaje de «Barrio Sésamo» es maligno y cuando los nuevos amigos de Joey intentan acudir en su ayuda a la casa del ventrílocuo muerto, se ven amenazados por Dart Vader y una hamburguesa carnívora. Al final Joey muere, pero vuelve a la vida.

Todavía andan nadando por ahí las imitaciones de *Tiburón*. Aparecen en la superficie durante breves instantes antes de hundirse otra vez en los recónditos bajíos, donde se ocultan los vídeos agotados.

La más rara de todas ellas fue sin duda *Serpiente de mar*, aparentemente la última película de Ray Milland. Timothy Bottoms compone un salvajemente improbable personaje de pescador español que ha visto una auténtica serpiente de mar, despertada por una bomba atómica, y que ha devorado a su tripulación. Pero nadie le cree salvo Ray Milland y Taryn Power. La película, tan aburrida como inútil, proviene de España y contiene varias escenas francamente hilarantes con la serpiente, siempre boquiabierta y muy poco convincente, enroscándose alrededor de varios objetos, entre ellos un faro (Ray Bradbury, ¿me escuchas?^[15]) y un puente de ferrocarril. La serpiente logra escapar al final. Las abundantes y aburridas escenas de diálogo son fáciles de evitar, dándole al botón de marcha rápida del vídeo.

Monster Shark, conocida también como *Devil Fish*, una película franco-italiana de 1984, fue dirigida por Lamberto Bava, hijo del famoso Mario. Esta vez la amenaza consiste en un tiburón prehistórico con ciertos hábitos más propios de un octópodo. Florida corre peligro hasta que Michael Sopkiw consigue ponerlo a raya. Incluso «Lor» pensó que era horrible.

Originalmente llamada *Frankenstein 1988*, *The Vindicator* permaneció durante un tiempo en la estantería. El director Jean-Claude Lord y los guionistas David Preston y Edith Rey no supieron mostrarse lo que se dice demasiado originales en esta historia, donde un científico es asesinado por sus jefes y luego es convertido en un cyborg controlable... hasta que pierde el control. En el desenlace, el malo logra convertirse también en un cyborg, no se sabe muy bien cómo, pero el previsible choque de titanes no llega a tener lugar. Las únicas virtudes son David McMwraith como el cyborg y Pam Grier como una asesina a sueldo, al igual que el maquillaje a cargo de los laboratorios Winston, el cual resulta verdaderamente estremecedor pese a que la escena en la cual se desenmascara al cyborg esté bastante mal resuelta.

Otra película que estuvo esperando distribución durante varios años fue *Cavernas fantasmas*. Christy Marx y Robert Vincent O'Neil han escrito un guión no demasiado interesante, ni repleto de aventuras, aunque su estructura no sea del todo mala. En América Central se descubre una caverna poblada por trogloditas albinos que descienden de los moradores de Lemuria y que logran capturar a un grupo procedente de la superficie. El director, Don Sharp, ha estado mucho más inspirado en el pasado y es de esperar que vuelva a estarlo en el futuro.

Si usted bautiza a su película *Bloodsuckers from Outer Space* tiene dos opciones: o cumple con lo prometido o sirve para comedia. En ésta, Pat Paulsen ha conseguido finalmente llegar al Despacho Oval de la Casa Blanca. La película, en la que alguna especie de plaga procedente del espacio convierte a bucólicos téjanos en vampiros que comen carne muerta, empieza seriamente y se va convirtiendo luego en una comedia. El guionista y director Glen Coburn consigue algunos chistes divertidos, de vez en cuando, pero el material de base es tan malo y el presupuesto tan bajo que sus esfuerzos acaban perdiéndose en el desastre.

Otra película regional (esta vez, de Seattle) que consiguió ser distribuida en vídeo fue la bautizada con el ridículo título de *Revenge of Teenage Vixens from Outer Space*.^[16] El título no resulta divertido y tampoco convincente. Su única función es avisar de que es mejor no ver la película. Jeff Farrell dirigió y coescribió el guión junto con Michelle Lichter; la pareja se encargó también de casi todos los demás trabajos de la película. Un chico descubre que su madre era una alienígena y algunos alienígenas adolescentes, procedentes de su planeta natal, aparecen en Seattle justo a tiempo. Han venido aquí en busca de sexo y a veces convierten a sus víctimas en tomates gigantes, zanahorias o cualquier otro vegetal. «Lor», en *Variety*, la encontró «más infantil que excitante», pero le pareció que «no está mal para pasar un rato con el vídeo».

Breeders fue rodada directamente para el vídeo, tanto en venta como en alquiler. Su punto de partida es tan repelente como barato. Un monstruo del espacio viola vírgenes y luego las hace acudir a él, aparentemente convertidas en zombies, para que chapoteen en lo que parece una gigantesca cuba de semen. Fue dirigida y escrita por Tim Kincaid, que parece prometer un poco como escritor de diálogos y constructor de personajes, pero la película es tan pobre de estructura y busca de tal modo el sensacionalismo que sin duda pasará ignorada por todo aquel que pudiera haber ayudado en algo a la carrera de Kincaid.

Como si no tuviera ya bastante trabajo, la increíblemente ambiciosa Sybil Danning coprodujo *Panther Squad*, una coproducción franco-belga, para que le sirviera como vehículo estelar. En un futuro bastante cercano la sucesora de las Naciones Unidas (cuyas iniciales son NOON) lanza el Jeep Espacial, una nueva clase de lanzadera, pero un malvado grupo de ecologistas (!) la destruyen y secuestran a la mujer que iba en ella. Entonces aparecen Sybil y su Panther Squad de viriles mujeres para acabar arreglándolo todo. «Lor» creyó que era «estúpida».

El director Ulli Lommel prometía bastante en sus películas europeas, pero todo lo que ha hecho en Estados Unidos le ha salido bastante mal. Escribió *Strangers in Paradise* con su mujer Suzanna Love: Lommel hace de héroe y de Hitler. Un hipnotizador que actuaba en el Berlín de 1939 es congelado y se deshiela en 1983 (cuando fue rodada la película) por obra de un loco que quiere utilizarle para lavar el cerebro de los adolescentes californianos y conseguir que les desagrade el rock. El inevitable «Lor» dijo que «no daba en el blanco».

Esto fue todo en 1986 en cuanto a las películas de SF. Como dije al principio, no se distingue ninguna tendencia clara aunque quizás eso ya indique algo en sí. A causa de *Platoon* veremos montones de películas sobre la guerra del Vietnam y también tendremos más trivialidades tipo cartel de reclutamiento como *Top Gun*, *ídolos del aire* (más, según sospecho, por lo menos una película de SF que imite ese gran éxito financiero). Pero con las películas de ciencia ficción repartidas por todas las listas, la única predicción que puedo hacer con seguridad es que en 1987 habrá más películas de ciencia ficción. Han venido a quedarse... al menos, de momento.

APÉNDICES

Sobre los premios Nebula

Los premios Nebula son votados y presentados por los miembros en activo de los Escritores de Ciencia Ficción de Norteamérica. Fundada en 1965 por Damon Knight, el primer presidente de la organización, la sociedad empezó contando con setenta y ocho escritores y ahora tiene a más de ochocientos miembros, entre ellos la mayor parte de los escritores más destacados de la ciencia ficción.

Lloyd Biggle, Jr., el primer secretario tesorero de la sociedad, propuso en 1965 que ésta publicara una antología anual de las mejores historias aparecidas durante ese período. Esta idea, según dice Damon Knight en su introducción a *Nebula Award Stories: 1965* (Doubleday, 1966), «creció rápidamente hasta convertirse en una votación anual hecha por los miembros de la sociedad, para elegir las mejores historias, y en un banquete de premios anual». El trofeo fue diseñado por Judith Ann Lawrence a partir de un bosquejo hecho por Kate Wilhelm y consiste en un bloque de lucita en cuyo interior se halla incrustada una nebulosa espiral hecha de metal y cristal de roca. Los trofeos están hechos a mano y no hay dos que sean exactamente iguales entre sí.

Desde 1965 los premios Nebula han sido entregados cada año a la mejor novela, novela corta, cuento y cuento corto publicados durante el año anterior y cada año se publica también una antología conteniendo a los ganadores y algunos finalistas. El banquete de los premios Nebula, que tiene lugar en primavera, se celebra alternativamente en Nueva York y en la Costa Oeste. A dichos banquetes asisten muchos escritores y editores y van precedidos por reuniones de trabajo y mesas redondas. En 1986 las obras nominadas incluyeron novelas y relatos, tanto de escritores ya establecidos como de recién llegados altamente prometedores.

El premio Gran Maestro Nebula se le concede a un autor vivo por la obra que ha llevado a cabo durante toda su carrera. Este premio no se concede más de seis veces en una década. Según los reglamentos internos de la sociedad, aprobados en 1979, la nominación para el premio Gran Maestro Nebula la hace el presidente de la sociedad, quien, tradicionalmente, consulta con los presidentes anteriores y con la junta directiva, antes de hacer su elección. La nominación es sometida luego al voto de los miembros de la sociedad y se aprueba mediante mayoría.

Los grandes maestros y los años en los cuales ganaron el premio, son Robert A. Heinlein (1974), Jack Williamson (1975), Clifford D. Simak (1976), L. Sprague de Camp (1978), Fritz Leiber (1981), Andre Norton (1983), Arthur C. Clarke (1985) e

Isaac Asimov (1986).

Ganadores anteriores del premio Nebula

1965

Mejor novela: *Dune*, de Frank Herbert.

Mejor novela corta: *El árbol de saliva*, de Brian W. Aldiss, junto con *El que da forma*, de Roger Zelazny (compartido).

Mejor cuento: «Las puertas de su cara, las lámparas de su boca», de Roger Zelazny.

Mejor cuento corto: «¡Arrepiéntete, Arlequín!, dijo el señor Tic-Tac», de Harlan Ellison.

1966

Mejor novela: *Flores para Algernon*, de Daniel Keyes, junto con *Babel-17*, de Samuel R. Delany (compartido).

Mejor novela corta: *El último castillo*, de Jack Vance.

Mejor cuento: «Llámale Señor», de Gordon R. Dickson.

Mejor cuento corto: «El lugar secreto», de Richard McKenna.

1967

Mejor novela: *La intersección de Einstein*, de Samuel R. Delany.

Mejor novela corta: *He aquí el hombre*, de Michael Moorcock.

Mejor cuento: «Voy a probar suerte», de Fritz Leiber.

Mejor cuento corto: «Por siempre y Gomorra», de Samuel R. Delany.

1968

Mejor novela: *Rito de iniciación*, de Alexei Panshin.

Mejor novela corta: *Dragonrider*, de Anne McCaffrey.

Mejor cuento: «Madre del mundo», de Richard Wilson.

Mejor cuento corto: «Los programadores», de Kate Wilhelm.

1969

Mejor novela: *La mano izquierda de la oscuridad*, de Úrsula K. Le Guin.

Mejor novela corta: *Un muchacho y su perro*, de Harlan Ellison.

Mejor cuento: «El tiempo considerado como una hélice de piedras semipreciosas», de Samuel R. Delany.

Mejor cuento corto: «Pasajeros», de Roben Silverberg.

1970

Mejor novela: *Mundo Anillo*, de Larry Niven.

Mejor novela corta: *Aciago encuentro en Lankhmar*, de Fritz Leiber.

Mejor cuento: «Escultura lenta», de Theodore Sturgeon.

Mejor cuento corto: No se concedió.

1971

Mejor novela: *Tiempo de cambios*, de Robert Silverberg.

Mejor novela corta: *The missing man*, de Katherine MacLean.

Mejor cuento: «La reina del aire y la oscuridad», de Poul Anderson.

Mejor cuento corto: «Buenas noticias del Vaticano», de Robert Silverberg.

1972

Mejor novela: *Los propios dioses*, de Isaac Asimov.

Mejor novela corta: *Un encuentro con Medusa*, de Arthur C. Clarke.

Mejor cuento: «Goat song», de Poul Anderson.

Mejor cuento corto: «Cuando las cosas cambiaron», de Joanna Russ.

1973

Mejor novela: *Cita con Rama*, de Arthur C. Clarke.

Mejor novela corta: *La muerte del doctor Isla*, de Gene Wolfe.

Mejor cuento: «Bruma, hierba y arena», de Vonda N. McIntyre.

Mejor cuento corto: «Amor es el plan, el plan es la muerte», de James Tiptree, Jr.

Mejor presentación dramática: *Soylent Green*.

1974

Mejor novela: *Los desposeídos*, de Úrsula K. Le Guin.

Mejor novela corta: *Nacido con los muertos*, de Robert Silverberg.

Mejor cuento: «Si las estrellas son dioses», de Gordon Eklund y Gregory Benford.

Mejor cuento corto: «En vísperas de la revolución», de Úrsula K. Le Guin.

Mejor presentación dramática: *El dormilón*, de Woody Allen.

Gran Maestro: Robert A. Heinlein.

1975

Mejor novela: *La guerra interminable*, de Joe Haldeman.

Mejor novela corta: *El regreso del verdugo*, de Roger Zelazny.

Mejor cuento: «San Diego Lightfoot Sue», de Tom Reamy.

Mejor cuento corto: «¡Coge ese zepelín!», de Fritz Leiber.

Mejor presentación dramática: *El jovencito Frankenstein*, de Mel Brooks.

Gran Maestro: Jack Williamson.

1976

Mejor novela: *Homo Plus*, de Frederik Pohl.
Mejor novela corta: *Houston, Houston, ¿me recibe?*, de James Tiptree Jr.
Mejor cuento: «El hombre del Bicentenario», de Isaac Asimov.
Mejor cuento corto: «A crowd of shadows», de Charles L. Grant.
Gran Maestro: Clifford D. Simak.

1977

Mejor novela: *Pórtico*, de Frederik Pohl.
Mejor novela corta: *Stardance*, de Spider y Jeanne Robinson.
Mejor cuento: «El eslabón más débil», de Raccoona Sheldon.
Mejor cuento corto: «Jeffty tiene cinco años», de Harlan Ellison.
Premio especial: *La guerra de las galaxias*, de George Lucas.

1978

Mejor novela: *Dreamsnake*, de Vonda N. McIntyre.
Mejor novela corta: *La persistencia de la visión*, de John Varley.
Mejor cuento: «A glow of candles, a unicorn's eye», de Charles L. Grant.
Mejor cuento corto: «Piedra», de Edward Bryant
Gran Maestro: L. Sprague de Camp.

1979

Mejor novela: *Fuentes del paraíso*, de Arthur C. Clarke.
Mejor novela corta: *Enemigo mío*, de Barry Longyear.
Mejor cuento: «Los reyes de arena», de George R. R. Martin.
Mejor cuento corto: «giANTS», de Edward Bryant.

1980

Mejor novela: *Cronopaisaje*, de Gregory Benford.
Mejor novela corta: *The unicorn tapestry*, de Suzy McKee Charnas.
Mejor cuento: «Los pollos feos», de Howard Waldrop.
Mejor cuento corto: «La gruta de los ciervos danzarines», de Clifford D. Simak.

1981

Mejor novela: *The claw of the conciliator*, de Gene Wolfe.
Mejor novela corta: *The Saturn game*, de Poul Anderson.
Mejor cuento: «La vivificación», de Michael Bishop.
Mejor cuento corto: «The bone flute», de Lisa Tuttle.*
Gran Maestro: Fritz Leiber.

* Este premio Nebula fue rechazado por la autora.

1982

Mejor novela: *Sólo un enemigo: el tiempo*, de Michael Bishop.

Mejor novela corta: *Another orphan*, de John Kessel.

Mejor cuento: «Fire watch», de Connie Willis.

Mejor cuento corto: «A letter from the Clearys», de Connie Willis.

1983

Mejor novela: *Marea estelar*, de David Brin.

Mejor novela corta: *Hardfought*, de Greg Bear.

Mejor cuento: «Blood music», de Greg Bear.

Mejor cuento corto: «El pacificador», de Gardner Dozois.

Gran Maestro: André Norton.

1984

Mejor novela: *Neuromancer*, de William Gibson.

Mejor novela corta: *PRESS ENTER*, de John Varley.

Mejor cuento: «Bloodchild», de Octavia E. Butler.

Mejor cuento corto: «Morning child», de Gardner Dozois.

1985

Mejor novela: *El juego de Ender*, de Orson Scott Card.

Mejor novela corta: *Rumbo a Hizancio*, de Robert Silverberg.

Mejor cuento: «Retratos de sus hijos», de George R. R. Martin.

Mejor cuento corto: «Entre tantas estrellas brillantes», de Nancy Kress.

Gran Maestro: Arthur C. Clarke.

ÍNDICE

GEORGE ZEBROWSKI:

Introducción

ALGIS BUDRYS:

«1986, reducido desde el año 2000»

ISAAC ASIMOV:

«Sueños de Robot»

ISAAC ASIMOV:

«Siete pasos para llegar a Gran Maestro»

GREG BEAR:

«Tangentes»

JUDITH MOFFETT:

«Sobrevivir»

KATE WILHELM:

«La chica que cayó al cielo»

SUZY MCKEE CHARNAS:

«Escuchando a Brahms»

LUCIUS SHEPARD:

«D&D»

ORSON SCOTT CARD:

«Recuperación»

GREGORY BENFORD:

«El sueño de Newton»

SUSAN PALWICK-ANDREW JORON:

(Ganadores del premio de poesía Rhysling)

BILL WARREN:

(Películas de ciencia ficción en 1986)

APÉNDICES

Sobre los premios Nebula
Ganadores anteriores del premio Nebula



GEORGE ZEBROWSKI (nacido el 28 de diciembre de 1945) es un escritor y editor de ciencia ficción que ha escrito y editado varios libros, y es un ex editor del Boletín de The Bulletin of the Science Fiction Writers of America. Vive con la escritora Pamela Sargent, con quien ha co-escrito una serie de novelas, incluyendo novelas de Star Trek.

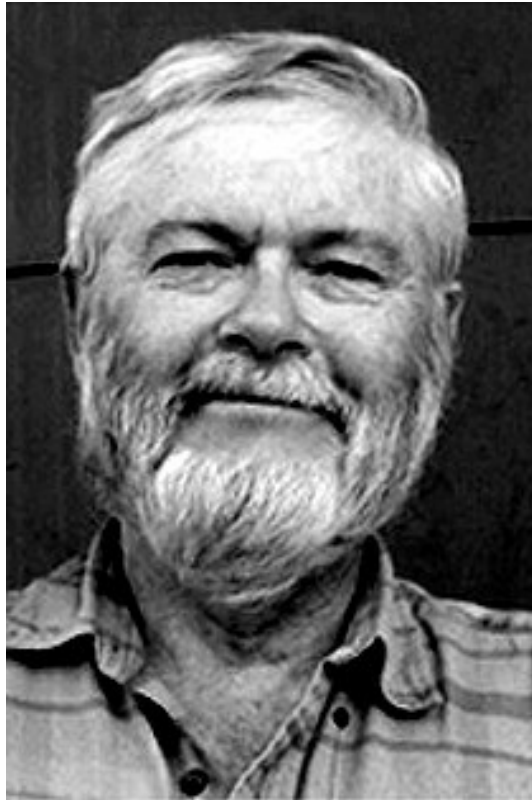
Zebrowski ganó el premio John W. Campbell Memorial en 1999 por su novela Brute Orbits. Tres de sus cuentos, Heathen God, The Eichmann Variations y Wound the Wind, han sido nominados para el premio Nebula y The Idea Trap fue nominado para el premio Theodore Sturgeon.



ISAAC ASIMOV. (2 de enero de 1920 - 6 de abril de 1992). Fue un escritor y bioquímico estadounidense nacido en Rusia, aunque su familia se trasladó a Estados Unidos cuando él tenía tres años. Es uno de los autores más famosos de obras de ciencia ficción y divulgación científica.

Fue un escritor muy prolífico (llegó a firmar más de 500 volúmenes y unas 9.000 cartas o postales) y multitemático: obras de ciencia ficción, de divulgación científica, de historia, de misterio... Baste decir que sus trabajos han sido publicados en nueve de las diez categorías del Sistema Dewey de clasificación de bibliotecas.

El libro que aquí nos ocupa pertenece a los de divulgación histórica, serie de obras que ha sido común e informalmente llamada *Historia Universal Asimov* y está compuesta por un total de catorce volúmenes, con mapas y cronología incluidas en cada uno de ellos, comprendiendo las más importantes civilizaciones y periodos históricos. *La Alta Edad Media* es el octavo de los volúmenes de dicha serie.



GREGORY BENFORD nació en Mobile (Alabama) en 1941. Se doctoró en la Universidad de California en 1967 y ha obtenido prestigio internacional como científico especialista en física de altas energías, materia de la que es catedrático en la Universidad de Irvine, en California. Forma parte del Consejo Científico de Consultores de la NASA y de otras agencias gubernamentales norteamericanas. También se dedica con éxito a la divulgación científica. En su juventud fue un aficionado muy activo en la escena de la ciencia ficción norteamericana.

Se le considera uno de los principales exponentes de la nueva ciencia ficción, basada en la ciencia y en la tecnología pero con un buen dominio de los recursos literarios. Algunos de sus relatos han sido analizados profundamente por especialistas, debido —entre otras cosas— al intento de Benford por reconstruir algunos de los temas de William Faulkner desde el punto de vista de la ciencia ficción.

Publicó su primer relato en 1965, aunque no obtuvo el reconocimiento general hasta 1974, cuando la narración *Si las estrellas son dioses*, escrito en colaboración con Gordon Eklund, obtuvo el premio Nebula. Este mismo relato fue alargado posteriormente hasta constituir la novela *If The Stars Are Gods* (1977). También con Eklund escribió *Find The Changeling* (1978). Benford revisa a menudo sus novelas, y así las primeras obtuvieron su versión definitiva en *The Jupiter Project* (1975 y 1980) y *Sudario de estrellas* (1978).

En 1980 obtuvo el premio Nebula por *Cronopaisaje* (1980), en la que describe el mundo

de los científicos de los años sesenta y también un futuro cercano muy verosímil, con una trama basada en los taquiones y las paradojas temporales. Es una gran novela que ha obtenido también el premio de la ciencia ficción británica, el de la australiana y el John W. Campbell Memorial, y se ha convertido ya en un hito fundamental en la historia de la ciencia ficción.

En *Cronopaisaje* Benford formuló su «ley de la controversia», donde propone que «La pasión asociada a una discusión es inversamente proporcional a la cantidad de información real disponible.» *Cronopaisaje* es sin duda una obra maestra de difícil superación. Tal vez por ello Benford ha abordado en los últimos años un ambicioso proyecto que toma la forma de una serie de varios libros llamados a dejar una huella profunda en la historia del género. Se trata de una compleja especulación sobre la evolución de la vida en la galaxia cuyo elemento determinante es la contraposición violenta entre las civilizaciones de origen orgánico y las civilizaciones de máquinas.

La multiserie, etiquetada recientemente como del *Centro Galáctico*, se inicia en la novela *En el océano de la noche* (1977) que trata del primer contacto con una especie extraterrestre y representa el inicio de una ambiciosa historia del futuro de ámbito galáctico. La serie continúa en *A través del mar de soles* (1984). A la espera del tercer volumen de esta primera trilogía, Benford publicó una segunda trilogía destinada a emparentarse con la anterior. La nueva serie está formada por *Gran río del espacio* (1987), *Mareas de luz* (1989) y *Abismo frenético* (1994). La serie del *Centro Galáctico* concluye con *Navegante de la luminosa eternidad* (1995) que unifica espectacularmente las tramas de las dos subseries.

Los primeros relatos de Benford se hallan recogidos en antologías como *En carne alienígena* (1986). Su novela corta *Newton Sleep* (1986), fue finalista del premio Nébula. Otras de sus novelas son *Contra el infinito* (1983) y *Artefacto* (1985). Junto con David Brin ha publicado *El corazón del cometa* (1985) al amparo de la moda surgida a raíz del paso del cometa Halley cerca de la Tierra. Otra de sus obras recientes es *Tras la caída de la noche* (1990), escrita en colaboración con Arthur C. Clarke como continuación de *A la caída de la noche* (1993).

Benford aceptó, junto con David Brin y Greg Bear, el encargo de continuar la mítica serie de la *FUNDACIÓN* de Isaac Asimov. En marzo de 1997 apareció la aportación de Benford a la saga asimoviana: *El temor de La fundación* (1997). La serie continúa con *Fundación* y *Caos* de Greg Bear (1998) y, *El triunfo de la Fundación* de David Brin (1999).

Cosmo (1998), es una nueva muestra del gran conocimiento de este autor sobre el mundo de la ciencia, con su particular versión de un tema clásico que ya hiciera famoso Theodore Sturgeon en su relato *Dios microcósmico*. Posteriormente Benford ha publicado *Eater* (2000), *Human Being* (2003), *Beyond the Infinity* (2004) y *The*

Sunborn; (2005).



ALGIS BUDRYS. (Königsberg, 9 de enero de 1931 - Nueva York, 9 de junio de 2008) Escritor de origen lituano, nacido en Königsberg (Kaliningrad), Este de Prusia. Marchó con su familia en 1936 a Nueva York (EE. UU.), donde su padre ejerció como cónsul de Lituania.

Comenzó su carrera en 1950. Ha escrito un par de novelas consideradas "clásicos" de la ciencia ficción: ¿Quién? (1958) y El laberinto de la Luna (1960). Posteriormente algunas de sus obras han derivado en la ficción pura. En 1993 lanza la revista Tomorrow Speculative Fiction que sería la primera en pasar, en 1997, al formato de distribución electrónico a través del web.

Budrys ha conseguido varias nominaciones a premios importantes, pero no ha logrado ninguna victoria. En 1959 el Hugo de Un caso de conciencia venció a ¿Quién?, en 1961 el Hugo fue para Cántico por Leibowitz por encima de El laberinto de la Luna. Y en 1993 la nominación por Hard Landing a los Nébula fue batida por Marte rojo de Kim Stanley Robinson. Idéntica mala suerte ha tenido con algunos de sus cuentos nominados.



ORSON SCOTT CARD (24 de agosto de 1951) es un escritor estadounidense de ciencia ficción y otros géneros literarios. Su obra más conocida es *El juego de Ender*.

Nacido en Richland, Washington, Card creció en California, Arizona y Utah. Vivió en Brasil dos años como misionero para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia mormona). Es licenciado por la Brigham Young University en 1975 y la Universidad de Utah en 1981. Actualmente vive en Greensboro, Carolina del Norte. Él y su mujer, Kristine, son padres de cinco niños: Geoffrey, Emily, Charles, Zina Margaret y Erin Louisa, llamados así por Chaucer, Brontë y Dickinson, Dickens, Mitchell, y Alcott, respectivamente.

Escritor prolífico, Orson Scott Card, es autor de numerosas novelas individuales (*Niños perdidos*, *El cofre del tesoro*) y diversas sagas como *La Saga del Retorno* o las historias de *Alvin el Hacedor*. Ha ganado numerosos premios Hugo y Nebula, como el Nebula de 1985 y el Hugo de 1986 a la mejor novela por *El juego de Ender* y el Nebula de 1986 y Hugo de 1987 por *La voz de los muertos*.

Además, y como curiosidad Orson Scott Card es el autor de las frases de la famosa batalla de insultos de *El secreto de Monkey Island*.

Así mismo, Orson Scott Card se ha adentrado en el mundo del cómic, escribiendo el guion entre el 2005 y el 2006 de la miniserie *Ultimate Iron Man*.



SUZY McKEE CHARNAS (1939, Nueva York) es una escritora de relatos cortos y novelista, dedicada principalmente a los géneros de la ciencia-ficción y la fantasía.

Ha ganado varios premios literarios con su obra, entre ellos el Premio Hugo, el Premio Nébula y el Premio James Tiptree Jr.. Una selección de sus relatos cortos fue publicada bajo el título *Stagestruck Vampires and Other Phantasms* en el año 2004.

Actualmente vive en la ciudad de Santa Fe, Nuevo México.



JUDITH MOFFETT (nacida en 1942) es una escritora y académica estadounidense . Ha publicado poesía, no ficción, ciencia ficción, y traducciones de la literatura sueca. Comenzó su carrera escribiendo poesía y los poetas, entre ellos un libro 1984 sobre James Merrill , que era a la vez su amigo y mentor. Moffett todavía escribe para organizaciones como la Academy of American Poets. Ella no publicó la ciencia ficción hasta 1986, pero ganó la atención casi inmediato al ganar el primer premio Theodore Sturgeon en 1987. Su primera novela, Pennterra en 1987, aumento más su reputación. Se observa tanto por su tratamiento de la sexualidad ajena y como un ejemplo de los cuáqueros en la ciencia ficción. En el año siguiente, 1988, ganó el Premio John W. Campbell al Mejor Guionista de ciencia ficción . En 1989 su novela Tiny Tango también recibió nominaciones a los premios.



LUCIUS SHEPARD (Lynchburg, E. U., 21 de agosto de 1947 – Portland, E. U., 18 de marzo de 2014). Escritor estadounidense adscrito a los géneros de la ciencia ficción y fantasía. Shepard recibió diversos reconocimientos. Entre ellos el Premio John W. Campbell al mejor escritor nuevo en 1985 y el Premio Nébula a la mejor novela en 1986 por R&R, que luego se extendió a «Life During Wartime». La novela corta «Barnacle Bill the Spacer» ganó el Premio Hugo y el Locus Award en 1993.

Se crio en Florida y se escapó de su casa a los quince años. Se fue a Irlanda en un carguero y de ahí, visitó varios países y ejerció varias profesiones en Europa, África y Asia. Durante los años 1970 participó en una de banda rock and roll.

El punto de inflexión llegó en 1980 cuando asistió al Shepard Clarion, una feria de aspirantes a escritores de ciencia ficción. En 1981 vendió su primera historia corta bajo el título «Black Coral», mientras que «Green Eyes», su primera novela, apareció en 1984. En 1981 y 1982 trabajó como periodista freelance cubriendo la guerra civil en El Salvador.

Fue nominado 67 veces al premio Locus quedándose con ocho galardones: en 1985 con la novela corta Salvador, en 1987 con R&R, en 1988 con la antología «The Jaguar Hunter», en 1989 y 1990 con las novela cortas «The Scalehunter's Beautiful Daughter» y «The Father of Stones» respectivamente, en 1993 con «Barnacle Bill the Spacer», en 1994 con la novela de terror «The Golden» y en 2001 con «Radiant Green Star». También recibió dos veces el Premio Mundial de Fantasía: en 1988 con «The Jaguar Hunter» y en 1992 con la antología «The Ends of the Earth».



KATIE GERTDRUDE MEREDITH (más conocida como Kate Wilhelm) (n. Toledo, Ohio; 8 de junio de 1928) es una escritora norteamericana dedicada al género fantástico, de misterio y a la ciencia ficción. Fue cofundadora del famoso Taller Clarion de literatura junto a su fallecido esposo, el también escritor Damon Knight.

Ganadora de tres premios Nebula, un Hugo y dos Locus, la bibliografía de Kate Wilhelm es extensa, y gran parte de la misma la ha dedicado a novelas de misterio, como su serie de los detectives Constance y Charlie o la de la abogada Barbara Holloway. En las décadas de los setenta y ochenta se dedicó con mayor empeño a la ciencia ficción, produciendo una serie de obras de gran reconocimiento, como atestiguan las 33 nominaciones recibidas para los Premios Locus. Sin embargo, ha sido escasamente publicada en castellano.

Wilhelm ha escrito numerosos relatos en diferentes revistas de ciencia ficción, si bien pocos de ellos han sido traducidos al castellano.



SUSAN PALWICK (1961, Nueva York) es una escritora y profesora asociada de Inglés en la Universidad de Nevada, Reno.

Comenzó su carrera profesional con la publicación de «The Woman Who Saved the World» para el *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* en 1985.

Criada en el norte de Nueva Jersey, Palwick asistió a la Universidad de Princeton y tiene un doctorado en Yale. En la década de 1980, fue editora de *The Little Magazine* y luego ayudó a fundar *The New York Review of Science Fiction*. A pesar de que no es una autora muy prolífica, la obra de Palwick ha recibido múltiples premios, incluyendo el *Premio Rhysling* (en 1985) por su poema «La mujer del vecino». También ganó el *Premio Crawford* a la mejor primera novela con «Flying in Place» en 1993, y el Premio Alex en 2006 por su segunda novela, «The Necessary Beggar». Su tercera novela, «Shelter», fue publicada por Tor en 2007. Otro libro, «The Fate of Mice» (una colección de cuentos), también ha sido publicada por Tachyon Publications.



ANDREW JORON es un escritor americano de la poesía experimental. Empezó a escribir poesía de la ciencia ficción. La poesía posterior de Joron, combinando las ideas científicas y filosóficas con las propiedades sonoras de la lengua, ha sido comparada con el trabajo del ruso futurista Velimir Khlebnikov.

Joron Actualmente vive en la bahía de San Francisco. En el otoño de 2014, Joron se unió al Creative Writing Department de San Francisco State University.

Ha ganado el premio *Rhysling* tres veces: al Mejor Poema largo de 1980 y 1986, y al Mejor Corto Poema en 1978; y el *Premio de Gertrude Stein* en dos ocasiones, en 1996 y 2006.

La poesía de Joron está incluido en dos antologías *WW Norton: American Hybrid* (2009), editado por Cole y David Swensen San Juan y *Postmodern American Poetry* (2013), editado por Paul Hoover.

Joron es el traductor, del alemán, de los *Ensayos Literarios* del filósofo utópico-marxista Ernst Bloch, que fue publicado por Stanford University Press en 1998. Joron es también traductor del *The Perpetual Motion Machine* por el fantasioso alemán Paul Scheerbart (Wakefield Press, 2011).

Desde 2008 ha tocado de *theremin* en el cuarteto *Cloud Shepherd* de improvisación *Ambient/Drone* cuarteto . Joron ha escrito un ensayo, "El Theremin en mi vida", en la relación entre sus actividades literarias y musicales.

Notas

[1] Pese a todo, los premios existen, y a los lectores interesados les recomiendo *Una historia de los premios Hugo, Nebula y Fantasía Internacional*, de Donald Franson y Howard DeVore, Misfit Press, 1987. El libro se actualiza de forma periódica y puede obtenerse escribiendo a Howard DeVore, 4705 Weddel, Dearborn, Michigan, 48125. El gran valor del libro radica en sus listas de obras recomendadas para la votación preliminar del Nebula y el número de votos que recibieron. Leyéndolo se ve lo encarnizada que puede llegar a ser la competición y, tanto la lista de obras como el lugar donde encontrarlas, resultará de inapreciable ayuda para todos sus lectores.<<

[2] Rash, el apellido del personaje, significa también en inglés alocada o temeraria.
(N. del T) <<

[3] «Drake» significa «pato macho» en inglés. (N. del T.) <<

[4] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[5] En español, en el original. (*N del T.*) <<

[6] El juego de palabras es intraducible por cuanto «lluvia» en inglés es «rain». (*N. del T.*) <<

[7] El nombre auténtico del fundador de la secta mormona era Brigham Young y el ángel Moroni fue enviado por el Señor, teóricamente, para revelarle la verdad divina. (N. del T.) <<

[8] En castellano, en el original. (*N. del T.*) <<

[9] En castellano, en el original. (N. del T.) <<

[10] En castellano, en el original. (*N. del T.*) <<

[11] En castellano, en el original. (*N. del T.*) <<

[12] Los títulos de las películas se han dado en castellano siempre que ha sido posible averiguarlos. Algunos títulos no estrenados en salas comerciales pueden encontrarse ya en cualquier vídeo-club importante. (*N. del T.*) <<

[13] La primera versión del filme no fue nunca estrenada en España, aunque ha circulado por algún festival. El espectáculo musical sí fue representado. (*N. del T.*) <<

[14] El título original de la película es *King Kong Lives*: King Kong vive. (N. del T.)

<<

[15] Alusión al relato de Bradbury «The fog horn», donde ocurre justamente lo mismo. (N. del T.) <<

[16] Literalmente, La venganza de las zorras adolescentes del espacio. (N. del T.) <<